



CÓMO HILOS DE CRISTAL

Tania Sexton



Como hilos de cristal

TANIA SEXTON



Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.

Como hilos de cristal

©María Antonia Ramos Ramos

©De esta edición: Red Apple Ediciones

www.redappleediciones.com

info@redappleediciones.com

Diseño de la cubierta y maquetación: SW Design

Imagen de la cubierta: ©welcomia / 123rf.com ©Joshua Resnick /

Adobestocks

Primera edición: Mayo 2017

ISBN: 978-84-947121-3-5

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet— y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

Menú de contenidos

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

Agradecimientos

*Al mejor esposo,
al mejor hijo,
con todo mi amor.*

PRÓLOGO

Cuando se hubo vestido pasó por recepción para abandonar el hotel y pidió la cuenta. El amable recepcionista dijo que estaba todo pagado. Isabella le dio las gracias y le importó bien poco lo que pensarán de ella. Estaba feliz, contenta. Recorrió las céntricas calles de Helena taconeando con sus botas tejanas, luciendo su cuerpo vestido con vaqueros, jersey verde de cuello alto y chaqueta de cuero marrón.

No le importó que la mañana fuera fresca. Con sus rápidos andares entró en calor. La melena suelta al viento y las mejillas ligeramente coloradas, le daban un aire californiano auténtico. Las cabezas de los hombres se volvían a su paso. No le molestó. Estaba feliz. Feliz de que James fuera un caballero, de que James fuera un amigo, de que James fuera... homosexual.

Cuando llegó a su Jaguar negro aparcado enfrente del hotel, varias cabezas se asomaron a través de las puertas de cristal. Ella abrió el maletero y guardó las bolsas de sus compras. Lo cerró y se quitó la chaqueta echándola en el asiento de atrás. Subió al coche, arrancó y antes de acelerar, colocó el último disco de los Backstreet Boys. Condujo cantando todo el tiempo hasta que llegó a casa, sin saber que equivocada se encontraba.



1

Cuando Cindy Marlowe corría no la alcanzaba nadie. No le molestaba los kilos de más, ni que se despeinara, ni que la falda de su conjunto imitación Chanel, se le subiera dos palmos por encima de la rodilla a riesgo de enseñar las bragas blancas de encaje. Era una chica sin complejos y vivía la vida a tope. Subió las escaleras de dos en dos, sin importarle torcerse el pie con los tacones de siete centímetros; metió la llave en la cerradura y abrió con un fuerte empujón.

—Lo siento, lo siento, lo siento —se disculpó ante alguien invisible—. Ya sé que más vale maña que fuerza. Lo sé. No volverá a pasar —dejó las llaves en el coqueto mueble de la entrada y miró hacia el salón.

Bella no estaba allí. Activó el oído y sonrió al oír el agua de la ducha. Fue hasta el baño y entró, aun sabiendo que a su amiga le molestaba.

—¡Ya estoy en casa! —gritó, mirando la puerta de cristal traslucido que cerraba la ducha empotrada.

—Ya he oído el empujón de la puerta —contestó Isabella—. No hace falta que grites como una posesa. Y espérame fuera.

—Bueno tesoro, si no quieres que grite, termina de ducharte de una vez porque tengo noticias para ti y no puedo esperar. Te vas a quedar a cuadros cuando veas lo que he encontrado. A cuadros, cariño.

Salió del baño y fue hasta su dormitorio. Se quitó la chaqueta y la dejó colgada en su percha correspondiente, dentro del armario-vestidor. Los zapatos siguieron su turno. No los guardó en su caja porque tendría que salir más tarde. Los colocó en un rincón y se puso unas cómodas zapatillas. Volvió al salón, cogió su bolso y sacó un cigarrillo. Lo encendió, dándole una fuerte calada. Sacó el sobre marrón, se sentó en el mullido sofá y esperó a que su amiga Isabella saliera del baño.

Antes de que terminara el cigarrillo, apareció. Desde luego, ya se había acostumbrado al aspecto de su amiga y la había visto en muchos estados, pero tenía que reconocer que le seguía impresionando su belleza y sobre todo esa naturalidad tan ilógica en una mujer de esas características.

—Bueno, pesada. ¿Qué noticias son esas que no pueden esperar? —

Isabella llevaba un albornoz blanco, que le llegaba hasta los pies y una toalla a modo de turbante en la cabeza.

—Siéntate —inquirió palmeando el sofá.

Bella obedeció y Cindy con mucha parsimonia fue abriendo el sobre marrón y sacó unas fotografías tipo Polaroid. Se las entregó y sin decir nada, Bella las fue mirando. Doce fotos. En casi todas estaba una rubia explosiva, tipo revista porno, menos en dos que estaba un hombre de unos cincuenta años, delgado y con el pelo rubio oscuro, canoso y rizado.

—¿Qué es esto, Cindy? ¿Acaso quieres presentarme a la rubia o al caballero? —preguntó con sorna, pero siempre con esa voz melosa y sensual que hacía que los hombres jadearan y las lesbianas también.

—Míralas atentamente, Bell. Bien. No quites la mirada de ellas. Estupendo. Buena chica. Ahora las vas a ir mirando una por una y anula a la rubia explosiva y al cincuentón. Solo fijate en lo que te tienes que fijar. En el contenido de unas fotos que te muestran una casa preciosa y unos parajes ideales. ¿No reconoces el sitio?

Isabella miró las fotos detenidamente. Anulando a la rubia y al hombre, vio un saloncito muy coqueto, con chimenea y grandes ventanales, todo en madera, piedra y cristal. Un baño ni grande ni pequeño, pero muy bien dispuesto, un dormitorio con cama de matrimonio, con dosel incluido y una cocina preciosa: rectangular, con el techo ligeramente inclinado y en la zona de menos altura todo un ventanal que daba, no a un jardín, sino a la naturaleza en pleno.

—¿Te das cuenta? Mientras lavas tus tacitas, podrás contemplar los pinos, los abetos o lo que sean esos árboles —comentó Cindy.

—¿La has alquilado? —preguntó mientras seguía curioseando las fotos.

—No, todavía no. En realidad, esperaba tu aprobación y la de la editorial. Es un poco cara y de todos modos no sé si querrán alquilarla los dueños. Por lo visto sólo la alquilan por semanas o quincenas, en verano y a gente conocida. No es la clásica casa que esté disponible, así como así.

—¿Dónde está?

—En Montana, chatina.

—¿De veras? —preguntó Bell mirándola con esos enormes y hermosos ojos, que dejaban extasiados a cualquiera.

Sin una gota de maquillaje parecía tener diecinueve o veinte años, en vez de los veintisiete que tenía en realidad.

—¡Ajá! Montana, el Estado Tesoro —añadió Cindy, que se había puesto

al corriente del tema.

—¡Caramba! —murmuró Bell—. ¿Y de dónde has sacado estas fotos? —preguntó sin dejar de mirar la linda casita.

—Te cuento. Este viejo *gorrinón* que está con la rubia explosiva es el jefe de Mario. Ya sabes, el compañero de estudios de Lenny.

—Sí, sí. Lo recuerdo.

—Bien. Bueno, hace unos meses estuvieron de idílico reposo en esta casita tan mona, que alquilaron por medio de un abogado de Helena, en la capital de Montana, como ya sabes. Mario se enteró de que buscabas algo por ahí y recordó las fotos de su jefe. Las cogió prestadas del cajón de su despacho y se las dio a mi novio. Y aquí están. ¿Qué te parecen?

—Me gustan. ¿Has hablado con el abogado?

—Sí —contestó cambiando de humor—. Me pareció bastante pedante. Incluso me llegó a decir que la casa no se alquilaba por costumbre. Que eran compromisos con gente especial. Que lo sentía mucho, pero si no tenía algún conocido común, iba a ser muy difícil, prácticamente imposible.

—Vamos, que lo tienen como un picadero.

—Eso me pareció. Entonces le dije que era para una amiga especial de Stevenson. Es el jefe de Mario. En ese punto cerró la boca, como un puto. ¿Y sabes qué preguntó?

—No.

—Qué para cuánto tiempo quería alquilarla. Le contestó que entre seis meses o un año. Con lo que se queda confuso. Entonces me dice que eso cuesta mucho dinero. Le pregunto qué cuánto y me dice que alrededor de dos mil dólares al mes o dos quinientos. Le digo que me parece carísimo, ni que fuese un apartamento en Manhattan y contesta que con todo y con eso, no me lo puede asegurar porque no es cuestión de dinero sino de capricho. Le digo que no entiendo y me dice que no importa, que es una larga historia. Total, que así están las cosas —las dos amigas se miraron largamente. Isabella entornó sus ojos color ámbar, sin dejar de mirar el rostro de Cindy.

—Marca el número. Hablaré con él.

—Vale —respondió Cindy, moviendo su cuerpo regordete hasta el teléfono—. Prepara tu voz seductora que te hará falta. Te digo yo, que este tío es un imbécil y un esnob —pasaron unos minutos mientras buscó su agenda, localizó el número y marcó. Le hizo señas y Bell fue hasta ella—. Por favor, el señor Williams —pausa—. Sí, soy la secretaria de la señorita Lewis, de la editorial Rascow de San Francisco. Sí, espero, gracias. Ponte —siseó.

Bell cogió el auricular, se acomodó en el sillón y carraspeó un poco. Quería causar la mejor impresión. Quería esa casa y la tendría, o por lo menos lo intentaría.

—¿Sí?

—Señor Williams, por favor —sonó la voz dulce y aterciopelada.

—Sí, el mismo. ¿Con quién hablo?

—Soy Isabella Lewis. Mi secretaria ha estado hablando con usted sobre una casa en Montana.

—Oh, sí, sí, ya. Pero le dije que no podía...

—Señor Williams, no quiero ser maleducada ni ponerle a usted en un compromiso. Se de sobra como son estos asuntos y cuando el señor Stevenson me habló del tema en cuestión, ya me imaginé que no era lo habitual en estos casos. Pero, ¿no podría ver la casa y entrevistarme con usted, si no es mucha molestia? —La voz de la joven sonaba sensual y ronroneante—. Comprendo que estará usted muy ocupado con todos sus quehaceres, pero le aseguro que no le llevaré mucho tiempo. Voy a Montana cuando usted me diga, me enseña la casa, intentamos llegar a un acuerdo y si no puede ser; tan amigos. No soy rencorosa, señor Williams.

—Es usted amiga de Stevenson —afirmó el abogado con dudas.

—Bueno, digamos que nos tratamos de vez en cuando. Ya sabe cómo es cuando se toma unas copas y comienza a alabar ciertas cosas. Al final siempre pica la curiosidad de alguno de los que estamos cerca. Y bueno, normalmente Montana no es el sitio más cercano para hacer una escapadita a los que vivimos en San Francisco, pero da la casualidad que estuve hace dos años en las Rocosas y me parece el lugar ideal para pasar una larga temporada.

—Hace mucho frío en invierno —espetó Williams que ya estaba enganchado a la seductora voz de la joven.

—Mejor. No puede usted imaginarse lo aburrido que se hace, tener casi siempre el mismo clima.

—¿Es usted escritora? —preguntó cada vez más curioso.

—Sí. Periodista y escritora. En realidad, es por ese motivo. Estoy comenzando una novela y necesito un sitio alejado de todo.

—Ya. Sin embargo, perdone que se lo diga, pero no me suena su nombre.

—Oh, es lógico. Escribo con seudónimo. Quiero mantener mi vida privada al margen de todo este mundo. De hecho, las fotos que salen en mis novelas están alteradas por ordenador, para que no se me reconozca. Perdone que no se lo diga. No es que no confíe en usted, pero prefiero seguir

manteniendo mi anonimato como escritora.

—Comprendo, comprendo. Bueno, pues si usted quiere venir... puede ser que cuando vea la casa al natural, se desilusione. Y bueno, esto no es San Francisco.

—Eso es lo que quiero, señor Williams. Alejarme de aquí y entrar en contacto con otro mundo.

—Si se empeña.

—Estupendo. Cogeré el primer vuelo que salga para Helena. Cuando llegue alquilaré un coche y me dirigiré al pueblo. Bueno, antes le llamaré, claro. Desde el aeropuerto. ¿Le va bien?

—Sí, sí claro —Williams estaba bastante desconcertado y la curiosidad le estaba matando. La voz de la mujer sonaba muy joven, pero lo que más le inquietaba es que la encontraba sumamente erótica.

—El pueblo se llama Lowma, ¿no es así?

—Sí, exactamente. De hecho, es un pueblo muy pequeño. No llega a los quinientos habitantes. La Casa de Piedra está al pasar el pueblo, a uno dos kilómetros.

—¿Se llama la Casa de Piedra? —El hombre afirmó—. Encantador. Bueno, no le molesto más señor Williams. Tendrá noticias mías muy pronto. Y le agradezco que haya sido tan amable conmigo. De verdad. Hoy en día no es habitual encontrar caballeros como usted — Cindy le hizo una mueca ante tal despliegue de teatralidad.

—En absoluto, señorita Lewis. Será un honor hacer de Cicerone para usted.

—Muy amable, pero puede llamarme Isabella, por favor.

—Nombre precioso. ¿Desciende de italianos?

—En parte, mi madre era napolitana y mi padre californiano.

—Menuda mezcla. Quiero decir, que usted tiene que ser algo especial.

—Podrá juzgar por sí mismo, señor Williams.

—Mi nombre es Peter.

—Encantada, Peter —Cindy no dejaba de hacer monerías y Bell tenía que mirar para otro lado si quería seguir con la misma compostura—. Nos veremos pronto.

—Espere un momento. Tome nota de mi teléfono móvil por si acaso no estuviera en el despacho. Mi secretaria no se lo da a cualquiera.

—Perfecto. Dígame —tomó nota del número y se lo pasó a Cindy—. Pues ya está. Hasta que nos veamos.

—Adiós. Isabella.

—Adiós —colgó, soltó aire y sonrió.

Las dos amigas se pusieron de pie, se cogieron de las manos y gritando y riendo saltaron como dos chiquillas. La toalla se cayó y dejó suelto el cabello de Bella. Le llegaba más abajo de media espalda. Mojado como estaba, se veía rubio oscuro. Pero era claro como el oro y con mechas plateadas.

—¡Caramba! Te lo has metido en el bolsillo. Seguro que cuando te vea, va a querer acostarse contigo.

—Pues le será imposible —contestó Bell con una sonrisa.

—Desde luego, le será imposible —añadió Cindy, riéndose a carcajadas y sabiendo muy bien porque decía algo así.



2

Isabella Lewis de Vito, podría considerarse una mujer triunfadora y segura de sí misma. Al menos eso pensaban los que la conocían en mayor o menor medida. Su físico era espléndido, rondando la perfección. Había heredado el color de ojos de la madre, aunque los de Bella eran más grandes y dulces y recordaban a una gacela. El pelo como el padre, rubio con mechas platino por la parte delantera. Poseía una nariz pequeña y recta. Su boca era carnosa, bien dibujada, con el labio inferior un poco más lleno que el superior. Una boca que incitaba a mirarla. Una boca para ser besada. Unos pómulos poderosos sujetaban una estructura facial digna de una diosa.

De todos modos, no eran cuestiones que a Isabella le produjeran placer. Al contrario, para la joven, su cuerpo y su cara le habían parecido un problema y un peso muy difícil de llevar. Cuando era una niña, sus padres y amigos de estos, la alababan y piroleaban por ser una niña tan guapa y encantadora. Incluso le llegaron a decir a la madre, que la podía llevar a los castings para anuncios. Eso nunca le preocupó a Claudia. Porque la única preocupación de Claudia era Roger y la de Roger era Claudia.

La pequeña Isabella había sido una consecuencia de ese amor pasional y cerrado que pertenecía a ellos dos y a nadie más. Se conocieron en Roma, cuando Roger estuvo trabajando como fotógrafo para una revista de viajes. Claudia era la recepcionista del hotel donde se alojó. Surgió entre ellos una chispa que no se apagó hasta la muerte de ambos. La estancia de Roger duró quince días y antes de llevarse a Claudia consigo, se casaron. Ella no tenía padres. Los tíos, abuelos y demás parientes, pusieron el grito en el cielo. Casarse en quince días y con un norteamericano.

A saber qué sería de ella, que trato le daría él, cuanto tiempo tardaría en volver con el rabo entre las piernas y lo que era peor, con un *bombo*. Pero no pasó nada de eso. En los dieciséis años siguientes todo fue una luna de miel continua, hasta que un accidente en una lancha motora acabó con sus vidas. En esos años llevaron una vida pletórica y sin parar de moverse de un sitio para otro. A los tres meses de casados, estaban en Hawái fotografiando las paradisíacas playas, cuando se quedó embarazada. No le hizo gracia a ninguno

de los dos, pero decidieron no abortar. Ambos eran católicos. El embarazo no dificultó para que Claudia siguiera viajando con su marido. La niña nació en Nueva York el día de navidad, con dos semanas de adelanto. A pesar de esto y del embarazo tan movidito, la nena pesó tres kilos y medio y era tranquilita como un osito de peluche.

La pareja lo había pensado todo, hasta el mínimo detalle para que su vida no se trastocase. Descansaron hasta mediados de enero y enseguida partieron rumbo a la India, dejando a la pequeña al cuidado de unas tías solteras de Roger y de una niñera, en Tiburon, California. Isabella creció viendo a sus padres cinco o seis veces al año. Las tías fueron para ella, papá, mamá y demás familia. Y las niñeras fueron tantas que perdió la cuenta. Con seis años era una niña muy responsable y formal, con lo que las tías prescindieron de cuidadoras. Ellas se encargaron de todo lo relacionado con su educación y demás tareas maternas.

Después de todo no eran excesivamente mayores y tenían una salud hercúlea. Al cumplir quince años y esperar anhelante la visita de sus padres, lo que recibió fue la noticia de su muerte en un accidente. La lancha en la que participaban en una carrera entre amigos, se estrelló contra unas rocas, matándolos en el acto.

Estuvo a la deriva mental durante unas semanas, por qué no sabía lo que sentía. Si dolor o liberación, si remordimiento por sentir lo segundo o pena por lo primero. Las tías fueron un gran anclaje para su joven persona. Pero lo peor estaba por llegar y a no tardar. Eso sí le marcó su adolescencia y supuso no poder disfrutar de los años juveniles como habría sido normal.

Con veintisiete años, no quería mirar atrás. Le dolía y mucho. Le seguía doliendo no haber sido querida por sus padres y le seguía causando pesadillas el abuso al que fue obligada, aunque no llegara a la culminación.

Las piernas largas y bien torneadas, el culo duro y respingón, la cintura estrecha para ser rodeada por las manos grandes de un hombre, los pechos firmes y pesados, aguantando el tirón sin sujetador y una cara preciosa y dulce, no conocían el cariño, el deseo, el amor de un hombre. Cada vez que se tenía que codear con ellos, ya fuera personal o socialmente, tenía que hacer un esfuerzo superior a sí misma. Todas esas personas, hombres y mujeres, que pensaban que a esa joven no se le ponía nada por delante, estaban muy equivocados.

La lucha interior y el miedo eran tan grandes que, si lo hubiera

demostrado tal y como estaba en su subconsciente, la habrían tomado por loca. Los hombres más o menos cercanos, como los de la editorial o el círculo periodístico, estaban controlados. Pero cada vez que conocía a uno nuevo, tenía que sacar todo el aplomo que llevaba dentro: no mostrarse nunca débil ni inferior a ellos y en un momento clave soltárselo a la cara.

Cuando Bella se encontró con Peter Williams, ya estaba preparada. El que no lo estaba era él. Se encontraron en el hall del hotel Dover H. en Helena. Llegó en el avión privado de su jefe y editor y por suerte sin él. Todavía quería reconducirla por el buen camino. ¡Qué hombre! No se daba por vencido nunca. En la habitación del hotel, cambió el traje pantalón beis por un traje de falda tubo de alta costura, celeste con el cuello de visón color whisky, que hacía juego con sus ojos. Enfundó sus piernas en unas medias negras muy finas, a medio muslo sin ligero, se calzó unos tacones negros de nueve centímetros y un bolso a juego. Se recogió su larga melena en un moño italiano, sin dejar ningún mechón suelto, para que le diera un aspecto más serio y maduro.

Al llegar al hotel, todo el mundo la miró directa o disimuladamente. Más tarde, al bajar las escaleras del primer piso, su habitación se encontraba en dicha planta y Bella no usaba el ascensor para tan poca distancia, todos, absolutamente todos, la miraron. Desde el botones, pasando por el recepcionista, los clientes y hasta el director que en esos momentos se encontraba hablando con Williams.

Cuando los dos hombres giraron la cabeza para mirar a esa impresionante mujer, que se dirigía hacia la recepción moviendo las caderas de forma tan elegante, ninguno de ellos sabía quién era, pero el director dio por hecho que se trataba de la reserva de San Francisco y Williams dio por hecho que se trataba de Isabella Lewis.

¡Por Dios! ¿Esa era la mujer que quería alquilar la casa a dos kilómetros de un triste pueblo perdido en Montana, por muy bonitos parajes que tuviera? Debía de haber un error. Pero no. El recepcionista le dijo algo, ella volvió la cabeza y miró a los dos hombres. Sonrió al empleado, dándole las gracias y se dirigió hasta ellos como una modelo desfilando ante una multitud.

—¿El señor Williams? —preguntó, dirigiendo una bella sonrisa a los dos hombres.

—Señorita Lewis —afirmó Williams a modo de respuesta, cogiendo la mano de la joven y besándola como un perfecto caballero—. Le presento a

Richard Jordan, el director del hotel —Jordan la tomó de la mano sin besársela, para retenerla en las suyas durante unos segundos.

—Es un placer, señorita Lewis, tenerla en nuestro hotel.

—Muchas gracias, señor Jordan. Es un hotel precioso, acogedor y muy lujoso. Esos tres calificativos no se encuentran siempre juntos cuando se trata de un hotel, sobre todo el de acogedor.

—Y supongo que lo dirá por experiencia —alabó el director, comiéndosela con los ojos después de haberle soltado la mano.

—Más de la deseada, a veces. Pero repito señor Jordan: precioso y acogedor.

—Se lo diré al dueño. Le agradecerá oír ese cumplido viniendo de una mujer que vive en San Francisco, si no me equivoco.

—No, no se equivoca.

—Bien, no la entretengo más. Espero que si necesita cualquier cosa, no dude en hacérselo saber.

—Muchas gracias —el director tomó la mano de la joven y la besó con mucha ceremonia. Una vez que se quedaron solos y las miradas de alrededor dejaron de ser tan llamativas, Williams la tomó por el codo y la fue llevando hasta el restaurante del hotel. A Isabella le reventaba que la llevaran por el codo, pero colocó su mejor sonrisa y cambió el bolso de brazo para estirar el otro y hacer que el hombre la soltase. Funcionó.

—He reservado mesa para cenar y poder hablar tranquilamente. ¿Le parece bien?

—Perfecto. Además, estoy hambrienta.

Había tres restaurantes en el hotel. Al que la llevó era de lo más selecto, privado y pequeño. Sólo tenía cabida para diez mesas, guardando distancia entre unas y otras a modo de intimidad. Los motivos eran indiferentes, por negocios, por placer, por clandestinidad, daba igual. Ese comedor sólo era para los privilegiados que lo podían pagar. Los asientos eran sofás de respaldo recto y alto, en forma de media luna. Estaban situados de manera que unas mesas se daban la espalda a otras y resultaba difícil verse las caras.

La luz era difusa; suficiente para ver el contenido del plato y la cara del acompañante. No había necesidad de más. Y eso era lo que hacían ellos, después de sentarse cómodamente en el sofá granate, ante un mantel de hilo blanco, finamente bordado a mano. Con un rápido vistazo ella calibró a su

oponente.

Cuarenta años pasaditos, entrado en carnes, que disimulaba muy bien con unos trajes cortados a medida; blanco como la leche y seguro que era de esos tipos que después de dos o tres tragos se le ponían la nariz y las mejillas, coloradas como un tomate. Era alto. Lo suficiente para ser un poco más alto que ella con sus impresionantes tacones de aguja. El pelo rubio oscuro, indicaba que había sido muy rubio de pequeño. Los ojos azules eran agradables, aunque un poco pequeños. ¿Soltero, casado, divorciado? A tanto no llegaba. Además, no llevaba anillo. Pero no le costaba trabajo imaginarse una sumisa esposa esperando en casa.

Todos estos pensamientos eran como una especie de terapia, para no ponerse nerviosa ante el mismo escrutinio que ella recibía por parte de los hombres. Su timidez, tan guardada dentro de su ser, que no quería dejar salir. Si alguna vez afloraba, sería tan frágil como hilos de cristal que se romperían al primer contacto con el mundo real. Había construido una coraza, un bunker, una fortaleza, alrededor de su corazón que lo único que primaba era el cerebro. La cabeza por encima de todo.

Desde los quince años, su interior permanecía sujeto al control laborioso y frío del pensamiento cerebral. Los sentimientos se quedaron dentro de esa fortaleza y sólo dejaba escapar retazos de amor a sus más íntimos amigos, como eran Cindy o Thomas. No se había enamorado nunca y no quería hacerlo. ¿Qué sería de ella si eso ocurriera? ¿Podría sobrevivir a ello? ¿Sería capaz de afrontarlo como cualquier mujer?

No. Ella no era cualquier mujer. Era un desecho del mundo, que si seguía entre los vivos era porque no había tenido el valor de pegarse un tiro en la boca, aquella vez que sus tías fueron a ver una película de Harrison Ford, dejándola sola. Porque ella les había repetido hasta la saciedad, que ya se encontraba bien, que no necesitaba que la cuidaran como a un bebé. Ya tenía diecisiete años. Diecisiete acomplexados y temerosos años. Con terapia psiquiátrica incluida, que continuaría hasta los veinte y que dejaría por imposible.

El revólver era un Magnum del calibre cuarenta y cuatro, con un tambor de seis cámaras, como el de Harry el sucio. Sus tías habían decidido que, si tenían un arma en casa para defenderse, sería un revolver de peso. Que impusiera temor. Y si había que utilizarlo, ellas no se amedrantarían. Jamás hubo necesidad de utilizarlo, pero Bell sabía que sus tías tenían agallas para apuntar al corazón de cualquier canalla y apretar el gatillo. Ella también

habría apretado el gatillo aquella noche camino de casa si lo hubiera tenido. Habría matado a ese hijo de puta que la anuló como mujer en los años venideros.

Pero esa noche que sus tías estaban en el cine, emocionándose con Harrison Ford, ella sólo logró meterse el cañón del revólver en la boca y comenzar a llorar silenciosamente, por la miseria que llevaba dentro, pero no logró acercar el dedo al gatillo. Sin dejar de llorar, volvió a dejar el Magnum en su sitio y se metió en la cama, llorando hasta quedarse dormida. Cuando las tías llegaron, y viendo que todas las luces estaban apagadas, entraron en la habitación de su sobrina-nieta para oír la respiración agitada y suspirosa de casi todas las noches.



3

—¿Una ensalada? ¿Y eso es estar hambrienta?

—Una buena ensalada cumple con todas mis expectativas culinarias. No soy de mucho comer —contestó Bella, con una mirada abrasadora—. Pero sí tomaré postre. Soy muy golosa.

—Pues le recomiendo la tarta de chocolate —añadió, sin dejar de mirarla.

—La probaré —repuso con una linda sonrisa.

Mientras daban cuenta de sus respectivas cenas, hablaron de cosas triviales. De los trabajos respectivos, del tiempo, de Helena y de Montana. Llegado a este punto, Williams no pudo aguantar más la curiosidad.

—Sinceramente no entiendo como una mujer como usted, quiere venir a un pueblo de aquí. Seguramente en los alrededores de San Francisco o en toda California hay refugios estupendos para escribir un libro o una novela.

—Considérelo una excentricidad por mi parte. Un capricho de una mujer que no le gustan las aglomeraciones y que anhela los espacios salvajes y lejanos de lo cosmopolita.

—Ya, pero una casa que tal vez no tenga las comodidades a las que usted este acostumbrada...

Bella soltó una carcajada, dejando ver una dentadura blanca y perfecta. La risa sonó como cascabeles en los oídos de Williams.

—Peter, usted no me conoce. No sabe a lo que estoy acostumbrada. Por llevar ropa cara, hospedarse en hoteles de lujo y viajar en avión privado, no quiere decir que esa sea la vida que quiero llevar.

—Pues le queda la ropa de alta costura de escándalo.

—Espere a verme con vaqueros y camiseta, señor Williams —añadió con una sonrisita entre picante y dulce.

Williams la miró largamente antes de preguntar:

—¿Está usted casada? —No se atrevía a tutearla, pero cada vez estaba más excitado.

—Por el momento, no. Pero mi prometido lo desea con todas sus fuerzas —mintió para bajarle un poco la moral.

—¿Prometida? ¿Está prometida y quiere pasar casi un año aquí?

—Sí. Dentro de un año me casaré —siguió mintiendo—. Mientras tanto soy libre de hacer lo que quiera.

—¿Y su prometido lo entiende?

—Tiene dos opciones, Peter. Entenderlo o dejarme. Prefiere entenderlo. Y ahora, ¿por qué no hablamos de lo que realmente me ha traído aquí?

Williams había hablado con su jefe. Hazzard le había contestado con cierta impaciencia.

—Peter, haga lo que crea más oportuno. Sabe de sobra que me importa poco, que esa casa este vacía o alquilada. Haga lo que quiera.

—Ya, ya. Pero va a ser un contrato de un año. Les voy a pedir mil quinientos por mes o tal vez dos mil.

—¿Y se puede saber quién cojones quiere alquilar una casa perdida en Montana por un año, y por dos mil dólares al mes?

—Pues una editorial de San Francisco. Es para una escritora que se quiere aislar durante unos meses para escribir una novela.

—Ya. Comprendo. Bueno, le digo lo mismo que antes. Haga lo que le parezca más oportuno. En cualquier caso, no me moleste con estos temas. Se lo agradecería —dijo Hazzard de mal humor—. ¿Alguna cosa más?

—Sí. Los contratos de venta de las últimas viviendas de Missoula, ya están dispuestos para que los vea y firme.

—Bien, estoy en Nueva York, dentro de un par de semanas nos veremos en Helena.

—De acuerdo, señor Hazzard.

—Peter.

—¿Sí?

—Le he dicho varias veces que no es necesario que me llame, señor Hazzard. Con James, basta y sobra — Williams tosió nervioso.

—Sí, claro, James... hasta pronto.

—Adiós.

Hazzard era de ese tipo de hombre, que, aunque quisiera darte confianza mantenía una prudente distancia para evitar situaciones incómodas. Pero Williams nunca se había sentido cómodo con Hazzard. Tenía una personalidad arrolladora y una cuenta corriente que producía delirio. Había levantado un imperio de un rancho lleno de hipotecas. No sabía cómo lo había logrado, pero era una realidad y todos los negocios eran o habían sido limpios. Hasta las famosas partidas de póquer que formaban parte de su leyenda. Lo cierto

era, que a Peter le incomodaba. Estaba seguro que, si Hazzard se encontrara aquí con esta bella mujer, no se escaparía de sus garras, con prometido o sin prometido.

—Bien, Isabella. ¿Está lista para salir mañana?

—Por supuesto.

—¿A qué hora le parece que la recoja?

—Preferiría ir sola —contestó con una sonrisa.

—¿Sola? Pero a mí no me importa llevarla.

—¿Confía en mí, Peter?

—Pues claro, pero...

—Quiero ir sola. Ya he alquilado un coche. Solamente necesito la dirección a seguir y las llaves de la casa.

—Me deja usted fuera de lugar.

—No, Peter. Simplemente quiero tener intimidad y necesito estar sola mientras veo la casa y los alrededores. Así sabré si es lo que quiero.

Williams no se daba por vencido.

—Isabella, voy a ofrecerle un trato. La recojo mañana. La llevo al pueblo, le dejo las llaves de la casa y la espero fuera del lugar. En la carretera. Usted la ve tranquilamente y después la invito a comer.

—No —contestó con una sonrisa.

—Pero...—ya no supo que decir. Le desconcertó la firmeza de ese *no*.

—Por favor Peter. Lo prefiero así. Mañana nos vemos, me da usted las llaves y cuando vuelva al mediodía, me invita a comer —mirando alrededor, añadió—. En este precioso hotel, si usted quiere.

—Está bien. Me rindo. ¿A qué hora quiere que esté aquí? —Lo tenía comiendo de su mano.

—A las siete.

—¿A las siete?

—Sí. ¿Le parece demasiado temprano?

—No, no, lo que usted diga. A las siete estaré en recepción.

—Bien. ¿Qué ruta he de seguir? —preguntó al tiempo que sacaba un mapa de su bolso.

—Vaya, no deja cabos sueltos —asombrado de lo que podría llevar una mujer como la que tenía delante, en un bolso de casi mil dólares.

—Procuro no dejarlos. Usted dirá —extendió el mapa delante de ellos, mientras Williams admiraba la seguridad apabullante que mostraba esa mujer, que observándola de cerca parecía muy joven.

—No tiene perdida —dijo de mala gana—. Hay que salir dirección norte, hacia Great Falls. A unos cincuenta kilómetros se encontrará a la izquierda, una carretera comarcal.

—Poco antes de llegar a Wolf Creek.

—Sí, unos diez kilómetros antes, más o menos. Seguirá por esta carretera que, aunque sea comarcal, está muy bien señalizada y asfaltada.

—Algún ranchero rico se encargó de ello, ¿eh?

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó suspicaz.

—Oh, yo no sé nada. Simplemente lo supongo. No es la primera vez que ocurre en un estado u otro.

—Es usted muy lista, Isabella.

—Que va, Peter. Simplemente son deducciones.

—Bien. Diez kilómetros más y habrá llegado a Lowma. Pintoresco pueblo de menos de quinientos habitantes, que la recibirá con los brazos abiertos y los cotilleos dispuestos.

—Peter —rio Bella ante ese comentario—, si hasta en San Francisco hay cotilleos, no voy a esperar lo contrario en un pueblecito de Montana. ¿Y cómo llego a la casita de mis sueños?

—Pase el pueblo y a dos kilómetros se acaba la carretera.

—No me diga. Vaya, que emocionante.

—Si usted lo dice. Era broma. No se acaba a los dos kilómetros, pero sí un poco más adelante. Justo un poco más. A unos seis, a la entrada de uno de los ranchos más grandes del estado. En realidad, Casa de Piedra pertenece al rancho.

—La Casa de Piedra —repitió Bell.

—Sí. Se construyó algo más de cien años.

—Sí que es vieja entonces —pensando en las fotos que vio. No parecía que fuese tan antigua.

—Pero no sufra. Se reformó entera. En realidad, hace más de quince años se tiró por completo y se edificó sobre los mismos cimientos. Y hace unos cinco se volvieron a hacer reformas. Para no faltar a la verdad es una casa muy bonita. Un poco pequeña, pero como refugio está bien. Muy bien. Sólo tiene un dormitorio, ¿lo sabía?

—No, pero me parece perfecto. De todos modos, prefiero verla antes de dar una opinión.

Vinieron los postres y Bella retiró el mapa para volver a guardarlo en su bolso. Poco más se dijeron, principalmente porque ella se relajó disfrutando

de la deliciosa tarta de chocolate y Peter pensando que una mujer que disfrutaba así de un postre, debía de ser estupenda en la cama. Vaya estupidez.

—Tenía usted razón. Es de lo mejor que he comido. Siempre que venga al hotel, sabré lo que pedir de postre.

—Me alegro de haberla aconsejado.

Tomaron café y se despidieron en el hall hasta la mañana siguiente.

Esa noche, Williams soñó con la californiana.



4

Al día siguiente, bajó al hall con unos vaqueros desgastados y muy ajustados a sus largas piernas, una camiseta que ceñía sus hermosos pechos y una chaqueta de cuero negra. Las botas tejanas tenían poco tacón y a Williams le agradó comprobar que era más alto que ella.

—Tenía usted razón. Con vaqueros está tan espectacular como con un traje. O más.

—Yo no dije eso, Peter.

—Bueno, es igual. Lo digo yo. Aquí tiene las llaves de la casa.

—Gracias —contestó con una radiante sonrisa.

Peter la observaba sin perder detalle y comprobó que no llevaba maquillaje alguno. Sólo los labios ligeramente untados en una especie de vaselina. Daba ganas de besarlos, de comérselos. Las pestañas eran negras como el carbón, espesas como un bosque, largas y curvadas como una media luna. Llevaba una trenza que le llegaba a media espalda. El rubio parecía natural. Eran chocantes esas pestañas tan negras y ese pelo tan rubio. Pero Peter juraría por lo más sagrado que ese pelo era natural y que esas pestañas no estaban pintadas.

—Isabella, perdone, ¿pero cuántos años tiene? —le preguntó mientras ella se dirigía al Ford que había alquilado. Se paró en seco y mirándole a los ojos le sonrió.

—¿Cuántos me echa?

—Pues anoche, durante la cena, habría jurado que tenía veinticinco o veintiséis. Ahora parece usted una niña con cuerpo de mujer —Isabella rio de buena gana.

Le gustaban los cumplidos como a todas las mujeres.

No le gustaba lo que venía después.

—Acertó plenamente a noche, Peter. Y seguramente también ha acertado ahora —lo dejó con la boca abierta, mientras ella arrancaba el motor—. Nos veremos alrededor de la una y media. Aquí. No me falle.

El coche desapareció de su vista y se enfadó consigo mismo por no haber insistido un poco más en acompañarla. Joder, las siete de la mañana de un

sábado. ¿Qué iba a hacer hasta la una treinta?

A Isabella le gustó lo que veía. Condujo con tranquilidad, disfrutando del paisaje y por descontado, para no equivocarse de ruta. Cuando llegó a la bifurcación que Williams le había dicho, tomó hacia la izquierda, entrando en una carretera comarcal, muy asfaltada y perfectamente señalizada. Enseguida vio el letrero: *bienvenidos a Lowma, 495 habitantes*.

Entró en el pueblo, pasó ante una gasolinera y taller, donde ondeaba una bandera estadounidense y un joven pelirrojo tirando a rubio, no muy alto, se quedó mirándola a ella y al coche hasta perderlo de vista.

Siguió un poco más, reduciendo a segunda, para localizar la entrada. Vio un buzón en el comienzo de un sendero, a la izquierda de la carretera. Metió el Ford y pudo comprobar, para su tranquilidad, que el sendero no tenía baches y la consistencia del suelo era dura a pesar de haber llovido los días anteriores.

La vio al momento. Paró el coche y sin bajarse observó detenidamente.

Era de piedra, con las ventanas y el porche acristalado de madera de pino. Varios escalones accedían a dicho porche, ya que se encontraba elevado para evitar inundaciones. Una gran ventana, la puerta y otra gran ventana, daban a esa parte. El tejado era de pizarra para que resbalasen la lluvia y la nieve. Divisó dos chimeneas y ya no pudo aguantar más. Salió del coche con las llaves en la mano y se dirigió hasta la casa.

Sus botas resonaron contra la madera de los escalones. Abrió la puerta del porche que no tenía llave y a su derecha vio un sofá mullido, que invitaba a sentarse y también a que le pasaran la aspiradora. Una mesita rectangular, un tanto rústica, se añadía al decorado. A la izquierda, una mesa redonda de hierro forjado con dos sillas gemelas del mismo material y la misma estructura. Le gustó. Allí podría escribir los días que hiciera buen tiempo.

Sin más preámbulos abrió la puerta de la casa. Directamente entró en un salón con una hermosa chimenea. Tenía mucha luz a pesar de la vegetación que rodeaba la casa, gracias al ventanal que daba al porche y otra gran ventana que daba al oeste. La chimenea se encontraba en la pared que no tenía ventanas. A los lados de esta, estanterías de madera permanecían libres de objetos o libros. Estupendo. Le vendría genial para sus cosas.

Un hermoso sofá de color tostado y de un tejido cálido y mullido, se hallaba enfrente para calentarse bien en las noches frías. Dos sillones del mismo color y más grandes de lo habitual, se encontraban a derecha e

izquierda. Una mesita redonda y un tanto tosca, se centraba entre los lechos del descanso y confort.

Continuó su periplo, dirigiéndose a la primera puerta que vio. La abrió y se encontró ante un pequeño distribuidor con tres puertas. Abrió la primera y se encontró con la bonita cocina. Rectangular, con el techo en descenso hasta el enorme ventanal y puerta que daba a la naturaleza. La encimera estaba debajo de esa ventana. El fregadero, un trozo de barra libre para hacer las comidas y la cocina de gas. Enfrente armarios con cacerolas, sartenes, platos y todo lo necesario. Cafetera eléctrica, microondas y batidora. Y un gran frigorífico, una lavadora y una secadora.

Si no fuera porque todo estaba lleno de polvo, pensaría que en esa cabaña vivía alguien. Salió por la puerta que daba al bosque, para comprobar que era un lateral de la casa. Entró de nuevo y echó el cerrojo. Volvió a mirar los muebles de pino oscurecido, el suelo de losetas, el techo blanco. Sus ojos recorrieron el gran ventanal recreándose con las píceas negras y otros abetos de maderas blancas y castañas. El verdor era abrumador y le producía un estado letárgico y soñador.

Debajo de la ventana que daba al porche, se encontraba un banco de madera con mullidos cojines, una mesa redonda y dos sillas. Los visillos de esa ventana le daban cierta intimidad, el gran ventanal del mostrador carecía de ellos. Se fijó en que los árboles estaban podados e incluso habían cortado algunos, dejando los tocones como recordatorio. Dejó la cocina y abrió otra puerta. El cuarto de baño. Pequeño y coqueto, pero con todo lo necesario: hasta un bidé, ducha empotrada y cerrada con puerta de un material traslucido, lavabo doble y un pequeño armario para toallas y demás enseres.

Entre el baño y la cocina estaba el dormitorio. Con dos hermosas ventanas y una pequeña chimenea en una esquina. Cama grande, mesitas pequeñas y armario empotrado. Debajo de las ventanas, dos pequeñas cómodas. Todo en madera, suelo, paredes y techo. La cama tenía un floreado edredón que, como todo, necesitaba una buena limpieza. Por lo demás era perfecta. Era el sitio perfecto para escapar del mundo en que vivía. Para estar sola a sus anchas, con sus complejos y su propia infelicidad. Dedicaría el tiempo a escribir, a leer, escuchar música y dar paseos por los alrededores. Quién sabe, tal vez se acercaría a la reserva india.

Cerró la puerta delantera y fue a comprobar la de la cocina. Movié el picaporte y pensó que por el momento valdría. Cuando viviese allí pondría otro cerrojo más seguro. Moviendo sus largas piernas y taconeando sobre la

gravilla se dirigió hasta el coche. De repente se paró. Giró hacia el otro lado de la casa y se encontró con un cobertizo. Al abrir la puerta que no tenía llave ni cerrojo, halló una buena provisión de leña, el depósito de propano y una vieja camioneta Ford, de color azul cielo.

Una sonrisa se dibujó en la bella boca de la joven. Hasta tenía las llaves puestas. *Caramba, aquí todo el mundo confía en todo el mundo*, pensó. Dejó la puerta como estaba y volvió al coche. Arrancó, dejó pasar unos minutos y puso la calefacción. A finales de abril el tiempo era fresco por esas latitudes, pero eso no la amedrentaba. Tenía una buena colección de ropa de abrigo y algunas cosas más que se compraría nada más llegar a San Francisco. Porque, aunque se fuera al último rincón de la tierra, le gustaba vestir bien. Y si tenía que ponerse jerséis gruesos y pantalones de pana, quería algo bonito y favorecedor. Sonrió ante el capricho de una niña consentida y maniobró el coche para dirigirse a la carretera.

Paró en la gasolinera.

El muchacho pelirrojo se dirigió hasta ella sin pestañear y recorriéndola de arriba abajo.

—Buenos días, señorita. ¿Se lo lleno?

—Sí, por favor —contestó saliendo del coche.

El joven le mantenía la puerta abierta.

—Alquilado, ¿eh? —preguntó mirando el vehículo y luego a la mujer, mientras colocaba la manguera en el depósito.

—Sí —contestó con una sonrisa, sabiendo que cuando comenzaban a preguntar no paraban.

—¿Viene de muy lejos?

—De Helena.

—Ya. Pero usted no es de Helena —no fue una pregunta.

Ese acento no era de Montana.

Bella miró al joven pelirrojo tirando a rubio. Los ojos verdes eran bonitos. Un poco más joven que ella y unos tres o cuatro centímetros más alto.

—¿Se nota mucho?

—Conozco a la gente de los alrededores y a Helena voy una o dos veces al mes, depende. También me acerco a Wolf Creek, a Canyon Creek, a Sieben y a Wilbom. A Great Falls sólo he ido un par de veces y juraría que usted no se parece a ninguna de las mujeres que he visto en esos sitios. Y he visto mujeres guapas, lo puedo jurar, pero como usted... no. Isabella rio a carcajadas. Le hacía gracia el pelirrojo y por supuesto no lo veía como una

amenaza. No era grande ni fuerte. Aunque en algunas ocasiones las apariencias engañaban.

—Y eso, ¿cómo lo debo tomar? —preguntó acercándose al muchacho.

Will, que así se llamaba, acababa de dejar la goma en el surtidor, cuando vio los ojos ambarinos al quitarse las gafas de sol.

Joder, qué ojos más bonitos.

—Perdón —contestó confuso—, no la he entendido.

—No importa. Mi nombre es Isabella y procedo de San Francisco —añadió ofreciendo su mano.

Will, se limpió en el pañuelo del mono y cogió la mano sin dejar de mirar el bello rostro e hipnotizadores ojos.

—¡Caramba, San Francisco! Está muy lejos de su casa.

—Ahora no. Estoy muy cerca. En realidad, a dos kilómetros de aquí. Voy a vivir por una temporada en la Casa de Piedra.

—¡No jodas! —Se golpeó la frente—. Perdone mi vocabulario.

—No se preocupe. En San Francisco también empleamos tacos —contestó sonriendo.

Le entregó un billete de diez dólares, que el joven rechazó.

—No, no es necesario. Estaba casi lleno. No me debe nada.

La muchacha le dio las gracias y antes de introducirse en el coche, Willy se acercó.

—Espero que disfrute de su estancia aquí.

—Si los habitantes de Lowma son tan amables como usted, estoy segura de que así será.

—Que tenga buen viaje —saludó con la mano al tiempo que arrancaba y salía de su territorio, pero no de sus pensamientos.

Una hora más tarde hablaba con su jefe.

—Joder Stephen. De verdad, no te lo puedes imaginar. ¡Cómo está de buena! ¡Qué ojazos! Jamás he visto un color así. Más claros que el whisky.

—Amarillos —añadió Stephen que tenía más de sesenta años y creía haberlo visto todo.

—No hombre. Ni que fuese un demonio. Son como el ámbar. Eso es. Como el ámbar.

—Una diablesa con los ojos ambarinos —añadió el viejo mientras limpiaba un carburador—. Déjate de hostias y ponte manos al trabajo.

—Joder, ya voy, ya voy —transcurrieron cinco o seis minutos y sin levantar la vista del capó del Chevrolet, añadió—. Y me dijo que iba a vivir en la Casa de Piedra una temporada.

—¡Ah! Entonces será amiga de James —el pelirrojo se rascó el mentón, dejándose un tiznajo negro.

—Humm, claro. No había caído. Entonces no hay nada que hacer —Stephen soltó un estruendo por carcajada.

—Anda muchacho, atiende lo que estás haciendo y no sueñes con muñecas de San Francisco.



5

Williams estaba comprobando que esa mujer que tenía delante, comía más bien poco. ¿Sería por no engordar o por naturaleza? No se lo iba a preguntar. Era preciosa y no se cansaba de mirarla. Seguía con la misma ropa y algunos mechones de pelo se habían escapado de la gruesa trenza. Estaba entusiasmada con la casa y los alrededores. Era apremiante para ella, la necesidad de poner los puntos claros para el contrato de alquiler.

—Quiero trasladarme dentro de un par de semanas a más tardar. ¿Habrá algún problema?

—No tiene por qué. ¿Pero está dispuesta a pagar mil dólares al mes por la casa?

—¡Oh! Ya no son dos mil —exclamó con una sonrisa.

—Teniendo en cuenta que van a ser varios meses lo dejaremos en mil y no tendrá que pagar los gastos de luz y demás.

—Vaya, gracias. ¿Tiene carta blanca sobre el tema?

—Sí.

—Estupendo. La editorial se pondrá contenta. A fin de cuentas, son ellos los que pagan.

—De algún modo se lo cobrarán.

—No lo dude, Peter. No lo dude —suspiró ella—. Si no les interesara no perderían el tiempo. Pero hoy por hoy soy un filón de oro para ellos. El día que mis novelas no se vendan, me darán una patada en el trasero y no recibiré ni los buenos días.

—Eso es muy duro —replicó el hombre sin dejar de mirarla.

—Es la realidad. Por lo tanto, me aprovecho todo lo que puedo. Avión privado, casas de alquiler, hoteles de lujo y todo lo que salga.

—¿Cuántas novelas ha publicado, Isabella?

—Cuatro. He comenzado la quinta.

—¿Y qué género trabaja?

—Misterio.

—Perdone, Isabella, pero me come la curiosidad. ¿Cuál es su seudónimo?

Ella lo observó atentamente. No le gustaba la fama. No quería ser reconocida. Las fotos de sus libros eran una farsa. Con una peluca morena, con gafas de culo de vaso y una prótesis dental para hacerla dentada. Fue el trato al que llegó con su jefe. No quería publicidad ni firmar ejemplares. En la contraportada, debajo de la foto figuraba: Sharleen Hynd, joven escritora de novelas de misterio. Todas sus obras han llegado al número uno y son traducidas a 12 idiomas. Sharleen, paralítica desde los quince años vive apartada en su rancho de Arizona, donde su marido la cuida y la anima a seguir escribiendo.

—Prefiero guardar el secreto, Peter. No se lo tome a mal. Pero las únicas personas que lo saben son mi editor, mi amiga Cindy y mi abogado. Y quiero que siga así.

—Comprendo —asintió Peter un poco dolido—. ¿Y para sus compañeros de trabajo?

—Lo que soy. Periodista. Escribo varias columnas para dos revistas que pertenecen a la editorial.

—Ya. Y el retiro, ¿cómo lo explica a sus compañeros?

—No debe preocuparse por eso, Peter.

—Perdone, estoy siendo indiscreto. Deformación profesional. Los abogados siempre preguntamos de más.

—Tranquilo. Mis padres me dejaron una respetable herencia. Mis compañeros piensan que soy un tanto excéntrica. Nada más. A fin de cuentas, seguiré escribiendo mis columnas desde aquí.

—Está bien pensado —afirmó.

Ella se removió en su asiento, un tanto incomoda por la mirada penetrante del abogado.

—Me voy dentro de un par de horas. ¿Me podría mandar el contrato por mensajería?

—Pues claro. ¿Pero por qué se marcha tan pronto?

—Tengo muchas cosas que hacer y tendré mucho tiempo para estar aquí. Por cierto, la casa no tiene televisión. Necesito una. Me gusta estar al corriente de lo que pasa en el mundo.

—No se preocupe. La casa tiene conexión para televisión e internet. Tendrá una y todo lo que usted pida.

—Gracias —sacó una tarjeta de su bolso y se la entregó—. Aquí tiene mi dirección y la de la editorial. Le aconsejo que el contrato lo mande aquí, y por favor llámeme cuando lo haga.

—Está bien —contestó con pena de perderla de vista.

Al terminar el almuerzo se dieron la mano, despidiéndose hasta la próxima visita.

—Me olvidaba —añadió Peter, que no tenía ni pizca de ganas de verla marchar—, como supongo que la casa estará bastante sucia, me encargaré de que la limpien para cuando venga a instalarse.

—Se lo agradezco enormemente.

—Bien... pues hasta pronto.

—Adiós, Peter —Isabella, con la chaqueta de cuero en el brazo, andando como una reina dentro de sus gastados y ajustados vaqueros, se dirigió hasta la escalera.

Todos los hombres que se hallaban en la recepción, volvieron la cabeza observando ese culo prominente y esos pechos enfundados en una camiseta blanca de manga larga. Peter también la observó hasta que desapareció de su vista.

Los preparativos fueron lo más rápido posible. El contrato llegó un miércoles y su jefe lo firmó al momento, pero refunfuñando lo suyo. No entendía como una mujer que vivía en San Francisco y tenía todas las comodidades, se quería ir a un pueblo perdido en Montana.

—Pues te advierto que allí no lo vas a tener fácil —le dijo con mala cara.

—¿A qué te refieres?

—San Francisco es la cuna de los homosexuales —replicó con mala leche. Su jefe, Joseph Sanders de mediana edad, estaba encaprichado con ella desde que la conoció—. No sé qué cojones vas a hacer en un pueblo de cien habitantes.

—Quinientos, querido —replicó sarcástica, puesto que ya sabía por dónde iban los tiros.

—¡Qué más da, joder! Quinientos que cien. Dime nena, piensas echarte una novia en ese pueblecito o tal vez en Helena, para llevar la discreción total. De todos modos, Helena tampoco es tan grande que digamos. Vas a ser la comidilla.

—¡Porque no te vas a la mierda, Joseph! —exclamó de mal humor.

—Porque no quiero. ¿Con quién te acuestas ahora? Hace un par de meses

se rumoreaba que tenías un lío con una decoradora de Los Ángeles. ¿Ya no jodes con ella?

—Puedes ser de lo más despreciable. Más te valdría preocuparte de tu esposa y de tus hijos.

—No menciones a mi familia. Tú no. Una puerca lesbiana no tiene derecho a mencionar a mi familia —Isabella tragó saliva, pero no se dejó avasallar.

—Está bien. Ya te lo dije en una ocasión. Si vas a tratarme así, me iré a la competencia. Seguro que querrán tener a Sharleen Hynd en su nómina — cogió el contrato y se dispuso a salir.

Él la cogió antes de que llegara a la puerta. La tomó por el brazo y le pidió disculpas.

—Perdona nena. Perdóname. Cuando estoy contigo se me dispara la lengua. No sé lo que me pasa. Perdóname —Isabella se soltó de su brazo y lo miró a los ojos.

—Cuando me vaya de aquí, no te encontrarás a solas conmigo y no saldrá a flote ese mal genio que tienes, aparte de la mala educación que estoy segura, no la recibiste en Harvard.

—Tienes razón. Soy un grosero y tú, a pesar de tus inclinaciones sexuales, una dama.

—Mis inclinaciones sexuales son cosa mía. Mi vida privada es cosa mía y mi trabajo es cosa nuestra.

—Tienes razón, Bell —afirmó como un corderito.

—¿Todo en orden? ¿No nos volveremos atrás?

—No nena. Todo en orden —cogió la mano libre de anillos de la joven y la besó—. ¿Podré ir a verte?

—¿A Montana? —preguntó extrañada. Era lo último que deseaba.

—Claro —contestó sin dejar de mirarla.

—Ya veremos, jefe. Ahora me voy. Tengo mucho trabajo.

—Vale, vale —contestó a modo de despedida.

Qué clase tenía la cabrona. Cómo podía haber mujeres así y que fueran lesbianas. No lo entendía. Cuando la conoció, cinco años atrás, se dijo: esta putita será para mí.

Intentó conquistarla, poco a poco, ya que enseguida comprendió que no era como las demás. Era dura de roer. Mejor. Esas eran las mejores. Pero

resultó que la niña era dura de cojones. Ni sobornándola sutilmente se dio por aludida. Sutilmente, ella se hacía la tonta, lo esquivaba. Cuando a los dos años de trabajar en la editorial, le presentó una novela escrita por una *amiga*, él le dijo que la leería.

Al descubrir que era buena, quiso chantajearla. Te acuestas conmigo y te la publico. Ella dijo que no. No se habló más del tema. Pero dos meses más tarde, le dijo que sí. No quería que se fuera a otra editorial. Le preguntó por la amiga, que la quería conocer y ella le contestó que la tenía delante. Poco tiempo después escuchó un rumor. Su secretaria comentó que la señorita Lewis tenía amistades femeninas.

Las malas lenguas decían que rechazaban todas las propuestas masculinas porque se entendía mejor con las mujeres. ¡Joder! No podía dar crédito. Había intentado seducir a una tortillera y no se había dado cuenta. Era la hostia. ¿Cómo le podía pasar eso a él? A él, que se había acostado con doscientas, por decir un número. Pero si era la tía más femenina y con más clase que había conocido en su puta vida. Claro, había que tener en cuenta que era una chica muy joven y normalmente a esas edades no se tenía el comportamiento de una *señora* con todas las letras.

Nunca hablaba mal, siempre vestía con clase, hasta cuando iba de vaqueros. Sus modales eran exquisitos, no levantaba la voz, no llamaba la atención... bueno sí la llamaba, pero por todo lo bueno y sobre todo por su belleza. Él, que se creía experto en mujeres, que con un vistazo las calibraba de arriba abajo, que cruzando cuatro palabras con ellas, sabía si era una vulgar zorrilla, una estiradilla o una estrecha, que con dos palabritas bien dichas y algún que otro regalito, se abrían de piernas al instante. Pero Bell... cómo lo había engañado. Con el tiempo no se enfrió, al contrario. Cada vez que la veía le subía la temperatura. No lo podía evitar. Además, estaba convencido de que lo que esa mujer necesitaba era un hombre con un par de cojones bien puestos. Ese era él. Si alguna vez lograba derretir el hielo que cubría esa hermosa cara y ese cuerpo escultural, estaba seguro de que Isabella Lewis dejaría de interesarse por las mujeres y sería una perra sedienta de macho.

Tendría que hacerle una visita. Así comprobaría la choza que iba a pagar la editorial. Pero antes se enteraría si iba a estar sola o si llevaría a alguna amigueta. Tampoco le apetecía hacer el ridículo.

Montana, ¿estaba loca o qué? No tiene bastantes sitios en California para retirarse que se tenía que ir a las Rocosas. Por Dios. Porque se trataba de una

de sus mejores novelistas, que si no... Joseph se mesó su canoso cabello y sacudiendo ligeramente la cabeza, volvió al papeleo de su mesa.



6

Cindy se iría con ella y pasaría unos días para organizar un poco la casa y de paso descansar y cambiar de aires. No tenía intención de desprenderse de la casa que Bell había heredado de sus padres, Haight Ashbury, por lo que Cindy seguiría viviendo allí. Ella pagaría los gastos y no le cobraría alquiler. Normalmente era una mujer desconfiada, pero Cindy le gustó desde el primer momento en que la vio. Supo que podía confiar en ella y que no le haría ninguna jugarreta. Era la única persona de San Francisco que estaba al corriente de su vida, no con todo detalle, pero sí a grandes rasgos.

De hecho, cuando Cindy se fue a vivir con ella le puso al corriente. Le informó de las habladurías que Cindy ya sabía de antemano, a fin de cuentas, trabajaba en la editorial y conocía todos los chismorreos. Pero igual que Bell confió en ella desde el principio, a Cindy le pasó lo mismo. No le importaba que su amiga fuera lesbiana, cosa que le costaba trabajo creer, y no le importaba lo que pensara la gente, porque tarde o temprano cada uno estaba en el lugar que se merecía.

Para Cindy, Bell era una chica encantadora, que hacía obras de caridad; pasaba la mayor parte del tiempo libre en su casa, escribiendo o leyendo; tenía un guardarropa esplendido; era una de las tías más guapas que había conocido y para colmo no se lo tenía creído. Era prudente, inteligente, simpática, cariñosa y muy tímida, a pesar de que nadie apostaría por eso. Cuando le contó lo que le sucedió a los quince años, la compadeció. Le pidió que le enseñara las cicatrices que tenía en el cuerpo, ella se negó y lo entendió. Cuando le contó todo sobre su pasado, le pidió que no lo comentara nunca con nadie, Cindy lo aceptó sin pensarlo.

Una noche de borrachera tonta, ella le contó que, a pesar de cinco años de terapia, los hombres eran para ella el terror personificado, la volvió a compadecer.

En una ocasión, el novio de Cindy quiso saber.

—Mira cielo —le explicó—, yo no sé si se acuesta con tíos o con tías. A casa no lleva a nadie. Pero te diré una cosa, jamás la he visto desnuda, ni en ropa interior. Ya sabes, entre mujeres eso es normal. Bueno, pues Bell tiene

mucho pudor con esas cosas. Además, fue una de las condiciones que puso cuando fui a vivir con ella. Su intimidad debía de ser total. Nada de entrar en el baño cuando esté ella, ni en su habitación y todo eso. Desde luego si es lesbiana, cosa que dudo mucho, es de una clase especial.

Lenny Lopez se enamoró de Cindy el primer día que la vio, a ella le costó un poco más. De origen puertorriqueño, vivía con su madre, trabajaba como fontanero y estudiaba informática. Tenía la misma edad que ella, quería casarse por la iglesia y para toda la vida. Y nada de vivir juntos, esa modernidad no iba con él. Le vendría muy bien tener el piso de Bella para ellos. Pero sólo en lo que al sexo se refería. Por otra parte, se quedaba bastante tranquilo al saber que Bella se iba al quinto carajo. Realmente le producía cierto desconcierto esa mujer tan linda y al mismo tiempo tan fría. Las mujeres no eran su punto fuerte. Con Cindy estaba requequé servido. Era una muchacha bonita, pero sin exceso, regordeta y muy simpática. Para qué más. Una mujer como Bella tenía que ser para un hombre con mucho, mucho carácter. Y mucho, mucho dinero.

La noche que se despidieron, Bell se había ido a cenar con Thomas, el abogado de la editorial y amigo muy especial y ellos disfrutaban de la cama de matrimonio que Cindy tenía en su dormitorio.

—¿Tú crees que se lo estará tirando? —preguntó. Cindy se rio de buena gana.

—No digas tonterías, cariño. A Thomas no le importaría, te lo aseguro. Está coladito por sus huesos. Pero para ella es un amigo. Un buen amigo. Pobrecillo, casi llega a declarase. Menos mal que lo detuve y le evité el ridículo. Te puedo asegurar que si hubiese sido más oscuro se habría vuelto blanco de la impresión. Total, le fui explicando y poco a poco le volvió ese color café con leche. Y le dije: Thomas, más te valdría encapricharte de Aretha, saldrías ganando. Y me contestó: ganando con esa puta. Ni borracho.

—Joder, nena, que amigos tienes.

—San Francisco es así, Lenny. De lo más variado y cosmopolita. Y no tengo más que mirarte, tan blanquito de piel, tan morenito de pelo y con esos ojazos tan negros... y tan modosito en la cama —con sonrisitas se metió debajo de las sabanas y llevó su mano al pene erecto, para luego metérselo en la boca.

Lenny suspiró de placer y la dejó hacer.

Se encontraban en el avión privado de la editorial. Bell se llevó dos maletas grandes llenas de ropa y complementos y dos bolsas de viaje llenas de discos, libros, folios, lápices, gomas, plumas, bolígrafos y algunos libros. El portátil lo llevaba Cindy, todo lo demás llegaría en su Jaguar negro conducido por Thomas, más o menos en una semana.

Esta vez, Williams no dejó que lo apartara de su vida tan sutilmente. Allí estaba él; en el aeropuerto de Helena cuando el pequeño avión llegó procedente de San Francisco. Recibió a las dos mujeres con encantadora amabilidad y colocó todos los bultos en su Lexus, para llevarlas hasta el pueblo.

Bell dejó que Cindy ocupara el asiento delantero, por lo que Williams se vio forzado a mirar el espejo retrovisor más de lo habitual. Cindy, con su carácter extrovertido y vivaracho habló casi todo el tiempo e inundó al abogado con preguntas de todo tipo. Como fondo en la radio sonaba música country de una emisora local. Isabella desconectó de todo sin dejar de mirar el paisaje, escuchando a Johnny Cash y como ruido de fondo las voces de Cindy y del abogado, se relajó y comenzó a sentir la incertidumbre de vivir en un sitio nuevo. Lo mismo le pasó cuando abandonó la casa de sus tías abuelas para ir a la universidad y después cuando se instaló en la casa que había sido de sus padres.

En San Francisco fue la marabunta de gente, la competencia entre unos y otros, la soledad, las envidias, las zancadillas, los hombres, las mujeres, las noches largas y llenas de pesadillas, los ruidos, los restaurantes caros, los parques, los museos, las tiendas de ropa de diseño, el mar...

¿Cómo sería aquí? ¿Estaría tan sola como siempre? ¿Me encerraré en mí misma para pudrirme poco a poco? ¿Me iré amargando yo sola, hasta convertirme en un adelanto de mujer histérica y pre menopáusica? Por Dios, Isabella, vas a estar un año como mucho y si no estoy a gusto me largo y punto. Además, no me voy a amargar, ya lo estoy. Tal vez el aire puro de las montañas me ayude a superar mis miedos y mis complejos.

Con esos pensamientos escuchó como Slim Whitman entonaba: Rose Marie.

—Isabella —reclamó atención el abogado.

—Perdón, estaba distraída —se disculpó.

—Decía que vendrá a menudo a Helena. Después de todo no hay mucho que hacer en Lowma un fin de semana —las dos jóvenes se echaron a reír.

—¿He dicho alguna tontería? —preguntó un tanto perplejo, mirando a una y luego a otra.

—No, no. Lo que pasa es que Bell no es muy dada a salir. De hecho, la mayoría de los fines de semana se los pasa escribiendo y leyendo. Y eso en San Francisco, con que aquí...

—Bueno, en el pueblo hay un bar que está muy animado los viernes y sábados por la noche. Tiene una buena mesa de billar y buena música.

—¡Oh, estupendo! —exclamó Cindy—. Bell juega de puta madre al billar —Peter la miró de reojo, un tanto sorprendido del vocabulario de la chica.

—Cállate, Cindy.

—¿Por qué? Es la pura verdad.

—Pues ándese con ojo. A los hombres del lugar no les gusta que las mujeres ganen al billar y los dejen en evidencia.

—No se preocupe. No pienso jugar con ningún hombre al billar. Se lo aseguro.

—Qué tontería —repuso Cindy—. A los tíos machistas hay que darles alguna lección de vez en cuando —se produjo un silencio prolongado, mientras escuchaban los lamentos de la canción.

—Ya llegamos —dijo Peter antes de entrar al pueblo—. Pararemos en la gasolinera de Follett y les presentaré.

Allí estaban Stephen Follett y su empleado Willy Korda, el pelirrojo que había conocido Bella. Follett era un grandullón de sesenta años, con el cabello blanco y conservando bastante el atractivo que tuvo en su juventud. Para ser un mecánico tenía modales de caballero del sur. Su voz bien modulada, grave y un tanto lenta, resultó a Bell reconfortante y tranquilizadora, aunque todos los hombres eran sus enemigos, este estaba en una edad que a ella no le producía tanto desasosiego. El hombre pudo comprobar que Willy no había exagerado un ápice. Realmente la joven era una belleza y ahora menos que nunca entendía, que una mujer de esa clase se encerrara en un pueblo casi perdido.

—Señor Williams, la camioneta está lista. Esta mañana la hemos dejado enfrente de la casa.

—Estupendo Stephen. Isabella, como usted no tendrá su coche hasta dentro de unos días, puede utilizar la camioneta Ford mientras tanto. Tal vez

no esté acostumbrada a conducirla... si prefiere otro coche...

—No es problema, Peter. Me vendrá muy bien mientras tanto. Está usted en todo. Se lo agradezco mucho.

—Es lo menos que puedo hacer. Y lo que necesite de Stephen...

—Por supuesto, señorita —intervino el nombrado, que no le gustaba que hablaran por él y menos ese pretencioso abogaducho de ciudad—. Cualquiera problema que tenga. No dude en llamarnos. Del tipo que sea. Willy o yo estaremos allí en un santiamén. En la casa, al lado del teléfono tiene una agenda con todos los números importantes. Entre ellos el del taller.

—Es usted muy amable. Se lo agradezco —añadió con una radiante sonrisa. Willy estaba extasiado y no dejaba de mirarla, aunque de vez en cuando también miraba a su regordeta amiga.

—Como verá, Isabella, todo está controlado. Tenga por seguro que aquí en Lowma, va a estar más protegida que en San Francisco —aseguró Peter.

—No lo dude, señorita —añadió Follett—. Dos kilómetros no son nada. Y se encuentra entre dos cercos, el pueblo y el rancho Hazzard. Está protegida.

—¿El rancho Hazzard? —preguntó Cindy llena de curiosidad.

—Sí —contestó el abogado.

—¿El mayor rancho de Montana? —volvió a preguntar.

—Pues sí, así es. ¿Por qué lo pregunta?

—¡Oh! Por nada. Me pareció leer algo sobre ello —contestó la joven, que ya había puesto a trabajar su cerebro.

Hazzard, Hazzard, le sonaba mucho ese apellido.

—Sí, no es de extrañar. Ha salido más de una vez en las revistas —añadió Peter y así quedó el tema.

Una vez en el coche, Cindy se olvidó del rancho Hazzard y se dedicó a alabar al mecánico. Williams añadió que, por lo general, los lugareños eran gentes muy agradables. Como era lógico, el trato era distinto al de la ciudad. Aquí todos se conocían y sabían las desgracias y bonanzas de todos. Todos se ayudaban entre sí y todos se criticaban entre sí. Lo normal. Pero a la hora de la verdad no había rencores ni malas caras. Si había que echar una mano a un vecino se hacía y punto. En el pueblo, todos eran muy religiosos y la solidaridad estaba presente en todos ellos.

Al llegar a la casa, Cindy quedó encantada. Dijo que era más bonita que

en las fotos. Ella fue la primera en comprobar la famosa agenda, allí estaban los teléfonos del taller, del sheriff, de la oficina de correos, de la tienda de comestibles y farmacia, del motel, del bar Spaldings y del rancho Hazzard. Recorrió la casa en una carrera para comprobar que todo estaba como los chorros del oro.

Isabella le dio las gracias otra vez al abogado por haberse ocupado hasta del más mínimo detalle. Bajaron todos los bultos del coche, dejándolos en el salón. Cindy, recorrió la cocina, abrió el frigorífico y vio que estaba repleto. Se ofreció a hacer una cena succulenta a base de emparedados de pollo con mayonesa y lechuga.

Cuando se quedaron solas, Cindy comprobó el mullido sofá donde iba a dormir. Sonrió satisfecha al comprobar que era bastante ancho para acomodar su cuerpo regordete.

—Los muebles son bastante nuevos, ¿no te parece?

—Sí —contestó, dirigiéndose a la habitación con una de las maletas—. Ya me di cuenta la primera vez que estuve. No me cabe duda de que esto está puesto para las citas de amor o de amantes o de picadero.

—Desde luego no está puesto con vistas a albergar una familia con tres niños —añadió Cindy, al tiempo que seguía a su amiga para ayudarla con las maletas.

—¿Te ha gustado el pueblo? —preguntó Bella, mientras sacaba un lote de jerséis de punto finísimo.

—No está mal. Un pueblo de tantos. Ahora, el paraje es colosal. Y la gente, si son como esos dos, estupendo. Atentos, amables, serviciales... a no ser que fuera porque estaba el abogado presente.

—No creo. La otra vez, no estaba el viejo. Y el pelirrojo, fue todo sonrisa y amabilidad.

—Todos son sonrisas y demás cuando están contigo. A todos se les cae la baba. Luego cuando pase el tiempo y vean que eres fría como un témpano, no querrán ni ponerte gasolina —bromeó la amiga.

—Cállate, tontaina. Además, para que te enteres, no pienso tener trato especial con nadie del pueblo. He venido a escribir y a desintoxicarme de San Francisco, con lo que, sólo tendré tratos comerciales con la gente del pueblo. Nada más.

—No me lo creo. Y si realmente se te ha pasado eso por la cabeza, olvídalo. Eres una mujer simpatiquísima y estás sola. Puedes necesitar la ayuda de ellos en algún momento.

—Oh, eso está resuelto nena. Si necesito algo, llamo al señor Williams, vendrá rápido y veloz a solucionarme todos los problemas —bromeó entre risitas.

—Sí, sí. Lo tienes en el bote, nena. Comerá en tu mano en cuanto se lo ordenes. Joder, nena, no sé qué le das a los tíos que babean a tu alrededor.

—No les doy nada, nena —repitió el calificativo con falsete—, es por eso que babean. Pero si supieran que no les doy nada, porque nada tengo para dar, dejarían de mirarme con esos ojos de cordero que ponen algunos —terminó tristemente.

—Oh, cariño, no te pongas triste —dijo Cindy, cogiendo su mano de largos dedos y fina piel—. Quién sabe, a lo mejor aquí conoces a alguien que... te ayude en tu problema... o estos meses aquí te sirvan para aclarar tus ideas y quitarte los miedos —Bella la miró con ojos tristes.

Esos ojazos que recordaban a una gacela, pura y tierna, con ese color ambarino que envidiaban las mujeres.

Joder, pensó Cindy, qué guapa es.

—¿Tú crees?

—Claro, seguro que sí. Pero tienes que poner de tu parte.

—¿Tú crees qué me podría enamorar de un rancharo de Montana? —preguntó dejando de lado la tristeza y asomando una sonrisa en su bonita boca.

—Pues sí. Por qué no. De un guapo y fuertote rancharo o de un abogado de ciudad.

—Oh, cállate Cindy. Odio a los tíos fuertes y ese abogado de ciudad no me interesa lo más mínimo. Y cambiemos de tema. Vamos a colocar todo y nos haremos un chocolate calentito. Williams nos ha traído provisiones para cubrir todos los caprichos.

—Eso. Di que sí. ¡Viva las calorías! —gritó Cindy al tiempo que iba a por la otra maleta.



7

El viernes por la tarde, James Hazzard, se encontraba en la oficina del taller de Stephen charlando animadamente con el viejo y el joven Willy. Llevaban más de un mes sin verse, ya que James viajaba constantemente para atender sus múltiples negocios y pasaba semanas sin pisar el rancho, muy a su pesar. Les estaba preguntando cómo iba todo y al notar la impaciencia del muchacho, lo miró desde su metro noventa de estatura y le colocó la mano grande y fuerte sobre el hombro. Ante esa familiaridad, que Hazzard no solía prodigar, Willy sonrió.

—Ya conocemos a tu amiga, James. Es más bonita que un millón de dólares, si me permites la confianza —Stephen sonrió y Hazzard miró ora uno, ora otro, preguntándose de quién estaba hablando.

—¿Mi amiga? —Las cejas del hombre se elevaron y esos ojos penetrantes, escrutaron al viejo y al joven.

—Sí —afirmó el mayor—. Esa nena de San Francisco. ¿O es qué no es tu amiga?

—No sé de quién estáis hablando —contestó con una sonrisa.

—¡Joder! Pues de la preciosidad que se ha instalado en la Casa de Piedra —añadió pensando que ese hombre atractivo y mundano, que conocía desde que nació, le estaba tomando el pelo.

—¡Ah! Ya comprendo. Al final Williams alquiló la casa. No lo sabía.

—Entonces —intervino Willy—, no conoces a la señorita Isabella.

—No, no tengo el placer. Pero la verdad, entre uno y otro, me estáis provocando curiosidad.

—¡Esto es la hostia! —exclamó Willy, sin dejar de mirar a ese hombre que tenía todo lo que un hombre podía desear.

—¿Qué quieres decir, Willy? —preguntó James con una sonrisa, y cada vez más picado por la curiosidad.

—Willy quiere decir, que como las pocas veces que se ha alquilado la casa, siempre ha sido a parejitas, exceptuando aquella vez que vinieron esos cazadores amigos tuyos, pues supusimos que esa nena tan bonita sería una amiguita tuya y que, para tener mayor intimidad, en vez de llevarla al rancho la

habías puesto en la Casa.

—Vosotros sí que sois la hostia. No necesitáis a nadie para sacar conclusiones. ¿Qué pensará esa muchacha, si se entera de que le habéis colgado un amigo amante sin comerlo ni beberlo?

—Pues nada. Porque no se tiene que enterar de nada —replicó Stephen—. Esto no ha salido de estas paredes y no saldrá. Y más si no conoces a la señorita. Y por más señas no ha caído en tus manos, así que es más señorita todavía —Willy, afirmó fuertemente.

—Hombre, muchas gracias por lo que me concierne —repuso con media sonrisa burlona. Al oír un ruido de motor, todos volvieron las cabezas hacia la ventana, desde la que se divisiva los dos surtidores y la carretera.

—Es ella —dijo nervioso Willy—. Bajo a ver que necesita.

Desapareció y los dos hombres, desde el piso superior del taller, vieron como Isabella paraba al lado del surtidor, apagaba el motor de la camioneta y bajaba luciendo unos vaqueros nuevos y ajustados, y un jersey de cuello vuelto, rojo cereza. El pelo lo llevaba recogido en un moño informal y varios mechones rondaban libremente por su rostro. James, admiró el cuerpo delgado pero pleno en los puntos estratégicos y el rostro no lo calibró en la medida justa, debido a la distancia y a las gafas de sol que la joven llevaba puestas.

—¿Has visto Jamie?

—Ya veo Stephen... ya... veo —contestó sin dejar de mirar.

—¿Quieres que bajemos y te la presento? —James tardó unos segundos en contestar.

—No. Ya tendré tiempo de conocerla —añadió sin dejar de mirarla ni un momento.

—El que la conoce bastante bien o por lo menos quisiera conocerla íntimamente, es ese abogaducho que tienes en Helena.

—Se llama Williams.

—Cómo se llame. Me importa tres pares de cojones su nombre. Pero está que se deshace por esta nena.

—No me extraña —dijo, observando como la joven pagaba a Willy, se despedía y se introducía en la camioneta.

—Le he dicho —contó el muchacho al subir—, que esta noche habrá animación en Spalding's, por si quieren entretenerse un poco su amiga y ella. Y me ha contestado que seguramente se acercaran un rato.

—¿Su amiga? —preguntó James.

—Sí. La acompaña una amiga. Regordeta, muy simpática. Pronto se irá.

Según me dijo, en cuanto llegue otro amigo con el coche de la señorita Isabella, desde San Francisco —explicó Stephen.

—Vaya, esto se está animando mucho, últimamente.

—Ya lo creo —repuso Willy, con una sonrisa de felicidad.

Esa noche, Cindy se había negado a ponerse unos vaqueros y cualquier cosa arriba. Qué importaba que fuera un pueblo perdido en Montana. Era un viernes por la noche y había que vestirse con corrección, con acierto, según sus palabras y si a los paletos del pueblo se le caía la baba, mejor.

—Vamos a hacer el ridículo.

—Tonterías —contestó Cindy—. Nosotras somos de San Francisco. Tenemos clase, nena, y vamos a demostrarla.

—¿Y qué quieres que nos pongamos, un traje de noche? —preguntó conteniendo la risa.

—Casi. Pero largo no. Corto.

Así que ella fue la que se encargó del vestuario. Para su cuerpo redondito, escogió un conjunto berenjena brillante de cuerpo y falda hasta la rodilla. Consideraba que ese color le quedaba muy bien a su melena castaña y a sus ojos pardos. Para Bell, un vestido negro, ajustado, con escote barco delante y un escotazo drapeado que dejaba al descubierto la mayor parte de la espalda.

—¿Estás loca? No me voy a poner eso para ir a un bar de un pueblo perdido, un viernes por la noche. Ni un viernes ni ninguna otra noche. Por Dios, Cindy. Contención —añadió un poco enfadada.

—¿Y entonces para qué te lo has traído?

—Pues... no sé. Para alguna vez que vaya a Helena —explicó, para contentar a su amiga.

—Tonterías. Te lo pondrás esta noche. No voy a dar el cantazo yo sola. Además, sabes de sobra que a mí no me gusta ir en vaqueros. Me hacen más gorda de lo que estoy. Yo tengo que vestirme de manera que me saque partido y tú, con cualquier cosa estás perfecta.

—Esto no es cualquier cosa, Cindy —le recriminó sin dejar de mirarla.

—Por favor, por favor. Hazlo por mí. Es la primera vez que voy a ir por la noche a un bar perdido del oeste. En San Francisco no llamo la atención, pero seguro que aquí, sí —rogó la amiga.

Bella la miró durante unos segundos. Qué iba a hacer con ella. La quería. Era su única amiga—. Por favor....

—Bueno, está bien.

—Genial. Taconazos y medias negras. Y todo lo que haga falta —añadió entre risas.

—¡Dios! No puedo contigo. Seguro que daremos la nota. Y yo me quedo y tú desapareces.

—Por supuesto. Que hablen de nosotras. Lo que sea, pero que hablen. Que se note que venimos de la gran ciudad. Que somos dos mujeres cosmopolitas — soltó una carcajada, mientras se ponía manos a la obra.

Y se notó. Ya lo creo que se notó.

Para conducir la camioneta, Bell se calzó unas francesitas que luego dejó en una bolsita, para colocarse unos zapatos negros con el talón descubierto y taconazo. A los hombros llevaba un chal de lana fina, malva, que la dejaba muerta de frío, pero Cindy se había colocado su chaqueta de piel sintética. Isabella deseó que se fuera pronto, para no tener que aguantar estos caprichos ridículos.

Un chal de lana. ¡Maldita sea, hacía frío! Estaban a finales de abril y en un sitio que no era templado como California.

—Cariño, San Francisco es húmedo, no hay tanta diferencia. No seas quejica —espetó Cindy, con una sonrisa de oreja a oreja.

Bella la miró entrecerrando los ojos y esperó con todas sus fuerzas que el bar estuviera calentito.

Así fue. Calentito de calor y calentito de ambiente. En esos momentos, no había ni una mujer. Todo hombres. Isabella creyó morir. Si hubiera ido sola, habría dicho perdón, y salido inmediatamente. Pero iba con Cindy, ella era otro mundo. Ella sonrió de oreja a oreja a todas las cabezas vueltas hacia ellas. Se dirigió hasta un rincón de la barra, para no tener corrientes, seguida por el taconeo de Isabella.

Spalding, el dueño del bar, era un tipo grandullón con una prominente barriga, una ligera cojera, el pelo blanco como la nieve y unos bigotes, grises, largos y picudos. Sorprendido como los demás hombres, ante la presencia de las mujeres, se acercó hasta ellas y sabiendo quienes eran, ya que todo el pueblo estaba al corriente, les preguntó qué iban a tomar después de dar la

bienvenida a su establecimiento.

—Es usted muy amable, señor Spalding —contestó coqueta, Cindy.

—Eddie, por favor. Eso de Spalding lo dejo para los tipos que ven por aquí.

Pidieron las bebidas, Eddie escuchó como la gordita pedía una ginebra con cola y la despampanante rubia, una cola sin más. Charlaron un rato y el hombre pudo comprobar, con la experiencia que da el oficio y los años, que la morena era una parlanchina nata, muy vivaracha y nada acomplejada ni postiza. Y, sin embargo, la belleza rubia, se le veía nerviosa, distante y con una cortesía fría o tal vez tímida. Con sus largos dedos, jugueteaba con el vaso sin saber qué hacer. Miraba a los hombres que había alrededor para retirar enseguida la mirada y posarla en el vaso o en algún punto lejano.

Cuando Willy se acercó a ellas, sonrió con su encanto natural y se relajó un poco, con esa pequeña seguridad que te da el conocer a alguien entre muchos desconocidos. Cindy seguía hablando por los codos, de lo bonito que era todo, de las montañas tan impresionantes, del frío que tendría que hacer en invierno, de lo acogedor que era el bar de Spalding... etc. Isabella creía morir. Ni una sola mujer. Hombres. Nada más que hombres. Unos jugando al billar, con el dinero de las apuestas sobre el borde de la mesa, otros mirando, otros en las mesas jugando al póquer, otros pocos en la barra y todos riendo, hablando fuerte, diciendo palabrotas y muy a menudo... mirándolas.

Muy a menudo. Miradas lascivas o eso pensaba Isabella.

Se sentía ridícula con el chal sobre los hombros. Se lo quitó dejándolo sobre la barra. Por lo menos, detrás tenían la pared y un pasillo. Nadie estaría mirando su espalda. Seguía sin comprender por qué se compraba ropa tan sexy. Odiaba que la mirasen de ese modo, pero le gustaba verse con esas ropas. Se veía guapa y le daba seguridad. Pero en esos momentos no aguantaba más. Tenía que ir al aseo. Necesitaba refrescarse

—Disculpe, Eddie —interrumpió con esa voz dulce y seductora. El hombre concentró sus ojos azules en esa bonita mujer. Él podría ser su padre, pero eso no evitaba que admirase a esa maravilla de hembra—. ¿Me podría decir dónde está el aseo?

—Claro, detrás de usted. El pasillo que ve, sígalo y a la izquierda lo encontrará.

—Muchas gracias —se levantó del taburete y dándose la vuelta mostró la espalda desnuda a todos los presentes y estos, no dejaron de mirarla hasta que desapareció.

Una vez en el aseo, respiró con profundidad. Apoyada contra la puerta, observó a su alrededor para comprobar que era pequeño, pero estaba muy limpio. Se dirigió al lavabo y abrió el grifo. Después de lavarse las manos, se mojó la nuca y las mejillas. Con el rostro húmedo, se miró en el espejo. Sus ojos la asustaron. Sus miedos, sus odios, sus terrores, querían salir de nuevo. Movi6 la cabeza violentamente e intentó tranquilizarse. Sabía de sobra que todos los hombres no eran iguales. No todos eran malos. No todos iban abusando de las mujeres.

Era lógico que mirasen, que admirasen un cuerpo o una cara. Era normal. Ella lo sabía. Pero sus miedos siempre estaban ahí. Luchaba contra ellos, pero no vencía. Para colmo, no estaba en su ambiente. No se hallaba en un lujoso bar de una ciudad cosmopolita, donde hombres y mujeres se codeaban por igual. Ella se sentía más segura donde hubiera mujeres. Las mujeres la temían, la respetaban, la admiraban, la envidiaban e incluso la deseaban. No tenía miedo de las mujeres. Tal vez se había equivocado viniendo a este lugar. Era un sitio de hombres; ellas estaban en un segundo plano y Bella no estaba acostumbrada a eso. A que le pusieran topes. Ni la sociedad ni los hombres.

Se retocó el pelo. Tenía mechones fuera del moño. Los colocó en su sitio. Se alegró de no haberse puesto maquillaje. Abrió su pequeño bolsito y sacó la barra de labios. Se los pintó y con un trozo de papel se quitó el exceso. Se pellizcó las mejillas y respiró profundamente. En esos momentos le gustaría tomarse una copa. Le quitaría algunos miedos, pero temía perder el control y caer en histerismos no deseados. Ya había ocurrido alguna vez.

Justo cuando Bell se dirigió al aseo, la puerta del bar se abrió y entraron James Hazzard y Stephen Follet. Saludaron a todos los que estaban allí, en especial Hazzard, que repartía apretones de manos y palmadas en la espalda a los hombres que llevaba sin ver más de un mes. La mayoría eran trabajadores del rancho y de otras empresas de su propiedad, pero aun siendo empleados suyos, había buena camaradería. James era respetado, admirado y temido por casi todos. Sabían lo inteligente que era y lo competente para las labores del rancho. No era normal que se encontrasen tantas cualidades juntas en un solo tipo. Licenciado por Harvard en administración empresarial, y licenciado por Columbia en arquitectura salvó el rancho de la ruina a la que lo había llevado el padre.

Con el dinero que heredó de su madre, estudió las dos carreras en un tiempo récord, mientras compraba valores en Bolsa que supo vender en el momento oportuno, para volver a comprar y volver a vender. Era uno de los

hombres más ricos del país y allí estaba él. Cada mes, mes y medio, cada dos, según se lo permitieran sus múltiples negocios, volvía al rancho, a estar con los suyos, a montar sus caballos y a trabajar codo con codo con sus hombres. Era un trabajo que le relajaba y le quitaba todo el estrés acumulado en las semanas de trabajo mental, de viajes de reuniones y de estar con gentes que no le decían nada, pero le producían mucho dinero.

A sus treinta y ocho años, seguía estando igual de fuerte que en su juventud. Sin un ápice de grasa y con su estatura, era un hombre imponente. Sólo delataba su edad, alguna cana en su cabello negro y más de una arruguita alrededor de los ojos.

Poseía constructoras, hoteles, minas de cobre, pozos de petróleo, bancos. Varios estudios de arquitectura repartidos por el país, era accionista de otras empresas y consejero de varias. Y su joya: el rancho Hazzard.

Las mujeres se lo rifaban y desde que se quedó viudo, mucho más. El dinero contaba, por supuesto, pero su físico era impresionante. Alto, cuerpo fuerte y duro como una roca, moreno, con el pelo ligeramente ondulado, menos cuando se lo cortaba a cepillo, como en esos momentos lo llevaba, ojos grises, burlones, cínicos, seductores, maliciosos, que hacían derretirse a las damas y unos modales exquisitos cuando estaba con ellas.

Con sus hombres o en una reunión de negocios, no utilizaba exquisiteces, entonces podía salir en cualquier momento, su temperamento fuerte e indomable, su mal genio. Su voz grave se convertía en bronca, sus voceríos se podían oír en el cielo y en el infierno al mismo tiempo y sus juramentos hacían palidecer al hombre más curtido de la tierra. Así era James Hazzard. Para los negocios: agresivo, temperamental, frío, cerebral y arrollador. Según lo requiriera la situación. Y para las mujeres, podía ser lo que quisiera y como quisiera, porque ellas caían derretidas a sus pies... y a su dinero.

Y claro, Cindy también se vio afectada por ese espécimen de hombre ranchero que vio entrar con el simpático mecánico. *Joder*, pensó, *qué bueno está*. Cuando se acercó a ella lucía una deslumbrante sonrisa de dientes blancos y perfectos en su rostro moreno. No supo qué o por qué, pero algo le resultaba conocido de ese hombre. Tal vez sería porque parecía más un actor o un modelo que un pueblerino. Por qué tardaría tanto Bella. Se estaba perdiendo lo mejor de la noche.

—Te presento a la señorita Cindy de San Francisco —dijo Follet.

—Es un placer, Cindy —añadió James, al tiempo que cogía la mano de la joven y se la llevaba a los labios sin posarlos en ella.

Vaya, pensó, que ranchero o lo que sea, más fino y guapo.

—El placer es mío, James —contestó toda sonriente.

—¿Y la señorita Isabella? ¿No ha venido con usted? —preguntó Stephen.

—Sí, sí, ahora viene. Está en el aseo.

—Eddie, sirve a la señorita lo que desee y a mí lo de siempre. Yo también voy al aseo —añadió con una sonrisa burlona mirando a la californiana.

Ella sonrió tontamente sin moverse del taburete, por si acaso era un sueño y despertaba de golpe. Pero sus ojos miraron descaradamente lo bien que le sentaban los vaqueros y el culo prieto que se adivinaba bajo ellos.

La puerta del aseo de caballeros estaba al lado del baño de señoras. El cuerpo de James se movió con rápidos movimientos, a pesar de su estatura y corpulencia. Cuando iba a pasar por delante del aseo de señoras, Bella salió y fue a toparse contra el pecho del hombre. No lo pudo evitar.: entre la impresión, la poca luz y el tamaño del hombre, gritó. No fue fuerte ni histérico, sino seco y apagado. Se llevó la mano al pecho y James la cogió por los hombros para evitar que cayera hacia atrás. Hecho que hizo que ella empezara a respirar más deprisa y sintió una pequeña taquicardia como hacía tiempo que no le ocurría.

—Lo siento —se disculpó con su grave voz, al tiempo que la soltaba—. ¿Está usted bien? ¿La he lastimado? —preguntó, sabiendo de sobra que no era posible. Asustada sí, lastimada no—. A veces me muevo como un tornado —añadió con una sonrisa.

Ella logró levantar la vista hasta el rostro del hombre y mostró una pequeña sonrisa, entre tímida y nerviosa.

—Estoy bien, gracias. No tiene importancia. Soy un poco asustadiza —se disculpaba andando hacia atrás para separarse de él.

Por Dios, qué grande era.

—Usted debe de ser la amiga de Cindy. Soy James Hazzard —se presentó ofreciendo su mano.

Ella dudó un momento, pero habría sido una descortesía no aceptarla, además su cerebro no estaba tan obstruido como su cuerpo, para saber que Hazzard era el nombre del rancho vecino. Lentamente extendió su mano, que se vio envuelta en una mano fuerte y grande, sólida, muy sólida, pero cálida.

—Isabella Lewis, encantada de conocerle señor Hazzard. Y perdone mi comportamiento un tanto infantil.

—No se preocupe. Además, es comprensible. Una joven de San Francisco

no debe estar habituada a los tipos rudos de Montana —comentó bromeando, para cortar el hielo. Ella soltó su mano y no supo que decir. Pocas veces se había quedado sin palabras y esta era una de ellas.

—Bueno... voy con Cindy. Se estará preguntando... por qué tardo tanto —él no contestó.

Lentamente se apartó para dejarla pasar, y la observó hasta que salió. Cuando llegó al lado de Cindy, estaba acalorada y nerviosa, pero lo disimuló con una gran sonrisa.

—Ya estoy aquí.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Eddie al verla sonrojada.

—Sí, sí, gracias Eddie. Hola, Stephen, ¿qué tal?

—Muy bien, señorita Isabella.

—Por favor, con Isabella sobra —pidió la joven, provocando una sincera sonrisa en el hombre, que le encantaba que las chicas fueran tan sencillas y agradables.

Cindy le comentó que había conocido al dueño del rancho y Bella le dijo que ella se había encontrado con él, a la salida de los aseos.

—¿No quiere que le ponga algo más fuerte? —preguntó Eddie.

—No, gracias. Otra cola estará bien. No suelo beber alcohol y si conduzco menos.

—Eso está muy bien. El año pasado un joven de por aquí, se pegó una hostia con el coche por conducir bebido y no se mató de milagro —explicó el barman mientras le llenaba un vaso limpio.

—Bueno, tampoco hay que exagerar —intervino Cindy—. A mí me gusta tomarme una copa de vez en cuando y no pasa nada.

—Tú no conduces, Cindy —replicó Bella, que ya se encontraba más tranquila, a pesar de las miradas de los hombres.

—Por supuesto que no conduzco, por eso bebo. Y tú como eres muy responsable y formal, no tomas ni una gota. Pero te advierto, tesoro, que de vez en cuando viene muy bien —levantó su vaso y brindó ante sus nuevos amigos, tragándose el contenido de un golpe.

Eddie y Stephen aplaudieron y una voz grave y varonil sonó por detrás.

—Pon otro a la señorita, Eddie —James se acercó por detrás y fue a sentarse al lado de Isabella, mientras Stephen quedaba en la esquina de la barra, al lado de Cindy.

—Gracias, James —contestó Cindy—. Pero a este paso me voy a emborrachar —Isabella la miró de mala manera.

—No se preocupe, Cindy. Aquí hay más de un caballero que la llevará a casa. Yo mismo, por ejemplo.

—Es usted un encanto, James. Huy, se ha quedado libre la mesa de billar. ¿Jugamos? —preguntó tontamente, viendo como James miraba constantemente a su amiga.

—Yo no —contestó de manera agria, Isabella.

—¿No sabe jugar? —preguntó suavemente, James.

—Claro que sabe —contestó Cindy en su lugar, provocando mayor enfado en la amiga y sintiendo la mirada de los hombres—. La verdad es que juega de puta madre —los hombres se quedaron un tanto sorprendidos con el vocabulario de la joven.

—Cállate, Cindy —murmuró Bell.

—¿Por qué? Es la verdad. James, ¿le gustan las apuestas?

—Las adoro —contestó sin dejar de mirar a la rubia. Cada vez sentía más curiosidad por esa preciosa mujer.

—Pues le apuesto cien dólares a que Bell le gana a usted o a cualquiera de los presentes. Es más, si coge ella el taco, no le va a dar opción. La he visto meter una bola tras otra hasta el final.

—Cindy, cállate —ordenó por lo bajo, deseando matar a su amiga.

—Eso no me lo creo —añadió James que estaba disfrutando como hacía mucho tiempo.

—Bell, demuéstreselo —pidió Cindy, aunque más pareció una orden.

Isabella mostrando su sonrisa más radiante y mirando a los tres hombres, se disculpó.

—No se lo tomen en cuenta. Ha bebido un poquito y se le suelta la lengua.

—¿Entonces no sabe jugar? —preguntó James, mirándola a los ojos. Ella ofendida, replicó

—Claro que sé. Y muy bien, además.

—Bueno, pues demuéstrelo —sacó un fajo de billetes del bolsillo del vaquero y colocó mil dólares encima de la barra—. Estos mil contra los cien suyos.

A Cindy se le agrandaron los ojos y comenzó a pensar si no se había excedido. Pero Bell se picó. ¿Qué se había creído ese grandullón? ¿Qué la iba a amilanar? Pues no. En esos momentos se olvidó de sus miedos. Qué tontería, llevaba jugando desde los quince años. Le había servido de terapia y lo hacía muy bien. Tenía una mesa fabulosa en casa de sus tías, donde todos los días,

varias veces incluso, se cebaba con las bolas. Pum, pum, pum. Era como si el taco fuese su arma y las bolas, la cabeza de su agresor. Pum, pum, pum. Se levantó de su taburete y los hombres admiraron ese cuerpo enfundado en ese vestido. Ese cuerpo perfecto, ella ni se dio cuenta.

Miró a Cindy y le dijo entre dientes.

—Pon los cien dólares en la barra. Si pierdo, será tu dinero el perdido por bocazas —Cindy obedeció.

Abrió su bolso y puso dos billetes de cincuenta encima de los mil de Hazzard. James no perdía detalle. Se lo estaba pasando en grande. Hacía mucho tiempo que una mujer no lo excitaba tanto. La beldad rubia se dirigió a la mesa y escogió un taco. Los hombres se separaron para observarla bien y los que estaban más alejados se acercaron para no perder detalle. Cuando eligió el taco, malhumorada como estaba, se dio media vuelta, y se dirigió a los hombres.

—Necesito espacio, caballeros. Les ruego que no se acerquen demasiado porque puede que las partes delicadas de algunos de ustedes sufran un accidente —los hombres se echaron hacia atrás, murmurando entre sí. James no pudo evitar sonreír y admirar la postura de la chica y el cambio que se había apoderado de ella. Estaba enfadada, eso se notaba. Se había enfadado con su amiga, pero ahora también estaba enfadada con todos los tíos presentes. La joven dio tiza al taco y miró a James—. ¿Quién comienza?

—Las damas siempre primero, señorita —contestó con una sonrisa burlona.

Alguien ya había colocado las bolas.

—Muy bien, comenzaré por las lisas y si no se siente con fuerzas... seguiré con las rayadas —se oyeron varias exclamaciones, ante la chulería de la joven.

James no pudo evitar una carcajada.

—Adelante. Creo que ya estoy sin fuerzas —ella lo miró enfadada, pero duró sólo unos segundos.

Se dio media vuelta, se concentró en menos de diez segundos y comenzó a jugar. Como cuando estaba sola.

No pensó en el vestido que llevaba puesto. En que se le pegaba al cuerpo, casi como una segunda piel. En que moldeaba sus nalgas, los muslos, los pechos. En el escote de la espalda, que dejaba ver la suave y perfecta musculatura, flexionando y estirando los músculos con cada tiro que efectuaba. En las piernas enfundadas en medias negras, que había momentos, al estirarse

tanto para dar un mazazo, que llegaba a vislumbrarse el encaje final, a medio muslo. En los mechones de pelo que iban escapándose del moño y ella los soplaba sin darse cuenta, cuando se le venían a la cara. En los pechos, rozando el borde de la mesa, el tapete verde. En los tacones repiqueteando de un lado para otro. En los brazos, largos, esbeltos, blancos, sujetando el taco como si fuese algo erótico...

Fue metiendo bola tras bola. Sin fallar. Con total perfección. Con estudiada técnica. Con total desenvoltura.

Cuando acabó con las lisas, continuó con las rayadas. Para acabar con la bola 8. Todos permanecieron callados de admiración por el juego y por la belleza de la joven mujer. Isabella los observó y se fue desinflando como un globo. Dios, qué había hecho, por qué la miraban así. Hasta Cindy estaba casi con la boca abierta. Dirigió la mirada a James.

—Señor Hazzard, creo que ha perdido —dijo levemente acalorada.

James la miró de arriba abajo. Ella aún se puso más roja.

—Señorita Lewis, creo que nos ha dado una lección de cómo jugar al billar. Y teniendo en cuenta, que con esos tacones y ese precioso vestido que lleva, debe de resultar más difícil y sobre todo hacerlo así de... perfecto.

—No se crea —añadió nerviosa ante esa voz tan masculina—, el vestido se adapta perfectamente.

—Ya nos hemos dado cuenta —añadió sonriendo lentamente.

Ella creyó morir.

—Cindy, coge tu dinero. Te lo has ganado.

—¿No se lo van a repartir? —preguntó James, que disfrutaba haciendo rabiar a la muchacha.

—Yo no apuesto nunca, señor Hazzard. El dinero lo gano trabajando —contestó dirigiéndose a la barra y cogiendo su bolso.

James se apartó ligeramente, para que sus cuerpos no se rozaran.

—¿Y en qué trabaja, si no es una indiscreción?

—Soy periodista.

—Humm... qué interesante —ella lo miró desconfiada.

No le gustaba esa forma de hablarle y sobre todo la manera en que la miraba. Esos ojos grises parecían penetrar dentro de ella.

—Bueno, ya es tarde. Vámonos, Cindy.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—Sí —contestó enérgica—. Hasta pronto, señores —se despidió Isabella, dirigiéndose a la salida con su femenino taconeo, mientras los

hombres le abrían pasillo y se la comían con los ojos.

Cindy la siguió.

—Adiós James. Adiós a todos. Ha sido una velada estupenda.

—Adiós Cindy, hasta pronto —contestaron a coro.

Hubo uno que no contestó. James se quedó mirando a la rubia más interesante que había conocido en... los últimos treinta y ocho años de su vida.

—Me parece que se ha cabreado —dijo Eddie mirando la puerta cerrada.

—A mí me parece —añadió Stephen—, que la has cabreado —concluyó mirando a James.

—¿Yo? A mí que me registren —Willie, que se había acercado al grupo, no se pudo callar.

—¡Joder! Nunca había visto una cosa igual.

—Me parece que esta noche más de uno se va a hacer una paja a la salud de esa belleza jugando al billar —añadió Eddie.

James sonrió para sí y tocó el chal que se había dejado Isabella.



8

Cindy ya estaba en la camioneta, Bell se ponía las zapatillas y guardaba los zapatos en la bolsa, antes de subir a la Ford. En esos momentos, James le colocó el chal por encima de los hombros y la joven se sobresaltó.

—Pasará un poco de frío sin esto —le dijo suavemente, sin mencionar el hecho de que fuera tan asustadiza.

—Gracias —ya no tenía fuerzas para enfrentarse a ese hombre.

Un leve ronquido salió de la boca de Cindy. Los dos se miraron.

—Veo que ha bajado de las alturas —repuso al fijarse en que no era excesivamente alta sin sus tacones.

—Conduzco mejor con este calzado. Los tacones no son nada fiables. Y menos con esta camioneta.

—Veo que es una mujer práctica.

—Procuro serlo —añadió un tanto tímida.

James, sin dejar de mirarla y ella mirando más al suelo que a otro sitio, se disculpó.

—Espero que no se haya molestado por algún comentario que dije antes. O por haberla puesto en un compromiso con la apuesta.

—Oh, no. No es culpa suya. En todo caso de Cindy —miró a su amiga que dormitaba plácidamente—. Y mía también, por haber picado de esa manera.

—Usted lo hizo muy bien. Nos dejó a todos con la boca abierta.

—Por Dios, no me lo recuerde. Qué vergüenza. Menuda manera de comenzar mi estancia aquí. Seguro que mañana, todo el mundo hablará del numerito del billar —se le escapó una lágrima y fue a limpiarla de un manotazo.

—¡Eh! No llore. No es ninguna vergüenza jugar así de bien. Y tampoco lo es ser tan bonita —dijo acercando la mano al rostro femenino.

—No me toque —pidió separándose de él—. Por favor, no me... toque —él levantó las manos en señal de paz.

—Tranquila. Solo quiero añadir que si necesita cualquier cosa llame al rancho. Si no estoy, cualquiera de mis hombres o de las personas que están en

casa podrán ayudarla en lo que sea.

—Gracias, es muy amable, pero espero no molestar a nadie —se encontraba ridícula.

Con las zapatillas le daba la sensación de ser una enana al lado de ese hombre tan alto. Y luego con el chal, intentando taparse lo más posible para evitar el temblor que comenzaba a ser muy evidente. Para colmo intentando sujetar el llanto de rabia y vergüenza que ya había hecho acto de presencia. James se quitó la chaqueta y se la puso por los hombros.

—Tiene mucho frío. Llévesela.

—No, no. En cuanto suba a la camioneta ponga la calefacción... —replicó intentando quitársela. Pero él se lo impidió.

—Cuando quiera notar la calefacción ya estará en casa. No sea cabezota y acepte la hospitalidad de un hombre de pueblo.

Ella se atrevió a mirarle a los ojos.

Los dos pensaron que eran los ojos más bonitos que habían visto nunca.

—No soy cabezota.

—Venga pues. Póngasela —le ayudó a meter los brazos y ella se miró nerviosa. Era la primera vez que se ponía una prenda masculina, a excepción de las de su padre. Le quedaba enorme—. ¿Ha visto? Le sirve de abrigo —añadió con una seductora sonrisa.

—Sí —contestó tímidamente.

—¿Me permite? —Con sus grandes manos, abrió la chaqueta y sin rozarla, sacó el teléfono móvil del bolsillo interior—. Esto no se lo puedo dejar —añadió sonriendo.

—Claro —murmuró ella.

—Ale, váyase —le ordenó gentilmente.

Ella subió y se acomodó la falda del vestido. James cerró la puerta y ella bajó el cristal.

—Se la dejaré mañana en el taller.

—Como quiera —arrancó y James se separó del vehículo para que pudiera maniobrar tranquilamente.

—Gracias... James —dijo con voz tímida.

Él la observó sin contestar. Cuando la camioneta enfiló por la carretera, dijo para sí mismo.

—No hay de que, Isabella, no hay de qué.

Faltarían palabras en el diccionario, para calificar la discusión que las dos amigas tuvieron al día siguiente. Isabella hubiese querido tirarle de los pelos esa misma noche. Pero nada más llegar, Cindy enfiló hacia el sofá y con las mantas que seguían allí desde la mañana, se tapó hasta las cejas, sin molestarse en quitarse la ropa. En dos minutos estaba roncando.

Bella la miró con cariño, con enfado y con tristeza al mismo tiempo. Cada vez estaba más convencida de que como mejor estaba y como mejor se manejaba era sola. Siempre había alguien que la metía en algún lío. Si no era Cindy, era Aretha, su jefe y si no satanás. Maldita sea, cómo había perdido el control de esa manera. Y todo por culpa de Cindy. Desde el momento que la dejó elegir el vestido para esa noche.

Fue a su dormitorio y cerró la puerta. Abrió el armario y se miró en el espejo de cuerpo entero. La chaqueta de James le llegaba casi por las rodillas. No se le veían las manos y le quedaba anchísima... pero era cálida y tenía un olor muy agradable. Se la quitó y la olisqueó. Ni en las axilas olía a sudor. Era de muy buena calidad. Muy buena. Miró el forro, las costuras, parecía estar hecha a medida. Metió la mano en los bolsillos y sacó unos papeles doblados, enseguida los volvió a guardar en su sitio. Ni los miró. No era curiosa, no quería ser curiosa, pero estaba siendo curiosa.

En el bolsillo interno había unas gafas de sol: oscuras y rectangulares, de montura metálica muy fina y de marca, muy caras. Recordó su aspecto. El pelo muy corto, negro y brillante; su piel oscura, bronceada como la de los indios, remarcaban esos ojos tan llamativos: grises, plateados en la oscuridad. Tenía que reconocer que era muy atractivo. Muy guapo. Pero era un hombre y enorme, tendría los instintos de todos los hombres.

No quiso pensar en el cuerpo. En cómo se movía enfundado en esos vaqueros que le quedaban perfectos, en esos hombros anchos... no quiso pensar y tiró la chaqueta sobre la cama. Se fue desnudando lentamente. Soltó los ganchos del ligero y fue enrollando las medias con cuidado, para no romperlas. Por qué se vestía así, se preguntó, si nadie la veía. Ni hombre ni mujer. Nadie. Sacó el vestido por la cabeza y se quedó en ropa interior.

Sujetador de encaje negro, braguita a juego y ligero. Se miró en el espejo. Dibujó con los dedos las cicatrices. La más grande comenzaba debajo del pecho izquierdo y en forma de media luna acababa en ese mismo costado, cerca de la cintura. La otra, desde el diafragma hasta el ombligo sin llegar a él. Eran visibles, pero habían cicatrizado muy bien.

Los médicos le aconsejaron que tomase mucho el sol, una vez pasado el tiempo prudencial, pero ella no hizo caso. Las veces que iba a una piscina o a la playa se ponía un traje de baño, con el cuerpo tan perfecto que tenía, resultaba escultural. Y si se hubiera puesto un bikini, habría cortado la respiración, porque la gente se habría fijado en los pechos grandes y duros, la cintura minúscula, el culo perfecto, las piernas largas y torneadas sin un ápice de grasa, antes que en esas cicatrices finas como hilos.

Pero para ella eran una lacra, un recordatorio de lo que le había sucedido. Las odiaba, las aborrecía y le acomplejaban. Nadie se las había visto, a excepción de los médicos y de sus tías. Ni tan siquiera las mujeres con las que había estado. Fueron tres. Tres veces solamente. Una vez con cada una. Se sintió asqueada la primera vez y aun así repitió una y otra vez. Las tres fueron mayores que ella. Treinta cuando ella tenía dieciocho, cuarenta cuando ella tenía veintiuno y cuarenta y cuatro cuando ella tenía veinticuatro. No volvió a suceder.

Cuando una lesbiana se le insinuaba, cortaba rápido y desde luego era más efectivo que con los hombres. Ellos insistían e insistían, hasta que harta de sus atropellos y agobios les soltaba en sus caras que no le gustaban los hombres. Se quedaban de piedra. En un principio pensaban que les estaban tomando el pelo, pero enseguida descubrían que no había nada que hacer. Con las mujeres era más fácil. No y punto. No me interesa. Y no insistían. Sólo en una ocasión tuvo que emplear palabras mal sonantes, para hacer entender a una arrolladora ejecutiva de Los Angeles, que no quería ningún tipo de relación con ella. Fue por teléfono. La llamaba constantemente para invitarla a una exposición, a un cóctel, a una reunión de amigos, al estreno de una película... Bella, cortésmente, le decía que no le interesaba. Hasta que una tarde la volvió a llamar y le dijo que necesitaba verla, que no se la podía quitar de la mente desde que la conoció.

A Bella se le cruzaron los cables, algo que muy rara vez sucedía y le dijo que le importaba una puta mierda lo que sintiera, que si no la dejaba en paz mandaría a un amigo para que le arrancase los ovarios y se los metiera en la boca. La ejecutiva se quedó muda. Colgó y ya no se supo más de ella.

Isabella no era así. No era mal hablada, ni ordinaria, al contrario, pero le reventaba que la gente no la dejara tranquila. Ella sólo quería vivir su vida. No le gustaba verse acosada, le producía temor, inseguridad, taquicardias. Todo eran los nervios, lo sabía. Por eso era tan solitaria, por eso no quería ataduras. El miedo era superior a la soledad.

No quería sufrir, pero añoraba ser amada. Le gustaba ver películas románticas, antiguas o modernas. Se imaginaba que era la protagonista y que un hombre guapo y encantador la quería con locura y la protegía con su vida. Pero todo eso eran sueños, ilusiones que no podría llevar a cabo. En las escenas de sexo, ella también se excitaba y veía tan hermoso que un hombre le hiciera el amor a una mujer... pero eso era en la televisión o en el cine. La realidad era otra cosa. Había pensado en volver a la psicoanalista, pero para qué. Cinco años no le sirvieron de nada, ahora no iba a ser distinto.

Se acostó y apagó la luz. Sus pensamientos volvieron a traerle el rostro y el cuerpo de Hazzard. Se acarició entre los muslos. Lo dejó. Tocó sus pechos e imaginó esas manos grandes y morenas tocándolos. Un temblor recorrió su cuerpo. Pero no fue de placer, fue de miedo. Escondió la cabeza en la almohada y lloró.



9

—¡Puedes estar segura de que no voy a volver al bar de Spalding! — gritó Bella—. Ya he tenido bastante con el numerito de anoche.

—¡Pues yo sí! —chilló Cindy—. Eres una reprimida y para una vez que te sueltas y dejas a todos los tíos con la boca abierta, te escandalizas.

—Claro que me escandalizo. ¿Qué estarán pensando de mí? ¡Más de uno se habrá imaginado lo que no es! — gritó más todavía.

—Por supuesto que sí. No lo dudes. Y procura no asustarlos con alguno de tus comentarios fuera de lugar, nena. Esto no es San Francisco.

—Vete a la mierda, Cindy —murmuró Bell.

—Vete tú —replicó.

Se miraron las dos a los ojos como un par de tigresas y al pasar unos segundos rompieron a reír.

—Jódete, Cindy —soltó sonriendo.

—Jódete tú, Bella —replicó entre risas.

—Caray, Cindy, no sé cómo no te doy un sopapo. Me pusiste en un aprieto. ¿Y si hubiera perdido?

—No habría pasado nada. Joder, perder con un tío como Hazzard. Yo perdería hasta las bragas.

—No seas vulgar.

—No soy vulgar. Soy sincera. Es el tío más guapo y más masculino que he visto en mi puñetera vida. Joder, tiene un culo de impresión y si estira los brazos es como un armario de dos puertas, que digo de dos, de cuatro. ¿No te fijaste en la entrepierna?

—Pues... no —contestó escandalizada.

—Pues yo sí. Me fije en todo él. Porque tengo pareja y soy fiel por naturaleza, que sino...

—¿Qué?

—Que no me importaría echar un polvo con él. ¡O dos, o tres, o cien! Y se la chuparía hasta dejarlo seco.

—Por Dios, siempre estás pensando en lo mismo.

—Cuando ves a un tío así, no puedes pensar en otra cosa. Si hasta su cara

es perfecta. Con esos rasgos tan varoniles y tan moreno. Y qué ojos. ¿Y la boca? ¿Qué me dices de esa boca? Si está hecha para besar, para chupar para comerlo todo.

—Bueno, basta ya. Pareces una perra en celo.

—Me da igual. Digo lo que pienso —callaron un momento, sin dejar de mirarse—. Pues tú no viste cómo te miraba anoche, cuando ibas metiendo bola tras bola.

—Pues como todos, supongo —respondió malhumorada y mirando hacia otra parte.

—Claro, como todos. Pero yo me fijé más en él. Fue una pasada. Sus ojos te recorrieron entera. Te miraba de arriba abajo, comiéndote con la mirada. Joder, te traspasaba con esos ojazos grises. Si hubiera lanzado láser, estarías carbonizada.

—Cállate, Cindy —rogó.

—Bueno, me callo. Pero, ¿vamos a ir esta noche?

—Yo no. Si quieres te llevo y luego que te acerque *el señor Hazzard* —pronunciando con ironía el nombre.

—Cómo eres. Así no vas a ninguna parte. Eres mi amiga y me duele. Tienes veintisiete años y estás vacía por dentro. Eso no es bueno, Bell.

—No vuelvas a hablarme así —dijo muy seria. No había broma en esas palabras.

—Perdona —se levantó y desapareció en el baño.

Esa tarde llamó Thomas. Le dijo que tenía que retrasar el viaje un par de días.

—Saldré el martes o el miércoles.

—Estupendo, así pasarás el fin de semana aquí —contestó Bella.

—Oye... esto...

—¿Qué pasa, Thomas?

—Bueno verás, Aretha quiere venir conmigo.

—¿Aretha? Perdona Thomas, pero ¿acaso estás saliendo con ella y no me he enterado?

—¡No! —gritó por el teléfono—. Sabes de sobra que Aretha no es mi tipo. Yo tengo otro ideal de mujer, blanca y rubia.

—Corta el rollo, Thomas.

—Vale, vale, no te enfades. El caso es que Aretha se enteró del viaje y se

apuntó sin más. Ya sabes cómo es. Sí quieres le digo que no puede ser y se acabó.

—Es igual. Tráela. Tendrás que dormir en el motel y ella que se quede aquí.

—No importa. No pensarías que iba a dormir en tu casa. Imagínate qué dirán los lugareños. Un negro durmiendo en casa de la señorita Lewis. Mancharía tu reputación de por vida.

—Sí, tienes razón —contestó entre risas—. Oye, ni se te ocurra quitar ninguna de mis cosas para dejar sitio a las de ella.

—Tranquila. Tú coche está como lo dejaste.

—Bien. Y conduce con cuidado.

—Lo dices por mí, ¿o por tú precioso Jaguar?

—Lo digo por ti, tonto.

—Gracias. Te quiero, Bella.

—Yo también, pero ya sabes, no de la misma manera.

—Sí, ya lo sé —añadió con pesar—. Hasta pronto.

—Adiós.

Esa noche, Cindy volvió al bar cargando con la chaqueta de James que Bella le había dado para que la dejase en el bar. Bella la llevó y se fue. Ella no había tenido el valor de llevarla a la gasolinera. Echó un vistazo a los coches aparcados. Ahí estaba. Un jeep Cherokee, casi nuevecito y salpicado de barro, con el nombre de Hazzard estampado en la matrícula. Tenía la mosca detrás de la oreja. El nombre le sonaba mucho y no sabía de qué. Pero su instinto le decía que tenía que ser importante y muy rico. Y esa noche pensaba averiguarlo. Entró y se paró en la puerta. Todas las cabezas se volvieron a mirar. James estaba en la barra bebiendo. Pasó y creyó ver caras decepcionadas. Claro, faltaba Bell. Faltaba el espectáculo, pensó sonriendo. Estos tíos, habían disfrutado más en una noche, que viendo la serie entera de Falcon Crest o Dinastía, de una sentada.

—Hola, Cindy —saludó Hazzard.

—Hola —contestó con una sonrisa, al tiempo que se sentaba en el taburete de al lado.

—¿Vienes sola? —preguntó tuteándola.

—Pues sí. ¿Decepcionado?

—No, ¿por qué? —preguntó irónico.

—Pensé que tal vez, querías jugar al billar.

—No, por Dios. Fíjate lo que pasó anoche. No llegué a jugar y perdí mil dólares —dijo llevándose el vaso a los labios.

—Hola Cindy, ¿qué vas a tomar? —preguntó Spalding.

Vaya, pensó, me tratan como si fuera una de ellos. Me gusta.

—Ya sabes, Eddie. Lo de siempre —los hombres sonrieron. Era una muchacha simpática y graciosa.

—Ginebra con cola, marchando —contestó Eddie.

—¡Ah! Tú chaqueta. Bella no se encontraba con fuerzas esta mañana para dejarla en el taller.

—¿Y eso? ¿Está enferma? —preguntó cogiendo la prenda y dejándola en otro asiento.

—Oh, no. Más bien... podríamos decir que está azorada por el numerito de anoche. Ya sabes. Vergüenza y todas esas cosas.

—No veo por qué. Aquí todos disfrutaron mucho —Eddie le puso la bebida y se dirigió a otro cliente.

—Pues por eso. Isabella es una chica muy seria y muy formal. No suele comportarse así. En fin, fue por mi culpa. De vez en cuando le sale un ramalazo de chulería, sobre todo con los hombres. Por eso se picó.

—¿Es acaso una feminista a ultranza?

—Bueno no. No del todo. Pero, cómo te diría... no le gusta que la manipulen y esas cosas.

—Ya, no es cómo tú, ¿eh? —preguntó sonriendo.

—A veces es bueno dejarse manipular, ¿no te parece?

—Estoy de acuerdo contigo. A mí me gusta manipular a las mujeres. A las que se dejan claro. ¿Tienes novio o marido, Cindy?

—Pues sí. Tengo novio.

—¿Y tu amiga?

—No.

—Ya —se terminó el bourbon de un trago.

—La semana que viene van a traerle el coche.

—¿Quién? —preguntó sin mirarla.

—Un amigo nuestro.

—¿Por qué me cuentas esto, Cindy?

—Oh, por nada. Por hablar —sin dejar de mirarlo, continuó—. ¿Esperas a alguien?

—No —contestó mirándola.

Cindy deseó no estar enamorada de su chico. Por Dios, qué mirada.

—Entonces, ¿te importaría si nos sentamos en una mesa? —James mostró media sonrisa.

—Claro que no, pequeña. Eddie, pon otro —cuando se lo sirvió, siguió a la joven hasta la mesa más escondida.

—¿Esa te gusta?

—Sí. Está muy bien para charlar un rato.

—De acuerdo —se sentó enfrente y le sonrió de oreja a oreja—. Venga, dispara.

—¡Vaya! ¿Tanto se me nota?

—Nena, soy más viejo que tú. Sé de sobra cuando quieren saber de mí.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y ocho.

—Pues te conservas de puta madre —bromeó ella. James sonrió seductoramente.

—Siempre es un honor, que una joven te piropee.

—Joder, James, si pareces un actor de cine.

—Cindy, me vas a sacar los colores —bromeó.

—Ja, ja, a ti no te saca los colores nadie. Tú eres de esos tíos con todo bien puestos. Los conozco a la legua. En cuanto te vi, pensé, este es un tío de los pies a la cabeza —la carcajada de James resonó en todo el bar.

Otros clientes volvieron el rostro hacia ellos.

—No te fíes de las apariencias, Cindy.

—¿Estás casado? No, seguro que no. No llevas alianza —se contestó ella misma.

—Pensé que la periodista era tu amiga.

—Y lo es. Yo soy secretaria. Pero ella es novelista y las columnas que escribe no tienen que ver con personajes famosos. Y tú eres uno de ellos; lo que pasa es que no te acabo de situar. O sí.

—Procuro no salir en los chismes —afirmó muy serio—. Pero no siempre lo consigo.

—Sí, eso es cierto. Verás, James, está mañana le daba vueltas a tu apellido. Hazzard, Hazzard, dónde he oído ese nombre, me preguntaba. Y como dos horas más tarde, se me encendió una bombillita. Recordé haber leído algo y una foto tuya. Pero de lejos y con gafas oscuras. Difícil reconocerte. El artículo decía algo así: multimillonario de Montana inaugura

otro hotel en San Louis. Y luego seguía con una lista de narices, de las cosas que tenías, las carreras que tenías, las casas y no sé cuántas historias más. Y ese tipo tan colosal eres tú.

—No recuerdo ese artículo, Cindy. De todos modos, qué importa eso. O acaso eres de esas mujeres que valora a las personas por lo que tienen — afirmó muy serio.

—No, no me interpretes mal. A mí no me importa lo que tengas. Sólo quería satisfacer la curiosidad. Me gusta saber por dónde me ando —Hazzard no dejaba de mirarla. Le gustaba la frescura y la franqueza de Cindy; pero era la rubia, la que no se le iba del pensamiento—. ¿Sabes qué dijo Bella cuando le conté lo que pensaba?

—¿Qué dijo Bella? —preguntó curioso.

—Pues dijo: estás tonta Cindy, ¿qué diablos va a hacer un multimillonario en un pueblo de Montana? Seguro que estás confundiéndole con otro.

—No dio crédito a tus palabras.

—No.

—Pues mejor. Déjala que piense así.

—¿Por qué?

—Porque así lo deseo.

—Bueno, como quieras. ¿Divorciado? —James rio de nuevo, pero esta vez para sí mismo.

—No te cansas, ¿eh?

—No. Anda, contéstame. Pasado mañana me iré a San Francisco y ya no te molestaré más.

—¿Te vas?

—Sí.

—Si quieres, te llevo.

—¿A San Francisco?

—No —rio—. A Helena.

—¿Aposta?

—No, preciosa. Tengo pensado ir, contigo o sin ti.

—Pues vale. Bien. Estupendo.

—El lunes a las diez te recojo y te invito a comer.

—Fenomenal. Así no me aburriré hasta que salga el avión.

—De acuerdo.

—¿Divorciado?

—No te das por vencida —dijo moviendo la cabeza y sonriendo sin poder evitarlo.

—No. Y hasta que no te lo saque no voy a parar.

—Está bien. Me rindo. Viudo. Soy viudo, ¿satisfecha?

—Lo siento, James.

—Tranquila, Cindy.

—¿Hijos?

—No —contestó con sequedad.

Cindy, pensó que era mejor cambiar de tema. La joven miró a su alrededor y se percató de que había mujeres. Jóvenes de su edad o tal vez algo más.

—Hay mujeres. Anoche pensamos que era un bar de tíos.

—No somos tan machistas, ni tan cerrados. Lo que ocurre, es que los viernes por la noche no suelen venir, prefieren los sábados. Se podría decir, que la noche de los viernes es de los rancheros y obreros de otros sectores. Están toda la semana trabajando y cogen el viernes con muchas ganas. Ya sabes, jugar al billar, al póquer, hablar de fútbol, de mujeres. Alguna pelea sin importancia. Lo normal.

—Sí. Costumbres lugareñas.

—Exactamente —añadió, mirándola con afecto.

Metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó una cajetilla de cigarrillos. Envolviendo un encendedor de oro, con sus dedos largos y morenos, encendió el pitillo. Ella lo observaba atentamente.

—Estoy intentando dejarlo —dijo, dando una larga calada.

—Joder, ahora pareces un vaquero auténtico. Pero más guapo de lo normal —James volvió a reír.

Hacía tiempo que no reía tan a menudo y encima motivado por los piropos que le decía esta simpática californiana.

—Dime Cindy, ¿a tu novio también le piropeas de ese modo?

—Huy, más, mucho más. Es mi novio. Y las cosas que le digo en la cama no se las digo a ningún otro tío.

—Menos mal. Me estabas asustando —dijo entre sonrisas.

Cindy no podía dejar de admirarlo. Jamás había estado con un hombre que irradiara tanta personalidad y tan masculino.

—¿Llevas fundas? —James la miró, cada vez más sorprendido. Entreabrió la boca ligeramente y con una mirada asesina le dijo—: Mete aquí la mano y te demostrare que clase de dientes sin fundas tengo —Cindy ríe ante

la broma. Cada vez le gustaba más ese hombre. Pero ella tenía los pies en la tierra.

—Tengo la impresión de que eres un tío cojonudo. Me llevaría un chasco tremendo, si me enterase de que eres uno de esos millonarios que tiene contactos con la mafia o de que soborna a ciertas gentes, para conseguir ciertas cosas.

—Te doy diez mil dólares si hablas bien de mí, en San Francisco — bromeó apagando el cigarrillo.

Quedaron un rato callados, pero Cindy volvió otra vez a la carga.

—¿Vas a pasar mucho tiempo en el rancho?

—No. Voy y vengo. No puedo estar mucho tiempo en un sitio. Aunque me gustaría pasar más tiempo aquí. Nací aquí, es mi pueblo, son mis raíces. Pero no faltó mucho. Cada mes, mes y medio, vengo. A veces sólo faltó un par de semanas. Todo depende de cómo vayan las cosas.

—Bueno, yo lo decía por Bell, ¿sabes?

—¿Qué pasa con ella?

—Pues que le vendría bien tener un amigo aquí.

—No te preocupes. Tendrá muchos; creo que ya los tiene. Stephen y Willy, por ejemplo. Hablan maravillas de ella.

—¿Ah sí? ¿Y qué dicen? —preguntó y al momento levantó la mano en señal de stop. James no dejaba de mirarla—. No me lo digas. Dicen que es una mujer preciosa. Que tiene unos ojos extraordinarios y de cuerpo, no digamos. Es educada, correctísima, amable y seductora. ¿Voy bien?

—Bueno, tal vez no con esas palabras, pero en el fondo...sí. Se puede decir que sí.

—Ese es el problema.

—Vaya. Hay un problema —repitió lleno de curiosidad.

—Verás, Bella ha venido aquí para escribir una novela. Este es un sitio precioso, encantador, recogido, tranquilo y con muy poca gente. Pocas molestias, mucha intimidad y mucha soledad. Y eso, creo, no es bueno para ella.

—¿Por qué? Si ella lo desea.

—No se trata de lo que desee. Se trata de lo que es mejor para ella. Mira, James —hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas. El hombre no le quitó la vista de encima. Quería saber cosas de esa mujer—, Bell es muy dada a la melancolía. Arrastra una serie de comecocos desde hace años y necesita gente a su alrededor, aunque ella no lo reconozca. Mira, lo de anoche,

no es algo habitual. Bueno, nada habitual. Está mañana a vomitado dos veces y te puedo asegurar que no es anoréxica y no está embarazada. Fue por lo de anoche. Cada vez que recuerda, que tuvo a 25 o 30 tíos pendientes de ella, mientras metía bola tras bola, le dan arcadas. No te puedes imaginar las veces que me ha reñido por haber hecho la apuesta y otras tantas por haberle dicho qué vestido debía ponerse.

—Ya. ¿Y por qué no se puso otra cosa?

—Porque quería ir en vaqueros. Y yo la convencí de que, aunque estemos en un pueblo, la gente se arregla y se pone guapa.

—Anoche, treinta tíos nos la tiramos con los ojos y con la mente, mientras iba metiendo bola tras bola. Si hubiese ido en vaqueros, habríamos tenido el mismo pensamiento.

—Joder, James. No hace falta que seas tan claro.

—Lo siento, Cindy. Eres tú la que quieres saber. Pero volvamos al asunto que has expuesto. Isabella es una mujer que, digamos, se encuentra desequilibrada emocionalmente, ¿es así?

—Bueno, tal vez, es un poco fuerte ese diagnóstico que has hecho, pero... algo así.

—Bien. ¿Algún desengaño amoroso, tal vez? —preguntó de un modo lejano.

—Hum, más o menos —Cindy no quería dar más datos, porque sentía que estaba traicionando a su amiga—. Yo lo que quiero, es que la controles un poco cuando estés por aquí.

—Cindy, no tienes ni idea de cómo es mi vida. Yo no me dedico a ser el guardián de nadie. Ni tengo tiempo, ni me gusta.

—No te he dicho que seas su guardián, simplemente... su ángel de la guarda —los dos se miraron largamente. Ya no sonreían.

—No te prometo nada.

—Perdona. Me he equivocado. No debería haberte puesto en un compromiso. Sabes lo que pasa, que no estoy acostumbrada a tratar con millonarios y no me doy cuenta que los de tu especie, sois personas súper ocupadas. Lo siento —soltó en tono sarcástico, pero con cara de no haber roto un plato.

James le lanzó una mirada fría y acusadora con esos felinos ojos. No le gustaba que lo manipularan. Cindy, captó por primera vez otra faceta de ese hombre. Esta no era agradable ni guasona.

—Mira Cindy, no debes equivocarte conmigo. Tu amiga no es ninguna

adolescente. Si solicita mi ayuda la tendrá al instante. Y si veo que la necesita, pero no la pide, haré lo que tenga que hacer. No te prometo nada más. ¿Te vale?

—Me vale, James.

—Bien —añadió, serio.

—¿Sigue en pie tu oferta de llevarme a Helena?

—Por supuesto.

—¿Y ahora me llevarías a casa? —sin mirarla, llamó a Willy.

Le tiró las llaves del Jeep, que el pelirrojo cogió al vuelo.

—Willy, lleva a Cindy a casa. Y que llegue sana y salva.

—Claro, James. Cuando quiera, señorita Cindy.

—Llámame Cindy, Willy.

—No hay problema, Cindy —contestó con una gran sonrisa. La joven cogió su bolso, y antes de irse, se agachó y estampó un sonoro beso en la mejilla de James.

—Gracias, James. Sigo pensando que eres un tío cojonudo.

—Se buena, Cindy. Nos veremos el lunes



10

Conoció al sheriff Benson en la gasolinera. Stephen se lo presentó. Estuvieron hablando unos minutos y antes de despedirse le comunicó que cualquier cosa que necesitara estaba a su disposición. Y si él no estaba, estaría su hijo y ayudante, Edward. Isabella se lo agradeció y se despidió con una sonrisa, que iluminó su bello rostro. Montando en la Ford se fue a la tienda del pueblo para comprar algunas cosas y conocer a más lugareños. Stephen, le había dicho que los domingos abrían durante un rato, antes de los servicios religiosos.

—Vaya preciosidad —dijo para sí mismo.

—Podría ser tu hija —añadió su amigo con una sonrisa.

—Ya lo sé, Stephen. Pero todavía estoy vivo y tengo ojos en la cara. Y ya que nos ponemos, no me importaría tener una nuera así.

—No te ofendas, Robert, pero creo que una mujer como esta, no está hecha para tu hijo, ni para ninguno de los de aquí.

—¡Hombre! ¡No sé por qué! —exclamó el sheriff.

—¿Pero es que no las has visto? ¿O estás ciego? Es de San Francisco, un bellezón, viene a pasar unos meses para escribir un libro y se irá por donde ha venido. A no ser que James se encapriche de ella.

—Hombre, Hazzard. Como no. El dinero todo lo puede —añadió con pesar, sabiendo que su hijo no tenía mucha admiración por James.

—Bueno, qué quieres. La vida es así. De todos modos, no puedes decir que James tontee con las mujeres del pueblo.

—No desde luego, no hace falta. Con las del resto del mundo ya tiene bastante.

—Vamos Robert, ¿qué mosca te ha picado? —Benson se rascó la cabeza

y se volvió a poner el sombrero.

—No me hagas caso. Sabes de sobra que admiro a James. Pero a veces mi hijo me saca de mis casillas.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Eso es lo malo. Nada. Tengo la sensación de que está conmigo porque ha fracasado en sus otros trabajos... y no me gusta la envidia que le tiene a James.

—Bueno, no es para tanto. La mayoría del pueblo se la tiene. Llámala sana o insana, pero envidia es. A fin de cuentas, el pueblo es suyo.

—Sí, desde luego. Pero si al menos no fuera tan generoso, creo que mi hijo lo llevaría mejor.

—No creo, Robert. Entonces pensaría que es un cabrón y le seguiría teniendo envidia.

—Puede ser. En fin, te dejo. Ya nos veremos —se despidieron con un apretón de manos y Benson subió al coche patrulla.

Esa tarde, Bella escribía en el ordenador y apuntaba algo en una libreta que tenía al lado, cuando escuchó un motor. Dejó lo que estaba haciendo y se levantó del confortable sillón, para mirar por la ventana. El coche del sheriff estaba ahí. Se preguntó que querría el amable sheriff Benson. Salió y se quedó en el porche. El motor dejó de funcionar y la puerta se abrió. Unas piernas largas salieron del vehículo enfundadas en unos vaqueros. Era un hombre joven, moreno, atractivo a su modo, alto y fuerte. Ella se sintió algo cohibida, pero rápido se acordó que había un hijo, un ayudante. Y de hecho llevaba la camisa del uniforme y el sombrero, que enseguida se quitó.

—¿Qué tal señorita? —saludó el hombre al tiempo que se quitaba las gafas de sol—. Soy el ayudante del sheriff, Edward Benson —se presentó mientras le tendía la mano.

Ella la estrechó, guardando las distancias. Se fijó en la camisa del uniforme, que la llevaba impoluta y sin ninguna arruga. Y en que su cuerpo era fuerte, pero delgado.

—Mucho gusto, señor Benson. Soy Isabella Lewis. Está mañana he conocido a su padre.

—Por favor, llámeme Edward —contestó sin dejar de mirarla. Ella, llevaba unos vaqueros ajustados y una camiseta de manga larga, que marcaba

sus magníficos pechos. Se sintió un tanto violenta, por esa forma de mirarla, pero intentó disimularlo—. Sí, estoy al corriente de su encuentro con el sheriff. De hecho, tenía pensado haber pasado por aquí hace algunos días, al no verla por el pueblo. Más que nada para conocernos y ofrecerle mis servicios, para lo que pueda necesitar.

—Es usted muy amable; se lo agradezco.

—Sabe dónde está la oficina del sheriff, ¿verdad?

—Sí, sí, por supuesto.

—Estupendo. Nosotros, mis padres y yo, vivimos encima, para lo que necesite.

—Oh, gracias, de verdad. Muchas gracias —se sentía un tanto estúpida dando tantas gracias, pero qué otra cosa podía decir.

En esos momentos, Cindy asomó la cabeza por la puerta y después el cuerpo. Se puso al lado de su amiga y Bell hizo las presentaciones.

—Vaya, esto es genial. En San Francisco la policía no viene a darte la bienvenida. Ni los polis son tan simpáticos y guapos como usted —Edward Benson quedó un tanto cortado ante el recibimiento de la joven regordeta, pero al momento sonrió.

—Bueno Cindy, está claro que esto no es San Francisco. Aquí nos conocemos todos y nos ayudamos en lo que haga falta.

—Ya veo, ya —soltó descarada, sin dejar de calibrar al hombre.

Él ofreció otra vez la mano a Bella y esta no tuvo más remedio, que estrecharla.

—Isabella, me alegro de conocerla. Y ya sabe, cualquier cosa que necesite...

—De acuerdo, Edward. Gracias —contestó viendo como el ayudante del sheriff se metía en el coche patrulla y arrancaba sin dejar de mirarla.

Dio marcha atrás, salió a la carretera y desapareció.

—Qué te parece el sheriff —preguntó retóricamente, Cindy—, no ha dejado de mirarte ni un momento. Cuando me ha saludado ha tenido que mover los ojos con una fuerza sobrehumana.

—Anda, entra y no digas más tontunas. Y no es el sheriff, es su hijo y ayudante.

—Pues se comporta como si quisiera ser el amo del universo. Y ojo, que he dicho como si quisiera ser, no como si fuera el amo del universo.

—Venga —las dos amigas entraron en la cabaña entre risas y bromas.

Edward Benson, ya había satisfecho su curiosidad. Le habían contado la exhibición jugando al billar, de esa despampanante rubia y desde entonces, sentía unos deseos tremendos por conocer a esa mujer que había puesto cachondos a todos los hombres del pueblo, incluyendo a James Hazzard.

Hazzard, Hazzard. Maldito Hazzard. No tenía motivos para odiarlo. Pero en secreto, lo odiaba. Lo envidiaba. Lo maldecía. Por ser un genio, por ser rico, por ser generoso, por ser admirado, por ser querido. Por ser un triunfador. Un maldito triunfador. Maldita sea. Había nacido en una familia rica. Tenía una inteligencia muy por encima de la media. Se había hecho más rico de lo que era por herencia. Tenía dos carreras, muchas casas, uno de los ranchos más grandes de Montana. Joder, tenía las mujeres que le daba la gana; es más, las del pueblo se habrían abierto de piernas con una señal suya...

Sí, no podía evitarlo. Lo odiaba. Y apostaría cualquier cosa a que él ya se había fijado en esa preciosa mujer. De hecho, los comentarios que le habían llegado, es que James se la comió con los ojos, igual que todos los presentes. Pero el resto no era James Hazzard. Y ella, ya se habría fijado en él. Seguro que sí. A fin de cuentas, todas las mujeres eran unas putas. En cuanto olfateaban el dinero, se abrían de piernas y dejaban que se las follase el que más pasta tuviese. Bien lo sabía él, cuando esa puta de Anaconda le abandonó por otro que tenía más. Annie. También era rubia como Isabella, pero no tan despampanante. Ni tenía unos pechos tan hermosos; claro que, procediendo de California, igual eran operados. Y esa boca, tan bien dibujada, tan bonita para ser besada, para meter su...

En esos momentos unos golpes en el cristal de la ventanilla, lo despertaron de sus pensamientos. Era su padre. Bajó del coche sin mirar a su progenitor.

—Parece que estabas en otro mundo.

—Estaba pensando.

—Ah, sí. ¿Y en qué, si puede saberse?

—Cosas mías —entró en la oficina. El sheriff moviendo la cabeza lo siguió. Tiró el sombrero en una silla, mientras su hijo lo dejaba cuidadosamente en el perchero. El sheriff se rascó la cabeza sin hablar. Al final fue Edward el que preguntó—: ¿Pasa algo?

—No —contestó—. Bueno, creo que no. Verás, tu madre me ha dicho que ha venido Ruth Korda a ver cómo estábamos y ha preguntado por ti —el hijo

miraba unos papeles, como si la conversación no fuese con él—. No sé, pero tu madre dice, que parecía tener mucho interés en saber de ti —Edward dejó el papeleo y miró fijamente a su padre.

—¿Y? —El sheriff se rascó otra vez la cabeza y se atrevió a preguntar.

—¿No te estarás acostando con la nuera de Barbara? —Edward estalló en carcajadas.

—Padre, con las mujeres solteras tengo bastante. Las casadas que las aguanten sus maridos —y sin perder el tiempo, cambió de conversación, haciendo que olvidase, al menos por el momento, a la mujer de Noah Korda.



11

Cuando se despidieron, Bella lloró. Cindy, bromeando le preguntó qué dónde estaba esa mujer, fría, dura y calculadora, que todos conocían.

—Anda, cállate —le rogó Bella, llorosa—. Eres una pesada y una lianta, pero eres mi mejor amiga y te voy a echar de menos.

—Bah, en cuanto te concentres en tus cosas, te olvidarás de todo y de todos. Y cuando venga a pasar unos días este verano, me pondrás cara vinagre.

—Sabes que no. A ti, no.

—No sé —bromeó y poniéndose seria, añadió—. Debes prometerme que, si necesitas cualquier cosa o te encuentras mal, me llamarás al momento. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —afirmó, limpiándose las lágrimas—. Y debes prometer, que cuidarás bien mi casa.

—Ves, ya salió la Bella interesada —las dos se sonrieron y en ese momento oyeron el ruido del motor.

Cindy miró por la ventana y vio un Chevrolet Corvette, último modelo, gris plata, matrícula Hazzard.

—Caramba, nena, voy a ir a Helena montada en un Corvette nuevecito y con el tío más guapo del mundo.

Bella se limpió los ojos y sonrió a su amiga. Salieron al porche, y James sacó su largo cuerpo del coche para acercarse a ellas. C cogió la bolsa de Cindy al tiempo que las saludaba, fijándose en los ojos enrojecidos de Bella. No dejó de admirar la belleza perfecta de la joven. No llevaba ni una gota de maquillaje. Aparentaba dieciocho o veinte años. El pelo lo seguía llevando en un recogido juvenil. Le hubiera gustado quitar esos ganchitos femeninos y coquetos para ver y tocar, ese cabello suelto.

Echó la bolsa al maletero y esperó al lado del coche. Las muchachas se abrazaron y Cindy bajó las escaleras.

—Te llamaré cuando llegue a San Francisco, y te pondré al día de los últimos cotilleos.

—Vale —contestó con un suspiro—. Dale un beso a Lenny de mi parte.

—Se lo daré. Adiós Bella.

—Hasta pronto, amiga —James, observando en todo momento, le abrió la puerta a Cindy.

Volvió sobre sus pasos, y se introdujo en el coche. Arrancó y fue marcha atrás lentamente por el camino de gravilla, hasta salir a la carretera. Las lágrimas volvieron a aparecer en los ojos de Isabella.

Durante la semana siguiente, estuvo yendo todos los días a Helena, y por la tarde noche volvía al rancho. Su ama de llaves, segunda madre, amiga, follonera, cotilla y querida Barbara, le tenía preparada una succulenta cena, que él tomaba después de haber estado una hora en el gimnasio y en la piscina cubierta.

Esa noche tenía ganas de hablar, como todas las noches. Y teniendo en cuenta que cuando él faltaba temporadas largas, no podía darle el tostón, ahora se aprovechaba bien.

—Y tienes que decirle a Noah que deje de tontear con ese putón de Shania.

—Díselo tú. Es tú hijo —contestó relamiendo la costilla de cerdo que Barbara asaba de maravilla.

—Díselo tú que eres su jefe. Yo ya se lo he dicho. Y por un lado le entra y por otro le sale. Esa chica es una calentorra sin clase y sin moral. Yo no digo que Ruth sea el ideal de una suegra, pero es su mujer y punto. Y si no me haces caso, voy a darte el tostón a todas horas.

—Está bien. Me rindo, hablaré con él.

—Y sino, dale un buen fajo de billetes a esa zorróna y que se largue.

—De eso nada —replicó James, limpiándose las manos—. No voy a pagar los caprichos de tus hijos.

—Bah, qué son para ti unos miles de dólares.

—No se trata de eso, Barbara y tú lo sabes mejor que nadie. Un hombre debe de saber lo que quiere y no ponerse una venda en los ojos. Hablaré con él y le pondré las cosas claras. Tal vez el tonto de tu hijo no sepa que varios del pueblo se la han pasado por la piedra.

—¿No serás uno de ellos?

—Barbara, me conoces desde que nací. Tengo gustos mejores.

—No sé qué decirte. A veces lo dudo. Tú mujer, que en gloria esté, no era precisamente una joya y con esa modelo o lo que sea, que sales, no sé yo.

—Yo sé lo que temes —replicó levantándose y acercándose a ella para abrazarla—, que traiga una mujer a tus dominios y te mande al exilio. ¿Qué harás entonces? ¿Te irás con alguna de tus nueras?

—De eso nada. Además, si decides casarte con una señoritinga de ciudad, que le moleste que una vieja organice tú casa, me voy y se acabó —replicó con mala cara. James no tuvo que agacharse excesivamente para estamparle un beso en la mejilla.

La mujer medía algo más de metro ochenta y no parecía una vieja desvalida.

—Por encima de mi cadáver, preciosa.

—Bah, adulador. Ya veremos cuando alguna te ablande ese corazón tan frío que tienes para el amor.

—¿Frío? Pero si las derrito con solo mirarlas.

—¿A la italiana también? —preguntó cerrando sus pequeños ojos azules. Era lo único pequeño que tenía en todo su cuerpo.

—¿A quién? —preguntó sorprendido. Esta vieja quería saberlo todo.

—Ya sabes a quién. No te hagas el tonto. Esa muñequita que tienes en la Casa de Piedra.

—Oye, yo no tengo a esa nena. La casa se alquiló a una editorial y se presentó esa muñequita, como tú dices. Punto final.

—¿No tienes nada que ver con ella? —preguntó suspicaz.

—No —contestó dirigiéndose fuera de la cocina.

—Ya me parecía a mí —añadió.

James se paró en seco. La mujer sonrió. Había captado su atención.

—¿Por qué dices eso?

—Porque esta mañana he ido a visitarla. Hay que conocer a los vecinos y la verdad, después de oír no sé qué numerito jugando al billar, me dije, Barbara hay que conocer a esa muchacha que los chicos alaban de esa manera. Así que me presenté con un pastel de chocolate y mira tú por dónde, le encanta el dulce y en especial el chocolate. A cambio, ella me dio una bolsita de bombones exquisitos, del mejor lugar de San Francisco. La verdad es que estaban muy buenos. Ya me los he comido; era una bolsa de nada. Ya sabes, esas cosas que venden en los sitios selectos, a precio de oro y tamaño minúsculo.

—Ya —afirmó el hombre, que sabía lo glotona que era su ama de llaves.

—Continúo —viendo que seguía teniendo toda la atención del hombre que quería como a un hijo—. Estuvimos hablando más de dos horas. Es

encantadora. Un amor. Y creo si no me equivoco, necesitada de mucho cariño, aunque intenta disimularlo. Bueno, me estuvo contando a qué había venido aquí, y que no tenía padres. Solo una tía abuela en California, porque la otra murió hace un año. Eran tías de su padre y cuando murieron estos, en un accidente de lancha motora, ya vivía con sus tías. En fin, le he dicho que puede venir al rancho cuando quiera. Es más, la he invitado mañana a comer. Pero muy gentilmente, ha rehusado. Pero me ha prometido venir a media mañana para que le enseñe esto.

—Me parece bien —dijo James, sin demostrar ningún sentimiento.

—¿Vas a estar?

—¿Para qué? Tú sola te vales. Además, yo tengo que ir a la ciudad. ¿Me llevas el café al despacho?

—Sí —contestó enfurruñada—. El café y media botella de bourbon.

—No te pases. No me enfades —contestó bromeando, al tiempo que desaparecía su alta figura por la puerta de la cocina.

—La verdad, es que haríais una pareja muy bonita —se dijo a sí misma en voz alta.

Al día siguiente, cumplió con lo pactado. Barbara le había dicho que no era necesario ir por la carretera, tan solo debía seguir el camino de grava que comunicaba la cabaña con el rancho. Podía ir con la camioneta, sin ningún problema. Atravesaría un bosque de álamos de Virginia y píceas negras, dejaría de lado un riachuelo bordeado de cerezos virginianos, para llegar a un valle inmenso, bordeado en una parte por una ladera pedregosa y un cortado.

Si optaba por la carretera, entraría directamente al valle. En ese verde, inmenso y precioso valle, estaban las edificaciones del rancho. Isabella optó por el camino interior, recreándose con el hermoso paraje. Al llegar al valle, tuvo que parar y abrir una cerca blanca y reluciente, que cortaba el paso. Una vez hubo penetrado, tuvo la precaución de volver a cerrarla, por si acaso había ganado por los alrededores. Siguió el camino, después de dos kilómetros se encontró en el inmenso valle y vio el magnífico rancho. Era de piedra, madera y cristal. La casa principal tenía tres plantas, con inmensas cristaleras, especialmente en los pisos superiores. Había muchas edificaciones alrededor. Por Barbara se enteraría, que eran graneros, establos, barracones para los empleados, las casas de sus hijos, cocheras para los vehículos,

camionetas, tractores, etc.

Le enseñó la casa, sin dejarse rincón. Hasta la habitación de James, percatándose de que la joven se ponía ligeramente colorada, cuando entró en la gran estancia y recogió unas prendas de un butacón.

—Este muchacho, siempre se deja las cosas por en medio. En eso no ha cambiado nada. Es igual que cuando tenía diez años. Muy estudioso y todo lo que tú quieras, pero un desastre para sus cosas —mintió la mujer, para darse importancia.

La mujer le explicó que cuando vivía la esposa de James, la casa estaba decorada de una manera rimbombante, lo cual no agradaba al hombre. Pero al morir la joven, se fueron cambiando poco a poco ciertas cosas. Y una de las que cambiaron por completo, fue el dormitorio de James.

—A él, le gusta el lujo. Es muy sibarita, esta palabra me la enseñó él —Bella sonrió ante el comentario—. Claro, hace bien, se lo puede permitir. Pero no quería volantes y flores en la habitación. Todo, flores. Flores en las paredes, flores en la tapicería, flores en las colchas. ¿Te imaginas? —La joven sonrió sin decir nada—. Así que todo fuera. Hasta la cama es distinta. La trajo de no sé dónde, de no sé qué siglo y de no sé qué subasta; y me dijo: Barbara, como le pongas cortinas de flores al dosel, te mato. Así que le puse estas de batista. Lisas y blancas. Por supuesto te diré, que en esta cama no ha dormido ninguna mujer. Ni dormir ni nada —Isabella bajó la cabeza, mirando la puntera de sus botas tejanas.

—¿Por qué me cuenta esas cosas, Barbara?

—Porque no quiero que te equivoques, tesoro. James tendrá sus líos por ahí, que no lo sé, ni me interesa, pero aquí no ha traído a ninguna mujer. Y eso quiere decir que no hay nadie importante, por el momento.

Bella no despegó el pico. Un rato más tarde, en la inmensa cocina, entró Noah. Saludó a la muchacha y ella reconoció su rostro atractivo y el pelo rubio, entre muchas de las caras que vio la famosa noche. Isabella, que con el agradable calorcito que había en la casa, se había quitado la camisola que llevaba por encima, dejando su cuerpo con una camiseta de tirantes blanca y un vaquero negro, notó como los ojos de Noah la recorrieron entera, quedándose algo más de lo debido sobre los pechos de la joven. La madre, que no perdía detalle, achuchó al hijo.

—Venga, ¿qué quieres?

—Quería pedirte que te quedaras con los niños esta noche. Ruth y yo queremos ir a cenar al pueblo. A casa de lo Nilson.

—Está bien. Que me los traiga cuando quiera.

—De acuerdo —besó a su madre y mostró una sonrisa radiante a la joven —. Hasta pronto.

—Adiós Noah. Encantada de conocerte.

—Igualmente —cuando el hijo desapareció, la mujer la miró detenidamente.

—Estarás acostumbrada a esto, ¿no?

—¿A qué?

—A que los hombres te asedien.

—Oh, es sólo al principio. Se dejan llevar por las apariencias. Cuando me conocen un poquito, me dejan en paz.

—¿Te molestan? La mayoría de las veces son bastante pesados.

—Sí, pero no me preocupa. Suelo pasar de ellos. Estoy mejor sola — Isabella se mordió la lengua.

Estaba hablando demasiado.

—De eso nada. Sola, no. Es bueno que la mujer tenga un compañero.

—Eso era antes, Barbara. Ahora las mujeres no necesitan un compañero.

—¿Tú crees?

—Sí —afirmó encogiéndose de hombros, no muy segura de sus palabras —. Claro, a veces sólo traen problemas. Una de las cosas que más me revientan son los casados. Te acosan como si fueses tonta y todas las mujeres estuviésemos deseosas de tener una relación con ellos. Yo siempre pienso en esas esposas que están convencidas de que sus maridos le son fieles o, por el contrario, en aquellas que estarán pensando, ¿con quién estará? La mayoría son unos cerdos —la mujer la miró silenciosamente.

—Tienes razón. Mi esposo se portó muy bien conmigo. Creo que nunca me engañó, pero si yo hubiera tenido la más mínima sospecha, lo habría pasado mal. Él, por supuesto —aclaró con una sonrisa.

Bella rio de buena gana. Le caía bien la mujer. Barbara se levantó de la silla y fue a ver el asado. Le faltaba unos minutos.

—¿Cocina usted para todos?

—A veces. Pero normalmente no. En los barracones hay una cocina y comedores de sobra. ¿Te has fijado en ese hombre, moreno, grandote, con el sombrero ladeado, que no te quitaba la vista de encima? Como todos, claro.

—Sí —afirmó ruborizándose.

—Es Kevin, el cocinero. Mis hijos, normalmente, comen en sus casas. Algunas veces aquí, cuando está James y Kevin cocina para todos los demás.

—¿Viven aquí todos?

—No. Verás, los que viven en el pueblo comen aquí. Luego hay turnos y por la noche siempre hay vaqueros. Y los solteros van y vienen. Tienen una habitación permanente aquí. Que quieren ir a casa con los papás, pues van, que no, pues se quedan.

—Ya. ¿Y qué puede pasar por las noches?

—Cualquier cosa, criatura. Este invierno pasado, bajaron de las montañas unos coyotes. Y el verano anterior estuvo rondando un oso. Le lanzaron un dardo para dormirlo y se lo llevaron. Y otro invierno, tuvimos una tormenta de nieve, lo nunca visto. Tesoro, estás en las Rocosas, no lo olvides. Oye, ¿por qué no te quedas a comer?

—Se lo agradezco, Barbara, pero me voy. Ya he perdido mucho tiempo esta mañana.

—¿Perdido? ¿Has perdido el tiempo conmigo?

—No quiero decir eso, no se ofenda. Es que no quiero molestar.

—Tesoro, tú no molestas.

—Claro que no molesta —exclamó una grave y atrayente voz detrás de ella. Las dos se volvieron y vieron a James apoyado en el quicio de la puerta.

—James, has venido —afirmó la mujer, un tanto sorprendida.

Isabella, un tanto cohibida, murmuró un hola.

—Espero que haya algo para comer, para un pobre hombre —rezongó hasta llegar a su ama de llaves y darle un beso, sin dejar de mirar a la joven—. Voy a lavarme. No dejes que se vaya —murmuró a la mujer, pero sabiendo que Bella lo estaba oyendo.

—Anda, tesoro, ayúdame a poner la mesa. A James le gusta comer en la cocina y para mí es más cómodo...

Isabella se encontró entre la espada y la pared. Sería de mala educación irse en esos momentos, pero lo que menos le apetecía era sentarse en la misma mesa con un hombre como él. Aun así, cogió los platos que Barbara le iba dando y los colocó como creyó mejor. Uno a la cabecera y los otros a derecha e izquierda. La mujer miró, y los acercó un poco más.

—Así, nosotros somos muy familiares —explicó con una sonrisa.

A los pocos minutos apareció. Se había quitado la cazadora y lucía unos chinos de color caqui y una camisa blanca. Antes de sentarse, puso sus grandes manos sobre la silla de la izquierda y miró a Isabella.

—Siéntese, Isabella —ella, un tanto confusa, se acercó y sin mirarlo a los ojos, se sentó.

—Gracias.

—No hay de que —Barbara los observaba de reojo.

—¿Te ayudo, Barbara?

—No, grandullón. Tú no me ayudas, en todo caso me estorbas. Siéntate, que ya llevo el asado.

—No hay nada como el dulce hogar —añadió sonriendo seductoramente a Bella.

Las mejillas de la chica se pusieron como dos semáforos y bajó la vista al plato. James la siguió acariciando con la mirada y ella se maldijo por estar tan nerviosa.

Comieron el exquisito asado y Bella se fue relajando mientras escuchaba los comentarios sarcásticos y cariñosos que se hacían hombre y anciana. Entre bocado y bocado los observaba, participando en la conversación, esporádicamente. Con el rabillo del ojo, miraba los fuertes antebrazos que dejaban ver las mangas, subidas hasta el codo. No llevaba anillos, ni la alianza de casado o de viudo; ¿no tendría que llevar las dos? Claro que la de su esposa no le cabría ni en el dedo meñique. Los antebrazos eran velludos y muy fuertes. Y las manos, tan grandes, con los dedos largos, podrían romper un cuello sin mucho esfuerzo. Sintió un escalofrío y tembló ligeramente. James, la observó, fijándose en cómo se le marcaban los pezones a través de la camiseta.

Barbara se levantó y sacó un pastel del frigorífico. Puso un trozo para Isabella y otro para James.

—Espero que te guste, cariño. Aparte de ser especialista en pastel de chocolate, estos de cereza los bordo.

—Como verás —añadió el hombre, con una sonrisa—, no necesita que nadie la alabe. Pero realmente, son de los mejores que he comido.

—Por supuesto. Y más te vale no llevarme la contraria. Ahora, comed, que tengo que hacer unas cosas.

Sin más, desapareció de la cocina dejándolos solos. Bella, se quedó petrificada en la silla.

Sin dejar de mirar su plato y notando la mirada penetrante del hombre, empezó el pastel.

—¿Y Cindy? ¿Está bien? —preguntó para atraer la mirada de ella.

Como siempre, llevaba el pelo recogido. Cada vez tenía más ganas de que el detective de Los Angeles le llamara.

—Sí —afirmó y dirigió los ojos hasta el rostro que la perturbaba—. Ya

ha vuelto al trabajo —sintió que le faltaban las palabras. A ella, que siempre tenía una frase en la boca. James no pestañeaba, quería perderse en esos ojos de gacela. Eran los más cautivadores y los más inocentes, que hubiera visto en una mujer—. Ya la conoce, estará calentando la cabeza a más de uno.

—Es una joven encantadora —añadió, sin dejar de mirarla.

—Sí, lo es —murmuró con un sentimiento de envidia hacia su amiga y bajó la mirada, agotada.

—Y muy parlanchina —continuó—. En el trayecto hasta Helena, no dejó de hablar un segundo. Hubo un momento que pensé que la cabeza me estallaría —Isabella, rio de buena gana.

No lo pudo evitar.

Se imaginó a su amiga dándole el tostón todo el rato y rio con ganas.

James contempló esa hermosa boca, con satisfacción, al tiempo que pensaba lo que haría con esa boca, con esa lengua, con esos labios...

—Vaya, si sabe reír —dijo con ironía. Bella, se picó.

—Claro que sé reír. Que no sea tan encantadora como Cindy, no quiere decir que sea un cactus.

—Yo no he dicho que usted no sea encantadora. Simplemente me ha gustado verla reír. Nada más. Ahora ya sé, que además de jugar al billar de maravilla, tiene una risa preciosa.

—No pierda el tiempo conmigo, señor Hazzard. No soy de esas mujeres que se derriten ante los piropos de los hombres.

—No es un piropo. Es una evidencia. Le guste o no, tiene un cuerpo y una cara poco habituales. ¿Acaso le molesta?

—¿El qué? —preguntó cada vez más nerviosa.

—Ser así.

—Sí —afirmó con rotundidad.

¿No le había hecho la misma pregunta o similar la psiquiatra, hacía una eternidad?

—Pues sé de muchas mujeres, que no les importaría tener un exceso de todo lo que usted tiene y muchos hombres que no les importaría utilizarlo —ella, levantó la mirada.

Sus ojos eran como pozos sin fondo. Se estaban poniendo acuosos. James, se la comía con el pensamiento, con los ojos. Esa mujer, sin hacer nada provocativo, lo estaba poniendo cachondo.

—Para muchas mujeres sería una suerte comer todo lo que quisieran y no engordar. A mí me gustaría, que todo lo que comiese me engordara el doble o

el triple que a las demás —fue diciendo, mientras volvía la mirada a su plato —; y cuando estuviese gorda como un tonel, dejasen de mirarme los hombres —había expresado un sentimiento en voz alta.

Al momento se arrepintió. Una lágrima solitaria se escapó.

—¿Qué le sucede, Isabella? —preguntó sorprendido ante ese comentario tan triste y esa lágrima.

Sin querer, su manaza fue a posarse sobre la mano pequeña y delgada. Ella pegó un respingo.

—No me toque, por favor —suplicó con un suspiro.

Todo su cuerpo temblaba. ¿Qué le ocurría? ¿Qué problema tan grande se escondía dentro de esa preciosidad de mujer?

Isabella se levantó y fue a por su camisola, poniéndosela en un periquete. Cruzó los brazos sobre el pecho y se enfrentó a él, que también se había levantado.

—Ten... tengo que irme.

—¿No va a esperar a Barbara?

—No. Discúlpeme ante ella y...—gimió levemente. Él hizo el intento de acercarse a ella—. No, por favor, no se acerque, se lo ruego —quería irse, pero seguía allí, plantada, moviendo ligeramente la cabeza—. Le pido disculpas, por mi comportamiento. No he querido ser grosera. Es que... usted me causa cierta turbación. Me da miedo, señor Hazzard —soltó de una.

James, no se movió. Alguna mujer le había dicho eso, pero en otras circunstancias. Primero, cuando lo conocían mejor y comprobaban su mal genio; segundo, cuando lo habían visto enfrentarse a otro hombre en una pelea. Pero habitualmente, él no iba asustando a las mujeres. No era su estilo.

—Puede estar tranquila, Isabella. Tendrá en mí a un amigo, nunca un enemigo.

—Se lo agradezco, pero es su cuerpo lo que me da miedo —diciendo esto, salió por la puerta que daba directamente al jardín, y corrió hasta la camioneta.

James, hubiera querido salir detrás de ella, pero consideró que no sería acertado.

Esa noche, estando en el despacho, llegó la llamada esperada.

—Señor Hazzard.

—Sí. Dígame, Hyde, ¿qué tiene?

—Bueno verá. Todavía no he terminado, me queda por hacer unas visitas. Pero aun así le puedo informar de casi todo.

—Al grano, Hyde.

—La joven en cuestión, es italiana de madre y padre californiano — James le interrumpió.

—Hyde.

—¿Sí?

—Eso estará en el informe, ¿no?

—Sí, señor.

—Bien. Cuénteme algo que merezca la pena. Algo importante —el detective obedeció en el acto.

—Sufrió un asalto a los quince años. Fue una agresión en toda regla. Podría haber acabado fatal —James escuchaba muy serio, imaginando lo que iba a contar el abogado—. Un tío intentó violarla, no sé si lo consiguió. Pero desde luego, la habría matado si no es por unos chicos que corrían por la zona y acudieron al oír los ruidos y gritos. El tipo huyó, pero la chica estaba llena de sangre. Estuvo mes y medio en el hospital. Dos puñaladas, nariz rota, dos costillas fracturadas, contusiones por todas partes, hematomas más grandes que mi mano, en fin, un cuadro, pero se ve que la chica opuso resistencia al máximo. Le hicieron cirugía en la nariz, cosieron las puñaladas y arreglaron todo lo que tuviera arreglo.

—¿Dónde? —pregunto con voz ronca.

—¿Dónde? Ah sí, en el tórax. En realidad, no fueron profundas, pero sí largas. Tal vez, gracias a que la chica peleara. Después estuvo visitando a una loquera, los siguientes cinco años. Estoy esperando visitar la casa de la doctora. Murió. Ahora vive una hermana en ella.

—¿Y el violador?

—Pues parece ser que lo cogieron.

—¿Qué cojones es eso de, parece ser? —preguntó malhumorado.

—Bueno, la chica dijo a la policía, que no le vio la cara. Llevaba un pasamontaña, un chándal y zapatillas de deporte. Ella dijo que era muy grande, un tipo alto y fuerte —James endureció la mandíbula al oír eso—. Tres meses más tarde, la policía mató a uno que se dio a la fuga. Vestía chándal, deportivas y llevaba un pasamontaña en el bolsillo. Medía metro ochenta y cinco y pesaba más de cien kilos. La chica no quiso reconocerlo; ni el cadáver ni las ropas.

—Ya, ¿qué más?

—Bueno, de los quince a los veinte estuvo en tratamiento con la loquera. Los primeros años, llevó la cabeza rapada casi al cero y vestía ropas dos o tres tallas más grandes. Ahora estoy con su vida actual. Pero bueno, le diré que pasó por la universidad de Berkeley, donde estudió periodismo, hizo poca vida social o ninguna y cuando dejó de vestirse como un payaso, se convirtió en lo que había sido antes de la agresión; una hermosa jovencita. En cuanto tenga lo poco que me falta, le mando el informe. ¿Porque sigue interesado en estos últimos años?

—Sí. Todo. Pero cuando tenga el informe completo, no me lo mande. Iré a buscarlo.

—¿Usted? —preguntó sorprendido.

—Sí. Espero noticias tuyas, Hyde. Hasta pronto.

—Adiós —el detective comprendió que era algo muy importante, para venir él personalmente. Bueno, qué cojones, si él tuviera un avión privado como Hazzard, también haría lo mismo.

James, se frotó la barba rasposa. Ahora comprendía ese miedo. ¿Miedo a los hombres en general, o sólo a los tipos grandes como él y como el violador? Pobrecilla. Una muchacha indefensa ante un cabrón que le doblaba el tamaño. Parecía que no lo había superado. ¿Con qué tipos de hombre se relacionaría íntimamente? ¿Pequeños y enclenques? Intentó dejar de pensar en ella. Volvió a sus papeles, pero no lo consiguió. Se le estaba metiendo en la cabeza de una manera que no le gustaba. Quién le acariciaría esos pechos grandes y duros, que daba por hecho, serían así. Pensó en las cicatrices. ¿Y si estaba acomplejada por ellas? ¿Habría invadido el puñal esa zona tan femenina y tan hermosa? Se le agolpaban tantas preguntas en la cabeza, que tenía ansía de saber, de conocer, de averiguar, de indagar hasta el último detalle de su vida. Con un esfuerzo manifiesto, volcó toda su atención en la nueva empresa que había comprado.



12

A la tarde siguiente, Bella fue al pueblo para comprar algunas cosas. En la farmacia compró medicamentos para el dolor de cabeza, menstruación, agua oxigenada y algunas cosas más para el botiquín del cuarto de baño. En la tienda de comestibles, adquirió salami y una botella de aceite de oliva. Le llamó la atención que un pueblo perdido de Montana tuviera ese tipo de aceite, pero la amable dependienta le dijo, que la señora Korda del rancho Hazzard, se lo llevaba habitualmente. Bella, sonrió. Claro, como no, el rancho Hazzard. Le vino a la memoria la palabra *sibarita*.

Compró algunos productos frescos y refrescos sin azúcar. Pagó en metálico y se despidió con una franca sonrisa, que la dependienta le devolvió. Montó en la Ford y arrancó. Había comenzado a llover y aumentaba por momentos. Al pasar por la gasolinera taller, saludó con el claxon a Stephen y Willy. Después del primer kilómetro, había una curva cerrada y se perdía de vista el pueblo, fue en ese punto, cuando la camioneta se le paró. Un tanto sorprendida y pensando que no se le podía haber calado, intentó arrancar. Nada. Comenzó a maldecir por lo bajo.

Estaba lloviendo mucho, el pueblo estaba a un kilómetro y la casa estaba a la misma distancia que no era nada, pero llovía demasiado. Volvió a intentarlo otra vez. Nada. Igual se había quedado sin gasolina, porque el indicador no funcionaba correctamente, pensó. Tomó la cazadora y se la puso sobre la cabeza. Salió de la furgoneta sin saber qué hacer. Dirigirse a la casa o la gasolinera. Cuando todo su cuerpo entró en contacto con la lluvia, se quedó atontada durante unos segundos. Las gotas gordas y abundantes mojaron su blusa de seda en un abrir y cerrar de ojos. La cabeza no se la mojó, pero la cazadora quedó como una sopa.

Entró en la furgoneta y se preguntó si duraría mucho la lluvia. Miró el cielo. Estaba negro como la boca de lobo, y encima comenzaba a oscurecer. Pensó en su teléfono móvil, que se hallaba en casa, enchufado al cargador. Total, para qué cogerlo, se había dicho ella solita, antes de salir. Se estaba enfadando por momentos, pero también se estaba acobardando. Se oían truenos en la lejanía. Se frotó los brazos vigorosamente. Tenía frío y la camisa

húmeda ayudaba bastante. Pasaron diez minutos y decidió que tenía que salir, ponerse como una sopa y llegar a su casa. Los truenos cada vez estaban más cerca y la asustaban. Los relámpagos tampoco ayudaban a darle confianza.

Saldría a la carrera y en un santiamén estaría en casa. Se puso la cazadora y se subió la cremallera y contó hasta tres. Al salir, sintió como si le tiraran cien cubos de agua encima. Vaya manera de llover, pensó. Se puso en movimiento y con pasos ligeros siguió la línea continua. Lo de la carrera quedó en el olvido, las piernas no le obedecían. Entre el frío y la lluvia le costaba moverlas, aun así, los pasos eran rápidos. No había hecho ni medio kilómetro cuando unos faros alumbraron la carretera. Ella se paró y volvió su cuerpo chorreante para ver quién se acercaba. El Jeep frenó a su lado. James abrió la puerta del copiloto y le gritó para hacerse oír entre el ruido de la tormenta y el potente motor del todo terreno.

—¡Suba! —ella lo miró como si fuera una aparición, pero no se movió—. ¡Suba! —volvió a gritar.

Ella obedeció, y se acomodó en el asiento de cuero claro. Cerró la puerta y se quedó mirando al frente. James, observándola, pero sin decir nada, metió la velocidad y la llevó a casa.

—Se ha estropeado la camioneta —afirmó él, mientras paraba delante de la cabaña.

—Sí —contestó sin mirarle—. En realidad, no sé lo que le ha pasado. Se paró y ya no pude arrancar.

—Tal vez sea el motor de arranque —James no dejaba de mirarla. La muchacha comenzó a temblar—. Será mejor que entre y se quite esas ropas mojadas —ella se miró, y movió despacio la cabeza.

—Sí. Debo cambiarme o cogeré una pulmonía —miró al hombre y con un ligero temblor, le dio las gracias.

Bajó del Jeep y James esperó a que entrara a la casa. Pero no sucedió así. La joven entró en el porche y se palpó los vaqueros. Metió las manos en los bolsillos de la cazadora y no encontró nada. Se dirigió hasta el Jeep y él bajó el cristal.

—Me he dejado las llaves en la camioneta —se sintió una auténtica estúpida.

—Suba —ordenó.

Ella obedeció, pensando que la volvería a llevar hasta la Ford, pero se sorprendió al ver que tomaba el camino interior del rancho. Nerviosa, mojada y temblorosa, se atrevió a preguntar:

—¿A dónde vamos?

—Al rancho.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Barbara se encargará de atenderla — contestó serio.

Ella no se atrevió a replicar. Los nervios se la comían por dentro. El camino estaba comenzando a parecer un arroyo, pero el Jeep sorteaba los obstáculos, salpicando barro y agua por los lados, como si fuese confeti. Bella, observaba con el rabillo del ojo, esos brazos poderosos que manejaban el todo terreno como si de un juguete se tratara. No cruzaron palabra en lo poco que duró el trayecto. Ella se fijó que la verja blanca estaba abierta, y en unos segundos se encontraron en el valle. Seguía lloviendo con ganas, los truenos y relámpagos estaban encima de ellos. Sin que se diera cuenta, él apagó el motor, salió cerrando su puerta y abrió la de ella.

—Vamos, está como una sopa. Tiene que estar helada y no me diga que no; me he mojado más de una vez con estas tormentas de primavera —ella le siguió corriendo hasta la entrada lateral de la cocina.

Parecía que esa puerta siempre estaba abierta. Las luces estaban dadas, pero no había nadie. Él se dirigió hasta el vestíbulo principal y subiendo la magnífica escalinata, le dijo que lo siguiera. Ella obedeció como un corderillo. En el primer piso, abrió una puerta de roble macizo y descubrió una de las habitaciones de invitados.

—Pase y dese una ducha caliente. Buscaré a Barbara.

—Pero...

—Isabella, no sea niña —le reprendió. Ella se puso colorada—. Haga lo que le digo antes de que me enfade.

—Pero es que no tengo nada que ponerme —contestó suspirando.

—Bueno, no se preocupe, ahora le traerá Barbara alguna cosa. ¿De acuerdo? —preguntó con una sonrisa.

—Vale —dijo media vuelta y la dejó sola.

Cerró la puerta y comprobó que no tenía pestillo. Se quitó la cazadora dejándola en el suelo y se dirigió al baño. Abrió el grifo del agua caliente y dejó que corriera mientras se desnudaba. Actuaba como un autómata. Sus ojos no se fijaban en lo lujoso que era el cuarto de baño, en que tenía geles, jabones, champús, sales y cremas de toda clase. En que podría haber tomado una ducha tradicional, o darse diferentes chorros de agua, según le apeteciera.

Terminó de desnudarse y metió su cuerpo debajo de la ducha que se

encontraba en la pared. El agua estaba deliciosa. Se lavó el cabello con lo primero que pilló y se acordó de lo que Cindy le dijo, algo así como que, si los ojos de Hazzard tuvieran láseres, estaría carbonizada. Sintió un escalofrío y salió inmediatamente de la ducha.

Cogió un albornoz y se envolvió con él. Le quedaba muy grande, pero era confortable y calentito. Envolvió su cabello en una mullida y olorosa toalla rosa, escondiendo el hermoso atributo. Se paseó por la habitación, y antes de que pudiera recrearse con el lujo de la misma, llamaron a la puerta. Pensando que sería Barbara, fue directa a abrir. Se encontró de frente con ese hombre tan grande y masculino. Tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos. A esos ojos tan hipnóticos. Esos lagos de plata. Ella se retiró al momento como si hubiera fuego. James, serio, sin moverse del quicio de la puerta, le ofreció unas ropas que llevaba en la mano.

—Eran de mi esposa. Espero que le valgan. No he encontrado a Barbara, debe de estar en casa de alguno de sus hijos —carraspeó ligeramente, y deseó con toda su alma que esa preciosidad no le tuviera tanto miedo—. En la cocina hay cena para dos. ¿Sabrá encontrar el camino de vuelta o quiere que la espere?

—No quiero molestar...—no supo continuar.

Él, la miró desde los piececitos descalzos hasta el turbante rosa. Ella deseó que no la mirase de esa forma.

—Isabella. La espero en la cocina. Esta noche dormiré aquí. Mañana la acercaré a la cabaña y mandaré que recojan la camioneta.

—Pero...—dio media vuelta dejándola con la palabra en la boca.

Cuando llegó a la cocina, él estaba terminando de poner la mesa. La volvió a mirar enterita y ella deseó que se la tragase la tierra. Las ropas que le dejó, eran un tanto estrechas para su cuerpo curvilíneo. La falda tubo se le pegaba a sus glúteos como una segunda piel, y la blusa de florecitas, se le abría entre botón y botón, donde los pechos sin sostén, emergían como volcanes en erupción. Llevaba unas zapatillas blancas con cordones, que antes de ponérselas, había observado estaban sin estrenar, y encima eran de su número. Por supuesto tampoco llevaba bragas. El cabello se lo había secado y recogido.

—Mi esposa era muy delgada —explicó James, posando una fuente de

puré de patatas en la mesa.

Ella no se movió del sitio. ¿Qué había querido decir con eso? Había visto alguna foto de Martha en la casa, pero no de cuerpo entero.

—Demasiado delgada para mi gusto —añadió mirándola mientras le ofrecía la silla—. Puede estar tranquila, no debe estar nerviosa. Está en casa de un amigo. ¿No tiene amigos varones? —preguntó, haciendo un esfuerzo para no mirar esos pechos tan hermosos que amenazaban con reventar la camisa.

—Sí, uno —dijo pensando en Thomas.

Se acercó despacio y se sentó. En esos momentos que ella no lo veía, él se deleitó mirando esas vistas.

—¿Sólo? —preguntó mientras le servía unas salchichas y un poco de puré.

—Sólo —él se sentó en la cabecera. Ella lo miró de reojo.

—Ya. ¿Quiere un poco de vino o una cerveza?

—Vino, por favor —contestó mansamente.

James le sirvió una generosa dosis en una hermosa copa de cristal de bohemia. El vino lo había abierto antes de servir la comida, tomando una copa antes de que ella llegara.

Se sirvió otra. La necesitaba.

—Coma antes de que se enfríe —pasaron unos minutos, mientras se oían los sonidos de los cubiertos, el tintineo de las copas y el sonido de la lluvia.

—Está lloviendo mucho —dijo Bella, para romper el silencio del hombre.

Prefería oírlo hablar, antes que ese silencio sofocante.

—Sí, ya se acostumbrará —contestó un tanto malhumorado.

—¿No vendrá Barbara?

—No lo sé —contestó hosco.

Se mantuvieron en silencio durante unos minutos. Ella no pudo aguantar más.

—Si no viene Barbara, ¿vamos a estar usted y yo solos aquí? —James, dejó su tenedor en el plato haciendo más ruido del necesario y produciendo un pequeño sobresalto en ella.

La miró a los ojos; ella aguantó la mirada como pudo.

—Me parece que usted está equivocada conmigo. Jamás he intentado forzar a una mujer y menos a usted, que parece ser, siente cierta aversión a mi persona. Así que puede estar tranquila y dormir más tranquila todavía. De

todos modos, si prefiere atrancar la puerta de la habitación con algún mueble, no se lo voy a impedir, aunque tengo que reconocer que me duele esa falta de confianza hacia mi humilde persona —terminó de hablar, pero no dejó de mirarla.

Ella se avergonzó de sí misma. No supo que decir. Se sentía como una niña mala que estaba recibiendo una reprimenda. James volcó la mirada en su cena y dejó de prestarle atención. Pasados unos minutos, ella se atrevió a hablar.

—James —su nombre sonó dulcemente en los labios de la muchacha.

—Sí —contestó prestando atención.

—Siento mucho... que se haya enfadado. Y le agradezco su hospitalidad y... bueno, muchas gracias —él seguía serio, intentando controlar sus reacciones.

Esa joven lograba sacarlo de sus casillas, en todos los sentidos. Sexualmente lo tenía encendido y personalmente no la comprendía. Estaba acostumbrado a que todas las mujeres se derritieran con sus palabras y en sus manos. Esta chica le tenía un miedo patente, y lo más gracioso es que no sabía lo que era ver a James Hazzard enfadado y produciendo miedo.

—No estoy enfadado, Isabella. Ahora termine la cena y a no ser que quiera compartir una velada conmigo, se puede acostar —ella se ruborizó y no contestó.

Terminaron y ella se ofreció para recoger.

—No es necesario que se moleste. Barbara lo hará mañana.

—No es molestia —fue recogiendo los platos, tirando las sobras y dejándolos en el lavaplatos.

James, la observó lo más discretamente que pudo, mientras se fumaba un cigarrillo. Los pechos de la joven le llamaban poderosamente la atención. Siempre le habían gustado grandes, no en exceso, pero sí abundantes. De hecho, no entendía cómo se fijó en Martha o en Cameron, ya que eran de pechos pequeños. Pero en realidad, se había acostado con tantas, que había tenido de todo.

Se notaba que no llevaba sujetador. Lo sabía. Los botones de la blusa estaban a punto de saltar. Saltarían si no estuvieran bien cosidos. Entre ellos se veían parcelas minúsculas de piel, libre de apreturas. Y como le gustaba ese ligero bamboleo de los pechos generosos y libres de silicona. Odiaba las tetas de silicona. Esas tetas, fijas, redondas como globos y sin movimiento. Había tocado muchas de esas. Pero las de esa criatura, que se movía delante

de él con una gracia y feminidad como no había visto en su vida, no eran así. Estaba seguro.

Era casi como si las estuviera tocando. Serían suaves y tersas. Duras y tiesas, pero pesadas; ideales para ser sostenidas por sus grandes manos. Y los pezones, sonrosados, como botoncitos para mordisquearlos entre sus dientes, para chuparlos como un bebé.

Miró su culo redondo y respingón. La falda lo envolvía como un guante. Se notaba que no llevaba bragas. Imaginó como serían de suaves sus muslos y como de húmedo su sexo. Notó como su pene se endurecía por momentos. No se movió de la mesa. Si ella lo viera así, saldría corriendo hasta el fin del mundo.

Terminó de recoger y se quedó plantada delante de él, con los brazos cruzados, intentando ocultar esos pechos, como si de una colegiala se tratara.

—Si no le molesta me voy a dormir.

—Esta es su casa, Isabella. Hasta mañana —se despidió sin moverse.

Ella pasó ligera por su lado. Pasados unos minutos, se levantó. Abrió la puerta que daba al jardín y dejó que la lluvia mojase su rostro. Lo mojase y lo enfriase.



13

Un poco más tarde de lo planeado, llegó Thomas. El viernes, cuando paró en la gasolinera, Stephen y Willy casi se quedan con la boca abierta. Un negro, muy claro, pero negro, a fin de cuentas, con un cochazo extranjero, negro, de dos puertas, con la tapicería de cuero color caramelo.

—Buenas tardes —saludó Thomas, con sus modales de abogado triunfador, su traje hecho a medida y sus zapatos italianos.

—Buenos días —contestó Stephen, mientras Willy lo miraba minuciosamente.

—Busco una casa llamada, la Casa de Piedra, cerca del rancho Hazzard.

—¿Y a quién busca? —preguntó suspicaz el viejo.

—Soy amigo de Isabella Lewis.

—¿Amigo? —preguntó Willy, extrañado de que la señorita Isabella tuviera amigos negros.

—Sí —afirmo categóricamente, sabiendo que el porcentaje de negros en Montana era del tres por ciento. Mostró su bonita sonrisa, decidido a caerles bien a estos dos paletos—. Verán, le traigo su coche desde San Francisco.

—¿Este coche es de Isabella? —preguntó Stephen un tanto extrañado.

—Pues sí señor. En realidad, perteneció a su padre. Lo compró en Inglaterra, hace bastantes años. Y uno de los motivos por el que lo compró fue por el volante.

—¿El volante? ¿Qué le pasa al volante? —preguntó mosca, Willy.

—Ya saben, este lo lleva en su sitio —los dos lo miraban como si tuviera tres ojos.

—Ah, ya sé —dijo el joven—. Lo dice porque los ingleses lo hacen todo al revés. Conducen por donde no es y llevan el volante en el lado contrario.

—Exactamente. Este modelo lleva el volante en el lado izquierdo y el papá de Bella se encaprichó del coche. La verdad ha salido de lo mejor. Varias personas en San Francisco se lo han querido comprar, pero ella no lo vende.

—Ya, ya, comprendo. ¿Y dice usted que ha venido desde San Francisco con este... coche? —preguntó el de más edad.

—Sí señor. Me he metido un viaje de cojones —Thomas, había decidido dejar sus buenos modales—. Aunque conduzcas un buen coche, un viaje así se hace largo de cojones. Salimos ayer, primero la I-80 y después la I-15. Contando las paradas, más de veinte horas conduciendo. Estoy hasta las pelotas. Cuando coja esta noche la cama voy a caer rendido —Stephen y Willy no dejaban de mirarlo—. Ella no tiene problemas, lleva durmiendo casi todo el viaje —los hombres miraron dentro del coche y vieron a una negra clarita, durmiendo en el asiento trasero.

—¿Su esposa? —preguntó el mayor.

—No —respondió con un murmullo—. De esposa nada. Es amiga de Bella. Aprovechando que tenía que traer el coche, viene a visitarla. Ella se quedará en su casa y yo en el motel. Isabella me dijo que había un motel.

—Sí.

—Ah, estupendo. Bueno, qué, voy bien, ¿no?

—Sí, va usted bien. Siga la carretera y a dos kilómetros verá un desvío a la izquierda. Ahí está la casa.

—Gracias, han sido muy amables.

—De nada —contestó el mayor.

—¿Ya hemos llegado? —sonó la voz de Aretha.

—Casi —contestó Thomas, al tiempo que se metía en el coche y les guiñaba el ojo a los dos hombres.

Estos, no perdieron el coche de vista hasta que tomó la curva. Willy, no tardó en llamar al rancho, ni un minuto. Sabía que James estaba allí. Había pasado una hora antes en su Corvette, tocando el claxon para saludarlos.

—Dime, Willy.

—Ha venido un negro, con un coche de cojones, que dice que es amigo de la señorita Isabella.

—¿Un negro? —preguntó extrañado.

—Sí, sí. Un negro y una negra. Muy claros los dos. El tío iba vestido de puta madre y hablaba muy redicho, bueno, por lo menos al principio. Ha dicho que le traía el coche desde San Francisco. Dice que se va a quedar en el motel y la negra en la casa con la señorita Bella.

—Gracias, Willy.

—De nada, James.

Esa noche, fueron al bar de Spalding. Isabella esperó a ver cómo se vestía Aretha. No quería llamar la atención, pero se sentía insegura cuando estaba con otra mujer, que vestía más lujosamente que ella. Optó por adaptarse a la amiga, pero guardando las distancias. Sabía cómo se las gastaba, Aretha. Esta tenía cuatro años más. Era una negra muy clarita y muy guapa. Con el pelo liso de peluquería, no es que lo tuviera muy rizado, pero no le gustaba, y aunque se gastase una pasta en ello, no le importaba. Envidiaba la hermosa melena de Bella. Lisa y con las puntas onduladas y esas mechas tan claras, que parecían artificiales, pero ya había comprobado que no era así. Todo en esa cabrona era natural. El pelo, las tetas, el culo; por Dios si hasta tenía culo de negra, bueno, casi, pensó la morena, mientras se enfundaba en un vestido rojo sangre, corto, escotado y ajustado.

Uff pensó Bella, cuando la vio. Ella optó por algo más discreto y elegante: un pantalón negro de crepe que se le pegaba a su bonito culo, pero muy ancho de pierna, arriba un jersey azul cielo sin mangas y con cuello cisne, y unos buenos tacones. Marcaba sus puntos fuertes, pero no enseñaba nada. Aretha sintió una de sus múltiples punzadas de envidia. No enseñaba nada la cabrona, pero llamaba la atención sobre su persona como si fuese desnuda. Joder, no podía con ella.

Cuando hicieron su aparición, el bar estaba casi lleno. Esa noche sí había algunas mujeres, novias de los más jóvenes. Isabella vio al momento a James, al final de la barra junto a Stephen, Noah y Ben, los dos hijos de Barbara.

Se acercó hasta ellos con una bonita sonrisa, procurando no mirar demasiado a James, e hizo las presentaciones. A excepción de James, los demás estaban acostumbrados a ver negros en la televisión, no al natural. Las caras eran un tanto circunstanciales.

Hazzard se encargó de romper el hielo. Aun así, los hombres miraban a la chica nueva y pensaban que tenía pinta de buscona, por muy guapa que fuese. Una hora más tarde, Aretha, Bell y Stephen, charlaban animadamente en una mesa. James y Thomas en el mismo lugar, bebiendo y conociéndose. Hablaron de todo un poco, logrando que Thomas se sintiera a gusto con ese hombre, que no sabía por qué, le resultaba conocido. En casi dos horas, James sabía casi toda la vida del otro y parecía que ahora, que estaba algo borracho, se iba a poner sentimental.

—¿Estás casado, James?

—No. Lo estuve.

—Ah, yo no estoy casado. Pero me gustaría, ¿sabes? Si la mujer de la que estoy enamorado me dijera que sí, sería el cabrón más feliz del mundo — James comenzó a sospechar, puesto que no dejaba de mirar la mesa de los otros.

—¿Te refieres a Aretha? —preguntó temiendo la contestación.

—¿Aretha? No por Dios. Esa es una come hombres. Se acuesta con todo lo que tenga polla. No. Me refiero a esa niña tan preciosa que estás viendo a su lado —a James se le movió un músculo en la mejilla derecha.

No le gustaba el cariz que estaba tomando la conversación.

—Isabella —afirmó.

—Sí. La criatura más hermosa y femenina que he visto en mi puta vida. Me enamoré de ella, en el primer momento que la vi. Joder, somos amigos, ¿sabes? —James no contestó.

Bebió un trago largo y quiso que continuase, pero no se lo pidió. Thomas apuró su bebida y pidió otro. Eddie le miró con cara de pocos amigos, pero ante la mirada de James, cambió el gesto.

—Aquí tiene, amigo.

—Gracias, Spalding. Aquí no gustan mucho los negros, ¿eh?

—No están acostumbrados —fue la contestación de James—. No le des importancia.

—Ya. Eso pensé cuando me declaré a Bella. Ella blanca, yo negro... Incluso cuando me lo dijo, no me lo creí. Pensé, eso lo dice para no herir mi amor propio. Pero joder, cuando insistió y otras personas me dijeron que sí, me sentí como un gilipollas y comencé a creérmelo.

—¿A creerte qué? —preguntó cada vez más curioso.

—A creerme que era realmente lesbiana —James casi se atragantó con el bourbon. Thomas le dio unos golpes en la espalda.

—Vale, vale —pidió con los ojos llorosos por el alcohol— Se fue por otro sitio. Ya está. Eddie, pon otro —le puso otro vaso, extrañado de que estuviera bebiendo más de lo que era habitual en él.

—Pues imagínate como me quede yo. Así que, si estás pensando en tener algo con ella, no hagas el ridículo como hice yo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—He visto como la miras, tío. La miras, como la miraba yo, antes de saberlo. Como la sigo mirando ahora. Como la miramos todos los tíos que nos

cruzamos con ella.

—¿Está liada con alguna? ¿Con Cindy?

—No. Cindy es su amiga del alma. Nada de rollos. A Cindy le gustan los tíos como a un niño un caramelo. Eso es lo que me saca de mis casillas. Debe de llevarlo muy discretamente, porque nadie la ha visto en situación comprometida. Es muy fría con las mujeres, igual que con los hombres. Se oyen rumores. Hace poco oí a una de las secretarias, decir, que estaba liada con la esposa de un economista amigo de nuestro jefe. Yo qué sé. Ya no me creo nada. Además, la gente es muy envidiosa. Las mujeres, en su mayoría no la pueden ni ver. Envidian su éxito profesional y su físico. Inventarían cualquier cosa con tal de ensuciar su reputación. Por otro lado, hay mucho cabrón rechazado, que también echaría mierda encima. Ya sabes lo que pasa en esos ambientes.

—Sí.

—Te has quedado de piedra.

—Pues sí —contestó sinceramente, mirando a Thomas.

—¿Y si nos está engañando? —preguntó, devolviéndole una mirada un tanto vidriosa.

—¿Por qué? —James quería saber todo lo que pensaba ese hombre; hombre que la conocía mejor que él.

—No sé. Tal vez tuvo algún desengaño amoroso. Tal vez algún cabrón la dejó embarazada y tuvo que abortar y ha cogido tierra a los tíos. Yo que sé.

—Si eres tan amigo de ella, ¿por qué no se lo has preguntado?

—Porque se cierra en banda. Me habla cariñosamente y me dice que la olvide. Que, como amigos, lo que quiera. Que su vida es solamente suya y de nadie más. Y que me deje de tonterías peliculeras —en esos momentos, los tres de la mesa se levantaron y se dirigieron a la mesa de billar.

Entre risas se pusieron a jugar.

Stephen bromeó con Bella y le pidió por favor, que le dejara dar algún golpe. La joven sonrió y prometió no jugar, sólo mirar. Pronto hicieron corro alrededor de ellos. Aretha pensó, que se debía a su presencia. La negra quiso lucirse, pero el billar no era lo suyo. Stephen la venció en un decir amén. El público presente se lamentó de que la partida acabase tan pronto. Sobre todo, los hombres que se estaban poniendo las botas con el mini vestido de la negra.

James, con cara de pocos amigos, dejó la barra y se acercó a ellos. Thomas lo siguió.

—Me debe la revancha, Isabella —dijo cogiendo un taco y dándole

tiza.

Todos estaban atentos a las palabras que salían por la boca de James Hazzard. Era un ídolo por esos contornos y por otras esferas mayores, también.

—Ya sabe que no apuesto, James.

—Nada de apuestas. Como he podido ver que juega muy bien, no perderemos tiempo. ¿Se atreve a hacer lo del otro día contra reloj? —ella titubeo.

—¿Meter todas las bolas en el mínimo tiempo?

—Exactamente.

—Bueno, de todos modos, estoy en desventaja con usted. No lo he visto jugar.

—Ahora lo verá —le dio el taco. Y el cogió otro—. ¿Quiere ser la primera?

—No, por favor. Le cedo el honor —contestó con una sonrisa.

Todos estaban pendientes de sus palabras. James la miró durante unos segundos, ella se ruborizó. Todos se dieron cuenta.

James pulsó el reloj que se encontraba encima de la repisa, donde estaban los tacos, y fue metiendo bola tras bola, sin perder un solo momento. Isabella comprobó que era bueno. Muy bueno. Pero también notó que su rostro no estaba relajado, que un músculo en su mejilla palpitaba y que a pesar de que su pulso era firme, sus ojos estaban algo vidriosos debido al alcohol. Se volvió a fijar en esos poderosos brazos y en esas manos grandes que sujetaban el taco con firmeza. ¿Cómo habría tratado a su mujer? ¿Le habría pegado alguna vez? ¿Y cómo haría el amor un hombre así? ¿Sería cariñoso y atento o emplearía la fuerza bruta que salía por sus poros?

Willy, paró el reloj cuando la bola ocho entraba por una tronera.

—La mesa es toda suya —le dijo suavemente.

Ella elevó los ojos hasta él. James, la miró y sintió deseos de acariciarla.

Aretha miraba a Bella y miraba a ese ejemplar de macho tan apuesto. Bella miró a su alrededor y vio las caras de todos los que estaban la otra vez, más algunas de sus chicas. El silencio era total. La música se había acabado y nadie decía nada, nadie hacía nada. Ella respiró profundamente, echando hacia delante su hermoso pecho. Los hombres miraron más de la cuenta.

—¿Le importaría a alguien poner un poco de música? —preguntó. Willy se acercó a la máquina de discos.

—¿Qué es lo que quiere, Isabella?

—Shania Twain, estará bien.

—Marchando —echó varias monedas y seleccionó varias canciones. Empezó a sonar y corrió hasta el reloj—. Cuando esté lista...

Bella se preparó para tirar y Willy pulsó el botón. Desconectó de todo y de todos, y comenzó jugar como sabía hacerlo. Cuando hizo carambola, se oyeron varias exclamaciones. Cuando se medio tumbó en el tapete, también se oyeron murmullos. James la miraba de la misma forma que la otra vez, pero con otro sentimiento. Sentimiento de mala hostia. Si Thomas no le hubiese contado nada, ahora no se encontraría así. Tenía deseos de cogerla y follarla encima de la mesa de billar, y cuando hubiese terminado decirle a la cara: ahora, a ver si tus amigas te follan como un hombre. Despertó de sus sueños, cuando Bella intentaba colocarse lo mejor posible para introducir la ocho. Lo consiguió. Willy paró el reloj. Todos miraron el tiempo. Siete segundos más. Exclamaciones de lastima se oyeron a sus espaldas.

—Es usted mejor, señor Hazzard. No soy vanidosa y sé reconocer lo que tengo enfrente —le dijo acercándose a él.

Todos estaban atentos a la conversación de ellos. Todos pensaban, que estaban ante un hombre y una mujer, a cuál más atractivo.

—Gracias, señorita Isabella. Pero no creo que sea mejor que usted. Simplemente he tenido más suerte —contestó con una sonrisa socarrona.

Ella, sin dejar de mirarlo, sonrió seductoramente. James se desarmó ante esos labios tan hermosos y esos ojos tan grandes que sonreían igual que la jugosa boca.

—Es usted un caballero, señor. Me encantará jugar con usted en otra ocasión, pero un poco más relajados.

—¿En mi casa, tal vez? —preguntó James como si estuvieran solos.

Algunos se quejaron con disgusto. En casa de Hazzard no habría espectadores. Ella enrojeció lentamente y viendo con el rabillo del ojo, la atención que habían provocado, deseó acabar con la conversación.

—Tal vez —contestó mirándolo a los ojos.

Stephen, tosió para llamar la atención y provocar que James dejara de mirar de esa forma tan escandalosa a la joven.

—¿Tomamos la última?

—De acuerdo —contestó Isabella.

Se dirigieron a la barra, seguidos por James y Thomas.

—Hostia puta, James. Te la comías con los ojos. Parece como si te

hubiera dado más morbo lo que te he contado.

—Thomas —le dijo, poniendo un brazo sobre el hombro del amigo de Bella—, tomemos otra copa y olvídate de lo que me has contado —el negro elevó ligeramente la cabeza, para mirarlo a los ojos, y sin decir nada afirmó lentamente.

Bella se fue al momento y Aretha dijo que se quedaba un poco más. James se comprometió a llevarla, por no hacer un feo a la amiga. Se despidió de Thomas, con un beso en la mejilla y las miradas de varios se fijaron en ese gesto. El rostro de James no reflejó lo que sentía.

Media hora más tarde, Thomas se fue al motel, acompañado por James y Aretha. Lo dejaron en su habitación, para que durmiera la borrachera y James ayudó a subir a Aretha al Jeep. La negra se acomodó a su gusto y observó todos los movimientos del hombre.

—¿Tu rancho está cerca, James? —preguntó melosa.

—Sí, muy cerca.

—¿Y es bonito? —preguntó tontamente, entreabriendo las piernas.

Él se fijó en el gesto.

—Bonito tal vez no sea la palabra adecuada —comentó, sin dejar de observar a la mujer. Estaba claro que se estaba insinuando, descaradamente.

—¿Y cuál sería la palabra adecuada, James? —preguntó, echando mano a la entrepierna del hombre. James, dio un respingo y le retiró la mano.

—Tranquila, nena. Si haces esos movimientos tan bruscos, puedes provocar un accidente —ella rio de buena gana.

Había bebido bastante y el alcohol le producía unas ganas locas de follar.

El Jeep entró por el camino de gravilla y paró delante de la casa. No se veía ninguna luz. Isabella debía de estar durmiendo. Aretha no se bajó. Se acercó a él y le mordió el lóbulo de la oreja.

—Te puedo hacer todo lo que quieras. ¿Quieres que te la chupe o prefieres follar?

—Baja anda —le ordenó suavemente.

—Anda, llévame a tu rancho y te haré todo lo que tú quieras. Si te gustan los culitos, te dejaré que hagas con el mío lo que quieras. Y lo tengo duro y prieto y muy cerradito para que te dé más placer —él bajó y se dirigió al otro lado para abrirle la puerta.

—Baja y ve a dormir la mona —ella lo miró sorprendida.

Estaba borracha, pero sabía lo que hacía y lo que decía. De repente se

acordó de Bella.

—Te puedo asegurar, que las cosas que yo te puedo hacer, no te las hará esa tortillera que duerme ahí dentro.

—Bajas por las buenas o bajarás por las malas —ordenó con voz de hielo.

—¿Qué pasa contigo? ¿Acaso eres racista? ¿O es que no te gustan mis tetas? —preguntó sin moverse del asiento y bajando el escote del vestido.

James se quedó mirando dos hermosas tetas, doradas como el caramelo y con unos pezones oscuros y gruesos. La luz interior del Jeep, dejaba ver la mercancía, para valorarla en su justa medida. Notó como su entrepierna se endurecía. Se disgustó consigo. La cabrona estaba buena, pero no dejaba de ser una puta. Años atrás, tal vez, solo tal vez, habría aprovechado la situación.

La cogió por las axilas y como si fuera una pluma y la posó en el suelo. C cogió el bolsito y se lo colocó en el hombro. Con un dedo le rozó un pezón y sonriendo burlescamente le dijo:

—Hace frío. Se te están poniendo duros. Será mejor que entres y te acuestes. Hasta la vista —montó en el Jeep y salió disparado por el camino que conducía al rancho.

Aretha sintió la rabia por todo su cuerpo. Jamás le habían humillado de ese modo. Jamás.

—Hijo de la gran puta —murmuró—. Cabrón, hijo de puta —entró como una tromba en la casa y fue directa a la habitación de Bella.

Encendió la luz. Eran las tres de la madrugada. La joven que llevaba dormida poco tiempo, se asustó e instintivamente se subió el edredón hasta los ojos.

—Aretha, ¿qué sucede? —preguntó asustada al ver a su amiga con cara de loca.

—¿Qué, qué sucede? ¿Qué, qué sucede? —volvió a repetir.

Estaba hecha una furia. Bella, no dijo nada. Su mente voló deprisa y pensó que alguien en el bar, se había metido con ella. Pero no necesitó preguntar.

—Menudo hijo de puta, ya no se puede una fiar de las apariencias. Cabrón, hijo de la gran puta.

—¿De quién hablas? —preguntó asustada.

—¿De quién? —la miró como si Bella estuviera tonta.

—Sí, ¿de quién?

—De Hazzard. ¡Del cabrón de Hazzard! —gritó histérica.

—¿James? —le cambió el color de la cara—. Te ha hecho... ha intentado... ¿te ha forzado? —esa pregunta salió temblorosa de los labios de la joven.

Aretha la miró con cara de pocos amigos.

—¿Forzado? ¿Intentado? —la mujer rio falsamente—. ¿Cómo crees tú, que me va a forzar un maricón de mierda? A una mujer como yo. Mariconazo.

—¿Maricón? —preguntó con un susurro sin poder creérselo.

—Sí, nena, sí. Maricón, homosexual, gay, llámalo como quieras. Joder, está noche cuando me lo presentaste me dije: qué hombre, que gusto follar con un semental así —Bella, con los ojos como platos, enrojeció al oír a su amiga—. Me imaginaba tumbada en esa mesa de billar y notando entre mis piernas, su polla dura y grande. Porque con esa estatura, tiene que tenerla como una perforadora. Y yo entiendo de eso. Te lo puedo asegurar. Y con qué me encuentro; con un maricón que parece un semental y me dice que no me lo tome a mal, pero que las mujeres no son de su interés.

—¿Te lo ha dicho así? —preguntó incrédula.

—Más o menos. Palabra arriba, palabra abajo.

—Caray, me dejas de una pieza.

—¿Por qué? ¿Acaso intentó algo contigo, o ya sabe que no te van los tíos?

—No a las dos cosas —contestó enfadada.

—Pues ya podéis haceros amigos. Las tortilleras y los maricones congenian muy bien.

—No te pongas en ese plan conmigo, ¿vale? —Aretha, la miró con cara de pocos amigos. Se fijó en el pijama de seda color marfil. Hasta para dormir, tiene clase la cabrona, pensó.

—Me voy a dormir.

—Que descanses —le deseó Bella.

Media hora más tarde, oía los leves ronquidos procedentes del salón. Ella no podía dormir. James Hazzard, homosexual. Era increíble. Si eso era cierto, por los contornos no lo debía de saber nadie. Esto era un pueblo y él, un personaje muy importante. Y por qué no iba a ser cierto. Ella conocía a homosexuales con una planta muy similar a James. No todos tenían pluma. Había muchos que eran masculinos a tope. Se acordó de Stuart, con un físico muy parecido a Rock Hudson y por lo tanto de un corte parecido a James. Y a Stuart no se le notaba nada, de nada. Incluso cuando lo conoció, tonteó un poco

con ella, y ella le tuvo que parar los pies. Poco tiempo después se enteró que tenía un amante, cuatro años más joven que él, escultor y con el pelo teñido de rubio platino.

Dos horas más tarde, se despertó sobresaltada. Eran casi las seis. Fue hasta el salón. Sin hacer ruido, desconectó el móvil del cargador y volvió a la habitación. Marcó el número de su casa. Despertó a Cindy, dándole un susto de muerte. Después de tranquilizarla y decirle que lo que tenía que contarle no podía esperar, soltó la bomba.

—¡No jodas! No me lo creo.

—¿Y por qué no? Conocemos a muchos homosexuales que no se lo notaría ni sus propias madres.

—Joder, pero James... mira que quieres que te diga. Me cuesta trabajo creer algo así, y más saliendo de la boca de Aretha. Esa echa veneno por los colmillos. Es como una serpiente. A ver si es que se ofreció a James, y éste la rechazó...

—Venga ya. ¿Quién rechaza a Aretha? Si hasta Thomas se acostó con ella y eso que decía que no era su tipo. Pero aun así no pudo resistirse. Ella es mucha mujer. De hecho, es preciosa y tú lo sabes. Ni que sea negra o multicolor, es despampanante.

—Sí, la verdad es que algo de razón tienes. Aretha arrasa. No deja títere con cabeza.

—Pues ya está.

—Parece que te alegras de que sea maricón.

—Yo, ¿por qué? —preguntó suspicaz.

—Ah, no sé. Tú sabrás que te traes entre manos.

—Oye, Cindy, yo no me traigo nada entre manos. Pero si... si todo esto es cierto, que seguro que sí, pues de este modo no me sentiré tan cohibida cuando esté cerca de él.

—A ti lo que te pasa es que te gusta. Maricón o no, te gusta. Aunque no lo quieras reconocer.

—Cállate, Cindy —y se puso a contarle lo ocurrido esa noche pasada con la partida de billar.

Estaba contenta, alegre. Pero bueno, ¿cómo estaba su cabeza para estar contenta con semejante noticia? Si ella curaba su problema y volvía al camino habitual de las mujeres y se enamoraba de James, no estaría tan contenta de que fuera homosexual. Y las dos conocían a mujeres casadas con maricas y para colmo enamoradas de ellos. No era algo fácil de llevar.

La dejó hablar durante un rato y luego ella le contó cómo iban las cosas por San Francisco. Le explicó que había tenido problemas con uno de los baños, pero que su novio lo arregló. Isabella le dijo que le mandaría un cheque para que pagase el trabajo de Lenny, ella dijo que no era necesario, que se lo había cobrado en carne. Bella rio y agradeció que su amiga no viera los colores de sus mejillas. Se despidieron con cariños, hasta la próxima llamada.



14

Thomas y Aretha se fueron y Bella los llevó al aeropuerto de Helena, en su fardón Jaguar negro. Aprovechando el viaje y una vez hubo partido el avión, se dirigió al Dover, donde había reservado una habitación para esa noche.

Cuando entró en el exquisito hall, se chocó con Peter Williams. Los dos se echaron a reír, y el abogado aprovechó para interrogarla. Bella que estaba contenta, soltó la lengua más de lo que era habitual en ella, y cuando la invitó a cenar, dijo que sí. Entrando en el pequeño comedor, Peter vio con pesar, que Hazzard estaba en la mesa donde siempre se sentaba cuando cenaba en ese restaurante, y leía unos papeles. Unas cintas de casetes se hallaban encima del mantel de hilo. Al notar la presencia, elevó los ojos y vio a su abogado, uno de los muchos que tenía a lo largo del país, acompañado de una escultural mujer. Le resultó familiar. El pelo le llegaba a media espalda. Liso con las puntas onduladas.

Peter le dijo algo a la mujer, y esta se volvió y miró hacia el rincón. James, comenzó a reconocerla. Se había despistado con el pelo. Nunca se lo había visto suelto. Lo tenía precioso. De ese modo se le veía mucho más claro. Llevaba un vestido de seda, color vino, que se le entallaba al cuerpo, de una forma provocadora y elegante. Pero lo que más le llamó la atención fue el escote. Era de pico, drapeado y dejaba el nacimiento de los senos al aire. Los tacones de aguja, repiquetearon sobre el suelo de mármol, mientras Peter la conducía hasta Hazzard. Este se levantó y cerrando la carpeta del informe que estaba leyendo, cubrió las cintas para que no se vieran las etiquetas identificativas.

Al tenerlos frente a él, sintió una punzada de celos al ver como Williams la tenía sujeta por el codo.

—Buenas noches, James. Creo que ya conoce a la señorita Lewis.

—Sí. Ya nos conocemos —contestó, mirando la cara y los pechos de la joven.

—Hola, James. Qué sorpresa, no sabía que estuviera aquí.

—Yo tampoco imaginaba encontrarla aquí y con... Peter —contestó irónico.

—Me la encontré esta tarde en el hall del hotel y la invité a cenar.

—Podemos cenar juntos —dijo James, sin dejar de mirarla.

—¿No le molestamos? —preguntó Bella, dirigiendo la vista a los papeles que James tenía encima de la mesa.

—No, en absoluto —contestó, al tiempo que recogía la pequeña carpeta y cubría con su mano las cintas, guardando todo en su maletín de piel —. Esto puede esperar —. James dejó que la joven pasara a sentarse en el centro, escoltada a cada lado por un hombre.

Pidieron la cena y a lo largo de toda la velada, James fue descubriendo a otra mujer. Isabella estaba radiante. Parlanchina con uno y con otro. Seductora y femenina; muy femenina. Claro, que eso lo había notado desde el primer momento en que la conoció. Qué demonios le pasaba. Acaso era una de esas lesbianas, que de vez en cuando les gusta tirarse a un tío. Y dónde quedaba ese miedo visceral, que sentía hacia él. Estaría disimulando en presencia de Williams. Y Williams, por qué no desaparecía del mapa. Pero Williams no era tonto y comprendió enseguida, pues las miradas que Hazzard lanzaba a la muchacha y de vez en cuando a él, dejaban muy claros los deseos del magnate. Al terminar los cafés se despidió de ellos, alegando una excusa.

Cuando él se retiró, James notó que ella volvía a estar nerviosa, no tanto como otras veces, pero sí un poco. Se produjo un silencio entre ellos, que él pronto rompió.

—¿Se queda aquí o vuelve a Lowma? —preguntó acariciándola con la mirada.

Isabella se preguntó, si todo era una fachada para cubrir las apariencias o era algo innato en él, mirar de esa manera. ¿También miraría así a los hombres cuando estuvieran en su ambiente? ¿Y por qué demonios tenía esa voz tan seductora y sensual?

—Sí, he reservado habitación en el hotel. No me gusta conducir de noche. Además, quiero comprar unas cosas y aprovecharé para quedarme hasta el mediodía.

—Se ha puesto muy guapa esta noche. Tiene un pelo precioso — murmuró más para sí mismo, que para ella.

—James.

—Sí.

—No pierda el tiempo conmigo —le espetó directamente.

Él la miró entrecerrando los ojos. Estaba empezando a enfadarse. Estaba seguro que esa muchacha no era realmente lesbiana. Las terribles

circunstancias de su vida, le habían llevado a esa situación. Sólo necesitaba un hombre que le enseñara a ser mujer. No era exactamente así. Ella ya era una mujer. Una mujer de los pies a la cabeza. Lo que le faltaba era sentir como una mujer en manos de un hombre. Un hombre que la tratara con delicadeza y ternura.

—Así, tan tajante —añadió, serio.

—Sí. Pero podemos ser amigos.

—¿Amigos? —cada vez estaba más sorprendido.

—Sí, por qué no. A mí no me importaría tener un amigo que juega al billar, también como yo —añadió zalamera.

Tenía los brazos cruzados sobre la mesa y sus pechos rozaban estos.

James, miraba esos montículos grandes que se apretaban entre sí, para mirar luego, esos ojos como lagos de whisky.

—Mejor que tú —contestó tuteándola y acercando el rostro al de ella.

—No, de eso nada. Yo mejor que tú —añadió riendo. Él se embobó con esa hermosa y perfecta sonrisa. Con esa boca seductora. Con esos dientes blancos, pequeños, perfectos—. ¿Amigos? —volvió a preguntar, al tiempo que le mostraba la mano para sellar el pacto.

—¿No saldrás corriendo cuando te toque?

—No. Porque sé que no me vas a hacer nada malo —murmuró. Él, sintió un nudo en el estómago. Estaba dispuesto a protegerla con su vida, si fuese necesario—. ¿Verdad, James? —él tomó la mano que le ofrecía y la acarició.

Isabella, sintió un temblor por toda la columna. Sin dejar de mirarla y sin soltar la pequeña mano, sonrió.

—Jamás te haré daño. Nunca —murmuró con esa voz ronca, sensual. Masculina a más no poder. Las mariconas se debían de volver locas, pensó ella, y las mujeres que no supieran la verdad, también.

—¿Quieres subir a mi habitación para tomar una copa? —preguntó sin dejar de mirarla.

—¿Te alojas aquí? ¿No te vas al rancho?

—No, algunas noches me quedo aquí. Tengo una suite en el último piso.

—Vaya, una suite, ni que fueras el dueño —rio.

—Soy el dueño —contestó sin la menor pretensión.

Isabella se quedó muy seria.

—¿Es tuyo el hotel?

—Sí.

—Pero los Dover H. —cayó unos segundos, comprendiendo que la H, era la inicial de Hazzard. El multimillonario que Cindy le había nombrado. Le miró con esos hermosos ojos, y él deseó comérsela— son una cadena de hoteles por todo el país.

—Exactamente.

—Y tú eres el dueño, el que los diseña y los construye —afirmó sin terminar de creérselo.

—Así es. Veo que estás informada —añadió, abrasándola con esos ojos de plata.

—Me ha venido ahora a la mente —murmuró un tanto descolocada.

—Bien, ¿subes conmigo? —preguntó impaciente—. Te mostraré las vistas de la pequeña Helena, te invitaré a una copa y te irás cuando desees.

—¿Lo prometes? —no se atrevía a decirle, que ella estaba al corriente de su homosexualidad y no quería que se mostrase como un machito alfa para impresionarla, y mantener su imagen ante ella y toda la sociedad.

—Sí. Seré un caballero. Te lo prometo.

—Bueno —él se levantó y ayudó a la joven.

Cogió su maletín y se dirigieron a la recepción. James pidió las llaves de la suite y de paso las de Isabella. Los empleados le miraron con admiración y además con envidia, al llevar de la cintura a semejante beldad. Se dirigieron al ascensor privado, desapareciendo de la vista de los curiosos. Una vez en la suite, dejó el maletín en la mesa del despacho, que estaba delante de un enorme ventanal.

La decoración era masculina y un tanto fría, además de austera. A Bell le gustó, no para vivir allí, pero sí para el hombre que la ocupaba. En la planta baja estaba el despacho, salón y bar, todo en el mismo ambiente. Una puerta daba a un ropero y otra a un aseo. Unas escaleras de acero en curva, partían desde el salón y subían hasta el dormitorio.

Después de preparar las copas, James pulsó el mando de la cadena de música, entrando el sonido de la profunda voz de Ben E. King. Isabella se acomodó en el sofá y cogió la copa que James le ofreció.

—No debería beber más —dijo mientras el hombre se sentaba a su lado.

—Tranquila. Si caes desmayada te subiré a la cama, te taparé para que no tengas frío y velaré tus sueños.

—¿De veras? —preguntó acercándose más a él.

—Sí —contestó, mostrando una seguridad que no tenía en esos

momentos.

No quería asustarla y que volara como un pajarillo. Dios, pero la tenía pegada a su cuerpo, y empezaba a ponerse duro.

—Háblame de ti —le pidió ella.

—¿De mí? —preguntó sorprendido.

—Sí.

—No. Primero tú —no quería contar su vida.

Quería que ella le contase la suya. Quería que se abriera a él. Aunque lo que más deseaba era hacerle el amor, pero sabía que tenía que esperar. No sabía por qué motivo, había ocurrido ese cambio en ella. Pero algo estaba sucediendo y a él se le escapaba de las manos la situación. Así que tenía que actuar con cautela. Tendría paciencia, después de todo, esta mujer no era como ninguna de las que había conocido.

Como ninguna.

—¿Yo? Mi vida es muy tris, aburrida —bebió un trago largo, apurando medio vaso de una.

—Ibas a decir triste —murmuró él.

—Me he equivocado. Bueno, no. También es triste; si vamos a ser amigos te lo puedo contar, ¿no?

—Claro, pequeña. Cuéntame lo que quieras —la voz susurrante de él, y las luces tenues de la estancia, más los efectos del alcohol, empezaban a surtir efecto.

Bebió otro trago y dejó el vaso en la mesita. Se descalzó y subió las piernas al sofá, arrimándose al hombre. Él le pasó el brazo por los hombros, evitando que sus dedos se acercaran a esos pechos tan hermosos.

—Me críe con dos tías de mi padre. Ellos viajaban constantemente. Mi padre era fotógrafo y trabajaba para las revistas de viajes más importantes del país. Mi madre iba con él a todos los sitios. Nací en Nueva York y con seis semanas me dejaron al cuidado de mis tías —según hablaba, se iba haciendo un ovillo al lado de James. Jamás había estado así con un hombre. Pero ella no era consciente. James era su amigo, y podía confiar en él. James era homosexual y no le haría nada—. Veía a mis padres, tres, cuatro o cinco veces al año; y así fue pasando el tiempo. Cuando tenía quince años, murieron. Estaban en Capri. Mi padre pilotaba una lancha y se estrellaron contra una roca. Murieron en el acto.

Todo eso lo sabía por el informe. Espero a que continuase. Ella ya no se pudo pegar más a él. Le abrazó por la cintura y colocó la cabeza sobre ese

pecho duro, pero cálido y confortable. James, con mucho cuidado, también la abrazó.

Aunque no había derramado ni una lágrima, notaba la profunda tristeza en su voz.

—Seguí con mis tías, fui a la universidad y me instalé en San Francisco —se había saltado el capítulo más dramático de su corta vida.

—¿Dónde vivías con tus tías?

—En Tiburon.

—Bonito sitio.

—¿Lo conoces? —preguntó con sorpresa.

—Sí. He estado un par de veces.

—¿Cuándo?

—La primera vez, cuando tenía dieciocho años. Un compañero de Harvard tenía una casa en Sausalito y me invitó a pasar unos días. Fuimos a Tiburon de visita.

Empezaría ahí su vida de homosexual, pensó Bella, tras su nube de alcohol.

—¿Y la segunda?

—La segunda, espera que recuerde. Sí, hace unos años. Un cliente muy importante tuvo el capricho de ir y allí fuimos —¿Otro amante? pensó ella.

—¿En serio?

—Sí.

—Humm —ella se frotó contra él como una gata—. Me gusta la música que has puesto —James duro como una piedra y tenso como un arco, no sabía qué hacer.

—Nena —murmuró sin saber dónde poner las manos.

—Humm, James, tengo mucho sueño. Tengo una borrachera impresionante. No creo que pueda llegar a mi habitación.

—¿Quieres que te acueste en mi cama? —preguntó mientras intentaba mirarla a los ojos, que ya estaban cerrados a cal y canto.

—Sí, por favor —él se levantó y la cogió entre sus brazos. No pesaba nada. Ella se abrazó a su cuello y murmuró entre dientes—. Que yo pase la noche aquí, va a ir muy bien para mantener tu imagen.

—¿Y para la tuya? —preguntó él, un tanto sorprendido ante ese comentario.

—Oh, la mía no importa, James. La mía... no... importa —subió las escaleras despacio, para disfrutar de ese cuerpo tan tentador.

La dejó con suavidad en la gran cama.

—¿Quieres que te quite el vestido? —preguntó con voz entrecortada.

Se sentía como un perverso.

—Sí, pero solo el vestido —contestó sin abrir los ojos. Tenía mucho sueño—. Sólo el vestido, por favor. Me ha costado tres mil dólares y me tiene que valer para muchas veces —sonrió ante el comentario de la joven.

Al encender la lámpara, ya dormía profundamente. O eso le pareció. Había tomado dos copas de vino en la cena, no había comido mucho y luego la ginebra con limón que él le dio. No era mucho; pero ella no tomaba nunca o casi nunca. El caso es que tenía en su cama a la mujer que deseaba desde la famosa noche del billar y no podía hacerle el amor porque estaba profundamente dormida. Dios. Maldita su suerte. Recorrió con la mirada ese cuerpo tan deseado, desde el pelo hasta los pies. Acarició las puntas de los dedos. Decidió comenzar por esa zona.

—¿Quieres que te quite las medias? —preguntó con voz ronca de deseo.

—Humm, sí —contestó ella entre sueños.

James tragó saliva y se sentó en el borde de la cama. Tenía una erección visible desde todos los ángulos. Dio gracias, de que ella no lo viera. Dejó resbalar sus manos por las piernas y luego por el muslo, metiéndose debajo del vestido hasta encontrar los ganchos del ligero. Los soltó a ciegas y fue enrollando las medias, primero una y luego otra. Lo hizo despacio, recreándose con la piel suave y sin vello de la muchacha. Alargó el brazo, y las dejó en un sillón al lado de la cama. La incorporó un poco y encontró la cremallera del vestido a la espalda. La bajó y se lo quitó por las piernas.

Se quedó fijo mirando ese cuerpo enfundado en una combinación negra, que apretaba esos pechos dejando ligeras marcas en la piel blanca y perfecta. Deseaba desnudarla por completo. Pero algo se lo impedía. Tal vez fuera la sensación de que estaba haciendo algo ilícito, algo para lo que no le habían dado permiso. Joder, parecía un adolescente haciendo una trastada.

En esos momentos, Bella, dobló una pierna y entreabrió los muslos, dejando ver unas braguitas negras. Dios, si fuera otra mujer, ahora mismo estarían sus dedos metidos en ese rincón. Encontrarían el camino en un segundo, para introducirse en ella y jugar hasta que gritara de placer. Joder, estaba cachondo y encima se encontraba atado de pies y manos, figurativamente hablando.

La música seguía sonando y él no dejaba de mirarla. Si deseaba

introducir los dedos entre esos preciosos muslos, también anhelaba ver esos pechos, tocarlos, sentirlos, chuparlos. Quería ver las cicatrices. Besar esas cicatrices.

Quería abrir esas piernas y meterse dentro de ellas. Joder, no era tan cabrón.

Cogió la colcha y la tapó. Se desnudó lentamente. Ella se colocó en posición fetal y murmuró algo que él no entendió. Se tocó su miembro duro y tieso y lo acarició sin dejar de mirarla. Tragó saliva, levantó la mirada y se dirigió al cuarto de baño. Cerró la puerta, para no molestarla, se desnudó sin dejar de mirar su propia erección, y se metió en la ducha.

Mientras le caían chorros de agua templada, se acarició el miembro, primero lentamente, cerrando los ojos, viendo esa cara tan preciosa, esos muslos tersos, prietos; fue aumentando la presión sobre el pene, los movimientos más rápidos, visualizando esos pechos, grandes, hermosos... se veía a si mismo entrando en ella, hasta el fondo, una y otra vez, y ella gozosa recibéndolo.

Ahora ya no perdía el tiempo en caricias, ni media marcha, ahora deslizaba la mano con fuerza, recorriendo todo el tronco, de arriba a abajo, de abajo a arriba, apoyando el otro brazo en el mármol, debajo de la ducha, notando como el agua le caía en la nuca y resbalaba por la poderosa espalda, mientras miraba su verga a punto de reventar. Se mordió el labio, notando que le venía, que deseaba eyacular de una puta vez.

Gruñó pensando en esa criatura que tenía en su cama, en esa cara, en ese cuerpo, en toda ella y por fin, jadeando y sin quitar la mirada de su grueso miembro, eyaculó murmurando su nombre. Varias veces, mientras su cuerpo se vaciaba, se desperdiciaba mezclándose con el chorro de agua.

Mierda, no era hombre de cascársela en el baño, ni en ningún sitio. Tenía a todas las mujeres que se le antojaban; follaba cuando lo deseaba y cuando pasaba una semana o diez días en el rancho, podía estar perfectamente sin sexo, pues se hallaba saciado.

Llegaba bien ordeñado, con idea de relajarse, dedicándose a las tareas del rancho, o a dibujar en su estudio, pues esas tareas no eran trabajo para él y cuando volvía a Helena o se iba a cualquier otro sitio, siempre tenía a mano un cuerpo dispuesto, una boca avariciosa dispuesta a tragárselo todo, a proporcionarle todos los placeres que un hombre puede desear, a saciar todos sus apetitos; cuales fueran.

Y mientras, esa belleza dormía en su cama, sin saber que él se la había

meneado en su honor, muy a su pesar. Cuánto tiempo hacía de la última, ya ni se acordaba. Se estaba obsesionando con esta mujer. La deseaba con furia, con unas ganas que le sorprendía a sí mismo. Joder, iba camino de los cuarenta, había follado más que la mayoría de los hombres a su misma edad, y ahora se encontraba con una mujer, que probablemente era lesbiana y que deseaba que fuesen amigos.

Hostia puta. Amigos.

Salió de la ducha, se secó, se afeitó, sin dejar de pensar en ella, ni un solo instante. Sin hacer ruido, y comprobando que seguía dormida como un tronco, sacó ropa del armario y se vistió.

Abotonándose la camisa, bajó las escaleras y abrió el maletín que había dejado encima del escritorio. Se acomodó en el sillón, abrió un cajón y sacó un magnetófono, se puso unos auriculares e introdujo la cinta que ponía *número 14 ISABELLA*, pulsó play y se dispuso a escuchar.

Conversación con Isabella —hablaba una voz de mujer madura—. Hoy vendrá otra vez. Es la catorceava cinta que voy a grabar de ella y la primera en la que va a dejar constancia de sus sentimientos y testimonios. No logro que mejore. Sigue siendo introvertida y su aversión a los hombres no puede ser mayor. Una pausa.

—¿Cómo estás hoy?- pregunta la siquiatra.

—Igual- contesta la voz de Isabella.

—Vamos a ver, tienes dieciocho años. Ya no eres la niña de quince. Sabes de sobra que todos los hombres no son iguales. Que la mayoría son cariñosos y protectores con las mujeres, que le hacen el amor con ternura, con pasión, con deseo. Que eso es lo normal. Y que eso es lo que les gusta a las mujeres.

Otra pausa.

—He tenido una relación- dice con voz trémula.

—Eso es estupendo. ¿Un amigo?

—No. Con una mujer.

—Una mujer. Cuéntamelo.

—Mayor que yo. La hermana de una amiga. Estaba en su casa cuidando de sus hijos. Es divorciada. Cuando volvió a casa, me pidió que no me fuera y comenzó a tocarme.

—¿Qué sentiste?

—Asco, al principio. Estaba paralizada. No tenía ni idea de que ella

fuera lesbiana. Me llevó a su habitación y me masturbó.

—¿Te gustó?

—Sí.

El rostro de James, no se alteró ante esa afirmación.

—¿Y tú le hiciste algo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque me da asco.

—Pero te gusta que te toquen, te gusta que te den placer.

—Sí.

—Un hombre también te lo puede hacer. Incluso mejor.

—No. Una mujer es más sensible y el hombre es un bruto que sólo busca su placer.

—Acaso crees que las lesbianas no buscan su placer. Esa mujer es mayor que tú. ¿Cuántos años tiene?

—No lo sé. Treinta, más o menos.

—Está a la vuelta de la calle. Al ser la primera vez te ha confiado, pero luego, la próxima querrá más, querrá que le des placer, querrá cooperación y se comportará como un hombre, como cualquier hombre.

Otra pausa.

—No pienso volver a repetir la experiencia.

—¿Vas a estar toda tu vida masturbándote?

—Sí, si es necesario. ¿Qué hay de malo en ello? Yo no me voy a hacer daño. Conozco mi cuerpo. Además, usted me dijo cuando empezamos con las sesiones, que no era malo.

—Pero eso fue cuando tenías quince años. Ahora eres mayor, tienes que experimentar a otras experiencias.

—No estoy preparada para ello. Sigo teniendo pesadillas. Además, me siento acomplejada. Esas cicatrices son horribles.

—¿Te las vio tu amante?

—No, no las ha visto nadie. Son mi secreto. Jamás las enseñaré.

—Seguro que apenas se notan. Además, hay muchas personas que tienen cicatrices de operaciones, de accidentes. Nadie es perfecto. Tú eres una chica preciosa, no debes de acomplejarte por eso. Cuando un hombre se enamora de ti, no le importaran dos cicatrices en tu cuerpo.

—Pero querrá saber, tendré que contárselo y me moriré de vergüenza y no querré que me toque porque pensaré que me va a hacer daño —se

interrumpió y rompió a llorar—, y entonces él se comportará mal conmigo. Pensará que yo incité a ese hombre que me atacó, que yo le provoqué y entonces... —lloró en silencio.

—No, Isabella, la vida no es así.

—Por favor, apague eso.

—Sí, tranquila. Lo apagaré —se produjo el silencio.

James sacó la cinta y puso otra. Esta no tenía conversación. La doctora hablaba de Isabella. Decía que la joven no había querido hacer más grabaciones. Se dedicaba a estudiar y a jugar al billar en casa de sus tías. Se la había comprado con sus ahorros cuando cumplió quince años. Antes de la agresión. No había vuelto a tener relaciones lésbicas, pero seguía masturbándose. No quería saber nada de los hombres. Se encontraba fuera de toda onda. No tenía amigas, ni por supuesto amigos y no participaba en los actos juveniles. Era solitaria y depresiva.

...Siento que se me escapa de las manos decía la doctora, es una chiquilla, tímida y frágil. Sino tiene suerte en la vida, alguien le volverá a hacer daño y se romperá como hilos de cristal. He intentado hacer todo lo posible, pero cuando no puedes penetrar dentro de la coraza que se construyen estas personas, resulta una misión imposible. Siento que he fracasado con ella. Y deseo en el fondo de mi corazón que no haga ninguna locura. Solamente puede ver algo positivo en ella, y es su fuerza de voluntad para estudiar y salir adelante es la que le hace parecer normal, sin serlo.

James, se quitó los auriculares. Guardó el informe que había leído y las cintas en un compartimento secreto, en el último cajón de la mesa. Se manoseó el cabello nervioso y pensativo y se dirigió al mueble bar. Se sirvió un bourbon doble y sin hielo. Con el vaso en la mano, se acercó al gran ventanal. Miró la oscuridad del cielo y los puntos luminosos de las estrellas. Pensó que ella era como una estrella. La estrella más luminosa del firmamento. La estrella más luminosa de su vida.



15

Por la mañana, cuando amaneció, entreabrió los ojos y lo vio. Medio tumbado en el sillón, cerca de la cama. Algo se le movió por dentro. Y cuando los ojos de él se abrieron y se encontraron con los de ella, ese algo se movió más rápido todavía.

—Buenos días —dijo ella con voz algo ronca, soñolienta.

—Buenos días, preciosa —contestó, con voz más ronca y más grave.

Esa voz, hizo que algo se removiera en su barriga.

Eso era algo que nunca le había sucedido. Nunca.

Ningún hombre había logrado eso.

Era la primera vez que dormía en la cama de un hombre, la primera vez que, al despertar, se encontraba con el hombre más atractivo del mundo, mirándola y ella estaba feliz. No daba crédito a lo que estaba viviendo.

Quiso sonreír ante las veces que la palabra hombre, ocupaba su pensamiento y, además, de una forma agradable. Positiva.

—¿Has velado mis sueños toda la noche? —preguntó con una sonrisa coqueta y tímida.

Él, no podía dejar de mirarla.

—Fue lo que te prometí. Soy un caballero —dijo con media sonrisa. Estaba contento de tenerla ahí, pero, a qué precio, hasta cuándo, de qué forma.

—Desde luego, me lo estás demostrando —se fijó en el vestido colgado en una percha, a su vez colgada en un perchero. Las medias encima de la cómoda y los zapatos al lado de la cama. Creía recordar que se los había quitado en el salón—. Me parece que debo ir a mi habitación —continuó mientras se ruborizaba—. Necesito ducharme y ponerme otra ropa.

James se levantó y estiró su largo y entumecido cuerpo, sin percatarse de la mirada de ella.

Una mirada de admiración.

—No te preocupes por eso. Dúchate aquí, si quieres. Mandaré traer tus cosas.

—¿De veras?

—De veras —repitió él, sonriendo y abandonando la habitación.

Bajando las escaleras, añadió—. Tienes un albornoz sin usar. Es el más pequeño.

—Vale. Gracias, James —él no contestó.

Cogió el teléfono y dio las órdenes oportunas. Diez minutos más tarde, un botones traía la pequeña maleta de Isabella.

—La doncella ha metido todo lo que había en la habitación, señor Hazzard.

—Gracias, Michael —contestó al joven, al tiempo que le daba un billete de veinte dólares.

—Gracias a usted, señor Hazzard —contestó efusivo ante semejante propina.

—Ale, desaparece.

—Sí, señor —añadió con una sonrisa y cerrando la puerta.

James subió la pequeña maleta y la dejó encima de la cama. Ya no se oía el agua.

—Bell.

—Sí.

—Ya tienes tus cosas aquí. He dejado tu maleta encima de la cama. Yo tengo que irme —dijo dando media vuelta, cogiendo la americana para ponérsela.

—Espera, James —llamó ella. Salió del baño con una toalla liada al cuerpo y otra en la cabeza—. ¿Me dejas? —él la miró con cariño, recordándola en el rancho la tarde de la tormenta.

—Tengo que irme. Me esperan en Los Angeles. ¿Quieres venir conmigo? —ella rio de buena gana.

—No seas tonto. Yo vivo en Montana. Voy a estar una temporada sin ir a California.

—Como quieras —comenzó a bajar las escaleras, cuando ella lo volvió a llamar.

—James —él se paró y esperó a que se acercase.

Con la diferencia de los escalones, la joven quedó a la misma altura que él. Eso le gustó, así no parecía tan amenazador.

—Quiero darte las gracias, James.

—No es necesario.

—Bueno, pero lo deseo. Creo que eres un hombre... bueno... creo que eres... legal, ya sabes, un tío legal.

—Solo a veces —bromeó.

—¿Puedo darte un beso? —él la miró de una manera extraña. Ella dándose cuenta, y no queriendo dar lugar a error, matizó—. En la mejilla, claro. Un beso de amigo.

—Claro, sólo de amigos —volvió a bromear.

Ella colocó las manos sobre los anchos hombros y él pudo comprobar, que la toalla estaba bien sujeta. Acercó su boca a la mejilla del hombre y estampó un sonoro beso. James pensó, que así besaban los niños a sus padres. Se sintió decepcionado y a la vez pensó, que daba pequeños pasos hacia delante.

¿O no?

—¿Vendrás pronto? —preguntó ansiosa y sin quitar las manos de los hombros.

Le gustaba sentir esa dureza masculina.

—Dentro de un par de días o tres —las manos de la joven, comenzaban a quemarle la piel y eso que descansaban sobre la americana.

—¿Irás a verme? Me gustaría invitarte a un café en mi casa; sí tienes un rato libre, claro.

—Si no lo tengo, lo encontraré —contestó luciendo una hermosa sonrisa. Ella quitó las manos de los hombros, pero se encandiló con esa boca varonil—. Y no te olvides que me prometiste una partida de billar en mi casa —Bella, como despertando de un sueño, dejó de mirar la boca y fijó la mirada en los ojos grises, surcados de pequeñas arrugas.

Él percibió todas esas pequeñas alteraciones en la joven.

—Claro, James —sonrojada, bajó las manos sintiendo esa mirada sobre ella, que no sabía cómo interpretar.

James siguió bajando las escaleras, desapareciendo de su vista, pero no de su pensamiento.

Cuando se hubo vestido y pasó por recepción para abandonar el hotel, pidió la cuenta. El amable recepcionista le dijo que estaba todo pagado. Isabella dio las gracias y le importó un pimiento lo que pensarán de ella. Estaba feliz, contenta. Recorrió las céntricas calles de Helena, taconeando con sus botas tejadas, luciendo su cuerpo vestido con vaqueros, jersey verde de cuello vuelto y chaqueta de cuero. No le importó que la mañana fuera fresca. Con sus rápidos andares entró en calor. La melena suelta al viento y las mejillas ligeramente coloradas, le daba un aire californiano auténtico. Las cabezas de los hombres se volvían a su paso. No le molestó. Estaba feliz. Feliz de que James fuera un caballero, de que James fuera su amigo, de que

James fuera... homosexual.

Cuando llegó hasta su Jaguar, que estaba aparcado enfrente del hotel, varias cabezas se asomaron a las puertas de cristal. Ella abrió el maletero y metió las bolsas de sus compras. Cerró y se quitó la chaqueta, echándola en el asiento de atrás. Montó, arrancó y antes de acelerar colocó el último cd de los Backstreet boys. Condujo cantando todo el tiempo hasta que llegó a casa.

Cuando Bella llevó a sus amigos, Thomas y Aretha al aeropuerto de Helena, James había llegado en su avión una hora antes. Procedente de Los Angeles, con escala en Seattle. En la primera ciudad había recogido el informe y las cintas de Bella, pero no había podido hablar con el detective, porque estaba en Las Vegas y él tenía una reunión muy importante en Seattle, donde había comprado una empresa de telefonía móvil y nuevas tecnologías. A Hyde, le encantaba trabajar para Hazzard. Era el cliente que más pagaba por sus servicios; y mantenían una relación profesional de más de diez años. Cada vez que James necesitaba información de alguien o de alguna empresa, empleaba sus servicios. Siempre quedaba satisfecho. Pero este tema era muy delicado y personal. Quería hablar cara a cara con Hyde. Lo primero que hizo fue entregarle un sobre con treinta mil dólares, que el detective no miró. Lo dejó encima de la mesa y se dispuso a contestar cualquier pregunta que el millonario le hiciese.

—¿Hay algo más?

—Lo más importante, ya lo sabe. La muchacha es digna de admiración y de envidia. Su vida privada es eso: privada. Aunque sí me permite darle mi versión...

—Dígala.

—Creo que esa mujer no es lesbiana. No digo que no haya tenido relaciones con mujeres, pero serían motivadas por ese problema con los hombres. Rollo psicológico y esas cosas. Es lo normal, después de una agresión de ese tipo. Y si contamos la falta de cariño por parte de los padres y la muerte posterior, tenemos todos los ingredientes para consulta de psiquiatra, fijo. Así que está claro, la joven no logra superar la aversión a los tíos, pues la mejor manera de salvaguardar su persona es decir que es lesbiana, y de ese modo mantiene a los hombres alejados de ella. A raya.

—Puede ser. ¿Cómo consiguió esas cintas?

—Ah, las cintas. Estaban en la casa de la doctora. Su hermana me las dio. Le dije que era el padre de Isabella Lewis y que quería toda la información que tuviera de ella. La mujer se asustó un poco. Me dijo que su hermana había muerto de un cáncer y que había destruido casi todo lo que tenía de sus enfermos. Volví al día siguiente y me entregó esas cintas.

—Ya. ¿Y sus tías?

—Una murió el año pasado, la otra sigue en Tiburon. La señorita Lewis le manda todos los meses un cheque. Bueno, se lo manda el banco. Hay que decir que está muy bien situada económicamente. Aparte del sueldo como periodista, recibe los derechos de autor por las novelas, y aunque no estén en el número uno del New York Times, se venden muy bien. Aparte tiene el apartamento que le dejaron los padres y el Jaguar, que compró el padre allá por los setenta. Total, tiene casi cuatro millones de dólares, entre acciones y dinero. Bueno, volviendo a la tía, parece ser que le pidió que se fuera a Montana con ella, pero a la vieja casi le da un soponcio. Es una californiana hasta la médula, le dijo que Montana estaba en el fin del mundo, y que ella estaba muy vieja para viajes tan largos.

—¿Cómo se ha enterado de todo eso? —preguntó con una sonrisa.

—Hablé con una vecina muy parlanchina. Le dije que era periodista, que estaba escribiendo un artículo sobre violadores. No vea cómo se le disparó la lengua. Ella fue la que me contó lo de la agresión y cómo le afectó a la chica. Y lo del rapado de pelo y las ropas grandes, para intentar parecer fea. También hablé con el policía que llevó el caso. Resultó ser amigo de un compañero mío, de mi época de policía en San Francisco. Él estaba de servicio cuando ocurrió todo. Fue a verla varias veces al hospital. Dijo que impresionaba ver a una chiquilla con semejante paliza. Todos estaban convencidos de que, si no llega a ser por esos chicos, estaría muerta.

—¿Y de su vida más reciente? —preguntó muy serio.

—Una maravilla. Profesional a tope, vida social poca y obligada. Acude a exposiciones, algunos actos sociales, pero poco más. Cindy Marlowe, vive con ella, y esta tiene un novio hispano. Buen chaval; estudia y trabaja. La relación con la señorita Lewis es más bien escasa. Ella mantiene un estatus de mujer triunfadora y fría. Los hombres que se acercan a ella, son de ese nivel o superior. Hay rumores de que tiene amante femenina, pero sinceramente creo que no. Que son habladurías. Cuando no sale a algún evento, se pasa el tiempo libre en su casa. Y en su casa, las únicas personas que entran son Cindy, el novio de esta, cuando no está la dueña, y algún

operario de la televisión por cable, electricista o similar —James, le dio las gracias y se despidieron con un apretón de manos.

Unas horas más tarde, se encontraba en San Francisco. Faltaba poco para las siete de la noche y se preguntó si su amiga Cindy, estaría localizable. La llamó a la casa de Haight Ashbury. La joven no daba crédito a sus oídos. ¿Le habría pasado algo a Bella? Se preguntó y le preguntó.

—No, tranquila. Bell está bien. Simplemente te llamo para invitarte a cenar y si ya has cenado, a una copa. Si tu novio está contigo, no hay inconveniente en que se venga.

—¿Estás aquí? —preguntó incrédula.

—Sí.

—¿Dónde?

—Exactamente debajo de donde tú estás.

—¿Cómo? —Cindy se acercó a la ventana y vio una limusina negra, con los cristales oscuros—. ¿Estás en la limusina? —preguntó ya más segura de que James Hazzard estaba dentro.

—Sí. Bajas o qué.

—Dame diez minutos.

—De acuerdo —los diez minutos se convirtieron en veinte, y cuando estaba dispuesto a llamarla otra vez, la vio salir.

El chófer le abrió la puerta y ella se sentó a su lado. Le estampó dos besos al estilo europeo, y le demostró lo alegre que estaba de verle.

—¿Has cenado?

—No, estaba a punto de llamar al chino, para ponerme morada de rollitos de primavera.

—Bien. Vamos al Cypress Club, y el chino puedes dejarlo para otra noche.

—Wow, perfecto —hablaron durante el trayecto y James tranquilizó a Cindy sobre los motivos de su visita.

En el carísimo restaurante, conversaron de cosas banales. Cuando la joven terminó el postre y mientras James, bebía un selecto coñac francés y anhelaba fumarse un cigarrillo de los que no había traído, escuchó los disparos que lanzó la boca de Cindy.

—Bueno, dime por qué has venido. Y no me sueltes ningún rollo. ¿Qué

te preocupa?

—Al grano siempre, ¿eh Cindy? —la sonrisa del hombre, deslumbró a la californiana.

—Pues claro, cuánto más sinceros seamos mejor.

—Quiero que me cuentes todo lo que sabes de Isabella. Quiero que me digas si está liada con alguna mujer. Ahora, actualmente —los ojos de Cindy lo miraron sin pestañear.

—¿Por qué preguntas eso? ¿De dónde has sacado que Bella sea lesbiana? —preguntó sin saber que reflejaba la expresión del rostro masculino, si enfado, curiosidad o algo peor.

—Thomas me lo dijo.

—Thomas —repitió desinflándose.

—Tú eres su amiga, su mejor amiga. Debes saber más que nadie.

—Bella es muy reservada.

—He dicho más que nadie, no más que ella —ahora la conversación se ponía seria, muy seria, pensó la joven, viendo el semblante del hombre.

Parecía enfadado... o preocupado, pero las dos cosas podían ser malas.

—¿Tanto interés tienes en ella?

—Ahora más que nunca.

—¿Por qué? —él la miró detenidamente.

Había calibrado a Cindy; sabía que era una amiga fiel y buena persona y seguramente sentía que la estaba traicionando.

—Pues porque se está comportando de un modo muy extraño. Antes me rehuía. Me temía. Con la mirada, con su cuerpo, con su voz... y ahora quiere ser mi amiga. Quiere que seamos amigos. ¿Tú piensas qué yo soy hombre de tener amigas como Bella? ¿Amigos en el sentido más casto de la palabra? Por Dios. Lo que me faltaba —exclamó.

—Ella ha sufrido mucho, James. Le pasó algo de adolescente que la traumatizó.

—Sí, lo sé. Lo sé todo. Por eso tolero y por eso sigo su juego, aunque no sé qué puto juego es —explicó dando un sorbo del coñac francés, mirando la expresión de asombro de la chica.

—¿Lo sabes? ¿Te lo ha contado ella? —preguntó cada vez más sorprendida.

—No, claro que no. Lo he averiguado por otro lado.

—Oh, vaya. Entonces te ha dado fuerte.

—Es simplemente curiosidad, Cindy.

—Ya. Bueno, pues voy a seguir saciando tu curiosidad. ¿Sabes por qué se comporta tan cariñosa contigo?

—¿Por qué? —preguntó mirándola sin pestañear.

Agárrate James, pensó la joven, esto no te va a gustar.

—Porque piensa que eres gay —James se quedó mudo.

Al momento comenzó a reír y sus risas se convirtieron en carcajadas. Varias personas de otras mesas los miraron curiosos.

—Estás de broma —afirmó, dejando de sonreír y sabiendo que Cindy no bromeaba.

Ella no le iba a tomar el pelo de esa manera. A él, no.

Con él, ese tipo de bromas no.

—No, James. No bromeo —añadió muy seria.

El rostro del hombre había cambiado por completo. Ya no estaba sorprendido, estaba enfadándose por momentos.

—¿De dónde ha salido semejante calumnia?

—Imagina. Haz un poco de memoria —James no dejó de mirarla. Su rostro ya no tenía ningún rastro de simpatía.

Una cara y un cuerpo, surgió en su mente.

—Aretha —no levantó la voz. No sonó enfadado. Pronunció ese nombre, como si esa mujer fuese algo querido.

—Exactamente. ¿Qué pasó con ella, James? ¿Le diste calabazas?

—Sí —murmuró, recordando esas magnificas tetas, pero también recordó, la ordinariez que mostró. Y eso era algo, que no aguantaba en una mujer—. Y ella para vengarse le dijo a Bella que soy gay.

—Eso parece. Por lo menos eso le dijo Aretha. Esa madrugada, Bell me llamó. Estaba contenta de saber que eras maricón.

—Oye, te agradecería que no empleases esa palabra —pidió tensando la mandíbula.

—Bueno, perdona —viendo que James estaba perdiendo la templanza.

—Menuda puta —murmuró por lo bajo, pero Cindy lo escuchó perfectamente.

—En eso tengo que darte la razón. Pero bueno, James, ¿por qué no te la tiraste? A ella no se le escapa ninguno. Es una belleza. La mires por donde la mires.

—Si me hubiera pillado con menos años, con bastantes menos años, no dudes que lo habría hecho. Pero con la *vejez* me he vuelto más delicado. Y no

tiene nada que ver con el color. Va más por la elegancia, la clase. Tengo todas las mujeres que deseo, puedo elegir. Además, no necesito una prostituta profesional y menos una puta aficionada —Uff, pensó Cindy; menudo piropo para Aretha.

Si lo estuviera oyendo, seguro que le echaba las uñas y le gritaría maricón en toda su cara.

—¿Tienes todas las que deseas?

—Bueno, casi todas —contestó pensando en Bella.

—Deseas a Bella —afirmó Cindy.

—Sí —James contestó sin reparos.

Se estaba confesando a una mujer, que era la amiga de la mujer que deseaba; de la mujer que lo tenía obsesionado.

—Estás enamorado de ella —volvió a afirmar.

—Eh, no corras tanto. Desear no es amar.

—Ya, pero por algo se empieza —permanecieron callados unos minutos, y James no pudo aguantar más.

—Tal vez esté un tanto obsesionado con ella —se palpó los bolsillos, como buscando algo—. No llevarás un cigarrillo encima —le pidió.

Ella sacó su paquete y él prendió uno al momento. Inhaló el humo con una fuerte calada y lo expulsó con un suspiro. Enseguida se acercó el maître.

—Señor Hazzard, esto... perdone que le moleste, pero —tosió ligeramente—, no es zona de fumadores —terminó la frase, con sudores en la frente.

James lo miró fijamente, sin decir nada. El maître se alejó en silencio, deseando que el multimillonario terminase rápido y que otros clientes no hicieran lo mismo.

—Cálmate, James —él la miró, y dando otra fuerte calada al cigarrillo, lo apagó en el plato de postre de Cindy.

—Odio esta manía que han cogido contra el tabaco y los fumadores. Tienes que estar pensando dónde puedes fumar, y al final llegas a la conclusión de que tienes que irte a los servicios o a la calle, para hacerlo tranquilamente. Y seguro que a este paso también lo prohíben.

—Sí. O te ponen al lado de los aseos, para que cuando estés fumando, veas a todos los que entran y los que salen y de paso, controlas los tiempos, averiguando qué ha hecho cada uno. Son los peores sitios de los restaurantes, ¿te has dado cuenta? —James sonrió. Cindy tenía esa particularidad.

—Sí. En mis hoteles, hay comedores para los fumadores, nada de

exiliarlos al lado de los urinarios.

—Deja el tabaco, no es bueno —aconsejó con una sonrisa.

—¿Y qué hace este paquete en tu bolso?

—Yo fumo muy poquito.

—Nos vamos —dijo de sopetón—. Te invito a una copa en el hotel — ayudó a Cindy, como un perfecto caballero y ella se sintió como una princesa.

Joder, que suerte tenía su amiga y no se había dado cuenta.

Se dirigieron a Nob Hill y la limusina paró a la entrada del Fairmont Hotel. James acompañó a Cindy por el suntuoso vestíbulo de uno de los hoteles más lujosos y el más selecto de los grandes hoteles de San Francisco.

—Vamos al bar —dijo James.

Cindy había subido de categoría. Ahora se sentía como una reina, nada de princesas.

Una vez sentados en la mesa, James pidió una ginebra con Coca Cola, un bourbon y un paquete de tabaco. El camarero solícito, trajo al momento todo lo pedido. James colocó unos billetes de veinte en la bandeja, y firmó la hoja que le mostró el joven. Cindy alucinaba con las propinas que daba esta maravilla de hombre. Por encima de lo normal. Muy por encima, pensó mientras miraba como dio un buen trago y ya, pausadamente, encendió un cigarrillo.

—Bueno, qué me aconsejas, Cindy —pidió, entrecerrando los ojos por el humo.

—¿Quieres mi consejo? —no daba crédito.

Uno de los hombres más ricos del país, le pedía consejo a ella, mientras la invitaba en un lujoso salón, de uno de los mejores hoteles del mundo.

—Sí. Quiero tu consejo. Quiero saber qué piensas de toda esta rocambolesca historia. Quiero que me digas, qué debería hacer.

—Cásate con ella —soltó a bocajarro. James la miró como si estuviera borracha.

—Estoy hablando en serio —dijo él.

—Y yo también. Ella necesita un hombre a su lado. Un hombre como tú. En un principio sería un trato. Ella sabría que se casa con un homosexual, con perdón, y pensaría que te está ayudando a cubrir las apariencias. Ella guardaría el secreto hasta la muerte, si fuera necesario. Pero lo que ocurrirá es que tú, sutilmente harás que se enamore de ti. Y cuando ella empiece a sufrir por que se da cuenta de que te quiere, entonces te tocará a ti descubrir tu faceta

de macho con tacto, con amor y con mucho, mucho mimo, para evitar que salga corriendo cuando te vea con la polla erecta. Y fueron felices y comieron perdices.

—Muy graciosa —replicó muy serio.

—Analízalo, James. No es tan descabellado. Ella está interesada en ti. Eso está más claro que el agua. Habla constantemente de ti cuando hablamos por teléfono. Hasta pienso que no se da cuenta de ello. Estoy segura de que siente algo, pero no lo sabe; porque jamás le ha pasado. O porque tiene miedo de los sentimientos que tú le provocas. En todo el tiempo que la conozco, nunca ha hablado de ningún hombre o mujer, como habla de ti. Y creo que ella siente, como que se abre una puerta, una puerta que le puede llevar a la felicidad. El problema es que utiliza la homosexualidad, para llegar a ella. Pero piénsalo, James, para ella la única manera de poder estar contigo sin salir corriendo es esta.

James no dejó de mirar a Cindy. La mirada plateada no pestañeaba y la chica, se mordió el labio mientras pensaba que ese hombre estaba más bueno que una docena de bomberos. Todos juntos.

—Cindy, no me apetece interpretar el papel de homosexual —añadió con cierto cansancio.

—Si no tienes que interpretar nada. Bella piensa que eres un hombre de esos que no se les nota nada, nada, nada. De esos que son el macho en la relación entre tíos.

—Joder, con solo pensar que ella piensa eso, se me revuelven las tripas —Cindy se mordió la mejilla para no reír.

Todo esto, tenía un punto cómico. Joder, este tío, que está para comérselo, para hacerle todo lo que pida, todooooo, que está forrado de pasta, que es más inteligente que la mayoría de los mortales, estaba colgado por su amiga; y estaba dispuesto a entrar en ese juego, con tal de tenerla, con tal de que no se le escapara.

—Pero es que tú desconoces todo esto. Tú no sabes nada. Tú no has hablado conmigo. Tú no sabes lo que Aretha dijo. Tú solo debes de comportarte como eres. Y tener mucha paciencia con ella y tratarla como si fuese virgen. Porque tal vez lo sea. Yo no sé de ninguna relación ni con hombres ni con mujeres. Sí sé de algunas que le estuvieron dando la tabarra, pero al final se hartaron y se dieron por vencidas. Y te diré más, si no tuviera que ir a la editorial, apenas saldría de casa.

—Cindy, yo no me alimento del aire. Tengo una relación con una mujer

en Helena.

—Bueno, ¿y qué? Sigue tirándotela. Así no tendrás necesidad de acostarte con Bella. Además, ¿te vas a casar con esa mujer? ¿Es tu prometida?

—No.

—Pues ya está. Sigue tirándote a esa y a todas las que te gusten, pero se discreto para que ella piense, que son citas clandestinas... pero del mismo sexo.

—Dios, Cindy, no puedo creer que este manteniendo esta conversación. Es de locos —se pasó una mano por la barba que ya asomaba, siendo consciente de la manera de mirar de la chica—. Y si saca el tema, y si me pregunta directamente, no seré capaz de mentirle en algo así. Jamás llegaría a esos extremos.

—Eso no ocurrirá. Ella es muy cortada para eso y muy respetuosa. Igual que no le gusta que se metan en su vida, no se mete en la de los demás, por mucha amistad que tenga, te lo puedo asegurar. Como mucho, puede aludir de alguna manera, pero nunca directamente.

James se acordó de la noche anterior.

Cuando la llevaba en brazos le dijo algo de mantener la imagen, su imagen. Estaba bebida, pero sabía lo que decía. Claro por eso subió tan confiada. Estaba convencida de que todo estaba controlado. Se pasó la mano por el cabello y después por la barba rasposa. Nervioso, intranquilo.

—¿Qué? ¿Te lo pensarás? —preguntó una risueña Cindy.

—Sí, me lo pensaré —contestó el hombre, sabiendo la respuesta a esa pregunta.



16

James Hazzard había perdido a su madre de un cáncer, cuando tenía diez años. Pero ella se ocupó de que no le faltara de nada. Le dejó una herencia que el padre no pudo tocar. Sirvió para pagar su primera carrera, invertir en Bolsa y hacerse con una fortuna mayor. Pagó las deudas de su padre y salvó el rancho de la ruina, no sin antes tener en sus manos la escritura de venta a su nombre. A cambio le prometió a su padre, que su segunda ex esposa e hija, recibirían una pensión anual de muchos miles de dólares. La fortuna Hazzard, comenzó a forjarse cuando Thomas Hazzard, el bisabuelo de James, descubrió oro en Virginia City, Montana, allá por el año 1863. Su hijo James, compró el rancho en 1912, y se lo dejó en herencia a su hijo John, con unos cuantos millones. Este se casó con Martha Ellis, la hija del dueño del rancho vecino. Las tierras se unieron y se formó uno de los ranchos mayores del estado. Martha Ellis pronto se dio cuenta de que se había casado, con un vividor, derrochador y pendenciero, pero estaba enamorada hasta lo más hondo de su ser.

Sólo tuvieron a James, y ese hijo fue lo que le dio ánimos para seguir viviendo. Martha podía estar enamorada de John y a pesar de las infidelidades, de los malos tratos y de los desprecios, lo seguía queriendo con toda su alma. Pero quería más a su hijo. Y se encargó, dejando todo atado y bien atado, que su fortuna fuese a parar a manos de su heredero, y que el padre no pudiera gastar ni un solo dólar.

Por lo tanto, cuando James decidió tomar el mando de todo, tenía a su favor varios millones de dólares y la mitad del rancho, que tiempo después haría suyo totalmente.

Fue un niño prodigio. A los quince años entró en Harvard y cursó Administración de Empresas; a los diecisiete se licenció con matrícula de honor. Por medio de sus representantes, invirtió en Bolsa y ganó su primer millón de dólares. Volvió al rancho, y estuvo yendo y viniendo. A los dieciocho se matriculó en la Universidad de Columbia para estudiar su sueño: arquitectura. Pasaba temporadas en Nueva York y otras en el rancho. Cargaba con libros de arquitectura, de un lado para otro. Estudiaba a ratos y trabajaba todo el resto del tiempo.

Al morir su padre, cuando él contaba con veintidós años y ya había terminado su segunda carrera, tomó legalmente el mando de todo. Ya era una leyenda en Montana y comenzaba a ser noticia en el resto del país. Compró un viejo edificio en el centro de Helena, que reconstruyó y diseñó, y así comenzó la cadena hotelera que llevaría el nombre de Dover H. Poseía veinte hoteles, dispersos entre la costa Este y el Medio Oeste. Eran hoteles coquetos, lujosos pero accesibles para las clases medias altas. Estaban situados en capitales y ciudades importantes, y figuraban en las guías de viajes más prestigiosas.

Su vida amorosa fue un tanto promiscua. Comenzó tarde. No tuvo su primera experiencia sexual hasta los diecisiete años, con una mujer mayor que él. Viuda. Madre de un compañero de universidad. Una vez que empezó el pastel, no paró. Jovencitas, mayores que él, de su edad, todas las chicas o mujeres guapas y con un poquito de inteligencia, le gustaban. Con el paso de los años se fue volviendo más delicado. Conoció a Martha y se casó. Tenía veintinueve años y creía que estaba enamorado. Y sí un hombre está enamorado va ser fiel por naturaleza. Lo tenía claro; había corrido mucho, era rico, por herencia y mucho más por su propio esfuerzo, había llegado el momento de sentar la cabeza. Formar una familia. Y estaba dispuesto a ello.

En un principio empezó bien, pero con el paso de los meses, Martha no comprendió que se había casado con un genio multimillonario, que trabajaba y no paraba quieto un momento, porque su cerebro tampoco lo hacía. Al principio se iba con él, pero pronto se cansó. Era tan difícil llevar el ritmo de su marido, que con solo pensarlo se agotaba. Quedarse en el rancho la aburría, con él o sin él. Gastaba dinero a espuestas, y no hacía buenas migas con los lugareños. Ella era de Charleston y consideraba a las gentes de Montana paletos, aburridos y sin clase.

Las cosas se complicaron cuando ella le pidió que vivieran en otra ciudad. James le dijo que su hogar era el rancho y no otro sitio y que si se aburría viajara con él. Ella se enteró de sus aventuras extra matrimoniales y comenzó a beber. Se quedó embarazada y quiso chantajearlo, pero le salió el tiro por la culata. Le pidió que dejara de ver a otras mujeres, y él le pidió que dejara de beber. Ella siguió bebiendo y él siguió acostándose con otras. James la internó en un centro privado para que dejara el alcohol y evitar que la criatura saliera perjudicada. Ella se portó como una niña buena y a los dos meses le dieron el alta.

No tomaba ni una gota. Un mes más tarde se mató conduciendo un Porsche, que James le regaló para su último cumpleaños. Al hacerle la

autopsia dio alcohol en sangre. Con treinta y dos años se convirtió en el hombre más buscado y deseado por las mujeres. Todas querían casarse con él, todas querían darle muchos hijos. Pero él se había cerrado al matrimonio. Pasó de una mujer a otra, pero sin comprometerse con ninguna. Tenía las más hermosas del país y del mundo. Modelos, actrices, niñas de la alta sociedad, hijas de millonarios... las que quisiera.

Con casi cuarenta años no estaba enamorado de ninguna. Conocía a Cameron Porter desde hacía cinco años y llevaba acostándose con ella, dos. No la engañaba. Ella sabía lo que había. Disfrutaban juntos, pero él había dejado muy claras las cosas. No la quería, no se casaría con ella, y se acostaría con quién le diera la gana. Cameron, una rubia explosiva de metro ochenta, ojos azules, pelo muy cortito, cuerpo escultural con poco pecho, y veinticinco años, no perdía la esperanza.

Y mientras conducía su Corvette, pensaba en la conversación que había mantenido con Cindy. Estaba claro que la deseaba. Estaba claro que le jodía que fuera tortillera, o que pasara por serlo, pero le jodería lo mismo o tal vez más, que otro hombre lograra llegar a ella. Estaba claro que deseaba ayudarla, pero, ¿estaba dispuesto a mantener una farsa y aprovecharse de ella? Al pasar por la gasolinera, tocó el claxon.

—Lleva prisa —dijo Willy.

—Sí —afirmó Stephen.

Se metió por el camino de gravilla y paró delante de la casa. No salió del coche, esperó con el motor en marcha. No salió nadie. Tocó el claxon y entonces se dio cuenta que no estaba el Jaguar. Se introdujo en el bosque y se dirigió al rancho por el camino interior. Al llegar al valle lo vio. Aparcado enfrente de la entrada principal. Metió el Corvette en el garaje y entró en la casa por el largo pasillo que comunicaba con la cocina. Ahí estaba. Tumbada en el suelo, con unos vaqueros azules y una camiseta blanca de manga larga, que se pegaba a esas maravillosas tetas de una forma provocadora, y encima de ella uno de los nietos de Barbara. Robert el mayor de Noah, de cuatro años, montaba a caballito encima del estómago de Bella, mientras la mujer mayor le daba la papilla a John de un año.

—Bella, levántate, te está poniendo perdida.

—Sí, vas a acabar para meterte en la ducha —replicó James desde la puerta.

Barbara movió la cabeza y Bella gritó su nombre.

—James, estás aquí. Barbara dijo que no te esperaba esta noche.

—Y es cierto, pero como hace lo que le da la gana —replicó la mujer.

—¿Molesto acaso? —preguntó refunfuñando al tiempo que se acercaba a darle un beso a su segunda madre.

Robert dejó libre el estómago de Bella y corrió hasta James, para que le diera varias vueltas y saltos con sus poderosos brazos.

—Tú no molestas, sólo haces lo que te da la gana.

—Vieja gruñona —exclamó dejando al niño en el suelo.

Se acercó a Bella que ya se había levantado, y permanecía quieta en el mismo sitio.

—Hola —le dijo seductoramente.

Barbara los miró directamente. James le daba la espalda, pero conocía ese tono de voz. Qué estaría tramando. No pensaría seducir a este tesoro, como si fuera una puta de tres al cuarto, pensó enfurecida.

—Hola, James —repitió ella.

Él bajó el tono para que Barbara no le oyera. Ayudaba los pequeños grititos de John y los no tan pequeños de Robert agarrado a sus largas piernas.

—¿Ese es el saludo que se le da a un amigo después de cuatro días sin verle?

—Pues, no sé —titubeó.

—Delante de Barbara, ni se te ocurra besarme en la mejilla —le pidió con una sonrisa cómplice.

—¿No? —preguntó ella, sin dejar de mirarlo.

—No —ordenó él.

Ella colocó sus manos sobre sus antebrazos y elevó el rostro, él bajó su boca y sus labios se unieron en un casto beso.

—Eso está mejor, pero se puede mejorar —le susurró al oído. Volviéndose hacia la anciana—. Me vas a dar de cenar, ¿o qué?

—Sí, pesado —James Hazzard ya había tomado una decisión. Ya no había vuelta atrás.

Al final convencieron a Bella para que pasara la noche en el rancho. Cuando la abuela fue a acostar a sus nietos, James le ayudó con Robert.

—Espero que no te equivoques con esa niña.

—¿Qué quieres decir?

—Que ese tesoro no es como esos zorriones con las que te acuestas. Y he visto cómo la miras y cómo le hablas, con esa voz que tienes de encantador de serpientes.

—¿Eso es un piropo, Barbara? —preguntó con sorna.

—Depende —contestó de mal humor.

—Y si te dijera que quiero casarme con ella.

—¿Qué? —lo miró como si estuviera loco.

—Chissst. Ella no lo sabe.

—Pero, James, hijo, ¿estás diciéndome que la quieres? —su voz se había dulcificado hasta el infinito.

Él tardó unos segundos en contestar, pero no lo dudó.

—Sí.

—No sabes la alegría que me das —acercándose a él, lo abrazó.

—Vale, vale. Pero promete que me guardarás el secreto. Si ella descubre mis planes, se puede asustar y volar.

—¿Por qué?

—Confía en mí y calladita.

—De acuerdo, James. Tienes mi palabra.

Como esa noche, vinieron muchas. Isabella se encontraba como en casa. Barbara la trataba como la madre que nunca tuvo y eso la llenaba de alegría en la mayoría de las ocasiones, y de agobio, alguna que otra vez. Con el tiempo, la anciana quería controlar la vida de Bella, en el mejor sentido de la palabra, por supuesto. Quería que se alimentara bien, no quería que pasara mucho tiempo escribiendo, porque eso significaba estar mucho tiempo sola, quería que pasara más tiempo en el rancho, a lo cual, Bella se negó con una sonrisa, quería que pasara más tiempo con ella para enseñarle a cocinar a su estilo, y a gobernar una casa como el rancho Hazzard.

—¿Y si te casas algún día con un hombre parecido a mi James? —preguntó una tarde, paseando con ella por el valle.

Bella dejó de contemplar el horizonte y elevó la vista, hasta el rostro de la esa mujer grandota.

—No tengo pensado casarme, Barbara.

—Ah, eso nunca se sabe. Y tú eres una chica que debe de pescar un buen partido. Y por lo tanto debes de saber llevar una casa como Dios manda; aparte de escribir y de manejar un ordenador y todo eso que haces.

—Solamente con verte, ya sé cómo se organiza una casa de grandes dimensiones. Además, si te casas con un rico, es cuestión de saber dar órdenes a los empleados que tengas.

—Sí, sí. Sabes que James tiene varias casas, aparte de las suites de los hoteles.

—No, no lo sabía. ¿Por qué me dices eso?

—Por nada.

—James y yo somos amigos. Muy buenos amigos. Nada más —añadió con una sonrisa.

—Pues sinceramente no lo entiendo. ¿Es qué no te parece guapo?

—Guapo, no. Guapísimo —contestó riendo.

—¿Entonces?

—Somos amigos, Barbara.

—¡Ufff! —resopló. Bella rio con ganas y siguieron su paseo.



17

Cuando lo vio, no se lo podía creer. ¿Qué demonios hacia su editor en Lowma? ¿En su casa? Bajó del coche alquilado y contempló los alrededores. Bella lo observaba desde la ventana. Salió a recibirlo. No le quedaba otro remedio.

Joseph la miró a placer. Qué mujer. Hasta en un apartado lugar de la civilización, vestía de la manera más seductora. Deslizó sus ojos azules por los mocasines planos, la falda recta hasta encima de las rodillas, color beis, y el conjunto de jersey y chaquetita corta, color burdeos.

—Hola —dijo Bella a modo de saludo.

—¿Hola? ¿Solamente hola? ¿Ese es el saludo que se le da a un editor que recorre tantos kilómetros para conocer el nidito de su escritora preferida?

—Bella, nerviosa y queriendo creer que todo era un mal sueño, sonrió sin ganas.

Joseph se acercó y la abrazó.

—Bueno, enséñame la casa —ordenó con una sonrisa de oreja a oreja.

No le quedó más remedio. Después de una hora y un café, logró sacarlo fuera y quedaron en verse en el bar de Spalding para tomar una copa.

—¿Dónde podemos cenar?

—Oh, pues... no sé —nerviosa no supo que contestar—. Hay un — Joseph la interrumpió.

—Oye, no pienso quedarme en este pueblucho de mala muerte y personalmente no me interesa conocer ese bar. Tengo reservada habitación en Helena. ¿Por qué no te arreglas y cenamos en la civilización?

—Pues... es que tengo mucho trabajo y...

—Vamos, vamos, te puedes tomar la noche libre. Tu jefe te lo permite —rio haciéndose el gracioso.

—Bueno está bien. Ve delante, yo te seguiré.

—Ni hablar. Cámbiate y sales delante. Eres capaz de darme esquinazo. Te conozco —ella movió la cabeza y pensó que tal vez sería lo mejor. Después de todo no quería que sus amigos conocieran al engreído de su jefe.

Cuando salió de la casa, llevaba unos pantalones de piel negra, y un

jersey de cuello vuelto blanco. En una pequeña bolsa, había metido un vestido y demás complementos. Alquilaría una habitación en el Dover, y pasaría la noche.

—¿En qué hotel te hospedas? —preguntó antes de subir a su Jaguar.

—En el Dover —contestó sin dejar de admirarla.

Vaya, pensó la joven, no podía ser de otra forma. Subieron a los coches y Bella se puso a la cabeza. Al pasar por la gasolinera, saludó tocando el claxon.

Estaban terminando los postres y Sanders bebía su tercer whisky. Se la comía con los ojos. No podía dejar de mirarla. Llevaba un vestido negro de punto, sin escote ni por delante, ni por detrás. Los brazos desnudos, era la única parte de su cuerpo descubierta. Las piernas enfundadas en medias negras y los tacones altos.

—Tendrías que ser modelo —dijo con voz melosa.

—Qué tontería. No tengo nada que ver con esa profesión.

—Lo tienes todo. Tienes un cuerpo perfecto y una cara linda, linda, linda, y además inteligente. Bueno, tal vez te falte algo de estatura.

—Lo ves, ya no valgo para el oficio —contestó intentando bromear y deseando que la velada acabase.

—Bah, esas tías son demasiado altas. A los hombres no les gustan unas mujeres que miden uno ochenta y con tacones se ponen en uno noventa. Muchas de ellas con tacones, son más altas que la mayoría de los hombres.

—Joseph.

—Dime.

—No me interesa el tema.

—¿No?

—No —la miró a los ojos.

—Eres preciosa, Bella. Tienes los ojos más hermosos que he visto en mi vida.

—Corta el rollo, Joseph —añadió levantándose de la mesa.

Él la siguió.

—Eh, eh, no querrás que te arme un numerito aquí, ¿verdad? —preguntó cogiéndola del brazo. Ella acercó su cara hasta la de él.

—¿Qué es lo que quieres?

—Ay, quiero tantas cosas. ¿Por qué no subes a mi habitación? —preguntó con voz de borracho, mirando ese cabello tan rubio, tan sedoso, tan

hermoso.

—Antes muerta —susurró la joven.

Él, apretó más fuerte la blanca carne del brazo. Ya estaba harto de tanta estupidez. No te jode, haciéndose la estrecha como si fuese una princesita. Venga joder, que era una mujer hecha y derecha. Ya podía agradecer todo lo que había hecho por ella.

—Bueno, ¿por qué no tomamos la última copa en ese saloncito donde suena esa música tan agradable? — Isabella enfocó sus rabiosos ojos donde Joseph decía.

Era un salón poco iluminado, donde algunas parejas bailaban, otras, sentadas en los divanes escuchaban y bebían, y algunos hombres, apoyados en la barra, solos, buscaban con la mirada alguna mujer solitaria, al tiempo que miraban a las parejas bailando, mientras bebían y fumaban.

—Está bien —contestó complaciéndolo.

La soltó y anduvo detrás de ella, mirando el contoneo de ese culo duro y prieto que se la estaba poniendo dura como una piedra. Todas las cabezas masculinas se volvieron al entrar la mujer, fue entonces cuando Sanders la cogió por la cintura de manera posesiva, y James entró en el salón detrás de ellos, colocándose en el extremo más oscuro de la barra. Podía ver sin ser visto.

Vio cómo se acomodaban en un diván y el camarero les tomaba nota. Michael, el botones, le había avisado cuando fue a la suite a llevarle unos documentos. *Señor Hazzard, la señorita Isabella está en el restaurante cenando con un caballero.* Tanta prisa se dio, que no se molestó en averiguar si dicho caballero se hospedaba en su hotel. Llevándose el vaso de bourbon a los labios, vio cómo se levantaban y él la llevaba a la pista de baile. Las luces eran tenues para incitar a las parejas a estar cómodos e íntimos. Los celos lo estaban matando. Era una sensación que no le gustaba. Jamás se había sentido así, y lo que estaba viendo le estaba revolviendo las tripas.

La música era lenta y el cuerpo de ella, era una provocación en esa pista. Las manos de ese cabrón la agarraban con demasiada fuerza. Ella intentó separarse ligeramente, pero él la volvió a apretar. Era el momento de acercarse. Apuró el contenido del vaso y despacio se acercó hasta ellos. Otras parejas bailaban como ellos y cuando notó el golpecito en el hombro pensó que era algún patán.

—¿Me permite bailar con la señorita? —preguntó con una sonrisa.

Joseph elevó los ojos para mirar el rostro de James. La carita de

Isabella se alegró de verle. Ese detalle le gustó mucho a James.

—No, váyase a ligar a otro sitio —contestó de mal humor.

Volvió a coger a Isabella, pero recibió otro golpecito en el hombro.

—No quiero ligar, sólo quiero bailar con la señorita —Sanders se volvió para decirle cuatro cosas a ese paleta grandullón de mierda.

—Oiga, gilipollas, esta joven está conmigo. Así que deje de dar la lata y búsqese una puta —los dos hombres se miraron sin decirse nada.

Bella no sabía qué hacer y optó por permanecer callada. Todos conocían a James Hazzard, nadie conocía a Joseph Sanders.

—Isabella, ¿te importaría presentarme a este cabrón, que no tiene ni la más mínima educación? —Joseph enrojeció. La había llamado Isabella, se conocían.

—Oiga, me importa una mierda que conozca a mi amiga —dijo estirando el cuello. No llegaba a la estatura ni a la corpulencia de ese hombre que se había atrevido a llamarle de esa manera, pero aun así, no pensaba amilanarse—. Ahora desaparezca y déjenos solos. Si quiere algo más, puede follársela con los ojos como los demás, es lo único que conseguirá, se lo puedo asegurar —James lo enganchó de la chaqueta y lo arrastró hasta la barra.

—Me parece que no sabe tratar a una mujer como se merece. Tal vez será mejor que desaparezca ahora mismo.

—¡Oiga, suélteme! —pidió pataleando—. Isabella, dile que me suelte.

—Mira que macho, solicita la ayuda de una mujer —sin soltarlo, vio como la joven se acercaba a él.

—Déjalo, James.

—¿Quieres estar con él?

—No. Él ya se iba a su habitación. ¿Verdad, Joseph?

—Sí, sí, claro —contestó acobardado.

James lo soltó y él se recompuso el traje. Se separó de él, sin dejar de mirarlo con malos ojos. Cogió a Bella del brazo.

—Vamos, Bella.

—¡Eh, no aprende! ¿Qué cojones le pasa? Ella se queda conmigo — Joseph la soltó y la miró con los ojos desorbitados.

—¿Te quedas con él?

—Sí —contestó sin dejar de mirarlo.

Joseph, mirando a uno y a otro, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó varios billetes y los dejó sobre la barra.

Llenando el pecho y estirándose todo lo que su orgullo le permitía, salió del salón.

James la tomó suavemente por la cintura y se la llevó a un diván. Una vez sentados, las demás parejas reanudaron el baile.

—Vaya amigos que tienes. ¿De dónde ha salido este gilipollas? —preguntó James, al tiempo que encendía un cigarrillo.

—Es mi editor. No creía que aparecería por el pueblo. Pero se presentó esta tarde.

—¿Y por qué estáis aquí?

—Pues resultó que él dijo que no quería quedarse en un pueblucho y que viniésemos a la ciudad. Está hospedado aquí. Creí hacer lo mejor. La verdad, no me apetecía presentarlo en el pueblo.

—Seguramente le habrían dado una somanta de hostias —la miró detenidamente—. ¿Te ha hecho daño?

—No. Se estaba poniendo un poco pesado, pero lo estaba manteniendo a raya.

—No me lo pareció.

—Ah, ¿no?

—No —negó sin dejar de mirarla.

—Bueno, por suerte apareciste tú.

—¿Y si yo no hubiera aparecido?

—No habría pasado nada. Es un imbécil. Mucho hablar, pero nada más.

—No lo creo, pero dejemos el tema —siguió fumando sin dejar de mirarla.

La voz de King, lenta y seductora, sonaba de manera atrayente.

—¿Quieres bailar conmigo? —ella lo miró durante unos segundos, para después bajar la vista coquetamente.

—Bueno —salieron a la pista y cogiéndola por las caderas, la arrimó a él.

Ella, excitada, pero sabiendo que no habría problema con él, y que debía de mantener una reputación de conquistador, llevó los brazos a la nuca del hombre y se dejó llevar. La canción acabó y comenzó otra, y después otra y otra. Cuando ya no quedaba nadie en la pista, ellos seguían bailando. Los cuerpos cada vez más pegados. Las manos de ella, jugando con los cabellos de él. Las manos de él, recorriendo la espalda de ella. Los pechos de ella, aplastándose contra el duro tórax del hombre. La boca de él, besó la sedosa cabellera. Ella notó la fuerte erección. Vaya, eso era por ella, pensó la joven.

Ufff, no sabría gestionar algo así.

—Creo que deberíamos sentarnos —James la miró y sonrió.

—Crees que deberíamos sentarnos y así darme tiempo para que, esto, vuelva a su sitio.

—Sí —contestó ella con una risita.

Un rato después, salían del salón cogidos de la mano.

—¿No te parece un poco exagerado?

—No. Hazme caso.

—De acuerdo —sonó la voz femenina, entre risueña y tímida.

—Ten la llave —ella cogió la llave que él le tendía y desapareció en el ascensor privado.

Diez minutos más tarde, James acostado sobre la cama de la habitación de Bella, veía la televisión. Se había quitado la camisa, y con los brazos cruzados debajo de la cabeza, observaba la pantalla silenciosa del televisor. En esos momentos sonaron unos golpecitos. Se levantó y arrimó el oído a la puerta. Volvió a oír la llamada. Más bruscos, pero sin ser escandalosos. De un tirón abrió y cogió a un sobresaltado Joseph, por la bata, llevándolo hasta la pared del pasillo y golpeándola contra ella. La seda del batín, sonó al ser desgarrada.

—¿Es qué no sabe cuándo debe dejar tranquila a una mujer?

—Yo... yo...

—Usted, ¿qué? —le preguntó sin soltarlo.

—Lo siento. Déjeme, no quiero pelea. Oiga, voy a llamar a seguridad si no me suelta.

—Los de seguridad lo pueden coger y echarlo a la puta calle con una palabra mía —explicó soltándolo de golpe.

Con la luz del pasillo y la mente más clara, Joseph pudo ver el rostro del hombre. Lo reconoció. Vaya que sí. Joder, que amistades estaba haciendo la tortillera.

—Creo que está usted equivocado, caballero —intentó explicar el editor, fijándose en los fuertes pectorales del millonario.

Los pectorales, los hombros, ese estómago plano y marcado como una puta tabla de... de... joder, de lavar la ropa. La hostia, este tipo era demasiado para él.

—Ah, ahora soy un caballero.

—Tiene que perdonar mi comportamiento anterior. Pero a veces los

hombres hacemos tonterías por ciertas mujeres —la mirada plateada lo fulminaba y él, estuvo a punto de tragar saliva, y a punto de mearse encima.

—Ya. Está perdonado. Desaparezca de mi vista.

—Sí, sí. De todos modos, creo que se equivoca con Isabella. No me interprete mal, no... no quiero mal meter... pero creo que se equivoca...

—¿Sí? ¿A qué se refiere? —preguntó amenazador.

—Bueno, tal vez aquí no se sepa, pero en San Francisco es bien sabido.

—¿El qué?

—Pues que Isabella Lewis es... le gustan las mujeres. Es lesbiana.

—¿No me diga? Precisamente son las que más me gustan; tienen un encanto especial —dejando a Joseph con la boca abierta, se metió en la habitación y cerró la puerta.

Un rato después, cuando llegó a la suite, la encontró dormida en el sofá. Se había quitado los zapatos y las medias, había cogido una manta de cachemira y se había hecho un ovillo en el ancho sofá. La cogió en brazos y la subió a la habitación. La metió en la cama y la arropó como a una niña pequeña. Él se acostó encima, para evitar que sus cuerpos se rozaran, y tapó ambos con el edredón.

—¿Por qué haces esto? —preguntó soñolienta.

—Para evitar que me pongas cachondo —la risita de ella flotó en el aire.

James, sin dejar de sentirla, no pudo evitar sonreír.

Se durmió abrazado a ella. Su pecho contra la espalda de ella, ropas entre medio y el brazo rodeándola, así se despertaron. Cuando ella abrió los ojos, se volvió y encontró los ojos plateados mirándola. Con todas las ropas como escudo protector, se sintió segura y feliz de estar con él. Pero, aun así, esa mirada era... era tan penetrante, que sintió un escalofrío, y para que él no lo notara, para que no preguntase, lanzó la pregunta.

—¿Y bien? —preguntó sonriendo. Él no contestó—. ¿Qué pasó?

—Que tú enamorado se presentó.

—Oh, no es mi enamorado. No me insultes, por favor.

—Bueno, pues entonces lo diré con otras palabras. Tu jefe, el que te quiere follar, se presentó anoche, supongo, que con la idea de follarte —añadió muy serio.

—Y ahora eres un ordinario —le regañó.

—¿Por emplear el verbo follar? Creo que es más acertado que hacer el amor, ¿no te parece?

—¿Qué pasó? —preguntó, queriendo evitar la vulgaridad del lenguaje.

—Nada del otro mundo. Tuve unas palabras con él y se fue a su habitación.

—¿Qué palabras? —preguntó curiosa y un tanto preocupada.

—Pues que tú, solo follabas conmigo.

—¡James! —exclamó.

—¿Te parece mal?

—Pues... no deberías haber dicho eso.

—¿Por qué?

—Pues... porque no es cierto —dijo poniéndose colorada.

—Si quieres lo hacemos cierto —añadió con una sonrisa burlona.

—¡James! —gritó intentando separarse.

—Es una broma, tranquila —ella se tranquilizó y al momento sonreía.

—Menuda cara se le quedaría al verte.

—Imagínate. Y encima viéndome salir de tu habitación, desnudo — mintió.

—¿Desnudo? —preguntó abriendo esos ojos tan hermosos, como platos.

—Claro, tenía que ser convincente.

—Eres tremendo —susurró. Él dejando de sonreír, le pasó un dedo por el rostro.

—Y tú, preciosa —Bella se preguntó por qué insistiría tanto en comportarse como un Don Juan, y por qué tendría esa voz tan atrayente y tan masculina, que le producía mariposas en el estómago.

—Creo que deberíamos levantarnos. Necesito ducharme —dijo un tanto tímida.

—Tus cosas están abajo. Ahora te las subo —se levantó y mesándose los cabellos, desapareció.

Una hora más tarde, estaba vestida con la ropa del día anterior. James entró en la suite y la miró de arriba abajo. No podía ponerle ninguna pega. Estaba preciosa. Con el rostro, sin una gota de maquillaje, la piel resplandecía. Las pestañas, largas y espesas, rodeaban esos ojos tan hermosos, que James no se

cansaba de mirarlos.

—Sanders abandonó el hotel a primera hora. Su avión acaba de salir.

—Estupendo. Ahora sólo queda pendiente su llamada para decirme que estoy despedida.

—Por eso no te preocupes. Yo te contrato.

—¿Haciendo qué? —preguntó con una sonrisa.

—Haciendo lo que tú quieras —se la comía con los ojos.

—Con amigos así, no necesito nada ni nadie más. Gracias James.

—No tienes que darme las gracias. Me tienes a tu disposición para lo que quieras.

—Me abrumas.

—¿Te molesta?

—No. Me agrada.

—Entonces te voy a seguir abrumando —se acercó a ella, cuando en ese momento le sonó el móvil.

Pegó el auricular a su oído, sin dejar de mirarla de un modo penetrante y duro.

—¿Sí? —siguió con la vista posada en ella, pero su rostro se transformó ligeramente—. Hola Richard, ¿qué tal todo? —Bella se dirigió hasta su bolso, evitando la mirada del hombre, que observaba cada movimiento de ella mientras hablaba por teléfono.

¿Quién sería ese Richard?

—Bueno, tendrás que tener paciencia. Cualquier cosa que necesites —pausa—. Bien, de acuerdo —pausa—. No te preocupes. Sí, sí, tranquilo. Claro —pausa—. Pues tal vez en un par de semanas o tres —pausa—. Sí, bien. ¿A qué hora te llamo? De acuerdo. Cuídate, Richard. Adiós —cerró el portátil y lo guardó en el bolsillo interior de la americana.

—¿Un amigo? —preguntó Bella, tímidamente.

—Pues sí. Un buen amigo. Un amigo especial, se podría decir —contestó imaginando los pensamientos de la joven.

—Ya, entiendo. ¿Vive aquí? —la curiosidad le podía.

—En estos momentos se encuentra fuera del país. Problemas familiares. Pero sí, tiene un apartamento muy cerca de aquí.

—Ah, bueno. Ya me lo presentarás cuando vuelva, ¿no?

—Claro —James sonreía, dándose cuenta de los malos entendidos que se podían formar, cuando una persona creía saber todo de la otra.

Se despidieron con un beso en la mejilla y prometieron llamarse.

Isabella estaba feliz, casi a gusto consigo misma. Hablaba con James, casi todos los días. La llamaba por las noches. Desde Nueva York, desde Washington, desde Atlanta, desde Memphis, desde Chicago la noche anterior. Hablaban quince o veinte minutos, a veces media hora. Ella le contaba todo lo que había hecho durante el día. A quién había visto y qué había comido. Él la escuchaba con paciencia y con deseo; mucho deseo. Su voz lo cautivaba, lo excitaba hasta cuando le explicaba la ensalada de patata cocida y aceite de oliva, que se había hecho para comer.

Disfrutaba con la risa abierta y contagiosa de la joven, cuando le contaba alguna burrada de Cindy, o cuando Bárbara insinuaba que podría haber algo entre ella y él. En ese punto, ella reía más fuerte y James se mostraba sorprendido para luego soltar, pues oye, no sería tan mala idea, y los dos reían juntos. Siempre se despedían de la misma forma, cuídate James y vuelve pronto, y él contestaba, tú también, pequeña. Las noches que él no llamaba, lo echaba terriblemente en falta. Se preguntaba qué estaría haciendo, con quién, dónde.

No quería reconocerlo, pero estaba celosa. Nunca había sentido celos, pero no hacía falta, sabía reconocerlos. Era una sensación desagradable. ¿Cómo serían sus amantes? ¿Le gustarían muy jóvenes? ¿Muy amanerados? ¿Sería bisexual? ¿Sería ese Richard uno de ellos?

Al llegar las diez de la noche, comenzaba a impacientarse. Esperaba con ansia hasta las once, y entonces sabía que no llamaría. Tenía el número del móvil, pero no se atrevía a llamar. No quería molestarlo. Sólo de pensar que lo pudiera interrumpir en medio de alguna cita o algo peor, se moría de vergüenza. Llevaba cuatro noches seguidas sin oír su voz. Él lo hizo con intención. Quería probarla. Cuando a la quinta noche, sobre las nueve treinta, sonó el teléfono. Ella se tiró literalmente sobre él.

—Dígame —contestó con voz entrecortada.

—¿Vive allí una señorita rubia, con ojos ambarinos y cuerpo escultural? —preguntó James, con voz grave y seductora.

—James —añadió ella con un suspiro.

—¿Cómo estás, nena?

—Enfadada y preocupada. Pensaba que te había ocurrido algo —se quejó como una niña.

—¿Me has echado de menos? —preguntó guasón.

—Sí —contestó secamente.

—Me alegro.

—Pues yo no —hubo una pausa y ninguno dijo nada. Isabella se apresuró a disculparse—. Lo siento James. Ya sé que estás muy ocupado y que no tienes obligación de llamarme, pero me he acostumbrado a oír tu voz antes de acostarme. Me reconforta, ¿sabes?

—¿De veras?

—Sí.

—¿Y por qué no llamas tú cuando yo no lo hago?

—Porque no quiero molestarte, James.

—Tú no molestas, nena.

—Te lo agradezco, pero... puedes estar ocupado... con alguna persona... bueno ya sabes —añadió azorada.

—Ah, una cita sentimental, quieres decir.

—Sí.

—Seguiría sin importar. Pararía un momento, hablaría contigo y luego seguiríamos —bromeó él.

—Anda cállate.

—O incluso, podría hacer las dos cosas al mismo tiempo.

—No sigas, ¿vale? —protestó Bella, que no le gustaba el cariz que tomaba la conversación.

—Vale, no sigo —contestó entre risas.

—James.

—Dime.

—¿Cuándo vuelves?

—¿Me echas de menos? —preguntó riendo, aunque por dentro estaba tenso.

—Pues... sí —hubo una pausa.

Ninguno dijo nada.

El hombre esperó.

Se estaba acostumbrado a esperar en todo lo relacionada con esta mujer, que le quitaba el sueño

—James.

—Estoy aquí. Aun tardaré un poco. Tal vez una semana. No vas a decirme todo lo que has hecho estos días.

—Oh, lo mismo de siempre —contestó sin ganas.

—¿Has ido al bar de Eddie?

—¡Nooo! —contestó sorprendida.

—¿Por qué?

—Porque espero a que vengas tú.

—Ya.

—Me dedico a escribir, como todos los días, aunque estos últimos no rindo lo suficiente. Pero ahora que sé que estás bien, podré volver a la normalidad. Esta mañana he estado en el rancho y he aprovechado esa piscina tan maravillosa que tienes. Aunque Bárbara dice que es un lujo excesivo, pero menudo lujo tan estupendo —añadió pensando en esa media hora que había estado nadando, con el agua a la temperatura perfecta—. De todos modos, te diré, que tengo que emplear la fuerza bruta para poder hacer mi voluntad y no lo que Bárbara desea. Esta mañana después de nadar, iba a escabullirme hasta mi coche, y antes de poder hacerlo me ha enganchado del brazo y he tenido que quedarme un par de horas con ella, escuchando sus quejas y sus ensoñaciones. La verdad, es que no me ha importado mucho, porque como no tenía muchas ganas de escribir... también le he preguntado por ti, y me ha contestado con un gruñido, que ella no es tu niñera —respiró—. ¿James?

—Sigo aquí, nena.

—Soy una pesada.

—Eres encantadora —añadió gravemente.

—Y tú un caballero.

—Bella, ¿por qué no vas esta noche al rancho?

—¿Esta noche? ¿Estás loco?

—Podrías darte un baño. Por la noche es mejor que por el día. Ves las estrellas a través del techo de cristal.

—James, ¿por qué me dices esas cosas? —preguntó nerviosa.

—Bella.

—¿Qué? —cada vez estaba más nerviosa. Algo raro pasaba, pero no sabía el qué.

—Mira por la ventana —ordenó.

Ella se movió en el sofá y dirigió la vista a la ventana. Unos faros iluminaban el camino y se acercaban a la casa.

—James, no me asustes —murmuró sin distinguir el coche que se acercaba.

—No te asusto, preciosa. Sólo quiero que te vengas conmigo al rancho.

—¡Oh! —exclamó mientras dejaba el auricular sobre el sofá y salía al porche y de este, afuera.

El Corvette paró y James salió mostrando una radiante sonrisa.

—¿Qué? ¿Vienes? —preguntó.

Ella con su pijama de seda azul cielo y sus zapatillas de estar por casa, bajó las escaleras y se acercó temblorosa hasta él.

—James, has estado todo el tiempo aquí.

—¿No me das un abrazo? —ella abrió los brazos, se acercó y rodeó la cintura del hombre.

James sintió como esos pechos se aplastaban contra su estómago. Tragó saliva; quería cogerla y saborearla entera. Quería besarla y tocarla, pero lo que hizo fue separarla ligeramente, para que el contacto no fuera tan pleno.

Bella pensó que su amigo se sentía incómodo por su condición.

—James, cuánto me alegra verte.

—Ale, pues vamos.

—Pero James, esto no es correcto.

—Nadie te ve. No estás en San Francisco. Eres mayor de edad y somos buenos amigos, ¿qué hay de incorrecto?

—Pues... no sé —él la tomó de las manos.

—¿Tienes miedo? ¿No confías en mí?

—No, no. Eres mi amigo. Confío plenamente en ti.

—¿Entonces?

—Bueno, vale. Voy a cambiarme.

—No es necesario. Coge un traje de baño a no ser que quieras bañarte desnuda.

—De eso nada —contestó muy seria.

—Te espero impaciente —añadió con una sonrisa.

Se desnudó en un santiamén y se colocó el traje de baño. No le preocupó lo escotado que era de arriba y lo subido que era de pierna. No se le veían las cicatrices y era perfecto. Eso bastaba. Se metió dentro de unos pantalones de algodón beis y un jersey negro con su chaquetita a juego, unos mocasines, la bolsa de aseo con su pijama. Dejó el auricular del teléfono fijo en su sitio. Apagó las luces y cerró la puerta sin echar la llave. Se montó en el coche y James admiró lo bonita que estaba con cualquier tipo de ropa. Ella, notando ese escrutinio e interpretándolo incorrectamente, habló

—No pensarías que iba a ir en pijama.

—Por supuesto que no —contestó mientras conducía por la carretera.

La carretera que llegaba al rancho Hazzard, moría en la entrada del rancho Hazzard. Bella se fijó en la señal que indicaba que esa carretera se

acababa, escuchando la música que sonaba en el cd del coche. Lamentó que el trayecto durase tan poco. Se encontraba en el séptimo cielo. Al lado de un hombre que la protegía y miraba por ella. Era casi perfecto. La ensoñación acabó cuando James metió el coche en el garaje. Le abrió la puerta, le dio la mano y se dirigieron a la piscina cubierta. Atravesaron toda la casa, hasta llegar a la bóveda de techo de cristal blindado que cubría la inmensa piscina. Las luces se iban encendiendo según pasaban, pero eran luces para ver y evitar tropiezos, pero no para deslumbrar. James se dirigió al vestuario y se puso un bañador, de los muchos que tenía. Salió y fue en busca de Bella. Seguía con la ropa puesta.

—¿Todavía así? —preguntó, provocando que la chica diera media vuelta y lo viera.

Ella se quedó muda. Tenía un cuerpo perfecto. Esos cuerpos sólo se veían en los modelos, algunos actores y muchos culturistas; pero no era lo normal en los multimillonarios. Tenía la musculatura justa, ni poco, ni en exceso. Los pectorales se le marcaban de una manera provocadora, y el estómago parecía una tabla de chocolate. Duro, con esas marquitas que parecía un casillero. Y las piernas eran dos columnas, largas, tensas, fuertes, de deportista. Y el bañador se marcaba sobre sus genitales de una manera... dejó de mirar. Se había puesto colorada, lo notaba. Dio media vuelta. De espaldas a él, se fue desnudando. Primero la chaqueta, luego el jersey, después los zapatos y por último el pantalón. James devoró el hermoso cuerpo, la bonita espalda, el precioso culo y las esbeltas y largas piernas que ya conocía, y que había tocado. Ella se volvió muy seria.

—Ya estoy lista —James, para romper el hielo y evitar que ella se pusiera más nerviosa de lo que estaba, y también para evitar que su mente calenturienta obligase a poner en movimiento su cuerpo de cintura para abajo, dijo con una suave sonrisa:

—Eh, vamos a juego —mirándose los trajes de baño negros.

—Sí —susurró ella.

—Venga, te echo una carrera —diciendo esto, se tiró al agua—. ¡Vamos! —le gritó.

Ella riendo, corrió y se zambulló.

Así estuvieron durante un buen rato. Nadando, persiguiéndose, dándose aguadillas... agotándose. Bella disfrutó como una chiquilla. Recordó las pocas veces que se había bañado con su padre en el mar o en la piscina, y habían jugado de ese modo, hasta que la madre, celosa de no ser el centro de

atención, llamaba al esposo requiriendo su presencia.

Agotados, salieron del agua. James rodeó el cuerpo de Bella con una enorme y esponjosa toalla y él se colocó otra más pequeña, por la cintura. Llevaba el pelo algo más largo y se le hacían suaves ondas, que acababan en rizos sobre la nuca. La llevó hasta un sofá de mimbre con grandes cojines mullidos y se sentaron.

—¿Tienes frío? —las gotas de agua seguían en su tórax y vio como ella las miraba embobada.

Las gotas o su cuerpo. Pero enseguida elevó los ojos, esos ojos maravillosos y un rubor se instaló en sus mejillas.

—No —contestó sonriendo—. Hace una temperatura ideal, dentro y fuera del agua. Debes de gastarte una fortuna en calefacción —él no contestó, pero no apartó los ojos de ella—. Me lo he pasado de fábula. He recordado cuando de pequeña jugaba con mi padre en el agua. No fueron muchas veces, la verdad. Lo había olvidado. Creo que a mi madre le molestaba que me prestara mucha atención —dijo con lágrimas en los ojos.

Él tomó la barbilla entre sus largos y fuertes dedos y limpió las lágrimas que iban cayendo.

—Shhhh, no llores. Muchas veces la vida no es como uno desea, pero hay que seguir adelante. Hay que tomar otros caminos, cruzar otros puentes, hasta llegar a un estadio de tranquilidad y paz, que tal vez no dure mucho. Y comenzar de nuevo. Siempre es así.

—Sí, tienes razón. Pero cuesta, cuesta mucho y aunque llegues, el pasado te persigue y no te deja olvidar.

—¿Me dejas que te abrace? ¿Me dejas demostrarte que hay por lo menos una persona que no quiere hacerte daño y que te quiere?

—Oh, James —contestó lanzándose a sus brazos—. Ya sé que no me harás daño. Me lo estás demostrando cada momento que estás conmigo. Y te lo agradezco. No sabes cómo te lo agradezco.

—Pues entonces, cástate conmigo —ella, que descansaba la cabeza en el fuerte pecho, no se atrevió a moverse.

¿Había oído bien? ¿Le estaba proponiendo matrimonio?

—¿No me contestas? —preguntó separándose de ella y mirándola a los ojos.

Ella parpadeó varias veces.

—Es que me dejas... no esperaba algo así... no sé qué te propones.

—Simplemente que nos casemos. Yo te protegería, te cuidaría.

Tendrías en mí, a un amigo, a un protector y para todo el mundo, un marido. ¿Qué me dices?

—Te refieres a un matrimonio de conveniencia —afirmó la joven, que seguía mirándolo sin pestañear, con las manos sobre esos pectorales duros como losas, pero suaves como la seda; aunque tuvieran bello.

Ella pensó que eran suaves como la seda más cara.

—Sería más que eso. Podrías viajar conmigo o quedarte en el rancho. Tendrías todo lo que quisieras. Podrías hacer todo lo que quisieras.

—Pero... pero... —repitió confusa y quitando las manos de ese cuerpo—. No sabes nada de mí. Yo, yo tengo cierta fama en San Francisco que... te podría perjudicar. Oh, James, esto es ridículo.

—¿Por qué? Tu vida anterior no importa y sé todo lo que tengo que saber —ella lo miró con sus grandes ojos.

—¿Qué... qué sabes? —preguntó asustada.

—Qué más da, Bella. El pasado, pasado está. Nosotros podemos llevar una vida en común sin importarnos el qué dirán. Yo no tengo pensado hacer carrera política, así que me importa poco que alguien venga con chismorreos —ella se quedó sin habla.

Tenía que reconocer que le seducía el plan. Ser la esposa de James, cuidada por él, respetada por él, protegida por él y no tendrían que hacer vida marital. Él lo había dicho: un matrimonio de conveniencia; ¿o lo había dicho ella?

—¿Qué contestas? —preguntó impaciente.

Ella, sin dejar de mirar ese rostro perfecto, pensaba que era el hombre más atractivo que hubiera visto en su vida. Como decía Cindy, está para comérselo.

—Pero... serías discreto en tus... en fin, tus... cosas —James no podía creer que fuese tan ingenua, que se hubiera tragado tal patraña, lo de su homosexualidad, sin haber investigado más, sin haber desconfiado. Tal vez su subconsciente quería eso.

—Por supuesto nena. Eso no tienes ni qué dudarlo —claro, pensó ella, así se evitaría tener que acostarse con otras mujeres.

Teniendo una esposa no era necesario estar con unas y con otras.

—Creo que necesito algo de tiempo para pensarlo.

—¿Cuánto? —preguntó sin querer mostrar su impaciencia.

—Pues... cuando pase el verano.

—¿Tanto? —casi escupió la pregunta.

Quería tenerla cuanto antes, no después del puto verano.

—No es tanto, James.

—De acuerdo. Como quieras. Pero antes de que acabe el verano, mucho antes, necesito una contestación. Si es sí, cuando acabe el verano, a finales de septiembre nos casaremos.

Isabella no dijo nada.

Se sentía abrumada, confusa, nerviosa y al mismo tiempo alegre. Era una contradicción, lo sabía, pero era como se sentía.

—Mañana me voy otra vez —no quiso decirle que se había acercado solo para verla—. Volveré para el cuatro de julio o tal vez antes. Entonces me darás una contestación y podré ir diciendo por ahí, que estamos prometidos y que nos casaremos en septiembre.

—Si te digo que sí —le corrigió ella.

—Por supuesto —no quería contradecirla, no quería que esto se torciera, no quería asustarla, pero la mirada que mostraba era tan brillante, tan profunda, seguramente un poco amedrentadora, que vio como ella temblaba ligeramente.

Mostró una sonrisa torcida, y ella sonrió nerviosa. Cuando la mano de él, se elevó y le acarició delicadamente la mejilla, ella soltó el aire que tenía retenido y contestó:

—De acuerdo. Dentro de una semana te daré la contestación.

Esa noche, en la habitación que dormía siempre que estaba en el rancho, le costó conciliar el sueño. Se imaginó cómo sería la vida al lado de ese hombre tan atractivo y tan misterioso. Hasta qué punto afectaría en la relación el hecho de ser homosexual. Conocía varias parejas en esas condiciones. Ellas lesbianas, ellos homosexuales, ellas heterosexuales, ellos homosexuales; pero nunca se le pasó por la cabeza que ella pudiera pertenecer a esos grupos *especiales*.

Ella no se consideraba lesbiana, simplemente había tenido algunas relaciones con mujeres, porque no se atrevía con los hombres y quería tener sexo de una forma que no fuese con ella misma, pero a ella no le gustaban. A ella le gustaban los hombres, le gustaba James, pero tenía un miedo terrible, enfermizo a las relaciones con el sexo opuesto, a la penetración.

Estaba convencida de que iría envejeciendo sola y amargada. Ahora tenía la ocasión de cambiar ese destino tan triste. No es que le sedujera ser la esposa de un gay, pero, a fin de cuentas, todos no eran como James. Él no tenía

pluma, no se le notaba nada de nada. Y nadie lo sabía. Era de esos hombres, que jamás saldrían del armario. Nunca. Además, no se imaginaba casada con un hombre hetero. En el sentido pleno de la palabra. No. Eso jamás.



19

Ni que decir tiene, que a la primera y a la única que se lo comunicó fue a Cindy. Esta pegó un grito por el teléfono.

—Oh, Bella, eso es genial, genial.

—¿Tú crees? ¿Estás segura?

—Pues claro. Nosotras no somos de pueblo, estamos acostumbradas a todo. Vivimos en San Francisco, nena, la cuna del mundo gay. El tipo de matrimonio que te ha planteado James, no es nada nuevo, lo sabes de sobra. Conocemos varias parejas así; acuérdate de Celine y de Jack, o de Roxette y Roger. Además, con la diferencia de que ellos no lo ocultan, pero vosotros seréis diferentes.

—Ese es el problema, Cindy. Si acepto esta propuesta deberemos aparentar algo ficticio. Tendremos que guardar las apariencias y mostrarnos como una pareja tradicional. Ya sabes... ante todos. Ante Bárbara, ante la gente del pueblo, en la ciudad...

—Pues mejor, qué quieres que te diga. Será más emocionante. En realidad, cuando ves a una pareja que ella es lesbiana y él homosexual, no les tienes envidia. Piensas que son una sociedad, una empresa... un convenio que han hecho entre ellos, y todo el mundo está enterado. Y si ves a una mujer hetero casada y enamorada de un gay, sientes lástima, porque imaginas lo que tiene que ser estar enamorada de un homosexual sin saberlo. Pero en vuestro caso, podéis pasar por un matrimonio normal y eso tiene que ser más divertido. Será como si sólo vosotros supierais el secreto. Y en tu caso, querida, debes de valorar lo que te puede tocar en suerte. Un hombre que es todo un caballero, que está forrado para ocho vidas, que está que se rompe de bueno, porque mira que es guapo el cabrón...

—Cindy, no hables así —le reprendió Bell.

—Pero es verdad. Es el tío más guapo y más varonil que he visto en mi vida.

—Sí —contestó pensativa—. La verdad es que es muy atractivo, pero es gay.

—¿Y qué? Eso es un detalle sin importancia. Para ti es lo ideal. ¿Te

imaginas lo que dirán por aquí?

—No lo quiero ni pensar.

—Dirán que un ranchero de Montana te ha descubierto la feminidad, te ha enseñado a ser mujer, a valorar las partes ocultas de un hombre. Y no te digo nada cuando sepan su nombre, entonces dirán que has ido a pillarlo.

—Anda, cállate y no digas más tonterías.

—Bueno, tú sabes que es cierto. Que las lenguas se dispararan, sobre todo la de Aretha.

—Sí, eso es cierto. Será un problema.

—De eso nada. La gente pensará que no se quiso acostar con ella, porque ya estaba liado contigo y encontrarán gracioso que lo tildara de maricón. Ya me encargaré de que se entienda así. De todos modos, Aretha no es tonta y no creo que tenga ganas de meterse en líos. Una demanda de un multimillonario sale muy, muy cara.

—Ufff—resopló Bella—. Has pensado en todo —si tú supieras, pensó la amiga.

—No seas tonta, nena y aprovecha la ocasión. Sabes que tengo muy buen ojo con los hombres, y con lo que he tratado a James, sé que es un tío cojonudo. Puedes estar tranquila —hubo unos segundos de silencio entre ellas.

—Siempre queda el divorcio, si la cosa se hace insostenible —sentenció con un suspiró, mientras miraba por la ventana, el verdor de los hermosos abetos.

—Claro. Es en lo último que se debe pensar, pero desde luego es la solución final si no quieres seguir con la farsa.

—Sí —afirmó sin convicción. Cindy al otro lado de la línea carraspeó.

—Oye, ¿has visto el último WORLD?

—No. Sabes que no leo revistas —sí, ya lo sé, ni revistas, ni programas basura, etc., ese fue el pensamiento de Cindy.

—Pues en la página cuarenta y seis, viene el señor Hazzard de la mano de una deslumbrante modelo negra, entrando en el hotel Plaza de Nueva York.

—No fastidies. ¿Quién? ¿Charlotte Cardin?

—Has dado en el blanco, bueno, en la negra.

—Vaya, no pierde el tiempo.

—No —contestó Cindy—. Pero ese no es tu problema.

—Ya. ¿Crees que se acostará con ellas?

—Por supuesto. No lo dudes. Una fama de Don Juan no se mantiene del aire. Y él tiene mucha, mucha fama.

—¿Crees que le costará trabajo?

—Que preguntas más tontas haces, Bell. Un polvo es un polvo, un orgasmo es un orgasmo, con hombre o con mujer. Contando que no sea bisexual, que entonces ya ni te cuento. Y me juego lo que quieras a que esos putones se la chupan de cojones y eso a los tíos les gusta seas gay o no. Y hasta puede que le dejen dar por detrás —Cindy hizo una pausa, pero Bella no dijo nada. La sonrisa era de oreja a oreja. Se estaba imaginando la cara de su amiga—. ¿No dices nada?

—¿Qué quieres que diga? —preguntó Bella, un tanto malhumorada.

—Pues que el sexo es así. Todavía hay muchas parejas que lo hacen del modo tradicional, ella abajo y él arriba, pero gracias a Dios muchas hemos cambiado y hay ciento de posiciones y cientos de maneras de satisfacer, incluso a un homosexual o una lesbiana.

—Vale, Cindy, no sigas por ese camino.

—Está bien, no sigo, pero cuando quieras hablar estaré dispuesta a contarte todo lo que sé.

—Gracias, eres muy amable —contestó irónica.

—Bueno, ¿te casarás con él? —preguntó impaciente, sin dejarle contestar añadió—. Por lo menos dejará de salir en las revistas con otras mujeres —ese comentario picó a Bella.

—Sí, me casaré con él —Cindy emitió un grito de alegría que pareció más un grito de guerra.

—Cuando se entere el cabrón de Sanders le va a dar un infarto —terminó Cindy.

Esa misma tarde, se fue a Helena. Condujo su Jaguar más rápido de lo habitual y no puso música. Cuando llegó, fue derecha al Dover y reservó una habitación. Los empleados, desde el botones más joven hasta el director, habían recibido la orden de que la señorita Lewis fuera tratada como alta personalidad y que no le cobraran la habitación. No les costaba ningún trabajo, tratarla como a una princesa. Era tan hermosa y tan encantadora que, si la comparaban con otras mujeres que acompañaban al multimillonario, como Cameron Porter, salía siempre ganando. No era pretenciosa, ni orgullosa, y siempre tenía una sonrisa amable y una palabra ocurrente para cualquier de los empleados.

—¿Una noche, señorita Lewis? —le preguntó John, el recepcionista de turno.

—Sí, John —contestó con una sonrisa preciosa.

—¿Quiere que le reserve mesa en el comedor habitual?

—No. Tomaré cualquier cosa en la habitación. John, ¿puedo encontrar cualquier periódico o revista en el hotel?

—Por supuesto, señorita Lewis. ¿Qué periódico o revista desea? —preguntó solícito.

—Todos —contestó gravemente.

—¿Todos? —repitió un tanto extrañado.

—Todos los de esta semana... o los que pueda conseguir.

—Veré lo que puedo hacer.

—Si es molestia, saldré a buscarlos yo misma.

—¡Oh, no! Por favor. ¿Va a estar en la habitación?

—Sí.

—Bien, enseguida se los subirán.

—Muchas gracias, John. Es usted muy amable.

—De nada, señorita Isabella —contestó con una amplia sonrisa. A los quince minutos, llamaban a la puerta.

Bella abrió y se encontró con el rostro sonriente de Michael.

—Aquí tiene, señorita Isabella —dijo al tiempo que entraba con una bandeja llena de periódicos y revistas—. Le traigo todo lo de este mes.

—Gracias Michael —sonrió dándole un billete de diez dólares que el joven se lo guardó en el bolsillo y fue haciendo reverencias hasta la puerta de la habitación.

Bella sonrió ante el gesto del chaval, para olvidarse de él al momento y ponerse a mirar todos los ejemplares.

Una hora más tarde, sentada sobre la cama con las piernas cruzadas, retiraba todo el papel sobrante y cogía entre sus manos las hojas arrancadas. Caray, pensó, salía en casi todos. Unos por asuntos financieros: bancos, acero y hoteles, en este tema se hacía mención al nombre de los hoteles Dover, llamándose así, por los acantilados de esa ciudad inglesa, pues las fachadas de todos los hoteles Dover eran de piedra caliza.

Isabella vio mentalmente la fachada del hotel donde se hospedaba, esa piedra casi blanca, en contraste con el cristal y la madera tratada de las ventanas. Habría estado en Dover, viendo esos impresionantes acantilados y decidió que las fachadas serían de caliza y se llamarían Dover, se preguntó la

joven... continuó con lo que tenía entre manos, y siguió abrumándose ante toda esa información: minas, edificios, pozos petrolíferos, alta tecnología, más edificios, arquitectura de esos edificios y luego las páginas de sociedad. ¿Cómo no se había fijado antes, años atrás? Ella ojeaba poco las revistas, bueno, casi nada, los periódicos algo pero nunca reparó en el hombre de negocios llamado Hazzard, que nunca posaba para las cámaras y que incluso parecía molestarle.

Miró por décima vez la foto con la modelo de color, entrando en el Plaza. ¿Quién resultaba más impresionante, él o ella? Él, sin dudar. Y en otra foto, una congregación de arquitectos, también en Nueva York y con la misma mujer. Se fijó en el despampanante vestido que llevaba ella. La apertura de la falda le llegaba casi hasta la ingle y el escote hasta el ombligo. Claro, los pechos eran pequeños, no tenían mucho que ocultar.

Cogió rápidamente otra foto, esta con Cameron Porter. Blanca como la leche, rubia como la miel, delgada como un junco, pelo como un muchacho, pechos pequeños... ¿las escogería por ese físico determinado? La negra llevaba el pelo largo y liso, pero eran extensiones o peluca. Tal vez le gustaban delgadas como muchachos.

Se levantó de la cama y se dirigió al espejo. Fue quitándose el chino beis, la camisa azul cielo, y se miró en bragas y sujetador. Ella era delgada, desde luego, no tenía ni un ápice de grasa. Pero sus pechos eran grandes, duros, pesados... medían noventa y siete centímetros. Tenía la cintura pequeña, pero no era de caderas estrechas. No podía pasar por cuerpo de muchacho, eso estaba claro. Volvió a la cama y tomó otro recorte. Este era con una sureña de la alta sociedad, en un cóctel en Washington. Pelirroja y menuda, hija de un magnate del acero.

—Joder con James —murmuró enfadada, sin dejar de mirar los recortes.

Los juntó todos y los guardó dentro de su pequeña maleta, dejando fuera los financieros.

“Hazzard compra terrenos en Manhattan para construir un edificio de apartamentos” “El multimillonario Hazzard se asocia con Al Carpenter para construir barcos” “James Hazzard es premiado por su trayectoria como arquitecto” “¿Quién dijo que hay alguien más importante que Hazzard Ellis? ¿El presidente? Tal vez, pero el presidente vive mandatos, Hazzard vive eternamente” “Hazzard compra un viejo edificio en Washington para

remodelarlo y convertirlo en hotel” “El archimillonario James Hazzard Ellis inaugura el museo de arte contemporáneo Balboa Memorial. El impresionante museo diseñado por este genial arquitecto, ha dejado impresionados a todos los asistentes al acto. El edificio va a ser otro de los lugares, a ver y admirar, por los turistas y no turistas que visiten la ciudad. Según hemos podido ver se trata de un edificio que no rompe la armonía de la arquitectura imperante en la ciudad, pero deja a todos con la boca abierta porque se sale de lo convencional. Un edificio de mármol, cristal y acero, mezclado de tal manera, que uno sólo percibe la magnificencia del edificio. Luz a raudales, lujo por todas partes, sencillez en cada ángulo, en cada recodo, en cada pared, para que pueda destacar cada cuadro o escultura expuesto, y al mismo tiempo todo el edificio en sí, que es como una obra de arte. Y por supuesto, igual que el genial arquitecto, idea hermosos edificios, se deja rodear de bellezas impresionantes como la modelo Cameron Porter, que lo acompañaba en esta ocasión. Pero, ¿tendrá pensado, el multimillonario, casarse con Cameron? ¿O acaso la elegida sea otra? Estoy seguro- continuaba el periodista-, que cualquiera de ellas se sentiría sumamente complacida de ser la elegida. Pero, ¿y él? ¿Las quiere a todas? ”..

Isabella dejó de leer. Estaba estupefacta. ¿Era el mismo James que ella conocía? ¿Sabían en el pueblo quién era realmente, James Hazzard? Tenía que reconocer que era un hombre muy seguro de sí mismo, o por lo menos lo parecía; pero no era nada estirado ni se mostraba superior a los demás. En lo que ella se había fijado, el trato con las gentes del pueblo era de amistad con muchos, de amabilidad con todos, de gentileza y caballerosidad.

Las ropas. Fue otra vez a la maleta y sacó todos los recortes. Con la modelo de color, él iba vestido todo de negro, sería para no desentonar con la piel de la mujer, pensó agriamente. Pantalón negro, camisa negra abotonada hasta el cuello, sin corbata y sin chaqueta. ¡Uff! Le sentaba de miedo. En la congregación de arquitectos, llevaba un esmoquin de alta costura, ponía en el pie de foto, con una camisa blanca y los botones, minúsculos diamantes. Caray, se dijo a sí misma, dejándose los ojos pegados en la foto. En otra, un abrigo gris oscuro, remarcando su larga y fuerte silueta, gafas oscuras y pelo echado hacia atrás con fijador. En la del Balboa, luciendo unos dientes, blancos, perfectos, una sonrisa arrasadora y unos ojos hipnotizadores. Y otra camisa de seda negra, que se le ajustaba sutilmente a los potentes músculos, y

pantalón negro con una caída impecable, que obligaba a fijarte en esas caderas fuertes y estrechas.

¿Pero cómo podía haberse pasado este hombre por alto? Desde luego se movía más en la costa Este y el medio Oeste, pero aun así... Realmente y para ser justos, ella miraba los periódicos muy deprisa; las revistas no solía mirarlas, a no ser que alguien de la editorial hiciese algún comentario de algún artículo en especial. Y si se trataba de cotilleos, ella pasaba del tema. Por otra parte, no admiraba la vida de los ricachones. Eran una especie que ni le interesaba ni le molestaba.

Al publicarse su primera novela, todavía le interesó menos. Sólo existía su mundo y el de la editorial. Ella escribía sus columnas sobre decoración y jardinería, el resto del tiempo lo utilizaba para recabar información para sus novelas. A Sanders no le importaba. El sólo quería beneficios. Y ella le daba beneficios. Si se casaba con James, todo su mundo cambiaría. Saldría en la prensa, tendría que asistir a actos sociales, fiestas, celebraciones, viajes... ella podía hacerlo. No era fea, tenía un cuerpo bonito, por lo menos vestido y James podría llevarla con orgullo, sino no se lo habría pedido. Y esas tipejas dejarían de arrimarse a él. Porque una cosa estaba clara y se lo iba a decir muy clarito y muy alto; si se casaban no iba a consentir humillaciones de ningún tipo. Sí, tendrían que poner las cosas en su sitio o no habría boda.

Esa noche, cambió de opinión y decidió cenar en el coqueto comedor. Sí. Ahora que había decidido dar un paso tan importante, le apetecía dejarse ver. El problema era que no había traído ropa adecuada. Bajó al vestíbulo, y se dirigió a la pequeña boutique, donde buscó y rebuscó, escogiendo una falda lápiz negra, por la rodilla, con una tira fina de lentejuelas bordeando los costados y un jersey fino de cuello de pico y sin mangas de color crudo, con minúsculas lentejuelas rodeando las sisas y el escote. Adquirió unos zapatos negros, cerrados por delante y con tira al talón, de tacón alto y ligeramente grueso. Lo completó todo con un pequeño bolso, rígido y negro.

Cuando estaba terminando de cenar y después de haber hecho desistir a varios hombres que intentaron entablar conversación con ella, se acercó a su mesa una bella mujer de más de sesenta años, cabello blanco, ojos verdes, alta y delgada, que se presentó como Karleen Wallace, amiga de James. Isabella, curiosa, le pidió que se sentara a su mesa y tomaron una copa.

Pudo comprobar que era toda una señora, con mucha clase y estilo.

Vestía ropa de alta costura y lucía joyas escandalosamente caras. Tres anillos cubrían sus dedos, a cuál mejor. Diamantes, esmeraldas y rubís, todo mezclado. Orejas, cuello, muñecas y dedos, reflejaban los destellos de las piedras preciosas. El pelo blanco como la nieve, era natural. El rostro surcado de arrugas, mostraba la ausencia de estiramientos faciales; porque no le hacían falta. De su rostro emergía una belleza perfecta en su juventud y precedera en la vejez, con lo cual la hacía más digna y más hermosa. Estaba demasiado delgada, pero eso era gracias a la coca, que la tomaba habitualmente para superar sus dolencias de huesos, y otros trastornos físicos y psíquicos, además de fumar marihuana.

La mujer admiró la belleza dulce y misteriosa del rostro de la joven, en especial de esos ojos tan llamativos y la belleza voluptuosa de ese cuerpo lozano. Cuando preguntó al director qué quién era esa muchacha y él contestó que una amiga muy especial del señor Hazzard, a Karleen le picó la curiosidad. Con su carisma y su fuerte personalidad, no dudó en acercarse a la joven y presentarse ante ella. Hablaron durante un par de horas, y de ese modo, Isabella se enteró de que procedía de Nueva Orleans, de hecho, su acento sureño no la había abandonado; que se casó en Charleston, y que llevaba viuda varios años, que no había tenido hijos y que era amiga de James desde muchos años atrás.

La joven, encontrándose muy a gusto con la mujer, le contó que era periodista de San Francisco, que pasaría varios meses en Lowma y que estaba muy a gusto en Montana. Karleen no le preguntó qué se le había perdido a una mujer joven y bonita como un sol, en un sitio tan apartado como Lowma. Cada vez era más la curiosidad que sentía por saber que había entre James y esta hermosura.

—Querida, he visitado muchos sitios... y muy divertidos, pero no sé por qué extraña razón sigo viviendo en Helena.

—Tal vez sean muchas cosas. Su lejanía con todo, su belleza deslumbrante, su cielo, su gente, su paz — Karleen se dejaba seducir por esa voz dulce y cadenciosa.

Era realmente hermosa, pero es que también era sexy, muy sexy. El pelo resultaba tan tentador de tocar. No lo evitó.

—Tienes un pelo precioso, querida. ¿Es natural? ¿No te das mechas? —preguntó cogiendo un mechón y frotándolo con los dedos enjoyados.

—No. Lo que ve es lo que hay —contestó con una sonrisa, sin acordarse de lo mucho que le molestaba que le preguntaran eso.

—Me recuerda al mío —mintió Karleen, soltándolo—. Cuando era joven, claro.

—Usted lo tiene precioso. Jamás he visto un blanco tan deslumbrante.

—Sí, la verdad es que sí —contestó orgullosa—. Hace unos años lo tenía gris y tampoco me quedaba mal, pero se fue poniendo todo blanco y me gustó —Karleen miró el reloj de platino y diamantes que llevaba en su enjoyada mano, y observó el que llevaba la joven.

Era sencillo, pero en ella resultaba ideal. No le hacía falta ninguna joya y ninguna llevaba, pero toda ella resultaba la más preciada joya de un sultán, pensó la mujer.

—Es muy tarde. Debo de acostarme. A estas horas mis huesos me recuerdan que no soy una niña —con una sonrisa iluminando sus llamativos ojos verdes, la miró con cariño—. La semana que viene, organizo una pequeña reunión de amigos en casa. Vivo muy cerca de aquí —sacó una tarjeta de su bolso y se la dio—. James siempre está invitado, supongo que te llevará, pero si no es así, espero que asistas. Es el sábado a las siete. ¿De acuerdo?

—Sí —contestó Bella, sin pensarlo.

—Estupendo —se acercó a la joven para besarla y Bella se levantó, procediendo a besarla en las dos mejillas, al estilo europeo.

Karleen aspiró el aroma a magnolia que desprendía la joven, y disfrutó con el contacto y el roce de esa piel tersa y suave, libre de los latigazos de la vejez.

—Encantada de haberte conocido, querida.

—Lo mismo digo, Karleen —Bella vio cómo se alejaba y se fijó en una leve cojera que no le había notado al principio.

El chófer de la señora Wallace esperaba en la entrada del hotel. Abrió la puerta a su jefa, y Karleen se acomodó en el asiento del Cadillac negro. El trayecto era sumamente corto, podría haber dado un pequeño paseo, pero sus huesos no se lo permitían. Cerró los ojos y pensó en esa criatura que acababa de conocer. Seguro que James se la estaba tirando. O tal vez no. Su instinto le decía que esta muchacha no era como esas modelos y niñas de papá con las que salía James. Bueno, salir, salir, era mucho decir. Ella seguía la trayectoria de James, desde antes de casarse con esa señorita del sur y sabía que no había llevado a ninguna mujer al rancho, con lo cual eso quería decir, que ninguna le interesaba al máximo. Ni tan siquiera Cameron Porter, que era de Helena. Pero esta muchachita vivía en Lowma. Qué extraño. De San Francisco y se viene a vivir a Lowma, y el rancho de James al lado. Estaba deseando ver a James, y

con solo ver el comportamiento del hombre delante de ese bombón, sabría lo que ocurre.



20

A la mañana siguiente, en cuanto llegó a Lowma, decidió pasarse por la gasolinera. Quería charlar con Stephen. Con la excusa de que el Jaguar le había hecho unos ruidos extraños, se quedó un rato.

—Pues el motor suena bien —dijo después de haberle echado un vistazo—. Aunque estos coches extranjeros... no sé. En cualquier momento... ya se lo dije a James cuando compró ese Mercedes.

—¿Sí? ¿Qué le dijiste? —preguntó tirándole de la lengua.

—Que como los coches americanos ninguno.

—Hombre, pero los Mercedes son buenos.

—Bah, tonterías. Cadillac, Ford, Chevrolet, Chrysler, Dodge, Mustang... cualquiera de ellos le da cien patadas a un europeo. Si este coche no hubiera pertenecido a tu padre, ¿a qué tendrías uno americano?

—Por supuesto —contestó con una adorable sonrisa.

—Pues ya está.

—James tiene muchos coches —dijo para tirarle de la lengua.

—Sí. Y muchas casas, mucho dinero y muchas mujeres —dijo con una sonrisa picarona.

—¿Todo el pueblo está al corriente de la vida de James? —preguntó con la sonrisa más encantadora.

—Pues claro, pequeña. James es un ídolo por aquí. Una leyenda. ¿Sabes que Willy guarda recortes de periódicos y revistas en las que sale James? —Ella movió negativamente la cabeza—. No, claro que no. Cómo ibas a saberlo. Willy es sobrino de Bárbara, bueno del marido. Se quedó huérfano a los siete años, sus padres y sus hermanos murieron en accidente de coche. Se crio en el rancho. James no quiso que le faltara de nada. Como no quiso estudiar, me lo colocó a mí para que aprendiera el oficio de mecánico —el viejo sonrió—. En realidad, el taller es suyo, el motel y la escuela, todo el pueblo es suyo. Pero no nos cobra alquiler, ni parte de los beneficios, nada. Tiene las escrituras puestas a nombre de todos nosotros o de los herederos, en caso de su muerte.

—¡No fastidies! —exclamó incrédula.

—Sí, sí, Así es James.

—¿El bar de Eddie, también?

—Sí. En realidad, todo perteneció al abuelo materno y antes al bisabuelo. Cuando él lo heredó, anuló los alquileres y mandó a sus abogados que efectuaran las escrituras a nombre de los beneficiaros.

—¿En serio?

—Sí, señorita.

—¿Las viviendas también?

—Todo, pequeña, todo. Pero te aconsejo que no comentes nada, porque es algo que no le gusta que se sepa.

—¿Por qué?

—Porque es un hombre más sencillo de lo que te imaginas, y aquí se siente especialmente bien. Con sus amigos, con sus vecinos, con sus gentes. El James Hazzard que recorre todas esas ciudades y se codea con esas gentes tan importantes, tan ricos como él, o no tanto, tan inteligentes como él, o no tanto —corrigió con una mueca—, no es el mismo que se encuentra en esta bendita tierra. Aquí es él mismo, aquí disfruta, vive. Y cuando digo aquí, me refiero a Montana. Lo mismo da Lowma, Helena, Anaconda o Billings. Montana. Y la verdad, no importa que conduzca coches extranjeros o americanos, para mí es como el hijo que nunca tuve.

—Vaya, Stephen. Eso es muy bonito.

—Pues sólo te he contado sus virtudes. Pero te diré que más vale no verlo enfadado, porque es como un león enjaulado, pero sin jaula.

—¿A sí? —preguntó un tanto suspicaz.

—Sí. Se le puede pasar pronto o durarle una eternidad; olvidarlo pronto o recordarlo toda la vida, pero es mejor no enfadarlo.

—¿Lo has visto así? —Stephen ríe ante la pregunta.

Viendo a la joven apoyada sobre el Jaguar y con los brazos cruzados sobre el pecho, parecía una niña preguntando para un trabajo escolar. Con una cola de caballo, el rostro sin una pizca de maquillaje y esos ojos tan impresionantes, parecía una chiquilla. ¿Dónde estaba esa mujer sofisticada que llegó de San Francisco?

—Más de una vez —contestó mirándola con cariño—. Recuerdo una muy fuerte. Fue con su padre, unos meses antes de morir. Estábamos en el rancho, yo había ido con James para arreglar unos remolques. Él había pagado todas las deudas que había contraído el padre y había tomado posesión de todo. Tendría... unos veinticinco años. John Hazzard salió a nuestro encuentro

y precisamente esa vez estaba sobrio. Comenzó a murmurar que no le parecía bien cómo llevaba el rancho, que no le parecía bien la pensión que le había asignado a su ex, ni cómo trataba a su hermanastra y siguió murmurando. En un principio, James no le hizo caso. Procuraba pasar de él, nunca se habían llevado bien. Pero tanto le calentó la cabeza aquel día, que se le hincharon los cojones, lo cogió por la pechera y lo puso de vuelta y media. Le dijo que era un cabrón, un hijo de puta, un desgraciado de mierda, un perdedor, un mal marido y peor padre, un canalla, un egoísta y no sé cuántas cosas más. En un principio, todos los que estábamos alrededor, nos quedamos de piedra. James, siempre había sido correcto con su padre; frío pero correcto. Pero el chico guardaba mucho rencor hacia él. Su madre, que en gloria esté, murió de cáncer cuando él tenía diez años y más de una vez fue testigo de los malos tratos verbales y a veces físicos del padre hacia ella. Pareció que en aquellos momentos él quería infringirle todos los males acaecidos a su madre fallecida. Cuando quise reaccionar, ya lo había soltado, produciendo en John un silencio sepulcral, y lo que más me llamó la atención... miedo en los ojos. Miedo de su hijo. Desde ese día no volvieron a dirigirse la palabra. Unos meses más tarde murió de un infarto.

—¿Por culpa de James? —preguntó con un susurro.

—No, cariño. John llevaba muy mala vida. Era alcohólico y un gran fumador. Se ganó a pulso esa muerte.

—Vaya. ¿Es violento?

—¿James, violento? —preguntó con una sonrisa, viendo la carita de preocupación—. No, criatura. No es violento. Pero un hombre tiene un límite y la paciencia se acaba. A James, de vez en cuando, le sale el temperamento Hazzard, pero normalmente es más Ellis.

—El dinero no da la felicidad —dijo más para sí misma, un tanto temblorosa.

—No lo dudes. Y espero que James la consiga algún día porque se la merece. De verdad que se la merece —repitió sin dejar de mirarla.

—Es triste —pensó en sus padres ausentes en vida y ahora y en la pena de tener un padre cerca, pero ausente todo el tiempo.

—Todo no es de color rosa. Eso lo sabe muy bien James. Su vida no lo ha sido. De pequeño fue un niño reservado y tímido; de joven siguió igual. Sus estudios y el rancho ocupaban su vida. Yo creo que tiene tan pocos momentos tranquilos porque él lo desea así. Ocupar su tiempo trabajando, viajando, dibujando, construyendo, haciendo mil y un negocios, parece que es lo único

importante. Yo siempre le digo que debería volver a casarse y tener hijos. Y con una mujer que se adaptara a él. Que no le diera problemas como la otra; pero se dedica a salir con esas tipas que no son buenas para él. Aunque en el fondo pienso que sólo las quiere para follar —cuando lo dijo, se dio cuenta con quién estaba hablando—. Lo siento Isabella. Perdona mi vocabulario.

—No importa, Stephen, no soy una niña. Estoy en el mundo real y vengo de una gran ciudad, ¿recuerdas? Además, yo opino como tú. Creo que sólo las quiere para eso.

—Pues sí, exactamente. Oye, ¿por qué no entras y te invito a un café?

—Vale —contestó sin dudarlo.

Estaba parlanchín y eso había que aprovecharlo. Ante la mesa de la oficina y dos tazas de café, le abordó con otra pregunta.

—¿Y la hermanastra? ¿Cómo es?

—Humm —sorbió un traguito—. Será de tu edad, más o menos. Quince meses después de morir la madre de James, nació. John estaba liado con Linda Cook años atrás. Emma y su madre, viven en Helena. En un apartamento de lujo que les regaló James. La hermana se casó a los veinte años con un camionero. A los dos años se divorció. Estuvo viviendo una temporada sola, pero volvió con su madre. No hace nada, es una vaga, igual que la madre.

—¿Por qué no viven en el rancho?

—Porque el rancho es de James. Él heredó la parte de su madre, que es la mayor, y la del padre la compró cuando liquidó todas las deudas, hipotecas y demás, que había contraído el padre con el juego y demás vicios. A parte, él no las quiere aquí.

—¿Y la madre?

—Ronda los cincuenta, está de buen ver. Una rubia teñida, que se ha retocado las tetas, cara, culo y no sé cuántas cosas más. Tuvo una época, después de morir John, que anduvo detrás del hijo. Pero James le tiene una tirria que no la puede ni ver —Isabella abrió los ojos como platos y los volvía a entrecerrar, con los comentarios de Stephen.

—¿Y la madre de James? —preguntó muerta de curiosidad.

—Martha —murmuró Stephen para sí mismo. En unos segundos, despertó de su ensoñación—. Se llamaba como la mujer de James. Pero ahí terminaba el parecido. La esposa de James, era una señoritinga del Sur que no se adaptó a estas tierras; además, bebía como un cosaco. Martha era una mujer especial. Cariñosa, dulce, tierna; demasiado blanda para un hijo de puta como John. Además, él no se casó enamorado, querían juntar los dos ranchos. James

Hazzard, el abuelo del nuestro, compró el que sería el rancho Hazzard, pero lindando a este, estaba el rancho Ellis, más grande y mejor. La pequeña Martha, era hija única. Diez años más joven que John. Los abuelos pensaron que sería una buena idea. Los Hazzard y los Ellis se llevaban bien, y la joven Martha estaba coladita por John. Porque en aquella época tenía la misma planta que James. Unos dedos más bajo y los ojos azules, por lo demás, iguales. Pronto se desengañó y comprobó que se había casado con un hombre que le gustaban todas las mujeres. Sufrió mucho. Su única alegría fue su hijo. De todos modos, fue fuerte y valiente. La herencia se la dejó a su hijo: su parte del rancho y mucho dinero. Fue gracias a que el viejo Ellis muriera después de que naciera el chico, y dejase todo atado y bien atado para que el chaval no perdiera su herencia en manos del golfo de su padre.

—Caray, qué historia —susurró Bella con las manos apoyadas en su lindo rostro—. ¿Tú conociste a Martha? —él la miró a los ojos y comprendió que James se preocupara tanto por ella y que llamara más a menudo para saber las correrías de la joven.

—Sí —afirmó con un suspiro—. Siempre estuve enamorado de ella. Aun la sigo queriendo y recordando muy a menudo.

—¿Has vivido siempre aquí? —preguntó con un murmullo para no romper el encanto.

—Casi siempre. Trabajé en el rancho Ellis, yo era algo más joven que Martha. Ella jamás se fijó en mí, ni en ningún otro. Sólo tenía ojos para John. Se casó muy joven, pero hasta los treinta o treinta y uno, no tuvo a James. Antes de eso hubo varios abortos. Yo estaba en Billings por aquellos años. Cuando nació el chico trabajaba para una empresa maderera y pasaba temporadas fuera. El pueblo era de Ellis y fue cuando alquilé el viejo taller que se hallaba en este mismo lugar, y me dediqué a una nueva vida y un nuevo trabajo.

—¿No te casaste?

—Sí, sí. Mi esposa murió hace unos años. Tengo dos hijas. Una vive en Helena y la otra en Toledo, Ohio.

—Supongo que tu esposa no lo sabía.

—No. Jamás se lo dije y nunca lo sospechó. Las únicas personas que lo saben, son James y ahora tú —ella lo miró con cariño.

—Te puedes considerar como el padre que debió tener.

—Me hubiera gustado ser el padre de James. Pero sería imposible. Sólo tiene los ojos y la boca de Martha. Lo demás es de John. Y el carácter:

una mezcla explosiva entre la bondad de la madre, la nobleza del viejo Ellis y el genio endiablado de los Hazzard. Y la inteligencia y esa capacidad de trabajo, realmente ni sé de dónde ha salido. Pero el temperamento... tiene mucho genio.

—Vaya. ¿Puede resultar peligroso?

—Sólo cuando le tocan las pelotas —contestó con una sonrisa.

—Ah, procuraré no hacerlo.

—Bueno, a lo mejor no le importa que tú se lo hagas —contestó burlonamente. Bella, sintió arder sus mejillas.

Pensó que el viejo Stephen se había pasado.

—Es una broma.

—Ya —contestó levantándose de la mesa—. Tengo que irme, Stephen, no te entretengo más.

—Es un placer hablar contigo. Cuando quieras saber, no tienes más que preguntar —Bella se paró en seco y miró al hombre de frente.

—¿Qué piensas de mí, Stephen?

Él la miró sonriendo y colocó un brazo sobre los hombros de la muchacha, llevándola hasta la salida.

—¿Qué opino? Pues te diré: al principio me dije, *huy*, una nueva amiguita de James o lo que es lo mismo, un putón. Después me dije, *humm*, una joven de San Francisco, no sé, no sé, con tantas modernidades que hay por esos sitios. Y ahora pienso que eres toda una señora, aparte de la más bella que he conocido, además de encantadora, simpática y la mejor jugadora de billar. Pero tengo que decirte, que cuando llegaron tus amigos negros, no me dieron buena espina. Pero, claro, luego pensé, en California hay muchos negros, es normal que tenga algún amigo de esos.

—¿Eres racista, Stephen?

—Depende, pero ese es otro tema. Ale, que tengo que trabajar —Isabella, en un impulso, no habitual en ella, besó la mejilla reseca del hombre.

Él, le abrió la puerta del Jaguar y vio como desaparecía tomando la curva de la carretera.



21

James llegó el mismo sábado que Karleen daba su pequeña fiesta. Su avión privado aterrizó a las nueve cuarenta y cinco y se fue derecho al hotel. Se volvió a duchar y se cambió de ropa. Se enfundó unos vaqueros y un polo de manga corta. Uno de los guardacoches del hotel le trajo el Mercedes SLK 230, descapotable de dos puertas, gris plata con la tapicería de cuero negro. Montó y pisó a fondo para poder ver a la joven que le estaba quitando el sentido. Podía haber ido en helicóptero y habría llegado antes, pero le gustaba conducir, y el trayecto de Helena hasta el rancho, lo disfrutaba de una forma especial.

Condujo pensativo. Temía la respuesta de Bella. Si le decía que no, le iba a costar mucho refrenar la lengua. Y cuando se desataba la ira dentro de él, temía lo que su boca hablara. Debía de controlarse. Sí era una negativa, debería convencerla por las buenas, con calma, con racionalidad, no debería emplear palabras de las que luego se arrepentiría. Pero lo que se encontró fue algo inesperado. Ella lo recibió con los brazos abiertos. Se dieron un abrazo y él deseó besarla, comerle esa deliciosa boca.

—Qué agradable es llegar al hogar —exclamó entre risas el hombre.

Bella, se derritió por dentro al oír esa voz profunda y masculina.

—Coche nuevo —dijo intentando ser indiferente, mirando el coche desde todos los ángulos.

—Lo tengo en el hotel. Casi nunca lo traigo por aquí.

—Es bonito. Muy bonito.

—Te gustan los coches —afirmó él, sin dejar de admirarla mientras ella miraba el coche.

—Sí, me gustan. Pero como mi Jaguar ninguno. Vamos a dentro. Te invito a un café —la siguió hasta la cocina, dejándose arrastrar por el meneo de ese culo precioso, que se moría por tocar.

Llevaba unos pantaloncitos cortos de algodón oscuros, y una blusita sin mangas rosa pastel.

—No vas un poco fresquita —dijo burlón.

—Estaba haciendo ejercicio cuando has llegado.

—Humm —murmuró sentándose en un taburete.

La observó moviéndose por la cocina.

Cogiendo el café y llenando la cafetera estilo europeo, para que saliera fuerte y negro. Estirando los brazos para alcanzar las tazas en el alto armario, echando el azúcar, poniendo la cafetera al fuego. Observó el suave vello rubio que cubría los esplendorosos muslos, los brazos suaves, delgados pero fuertes, los pechos maduros y grandes, entreabriendo ligeramente los botones de la blusa. Miró el grácil cuello y el largo y hermoso pelo, sujeto en una cola de caballo. Dios, estaba para comérsela. Entera.

Decidió ir directamente al grano y dejar de mirarla de esa forma, o se iba a empalmar en medio minuto.

—¿Qué has decidido? —preguntó gravemente.

Ella se paró un momento y desapareció de la cocina. La cafetera comenzó a llenarse y James la retiró al comprobar el contenido. Sirvió las tazas y se volvió a sentar esperando que la muchacha volviera enseguida. Entró con unos recortes en la mano y se los colocó delante de sus narices. Un tanto sorprendido, los cogió.

— ¿Qué es esto?

—Esto, forma parte de tu vida de soltero. ¿No es así? —preguntó muy segura de sí misma.

James, tomado por sorpresa, fue ojeando los recortes de periódicos y revistas. Se vio a sí mismo, con algunas de las mujeres con las que se acostaba o lo había hecho en alguna ocasión. Se había dedicado a recabar información sobre él. Eso estaba bien. Algo le tenía que importar cuando se había dedicado a buscar todos esos cotilleos y algún que otro artículo más serio.

—Pues sí, claro, forma parte de mi vida de soltero —dándose cuenta de por dónde iban los pasos de la joven.

—Y si nos casamos, no tendrás necesidad de... de estas mujeres — afirmó muy seria.

—No, desde luego que no —contestó, intentando no sonreír.

—Y tus otras relaciones, las mantendrías con total discreción — añadió, enrojeciéndose un poquito.

James tenía ganas de comérsela y decirle la verdad, pero se contuvo.

—Por supuesto —contestó muy serio sin dejar de mirarla.

Qué remedio, o le daba la razón o se iba todo a la mierda.

—Bien —añadió ella, sin dejar de mirar esos ojos grises que la estaban volviendo loca.

—Bien —repitió él—. Eso quiere decir, ¿sí?

—Sí —contestó muy seria.

James ya no guardó las ganas de reír. Mostró su bella sonrisa. Esa boca seductora, engancho a Isabella. Sin poderlo evitar, la imaginó besando a las mujeres de las fotos, para luego imaginarla besando una boca masculina. No supo qué le produjo más celos, un pensamiento u otro.

—Entonces ya lo podemos hacer oficial —dijo él, dejando los recortes en la barra de la cocina.

—Sí, pero con unas condiciones.

—Tú dirás —replicó sin dejar de mirarla. Sin cansarse de ella.

—Quiero una boda discreta. Nada de invitados, ni todo ese lío. Nosotros, un sacerdote y poco más. Yo soy católica. Bueno, a no ser que quieras una boda civil —añadió un tanto temblorosa.

—No. Yo también soy católico. Ven aquí. Deja que te abrace, no te voy a comer —ella se acercó y se colocó entre las piernas y los brazos de él.

La abrazó y le besó el cuello. Bella se sintió algo incomoda. Notaba la dureza del hombre contra sus muslos y no le parecía correcto. Se separó para que sus cuerpos no se rozaran, pero apoyó las manos sobre los fuertes muslos.

—Hay algo que deberías saber de mí antes de casarnos —dijo titubeante.

—No me interesa tu pasado —cortó secamente.

Ella miró la boca del hombre y tragó saliva. No quería hablar de su vida privada, pero tenía la sensación de que faltaba a la verdad y que algo así podría resultar malo. A la larga. O la corta.

—Pero yo sé de ti y tú... —él zanjó la cuestión.

—Mira, nena, vamos a casarnos. Lo que nos debe de importar es el futuro. Tu pasado es tuyo. Si algún día quieres contarme algo, hazlo, yo estaré para escucharte como amigo, como marido, pero no lo hagas para disculparte de algo o para acallar tus dudas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Pero si algún día te enteras y entonces me acusas...

—De qué voy a acusarte. No tengo motivos. Tengo buena memoria, recuerdo todo lo dicho, no me puedo llamar a engaño.

—Como quieras —añadió bajando la vista.

James se levantó del taburete y miró por el ventanal de la cocina. Los abetos rojos y los pinos ponderosa necesitaban una poda para el siguiente invierno. Los árboles tenían arreglo, pero esta relación se iba complicando por momentos. ¿Cómo podría mantener las manos alejadas de esta criatura que

lo excitaba y lo volvía loco de deseo? Se volvió hacia ella.

—Esta noche estoy invitado a una fiesta. Quiero que vengas conmigo. Quiero presentarte como mi prometida.

—Sí, como tú quieras —contestó sumisa, sin acordarse de que era la reunión de Karleen, ya que todos sus pensamientos iban derechos a ese hombre. A su voz, a su cuerpo, a su fuerte personalidad, a su seguridad. ¿Sería así con otros hombres, con otro hombre?

—Y creo que deberías vivir en el rancho. Estaré más tranquilo cuando esté de viaje.

—Pero estoy muy bien aquí —protestó ella.

—Puedes escribir aquí y por la tarde irte al rancho.

—Pero es que escribo mucho de noche.

—Pues te llevas el ordenador y punto. Es portátil, ¿no? —preguntó con una sonrisa.

—Sí —contestó de mala gana.

—Y rescindes el contrato de alquiler —ella lo miró sorprendida, sin saber cómo interpretar esa orden.

Qué le importaba a él, el contrato de esa cabaña. Y lo que era peor, ¿por qué le daba órdenes?

—Nena, esta casa es mía. No pensarás que la editorial va a estar pagando por una casa que es posesión del futuro marido de la inquilina. Desde luego no lo voy a permitir —Isabella se quedó con cara de tonta. Si el pueblo es suyo y el rancho también, la casa que está en medio, ¿de quién te crees que es?

—El lunes llamaré a Peter —dijo con voz trémula—. Aunque preferiría que lo hicieras tú. A Peter le dije cuando nos conocimos que ya estaba comprometida.

—Ah, el viejo Williams te tiró los tejos.

—Bueno, no exactamente, pero se le notó un poquito.

—No me extraña. Todos los hombres que te conocen o que te miran, te follan con la mirada.

—¡James! —replicó molesta, por el vocabulario y agrio comentario.

—Lo siento, preciosa. Algunas mujeres producen esos efectos en los hombres, otras tardan una eternidad en lograrlo, y otras no lo consiguen nunca. Tú eres de las primeras —ella notó como se excluía del grupo. Le dolió y se picó.

—Pues espero que no te comportes como un hombre de las cavernas.

No pienso dejar que controles lo que tengo que ponerme o como tengo que comportarme —la recorrió entera con esos ojos grises y ella se preguntó si cuando la miraba así, se estaría burlando de ella.

Era la mirada de un hombre excitado por la presencia de una mujer. James sonrió, rompiendo la tensión que se había apoderado de ellos.

—Tengo que decirte, que te pongas lo que te pongas produces los mismos instintos en un hombre. Y con relación a tu comportamiento, no tengo nada que objetar. Es el más exquisito que he conocido nunca —ella no supo que contestar.

Esos comentarios la dejaban fuera de lugar. Sin saber cómo reaccionar. Si hubiera sido uno de la calle, habría pasado de él; pero James la desarmaba. Era tan atractivo, tan correcto, pero al mismo tiempo le producía tanto morbo...

—Tengo que ir al rancho. Te recogeré a las seis.

—¿Debo estar vestida para la fiesta?

—No. Pasaremos primero por el hotel. Echa en la maleta algo bonito, aparte de ti.

Mirándose a los ojos, él deslizó los dedos por el rostro femenino, durante unos segundos.

Cuando retiró la mano, ella sintió el vacío, viendo como salía de la casa y subía al coche.

No supo por qué, pero sintió una congoja en el interior y soltó un suspiro al mismo tiempo que el coche desapareció de su vista.

Durante el viaje, ella le consultó que comportamiento debía de tener en el hotel y si debía seguir adquiriendo una habitación.

—Ya te he dicho que tu comportamiento es exquisito. Sigue siendo tu misma. Y a lo segundo, nada de habitación, dormirás en la suite. Estamos en el siglo veintiuno, no hace falta llevar las cosas hasta ese extremo. Además, sería de tontos, cuando todos saben que has estado más de una noche.

—Pero yo no pienso dormir contigo —dijo con un susurro. Él la miró divertido.

—¿Y por qué no?

—Porque no —contestó quejosa sin dar razón.

—Está bien. Dormiré en el sofá —zanjó la cuestión.

El resto del trayecto, transcurrió sin dirigirse la palabra. Una vez en el hotel, y después de saludar a los empleados que se encontraban de turno, se dirigieron a la suite, sin que James dejara de tocar a la hermosa Isabella. Su mano en la cintura, en el hombro o cogiéndola de la mano. Esto provocó comentarios entre los empleados, cuando ellos desaparecieron.

Cuando cinco minutos más tarde, James bajó y les dijo antes de irse, que todo lo que pidiese su prometida, la señorita Isabella, fuese cumplido al instante, las lenguas se desataron. Corrió la voz como la pólvora; los camareros y las limpiadoras se preguntaban si Cameron Porter lo sabría y todos los empleados masculinos, murmuraban la suerte que tenía el jefe. James volvió enseguida con un paquetito en el bolsillo, que había dejado en la guantera del Mercedes.

Al entrar en la suite, subió al dormitorio y se la encontró vestida y arreglada. Se había maquillado ligeramente. Los labios color vino lo incitaron a mirar con detenimiento esa hermosa boca, los ojos con una ligera sombra marrón y una suave capa de máscara de pestañas, parecían faros llamando al barco perdido, deseoso de llegar a tierra. Se había puesto el mismo vestido que llevaba, la noche que se presentaron ellos mismos, en la puerta de los aseos del bar de Eddie. El mismo vestido de la famosa partida de billar.

—¿Estoy bien así? —preguntó tímidamente.

No sabía por qué, con este hombre, ella perdía casi toda su seguridad.

—Estás muy hermosa —contestó roncamente.

Ella sintió temor al oír ese tono de voz. Ante el silencio y la mirada penetrante de él, movió nerviosamente las manos. Él, tomó una entre sus grandes manos y observó la falta de joyas.

—Son preciosas, elegantes —dijo acariciando esos dedos tan femeninos. Ella, cada vez más nerviosa, miraba esas grandes manos que envolvían sus dedos como si fuesen a desaparecer, y elevaba sus ojos hacia él con respeto y adoración, pero también con temor—. Reconozco que no necesitan ningún adorno, pero al mismo tiempo son las más indicadas para llevarlos —sacó el anillo del bolsillo, la cajita azul la había dejado en la entrada y colocó el diamante amarillo, montado en platino, de cinco quilates, en el dedo anular de la joven—. Espero que te quede bien sino se puede reducir o aumentar.

Bella miró el resplandor del carísimo diamante y comprobó que le quedaba perfecto. No sabía que él había llamado a Cindy y le solicitó la

medida.

—Pero si ella te rechaza, ¿qué harás con el diamante? —preguntó curiosa y entre risas.

—Y tú, ¿por qué sabes que será un diamante?

—Un hombre como tú, no puede regalar otra cosa para un anillo de compromiso. Y seguro que será de la Quinta con la cincuenta y siete —añadió, haciendo alusión a Tiffany's.

—Muy lista.

—Di, ¿qué harás con el anillo?

—Se lo regalaré a otra —contestó secamente.

No haría algo así. Había elegido ese color porque le recordaba el color de sus ojos, y siendo más caros que los otros, no le importó. Era ese. No deseaba otro. No quería pensar que ella lo rechazara.

Bella elevó el rostro, y miró a ese hombre que le producía tantas sensaciones y tan dispares.

—James, es precioso —él, no dejaba de mirarla.

El diamante le había costado cerca de quinientos mil, pero eso le traía al fresco. Solo deseaba que a ella le gustara, que se diera cuenta de que estaba dispuesto a darle cualquier cosa... con tal de conseguir lo que él deseaba.

—Me alegro de que te guste —su voz sonó áspera y más ronca de lo habitual. No quería que los nervios lo traicionaran, pero necesitaba besar a esa mujer, o moriría de un infarto—. ¿Puedo besarte? —Se sintió ridículo ante la pregunta.

Hacía siglos que no preguntaba eso a una mujer. Las besaba y listo.

—¿Crees que es correcto? —preguntó nerviosa.

—Sí. Estamos comprometidos y me gustaría saber a qué sabe tu boca —ella tragó saliva.

¿Saldría airosa de la situación? Y porqué deseaba besarla, ella no era lo que a él le gustaba...

Aun así, lo deseaba. Esa boca masculina era como un imán. Se quedaba como una tonta mirando esos labios y esos dientes blancos como la nieve recién caída... y esa lengua...

Baja de las nubes, Bella, baja de una vez.

—Bueno, pero debo decirte que... que no tengo mucha experiencia... —murmuró bajando la mirada y produciendo confusión en el hombre.

James colocó un dedo debajo de la barbilla y le levantó el rostro con suavidad. Pasó sus fuertes y largos dedos por las mejillas y con el dedo

corazón le entreabrió ligeramente los labios. Bajó la cabeza y posó su boca encima de la de ella. Suavemente se encontraron, y las partes internas y más sensibles de los labios, se juntaron en pequeños contactos. Todo lo hacía él; ella se mantenía quieta con los ojos cerrados. Saboreando ese contacto, disfrutando de esa ternura. Pero en un instante, gimió. James, aprovechó para penetrar con su lengua en la cálida cavidad. Bella se contrajo, pero no se resistió y James sin dejar de mirarla, rodeó el cuerpo con sus fuertes brazos, para comérsela entera.

Cogiendo un labio primero y luego otro, dando pequeñas lamidas y volviendo a coger los labios, uno por uno, y ella giró su cabeza, giró como un torbellino. Jamás la habían besado, ni hombre, ni mujer, y esto era como en las películas; mejor que en las películas. La boca de él era abrasadora, era lujuriosa, ardiente como un volcán. Su lengua era cálida, juguetona, estaba dentro de su boca, la llenaba por completo y notó como recorría todo el interior. Se sentía como en una noria y si los brazos del hombre no la sujetaran, caería al suelo de golpe.

Su cuerpo se estremeció y su mente creyó morir cuando él dejó la boca y comenzó a besar el cuello femenino. Unos pequeños espasmos, como calambres, la recorrieron desde los pies hasta la última terminación nerviosa del cerebro. De repente recordó que ese hombre era homosexual y despertó de su ensueño.

—Basta, basta por favor. Para ya, esto no es correcto —se quejó poniendo las manos sobre los fuertes pectorales, para separarse.

James observó la boca roja y un tanto irritada a causa del beso. Dios, ese beso lo había calentado hasta chamuscarlo por completo. Si ella no llega a pararlo, le habría hecho el amor ahí mismo.

—Todo es correcto en una pareja, nena. Nadie se va a enterar, a nadie tenemos de testigo, ¿qué más da? Podemos jugar, si nos apetece, ¿no? —preguntó retóricamente.

La dejó temblando y se fue desnudando para ir a la ducha. La tercera en el día, y esta no era por limpieza, era por necesidad. Bella no pudo quitar los ojos de ese cuerpo que fue desnudándose antes de entrar en el baño. Los zapatos, el polo, el vaquero, los calcetines, como hipnotizada, contemplaba el ritual que James ejecutaba como si estuviera solo. Los calzoncillos desaparecieron y ella, con los ojos fijos en su sexo, vio un pene erecto, grande y grueso, que se erigía hacia el cielo.

La miró antes de entrar en el baño, como diciéndole, esto lo has

conseguido tú, y ella no se atrevió a moverse por si acaso volvía a su lado. Al desaparecer y cerrar la puerta, ella cogió aire y lo soltó despacio. El corazón le latía aceleradamente. Bajó las escaleras y dirigiéndose hasta el mueble bar, se sirvió una copa de agua. La bebió de un trago y se echó otra. Qué habría querido decir con eso, pensó mientras paseaba por el salón. Todo es correcto en una pareja. Ella había conseguido que su pene se pusiera así, o es que mientras la besaba pensaba en otra cosa.

Dios, cómo besaba. Todo su cuerpo se había sentido mágico, vivo, pleno. Fue mucho mejor que las veces que la habían masturbado otras mujeres. Mucho mejor y sólo había sido un beso. Un beso. Pero qué beso. Esa boca se movía con una destreza abrumadora, pareciendo que la iba a tragar, entera, por Dios; y las manos también le gustaban, a pesar de ser tan grandes y recordarle a... pero no, ya no se acordaba tanto de eso.

La presencia de James era cada vez más familiar, y su cuerpo tan alto y fuerte estaba resultando una protección para ella. Sí, eso era. Sería su espadachín, igual que en las novelas de la edad media y del dieciocho. Un hombre fuerte y reconfortante que sólo estaba para defenderla y protegerla, y darle algún beso que otro. Porque esa parte íntima del cuerpo varonil, le seguía produciendo pavor. Dios, era como un misil. No, no le gustaba, se dijo a sí misma. Incluso le producía asco. No, ella no necesitaba algo así. Descartado. ¿Qué estaría haciendo? ¿Se estaría masturbando? ¿Estaría pensando en ella, o en otro? ¡Oh Dios del cielo! ¿En qué lío se había metido?

James, bajó abotonándose los puños de la camisa negra y dirigiéndose a la mesa del despacho, cogió algunas cosas y se las guardó en los bolsillos del pantalón de vestir. No la miró, pero ella no perdió detalle. Estaba guapísimo, todo de negro. Olía muy bien. Recién afeitado y con el cabello echado hacia atrás, parecía todo lo que era. La personalidad era potente, aunque no desprendiera palabra; su seguridad resultaba apabullante y la belleza de toda su persona llegaba a molestar. Era casi normal que un hombre tan perfecto fuera homosexual, pero lo que no era tan lógico es que fuera tan masculino en cualquier momento. Ni un amaneramiento, ni un gesto, ni un mohín delator. Bella pensó, o era un actor de primera o era algo innato en él. Al oír su voz, dio un pequeño respingo.

—Será mejor que nos vayamos. Ya es un poco tarde —comentó mirando su reloj de acero, sin prestar atención al nerviosismo de la muchacha.

—Subiré para coger un chal —al pasar junto a él, James la tomó del brazo con delicadeza.

—Retócate un poco los labios —le dijo sonriendo. Ella se sonrojó y subió las escaleras.

Podían haber ido andando, la casa de Karleen se encontraba en la misma avenida, pero James prefirió llevar el coche. A la vuelta podría hacer frío para Bella, con ese vestido tan fino. No hablaron durante el trayecto. Él estaba perdido en sus pensamientos y Bella se sentía a gusto con James, callado o hablador.

En la ducha se había vuelto a masturbar. ¿Cuántas veces tendría que hacerlo, para evitar cogerla, tirarla sobre la cama, el suelo o un puto sofá y hacerla suya? Debía tener paciencia, debía esperar hasta estar casados, a no ser que ella se mostrara dispuesta antes. Al beso había sido receptiva, pero su experiencia era nula. ¿Cómo una mujer de veintisiete años no sabía besar? Ni lesbiana, ni puta, ni decente, no era lógico. ¿Tanto le había traumatizado todo lo pasado que ni besar sabía? Con lo cual, era muy probable que fuese virgen, a no ser que alguna puta lesbiana la hubiese desvirgado con algún consolador o con el puto dedo. Cruzando todos esos pensamientos por su dolorida cabeza, Bella le preguntó mientras subían en el ascensor hasta el ático de Karleen.

—¿Te encuentras bien? —él bajó la mirada hasta ella. Las arrugas de los ojos se intensificaron.

—Me duele un poco la cabeza, no es nada.

Cuando Karleen los recibió con esa esplendorosa sonrisa. No sabía por qué, pero presagiaba problemas en una mujer de más sesenta años.

—James, querido, cuánto tiempo sin verte —saludó dándole un abrazo y un beso. Se dirigió a Bella y antes de que James abriera la boca para las presentaciones—. Isabella, cuanto me alegro de que hayas venido.

James se quedó quieto, observando a las dos mujeres que se besaban en las mejillas.

—¿Os conocéis? —preguntó molesto.

—Sí, cariño. Hace unos días en tu hotel, tuvimos el placer de presentarnos —contestó la mujer con sus verdes ojos chispeantes.

—Hace unos días —repitió James—. Pues permíteme que sea yo el que haga las presentaciones, correctamente. Karleen, esta es Isabella Lewis, mi futura esposa —Karleen miró a James y seguidamente a Isabella.

—Tu futura esposa —repitió la mujer—. No me dijiste nada, querida.

—Era secreto en esos momentos —contestó ella con una radiante sonrisa.

La mujer cogió la mano de la joven y miró sin pudor el diamante amarillo. James, cogió la mano de su prometida para que la mujer la soltara.

—Por fin vas a sentar la cabeza, James.

—Eso quiero y deseo —contestó, taladrando con sus ojos la mirada de la mujer y advirtiendo sin palabras.

—Me alegro por vosotros, y lo siento por ellas —sentenció con una carcajada.

No tardó ni cinco segundos en dar la noticia a sus invitados. Todos conocían a James, por supuesto. Pero nadie de los presentes conocía a la joven californiana. Las presentaciones se hicieron y enseguida se vio envuelta en las conversaciones de ellos. James, no la perdía de vista ni un solo momento. Cuando hablaba con hombres, cuando hablaba con mujeres, cada gesto, cada sonrisa, cada sorbo a su copa de vino. En la cena también estuvieron separados, pero casi enfrente uno del otro. Todos los invitados, eran personas ricas e influyentes de Helena y de otras ciudades de Montana. En esos momentos, Bella hablaba con el alcalde de la ciudad y este reía ante un chiste contado por la joven, con tanta gracia, que todos rieron con ellos. Karleen también observaba lo mismo que James, James también la observaba a ella y ella a James. La única que no se daba cuenta de nada, era precisamente, Bella.

Después de la cena y mientras los músicos tocaban salsa y las mujeres más jóvenes y no tan jóvenes, contoneaban los cuerpos incluido el de Bella, Karleen se acercó hasta James.

—Es muy hermosa —dijo la mujer.

—Te permito que la mires, porque no puedo evitarlo —explicó él, sin dejar de mirar a la mujer de la que estaba enamorado como un tonto—; pero ahí se acaba todo. Como se te ocurra insinuarte, te destrozo.

—¿Qué es lo que temes? ¿Qué la seduzca? ¿O qué ella quiera ser seducida? —preguntó malignamente.

James se enfrentó directamente a ella. Con una sonrisa en su atrayente boca, le puso las cosas muy claras.

—Y tú, ¿qué es lo que quieres? ¿Terminar lo que te quede de vida dignamente, o hundida en la puta miseria?

—Puedes ser muy cabrón cuando te empeñas.

—Y tú muy hija de puta. Compórtate como una dama, que es lo que

piensa esta buena gente — dirigió la mirada a los invitados que conversaban y se divertían—, y seguirás siendo la reina del lugar.

—No sé cómo te quiero, a pesar de todo —murmuró alejándose de él. James sonrió.

Se conocían desde hacía muchos años. Tuvo negocios con el marido de Karleen. Era un buen hombre, pero tenía un talón de Aquiles, su mujer. Estaba loco de amor por ella. Cuando la descubrió en la cama con una mujer, le destrozó el corazón. Se lo tenía que contar a alguien y ese alguien fue James. Este le aconsejó que se divorciara. ¿Para qué quieres una esposa lesbiana? Dale una buena pensión y que se vaya al infierno. Pero el viejo Lex, no pudo. La seguía queriendo y consintió sus devaneos. Con el tiempo fue contrayendo deudas, y James acudió en su ayuda. Las liquidó y con un préstamo compró acciones de las empresas de James. Los meses que le quedaron de vida, vivió de las buenas rentas y del alcohol.

Karleen dependía de las empresas Hazzard. No tenía ni idea de negocios, pero se le daba muy bien gastar el dinero que recibía todos los meses. Sabía que no podía jugar con él, pero le producía mucho placer que le tuviera un poquito de miedo. Tal vez la joven no era lo que parecía. Tal vez tenía el mismo *defecto* que ella. Tal vez podría jugar un poco con una muchacha tan hermosa, por última vez. Pero siendo realistas y, sobre todo, conociendo a James como lo conocía, sería mejor no jugar con fuego.

Bella seguía bailando. Ya no sólo las mujeres, los hombres también. James la cogió por la cintura y la dirigió con su cuerpo y sus brazos. Ella se sorprendió de lo bien que bailaba. Sus caderas se movían como un bailarín profesional. ¿Habría recibido clases de baile? Al son de la música la enlazaba, para volverla a soltar, estirando y encogiendo los brazos, moviendo sus caderas y sus piernas, provocando que ella, con su vena italiana, se moviera más provocadora.

Cuando terminó la canción, estaban solos en el centro del inmenso salón. Todos aplaudieron y ellos rieron divertidos. Había sido como un juego de niños. A ver quién bailaba más, a ver quién bailaba mejor. A una orden silenciosa de Karleen, la música cambió y comenzó una canción de Baby Face. James la tomó por la cintura y la arrimó a él. Bella, siendo consciente de que tenían que cubrir las apariencias, estiró los brazos hasta el cuello del hombre. Algunas parejas les imitaron.

James besó el cabello de la joven sin dejar de mirar a Karleen. Sus ojos le decían es mía, como la toques te mato. Los largos dedos acariciaban la

espalda desnuda de la muchacha, produciéndole un suave cosquilleo. Ella, llevada por la romántica balada y por el alcohol ingerido, acarició la fuerte nuca. Karleen no perdía detalle de lo pegados que estaban los cuerpos, de los dedos de James acariciando la espalda femenina, del beso dejado caer como pétalo de rosa sobre el pelo de la joven y, sobre todo, de las manos de ella sobre la nuca de él acariciando esos cabellos morenos.

Antes de que acabara la canción, el hombre levantó el rostro femenino y posó un beso dulce y sensual sobre la boca de Isabella. Ella abrió los labios y él introdujo la lengua recorriendo el interior de la tentadora cueva. Algunos de los presentes se miraron entre sí, y sonrieron pícaramente. James, sin soltar a Bella y despidiéndose de los invitados, se dirigieron hasta Karleen.

—Nos tenemos que ir —dijo James a modo de despedida.

—Pero, todavía es pronto. Antes te quedabas hasta el final —protestó la mujer.

—Eso era antes. Ahora tengo cosas más importantes que hacer —explicó mirando a Bella.

—Ya veo, ya —la doncella entregó a Isabella el chal.

—Ha sido una fiesta encantadora, Karleen —dijo Bella, con una sonrisa.

—Y espero que no sea la última.

—Por supuesto que no —se despidieron con dos besos y se fueron.



No hablaron hasta llegar a la suite. Isabella sentía deseos de acribillarle a preguntas sobre el baile. Todavía le costaba trabajo creer, cómo un cuerpo de metro noventa y casi cien kilos de peso, se pudiera mover con tal gracia y semejante agilidad. Pero algo en su semblante le tiraba hacia atrás. Habría hecho algo mal y no se dio cuenta, pensó. Reconocía que iba algo achispada, pero estaba casi segura de que no había cometido incorrección alguna. Pero él estaba enfadado o por lo menos molesto por algo. Sólo encendió la lámpara del bar, mientras se servía un bourbon. Ella se acercó y se sentó en un taburete, apoyando los brazos sobre la barra.

—¿Te ocurre algo, James? —preguntó inocentemente.

Él, observó ese rostro amado.

—¿Por qué no me dijiste que conocías a Karleen? —ella se sorprendió ante la pregunta.

—Pues, me olvide. No me acordaba de que estaba invitada a su fiesta.

—¿Qué hacías en el hotel?

—Vine a buscar información sobre ti —contestó mirándolo a los ojos—. Cindy me contó que salías en una revista, con esa modelo negra. Decidí pasar una noche aquí. Pedí todos los periódicos y revistas que me pudieran conseguir, y me dediqué a buscarte. En un principio, pensé en cenar en la habitación, pero luego cambié de idea y bajé al restaurante. Cuando estaba terminando de cenar, se presentó y estuvimos charlando un rato. Me pareció una señora muy agradable. Toda una dama —él no dejaba de mirarla, mientras se bebía el bourbon poco a poco.

—Esa dama tan agradable es lesbiana —no quiso añadir, que esa dama tan agradable la deseaba.

Bella enrojeció. No sabía dónde terminaría esta conversación.

—No tenía ni idea. No lo aparenta —articuló titubeante.

—Hay muchas mujeres que no lo aparentan —añadió secamente, sin dejar de observar, cada gesto, cada parpadeo.

Ella quiso que la tierra se la tragase. Sentía todo su rostro caliente, ardoroso.

—Quiero que te mantengas alejada de ella —ordenó con voz grave y ronca.

—¿Es qué no confías en mí? —preguntó a punto de echarse a llorar.

—En ti sí —mintió—, pero en ella, no —Bella se levantó del taburete y se fue hasta el gran ventanal.

James dejó el vaso en la barra y lentamente se colocó detrás de ella. Ella se limpió los ojos de un manotazo.

—No llores, pequeña. No quiero ser duro contigo —dijo, intentando no abrazarla desde atrás.

Ella, mirando las estrellas y sintiendo su presencia cercana, casi rozándola, recogió otra lágrima perdida.

—Ya lo sé, James. Tú eres lo mejor que me ha pasado y que me está pasando, a... a pesar de las circunstancias. Sé que miras por mi bien, pero yo no soy mala, te juro que no lo soy —susurró, rompiendo a llorar.

Él la rodeó con sus brazos.

—Quién dice que seas mala, yo no. Solo quiero protegerte de la maldad de los demás. No quiero que esa arpía ponga las manos sobre tu cuerpo, salvo yo.

—Pero yo no soy mala, te lo juro. Fueron, fueron las patadas de la vida, las que me hicieron torcerme. Pero no soy como ellas. De verdad, no lo soy.

—Ven aquí —le dijo al tiempo que le daba la vuelta.

Miró el lloroso rostro a la luz de la luna y besó las lágrimas que rebosaban de esos enormes ojos ambarinos.

—No es necesario que lo hagas —replicó entre hipos—. No estás obligado.

—No me cuesta ningún esfuerzo. Es un placer si a ti te gusta.

—Sí me gusta. Me gusta mucho. Me gusta que me toques y que me beses —dijo entre jadeos.

James la tomó por la boca y besó esos labios por dentro y por fuera, con lengua y sin lengua. Ella gimió. Él gimió. Sus manos fueron a las nalgas redondas y duras y la apretó contra él. Ella respiró entrecortadamente. Las manos del hombre subieron de golpe el vestido, tocando el final de las medias, la tierna carne de los muslos, el ligero y la minúscula braguita que la torturadora de su alma y de su cuerpo, llevaba. Al notar que sus piernas y su trasero quedaban al aire y que los dedos de él, hurgaban entre las sedas y puntillas, se separó.

—No James, eso no. No es necesario que llegues hasta el final —susurró entre jadeos y miedos.

—Pero si no me importa. Si estoy dispuesto a complacerte —le murmuró al oído.

—No, no. Déjalo ya. Por favor —suplicó—. No quiero —él la soltó.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó excitado y nervioso—. ¿Qué te bese? ¿Qué te toque?

—Sí, sí. Pero apaga la luz —obediente hizo lo que le pedía.

¿Qué estaba haciendo? ¿Es qué se iban a comportar como dos colegiales adolescentes? Daba igual, estaba dispuesto a hacer lo que ella quisiera. Con la luz de la noche, la verdad es que la veía perfectamente, la cogió y se la llevó al sofá. Se sentó a su lado. Carraspeó antes de preguntar. Joder, no recordaba haber estado tan nervioso, ni en su primera relación.

—¿Has estado con hombres?

—No —murmuro.

—¿No sabes nada de sexo?

—Claro que sé. No soy estúpida. Pero nunca he estado con un hombre —ella miraba su regazo. Él la miraba a ella. Sus cuerpos se rozaban.

—¿Ningún chaval cuando eras adolescente?

—No —James se acercó suavemente hacia ella y fue lamiendo la humedad de su rostro.

Cuando se acercó a la comisura de los labios, se los encontró entreabiertos y los lamió. Con delicadeza, con suavidad. Ella, asomó una puntita de lengua y él la enganchó. Le comió la boca, con ardor, con pasión, con celo. Ella estiró los brazos hasta su cuello y pidió más. Estaba caliente. Él la ponía caliente.

—James, James —susurró al oído de él.

—¿Qué? —preguntó entre jadeos.

—Tócame, James.

—¿Qué? ¿Qué quieres que te toque?

Estaba nervioso y a pesar de su vasta experiencia con el sexo femenino, no sabía cómo actuar con ella. No quería perder la oportunidad de jugar con ella, pero no quería meter la pata.

—Tócame... los pechos —pidió con un murmullo.

Las manos del hombre no perdieron ni un momento en posarse sobre esos montes duros y plenos. Los acarició a través de la tela del vestido y fue logrando que los pezones se pusieran duros como botones.

—Dios —exclamó con un murmullo, de lo excitado que se ponía con sólo tocar esos pechos tan eróticos.

—Te desagradan —afirmó con voz entrecortada.

—¿Desagradarme? Por Dios, nena, no digas esas cosas. Son hermosos. Deja que te baje el vestido.

—Bueno —dijo sumisa.

Él, bajó los hombros y dejó a la vista un corpiño negro de seda. Sacó los pechos fuera y con la luz de la luna los admiró.

—Son como dos colinas gemelas, deseosas de ser escaladas —los tocó, los sopesó, los admiró.

Bajó la boca hasta uno de ellos y se lo metió en la boca. Bella gimió de placer. Su boca era la más experta, la más placentera de todas y cada una de las bocas femeninas que habían succionado sus pechos. Se fue recostando en el sofá y cogió la cabeza del hombre entre sus manos, para que esa boca avariciosa no le soltase nunca el pezón. Él logró ponerse encima sin dejar de chupar.

—No me penetres, por favor te lo ruego, no me penetres.

—No, no, tranquila —él tenía una erección como la de un caballo, pero no estaba dispuesto a asustarla.

Cogiendo el otro pecho en su boca, lo chupó con ansía, con demasiada ansía. Se rozó contra las caderas de ella y en unos segundos se corrió.

—Dios —exclamó enfadado consigo mismo. Esta no era la manera de hacer las cosas entre una pareja normal. Pero ellos no eran una pareja normal.

—Lo siento, James —se disculpó, interpretando erróneamente la exclamación del hombre—. No debí ponerte en un compromiso. Lo siento —se levantó y se colocó las ropas en su sitio.

Él no dijo nada.

Se levantó incomodo, con el pantalón y el slip húmedos, se sintió como un completo imbécil. Isabella interpretaba ese silencio de otro modo muy distinto. Vio como ese magnífico hombre se dirigía a las escaleras, y sin decir nada subió al baño. Enseguida escuchó el ruido del agua. Los pensamientos de la joven, circularon como coches en una pista de carreras. Pensó que se duchaba enseguida porque le molesta el olor de su cuerpo sobre su piel; porque querría borrar el recuerdo y las sensaciones de ese contacto.

Bella pensó que James era un caballero y estaba dispuesto a lo que hiciese falta para que se sintiera satisfecha. Pero, ¿era lo correcto? ¿No se estaría equivocando? Era tan inexperta en todo lo relacionado con el sexo, que

se sentía estúpida e insegura. Pero le gustaba lo que le hacía; sentir su contacto; sus besos. Bella tenía miedo de acostumbrarse a ello y luego necesitar a un hombre de verdad. Aunque mirándolo bien él es un hombre de verdad. Aunque sea homosexual. Bella pensó en la posibilidad de que fuera bisexual, entonces podrían tener relaciones. Se regañó a sí misma por tales pensamientos.

Ella no se consideraba una mujer ardiente, por el simple hecho de que las manos y la boca de James le produjeran placer, no quiere decir que lo necesite. Podía pasar sin ello. Lo llevaba haciendo desde siempre. Pero, ¿y él? No deseaba que él pudiera sentir algún tipo de rechazo hacia ella si se diera cuenta que necesita su contacto. Si al menos se atreviera a hablar claramente sobre el tema y dejar las cosas claras de una vez por todas. A Bella le gustaría saber qué piensa cuando le besa y cuando le toca. Había escuchado su piropo hacia sus pechos, aunque no estaba muy segura ya que había bebido y empezaba a notar su efecto..

Se levantó del sofá y fue trastabillando hasta el dormitorio, agarrándose a la baranda de acero para no caerse de morros. Se quitó toda la ropa menos las minúsculas braguitas, dejándolo todo por el suelo. Se metió en la cama y en cuestión de segundos, se durmió.

Diez minutos más tarde, James salió del baño. Ella dormía con profundidad. La observó con detenimiento y deseó que no estuviese tapada. Como si hubiese escuchado su pensamiento, ella pegó una sacudida a las sábanas y quedó casi desnuda ante él. Boca arriba, con los brazos a cada lado de la cabeza, respirando fuertemente y todo el cabello extendido a su alrededor, parecía una diosa. Se acercó un poco más.

Con la luz que salía del baño y la luna llena, pudo verla detenidamente. Los ojos fueron directos a las cicatrices. Eran largas, finas pero largas. Habían hecho buen trabajo los cirujanos, pero también ayudaba la excelente piel de la joven. Cómo podía haber gente que hiciera algo así, se preguntó apretando los dientes. A las mujeres, a los niños. Se imaginó ese acero atravesando la piel de Isabella y sintió escalofríos. Pobrecilla, como no iba a comprender todo lo que había pasado después. Una experiencia así no se olvidaba en la vida. Y encima si todos los días te veías esas cicatrices que te lo recordaban una y otra vez.

Cada momento que pasaba, cada día, cada semana, comprendía que esta relación no podía ser normal ni lógica. Estaba enamorado de ella de una manera dolorosa. No podía mostrarse como era en realidad, por qué no sabía

cómo reaccionaría ella. No quería perderla, no quería que huyera. No quería ver desaparecer al amor de su vida. Deseaba que ella lo amase y sabía de sobra que eso todavía no había ocurrido.

Cuando hacía el amor con otras mujeres, pensaba en ella. Cuando intentaba dormir por las noches en la soledad de su existencia, pensaba en ella. Cuando estaba en una reunión de amigos jugando al póquer, pensaba en ella. Bebiendo, hablando de béisbol, hablando de mujeres, pensaba en ella. Cuando conducía, cuando viajaba en su avión, en su helicóptero, pensaba en ella. No se la podía quitar de la cabeza ni un puto momento. Jamás se había sentido así. Y era algo contradictorio, porque le gustaba y al mismo tiempo le aterraba.

Le gustaba tener esa sensación de que había conocido a la mujer de su vida, a la mujer que quiere que sea la madre de sus hijos, a la que quiere darle todo lo que tiene, la que quiere proteger con su vida, con la que quiere para envejecer a su lado. Pero le aterraba que una criatura como ella, tuviera tanto poder sobre él. Que pudiera hacerle daño, que pudiera destruirlo. No, no quería pensar en ello. No. Tendría que enamorarla poco a poco. No agobiarla, no forzarla. Ser paciente, cariñoso, seductor. No ser bruto, no enfadarse, no ponerse celoso... Celos. Los había sentido esa noche. Porque controlaba su semblante y sus sentimientos, porque si no habría cogido a Karleen por el cuello y la habría dejado en el sitio. Solo pensar que esta criatura que tenía delante de sus ojos, podía ser objeto de deseo de una bruja como ella, le revolvía las tripas. Su mente se disparó y las imaginó jugueteando en su cama. Movi6 la cabeza bruscamente y rechaz6 el pensamiento. Se acerc6 a la cama y tap6 a la muchacha con la sabana. Ella cambi6 a posici6n fetal y murmur6 algo entre sueños.

Cuatro horas m6s tarde se despert6 bruscamente. Se sent6 en el sof6 donde haba estado durmiendo, y record6 la maldita pesadilla que le haba despertado. Bella y Karleen estaban retozando en su propia cama, en el rancho. La joven rubia atada a los postes de la cama con largos pañuelos de seda, reía dichosa mientras Karleen le acariciaba los pechos y se los chupaba, para pasar a coger uno de los muchos vibradores que tena a su lado, y entre carcajadas decía: *Y ahora tesoro mío, te voy a follar con la polla de James. Ábrete de piernas, cielo mío.*

Se despert6 en ese momento. El sudor le recorri6 la columna, hasta desaparecer por la cinturilla del pantal6n del pijama, que casi nunca se ponía.

Se dirigió hasta el aseo de la planta baja y después de mojarse la nuca y el rostro, se observó en el espejo. Su atractivo rostro estaba tenso y las arrugas más marcadas. Se pasó la mano por la rasposa mejilla y decidió afeitarse otra vez.

Intentando olvidar la pesadilla, pensó que la barba le crecía cada vez más rápido. Se había afeitado dos veces el día anterior. Por la mañana y por la tarde y volvía a tener la piel rasposa. No quería que la piel de su amada se resintiera con su dureza. Hizo una mueca ante el espejo. Que cojones. Cuándo le había preocupado a él semejantes sandeces. Ciertamente algunas mujeres hacen perder la cabeza. En esos momentos se acordó de Lex, el marido de Karleen. Ese pobre hombre también perdió la cabeza por una mujer.

Resopló.

Él no era así. Bella no era así. Lograría sacar esta relación adelante.

Seguro que sí.

La dura mirada se clavó en la imagen del espejo, para dirigirla a las paredes negras que contrastaban con los sanitarios blancos. Se había tirado a más de una en este pequeño aseo, y a esas mismas en la cama donde dormía esa preciosidad.

Joder, estaba enfadado.

Sacudió la cabeza y siguió con el afeitado.

Al terminar, subió al dormitorio. Tenía que vestirse y salir de ahí. Se sentía como un león enjaulado. Pasó sin mirar a la cama. Abrió el armario y cogió un pantalón negro y una camisa blanca. Se vistió lo más deprisa posible y se fue.

Durmió hasta que él la despertó. Eran las doce.

—Despierta, dormilona —le regañó bromeando—, o almorzarás sola —procuró no acercarse a ella.

En cuanto comprobó que se hallaba despierta, bajó al despacho y se puso a leer unos documentos que había traído de Nueva York.

—¿Te has traído algo serio y elegante para ponerte? —le preguntó.

Ella desde la escalera, liada en una toalla, contestó suavemente.

—Creo que sí.

—Póntelo. Vamos a comer con unas personas —añadió sin levantar la vista de los papeles.

Ella, sintiendo la frialdad de él, suspiró y tragó saliva.
—De acuerdo.

Media hora más tarde bajaba las escaleras. La luz que entraba por el enorme ventanal, a pesar de estar nublado, la iluminaba como a una estrella. Llevaba un traje de chaqueta azul cielo, con la falda tubo hasta la rodilla y la chaqueta entallada a su cuerpo. Cubría sus piernas con unas medias claras y unos tacones altísimos, que la hacían andar más despacio de lo habitual en ella. James no pudo dejar de advertir la feminidad que irradiaba cada gesto, con cada movimiento, con esa manera sensual de andar subida en esos tacones tan femeninos y coquetos.

Se había hecho un moño italiano y algunos mechones escapaban, enmarcando un rostro bello y sexy a la vez. Ella, dueña de sí misma otra vez, se paseó ante él, como si fuese un pase de modelos. Se quitó la chaqueta y dejó ver un top negro sin mangas, con escote barco, que se le pegaba a los pechos como una segunda piel.

—¿Voy bien para tu gusto? —preguntó seductoramente. James sin poder dejar de mirarla, no contestó. Se hubiera levantado y habría pasado las manos por esos brazos desnudos, hasta llegar al cuello y... Ella, al notar esa mirada fría, se asustó, pero no lo demostró—. ¿No me he puesto lo correcto? —preguntó sin moverse del sitio.

Él, saliendo de su ensimismamiento, movió la cabeza.

—Estás perfecta —dijo algo turbado—. Vámonos —añadió irritado por su falta de control.

La comida resultó un éxito. Andaba detrás de la compra de unos pozos petrolíferos en las Grandes Llanuras. El dueño de estos, era un homosexual que lo había heredado de un tío sin hijos. Con el tío ya había hecho negocios años atrás, pero el viejo se había excedido a la hora de pedir. James, como buen hombre de negocios, tenía paciencia y sabía esperar el momento adecuado. Sabía que tarde o temprano, llegaría y llegó. El viejo murió y dejó los pozos a su sobrino, que no tenía ni puñetera idea de cómo manejar semejante herencia.

Los abogados de James se pusieron en contacto con él, y pronto comprendió que había tenido una suerte enorme, al encontrar un comprador

con bastante dinero para quitarse el muerto de encima. El sobrino no necesitaba pozos de petróleo. Solo sabía que el carburante salía de allí. Y para qué quería que alguien le llevara esos intereses, sí lo más seguro es que lo engañaran a la primera de cambio. No, lo mejor era venderlos, y con el dinero de la venta bien invertido, podría vivir lujosamente el resto de su vida.

Así fue como él y su amante, entraron en contacto con Hazzard. Los dos quedaron abrumados ante la presencia del multimillonario en cuanto lo conocieron. Los dos. Por eso, cuando se presentó con la belleza de ojos color whisky, los dos sintieron la envidia corroer sus cuerpos. Sabían que no había nada que hacer con un hombre como Hazzard, pero de ilusiones también se vivía. Esa pareja estaba enamorada, se querían y se respetaban, casi siempre, pero no podían dejar de admirar a un hombre tan atractivo, aunque fuera heterosexual. Y los dos habían pensado que iba a ser una comida en camaradería masculina. Sin mujeres. Quién necesitaba a las mujeres. Ellos no. Pero al ver ese monumento de mujer y ser presentada como la prometida del multimillonario, pensaron que nada era perfecto.

Bella enseguida se dio cuenta que la pareja que tenía delante tenía una relación. No le gustó nada que tontease con James. Stuart, era más correcto y más comedido. No pararon de hablar ni un momento. Ella apenas cruzó cuatro palabras con ellos. Se dedicó a escuchar y a sonreír como una tonta. Al menos así se sintió. En los postres, Stuart firmó todos los documentos que James le presentó, y como colofón sellaron la compra venta con un fuerte apretón de manos.

A Kevin solo le faltó soltarle dos besos a James, de las ganas que tenía. Para colmo, dijo que le gustaría conocer el rancho de James, él contestó que sería un honor invitarlos en otra ocasión. Precisamente dentro de dos horas salía para Nueva York. Cuando estuvieron a solas, le dijo que preparase las cosas, que se iban al rancho.

—Pero creía que te ibas a Nueva York —él la miró un tanto sorprendido, de que ella, a veces, fuese tan ingenua.

—No pensarías que me iba a llevar a esos dos al rancho. ¿Te imaginas las cosas que dirían en Lowma?

—Claro. Era para quitártelos de encima.

—Exactamente. Y tú, no te quites ese traje. Te queda perfecto. Quiero que lo lledes el resto del día.

Al llegar al pueblo, le tenía reservada otra sorpresa. Aparcó enfrente del bar de Eddie y ella miró sorprendida.

—¿Bajo? —preguntó. James, que estaba a punto de salir, se volvió.

—Claro nena. No pensarás quedarte aquí mientras celebro con mis amigos nuestro compromiso matrimonial —ella se quedó con la boca abierta y el hombre pensó que era adorable. Suavemente, con la mano, le cerró los carnosos labios—. Vamos —ordenó.

Ella le siguió, intentando guardar el equilibrio sobre los altísimos tacones. Estaba tan nerviosa que le costaba trabajo andar correctamente. Entraron en el bar y sólo quedó el sonido de la música. Las conversaciones se acallaron ante la presencia de la joven, que iba por delante de James. Este, orgulloso de ella, la mantenía sujeta por la cintura. Notó el pequeño temblor y le apretó ligeramente el costado, para darle ánimo. Enseguida, comenzaron vítores y gritos de alegría ante la nueva relación de la pareja. Todos los allí reunidos, los hijos de Bárbara, Willy, Stephen, Eddie, empleados del rancho, vecinos del pueblo, los rodearon para felicitarlos.

Ante tal recibimiento, a Isabella no le quedó más remedio que sonreír al principio, y reír abiertamente a continuación. Todos eran tan amables y cariñosos con ella; siempre lo habían sido, pero de una manera más correcta y formal. Ahora la consideraban uno de ellos y estaban convencidos de que esa preciosa rubia no sería como la anterior esposa. Bebieron a salud del futuro matrimonio, varias rondas antes de entrar en calor. Isabella, encontrándose a gusto y tomando confianza poco a poco, sintiendo la presencia de James cerca de ella, habló con todos, aceptando sus bromas y bromeando ella también. En más de una ocasión le sacaron los colores, con bromas subidas de tono, pero ante la sonrisa de James, lo aceptó como algo normal en esas situaciones.

A fin de cuentas, nunca había estado comprometida, y no sabía hasta qué punto podían sobrepasarse verbalmente unos hombres de Montana. Cuando dos horas más tarde y llevando tres copas encima, Willy le pidió que echaran una partida al billar, ella miró a James, este movió la cabeza afirmativamente, y ella se dispuso a jugar con el joven. Como tenía calor, debido principalmente a la bebida, se quitó la chaqueta, dándosela a James que no dejaba de mirarla y provocó varios silbidos de admiración entre los hombres.

La falda de tubo le marcaba las caderas y algunas mujeres hubieran querido comprobar que asomaba alguna incipiente barriguita. Pero no fue así. Su vientre era plano y terso igual que su estómago, y sus pechos aun destacaban más. El contraste de la falda azul y el top negro, resultaba elegante y sexy. Isabella miró con ojos asesinos a Willy. Escupió en las palmas de las

manos y las frotó fuertemente. Los tíos rugieron. Para no tener ningún tropezón, se quitó los tacones, lanzándolos a los pies de James, provocando otra ola de silbidos y exclamaciones.

James la miró de arriba abajo. Media sonrisa torcía su boca. Cogió un taco y le lanzó otro a Willy, este un tanto perplejo lo cogió al vuelo, mientras oía las burlas amistosas de los que decían, que se preparase, que lo iba a fulminar. En la primera tirada falló, esto le dio opción a Willy de meter tres bolas seguidas, que fueron tres tragos más de la bebida de Bella. James la observaba sin parpadear. La joven miró al muchacho, que sin tacones era más baja que él, y le dijo:

—Se acabó Willy. Ya has llegado a donde tenías que llegar —Willy la miró embobado y James se revolvió en el taburete.

—Tranquilo James —murmuró Stephen que estaba a su lado—. Se trata solo de Willy.

La joven se colocó concienzudamente e introdujo una bola; los hombres vitorearon. Con la siguiente ocurrió lo mismo, y con la siguiente, y con la siguiente. Y con cada bola iba diciendo a qué tronera entraría, con lo que aún provocaba más excitación al personal y hundía más al joven Willy. Cuando metió la última, se dirigió hacia el muchacho, se puso de puntillas, le dio un fuerte beso en la mejilla y le dijo:

—Un año de estos, me ganarás Willy —las carcajadas de todos se oyeron a kilómetros de distancia y los colores del joven se debían por igual, al rubor por haber recibido un beso de la chica más bonita, como por haber perdido la partida.

Willy pensaba que el juego de Isabella se debía a la destreza y a mucha, mucha suerte, y como la suerte tarde o temprano se acaba, a Isabella se le tenía que acabar. Y por qué no con él. Pero se equivocó. Le había dado una lección. Además, había recibido un beso. Pues estaba muy bien, si no tenía en cuenta como lo había mirado James. Sus ojos le advirtieron sin necesidad de palabras.

Media hora más tarde, James salía del bar, con Isabella en brazos y los zapatos de tacón enganchados en los dedos. Todos los despidieron con gritos y Stephen bromeó, diciendo que no debía de abusar de las mujeres que ingerían más alcohol de lo que su cuerpecito aguantaba. A lo que Bella contestó entre risas, que no era asunto de su incumbencia. La metió en el coche y la tapó con la chaqueta. Condujo en la oscuridad de la noche hasta el rancho, donde halló luces encendidas.

—Venga, espabila —dándole unas palmaditas en el rostro, la despertó de su letargo—. ¿O quieres que te lleve en brazos a tu habitación?

—Sí, por favor. Y déjame en el baño para que vomite todo lo que he bebido —murmuró entre gemidos. El hombre sonrió.

La tomó en brazos y esperando no encontrarse con Bárbara, la llevó a la habitación que desde un principio se le había asignado. La colocó en la cama y no deseando desnudarla, para evitar tentaciones y por supuesto por su estado etílico, la tapó con la colcha.

En la cocina se encontró con Bárbara. Se abrazaron y le dio la enhorabuena. Estaba feliz por James. Él la puso al corriente del estado de la joven y le pidió que fuera a ver cómo se encontraba.

—¿Y por qué no vas tú?

—Barbara, tengo que contarte algo —había decidido que tenía que hablar con alguien de su entorno, y ya que Richard no estaba, quién mejor que su querida segunda madre. Sabía que podía confiar en ella y él necesitaba poder confiar y contar todo este embrollo a alguien. Le fue relatando poco a poco toda la historia. De principio a fin. Al completo. El rostro de la mujer iba cambiando de gesto continuamente. No dijo nada, hasta que él dio por terminada el relato.

—Vaya. ¿Y ella está convencida de que eres marica? —preguntó susurrante.

—Sí —contestó soltando el aire.

—Por Dios, James, si con solo verte, eso cae por su propio peso.

—No creas, Barbara. Ella conoce muchos homosexuales, ya sabes, en California especialmente en San Francisco, hay muchos. Y puedo decirte que a más de uno no se le nota nada.

—Ya, ya. Pero, ¿y ella?

—¿Qué pasa con ella?

—Pues que, si no tiene su sexualidad definida, te puedes llevar un chasco.

—Mira, para eso estás tú.

—¿Yo? —preguntó escandalizada.

—Sí. En mi ausencia tienes que controlarla. Saber qué hace, dónde va y con quién. Sobre todo, me interesa Karleen. Tienes que sonsacarla y saber qué piensa de ella.

—No me hace gracia ser espía de nadie, James.

—Considéralo como un favor para ella y para mí. Estoy enamorado,

Barbara. No me la puedo quitar de la cabeza y necesito que se acostumbre a mí, que me necesite, que me anhele, que se enamore de mí.

—¿Pero si ella piensa que eres marica, cómo demonios se va a enamorar de ti?

—Déjame a mí. Llegará el momento en que lo descubra. Pero por el momento no me interesa. Todavía tiene miedo a los hombres y al sexo todavía más. He logrado llegar a ella cuando está algo bebida, pero eso no me interesa.

—¿Qué quieres decir con eso de que has llegado a ella?

—Pues que nos hemos comportado como dos adolescentes. Besándonos y tocándonos por algunas partes — Barbara rio y él gruñó.

—Tú, tonteando. Si eso no lo hiciste ni de jovencito. Fuiste tardío, pero al grano —bromeó.

—Creo que hablo demasiado —protestó el hombre, mesándose los cabellos.

—Oh, cállate. Y entonces, ¿cómo te desahogas? —preguntó curiosa.

—¡Barbara! —exclamó.

—Bah, déjate de remilgos y contesta.

—Está bien, vieja curiosa. Todo lo quieres saber.

—Venga contesta. Aunque ya me lo imagino. Te acuestas con otras.

—Sí, claro que me acuesto con otras. Tengo que hacerlo. Si no fuese así, la cogería y la forzaría. ¿No lo comprendes? —explicó sin dejar de pasear por la gran cocina.

—Claro, claro —contestó comprensiva.

—Aparte de que me acueste con otras, me estoy masturbando más que a los quince años —Barbara no pudo evitar una risita.

—Sí, sí, riete. Si supieras lo que sufro, no lo harías. Cada vez que me pone a mil por hora, sin querer, eso sí, tengo que acabar en la ducha calmando mis bajos instintos. La mayoría de las noches que estoy fuera y hablo con ella; una de dos: o busco una mujer o terminé haciendo manualidades.

—Quién lo iba a decir —se dijo a sí misma.

—Barbara.

—Sí.

—En cuanto pase el cuatro de julio, voy a estar casi todo el verano fuera. Ella se quedará aquí y terminará la novela. Podría pasar más tiempo en el rancho, pero no me fio de mi comportamiento. Prefiero estar alejado de ella antes de la boda. Una vez que nos casemos, será mía y la convenceré para que

tengamos relaciones y buscaré el momento adecuado para decirle la verdad. ¡Joder! —exclamó tirándose del cabello—, maldito embrollo.

—¿Y por qué no le dices la verdad? Ya. Ahora.

—Tengo miedo. No sé por dónde podría salir. No sé cuál sería su comportamiento. Tal vez se asustaría y saldría corriendo, escapando de mí. No estoy seguro de ella en ningún sentido. Quiero confiar, pero no puedo. Quiero que aprenda a amarme, que me necesite, que disfrute conmigo, que no eche de menos las manos de una mujer recorriendo su cuerpo. Quiero que anhele mis manos, mi cuerpo, mi voz. Quiero que me desee a mí.

—Te ha dado fuerte —dijo, mirando el rostro serio y duro de su chico adoptivo, como solía decirle en privado cuando era pequeño.

—Sí, Barbara. Me dado muy fuerte.

—Bueno. Haré lo que pueda. Te mantendré informado de cualquier cosa.

—Gracias.



El cuatro de julio se celebraba todos los años en el rancho Hazzard. Con sol, con agua, con truenos o centellas. Se celebraba siempre. Era una tradición anterior a los abuelos de James, y desde que este era el dueño de todo y con el padre fallecido, se gastaba más dinero que nunca para que los amigos, vecinos y familias, se lo pasaran en grande. Sí, James era generoso. Muy generoso. Estuviera él o no, nada se anulaba. Orden expresa de James. Hacían carreras de sacos para niños y para adultos, concurso de tartas de cereza, piñatas, tiro al plato, karaoke, hasta un pequeño rodeo. Una orquesta tocaba durante todo el día, hasta terminar por la noche con fuegos artificiales.

Ese cuatro de julio era especial para James. Más que nunca. Al mismo tiempo que estaba preocupado, estaba ilusionado y enamorado. Cómo la deseaba, cómo la anhelaba. Ni por lo más remoto habría pensado meses atrás, que se enamoraría de esta manera tan violenta y en unas circunstancias tan anormales. Y por supuesto, si alguien le hubiera dicho que iba a entrar en semejante embrollo, tipo comedia mediocre, no se lo hubiera creído ni loco.

Sin dejar de pensar en ello, miraba desde el gran ventanal de su estudio. Sus ojos se desplazaban desde los chavales que estaban compitiendo en la carrera de sacos, hasta la piñata que ya estaba preparada para los más pequeños, pasando por los que no dejaban de bailar al ritmo de la música country que tocaba la orquesta.

Hacía un día espléndido. El sol brillaba con ganas y solo alguna nube, lo tapaba de vez en cuando. Se fijó en la mujer del sheriff, que llevaba su tarta de cerezas a la mesa con las demás. Era una de las que más veces había ganado el concurso. Cocinaba muy bien y era una artista de la repostería, dicho por Bárbara Korda, y esta no echaba piropos por que sí. Colocó la tarta al lado de las otras y Bárbara se encargó de poner el nombre en la consabida tarjeta. Hecho esto, entablaron conversación al instante. ¿Dónde estaría?

No faltaba mucho para el almuerzo y las grandes barbacoas marchaban a todo ritmo, para que la gente tuviese carne en abundancia. No faltaría comida. No. Y toda la que sobrase, se repartiría entre aquellos que la quisieran llevar a sus casas. Carnes de todo tipo, ensaladas, empanadas y

pasteles de carnes y de verduras, patatas fritas y asadas, aros de cebolla, guisantes negros, col rizada, jamón, tomates de Nueva Jersey, setas de Pensilvania, perritos calientes de maíz, chiles picantes... Todos quedarían satisfechos. Los más tragones comenzarían como si les fuese la vida en ello, y los demás comenzarían como lo que era, un día de fiesta.

¿Dónde estaría?

Para cenar habría de todo lo anterior, más truchas arco iris en salsa de piñones, sopa de caviar dorado, estofado de ciervo,, setas silvestres y todos los pasteles de gaylusacias, cerezas, manzanas, chocolate, galletas de todas clases, etc., etc.

¿Dónde diablos estaría?

Y entonces la vio.

Preciosa. Con unos vaqueritos que se le ajustaban a ese bonito trasero y un top suelto de seda, que no lograba disimular sus hermosos pechos. Haciendo un esfuerzo en apartar los ojos de ese cuerpo, se dio cuenta de que estaba hablando con Benson hijo. El padre había estado un rato durante la mañana y ahora aparecía el hijo. ¿De qué cojones estarían hablando? Ella se reía y él se la estaba comiendo con los ojos, porque no podía con otras partes de su cuerpo. Dio media vuelta y salió del estudio. Bajó las escaleras como alma que lleva el diablo. Quería aparentar una calma que no sentía. Edward Benson era algo más joven que él. Cuatro o cinco años. Pero, aunque hubieran sido de la misma edad, no hubieran congeniado. Eran correctos y amables cuando se veían, pero mantenían las distancias. James sabía que no le caía bien. Notaba la envidia y la falta de rivalidad. Porque rivales no habían sido nunca. A nivel intelectual, imposible. Y a nivel de machos alfa tampoco, puesto que Hazzard no cazaba en los mismos territorios que Benson.

Por supuesto, todas las mujeres se fijaban en James y todas lo deseaban, pero él no se fijaba en todas. Edward podía fijarse en las del pueblo o alrededores y no tenía más opciones. Poco dinero, pocas opciones. Mucho dinero, demasiadas opciones. Pero había algo en él que le molestaba. No era como el padre, un hombre honrado y bonachón; ni como la madre, prudente y generosa. No. Era taciturno, poco hablador, observador. No se le conocían malas conductas, no había antecedentes penales, por lo tanto, no hubo inconveniente para que ocupara el puesto de ayudante del sheriff. Después de todo, eran padre e hijo. Pero... Qué curioso. No se consideraba celoso. Nunca se había considerado celoso, pero en esos momentos, lo que realmente le apetecía, era acercarse a su futura esposa, separarla de Benson y

a este partirle la cara. Calma James, calma. Que no te salga el temperamento de los Hazzard, que la lías. Y lo último que quieres es asustar a esa cosita tan linda que quieres hacer tuya.

Después de reírle algunos comentarios al ayudante del sheriff, que no tenía nada de gracioso, pero por educación se vio obligada a ello; él, sin dejar de mirarla le preguntó a bocajarro.

—¿Entonces se va a casar con James? —ella lo miró sorprendida y cuando iba a contestar, notó una mano que le rodeaba la cintura.

Giró la cabeza y posó sus ojos en ese ejemplar de hombre tan masculino, que le anulaba los sentidos.

—¿Ya conoces a mi prometida, Benson? —los hombres se miraron a los ojos.

Se calibraron. Ninguno sonreía. Ella se tensó. James lo notó. Edward forzó una media sonrisa.

—Pues sí. Lo que pasa es que cuando conocí a la señorita Lewis no estaba comprometida contigo, James. O al menos eso creo.

—¿Y cuándo fue eso? —preguntó James, sonriendo a su vez.

Era la sonrisa más falsa que había mostrado en los últimos años.

—Bueno, nos hemos visto varias veces en el pueblo. ¿No señorita Lewis? —preguntó con una sonrisa.

—Por favor, llámeme Isabella —contestó cortésmente, notando como los largos dedos de James jugueteaban con la cintura de sus vaqueros, rozando la piel desnuda.

—La primera vez, fue no hace mucho. Al poco de llegar al pueblo. Fui hasta la Casa de Piedra a presentarme y ofrecerle mis servicios, es decir, los servicios de la policía de Lowma.

—Muy amable de tu parte, ¿verdad cariño? —preguntó James, al tiempo que la arrimaba más a su cuerpo y le ofrecía la sonrisa más sensual.

Ella un tanto nerviosa le devolvió otra.

—Sí por supuesto, fue muy amable. Todos los habitantes de Lowma se portan muy bien conmigo.

—En este pueblo somos así —añadió James y volvió la mirada a Benson—. Para septiembre, dejará de ser la señorita Lewis para convertirse en la señora de James Hazzard. Así que espero que cuando yo no esté aquí, la

policía de Lowma vele por la seguridad de mi futura esposa —terminó con el semblante serio.

Edward Benson supo de sobra, que James Hazzard había marcado su territorio. Algo que nunca hizo falta, porque nunca había tenido mujer en el pueblo. Ahora quedaba muy claro que esa hermosa rubia era intocable, para él o para cualquier hombre.

—Estaré encantado de velar por sus intereses —añadió bromeando. Pero al ver que Hazzard no reía y Bella no sabía qué hacer o decir, continuo —. Igual que velamos por los intereses de los lugareños —James mostró los dientes.

—Eso espero, Benson —la tensión era más que palpable.

Bella miró a James con candor y le dijo:

—Tengo hambre, James.

—Claro cariño, vamos a comer. ¿Vienes con nosotros, Benson? —preguntó educadamente, pero sus ojos decían lo contrario.

—No gracias. Tengo que volver al pueblo. Ya nos veremos.

—Sí, ya nos veremos —contestó, llevándose a su prometida de la cintura.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó un tanto azorada, cuando se quedaron solos.

James, mirándola a los ojos y sonriendo ligeramente, le apartó un mechón de pelo y se lo colocó detrás de la oreja. Ella se tocó nerviosa la hermosa cola de caballo, que se había hecho esa mañana.

—¿El qué?

—Oh, no te hagas el tonto, James. Parecías un macho alfa. ¿Estabas marcando el territorio?

—¿Y si fuese así? —preguntó sin dejar de sonreír. Al ver que ella no contestaba, él se echó a reír y le dio una palmadita en el trasero—. Venga, vamos a comer.

Bella no recordaba un cuatro de julio tan feliz como el que estaba pasando. Comió hasta decir basta. Bailó todo lo que quiso. Fue parte del jurado de las tartas, que ganó por tercer año consecutivo la señora Benson. Participó en el tiro al plato. Corrió en una carrera de sacos. Vio como los más pequeños rompían las piñatas y se peleaban por las golosinas y los pequeños juguetes, que había en su interior.

Se rio de los chistes subidos de tono de los hombres, mientras jugaba

al póquer con ellos y perdía cuarenta dólares que no tenía. Ellos dijeron que tendría que dejar algo en prenda y ante el rubor de la joven, James dijo que de eso nada. Que él se hacía cargo de las deudas de su futura esposa, poniendo un billete de cincuenta dólares sobre la mesa. Estaba feliz, estaba contenta, estaba relajada. Y a él se le hacía la boca agua con solo mirarla. Sus ojos plateados la recorrían entera. Desde esa cola de caballo y esa cara tan preciosa, hasta ese cuerpo voluptuoso y perfecto. Esa risa que sonaba a cascabeles y esas manos finas y delicadas, que gesticulaban lo justo, pero atraían las miradas como cualquier otra parte de su persona.

También observaba a la gente cómo la miraba. Los hombres sin excepción, primero con lujuria más o menos encubierta, para luego deshacerse con su simpatía, y las mujeres, ¡ay! las mujeres. Las mayores, con solo cruzar unas palabras con ella o al revés, quedaban encantadas con su educación, simpatía y recato, pero las jóvenes eran otro cantar. Las miradas eran de envidia pura y dura, y cuánto más hablaban con ella, más envidia tenían, y al saber que era su prometida, más aún, mientras miraban ese diamante en su mano izquierda. Y esa sofisticación innata en ella, tan natural, pero tan lejana para las mujeres de allí, por muchas series de televisión que vieran, o muchas revistas que ojearan, daba lugar a no saber cómo tratarla, porque, a fin de cuentas, no era una de ellas. Bella muy educada, contestaba a las preguntas cortésmente, y las que eran algo más personales, se salía por la tangente de una forma tan inteligente, que las otras se quedaban con cara de tontas.

Solo se despegó de ella durante el rodeo. La dejó con Stephen y otros vaqueros del rancho para montar un toro y un caballo a medio domar. Ella tembló de miedo cuando lo vio encima de ese toro, que se revolvía como un tornado y pegaba coces como si le fuera la vida en ello. Al final lo tiró al suelo y ella se levantó de su asiento asustada. Stephen se rio y le dijo que no se preocupara, que eso era lo más normal del mundo y James estaba acostumbrado.

Con el caballo no ocurrió lo mismo. A pesar de qué era bravo y rebelde, James se hizo con él, en menos de cinco minutos, provocando los aplausos y gritos de la gente. Lo llevó tranquilamente hasta los establos, y Bella admiró a ese hombre tan atractivo vestido de vaquero. No despegó los ojos de él, hasta que desapareció dentro de los establos, y Stephen le pasó un brazo por los hombros y le dijo que el mundo de los vaqueros era así. Que debía acostumbrarse a esas cosas porque era lo que más le gustaba a James. Los negocios, los viajes, eran para ganar dinero, pero el rancho y sus

quehaceres lo relajaban y la arquitectura era su pasión. Pero añadió:

—Aunque me parece que ahora tiene otra pasión. Y eres tú —Bella miró al hombre sin saber qué decir, pero deseando fervientemente que fuera así.

Antes de cenar se había duchado y cambiado de ropa. Se la quitó a Stephen y se la llevó a la casa. Juntos, de la mano, se dirigieron al salón de juegos. Cerró la puerta. Ella contempló la magnífica mesa de billar, que ya había visto cuando Barbara le enseñó la casa. Sin decir ni una palabra, cogieron los tacos y se dispusieron a jugar. Él, risueño, se la comía con los ojos, ella disfrutaba con el juego, sin calibrar la profundidad de las miradas del hombre.

A mitad de la partida, él dejó el taco sobre la mesa y le quitó a ella el suyo. Ya no sonreía. Ella, quieta como una estatua y apoyada en el borde de la mesa, esperó. Sin dejar de mirarla, se acercó lentamente, llevó su gran mano a la nuca de ella para besarla suavemente. Bella abrió la boca y saboreó el beso. Con la otra mano frotó los genitales femeninos sobre la tela del vaquero. Haciendo que la costura de la entrepierna coincidiera con el clítoris, comenzó a friccionar sin dejar de comerle la boca. Ella jadeaba entrecortadamente.

No sé lo podía creer. Estaba oyendo el bullicio de la gente, mientras reían, gritaban, se divertían, por debajo de donde ellos estaban, y ella estaba apoyada en la mesa de billar, con la mano de James sobre su sexo y su boca comiéndosela entera. Estaba teniendo un orgasmo producido por esos besos tan maravillosos, cuando le produjo otro con la mano y no pudo aguantar más.

Se retorció contra él, gimió y se restregó como una fulana. Él, le quitó el top y dejó a la vista un corpiño de seda azul claro, que ocultaba las cicatrices, pero mostraba los pechos en todo su esplendor. Al ver que ella no se negaba, le bajó los tirantes y dejó los pechos libres para su deleite. Miró esos ojos dulces, hermosos, grandes como soles, esas pestañas tan largas y espesas y creyó ver cierto temor. Él le sonrió suavemente. Ella le devolvió la sonrisa. Él acercó la boca al cuello de la joven y dándole pequeños besos le murmuró:

—Eres lo más bonito que he visto en mi vida —ella suspiró y se dejó caer en la mesa.

James aprovechó para tomar un pezón en su boca y sin dejar de tocarla entre las piernas, la martirizó con la mano y con los labios, ella creyó morir. Perdió la cuenta de los orgasmos que tuvo. No fue muy consciente de cómo juntaba los muslos cada vez que le venía, de cómo le ofrecía los pechos para

que se los chupase, primero uno y luego otro.

No fue muy consciente de las palabras que le dijo. Pero él sí. Él escuchó hasta el más leve jadeo, el más leve suspiro. Estaba excitado como un toro, pero en esos momentos todo era para ella. Solo quería darle placer. Todo el placer del mundo. Y él se sintió dichoso cuando sus labios pronunciaban su nombre, cuando le decían que no parase, cuando le decía que la chupara, que la tocara, que la rozase, cuando abandonaba su boca roja y ella lo buscaba y pedía más, cuando apretujaba su fuerte mano entre sus muslos cada vez que se corría.

Él fue feliz.

Entre jadeos le susurró que no podía más. Y más tímida que nunca se acurrucó contra él, escondiendo sus pechos. James sonrió. La abrazó y la besó en la frente. Sin añadir palabras, la incorporó y le colocó los tirantes del corpiño, con lentitud, sin ninguna prisa. Sin dejar de mirar ese leve rubor de las mejillas y de esa boca enrojecida de tanto besarla, le abrochó el top.

Ella se dejó hacer, como si de una muñeca se tratara. Estaba avergonzada y con la sensación de que se estaba aprovechando de él. Ella no le había dado nada a cambio. Ni una felación ni un leve magreo. Todo había sido para ella. Con un hilo de voz le pidió disculpas por ser tan egoísta. James la calibró detenidamente. Jamás una mujer le había pedido disculpas por beneficiarse del sexo que él pudiera dar, o por el que no hubiera recibido. Aunque pensándolo bien, él siempre recibía. Siempre. Y aunque esta vez no hubiera obtenido un orgasmo, era sumamente feliz de que ella lo tuviera todo.

—Soy tu más fiel servidor —le dijo con voz ronca, mirando esos ojos de gacela—. Si tú disfrutas yo soy feliz —ella no supo que contestar, pero sus mejillas se encendieron más de lo que ya estaban. En esos momentos oyeron la voz de Bárbara que gritaba a sus nietos en el piso de abajo—. Vete a tu habitación y refréscate el rostro. Te espero aquí.

—Yo, yo... no quiero que pienses que... que soy una desvergonzada — él le puso un dedo sobre sus labios.

Sus ojos plateados la miraron con adoración, recorriendo esas mejillas encendidas, esos ojos inocentes, esa boca tan bonita, tan bien dibujada, tan llena. Deslizó un dedo por esos labios como si los estuviera dibujando, ella entreabrió la boca y él se habría perdido en ella, otra vez, si hubieran estado solos, sin fiesta, sin la gente en el valle. Tomó el rostro entre sus manos y besó la frente por segunda vez.

—Jamás pensaría eso de ti. Jamás. Ale, ve a tu habitación y no tardes

—ella se fue hasta la puerta sin dejar de mirarlo.

Él no dejó de mirarla hasta que desapareció.

Después de la cena, bailaron al son de la orquesta y unos minutos antes de las doce, todos estaban preparados para los fuegos artificiales. Como todos los años, no desmerecieron. La gente contenta y feliz, gritaban vítores cada vez que estallaban formando figuras de múltiples colores. Los niños que no se habían dormido gritaban excitados y reían contentos y los dormidos se despertaron ante tanto jolgorio, para quedarse extasiados o berrear como bellacos. Bella, observando a esos niños, a esa gente, esos fuegos y se sintió feliz, más feliz de lo que recordaba. Abrazada por James, encontrándose tan segura, acurrucada junto a él, sintió tal protección, tanta felicidad, que deseó que ese momento no pasara nunca.

Cuando todos se fueron, el helicóptero se puso en marcha. James la besó en la boca y la acarició con la mirada. Se alejó de ella y subió al aparato. En pocos segundos había desaparecido en la oscuridad. Ella entró en la casa y se dirigió hasta su habitación, feliz y deseosa de sumergirse en los brazos de Morfeo, después de haber pasado el mejor cuatro de julio de su vida.



Julio y agosto pasaron rápidos y lentos. Para Bella fueron lentos cuando James no estaba allí, que era la mayor parte del tiempo, y muy rápidos los pocos días que pasó en el rancho. Una de las veces que vino, la llevó a Helena para conocer a su hermanastra y la madre de esta. No le gustó ni la una ni la otra. Emma resultó ser una joven de su misma edad, malcriada, caprichosa y estúpida. Miraba con adoración a James y se lo notó que no le hizo ninguna gracia, saber que era la prometida de su hermanastro.

Físicamente no era nada del otro mundo. Castaña clara, ojos marrones como su madre, algo más baja que Isabella y flaca como un palo. Linda Cook Hazzard, como le gustaba que la llamaran, era harina de otro costal. El pelo rubio platino, teñido por supuesto, los ojos marrones muy maquillados, los labios finos, pero boca grande y un cuerpo entrado en carnes, pero todavía atractivo. Los pechos estaban retocados y también se había estirado la cara. El número telefónico de su cirujano estético figuraba entre los principales de su agenda.

Se mostró muy simpática con Isabella, pero se notó que era ficticio. Las dos tuvieron más atenciones para el hombre que les producía un nivel de vida muy superior al de cualquier mortal. Cuando acabó la comida, Bella dio gracias a Dios. A la salida del caro restaurante, se despidieron cortésmente y Emma prometió pasar por el rancho para visitar a Isabella. Como no, Linda prometió lo mismo. En el trayecto de vuelta, Bella intentó sonsacar información al hombre con rostro taciturno, que conducía a gran velocidad el Chevrolet Corvette.

—¿Crees que irán no estando tú? —Bella lo miró de reojo.

—¿Quién? —preguntó a su vez.

Parecía distraído, pero en realidad estaba enfadado. Le pasaba siempre que se veía con la que fue amante primero y después esposa de su padre.

—Ellas.

—No creo. Pero si son capaces de aparecer y darte la tabarra, no debes consentirlo. No tienes obligación de ser amables con ellas.

—¿No? —preguntó sorprendida ante esa información.

—No. Linda no tiene nada que ver conmigo. Por desgracia es la madre de mi hermanastra, y fue la esposa de mi padre. Solo me une a ella una relación comercial. En cuanto a Emma, digamos que la soporto cuando no me queda más remedio. Por eso he tardado tanto en presentarte.

—Entonces me alegro.

—¿De qué? —preguntó mirándola con gesto serio.

—De que no me hayan caído bien —contestó haciendo una mueca.

—Y yo me alegro de que tengamos gustos parecidos —los dos sonrieron y Bella sintió que se le quitaba un peso del corazón, al ver la hermosa sonrisa del hombre.

Desde que había llegado dos días antes, había estado distante y sombrío. Ella temió que hubiera cambiado de idea sobre el matrimonio. En realidad, según se acercaba septiembre, más lo deseaba. Estaba tan mentalizada a ese matrimonio, que no anhelaba otra cosa. De hecho, había trabajado encarnizadamente en la novela, para terminarla cuanto antes y mandarla a su editor.

Así se podría dedicar todo el tiempo a planificar y pensar en su futura boda. A pesar de que ella pidió una boda íntima, lo habían hablado otra vez, y decidieron casarse en el rancho, invitando a los más cercanos. Los de la casa, Stephen, Willie y Eddie.

—Ayer, cuando te pregunté cuánto tiempo te vas a quedar, no me contestaste.

—Me voy mañana —contestó solemne.

Pasaron unos minutos y ella volvió a la carga otra vez.

—Hace una semana, Ben me dijo que nunca habías pasado tanto tiempo lejos del rancho. En especial en verano.

—Tengo mucho trabajo, Bella.

—Claro, lo comprendo —no dijeron nada más.

Cómo explicarle a esta chiquilla que llevaba a su lado, que tenía que hacer esfuerzos para no tocarla, para no besarla, porque no se iba a conformar solo con eso, ya no. No podía. La quería toda. Quería hacerle el amor, quería hacerla suya por completo. No quería conformarse con besuqueos y magreos, para luego tener que cascársela en la habitación o en la ducha. Tampoco quería correrse en los calzoncillos mientras la tocaba, como si fuese un chaval de quince años. Quería hacerle el amor.

Le era más fácil permanecer lejos de ella, aunque la echara de menos como un loco. Cuanto más la añoraba, más follaba con otras mujeres. Porque

era lo que hacía. Follar. Vaciar su cuerpo sobre otras mujeres, mientras esperaba anhelante hacerla suya. Porque lo tenía decidido. La noche de bodas la haría suya. Todavía no sabía que cuento chino le diría, pero consumirían el maldito matrimonio.

Esa noche se encerró en su estudio. Rodeado de mesas de dibujo, ordenadores, cilindros de cartón, reglas, escuadras, compases, maquetas y estanterías llenas de libros de arquitectura, pensó en lo que Barbara le había dicho. Karleen se había presentado en el rancho unos días antes. Dijo que la había invitado Isabella, pero ella lo desmintió ante Barbara. Según esta, estuvieron paseando por el valle, ya que la mujer mayor dijo que sus huesos ya no estaban para montar a caballo. Luego tomaron café las tres juntas, charlaron un rato y se marchó en su Cadillac conducido por su chófer. Tendría que volver a darle una advertencia y esta sería la última. No iba a consentir tonterías de ningún tipo.

Encendió el foco de la mesa de dibujo y se dispuso a trabajar. No tenía sueño, y el ruido de la lluvia le relajaba igual que dibujar. Seguro que después de una o dos horas de trabajo, llegaría el deseado sueño. El estudio se hallaba en el tercer y último piso. Toda la planta estaba ocupada por este y un baño. Tenía unos ventanales de grandes dimensiones, que contemplaban la inmensidad del valle. En esos momentos sólo se veía oscuridad y las gotas de lluvia golpeando el suelo de la terraza y los gruesos cristales blindados.

A las doce, todo el mundo se hallaba dormido o eso pensaba él. Las escaleras subían directamente al estudio. Sin puerta de acceso. Un ascensor que sólo utilizaba Barbara, se ocultaba discretamente en un recodo, y la puerta corredera estaba forrada de pino amarillo, igual que todo el estudio. Un sonido ligero lo alteró y obligó a volver la cabeza y mirar hacia la escalera. Isabella estaba allí. Plantada en los últimos escalones sin atreverse a terminar de subir.

—No quiero molestarte... pero necesito hablar contigo. Estaba esperando que bajaras, pero en vista de que tardabas tanto... bueno he decidido subir —él, tardó unos segundos en responder. Estaba envuelta en una bata de seda color chocolate.

—No me molestas. Ven aquí —ella se acercó, pero sin aproximarse demasiado—. Siéntate —tomó asiento en el mullido sofá Chester. Él se movió

en su taburete giratorio con ruedas y se acercó hasta ella sin levantarse.

—Es muy acogedor —dijo alabando la decoración del estudio.

Las lámparas que estaban encendidas, daban un ambiente más acogedor todavía. James estiró un brazo y apagó el foco de su mesa, produciendo una leve penumbra entre ellos.

—¿Piensas hablar de decoración? —preguntó burlón.

Ella enrojeció moviéndose nerviosa en el sofá.

—No.

—¿Entonces? —sin dejar de mirarla no ayudaba demasiado.

—Primero quisiera decirte que Karleen se presentó sin ser invitada. Estuvo hace unos días. Le dijo a Barbara que yo la invité, pero eso no es cierto.

—Pues mírame a los ojos cuando me hables. No me como a nadie —ella levantó los ojos y miró esas profundidades plateadas.

Dios, cómo le gustaba ese hombre.

Y que desperdicio que fuese homosexual.

—Ya lo sé. Pero me produces cierto temor cuando estás así.

—Así, ¿cómo?

—Pues... serio, enfadado. He creído que tal vez —volvió a mirar sus manos nerviosas, que jugueteaban con el gran diamante amarillo—... tal vez has cambiado de idea.

—¿Respecto a qué? —preguntó sin dejar de mirarla y sin cambiar de posición.

Su espalda descansaba en el respaldo del taburete y un brazo también. Las piernas abiertas y la otra mano entre ellas.

—Respecto a nuestra... a la boda —volvió a mirar esos ojos grises que la examinaban curiosos.

—¿Y por qué iba a cambiar de idea? ¿A caso has cambiado tú? —No, yo no —contestó rápida, no quería que hubiera dudas por parte de ella.

De hecho, era consciente de que no contemplaba la vida sin él.

¡Ay! Isabella, dónde te has metido, a dónde te llevará todo esto, pensó mientras miraba esos ojos plateados; ojos que la miraban de una forma extraña, de una manera que ella no llegaba a descifrar.

—Entonces, ¿qué te hace pensar que yo sí? —él seguía sin ayudar y lo que era peor, la estaba poniendo muy nerviosa.

Para colmo, ella estaba previa a los días de la menstruación y se hallaba más sensible de lo habitual.

—Pues no sé. Tal vez el comentario de Ben me hizo pensar que no querías estar aquí —tragó saliva y bajó la cabeza con idea de ocultar las lágrimas que se agolpaban en sus ojos—... para no verme demasiado. Para no tener que estar conmigo.

Las lágrimas iban cayendo suavemente sobre sus manos. Varias se estrellaron contra el diamante y ella lo limpió suavemente con los dedos. James no podía quitar los ojos de esa criatura tan adorable, pero no deseaba tocarla. No quería terminar haciéndose otra puta paja. La lluvia golpeaba con fuerza los cristales. Era el único sonido que les rodeaba.

—Estás equivocada, Bella. Simplemente tengo mucho trabajo y debo de estar en muchos sitios. La mayoría de las veces voy de una ciudad a otra sin apenas descanso. No tengo tiempo de venir al rancho. Cuando estemos casados, podrás venir conmigo. Si quieres.

—Si tú deseas llevarme contigo, iré muy gustosa —contestó entre sollozos.

James, ya no pudo aguantar más, se levantó y fue a sentarse junto a ella.

—Dios, nena, no llores —le pidió al tiempo que la abrazaba.

Contrólate, James, contrólate... ella no puede saber la verdad hasta después de la boda.

—Lo siento, lo siento. Es que estoy un poco tonta. Te he echado de menos y además no me has llamado muy a menudo. Ya sé que tienes tu vida y tus cosas... pero me he acostumbrado a ti y me siento tan sola cuando tú no estás. Y me acuerdo mucho de lo cariñoso que estuviste el cuatro de julio.

—¿A sí? ¿Te acuerdas mucho de ese día? —preguntó sonriendo.

—Sí —afirmó entre lágrimas.

—Ale, no llores. A ver esos ojos. Mañana estarán hinchados —le enmarcó el rostro con sus grandes manos y la miró detenidamente—. ¿Cuántas veces te dices al día lo hermosa que eres?

—Ninguna. No soy vanidosa —se contemplaron mutuamente.

Él fue pasando los pulgares por el rostro. Al llegar a la comisura de la boca, ella la entreabrió y él se lanzó en picado. Le devoró la boca con ansia, como si fuera la última vez. Ella respondió de manera entrecortada, pero muy excitada. Había anhelado tanto esos besos, esas caricias, esas manos y ahora las tenía otra vez y no quería dejarlas escapar. Estaba dispuesta a casi todo. Y esa noche lo haría. James se sació de su boca; sabía que estaba sin afeitarse desde la mañana y que su barba la lastimaría, pero no lo evitó. No podía.

Esa boca era como un imán para él, como agua para el sediento, como

pan para el hambriento. La mordió suavemente, la chupó con voracidad, la lamió con calma, le metió la lengua hasta el fondo, y cuando la abandonó, estaba roja e irritada. Se dirigió al cuello y le abrió la bata delicadamente, sin dejar de besar esa fina y suave piel, para ver que llevaba una combinación de falda mini con una abertura a un lado, combinada con una camisola de seda chocolate como la faldita y la bata.

—¿Por qué te pones estas cosas? —preguntó excitado, mirando ese cuerpo exuberante, cubierto de seda.

—¿No... no te gustan? —preguntó titubeante.

La mirada brillante del hombre lo decía todo, pero aun así contestó con voz ronca de deseo.

—Sí. Me gustan. Son casi tan bonitas como lo que hay debajo —ella enrojeció ante esas palabras, ante esa voz, ante esa mirada.

—Me gusta... sentirme bien... aunque solo lo vea yo —logró contestar con la respiración agitada.

Él metió la mano por debajo de la faldita y se encontró con un tanga unido a la cinturilla de la enagua, formando una sola prenda. La levantó y abrazados los dos, de pie, le quitó la bata sin dejar de besarla, más suavemente. Le rodeó el culo con ambas manos, levantándola varios centímetros del suelo. Ella había perdido casi el control. Solo sabía que no debía dejar que la penetrara.

Dio un respingo cuando notó los dedos hurgando entre sus muslos.

—Tranquila nena, tranquila.

—¿Qué? ¿Qué me vas a hacer? —preguntó temerosa y con voz entrecortada.

—Te voy a masturbar. Relájate mi vida, no te resistas —de pie, sin dejar de comerse esa boca, esos labios, suavemente, saboreándolos y agradeciendo que ella sacase su lengua para chupársela como si fuese el mayor de los manjares, sus dedos penetraron entre el tanga de seda.

Ella gimió, mientras él le tocaba produciéndole oleadas de placer.

—No me metas los dedos, por favor —suplicó entre susurros.

—No pequeña, no necesito meterte nada para darte placer —le dijo al oído.

Ella creyó morir, de gusto y de vergüenza. Si ese hombre estaba haciendo un esfuerzo por complacerla, ella no era muy consciente, pero sí lo suficiente para saber, para sentir, que esas manos y esa boca, eran de lo más expertas; eran maravillosas. Le haría todo esto a esas mujeres, con las que se

acostaba para mantener su estatus... seguro que sí.

Él jugueteó con el clítoris, sabiendo muy bien dónde debía de tocar. Deslizando los dedos entre los labios mayores y menores, provocando que ella suspirase, que vibrase ante esas caricias. Pero enseguida volvió a ese punto crítico, la presión se hizo más aguda y el movimiento más rápido. Ella creyó morir de puro gozo.

El dedo se movía veloz sobre su clítoris produciendo tales sensaciones, todas tan sublimes que quiso gritar cuando le vino, pero él lo ahogó en sus propia boca. Entre jadeos y suspiros de ella, él terminó de acariciar ese ardiente y húmedo sexo, acoplando la mano en toda la zona, notando las palpitations de esa vulva, que estaba pidiendo a gritos una polla, aunque ella no lo supiera. Volvió la tela del tanga a su sitio sin dejar de mirarla. Como siempre, el bochorno de la joven le producía un placer mayúsculo, pero teniendo en cuenta que se hallaba con una erección de cojones, no le aliviaba en nada.

Pero lo que vino a continuación, lo dejó clavado en el sitio, al notar las manos de Isabella sobre el cinturón de su pantalón. La dejó hacer un tanto sorprendido y a la expectativa. ¿Qué se proponía? Ella le bajó los pantalones y también el slip. Cuando el miembro quedó fuera, lo miró encantada. Era el primero que veía al natural, la segunda vez que veía el de James. Pero ahora lo tenía a un palmo de su cuerpo. Había visto películas pornográficas, sabía cómo se hacía, pero ¿lo podría hacer ella? ¿Y bien? Se arrodilló ante él, pero resultaba bastante incomodo, teniendo en cuenta la estatura del hombre. Él le acarició la barbilla.

—No hagas nada que no quieras —las palabras sonaron roncas de deseo; y se arrepintió nada más decirlas.

—Quiero hacerlo. Lo deseo —con esas palabras hizo que se sentara en el borde del sofá y ella de rodillas se postró ante él.

Con timidez, acercó la boca hasta el pene. Se mojó los labios y chupó la puntita. James respiró profundamente, sin dejar de mirarla. Hizo otro intento y esta vez se introdujo un trozo mayor, deslizando la lengua. Con temblor en las manos, lo tomó entre sus dedos. Ella, con los ojos muy abiertos miraba todo lo que iba descubriendo. Él, asombrado de verla, no perdía detalle de todos sus gestos.

Tenía las mejillas encendidas, una mano y luego la otra, jugaban con su pene, como si quisiera medir la longitud y el grosor, antes de metérsela en la boca. Introducía la mitad y la sacaba, para observar, agarrándolo con las dos

manos. Lo primero, producía placer en el hombre, pero lo segundo le provocaba ansiedad. Quiso tener paciencia y esperar que ella controlara la situación.

Bell notó el nerviosismo del hombre y dejó de tontear. No estaba en una clase de anatomía; en todo caso era una clase de sexo. Sintióse más tranquila y comprobando que no le producía asco, chupó con ahínco y se la fue tragando, mientras oía los gruñidos masculinos. James se relajó recostándose contra el respaldo del sofá y cerrando los ojos. Ella se sintió importante. Puso todo su empeño en hacerlo muy bien para que él dependiera de ella. Si por lo menos eso les unía, podían compartir algo más que un matrimonio de mentiras.

Despacio y con cierto temor a que él se molestara, dejó el pene desamparado, ante la mirada apremiante del hombre, y bajando más la cabeza, recorrió con la lengua los testículos. Él gimió varias veces y murmuró su nombre. Eso le gustó, por lo menos no pensaba en otra persona. Siguió lamiendo y dando pequeños besos en esas partes tan sensibles. Él ya no cerraba los ojos, ni un instante. La miraba con sumo detalle, se recreaba con esa lengua rosada, que lamía sus testículos como si fuesen una piruleta. Estaba a punto de correrse y quiso coger algo para cubrir la eyaculación, pero antes de que se diera cuenta, la boca de ella estaba otra vez engullendo el pene, con las manos rodeando la base, tragándosela como una golosa glotona. Él respiraba con fuerza, haciendo esfuerzos para no soltar el esperma en su boca. Le dijo que iba a eyacular, que se quitara, pero ella no quiso escuchar, ni quitarse y siguió chupando con avidez, retirando una mano e intentando tragársela entera. Él ya no lo evitó y eyaculó dentro de su boca. Ella no se retiró. Tragó, siguió chupando y lamiendo hasta que él fue regularizando la respiración, sin dejar de mirarla, sin pestañear, guardando esa imagen en su cerebro; esa mujer sexy, hermosa, rodeando su polla con esos labios perfectos y lamiendo con la punta de la lengua, la última gota.

Por todos los putos infiernos.

Resopló y lentamente se incorporó, tomándola por los hombros.

—Ya basta, nena —ella elevó los ojos y fue deslizándose su boca suavemente sobre el pene, liberándolo de esa suave presión—. No era necesario que llegaras hasta el final.

—No me importa, James. Me ha gustado —él le limpió una minúscula gota de semen, en el borde del labio inflamado de tantos besos.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó queriendo saber la verdad.

Ella interpretó esa pregunta de otra forma, algo así, como: ¿por qué le

has hecho una mamada a un homosexual? ¿O bisexual?

—Porque deseaba hacértelo a ti. Al primero y al único.

—¿No lo has hecho por qué temías perderme? —esa pregunta dio en el clavo.

—Sí. Tal vez, un poco, sí. Pero de todas formas me ha gustado —debía créela o no.

Parecía que decía la verdad. Él se levantó y sin pudor ninguno se subió los calzoncillos y el pantalón. Cerró los botones de la bragueta y se abrochó el cinturón. Ella en la misma posición lo miró con adoración, fijándose en todos los detalles. Contempló el perfecto culo y miró con detalle el miembro que, aunque se hubiese vaciado, todavía permanecía con una media erección. James, miró el rostro arrebolado, la boca magullada y las rodillas hincadas en la alfombra. La levantó y le puso la bata por los hombros.

—¿Habías venido con este propósito? —la pregunta fue hecha con delicadeza, pues no quería más llantos.

—No. En un principio no. Quería hablar contigo. Estaba preocupada. Ya sé que no está bien lo que te voy a decir, pero... igual te incomoda, pero... tengo que decírtelo... —no se atrevía a mantenerle la mirada. Le daba mucha vergüenza lo que iba a decir, pero estaba dispuesta a todo, bueno, a casi todo —. Me excitas cuando estás delante de mí. No quiero decir a cada momento. No. Pero bueno, me produces unas sensaciones que no he sentido nunca. Ya sé que tú no, que no...

—Isabella —quiso interrumpir.

—No, no, por favor, deja que me explique. Ya sabes que yo siento terror a que un hombre me ponga la mano encima y que se comporte como todos se comportan con las mujeres. Pero contigo es diferente. Tú me tratas de una forma tan especial y me siento tan protegida a tu lado, que no necesito más. Me siento satisfecha con lo que me das y yo quiero darte algo a cambio. Ya sé que no soy experimentada, ni siquiera un poquito, incluso puede que te resulte patética comparada con..., aprenderé y mejoraré, y no será necesario llegar al final.

—¿A qué final? —preguntó sabiendo la contestación.

—Pues a la penetración. No lo deseo —quiso añadir, y seguramente tú tampoco, pero no dijo nada de eso.

—Tal vez ahora que le vas cogiendo el gusto a esto, te apetezca —ella lo interrumpió.

—No, jamás. Solo de pensarlo se me revuelve el estómago. Me gusta

lo que hacemos. No necesito eso.

—¿Y cuándo yo no esté?

—Yo sola puedo apañarme.

—¿Te masturbas mucho?

—Pues... depende.

—¿Cuándo? ¿Cuántas veces?

—Muchas noches. Sobre todo, cuando habló contigo por teléfono.

—Eso es demasiado, ¿no te parece? —preguntó, no porque lo pensara si no para ver qué decía ella.

—¿Tú crees? —preguntó ingenuamente, levantando la mirada.

—Antes, en San Francisco, ¿también lo hacías a menudo?

—No —contestó sin ocultar nada.

—¿Tenías a alguien que te diera placer?

—No —contestó sin darse cuenta de la tensión en la voz del hombre—.

Simplemente no me apetecía. Alguna vez en la ducha, pero no muy a menudo.

—¿Y cuándo empezaste a sentir esa necesidad apremiante? —ella no contestó enseguida.

Mirando esos ojos grises, comprendió que estaba molesto por algo. ¿Y por qué? si ella decía la verdad. Tal vez era eso, que la verdad no le gustaba.

—Pues, desde que tuvimos esos contactos en el hotel.

—¿Los primeros?

—Sí. Los primeros. ¿Por qué me interrogas así? Si te molesta lo que siento no volveré a molestarte. No es necesario que me hagas un favor si te... si no lo deseas.

—Eh, eh, eh, yo no he dicho nada de eso. Simplemente quiero saber qué es lo que sientes, lo que piensas y lo que haces. Y pienso que es una pena, que una mujer tan hermosa como tú no quiera estar con un hombre plenamente. Ser suya, completamente suya —diciendo estas palabras sabía que pisaba terreno resbaladizo, pero debía de averiguar todo lo que pudiera.

Quería profundizar dentro de ella. Ella le tomó las manos y sonrió ante él. Los alrededores de la boca estaban irritados y comenzaban a surgir pequeñas rojeces, producidas por la barba de él.

—No debes preocuparte por eso. Soy feliz así. Si tú estás a mi lado, no necesito nada más.

Sería mejor dejar el tema así, pensó James. Por el momento. Hasta después de la boda.

No tenía ni la menor idea, de cómo podría reaccionar ella si se enteraba

de que no era homosexual. Y especialmente, que él sabía de qué iba todo esto. Que todo era una farsa.

—Tienes una piel muy delicada y yo una barba como el esparto. Te he hecho arañazos alrededor de la boca y tienes los labios hinchados. Creo que me he excedido. Soy un bruto —dijo, acariciando esos labios. Ella lo miró con cariño.

—No importa, James. Me los taparé con maquillaje.

Se quedaron unos segundos en silencio. Mirándose.

—Ale, será mejor que te vayas a dormir.

—Sí James. Hasta mañana —se levantó y le dio un beso en los labios —. Que descanses

—Tú también —contestó sin quitarle los ojos de encima.

Ella se alejó y antes de desaparecer, tragada por las escaleras, le sonrió. Fue la sonrisa más dulce y más pura que le mostrara mujer alguna.

Dos días más tarde se marchó. Él no quiso que lo acompañara a Helena. Antes de subir al coche le dijo con una sonrisa, que se portara bien. Ella le contestó lo mismo, y añadió que la prensa llegaba a Lowma. Él no pudo evitar la sonrisa. Menudo puto embrollo que estaba montando.



Cuando se instaló en la Casa de Piedra, jamás se habría imaginado verse en esa situación, claro que ni esa, ni todo lo que le había pasado hasta ahora. Mientras Ruth le hacía la manicura y Nancy hablaba como una cotorra, pensaba que le iba a estallar la cabeza. Se encontraba en el salón de belleza del pueblo, donde Ruth acudía dos o tres días por semana, para hacer manicuras y algún facial y así distraerse un poco y ganar unos dólares extra. Noah ganaba un buen sueldo, no necesitaba trabajar, pero ella quería salir del rancho y controlar su propia vida. Tenía una suegra que se encargaba de los niños, y ella disfrutaba de unas horas libres.

Isabella, a menos que su hubiera tapado los oídos, no pudo dejar de escuchar las palabrotas de Nancy, la peluquera.

—Yo le corto los huevos y se los pongo para desayunar. Lo tengo claro. No te jode. A mí no me pone los cuernos mi hombre, sin pagar por ello.

—Hay otras maneras —contestó Ruth, sin dejar de pintar las perfectas uñas de Bella, en tono pastel.

—¿Sí? ¿Cuál? —preguntó Nancy, que no dejaba de observar el cabello de Bella y el diamante de la mano que su amiga trabajaba.

—Devolverle con la misma moneda.

—¿Y con quién le pondrías los cuernos?

—Siempre puedes encontrar alguno disponible y que te guste —Bella estaba al corriente por Barbara, de que Noah se acostaba de vez en cuando con una chica llamada Shania, que trabajaba en el motel.

Pero no le gustaba verse inmersa en ese tema de conversación. No le gustaban los comadreos y menos saber de la vida íntima de las personas. Y menos así. Metida de lleno entre dos flancos. Nancy y Ruth.

En San Francisco iba a un salón donde se hacía sus tratamientos y depilaciones, en un ambiente selecto, íntimo y muy sibarita. No tenía que darle conversación a nadie y nadie se la daba, si ella no lo deseaba. Se relajaba, se deleitaba con los placeres, se sometía a las pequeñas torturas, con tranquilidad y relajación. Cada mes o mes y medio, volvía y repetía la operación. En Helena, había descubierto otro salón que le recordaba al de su

ciudad. Lo probó y quedó contenta.

Por supuesto, lo que no necesitaba, era meterse en la peluquería de Nancy, que solo la decoración le ponía de los nervios. Paredes rosa chicle, espejos con formas de margaritas, taburetes de colores chillones, secadores de pelo a cuál más ruidoso, manchas de humedad por las paredes, y para redondear, la imagen de Nancy masticando chicle y haciendo pompas entre taco y taco. Pero Ruth le había pedido que fuera a hacerse la manicura, y ella no supo negarse sin parecer grosera.

—Qué los jodan a todos —exclamó la peluquera al tiempo que explotaba una pompa de su chicle verde hierbabuena—. Son unos jodidos machistas que, porque son tíos, se creen más que nosotras. Que les den por culo. ¿No te parece, Bell? —esta no contestó. No quería entrar en ese tema—. ¿Tú qué harías si te pusiera los cuernos ese cañón de hombre que tienes?

—No lo sé, Nancy. Hay que pasar por una situación así para decidir qué hacer. Cualquiera cosa que te dijera ahora mismo, sería pura y simple teoría —Nancy la miró sin pestañear y sin dejar de masticar con la boca abierta.

—Sabes que, si te aplicase unas mechas, tu pelo quedaría más llamativo todavía.

—Oh, vamos Nancy —exclamó Ruth—. El pelo de Bella es llamativo de por sí. No necesita estropearlo con mechas— Nancy torció el morro y se tocó sus cortos cabellos, rubio decolorado. Es que era guapa la cabrona, pensó sin dejar de tocar sus cortos cabellos—. Aún recuerdo cuando quisiste ponerme mechas rojas y luego rubias. Imagínate, Bella, pelo rojo con mechas... ¿cómo era, más rojas o menos rojas? —preguntó riéndose.

—Sí, sí, tú riéte. Pero a Shania le di unas mechas azuladas en ese pelo negro azabache que tiene, y le quedaron de puta madre. Seguro que tu marido cuando la vio, se quedó prendado.

—Oh, cállate ya, o te arrancaré los cuatro pelos que te has dejado —contestó enfadada.

Isabella deseó que acabase pronto para salir de allí y no volver nunca más. Pero para que eso sucediera tuvo que esperar diez minutos más. Al despedirse, fue a pagar, pero Ruth lo rechazó. Nancy muy astuta, cogió el billete de veinte, y dijo que, si Ruth no lo quería, ella sí. Había que pagar los gastos. Le dio las vueltas y Bella salió, despidiéndose cariñosamente y sabiendo que al quedarse ellas solas, se pondrían las botas cotilleando de ella.

Se dirigió a su Jaguar y antes de abrir la puerta, notó una presencia a su

espalda. Se volvió sobresaltada. Edward Benson, le sonreía de oreja a oreja. Le abrió la puerta del coche.

—Precioso coche —dijo mirándola a los ojos.

—Gracias —contestó educadamente y un tanto nerviosa.

Él mantuvo la puerta abierta, mientras ella se acomodaba delante del volante, dejando ver parte de los muslos, al subirse la falda por el movimiento. Enseguida llevó las manos al borde de la misma, para colocarla debidamente. Benson no perdió detalle ni un solo momento. Fue consciente de esas piernas sin medias, suaves y ligeramente doradas; esos tacones altos y esa falda ajustada. Los ojos se desplazaron por la camisa de seda azul, que caía sobre sus pechos como una cascada de agua. Ella fue muy consciente de ese escrutinio. Algo se le removió por dentro. Y no fue agradable. Podría parecer tonto, pero ese hombre no le gustaba nada. ¿Por qué tardaba tanto en cerrar la puerta? No quería ser grosera, pero le estaba dando ganas de darle con la puerta en los nudillos. Él, pareció leerle el pensamiento. Retiró la mano lentamente, sin dejar de mirarla y cerró.

—Conduzca con cuidado, esos zapatos puedes ser muy traicioneros —le dieron ganas de preguntarle si lo sabía por experiencia, pero se mordió la lengua.

—Gracias, no habrá problema —arrancó y se alejó.

Por el espejo retrovisor, vio como él seguía mirando, pero lo que no vio fue a Ruth, desde el escaparate de la peluquería, que los miraba a los dos.

En el rancho había de todo y encima se casaba con un multimillonario, por lo tanto, el ajuar no era necesario. Pero ella quiso comprarse algunas cosas y cada vez que iba a Helena, con esa intención, se llevaba a Bárbara. Con las esposas de sus hijos tenía una relación cordial. Pero no quería intimar demasiado, si podía evitarlo. No es que se considerara superior a ellas, pero sí diferente. Le había pedido consejo a James y este le dijo que actuara como quisiera. Que las amistades surgían, pero no se forzaban. No tenía ninguna obligación de llevarse bien con las nueras de Bárbara.

Ellas la veían como una intrusa. Una mujer sofisticada y para colmo escritora o periodista, o lo que fuera. Y encima, asquerosamente guapa. Ruth era bonita. Tenía una preciosa melena pelirroja, ojos verdes, nariz chatilla, pecosa, pequeña y menuda. Por el contrario, Jessica era grande, de

compleción fuerte. Medía más metro setenta y tenía grandes caderas y grandes pechos. Su cara era del montón. El pelo castaño y los ojos marrones, no la sacaban de la mediocridad. Siendo Ben el más joven, se casó primero ya que Jess quedó embarazada. Estudiaba veterinaria y pensó dejar la carrera para mantener a su esposa y próxima familia. Pero James dijo que ni hablar. Él le pagaba la carrera y le aconsejó que la terminara. A su mujer no le faltaría nada de nada y el rancho Hazzard necesitaba un veterinario.

El joven Ben, que por aquel entonces tenía veintidós años, diez menos que James, comprendió que su amigo y patrón tenía razón y siguió su consejo. Ahora que se aproximaba a la treintena, tenía unas gemelas de seis años y un varón de dos. Los tres niños eran rubios como el padre y con los ojos azules. Ninguno se parecía a Jess. Ruth tenía dos varones de cuatro y un año. Se casó un año más tarde que su amiga y cuñada. Y aunque quería a su esposo, guardaba un secreto muy oculto, que nadie sabía. Ni tan siquiera Jess o Nancy, aunque su suegra lo sospechaba. Estaba enamorada platónicamente de James. Jamás se le había insinuado, jamás coqueteó con él; tal vez debido a que él siempre se mostraba cortés con las mujeres de su alrededor, pero nunca bromeaba ni daba lugar a confianzas excesivas.

Para James Hazzard, las mujeres de Lowma no existían. Él siempre había buscado torres más altas; incluso cuando era muy joven, nunca intentó nada con ninguna. Y como se fue tan pronto a la universidad, ninguna tuvo ocasión de provocarlo. Cuando volvía, se mantenía distante de todas ellas. No faltaba una sonrisa amable o una palabra correcta, pero nada más. Además, tenía tanto que estudiar y los problemas con el padre, no dejaba entrar otras cosas en su cabeza. Cuando pasó el tiempo y lo vieron en la prensa, fotografiado con una modelo o una actriz o una hija de papá, ellas morían de envidia.

Estando en el rancho era casi distante, como en las fotografías. Era su forma de ser. Con las mujeres que se acostaba, era un amante excepcional. Experto hasta volverlas locas, caballero en algunos momentos y en la mayoría, un macho en plena potencia sexual, provocando en ellas un enganche total a su persona. Con la única mujer que estaba llevando al máximo su caballerosidad y delicadeza, era con Bella. Y motivado por las anormales circunstancias de la joven.

Nunca se andaba con tantos miramientos. La mujer que lo miraba dos veces seguidas y que le gustase, caía. ¿Con cuántas había estado? No llevaba la cuenta ni le importaba. Era algo que surgía y lo aprovechaba. Aparte de

tener alguna relación estable, siempre picoteaba en otros platos. Estando casado, no fue feliz, pero la infidelidad no entraba en sus planes, simplemente surgía y la aprovechaba. Después de todo, pensaba que el sexo era solo eso, sexo. Si tuviera que recordar las caras de las mujeres con las que se había acostado, recordaría pocas y seguramente mezclaría cuerpos de unas con caras de otras. Importaban en ese momento y luego las olvidaba.

Estando viudo, no había ninguna mujer que le llorase por falta de tacto. En una ocasión, Cameron se puso un poco pesadita, y él le aclaró las cosas. O lo aceptaba así, o rompían y tan amigos. Ella no se lo pensó. Prefería compartirlo a no tenerlo. Aparte, estaba la desconfianza innata en él. No se fiaba ni de su sombra, menos de los demás, y sobre todo si eran mujeres. En las noches de grandes borracheras y sexo loco, no se olvidaba de ponerse un condón.

Si asumía la paternidad, sería con una mujer especial que la quisiera y que lo quisiera. Y por supuesto casados. Para eso era muy tradicional. Cada vez que veía a los hijos de Barbara con sus esposas y sus chavales, le entraban deseos de estar como ellos. Una vez que salía del rancho, estaba tan ocupado y con tantos quebraderos de cabeza, que se olvidaba por completo de sus deseos de formar una familia.

Hacía años que había notado que Ruth lo miraba de una manera especial, cuando nadie se fijaba. No le dio importancia y lo dejó pasar. No era su tipo. En la época de soltero, ni se fijó en ella. Estaba muy ocupado, tratando de hacerse más rico de lo que era. Ya casada con Noah, aun se fijó menos; era la esposa de Noah y punto. Pero hubo un encontronazo. Fue cuando ella se mostró lastimera porque sospechaba que su marido la engañaba con una camarera del motel. Al dejar los lamentos, pasó al mimoseo. James se puso en guardia al momento. Le dijo que se preocupara de que su marido estuviese más contento en la cama, y así no se iría con otra. Ella no se lo tomó bien. A James le importó un carajo. Era de la opinión de que cada mujer tenía lo que se merecía, y aunque hubiera excepciones, según él eran pocas.

Y ahora se planteaba su futuro matrimonio. No era lo que había pensado. Pero, ¿qué es lo que había pensado? Casarse, con alguna de las modelos o niñas ricas con las que salía y se acostaba, ni hablar. No estaba enamorado de ellas. Nunca lo había estado. Encontrar una mujer bella, culta, adecuada para él, y que no hubiera corrido mucho, sexualmente hablando. Isabella era bellísima, culta, una mujer exquisita, ¿era correcta para él? Sexualmente parecía que no había corrido mucho, pero el poco corretaje no

era el adecuado. Y si resultaba que después de casados y consumir el matrimonio, porque por Dios que lo consumiría, decidía volver a las relaciones lésbicas. No lo aceptaría. Estaba seguro. Se había enamorado como un tonto de esa criatura y quería que aprendiera a disfrutar con un hombre, con él, aunque le costara enfados y masturbaciones, estaba dispuesto a conseguirlo.

Los últimos días que estuvo fuera antes de la boda, intentó mantenerse casto, pero no lo consiguió. En Nueva York estuvo una semana y de las siete noches, cinco, fueron acompañado de la modelo de color, Charlotte. Cuando la conoció, ya había estado con otras mujeres de color, pero tenía que reconocer que esta tenía uno de los mejores cuerpos que hubiera visto y poseído. Poco pecho, lo cual era una pena, pero lo prefería a la silicona; unas piernas de escándalo y un culo perfecto. Era tan completa, que follaba de maravilla y la chupaba mejor. Era un poco excéntrica y caprichosa, pero eso lo solucionaba con regalos caros. Un collar de perlas australianas, una pulserita de diamantes, unos pendientes de esmeraldas... no eran regalos de corazón, ni por supuesto de amor, eran regalos de pago. Pago por sus servicios.

La última noche fueron a cenar a un restaurante italiano, seguidos por sus guardaespaldas. Siempre que estaba fuera del rancho y de Helena, se rodeaba de ellos, especialmente para evitar a los reporteros, que de por sí, no lo molestaban excesivamente.

Más tarde, en el hotel, no la llevaba nunca a su casa, follaron de todas las maneras posibles. Al acabar, James deseó que se fuera y le dejara con sus pensamientos. Pero ella se pegó como una lapa, observando como el hombre que le producía tanto placer, que deseaba con locura, consumía un cigarrillo.

—Nos seguiremos viendo después de tu boda —ella no preguntó.

—No.

—¿Por qué? —la pregunta salió chillona de los gruesos labios.

Cuando se enteró que se iba a casar, casi le da un síncope. Sabía que ella nunca sería su mujer, pero disfrutaba con la idea de que ninguna lo consiguiera.

—Porque mi esposa vendrá conmigo —cansado de tener que mantener este inicio de conversación, James la miró con rostro asqueado.

Ella hizo como que no se daba cuenta.

—¿Y qué más da? Te puedes escapar. Para un hombre como tú no es difícil.

—Mira Charlotte, esta ha sido la última vez. No habrá más,

¿comprendes?

—Bueno, eso dices ahora, pero si cambias de idea, te cansas de esa muñequita blanca o ella se cansa de ti, tal vez estaré esperando o tal vez no.

—Estupendo. Y ahora, ¿por qué no me dejas solo?

—¡¿Quéééé?!

—Ya me has oído. Vete a tu habitación.

—Eres un cerdo —le insultó, saliendo de la cama tal como vino al mundo.

James admiró el hermoso cuerpo, la piel de ébano y deseó ver así, de ese modo, con total despreocupación, a su amada Isabella.

Isabella, Isabella, Isabella, solo ella ocupaba su corazón y su mente. Tenía que morderse la lengua para no gritar su nombre cada vez que se corría con otra mujer. Cuando esa noche, Charlotte le había hecho una felación, no pudo dejar de pensar en la que le había hecho Bella. No fue tan experta como las que le hacía Charlotte, pero fue más placentera. Se había corrido en su boca. La primera vez que lo había hecho. Nunca quiso que una mujer se lo tragara, si es que se lo tragaba y no lo escupía en un bote para vete a saber qué; no se fiaba ni de su sombra. Como mucho, dejaba que el esperma salpica sus caras o sus pechos, pero nunca dentro de la boca. Podría haber insistido y haberla quitado, para eyacular debajo del calzoncillo, pero sintió curiosidad por saber hasta dónde podía o quería llegar.

Estaba al corriente de todo lo que le contaba a Cindy. Regularmente la llamaba y esta le explicaba con todo lujo de detalles, los progresos que iba obteniendo. La última conversación había sido dos días atrás.

—Tengo buenas noticias para ti, James.

—Tú dirás.

—Casi la tienes en el bote.

—Ah, ¿sí? —preguntó sin mostrar excesiva curiosidad.

—Aja —añadió Cindy, calentando motores y guardando silencio para hacerle perder la paciencia.

—Estoy esperando, Cindy —la voz sonó grave y áspera. Cindy se mordió la mejilla para no reírse de él.

—Le gusta chupártela —espetó la joven. James, guardó silencio. No se sorprendía por el vocabulario de la californiana, pero si le causó sorpresa que

Isabella le contara esas cosas—. Le encaaaaanta, chupártela. Por algo se empieza, ¿eh, vaquero? — bromeó la joven.

—¿Cuándo te lo ha contado? —la voz masculina no mostró alegría. No mostró nada.

—El otro día, qué más da. ¿Quieres qué te cuente lo que me dijo o vas a comportarte como una estatua de piedra?

—Estoy deseando oírlo. No sabes cómo lo deseo —añadió, pero sin cambiar la entonación.

—Bien. No me cuenta todos los detalles, como yo desearía, por ejemplo, cuánto mide tu polla y cuánto tardas en correrte...

—Cindy —la riñó.

—No te enfades, hombre. Es una broma.

—Al grano, Cindy.

—Vale. Resulta que la pones a mil. Le gusta muchísimo que la beses y que la toques y al mismo tiempo le gusta tocarte y besarte. Cuando te hizo la felación, sí, sí, me lo ha contado, no se ha explayado, pero bueno, una tiene mucha imaginación —no esperó la reprimenda del hombre y siguió—, le gustó, le gustó mucho, se sintió importante y me dijo que iba a poner todo su empeño en mejorar, para hacerlo mejor que esos hombres o muchachos con los que te lo montas.

—Dios, Cindy —se quejó.

—Tranquilo hombre. El problema vendrá cuando se enteré de que no eres maricón. Cuando descubra que tendrá que competir con otras mujeres. Eso que ya le va entrando en la cabeza que tal vez seas bisexual.

—Qué más te dijo.

—Que sigue teniendo un pavor horrible a la penetración, pero que cree que ese es el menor de sus problemas, puesto que tú no lo necesitas. Hasta piensa que cuando la tocas y todo eso, lo haces un poco por compromiso. Además, está convencida de que sus tetas te repugnan.

—Jesús —murmuró el hombre.

—Le dije que eso era una tontería como una casa. Jamás le he visto los pechos al natural, porque es más tímida que una monja de clausura, pero cuando se pone vestidos sin sostén, las tiene más tiesas que un palo y gordas como melones. ¿Te gustan sus tetas, James? —tardó unos segundos en contestar.

Era una conversación de lo más anormal. Pero aun así dijo lo que sentía.

—Me vuelven loco sus pechos —afirmó, notando como su miembro se endurecía pensando en ello—. ¿Por qué piensa eso? ¿Acaso cree que todos los maricas odian las tetas grandes?

—Sí, pero aparte de eso, como piensa que mantienes relaciones con ambos sexos, y con las que has salido en la prensa están un poquito... planas, y tienen ese punto masculino de pelo corto, pocas tetas y caderas estrechas...

—Todas no son así —corrigió él.

—Ya, pero ella se ha fijado en esas. En las que ha visto en las últimas fotografías.—Si conociera a todas con las que me he acostado, no opinaría así.

—Si estuviera al corriente de ese pequeño detalle, saldría corriendo y no pararía hasta llegar al océano Pacífico —bromeó la joven.

—¿Tú crees? —preguntó sin esperanzas.

—No lo dudes, James. Se siente protectora de ti. Le gusta cubrirte las espaldas y pensar que, gracias a ella, tu reputación está intacta. Si llega a saber que eres un semental, que follas más mujeres de las que recuerdas, no creo que lo soporte.

—Pues no pienso pasarme la vida de casado, dejando que crea semejante barbaridad.

—Por supuesto que no, pero debes de darle tiempo.

—Tiempo, tiempo —se quejó él—, cuánto más tiempo pasa es peor.

—No lo creas, James. Enfócalo desde este punto, cuánto más tiempo pasa, más necesita de ti. Si después de tres o cuatro meses de la boda se entera de tu verdadera condición sexual, ya le será imposible prescindir de ti.

—Si no me deja acostarme con ella, seré yo el que prescinda de ella.

—¿Te rendirás tan pronto?

—Tal vez.

—Bah, tonterías —añadió Cindy—. La tienes en el bote. Un hombre de tu experiencia no tendrá problemas para hacerla gozar.

—Con ella, dudo de mis cualidades, como tú dices. Además, estoy preocupado por si está enferma y necesita terapia psiquiátrica. No sé, Cindy, no sé. Además, no pienso esperar tres o cuatro meses para decirle lo que hay. Para decírselo no, para demostrárselo. Hostia puta.

Hubo un pequeño silencio a través del hilo telefónico y Cindy volvió a la carga.

—¿Sabes que siente mariposas revoloteando en su estómago, cuando te ve? ¿Sabes que le perturban tus ojos cuando la miras? ¿Sabes que se vuelve loca por tu boca y por tus besos? ¿Sabes que pierde el sentido cada vez que la

acaricias? ¿Sabes que cuando ve tus grandes y hermosas manos ya no le asustan? ¿Sabes que tiene que hacer verdaderos esfuerzos, para controlar su mirada y que no vaya detrás de ti, como una perra en celo? ¿Sabes que siente morbo por creer que eres cómo eres? ¿Sabes que siente celos de los hombres desconocidos con los que según ella te acuestas? ¿Sabes que se acompleja de su cuerpo, porque piensa que no es perfecto? ¿Sabes que piensa en hacerse una reducción mamaria? —hasta ese momento, James la había dejado hablar y se había recreado oyendo todos esos ¿sabes?, pero con el último se sobresaltó.

—¿Qué estupidez es esa? Le habrás quitado la idea de la cabeza.

—No te alteres, James. Lo dijo en un momento de debilidad. Ella teme a los médicos. Huye de ellos, como de la peste. Pero todo lo que te he contado antes, me lo dijo un tanto nerviosa y llorosa. No sabe qué le está pasando. Tiene miedo. Cree que se está enamorando y es algo que la asusta. Jamás ha tenido estos sentimientos. Es una mujer hecha y derecha, pero en el tema sentimental le falta madurar un mundo. Se le pasó por la cabeza que, si a ti no te gustan los pechos voluptuosos, estaría dispuesta a complacerte. Supongo que tarde o temprano te lo dirá.

—Esto se está desbordando.

—Tranquilo, James. No hará nada sin decírmelo.

—Eso espero.

—Tengo que dejarte, Lenny está abriendo la puerta. ¿Cuándo vendrás a buscarme?

James le había dicho que no se preocupara por los billetes de avión.

—Mañana te lo confirmo.

—Estupendo. Hasta mañana, James.

—Adiós Cindy. Saluda a tu novio de mi parte.

—Vale.



Se casaron el último viernes de septiembre. Hizo un día soleado y suave, no entorpecido por la lluvia que había hecho acto de presencia, los dos días anteriores. La ceremonia se celebró al aire libre y el sacerdote que oficiaba en Lowma y otro par de pueblos, los casó. Isabella estuvo nerviosa como un flan y le pidió a Cindy que no se separase de ella en ningún momento. La ayudó a vestirse y a maquillarse y cuando sintió deseos de llorar, la otra le echó una reprimenda logrando enfurecer a Bell y consiguiendo que sus ojos se secaran en un periquete. Huelga decir, que Cindy no la vio desnuda.

Antes de ponerse el vestido llevaba un corsé tanga con ligeros, unas medias, todo blanco virginal, y una bata encima. Cuando se quitó esta, para ponerse el vestido, Cindy no pudo dejar de admirar el culo tan bien formado y le hubiera gustado estar delante de la pareja, cuando por la noche se encontrasen a solas.

El vestido era de seda color crema, muy clarito, con escote barco por delante y un pico no muy pronunciado por la espalda. Las mangas hasta el codo y la falda sin vuelo, se pegaba a sus piernas al andar. Un velo largo por detrás y corto por delante para taparle el rostro. Los zapatos forrados de la misma tela que el vestido, eran de diez centímetros, para no sentirse tan pequeña al lado de James. Jessica le recogió el cabello en un laborioso y tirante moño, que le dejaba el rostro despejado por completo, y mostraba los ojos y la boca en todo su esplendor. Jess, disfrutó peinándola. Le dijo que tenía el cabello más hermoso y moldeable que hubiera trabajado, y había trabajado muchos en sus años de peluquera, aclaró orgullosa.

El maquillaje que le aplicó Cindy, fue muy discreto. Realmente con esa cara, no necesitaba nada. Prescindió del maquillaje y sólo le aplicó un poco de polvos, una ligera sombra de ojos, un poco de máscara para oscurecer esas pestañas que eran como abanicos y un rojo de labios, que difuminó con esponja, creando el efecto de una boca que ha sido besada por un hombre y se ha quedado bastante alborotada, palabras textuales de Cindy. La mayoría del tiempo, Cindy filmaba con la cámara de video que le había pedido a James. Incluso la colocó en un sitio estratégico, para que siguiera filmando cuando

Bella se quedó con ese llamativo corsé tanga, y mostró su hermoso culo desde todos los ángulos. Seguro que a James le gustaría verlo.

Barbara entraba y salía de la habitación. Estaba en todos los sitios, queriendo controlar todo. Habían contratado a una empresa de catering de Helena, que se ocupó de todos los detalles; desde las flores, la comida, los camareros, hasta la carpa donde se sirvió la comida. James le dijo que no se preocupase por nada, todo lo harían ellos. Tan sólo debía disfrutar.

Pero ella, desconfiando de todos ellos, salía y entraba, controlando todo lo que hacían los camareros y cocineros. Llegó un momento que se dio por vencida y reconoció que esas personas eran muy competentes, y no era necesario estar encima de ellos. La tía de Isabella, no asistió por consejo de los médicos. Cuando James fue a recoger a Cindy, iba también a por la anciana. Tenía Parkinson y una fuerte demencia senil. De hecho, ya no recordaba a Isabella y se pasaba la mayor parte del tiempo abstraída. James fue a visitarla y lo comprobó personalmente. Le dijeron que era desaconsejable un viaje y menos para algo tan excitable como una boda. Era mejor que la anciana estuviera tranquila en la residencia, sin alteraciones de ningún tipo, que aparte no comprendería.

James llamó a Bella desde la residencia, comunicándole el estado de la anciana, ella lloró. Él intentó consolarla como pudo, siendo sus palabras como bálsamo para las heridas. Pero sí estaban todos los demás. Al final, el requisito de Bell, pidiendo una boda privada y con los menos posibles, se quedó en agua de borrajas. Todo el pueblo acudió y viendo a James tan orgulloso, a ella no le importó. Gracias a la Divina Providencia, su madrastra y hermanastra tuvieron un viaje muy urgente, que les impidió acudir a la boda. Después de comer y del baile, se haría una cena para los más íntimos.

Cuando James vio aparecer a su futura esposa, casi se le corta la respiración. Estaba tan hermosa, que dolía. Durante el tiempo que duró la ceremonia, intentó no mirarla demasiado. Lo que deseaba, es que todo pasara pronto y tenerla entre sus brazos, y debajo de su cuerpo; o encima, no era delicado. Cuando le echó el velo hacia atrás y contempló esa boca sonrojada, esos labios rellenos y tentadores, los besó suavemente para no perder por completo la cabeza.

Al terminar la comida, Bella estaba ligeramente achispada y muy contenta. Bailó con James los primeros bailes, para después bailar con Stephen, Eddie, Willy, Noah, Ben y algunos más. A menudo contemplaba su alianza de casada. Era fina, con diamantes pequeños, encastrados en platino.

Pensó que James tenía un gusto exquisito. Bailando con Willy, observando su alianza y el anillo de compromiso, observaba también a su esposo. *Esposo*, que palabra tan bonita, le sonaba bien, le gustaba. Señora de Hazzard. Isabella Hazzard Lewis. A Willy le contestaba con monosílabos, mientras veía bailar a James con Cindy. Qué guapo estaba. Qué guapo era. Llevaba un traje oscuro y para bailar se había desprendido de la chaqueta, la corbata y el chaleco. Lucía sus anchas espaldas, cubiertas por una camisa blanca y sus duras y musculosas nalgas se dejaban adivinar a través de la caída impecable del pantalón. No podía quitar los ojos de su persona. Él, de vez en cuando la miraba, sonriéndole cariñosamente.

Cindy le había advertido: no te la comas con los ojos, deja que sufra un poquito, que sea ella la que te mire, la que te busque. A James le costaba trabajo cumplir el consejo, pero lo acató. Pero cuando sabía que ella no miraba, se recreaba, aguantando las bromas de Stephen y Eddie, sobre lo bien que había elegido en esta ocasión.

A las ocho de la tarde, sólo quedaban los íntimos. Los del catering terminaron de recoger lo principal, dejando el desmantelamiento de la carpa para el día siguiente. Después de cenar en la enorme cocina, carne a la brasa, que Bárbara les hizo, regadas con abundante cerveza, se trasladaron al salón donde James se ocupó de servir copas a todos. Lenny, que al final había acompañado a Cindy, tuvo ciertos reparos en un principio, pensando que estaría fuera de tono en un ambiente de ricos. Pero ya en la comida, comprobó que el ambiente era de lo más agradable y que ricos, ricos, solo había uno, y por la noche lo terminó de corroborar.

James se preocupaba de que el muchacho estuviera cómodo y relajado, sintiéndose como en su casa. Al tiempo que atendía a unos y a otros, incluidos los nietos de Barbara que se les subían a las piernas en cuanto se descuidaba, vigilaba a su esposa, que había bebido más de la cuenta y se le notaba. Pero tenía una borrachera simpática y distendida. Bromeaba con los hombres y se reía de los chistes soeces y de los comentarios que hacía Cindy, al respecto. Lenny sonreía, ante lo que decía su novia, como pensando que no tenía arreglo. James ya lo había catalogado; todo lo que tenía ella de dicharachera, simpática, bromista, lanzada y mal hablada, lo tenía el otro de serio, formal, comedido e incluso algo tímido. Desde luego formaban una pareja singular.

A las diez, Jess, Ruth y Barbara fueron a acostar a los niños. Y estando todos cómodamente sentados en los sillones y sofás, bebiendo y riendo, a alguien se le ocurrió poner la cinta que se grabó durante la ceremonia y el

banquete. Fue Willy el que se equivocó, cogiendo la cinta que grabó Cindy. Esta se dio cuenta al momento, pero no dijo nada.

Cuando aparecieron las manos de Jess, peinando el hermoso cabello de la novia, todos hablaron a la vez y callaron al mismo tiempo. James, espatarrado en un sofá y con la protagonista a su lado, se recreó viendo como pasaban las imágenes rápidas y lentas, según el caso, y como las mujeres cotorreaban y reían entre ellas. Como los dedos de Jess, jugaban con la hermosa melena y el peinado iba tomando forma. Luego Cindy la maquillaba y Jess grababa. Isabella le decía a Cindy que no abusara del rojo de labios, y ella le contestaba que se callase y la dejase hacer.

Los hombres no perdían detalle. Era algo de mujeres, y tal vez por eso estaban tan atentos. Pero el plato fuerte vino enseguida. El ángulo cambió. Nadie grababa. La cámara había quedado sobre una cómoda y seguía filmando sin que se dieran cuenta, pensaron todos, todos menos Cindy. James, sin pestañear y temiendo lo peor, vio como Isabella le decía a Cindy que trajera el vestido. Se quitó la bata. El *woooowww* de Willy, casi hace retumbar las paredes, y los silbidos de los mayores y de los hijos de Barbara se sintieron en el sur de Texas.

La muchacha enrojeció como una fresa, no terminaba de creerse lo que estaba viendo. Se tapó la cara con sus bellas manos, dejando los dedos entreabiertos para observar su imagen en la pantalla panorámica. Isabella mostraba de frente todo su esplendor. Los pechos quedaban semi descubiertos entre blondas de encaje, las medias blancas hacían más seductora la carne descubierta y turgente de los muslos, con las ligas como medio de sujeción. Cuando Cindy apareció llevando el vestido, la novia se volvió de espaldas y mostró su hermoso trasero a cámara.

—Joder —exclamó Noah.

Los otros estaban sin habla.

—Dios mío —murmuró Bella.

James la cogió por los hombros y le escondió el rostro en su pechera, riéndose de la vergüenza de ella. Qué importancia tenía que vieran a su mujer así. Eran sus amigos, ella era sólo suya y él esa noche iba a tomar todo lo que la cámara mostraba y mucho más.

El bonito culo se movió sinuoso mientras se descalzaba y se introducía el vestido por los pies. Ninguno de los presentes dejó de mirar, a excepción de Bella, que seguía escondida entre el pecho de James y su fuerte brazo. Cuando la joven se hubo vestido y vuelto a calzar, pidió a Cindy que le subiera la

cremallera. En esos momentos, James cogió el mando y apagó el televisor.

—Y ahora voy a coger lo que es mío —dijo mirando a su esposa, que seguía escondida en él. Se levantó y la tomó en brazos—, y nos retiramos a descansar —los hombres silbaron ruidosamente—. Podéis seguir bebiendo o haciendo lo que queráis, pero os aconsejo que no os acerquéis a nuestra habitación. Al que se le ocurra lo corto los huevos.

Todos se llevaron las manos al paquete y rieron estrepitosamente. Estaban borrachos como cubas y se habían puesto calientes, viendo el cuerpazo de la joven.

—Cindy, guarda esa cinta bajo siete llaves. No quiero que la vea nadie más —ordenó mostrando se bella sonrisa—. Estos son capaces de hacer una copia.

—No te preocupes, James —contestó con otra sonrisa.

—Ale, Bella, despídete de nuestros amigos —ella asomó su lindo y achispado rostro, entre el cuello y el hombro de su esposo.

—Hasta mañana, muchachos —dijo riendo.

—Adiós, bonita. Si necesitas nuestra ayuda —bromeó Eddie—, silba.

Todos rieron ante el comentario. James se dirigió hasta la gran arcada y se volvió.

—De la cinta, nada a las chicas, ¿eh?

—Tranquilo James —contestó Noah—. No quiero que a mi madre le dé un infarto y a mi esposa un ataque de envidia.

Todos volvieron a reír y James desapareció con su mujer en brazos.

En la habitación, James encendió una lámpara. Seguía llevando a Bella. Cuando intentó dejarla en el suelo, ella se agarró fuerte a su cuello.

—¿Qué te pasa, nena?

—Estoy nerviosa, James. Y muy avergonzada.

—¿Por la cinta? —preguntó sonriendo e intentando verle el rostro escondido.

—Sí.

—No tiene importancia, pequeña. Has alegrado los ojos de unos cuantos hombres, incluidos los míos. Nada más.

—¿En serio?

—Sí. Ahora suéltame y deja que te baje.

Ella obedeció y su cuerpo fue bajado delicadamente, pero sin despegarse del hombre.

—Deja que te baje la cremallera —pidió él.

—Pero, pero, debo ponerme el camisón de novia —protestó asustada.

—No. Quiero verte con lo que llevas debajo —ordenó con voz grave.

Ella obedeció y se volvió de espaldas a él. Sus dedos cogieron el enganche y fueron bajando lentamente la cremallera. Ella con los ojos cerrados y sintiendo la respiración de él sobre su nuca, no se movió.

—Estoy borracha, James.

—Ya lo sé.

—Y tengo miedo —añadió al notar como caía el vestido a sus pies.

James, admirando la perfecta espalda, el encaje del corsé y las turgentes nalgas, respiró profundamente.

—Lo sé, pequeña —sus grandes manos tocaron el culo suavemente.

Rodeándolo, acariciándolo. Ella suspiró.

—Tienes miedo de mí —afirmó el hombre.

—Tengo miedo de que veas mi cuerpo imperfecto. No quiero que me veas desnuda —él la cogió por los hombros y le dio la vuelta, enfrentándolo a él.

—Tú cuerpo es el más hermoso que he visto en mi vida.

—No, no —gimoteó, elevando el rostro para mirar esos ojos plateados—. No te he contado todo, James. Yo no soy lo que parezco. Guardo un terrible secreto. Algo que me corroe por dentro y que mi cuerpo me lo recuerda, cada vez que lo miró —él, la dejó continuar—. Tengo que contártelo, aunque me odies después.

—No te puedo odiar. Cuéntamelo.

—Cuando tenía quince años me atacaron. Me atacó un hombre —ella dejó de mirarlo y silenció sus labios.

James la cogió de la mano y dejando el vestido abandonado en el suelo, la llevó hasta el borde de la cama, sentándose los dos.

—¿Qué ocurrió? Cuéntamelo todo —ordenó suavemente.

Ella, mirando el suelo, comenzó su relato.

—Había ido a la casa de una amiga, con el pretexto de estudiar. Pero era para planear lo que nos íbamos a ponernos en una fiesta. Mis padres habían muerto hacía poco y yo andaba un poco trastornada. Quería divertirme y olvidarme de la realidad. Al salir de la casa de mi amiga, era muy tarde. Atajé por un parque para llegar antes y que mis tías no sufrieran. Me tropecé con algo y me caí. Me dolía la rodilla y paré en una fuente para subirme el pantalón y ver lo que me había hecho. Tenía la piel despellejada y sangraba un poco. Moje mi mano en el agua y limpié la herida —calló unos segundos y

mirando el vacío, continuó. James no perdía detalle—. Me bajé la pernera del pantalón y fui a recoger los libros. Él me enganchó por el tobillo y me arrastró hasta unos setos o algo así. Grité, grité mucho y él me pegó en la cara. Cuánto más me pegaba, más gritaba. Intenté darle patadas y puñetazos, pero era muy fuerte. Como tú, James. Era alto y tenía mucha fuerza. Pero yo no me amilané, luché con todas mis fuerzas y seguí gritando o por lo menos eso creía. Notaba mi rostro raro, pegajoso y muy dolorido. Supongo que, en esos momentos, ya me había roto la nariz y partido los labios. Perdí el conocimiento cuando me acuchilló. Pero no creó que fuese por ello, si no por los golpes de la cara y cabeza. La policía me dijo que, hubo la coincidencia de que pasaron dos chicos mayores corriendo, haciendo ejercicio y oyeron algo. Se enfrentaron al hombre y este huyó. Me llevaron al hospital y estuve una larga temporada. La nariz me la arreglaron y las cuchilladas, dicen que también, pero yo me las veo todos los días —James seguía en silencio. No quería que su esposa dejase de hablar. Quería que soltase todo lo que llevaba dentro—. Desde entonces no fui la misma. Me hundí en mi propia miseria y no supe salir de ella. Odie a los hombres con todas mis fuerzas, a pesar de que dos de ellos me salvaron la vida. Más de una vez he deseado que no hubieran pasado, que ese hombre hubiera seguido apuñalándome hasta quitarme la vida.

—No digas eso pequeña —dijo acariciándole la espalda.

—No he terminado, James. No acaba ahí la historia. Los hombres dejaron de existir para mí. Y con el tiempo tuve relaciones con mujeres —al decir esto, se armó de valor y lo miró a los ojos —. ¿Entiendes?

—Sí. Entiendo perfectamente.

—Pero yo no... —comenzaba a derrumbarse y los ojos se le llenaron de lágrimas—, a mí no me gustan las mujeres. Fueron encuentros casuales, esporádicos. Soy virgen, James —él la abrazó, agradeciendo para sí mismo, que la joven se abriera de ese modo.

—No debes preocuparte. Eso pertenece al pasado y ya no importa —se separó de ella y le limpió las lágrimas—. Me tienes para protegerte, para dártelo todo —ella ya no lloraba y lo miraba embelesada—. Y ahora, te desnudaré y veré tu cuerpo.

—Oh no, no te gustará. Y me sentiré horriblemente mal, aunque esté borracha como una cuba. No te gustan mis pechos y mis cicatrices son horribles.

—No es verdad. Tienes unos pechos preciosos. Los mejores que he visto. No sé de dónde has sacado esa idea —le iba hablando al mismo tiempo

que la ponía de pie y la colocaba entre sus fuertes piernas—. Todo tu cuerpo es precioso, no importa que ese cabrón mancillara esa zona de tu piel. Para mí, eres la flor más exquisita que he poseído en toda mi puta vida —la rodeó con sus largos brazos y fue desabrochando la espalda del corsé, mientras dejaba caer besos sobre el nacimiento de sus pechos.

Ella, gimió con los ojos cerrados, de placer y de temor a lo que él pudiera decir o hacer.

Cuando soltó todos los corchetes con manos expertas, lo dejó caer a sus pies. James admiró esos divinos pechos, esos botoncitos, mordiéndolos delicadamente, provocando gemidos y suspiros en su esposa. Miró las cicatrices, finas, largas y las recorrió con los dedos. Isabella, con los ojos cerrados, hacía esfuerzos por no llorar. Cuando los labios del hombre se posaron en la cicatriz central, y bajaron desde el diafragma hasta llegar al ombligo, dándole suaves besos, ella lloró en silencio, sin moverse. James volvió a hacer lo mismo con la otra cicatriz. La besó desde debajo del pecho izquierdo, recorriendo la media luna, hasta la estrecha cintura.

—Si tuviera ante mí, al hijo de la gran puta que te hizo esto, lo mataría con mis propias manos —murmuró con la cara aplastada contra su estómago. Ella que había permanecido con los brazos pegados al cuerpo, los levantó tímidamente y rodeó el cuello del hombre—. Dios, cómo te deseo —murmuró el hombre, moviendo la cabeza entre sus pechos y metiéndose un pezón en la boca.

Succionó con fuerza, haciendo desaparecer el llanto de la joven por gemidos de placer. Él siguió chupando los pechos y acariciando ese culo que lo volvía loco. De pronto, se levantó y la cogió en brazos para acostarla en la cama. Ella se dejó llevar. Estaba muy bebida como para resistirse. James lo sabía y se iba a aprovechar de la situación.

No debería, pero lo haría.

Le fue dando pequeños besos y lametones por los muslos, hasta llegar a su sexo. La abrió las piernas y ella intentó resistirse, sin mucho ánimo. Cuando notó la boca de él sobre su clítoris, dio un respingo, pero se abrió más. La boca y lengua masculina, se movían con tal fuerza y maestría que la estaban volviendo loca. Elevaba las caderas para que se la comiera toda y James, excitado por los movimientos de su mujer y por los gemidos de placer cada vez más fuertes, se lo hacía con más ganas. Introducía la lengua hasta el máximo de su longitud y le lamía rítmicamente ese punto tan sensible que tenía entre los muslos, sin olvidar todo lo demás.

La cabeza de Isabella giraba como una peonza. Entre el alcohol que llevaba dentro y lo que le estaba haciendo su marido, estaba muriendo de gusto. Cuando le vino el orgasmo, comenzó a gritar y James experto en esas lides, le tapó la boca con una mano y siguió lamiendo y chupando hasta que se corrió otra vez. Ella, sin fuerzas, lo agarró del pelo con las manos. Una uña lo arañó en la mejilla, pero él ni lo notó.

—Oh, James, no me importa lo que seas, pero me vuelves loca de placer —susurró para sí misma, pero sin dejar de oírlo él también.

Sus bocas se buscaron y ella degustó el sabor de su cuerpo en la boca y la lengua de él. Estaban frenéticos. Ella se había olvidado de sus cicatrices y de sus miedos, y él reventaba de ganas por ella. Tantas veces la había deseado, que ahora quería disfrutar de ello al máximo. Le introdujo la lengua hasta el fondo de la boca, acariciando con fiereza, el paladar, los dientes y la parte interna de los labios. Respiraron entrecortadamente, separándose un poco para volver a la carga.

Cuando James sacó la lengua para volverla a introducir en la boca de su esposa, esta tomó la iniciativa y la agarró con sus labios. La fue chupando lentamente, como si de un polo de fresa se tratara. La tomó por la puntita y se la iba comiendo poco a poco, hasta tragársela entera y dejar que se moviera dentro de su boca como una serpiente cascabel. James se volvió loco de pasión. Sabía que el alcohol podía producir muchos estados, pero tal desinhibición en ella, le producía un placer y un compás nervioso, que no sabía cómo iba a controlar la penetración.

Ella quiso desnudar al hombre y este se dejó. Entre besos más suaves, pero con lengua, y gemidos de los dos, le fue desabrochando la camisa hasta quitársela. Los delicados dedos recorrieron el espeso vello de los pectorales, los fuertes brazos, llegando a las manos grandes y bien cuidadas. Volvieron otra vez al pecho y bajaron por los duros y planos abdominales. James no dejaba de mirarla. Respiraba despacio para utilizar todo su autocontrol y dejar que ella hiciera.

Cuando desabrochó el cinturón, el botón y bajó la cremallera de la bragueta, respiró profundamente. El pene estaba erecto y quería traspasar todos los obstáculos. Él terminó de quitarse el resto de las prendas en un segundo. Bella admiró el pene, grande, largo y grueso. Los dos, arrodillados sobre la cama, se miraron a los ojos. Ella, bajó la mirada y seguidamente la cabeza para metérsela en la boca. Pero James, no quería esa noche una felación; aun así, dejó que le diera dos lengüetazos y la cogió por los

hombros.

—No. Esta noche no —susurró.

—¿Por qué? ¿No te lo hago bien?

—Sí. Me lo haces muy bien, pero esta noche quiero hacerte el amor.

—No es necesario, James. No hace falta que te esfuerces —dijo inocentemente.

—Shhh. Calla. Eres mi esposa y debemos consumir el matrimonio. Además, no quiero que sigas siendo virgen.

—Pero...

—Shhh —tumbándola en la cama, le fue acariciando los muslos.

—Tengo miedo, James.

—¿De mí?

—No. De eso —susurró señalando el pene.

—No debes temerlo. Solo es un trozo de carne —bromeó, intentando que no se asustara demasiado—. No te haré mucho daño. Confía en mí.

James se metió varios dedos en la boca y los ensalivó con ganas. Los llevó al sexo de su mujer y comenzó a tocar el botoncito que le abriría las puertas, de lo que llevaba deseando desde que la conoció. Dicho y hecho. Ella abrió las piernas de par en par y elevando varias veces las caderas, volvió a tener otro orgasmo producido por esos dedos tan expertos. Fue cuando James aprovechó para montarse encima. La punta de su miembro fue buscando camino y ella gimió.

—Tranquila, mi vida. Tranquila —susurró el hombre, que comenzaba a sentir la estrecha cavidad abrazando su masculinidad.

No quería hacerlo de golpe, pero lo deseaba con toda su alma. Con una fuerza mental y física, que creía olvidada, fue horadando despacio, con mucha precaución y sin dejar de hablar, de decirle palabras cariñosas; hasta que, al límite de sus fuerzas, ella elevó las caderas y él terminó de sucumbir. La metió hasta el fondo y notó como algo frágil y apenas perceptible, le dejaba paso a través de esa cueva de leche y miel. Dios, qué placer sintió, qué sensación tan extraordinaria de hacerla suya, de poseerla, de ser uno. Ella sintió una punzada caliente, abrasadora, que le dolió, produciendo un pequeño grito que él ahogó con su boca.

Sin dejar de besarla y sin dejar de empujar, se corrió con fuertes espasmos. La respiración del hombre era violenta, impetuosa. Poco a poco, fue cediendo hasta convertirse en normal. Ella debajo, aguantando el peso y añadiendo la presión de esa potente musculatura, casi no podía cumplir esa

función. Él, al darse cuenta, levantó el peso de su cuerpo con sus brazos, produciendo un ligero suspiro en la esposa. Con pocas ganas, fue separando los cuerpos y sacó el pene húmedo y manchado de sangre y semen.

Tuvo el placer de contemplar a sus anchas, esos restos de fluidos que habían surgido de los cuerpos de ambos, al unirse en ese acto tan maravilloso. Para él había sido un acto de amor. Quería a esta criatura; no sabía lo qué ocurriría en un futuro, pero la quería, la amaba, la deseaba y era suya. Solo suya. Tal vez se estaba volviendo romántico o demasiado blando, pero la cuestión era que nunca tuvo semejantes sentimientos hacia una mujer. Y eso, lo cambiaba todo. Ahora tenía un talón de Aquiles.

La colcha blanca, que no había sido retirada, estaba manchada con dos lagrimones de sangre y restos de semen. James se levantó y paseando sin pudor su magnífico cuerpo, abrió un cajón y cogió un pañuelo. Bell, con los ojos abiertos como platos, no perdía detalle de todo lo que hacía. Él se dirigió hasta ella y la levantó. Retiró la colcha y la dejó en el suelo. Sin decir nada, se arrodilló ante ella y fue limpiando delicadamente, la parte interna de los muslos. Cuando terminó, tiró el pañuelo encima de la colcha y se levantó. La tomó en brazos, abrió la cama y la dejó suavemente. No se habían dicho nada, pero los ojos de él lo decían todo. El cerebro de ella estaba tan aturdido que no sabía decir si había estado en el cielo o en el infierno. Apagó la lámpara y se acostó a su lado abrazándola. No deseaba hablar, no quería preguntar, pero al mismo tiempo le podía la curiosidad.

—¿Te ha gustado? —preguntó sin dejar entrever el temor a la contestación.

—No lo sé —contestó sinceramente—. Me ha dolido un poco. Y no he podido sentir el placer que me has producido con la boca y con la mano — James tensó la mandíbula, pero ella en la oscuridad no lo percibió.

—La próxima vez será mejor, ya lo verás.

—No importa, James —añadió con voz soñolienta—. No hace falta. No... no lo necesito. De veras.

Estaba durmiéndose. En sus brazos.

Él, acariciaba esa piel tan suave. Sentía la seda de esos cabellos que se habían soltado con la pasión del amor; pero también sintió un nudo en la garganta.

La nuez de Adán, se movió vigorosa. Tragó saliva.

—Lo necesitarás. Por mi vida, que tarde o temprano, me lo pedirás — murmuró, queriendo estar tan seguro, por dentro como por fuera.

De madrugada se despertó repentinamente. Ella dormía como un tronco. La respiración era fuerte y agitada. Su pene se puso rígido contra el culo de ella. Le habló cariñosamente y ella murmuró entre sueños. Sin preámbulos ni contemplaciones, se montó encima y la penetró por segunda vez en esa noche. Ella gimoteó, pero no se despertó. Sabía que no era correcto lo que estaba haciendo; ella no era consciente, no estaba participando, pero le dio igual. Quería hacerlo, quería follársela sin miramientos, quería hacerla suya otra vez. Tenía un mal presentimiento y quería quitárselo de esa forma. Fue rápido, en unos momentos se corrió y eyaculó dentro de ella. Se separó y ella lloriqueó entre sueños profundos. Se abrazó a él y él a su vez la abrazó. Cerró los ojos, pero ya no se durmió.



Cualquiera que los viera no debía pensar nada malo. Después de todo se conocían desde niños. Él, era el ayudante del sheriff y, además, amigo de su marido. Ella podía hablar con quién quisiera. Y si las vecinas se fijaban, ¿Qué más daba? No estaban ocultándose. Ella dentro de su coche y él, apoyado en la ventanilla.

—Bonita boda, ¿no te parece? —preguntó él, con media sonrisa.

—Bueno, con dinero se consiguen muchas cosas. Y a James le sobra — contestó malhumorada.

—Vaya, vaya, no te gusta ella —afirmó Edward.

—Ni me gusta, ni me disgusta. Simplemente pienso que no le pega a James —Edward estalló en carcajadas.

Ruth se puso colorada y se enfadó un grado más.

—Esa sí que es buena. Precisamente pienso que es de ese tipo de mujer que mejor le va a Hazzard. Bella, sofisticada, educada, cosmopolita... y con mucha, mucha clase.

—Ah, ¿sí? ¿No me digas?

—Sí. Sí te digo.

—¿Y no te parece raro qué una mujer con todos esos adjetivos que le has otorgado y con veintitantos años, llegara virgen al matrimonio? —preguntó a bocajarro.

Edward se quedó callado por un momento.

—¿Cómo puedes saber semejante privacidad?

—Porque esa *privacidad* se lavó en la lavadora. Y coincidió que cuando mi suegra estaba preparando la colada, vi la colcha de la cama de James, manchada de semen y unas gotas de sangre.

—Vaya, qué morbo, ¿no te parece? Hoy en día es tan difícil encontrar una virgen. Y menos con esa edad. Bueno, seguro que él se sintió pleno al poder desvirgar a semejante beldad.

—O tal vez no —apostó ella, haciendo una mueca.

—¿Por qué? ¿Ahora eres una experta en la materia? —preguntó con sorna.

—Por supuesto. La experiencia que tiene una mujer corrida no la tiene una virgen.

Edward agachó un poco más la cabeza y bajando la voz, preguntó:

—¿Y cuándo voy a correrme contigo? —ella se mordió el labio inferior y notó un cosquilleo entre los muslos.

—Esta tarde, Nancy va a ver a su madre. A las cuatro.

—Perfecto —con una sonrisa se tocó el borde del sombrero y dio varios golpecitos en la puerta, antes de que ella arrancara.

Mientras conducía hacia el rancho, pensaba que no estaba bien lo que estaba haciendo. Pero bueno, ella no había comenzado. A ella le ponían los cuernos, pues ella también los ponía. Aunque Noah no se enterase. Porque mejor sería que no se enterase. Se lo estaba montando con un amigo de su marido. Antaño, su mejor amigo. Se podría montar la de San Quintín. Pero qué narices. Ella era una mujer. Ella necesitaba sentir. Necesitaba un hombre y Noah no le daba lo suficiente, pero el muy cabrón sí se lo daba a otra.

Al acercarse al rancho, pensó en él. ÉL, con mayúsculas. Él sí que era un hombre. James, James, James. ¿Por qué no pudo fijarse en ella? ¿Por qué no se pudo enamorar de ella? Ella le habría hecho feliz, muy feliz. No como esa estúpida de Charleston que lo único que hizo fue darle quebraderos de cabeza. Dando por culo siempre que podía. Menuda gilipollas. Le estuvo bien empleado matarse en la carretera. Por borracha y por gilipollas. Ella sí le habría hecho feliz. Y le habría dado hijos. Muchos hijos. Y habría disfrutado de su riqueza, y habría viajado con él, habría salido en las revistas, habría tenido todas las joyas del mundo, y...y...y...

Pero la realidad era otra. Los sueños y las fantasías siempre habían estado allí. Pero la realidad es que él nunca se había fijado en ella. La trataba con educación y cortesía. A veces le gastaba alguna broma, pero nada del otro mundo. Y desde que le dijo eso de estar más pendiente de su marido, para que no se fuera con otras, estaba más distante. Ahí sí que se hizo ilusiones. Pensó que, contándole sus penas, él se pondría protector y ella podría tender sus redes. Pero tendió una mierda. Le sacó los colores y la dejó en evidencia. Dios, cómo le odió en esos momentos. Pero de cualquier forma y, de cualquier modo, seguía sintiendo un cosquilleo cada vez que escuchaba esa profunda y seductora voz. Joder, es que todo en él era deseable. Su voz, su cuerpo, su cara, su personalidad, su cochino dinero... todo.

Pero tenía que ser realista, para él era una mujer corriente. Igual que Jessica, y eso que su cuñada era menos atractiva que ella, pero daba igual.

Eran dos mujeres de pueblo, corrientes, que se habían casado con los hijos de su querida Barbara. Noah y Ben eran casi como hermanos para él, les había facilitado la vida todo lo posible y ellas, las mujeres, se beneficiaban de esa relación. Ahí se acababa el asunto.

Y él, no era como Edward Benson. Él no se acostaba con las mujeres de sus amigos o de sus empleados, es más, él no se fijaba en las mujeres de este puto pueblo. Él estaba en otra esfera, en otro mundo. Él se acostaba con todas esas tipas, con las que salía en la prensa, esas busconas de modelos, actrices o las señoritas de alta sociedad. Pero ahora ya no salía. Ahora se había casado con una mujer que había salido de la nada, y lo atrapó a la primera de cambio.

A pesar de que era un hombre que lo controlaba todo y parecía estar por encima de todo, ella se había fijado como seguía a Bella con la mirada, cada vez que estaban juntos. Ella sentía esa vibración sexual que emanaba de ese hombre, cada vez que estaba cerca de la californiana. Oh, Dios, la verdad es que la odiaba y la envidiaba a partes iguales.

Despertó de su encantamiento sin saber cuánto tiempo llevaba en la cochera. Salió del coche y en vez de utilizar la puerta interior, salió al jardín. Enseguida la vio. Estaba jugando con el pequeño de su cuñada. El niño se reía feliz en brazos de Isabella. Qué cabrona, encima se le daban bien los niños. La mujer perfecta, la esposa perfecta, la madre perfecta. Algún defecto tendría que tener. Alguno, volvió a pensar mientras colocaba su mejor sonrisa.

Isabella dejó al niño con su madre. Si se hubiera encontrado mejor, habría estado un rato más con el pequeñajo. Pero le dolía la cabeza una barbaridad. Entró en la cocina y le pidió a Barbara un calmante. Después de tomárselo, esta le dijo que iba a preparar la maleta de James. El viaje de novios se había cancelado debido a un escape en uno de los pozos de petróleo, que James poseía al este del estado.

—No te preocupes, yo lo haré —dijo Bella.

—¿Estás segura, tesoro?

—Sí, ahora mismo subo.

—Me parece estupendo. A James le gustará ese detalle.

Cuando a media mañana recibió la llamada telefónica, maldijo todo lo habido y por haber. Tenían pensado partir para Hawái al día siguiente. Pero si

surgían problemas de gran envergadura, no le gustaba estar lejos de ellos. Tenía personas competentes pero la última palabra era la suya.

Ni tan siquiera comieron juntos, ya que él no salió del despacho de la planta baja, durante varias horas. Cuando subió a la habitación se la encontró haciendo su maleta.

—Lo puede hacer Barbara. No es necesario que te molestes.

—No es molestia, James. Quiero hacerlo, pero si prefieres...

—No, por favor. Me gusta que lo hagas tú —él la observaba moverse de un lado para otro. De vez en cuando se tocaba la frente o la nuca, recuerdo de la fuerte borrachera de la noche de bodas.

—¿Te encuentras mal? —preguntó solícito.

—Oh, no es nada. Solo un poco de jaqueca —ella terminó de preparar el equipaje.

La notó fría o tal vez tímida. No sabía que pensar. ¿Se acordaría de todo lo que pasó la noche anterior?

—Siento mucho tener que irme. Te diría que vinieras conmigo, pero, estarías todo el tiempo sola.

—No te preocupes. Lo entiendo de verdad —repuso, evitando su mirada. Él no dejó de mirarla.

—Espero que no estés enfadada.

—Por supuesto que no, James —el teléfono sonó, pero no hizo caso. Ya lo cogerían abajo.

—Lo digo por lo sucedido en nuestra noche de bodas —ella enrojeció y miró al suelo. Él tomó el rostro entre sus grandes manos y la obligó a mirarlo a los ojos—. Jamás, óyelo bien, jamás te haría daño a conciencia. Eres lo más importante en mi vida y te protegeré siempre —a ella le sorprendieron esas palabras.

Se le hizo un nudo en la garganta y tragó saliva. Los ojos se le llenaron de lágrimas y cuando él le iba a decir *te amo*, Barbara llamó a la puerta.

—James, tienes una llamada urgente —él la siguió mirando durante unos segundos, y bajó las manos.

—Gracias, Barbara. Ahora me pongo.

Cada uno volvió a sus quehaceres y no se habló más del tema. Por la tarde, al despedirse de ella, tuvo la sensación, la desagradable sensación, de que ella se alegraba de su partida.

—¿Me llamarás todas las noches? —preguntó tímidamente.

—Por supuesto —contestó, tomándola por las caderas.

—¿Cuándo crees que volverás?

—No lo sé. Tres, cuatro días. Luego nos iremos a disfrutar de nuestra luna de miel —añadió viendo como el helicóptero se ponía en marcha.

—De eso quería hablarte —dijo ella algo nerviosa.

—¿Ahora? —sorprendido la miró desde su alta estatura.

—Es que... podríamos dejarla para más adelante.

—¿Sí? ¿Y eso por qué? —su ironía se hizo patente.

—Pues... es que no me apetece irme a ningún sitio. Estoy muy a gusto aquí —con el cabello recogido a medias, unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca, lo miró con sus grandes y ambarinos ojos—. ¿Te molesta? —él la miró disgustado.

—¿Eso quiere decir que tampoco vendrás conmigo a los siguientes viajes?

—Oh no, no es eso. En realidad, en cuanto acabe la novela, podré hacerlo.

—Ah, la novela. Pensé que habías dicho que ya estaba terminada —exclamó falsamente reflexivo.

—Bueno, he hecho cambios de última hora y necesita correcciones, en fin, es mi trabajo.

—Ya. Tal vez no te has dado cuenta, pero desde ayer te has hecho cargo de otro trabajo, el de esposa.

—Lo sé, lo sé. No me agobies. Sólo te pido un poco de tiempo para terminarla. Un par de meses, nada más —se miraron largamente. El rostro de él, reflejaba enfado y mala hostia, el de ella, suplicaba—. Por favor.

—Ya hablaremos cuando vuelva —sentenció.

Le dio un beso en la frente y salió al valle, donde esperaba el helicóptero. Con el fuerte ruido de los rotores, subió al aparato. Mientras ascendía no quitó los ojos de esa figura de mujer que se hacía pequeña hasta llegar a desaparecer. Y pensó que se estaba volviendo blando como la gelatina.

Esa noche, tumbada sobre la gran cama matrimonial, descalza pero todavía vestida, compartía una caja de bombones con Cindy:

—¿Tienes pastillas para dormir? —preguntó a su amiga.

—¿Para dormir? —repitió Cindy, con un bombón llegando a la boca.

—Sí —afirmó Bell, cansinamente.

—¿Para qué mierda quieres pastillas, si llevas durmiendo de puta madre desde hace meses?

—Para cuando me acueste con James.

—Joder. No fastidies. ¿Tan malo fue?

—No lo recuerdo muy bien. Estaba borracha. Sé que me elevó a los cielos con su boca y con sus manos, para después descender a los infiernos con su enorme pene.

—La hostia, entonces la tiene grande —afirmó con una gran sonrisa—. ¿Dieciséis, diecisiete, veinte centímetros? ¿En reposo? —Cindy era una bromista, le encantaba hacer comentarios de ese tipo, pero Bella no estaba por seguirle la corriente.

—Yo qué sé, Cindy. No me molesté en medir. Pero te juro que era grande y gorda.

—Cuando te la metiste en la boca tenía el mismo tamaño. No sé dónde está el problema.

—Sí, pero no me la comí entera —dijo enrojeciendo. Le avergonzaba hablar de estos temas, pero necesitaba que Cindy la ayudara—, y allí abajo, la metió hasta el fondo. Y me dolió y me asustó. Lo sentí de otra manera. No lo vi como un gay y me dio miedo, Cindy, me dio miedo.

—Gilipolleces. La primera vez es normal que duela, moleste un poco; incluso a la segunda o la tercera, pero cuando llevas follando una docena de veces, tu cuerpo se adapta y pide más y más. Qué digo doce veces, a la primera ya se amolda la vaina a la espada —explicó tragándose otro bombón.

—Yo me conformo con los preliminares. No necesito tanta espada —sentenció, dejando el bombón que iba a comerse en la caja.

Volteó su cuerpo y se quedó contemplando el techo, pensativa.

—Pero un hombre no —zanjó su amiga.

—James no es un hombre como los demás, ya lo sabes.

—Yo no sé nada. Pero sí te diré que si le gustan los hombres y las mujeres, le gusta follar. Y sí te tiene a mano, querrá utilizar sus derechos.

—Por eso quiero las pastillas. Si me duermo como un lirón, me dejará en paz y si decide hacérmelo, apenas lo notaré.

—Bell, no estás haciendo las cosas bien. Un matrimonio no se mantiene así. No, peor, no debe comenzar así.

—Pero este no es un matrimonio normal —se quejó.

—Tú verás, ya eres mayorcita. Pero más te valdría vencer tu frigidez y

disfrutar del sexo.

—Para ti es muy sencillo. Yo estoy hecha un lío.

Cindy tuvo ganas de darle un sopapo a su amiga, para evitarlo, se tragó otro bombón.

—Pues deslíate, bonita. Seguro que más de una y de dos, están deseando pescar a tu marido con o sin homosexualidad de por medio.

—Bueno, no me sermonees. ¿Me las vas a dar?

—No tengo. Los tubos que dejaste en San Francisco caducaron y los tiré.

—Déjame sola, Cindy —se hizo un ovillo—. Dile a Barbara que no quiero cenar—la amiga se levantó y cogiendo la caja de bombones salió de la habitación.

Una hora más tarde, James la llamó. La conversación fue corta y fría. Después de contarle dónde estaba y un poco por encima, los problemas con los que se había encontrado, le preguntó cómo estaba y ella contestó que le seguía doliendo la cabeza. Unos segundos silenciosos y él se despidió deseándole que desapareciera esa jaqueca.

Cuando colocó el auricular en el soporte, Isabella rompió a llorar.

—Perdóname, James, perdóname —suplicó al marido ausente.

Dos días más tarde, encontró el suministro de somníferos. En el baño de Barbara había un buen surtido. La mujer llevaba durmiendo mal, desde que su esposo murió. No los tomaba todas las noches, pero sí de vez en cuando. Isabella cogió cuatro de un bote y dos de otro. Los escondió en el cajón donde guardaba la ropa interior. Entre sedas, encajes y satenes, quedaron ocultos. Con la sensación de que no estaba actuando correctamente, cerró el cajón de golpe.

Pasó los días escribiendo, montando a caballo, haciendo ejercicio en el gimnasio, nadando en la piscina climatizada y divagando sobre su futuro. Echaba de menos a James, pero no lo quería reconocer. Cindy y Lenny se habían marchado dos días después de la boda y ya no le quedaba nadie de su vida anterior. Todo lo que le rodeaba formaba parte de su presente y de su futuro, al menos cercano.

Barbara le interrogó sobre la mancha de sangre en la colcha. Ella, con la máxima naturalidad, le explicó que había llegado virgen al matrimonio. La mujer le dijo que eso era de lo más romántico. Ella pensó, que las circunstancias de llegar en ese estado no eran nada románticas. No pudo evitar reírse a carcajadas, cuando le dijo que debía reñir a James por dejarle esos arañazos en la barbilla.

—¿Es qué no puede afeitarse antes de comerte entera?

—Barbara, por favor.

—Claro que el arañazo que lleva él, desde la sien hasta la mandíbula, no es poca cosa.

—Fue sin querer, Barbara —quiso explicar la joven, que no fue capaz de pedir disculpas a su marido, porque eso daría pie a tener que hablar de sexo.

—Ya, pero ha sido el comentario de todo el rancho.

—Prefiero no oírlo.

—No, si no hace falta. Te puedes imaginar. Todos los hombres hablando de vuestros revolcones.

—Barbara, por favor. Me estás tomando el pelo —protestó cerrándose la chaqueta de punto y cruzando los brazos sobre el pecho.

No se podía creer que fueran la comidilla de todos.

—Ya lo creo. Incluso mis nueras me han hecho preguntas.

—¿En serio?

—Pues sí. Están convencidas de que James tiene que ser un amante muy experto. ¿Lo es?

—Pues sí. Lo es. Si tus nueras tienen tanta curiosidad, diles que es muy, muy experto.

—Anda. ¿Y tú cómo puedes valorarlo si eras virgen? —la joven miró a la mujer mayor y muy seria le contestó.

—Porque siempre que me toca me da placer. Y prefiero no seguir con este tema. Es algo muy personal y muy íntimo, ¿vale?

—Hija mía, yo estoy curada de espanto. Solo quiero que mi James sea feliz. Y te puedo decir que, si no lo logras, pronto estará debajo de otras faldas.

—¿Por qué me dices eso? —preguntó con un hilo de voz.

—Para que lo sepas. Para que estés al tanto. Esta mañana ha llamado Cameron Porter, preguntando por él.

—¿Cuándo? ¿Por qué no me has avisado?

—Estabas en la piscina.

—¿Qué te ha dicho esa mujer?

—Que había llamado varias veces al portátil de James y no estaba operativo. Me ha preguntado si sabía dónde estaba, y le he dicho que de viaje. Ella ha dicho, ¿dónde?, y yo le he vuelto a repetir, de viaje y he colgado.

—La próxima vez que llame, intenta localizarme.

—¿Con las otras también?

—¿Qué otras?

—Otras, no las conozco. ¿Qué más da? Son todas unas putonas.



James había llegado por la tarde y esa noche antes de la cena, Bella se tomó dos pastillas. En los postres ya se encontraba lenta de reflejos y más tarde, con la excusa de ducharse se retiró al dormitorio.

James y Barbara hablaron un rato y esta le puso al corriente de todo.

—No le sentó nada bien saber que llamó esa mujer.

—Eso es buena señal, ¿no crees?

—Supongo.

—¿Ha ido a Helena?

—No ha salido de aquí. Ni tan siquiera ha ido al pueblo. Ha pasado el tiempo escribiendo, haciendo ejercicio, montando a caballo y viendo la tele y jugando al billar.

—¿Viendo la tele? —preguntó sorprendido.

—Sí. Cintas de video que guarda en la habitación. Creo que son películas porno —James, miró a Barbara como si no la conociese.

—¿Ha visto películas porno en la televisión del salón?

—Nooo, en vuestra habitación y con los auriculares —James la miraba cada vez más sorprendido.

—A ver. Explícate o voy a salir loco.

—Dejó olvidadas sobre la alfombra dos cajas vacías. Al recogerlas vi que no tenían papelito ni nada escrito. Entonces cuando le pregunte dónde las guardaba, se puso roja como una fresa. Se pensaba que estaban con la cinta dentro. Cuando vio que no era así, soltó un poco el aire. Pero me di cuenta. Entonces le pregunté que dónde se las guardaba y enseguida me dijo que no me molestase, que era material de trabajo y que ya lo guardaría ella. Entonces estuve más alerta y por la tarde se encerró en el dormitorio. La espíe, puso la tele, le bajó el sonido y puso la cinta en el aparato. Se colocó los auriculares y estuvo una media hora. Vi algo, poco, pero algo. Y eran parejas revolcándose.

—¿Dónde estabas escondida?

—En el pasillo. No dejó la puerta cerrada del todo y antes le había dicho que iba a casa de Jess, a cuidar al pequeño. Mentira. Ya ves lo que tengo que hacer por ti. Como Bella se entere me va coger manía para toda la

eternidad —James se frotó la barbilla.

El arañazo del rostro ya le iba desapareciendo.

—Gracias, Barbara. Hasta mañana.

—Que descanses, cariño. Ya verás como todo se arregla. Ahh, se me olvidaba.

—Sí.

—La dama del sur ha llamado varias veces —añadió refiriéndose a Karleen. James, mirándola fijamente, no preguntó, esperó más información —. Ella no lo sabe. Casi nunca coge el teléfono.

—¿Qué quería?

—Hablar con ella. Felicitarla por la boda y saber cuándo vais a celebrar una fiesta para los amigos de Helena.

—¿Cuántas veces ha llamado?

—Dos. Al día siguiente de tu partida. Y al otro.

—Gracias —añadió resoplando.

Al entrar en la alcoba, vio que la cama ya estaba ocupada.

Desnudándose, fue hasta el borde y miró a su esposa. Cómo podía estar durmiendo tan pronto. Terminó de quitarse la ropa y desnudo, pasó al baño. Se lavó los dientes, se dio una ducha y procuró hacer el máximo ruido posible. Al salir, se metió en la cama y apagó la luz. Ella le daba la espalda y se rozó con el culo, tapado por un camisón de volantes y calados. Se excitó en cuestión de segundos. Acarició los pechos a través de la tela y recorrió con sus grandes manos, el cuerpo de la joven esposa. Ella seguía en la misma posición. La besó en el cuello y le subió el camisón hasta la cintura. Pasó su mano por el sexo, pellizcándolo suavemente. Isabella murmuró algo indescifrable. Él, la cambió de posición. Su cuerpo era como el de un pelele.

—¿Qué cojones has tomado? —preguntó para sí mismo.

Pero ella entre sueños le contestó.

—Para... dor... mir.

—Con que, para dormir, ¿eh? Sí te crees que estando dormida me voy a olvidar de ti, estás muy equivocada. Y sí piensas que te voy a respetar, también.

La abrió de piernas y violentamente la penetró. Ella se quejó entre sueños, pero no despertó. James, enfadado consigo mismo y con ella, se corrió en un momento y se quitó de encima. Cogiendo un cigarrillo de encima de la mesilla, lo encendió viendo como ella volvía a hacerse un ovillo y le daba la espalda. Estaba enfadado, dolido y asqueado. Jamás había tomado a una mujer

de esa forma. ¿Es qué no iban a poder hacerlo como una pareja normal? Sin necesidad de alcohol, ni de pastillas de mierda. ¿Cómo debía de actuar con su mujer? Le vino a la memoria el comentario de su psiquiatra. *Era tan frágil como hilos de cristal.*

Tal vez sería mejor que esos hilos se rompieran de una puta vez y poder empezar de nuevo. Apagó el cigarrillo. Permaneció quieto unos momentos, para darse la vuelta hacia ella y abrazarla. Dios, cómo la amaba. Lo último que quería, era hacerle daño. Pero él no era blando, no era dócil, no era manejable y podría perder los estribos en menos que canta un gallo. Tendría que hablar con ella muy seriamente y sin perder los nervios. La besó en la coronilla e intentó dormir.

A la mañana siguiente, eran las doce cuando ella intentaba abrir los ojos. No debería de haber tomado dos pastillas. Con una habría sido suficiente, pensó. La puerta de la habitación se abrió de golpe y se cerró con otro golpe. James estaba enfrente de ella, vestido como un auténtico vaquero. Llevaba unos zahones encima de los tejanos, que le daban un aspecto muy primitivo y sexy. Ella terminó de abrir los ojos al completo, cuando el vozarrón de su marido le llenó los oídos.

—Espabila. Son las doce y en mi casa no quiero haraganes —estaba tan enfadado, que le habló como si fuese un empleado gandul.

—Lo siento, me he quedado dormida —se disculpó.

—Y unos cojones. Has tomado esa mierda para dormir y no te lo pienso consentir —gritó, acercándose a ella peligrosamente.

—Yo, yo —titubeó asustada.

No daba crédito a lo que veía, a lo que oía.

—Tú, ¿qué? ¿Necesitas estar borracha o llena de somníferos para estar conmigo? —ella se apartó el enredado cabello de la cara. Asustada, se le escaparon un par de lágrimas.

—No llores, maldita sea. No vas a conseguir ablandarme con tus llantos de nena —la miró lentamente—. Si no quieres dormir conmigo, me trasladaré a otra puta habitación y punto —estaba realmente enfadado.

Isabella salió de la cama. Se volvió a apartar el cabello del rostro y se limpió los ojos. Con miedo se dirigió hasta él. James no dejaba de mirarla. Temblando se abrazó a su cintura, sin importarle que los brazos del hombre

permanecieran pegados a los costados.

—Dame tiempo, James. Por favor. No me riñas. Siento algo muy especial por ti, pero necesito tiempo para asimilarlo —rogó, sin dejar de abrazar ese cuerpo grande y duro—. Déjame que te haga feliz a mi modo y que tú me lo hagas al mío. Ya sé que soy egoísta, pero no puedo, no quiero que me folles... todavía —terminó susurrando.

—No emplees esa palabra. No eres ninguna puta —añadió bronco.

—Lo siento —ella llevó las manos a la bragueta.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó enfadado y separándose de ella.

—Quiero darte placer —se contemplaron durante unos segundos.

Ella se mordió el labio inferior. Él la miró con deseo y con enfado. Agachó la cabeza y la besó salvajemente. Le abrió la boca con su lengua, pero no encontró obstáculo alguno. La cogió por la cintura y la puso de pie encima de la cama, como si de una muñeca se tratara. Le arrancó el camisón, rompiéndolo en dos mitades y se metió las tetas en la boca. Primero una y luego la otra.

—Es esto lo que te gusta, ¿eh? —preguntó enfadado y excitado.

—Sí, sí.

—Pues esto tendrás —murmuró chupando como un bebé con dientes.

Su boca succionó ávidamente y luego sus dientes, blancos y perfectos, mordían provocando grititos de placer en la boca femenina. Le tocó el sexo con los dedos, y al ver que no estaba lo suficiente húmeda, le metió dos de sus fuertes dedos en la boca.

—Chúpalos —ordenó.

Ella tomó los largos dedos con sus manos y se los metió en la boca, chupándolos con ahínco. James se puso a cien con ese gesto.

—Tócame —pidió ella.

Él llevó los dedos húmedos de nuevo al sexo y la masturbó. La masturbó tanto, que después de unos minutos, ella pidió clemencia.

—Ya, ya, ya. Por favor. Ya basta, no puedo más —la dejó de besar y quitó la mano de entre sus muslos.

Se desabotonó la bragueta y sin quitarse nada, se dirigió a uno de los sillones. Bell, bajó de la cama y sin cubrirse lo siguió. Sí James no les daba importancia a sus cicatrices, ella tampoco se las daría. Se arrodilló ante él, bajó el calzoncillo y se metió el pene en la boca. James suspiró y abrió más sus piernas.

—Cómetela entera —le ordenó.

Todavía seguía enfadado con ella. Y ahora se estaba enfadando consigo mismo, por hablarle de ese modo y tratarla así. Como a una puta. Pero a ella no le importaba. Sabía que no le haría daño y ella quería darle placer, mucho placer. Con su lengua y su linda boca, fue chupando y lamiendo. Subía y bajaba suavemente, tratándolo con delicadeza y ternura. Lamía de arriba a abajo, chupaba con ansia, jugaba con la punta de su lengua, intentando meterla por la abertura del glande; lo había visto en una de las películas y consideró que no era nada difícil. James se fue relajando y su agresividad se evaporó como lluvia de verano. La condenada se lo estaba haciendo muy bien, y lograba que sus enfados volaran. Cuando él suspiraba, gemía o murmuraba su nombre, ella apretaba los labios contra el pene, provocando pequeñas contracciones, que generaban espasmos de placer en el hombre. Le acarició los testículos a través del pantalón y James aulló de placer.

—Métetela toda. Trágetela, mi cielo —le ordenó con cariño.

Ella obedeció y su boca y su garganta se adaptaron como un guante. James creyó tocar el cielo. Le vinieron unos espasmos y ella retrocedió ligeramente para tragarse el semen.

James permaneció con los ojos cerrados durante unos segundos. Apoyada la cabeza contra el respaldo del sillón, los abrió y se encontró con los grandes ojos de su mujer mirándolo y el pene todavía en su boca. La vista clavada en ese hermoso rostro, aunque estuviera somnoliento, vio cómo su miembro se deslizaba de esa boca lujuriosa y caía en la delicada mano. Ella pidió su nota.

—¿Te ha gustado? ¿Te lo he hecho bien? —agotado, no contestó al momento.

Parecía una niña implorando su atención, su perdón, su puesto en la vida de James.

—Sí. Me lo has hecho muy bien y me ha gustado mucho —tuvo que reconocer, ante el candor de ella.

—¿Y podrás conformarte con esto... por el momento? —se atrevió a preguntar, soltando el pene con delicadeza.

—Si no me queda más remedio —suspiró, cediendo ante las exigencias de la joven.

—Gracias —ella se levantó y James miró las cicatrices.

Desnuda como estaba, se cruzó de brazos intentando taparlas. Él los cogió y se los descruzó.

—No te cubras. Admiro tu cuerpo tal y como es, tal y como está. ¿De

acuerdo?

—De acuerdo.

—Y no quiero que vuelvas a tomar una puta pastilla o te pondré el culo como un tomate. ¿Está claro?

—Sí.

—Bien. Solo te diré otra cosa, el día que quieras hacer el amor como cualquier mujer, no lo vayas a buscar fuera. No lo consentiré.

—No.

—No, ¿qué?

—Que no lo haré —añadió como una niña obediente.

—Me lo pedirás a mí.

—Sí.

—Sin timideces, sin vergüenzas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —James se levantó y se colocó las ropas.

Sin más salió de la habitación. Una sonrisa iluminó el rostro de la muchacha.

La luna de miel se pospuso y el sexo vaginal también. James se amoldó, pero no tardó en volver a las andadas. No era un jovencito para conformarse con unas felaciones o masturbaciones, por muy buenas que estas fueran. Necesitaba poseer a una mujer por completo o no estaba satisfecho. Como no quería forzar la situación con su esposa y esperando anhelante que ella lo desease todo, volvió a follar con Cameron, volvió a usar condones y volvió a enfadarse con el mundo y consigo mismo.

Disfrutaba teniendo a Isabella a su lado, montando a caballo juntos, ayudando en algunas labores del rancho. Ella era feliz allí. Se le notaba. Le gustaba el contacto con la naturaleza, a pesar de ser de una gran ciudad, a pesar de ser una mujer sofisticada. Tal vez fuera esa necesidad de protección y seguridad que ella siempre quiso y nunca la sintió. Tal vez fuera el ver a las familias como la de Barbara, el amor que se demostraban, la fuerza que transmitían, la unión, lo que ella anhelaba, lo que ella quería formar, aunque la base no fuera sólida y cayera en cualquier momento como un castillo de naipes.

A James le llenaba de orgullo, que ella se hubiera integrado tan bien en su tierra, en sus raíces; que congeniara con sus amigos, que sintiera un cariño

especial por Barbara, que fuera tan cariñosa con los niños de la casa. Eso era muy buena señal. Sería buena madre. Le gustaba mucho que pusiera especial interés en preguntarle cosas de su vida, de sus actividades. Quiso saber dónde había cazado esos animales que adornaban muchas de las estancias del rancho. En el salón de juegos, en el despacho, en uno de los salones principales. Le contó que el muflón de las Rocosas, lo había cazado en la Columbia Británica, Canadá, y que siguiendo el rastro de un carnero de Stone se rompió el brazo derecho, cuando cayó por un barranco, en Canadá también había cazado un wapití, y en Alaska un enorme alce, cuyas astas alcanzaban metro y medio.

Y así le fue contando anécdotas de sus cacerías, provocando con algunas, que ella riera con ganas y con otras, que mostrara interés o preocupación, por las hazañas vividas por ese hombre tan especial. Le contó, puesto que ella insistió, la historia de su familia, la unión de los dos ranchos, cómo se hicieron ricos sus antepasados con la minería, y le recordó que, en 1888, Helena tenía más millonarios per cápita, que cualquier otra ciudad del mundo. Sí, ella parecía muy feliz. Y él disfrutaba haciéndola feliz.

Pero James no estaba a gusto. Cada vez estaba más convencido de que un matrimonio no se podía basar en una mentira. Las cosas se podrían complicar cuando ella se enterase de la verdad, y ese momento llegaría tarde o temprano, incluso podría pedir la anulación del matrimonio, algo que James temía enormemente. No estaba satisfecho y trataba de ocultarlo delante de su mujer, pero cuando estaba lejos dejaba salir su rabia. Hasta cuando la engañaba sacaba su furia.

Cameron notaba esa rabia que había dentro de él y sospechaba que no era feliz en su matrimonio. Ella sabía muy bien que le ocurría con solo sentir como le hacía el amor. Aunque James no hacía el amor con Cameron ni con ninguna otra, él follaba. Lisa y llanamente. La mujer osó preguntar qué le pasaba, él la calló de una. Su vida privada era, eso: privada. En el momento en que no le interesara esta situación, puerta. Podía ser muy rudo y claro cuando le daba la gana y la mayoría de las veces, esa rudeza superaba la caballerosidad. A pesar de la situación, ella estaba acostumbrada a ese hombre. Lo amaba y estaba dispuesta a tenerlo de cualquier forma y manera.

Se encontraban en el apartamento que él le había regalado unos años atrás. Más de una vez, antes de volver al rancho, pasaba por allí, se la follaba con rudeza y volvía al lado de Isabella, tranquilo y relativamente relajado. Lo suficiente como para no cogerla, tumbarla sobre la alfombra y dejarla magullada para varias semanas.

A finales de octubre se fue a Londres, de allí a Hong Kong, después a Sídney y por último a Nueva York, no volvió a casa hasta la víspera de su cumpleaños. El quince de noviembre cumplía treinta y nueve años y ella le regaló un carísimo reloj, de acero y oro. Sorprendido y teniendo en cuenta que ella no había tocado ni un solo dólar, ni de la caja fuerte del despacho, ni de las cuentas que él había puesto a su nombre, no pudo evitar admirarla. Sabía de sobra que ella tenía una pequeña fortuna, producto de su herencia y de su trabajo, pero con todas las mujeres que había tratado o trataba, ninguna le decía que no a un regalo, fuese del importe que fuera. Sin embargo, Bella era una mujer que no mostraba interés por la riqueza de James, y eso a él, le agradaba y al mismo tiempo le molestaba.

Cuando adquirió el reloj, Barbara la acompañó hasta Helena. Lo eligieron entre las dos, ya que Bella solicitó el consejo de la mujer. Pagó con su tarjeta de crédito, aunque el joyero muy solícito, le dijo que James tenía cuenta abierta. Ella con una esplendorosa sonrisa, rechazó la oferta y pagó con su tarjeta. Mandó grabar una frase detrás de la caja del reloj: *para que nunca me olvides*.

Desde el momento en que se lo puso, no se lo quitó. Lo llevaba siempre, en una cena de gala, en una reunión, dibujando o haciendo trabajos en el rancho. Esa noche tuvo otro regalo, que no se lo esperaba por nada del mundo.

Estaban en el bar de Eddie y mientras jugaba al billar con varios amigos, echó a faltar a su mujer. Preguntó por ella y Eddie le dijo que hacía un buen rato que había entrado en los aseos. Se dirigió hasta ellos y antes de abrir la puerta, escuchó las arcadas. Al entrar la vio salir de uno de los inodoros.

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupado.

—Me ha debido de sentar mal la cena. Lo he vomitado todo —tenía la cara blanca como el papel. Se acercó al lavabo y se mojó el rostro y la nuca. James esperó que dijera algo más—. Estoy embarazada —dijo con miedo.

Él la miró de arriba abajo.

—¿Estás segura? —no sabía si saltar de alegría o patear la puerta.

—Sí. Soy muy puntual con la regla. Me faltó a primeros de octubre y este mes tampoco me ha venido. Hace una semana me hice la prueba y dio positivo —explicó sin respirar, mirando a cualquier sitio menos al rostro del futuro padre.

James no dijo nada, pero no dejó de mirarla ni un solo momento.

—¿Estás enfadado? —preguntó elevando los ojos hasta él.

—No. ¿Por qué iba a estarlo?

—No sé. Tal vez no te guste la idea de ser padre.

—Deseo ser padre desde hace años. Solo esperaba la mujer adecuada.

Ella tragó saliva, pues sentía que él no estaba a gusto con ella, con su comportamiento.

—¿Por qué te crees que no me puse condón cuando te lo hice? —ella se puso colorada y eso ayudó a que el blancor fuera desapareciendo.

James sin moverse del sitio, la devoró con sus ojos grises.

—No me di cuenta, no reparé en ello —contestó tímidamente.

—Pues yo sí —su voz era ronca. Más ronca de lo habitual.

Sin dejar de mirarse, se fue aproximando a ella. Le cogió el cuello con una mano y se lo acarició sin prisas.

—Y tú, ¿deseas este hijo? —preguntó sin dejar de acariciar el cuello femenino.

—Sí, lo deseó con todo mí ser —susurró. Esas palabras, tocaron la fibra sensible del futuro padre.

Bajó la cabeza y la besó con delicadeza. La fue llevando hasta chocar contra la pared. El beso se hizo más apasionado y las manos de él le subieron la falda, para acariciar los muslos. En esos momentos, entró Ruth. Al descubrirlos de esa guisa, James le bajó la falda y se separó de su mujer. Ruth terminó de entrar.

—Caramba, James, cualquier forastero que os viera aquí y así, pensaría que no tenéis casa.

—Solo es un beso, Ruth. Estaba felicitando a mi esposa.

—¿Felicitándola? Creía que era tu cumpleaños, no el de ella.

—La felicitaba por el hijo que me va a regalar —la pelirroja miró detenidamente a la rubia.

—Vaya. Enhorabuena, Bella.

—Gracias. Eres muy amable —respondió sin soltarse de la mano de su esposo.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó al oído.

—Sí.

—Pues vamos a casa —añadió, dejando a Ruth en el aseo de señoras.

Ninguno de los dos se percató de la expresión de envidia, de la mujer de Noah.

Invitó a todos a tres rondas más para celebrar que iban a ser padres,

pero ellos se despidieron al momento, alegando que su mujer tenía que descansar.

Esa noche durmió en los brazos de su marido. No hubo juegos eróticos, sólo ternura y delicadeza. Él acarició el vientre femenino y ella le contó sus temores, sobre el tamaño que podrían tomar sus cicatrices con el crecimiento de la barriga. Le dijo que no se preocupara por ello. Que tendría una barriga preciosa. Con palabras cariñosas, escuchando esa voz grave e hipnotizadora, se durmió.

Él tardó bastante más. Deseaba ese hijo, pero sería un obstáculo para el acercamiento sexual de ambos. Embarazada, no querría saber nada del sexo que él buscaba. Por lo tanto, tendría que esperar a que diera a luz. Y después, ¿qué? Joder, no podría continuar así. No quería seguir follando como un salido con toda la que le gustaba. Aspiraba a tener paz. Paz marital. Paz sexual, pero completa. Tendría que tener paciencia. Mucha paciencia.

Y la paciencia la tuvo, pero siguió correteando entre las faldas ajenas. Incluso con Charlotte, que la había descartado. Que le apetecía una negra, pues una negra, que deseaba una pelirroja, pues una pelirroja, que se le antojaba una morena, pues morena. Pero siempre con la discreción por delante. No le importaba que, en algún momento, Bella se enterase sí eso la hacía despertar, pero no la quería humillar públicamente y sí salía a la luz, sería lo que ocurriría.

El día de Acción de Gracias lo pasó en casa. Pero solo estuvo unas horas. Llegó por la mañana en su helicóptero y se fue antes de la cena. Estaba ocupado con un proyecto muy importante, que le ocupaba casi todo su tiempo. Se trataba de la sede de un banco en la capital de Australia. Un edificio de 300 metros, de hormigón, cristal, granito, acero y mármol. Tenía a varios de sus mejores arquitectos y dibujantes, viajando con él y trabajando a destajo.

Su estudio había ganado el concurso hacía unos meses y la obra iba por buen camino. En poco tiempo su presencia no sería tan necesaria y delegaría en personal de toda su confianza, pero hasta que llegase ese momento, tenía que estar en muchos sitios a la vez, y eso acarreaba un estrés acusado, pero a la vez buscado. Sentía la necesidad de trabajar más que nunca, para no estar con su mujer. Porque cada vez que la veía, cada vez que la acariciaba, necesitaba más de ella. Y ahí radicaba el problema, ella le daba muy poco.

Era como una perla en su concha, que la ves, la deseas y la quieres coger, pero cuando te acercas, pum, se cierra de golpe y te quedas con cara de idiota. Y las otras se lo daban todo, y cuánto más tenía de esas otras, más y más, deseaba a su mujer. El trabajo, el estudio, el esfuerzo, siempre había sido una vía de escape, pero ahora lo necesitaba más porque jamás se había enamorado. Jamás había querido así a una persona, quitando a su madre, o a Barbara.

Todas las mujeres con las que estaba o había estado, eran caprichos, ilusiones pasajeras o incluso simulacros de enamoramiento, como sucedió con la primera esposa. Pero su amor por Isabella nada tenía que ver con todo eso. Si por él fuera, la llamaría cuatro o cinco veces al día. Pero no le daba la gana. No quería sentirse débil y no quería que ella se diera cuenta. Porque lo que ella no sabía, es que lo podía tener comiendo de su mano con un simple gesto, con una sola palabra, con un movimiento de esos hermosos labios. Se le había metido en la sangre, en el cerebro, en el corazón y le debía un miedo terrible. Miedo porque ella no lo quisiera, miedo por perderla, miedo por perder él, algo tan hermoso, tan sublime y provocar que tuviera que seguir toda su vida trabajando como un desgraciado, para poder olvidarla.



29

La Navidad llegó y la celebraron de todas las maneras. La noche buena, la pasaron en el hotel con unos amigos. Al día siguiente se desplazaron en helicóptero hasta el rancho, para celebrar la comida de Navidad con Barbara y sus hijos y repartieron los regalos de Navidad.

Después de comer, los hombres hicieron un muñeco de nieve ayudados por los niños, o más bien incordiando, lo que provocó la risa de Bella, que disfrutaba de ver a su marido jugando con los niños e intentando acabar el muñecote. Una vez que acabaron, ella no pudo evitar la tentación de acercarse a ellos y tirar varias bolas de nieve a su marido. Él, feliz de verla tan contenta y juguetona, le respondió de la misma manera, pero procurando no hacerle daño. Riendo a carcajadas, corrió para separarse de sus proyectiles y él la siguió y persiguió, hasta cogerla por la cintura y besarla en plena boca.

Los niños que corrían entre sus piernas, se les quedaron mirando con sus caritas ingenuas.

—Para James —dijo entre risas—. Que los niños nos están mirando —él estaba excitado y la deseaba.

Sus ojos no se despegaban de los de ella.

—Si veis que necesitáis una cama —exclamó Ben—, os la bajo ahora mismo.

James miró a su alrededor y se fijó en los niños, en los padres de los niños y en esa cara tan preciosa que tenía entre sus manos.

—Creo que podré esperar hasta la noche —murmuró roncamente, sin dejar de mirar a su mujer.

Pero esa noche se fue al aeropuerto de Helena para coger el vuelo que lo llevaría a Sídney. Habían surgido problemas que requerían su presencia.

James organizó una fiesta de fin año en su hotel de Helena. Invitó a todas las personalidades y amigos de las ciudades de Montana y de otros estados. En total, más de trescientas personas. Estaban banqueros, empresarios, agentes de

bolsa, arquitectos, abogados, jueces, alcaldes, gobernadores, senadores, escritores, algún pintor famoso, mucha mujer guapa, con y sin pareja.

Isabella, que apenas se le notaba el embarazo, llevaba un vestido largo, rojo, escotado, de un famoso diseñador italiano. Estaba preciosa. Escotado por delante, dejando ver parte de sus magníficos pechos y escotado por detrás, hasta la cintura. Había sido un regalo de James. Cuando se lo entregó y se lo puso, ella quedó sin aliento y James sin palabras. Entre los viajes de él y el ginecólogo de Isabella, que le había aconsejado reposo relativo, llevaban sin hacer nada más de un mes. Más de un mes sin chupar esos pechos, más de un mes sin acariciar esas piernas, más de un mes sin tocar esa vulva. Más de un mes besándola castamente como si fuese una amiga. Más de un mes sin acostarse con ninguna, para probarse a sí mismo.

James tragó saliva e intentó sonreír ante la belleza abrumadora de su esposa.

—Estás preciosa, cariño.

—Me siento casi desnuda.

—Estás hermosa. La más bella de todas las mujeres.

—Adulador.

—Ojalá —murmuró para sí mismo, notando como su miembro se endurecía contra la bragueta.

En la fiesta se perdieron de vista en varias ocasiones. Él, hablando con todo el mundo y ella, siendo la mejor relaciones públicas de él. Todos los invitados, alababan la belleza de la joven, la elegancia y la clase tan exquisita que emanaba de toda su persona. Isabella no tuvo ningún problema para integrarse entre toda esa gente, estaba acostumbrada a ello. Era como si estuviese en San Francisco, en un cóctel o fiesta de cualquier tipo, solo que esta vez no estaba de invitada, era la anfitriona, o la esposa del anfitrión. Se mostró segura de sí misma y utilizó todo su encanto y saber estar para que James estuviera orgulloso de ella.

Después de entrar en el año nuevo, los esposos se besaron y volvieron a perderse de vista. Durante esos momentos, Karleen apareció a su lado.

—Querida, brindo por ti. Todo el mundo habla maravillas de tu persona. Dicen que James Hazzard Ellis, no podía haber encontrado una esposa mejor y más completa.

—Gracias, Karleen —nerviosa de no encontrar a su marido con la mirada y temiendo que las viera juntas y se enfadara, preguntó —¿Has visto a James?

—Pues sí. Hace de un momento hablaba con alguien y le ha dicho que tenía que hacer unas llamadas. Se ha dirigido a los ascensores y me ha parecido que le hacía una seña a Cameron Porter. Supongo que le querrá enseñar las estrellas desde vuestra suite, aunque creo que ella ya las ha visto desde ese ángulo. Bueno, desde ese y desde otros. Doy por hecho de que sabes quién es Cameron y que sois un matrimonio moderno, abierto... Oh, cariño, ¿no me digas que he metido la pata? —preguntó haciéndose la tonta, al ver que Bella se había puesto blanca como la tiza.

Los ojos verdes de la mujer chispearon, los de la joven la traspasaron.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó con la respiración alterada.

Karleen elevó sus cejas grises.

—¿Te sorprendes? Yo estaba convencida de que consentías, a fin de cuentas, James lleva la misma vida que antes. Es vox pópuli.

—No sé de qué estás hablando y te agradecería que sueltes por tu boca lo que estás deseando decirme —contestó recuperando el color poco a poco, pero con los nervios a flor de piel.

—Vaya, sí también tienes genio y mucho por lo que veo. Pues no lo lances contra mí, pequeña. No sabes ese dicho, de que no se mata al mensajero —añadió con una sonrisa como si estuvieran hablando del tiempo.

—Vete a la mierda —replicó con una sonrisa para disimular el dolor que se le iba metiendo en el corazón.

La dejó sola y se dirigió al ascensor privado, sonriendo de manera encantadora a todo con el que se cruzaba, tragándose el amargor que le subía a la boca, y haciendo de tripas corazón. Karleen sonrió placentemente. Mientras se miraba las pulseras de esmeraldas que lucía en sus dos muñecas, se imaginó la escena que estaba a punto de suceder. Una pequeña carcajada salió de su garganta al tiempo que pillaba una copa de champán, que uno de los muchos camareros llevaba en una bandeja de plata.

Mientras subía en el ascensor privado, su estómago iba revuelto como en una batidora. Salió directamente a la suite. Las puertas eran tan silenciosas que no alertaron a nadie y los tacones quedaban amortiguados por la gruesa alfombra. Pero ella escuchó los gemidos y los ruidos de las ropas al rozarse. Simplemente con eso, ya se sabía lo que estaban haciendo. Se limpió una lágrima solitaria y se dirigió como un imán, al sitio donde procedían los

sonidos. Estaban en el aseo de la planta baja. La puerta estaba entornada. Reconoció los gruñidos de su marido.

Sin contemplaciones, empujó la puerta golpeándolos.

—¿Qué cojones...? Bell —pronunció el nombre, sorprendido de verla allí.

Ella se fijó en todos los detalles. Con los ojos muy abiertos y la boca crispada, miró a la tal Cameron, que solo conocía por las fotografías. El pelo muy corto, los pechos pequeños fuera de su vestido de lamé dorado, que ella intentó cubrirlos. Sentada en el borde del lavabo, con las piernas abiertas de par en par, el vestido enrollado en la cintura, recibiendo las embestidas de su adorado esposo *homosexual o bisexual o lo qué demonios fuera*.

James, vestido a medias, sin la chaqueta del esmoquin, con la camisa desabotonada y la polla fuera del pantalón, eso sí, con un preservativo, que detalle, el pelo alborotado y la mirada excitada como cuando estaba con ella.

Volvió a cerrar la puerta, obligándoles a retroceder ligeramente, si no querían perder las narices. Oyó el vozarrón de James llamándola, pero ella no quiso escuchar. Alcanzó su abrigo de visón, regalo de James por Navidad, que estaba encima del sofá y desapareció en el ascensor.

—¡Me cago en la puta madre! —exclamó separándose de Cameron, quitándose el condón y tirándolo al inodoro.

Salió del aseo arreglándose los pantalones y abrochándose la camisa. La erección le bajó como por encanto.

Al coger la chaqueta y ponérsela, Cameron salió. Con los pechos al aire y sus manos en las caderas.

—No te vayas, James. No me dejes así.

—Cállate, Cameron, cállate y desaparece de una puta vez —dijo mientras esperaba para llamar el ascensor.

Parecía como si hubieran bloqueado la puerta para impedir su funcionamiento.

—Maldita sea —salió por la puerta de la suite y se dirigió a los otros ascensores.

Al llegar a la fiesta la buscó por todos los sitios. Sonriendo a sus invitados, cruzaba unas palabras con ellos, mientras su rápida mirada abarcaba toda la zona, buscándola.

Karleen se acercó hasta él.

Y él supo, que estaba al tanto. Esa sonrisa la delataba. Como el gato que se come al ratón.

—Una fiesta magnífica, James. Y los invitados han quedado gratamente sorprendidos por tu maravillosa esposa. Por cierto, ¿qué le has hecho? —él bajó la mirada hasta ella.

Un nervio tensó el músculo de la mandíbula.

—¿De qué hablas?

—Ha salido hecha una furia. No me ha dado tiempo a nada.

—¿Dónde cojones ha ido? —cada vez estaba más enfadado y a la vez, más preocupado.

—A mí que me registren. La he visto salir del ascensor y decirle algo a un botones, que se ha quedado durante unos minutos bloqueando la puerta. Y con tanta gente no he visto a dónde iba.

—Ya. Seguramente has visto como Cameron iba detrás de mí y has aprovechado para comunicárselo a mi esposa.

—Querido, igual que yo lo he visto, lo habrá visto otro montón de invitados, incluida tu querida esposa.

—Seguramente —su atractivo rostro se mostraba tenso, con claros indicios de matar a alguien.

—Igual se ha ido a otro hotel. O a lo mejor se ha ido a vuestro ranchito. De todos modos, las puertas de mi casa las tiene abiertas, para lo que quiera.

—Mi mujer es demasiado inteligente. Sería lo último que hiciera —diciendo esto, se alejó de ella.

—Tu mujer será muy inteligente, no lo dudo, pero tú, esta noche, te has cubierto de gloria —él escuchó las palabras mientras se alejaba y aunque le reventase, sabía que Karleen tenía razón.

Más tarde supo que se había dirigido al garaje del hotel. Allí mismo, sin esperar que el guardacoches se lo llevara a la puerta del hotel, montó en el Mercedes y salió como alma que lleva el diablo. James, cogió otro coche y mientras lo ponía en marcha, llamó al rancho. Lo dejó sonar hasta que saltó el contestador automático y colgó. Probó con los números de las casas de Noah y de Ben. Fue en esta donde localizó a Barbara. Le dijo que fuera al rancho y que en cuanto llegase Isabella, le llamara al teléfono del coche. Ella quiso saber qué ocurría, pero él ya había colgado.

Dio gracias a las máquinas quita nieves y a su dinero, que mantenían la carretera limpia. Si su mujer tenía un accidente, no se lo perdonaría nunca.

Cuando faltaban unos pocos kilómetros, sonó el teléfono.

—Acaba de llegar ahora mismo. Se ha encerrado en la habitación y no ha querido hablar conmigo. Está llorando, gritando y rompiendo cosas. James, ¿qué ha ocurrido?

—No preguntes, Barbara. Estoy llegando —colgó el teléfono y pisó el acelerador.

No se molestó en guardar el Corvette. Igual que había hecho Isabella, lo dejó enfrente de la puerta principal. Barbara lo esperaba en la puerta, envuelta en un chal de lana gruesa.

—Ya no se oyen ruidos, pero debe de haber roto todo lo rompible.

—Mejor. Así no le quedaran cosas para tirarme a la cabeza —dijo sin dejar de andar.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Me ha pillado con Cameron.

—Oh, Dios mío. Entonces está enfadada por partida doble.

—Eso parece. No subas, Barbara. Esto es algo entre nosotros dos —pidió mientras se paraba al pie de las escaleras.

—Pero...

—No hay peros que valga. Vete con tus hijos. Y sí te preguntan, que te preguntaran, di que Isabella se encontró indispuesta en la fiesta. Y que vinimos juntos.

—Bueno —sabiendo que no se lo iban a creer. James le dio un beso en la mejilla.

—Feliz año. Y gracias —subió las escaleras de tres en tres y al llegar a la habitación, se calmó lo que pudo y colocó su mano en el picaporte. No abrió. Había atrancado la puerta con algo.

—Bell, abre la puerta —ordenó sin levantar la voz.

A través del roble, oía los llantos de la joven. Nada más. No hubo ningún intento por abrir.

—Abre la puerta —repitió controlando la voz.

Nada.

—Bell, nena, abre la puerta. Déjame que te explique —esta vez, sí contestó.

—Vete, maldito hijo de puta —gritó entre sollozos.

A James no le gustó oír ese calificativo saliendo de la boca de su esposa. Comenzó a enfadarse. Había hecho una farsa entorno a su persona para poder conquistar el corazón de su esposa, y ahora se volvía en su contra.

Maldita sea.

—¡Abre de una puta vez la jodida puerta!

—No me da la gana. ¡Vete con tu querida zorra! —no esperó más.

Cogió impulso y con el hombro dio un fuerte golpe. La puerta se movió y el sillón que había colocado como freno, se desplazó. Terminó de empujarlo y entró.

Estaba echa un ovillo, atravesada en el centro de la cama. La cabeza escondida entre sus brazos y ya no lloraba. No se había quitado el vestido, solo los zapatos. Él deseaba abrazarla, pero sabía que sería rechazado.

—¿No quieres una explicación? —preguntó sin dejar de mirar ese cuerpo envuelto en seda roja.

Ella sacó la cabeza de su escondite y miró al hombre que estaba a los pies de la cama. Varios mechones escapaban del hermoso moño. Los ojos estaban rojos e hinchados. Tenía el aspecto de una leona a punto de atacar.

—No necesito ninguna explicación. No soy idiota ni estoy ciega. Estabas follando con esa puta.

—Exactamente. Estaba follando con Cameron. Pero bien podría haber sido con cualquier otra, que se hubiese puesto a tiro —ella le miró con ojos desbordados.

—Eres homosexual —dijo recordándole lo que parecía haber olvidado.

Él, no se movió del sitio.

—¿Cuándo ha salido de mi puta boca, que yo sea homosexual? ¡¿Eh?! ¡¿Cuándo?!
Isabella lo miraba horrorizada.

Isabella lo miraba horrorizada.

—Yo creía... tú dijiste —titubeó, Isabella.

—¿Yo te dije, soy homosexual? —preguntó con voz terroríficamente suave.

—No. Pero lo diste a entender. Me case contigo pensando que lo eras. Fue un trato.

—Yo, me case contigo sabiendo que tú, habías tenido relaciones con otras mujeres, pero yo, jamás te dije que tuviera relaciones con hombres. Ni antes, ni ahora, ni nunca. Hostia puta —Bella temblaba como una hoja, a pesar del calorcito tan agradable que tenía toda la casa—. No soy un maricón de mierda. Me gustan las mujeres, nena, me gustan mucho. Soy un hombre de los pies a la cabeza, que te desea con esto —dijo tocándose la frente—, y con esto —añadió cogiéndose soezmente sus partes—. Pero no te asustes, cariño. No

pienso tocarte hasta que llegue el día, el bendito día, que tú me lo pidas, que me lo supliques. Mientras espero ese dulce y deseado momento, me seguiré tirando a Cameron o a la que se me antoje. Y reza para que no se me acabe la paciencia.

Se volvió para salir de la alcoba, pero frenó en seco ante las palabras de la joven.

—Puede que mañana no me encuentres aquí —amenazó.

James se volvió y la atravesó con sus fríos ojos grises. Se veían gélidos como la noche y duros como el pedernal. Con el cabello tan oscuro, la barba incipiente y esos ojos plateados, parecía el mismo demonio.

Pero qué demonio, como habría dicho Cindy.

—Como se te ocurra salir de esta casa; escapar de mi lado; te buscaré hasta debajo de las piedras, hasta el fin del mundo, hasta en el puto infierno. Todo el mundo se enterará de lo que eres y de lo que has sido. Estarás en las primeras páginas de los periódicos y en las noticias de las seis. Sí es necesario, sí te revelas contra mí, te haré picadillo y te quitaré a nuestro hijo. Que me abandone una puta cualquiera, me importa unos cojones, pero no pienso consentirlo de mi esposa. Soy capaz de todo, Bella, no amenazó en balde —dejándola asustada y sin habla, abandonó la habitación.

Una hora más tarde, estaba en los brazos de Barbara. Lloraba desconsoladamente mientras le contaba lo sucedido. Después de escucharla pacientemente, le limpió las lágrimas con un pañuelo.

—Tesoro, no hagas caso. James es bueno, jamás te hará daño. Te quiere, está enamorado de ti. Tiene miedo de perderte, por eso te ha dicho todo eso.

—Es capaz de hacerlo, Barbara, tú no lo has oído. La forma en que lo ha dicho, como me miraba. Parecía que yo era la mala, la traidora. Es capaz de hacerlo —repitió entre llantos.

—Claro que es capaz. Pero tú no le vas a dar motivos. Te quedarás en casita, como Dios manda. Cuidando de tu hijo y cuidándote a ti. Él no te va hacer daño. Te desea a ti y desea este hijo que vais a tener. Mientras dure el embarazo, tienes tiempo de ir conociendo cómo es. Sin esas tonterías de gais ni nada por el estilo. Por Dios, James homosexual, pero a quién se le ocurre, sí es uno de los hombres más masculinos que he conocido en toda mi vida. Y

el que más mujeres se ha llevado a la cama, o baños o donde sea.

—Me siento ridícula, estúpida, imbécil, idiota —se insultó a si misma entre suspiros.

Le contó, lo supuestamente sucedido con Aretha.

—Lo más seguro es que la rechazara y la chica, despechada, te dijo todas esas barbaridades.

—¿Pero si es tan macho, por qué no lo hizo con ella?

—Pues tal vez, por ser amiga tuya. Seguro que fue por eso. James puso los ojos en ti, desde el primer momento en que te vio. Lo conozco desde que nació, noto cuando está perturbado por una mujer.

—Oh, Barbara, me había hecho a la idea de que tenía relaciones con otros hombres, pero no soporto pensar que lo hace con mujeres.

—Anda, esa sí que es buena. La mayoría de las esposas se escandalizarían de encontrar a sus maridos con un hombre y tú al revés.

—Me casé convencida de que era así. De que él sería discreto y yo le cubriría las espaldas. Incluso llegue a pensar que era bisexual, pero que lo que realmente le gustaba era los hombres. Ahora me siento engañada. Él lo supo desde el primer momento y me siguió el juego para aprovecharse de mí.

—No eres justa con él.

—¿No? —preguntó mirándola y llenándose los ojos de lágrimas.

—No. No puedo decirte nada más, porque no sé nada más. Pero James es un buen hombre, que haría cualquier cosa por ti, y que en estos momentos está sufriendo tanto como tú —ella la miró con sus grandes ojos y deseó con todas sus fuerzas que fuese verdad.

James en su estudio, fumaba un cigarrillo tras otro, mientras se bebía un bourbon tras otro. De tarde en tarde le llegaban gemidos de su esposa. Sentía el deseo de bajar, para abrazarla, consolarla, pedirle perdón, pero sabía que sería rechazado y, por otra parte, su orgullo no se lo permitía. Quería que ella fuera hasta él, que le pidiera, que le suplicara que le hiciera el amor. Estaba dispuesto a esperar; esperar el tiempo que hiciera falta.



30

Los días siguientes pasaron muy lentamente. Hablándose lo justo, viéndose para almorzar o cenar y poco más. James dormía en el estudio, por supuesto había habitaciones de sobra, pero él, pasaba casi todo el tiempo que estaba dentro de la casa, en su estudio o en el despacho de la planta baja. Por las mañanas estaba con sus hombres, haciendo cualquier tarea propia de un rancho, desde recorrer el rancho a caballo, hasta marcar una res o estar con Ben en el parto de una yegua.

A las cinco o cinco y media ya estaba levantado, nadaba durante veinte minutos en la piscina cubierta, se duchaba, se vestía y se iba al barracón donde desayunaba con sus empleados. Almorzaba con Isabella y con Barbara, y a veces solo con esta, porque su esposa, decía, se encontraba indispuesta. Por la tarde se encerraba en el despacho, y a veces, antes de la cena, se acercaba al pueblo y tomaba una copa en el bar de Eddie. Por la noche se agotaba haciendo musculación en el gimnasio que se hallaba al lado de la piscina, volvía a ducharse y se encerraba en el estudio, trabajando hasta tarde.

Al sexto día, le pidió a Barbara que le preparara una maleta. Se iba a Nueva York al día siguiente. Estaría dos semanas, tal vez más, tal vez menos. La mujer se lo comunicó enseguida a la joven.

—Deberías ir con él.

—No quiero.

—Pero, Bell, debes ir. El hecho de que se lo pidas no quiere decir que te tengas que acostar con él.

—No quiero —volvió a repetir como una niña pequeña.

—Mira, debes estar con él, para conocerlo mejor. Si te pasas el tiempo en el rancho y él tiene que viajar de un lado a otro, la brecha que os separa se hará cada vez mayor.

—Me da igual —contestó cabezona.

—Vamos, no digas esas cosas. ¿Realmente te da lo mismo? ¿No quieres conocer al hombre con el que te has casado? ¿No sientes nada por él, ni tan siquiera un poco de afecto? Es el padre de tu hijo —Isabella la miró con esos grandes, hermosos y asustados ojos.

—Le tengo miedo, Barbara, vuelvo a tenerle miedo.

—No tesoro. Eso nunca. Ese hombre sería capaz de hacer cualquier cosa por ti. Cualquier cosa. Debes de darle una oportunidad. Está sufriendo igual que sufres tú.

—Son sufrimientos distintos.

—Sí cariño. Pero conducen al mismo sitio.

En esos días, no se había sentido con fuerzas ni ganas, para hablar con Cindy. La amiga la había llamado para felicitarle el nuevo año, al día siguiente. Isabella le siguió la conversación, pero no tuvo ganas de contarle lo sucedido.

Esa tarde la llamó, primero a la editorial, donde le dijeron que estaba de baja con la gripe. Llamó a casa y allí estaba, acostada, con treinta y ocho de fiebre y un fuerte dolor de garganta. No se entretuvo mucho. Le deseó que se mejorara y le mandó muchos besos. Colgó enseguida, para evitar que hablase demasiado y forzase la deteriorada garganta. Con un suspiro dejó el teléfono, no podía contárselo a su amiga, por el momento, y le hubiera gustado recibir un consejo de la alocada Cindy. Tal vez Barbara tuviera razón. Sí James se iba, no se solucionarían las cosas. Al contrario. Él retozaría todo lo que quisiera por ahí, y ella aquí, deprimida, embarazada, triste y sola. Claro que si se iba con él, ¿qué garantía tenía de que no se fuera a otra cama, teniendo en cuenta que ella no tenía pensado ofrecerle la suya?

Sí no hubiera estado embarazada, lo habría abandonado. Habría vuelto a San Francisco y habría seguido con su vida. ¿Pero qué vida? ¿Acaso era mejor que la que llevaba ahora? En el rancho era feliz. Si la relación con James hubiera seguido igual, ella seguiría feliz. Pero ahora, solo le daba vueltas a la cabeza. Soñaba todas las noches con James y esa mujer, haciéndolo en el aseo de la suite, en el suelo, hasta en la gran mesa de billar del salón de juegos. Odiaba a esa mujer y a todas las demás. Por su mente pasaron las imágenes de las fotografías que guardaba en una carpeta. La modelo negra, la hija de un magnate del acero o del petróleo, esa perra de Cameron, y cuántas más. Seguro que él, perdía la cuenta o, por el contrario, solo recordaba a las que lo hacían muy bien. Dios, estaba celosa, rabiosa, no quería reconocerlo, pero estaba terriblemente celosa. Y lo que era peor, no podía competir con esas mujeres. No se encontraba con las suficientes facultades, como para poder enamorar a un hombre así. Y menos estando

embarazada. Dentro de poco, comenzaría a ser evidente su estado, el vientre crecería y las cicatrices con él. Y entonces, maldito el atractivo que iba a tener.

Esa noche, James no cenó en la casa. Llegó a las nueve y se encerró en el estudio, no sin antes preguntar a Barbara si su equipaje estaba preparado. Bella, desde la cocina, escuchó a su marido, pero no se vieron.

—Venga, sube, antes de que se ponga a trabajar con esos dichosos planos. No le gusta que lo interrumpen. Vamos —la incrementó ante las dudas de la joven.

Isabella se dirigió, sin mucha prisa, tras los pasos de su marido. Subió despacio los escalones, contándolos de paso; antes de llegar al estudio se olvidó de cuántos llevaba. Le hubiera gustado que la escalera no penetrara directamente en el estudio, sin una puerta que franquear.

Silenciosamente, asomó la cabeza y el cuerpo, viendo como su marido de espaldas a ella, mirando la oscuridad por el gran ventanal, bebía el quinto whisky de la tarde noche. Ella, tosió levemente y James se volvió despacio. Desde la distancia de ambos, ella no había terminado de subir la escalera y él no se movió de su sitio, la observó a placer. Llevaba un vestido de tirantes anchos, color frambuesa. Se le ajustaba al cuerpo y le marcaba una incipiente barriguita. Una chaquetita de punto beis sobre los hombros y unos zapatitos planos, que la hacían parecer una chiquilla. El pelo sujeto con pincitas de colores, lo separaban del rostro, dejándolo suelto a la espalda.

—¿Podemos hablar? —pidió ella.

—Claro. Estás en tu casa, puedes terminar de subir las escaleras y ponerte cómoda —ella obedeció y fue a sentarse en el sofá.

En el mismo sofá que le hizo su primera felación, pensó Bella.

James no se movió de su sitio, pero también pensó lo mismo.

—Tú dirás —dijo, mientras le daba otro sorbo a la bebida.

—Quería saber si puedo ir contigo a Nueva York —él la miró, queriendo analizar su mente, pero no pudo evitar que el corazón le diera un vuelco.

—Y eso por qué —no esperaba esa contestación.

O sí o no. Pero no un por qué. Bajó la vista y empezó a dar vuelta a sus anillos de casada y de compromiso, que llevaba en el mismo dedo. A James no

se le escapó el detalle. Había descubierto su ausencia los días pasados, pero no quiso decir nada. Sintió una oleada de placer, al verlos otra vez en esa hermosa mano.

—Pues, creo que deberíamos pasar más tiempo juntos.

—¿Y eso qué quiere decir? —la estaba martirizando, pero quería las cosas claras de ahora en adelante.

—No te comprendo —contestó nerviosa.

—Quiero decir, por ejemplo, para empezar, si aceptas que no soy homosexual, ni bisexual.

—Por supuesto. Eso quedó muy claro —contestó recordando la escena de la suite.

—Bien —James se movió del sitio, dejando el vaso encima de una mesa. Se acercó hasta ella, guardando una distancia prudencial —. ¿Aceptas que mientras no te comportes como una verdadera esposa, tendré que consolarme en otros brazos?

—Pero ¿qué pasa? ¿Eres un macho en celo que no puede estar sin meterla en algo caliente? —preguntó enfadada y desvergonzada.

James se sorprendió del vocabulario de la joven esposa. Le hizo gracia. Tal vez no fuera tan dulce como parecía o tenía alguna faceta oculta.

—Simplemente soy un hombre, Isabella. Un hombre que tiene esposa, pero como si no la tuviera. Y si te soy sincero, prefiero que otras mujeres me consuelen, antes que estar haciéndome pajas como un gilipollas. ¿Entiendes lo que digo? —entendía muy bien. Su rostro se coloreó pensando en cuántas veces su esposo se habría masturbado pensando en ella.—. ¿Entiendes, Isabella? —volvió a preguntar, sacando toda la paciencia del mundo.

—Entiendo muy bien. Es que... es que no te eran suficientes nuestros... nuestros...

—¿Nuestros juegos amorosos? —le ayudó.

—Sí.

—Isabella, tengo treinta y nueve años, ¿crees acaso que, a esta edad, un hombre que tiene casi todo lo que desea, se va a conformar con toqueteos, besos y mamadas? Siempre. Sin poder estar dentro de ti. De la forma tradicional —ella, volvió a enrojecer, pero no bajó la vista. Aguantó la mirada de su marido—. Reconozco que me lo haces muy bien, que has ido mejorando de una a otra, que hasta tu inexperiencia me excita, pero yo necesito todo, Isabella. Todo. Y eso sólo me lo diste la noche de bodas y porque estabas bebida — no quiso mencionar la noche de las pastillas.

—A pesar de eso, no me arrepiento —dijo orgullosa, pero con un hilo de voz.

—Me alegro. Sobre todo, por ese niño que llevas en el vientre —añadió, mirando la pequeña barriguita.

Ella se llevó las manos a ese sitio.

—Este niño no tiene la culpa de nuestros problemas —dijo sin dejar de tocarse el vientre.

—Estoy de acuerdo —no se quitaban los ojos de encima.

—¿Puedo ir contigo o no deseas que esté a tu lado?

Deseaba que estuviera a su lado; la quería tener siempre junto a él, pero Cristo, cómo iba a lograr tenerla cerca y no tocarla, no intentar hacerle el amor.

—Puedes venir conmigo. Pero tendrás que pasar la mayor parte del día sola y por las noches, tendremos que ir a más de un acto social.

—No me importa.

—Bien. A las nueve, debes de estar lista —diciendo esto, se dio la vuelta con idea de sentarse ante la mesa de dibujo.

—James.

—¿Sí?

—No quisiera que me trataras con desprecio ante los demás —pidió con cautela.

James se volvió al oír tal requerimiento.

—¿Por quién me has tomado? —preguntó sin levantar la voz, pero produciendo un leve encogimiento en la esposa—. Los problemas que nosotros tengamos, no le importa a nadie. Y por supuesto no voy a tratarte como si fueras una cualquiera. Eres mi esposa. Eres lo más importante para mí.

Pues nadie lo diría cuando te estabas tirando a esa fulana, fue el pensamiento de Bella.

—Gracias, James. ¿Puedo, puedo hacerte una pregunta personal?

—Tú dirás —el rostro del hombre reflejaba dureza y lejanía.

Pero nada más lejos de la realidad.

Aun así, Isabella se atrevió a soltar la delicada pregunta.

—¿Qué es lo que sabe esa mujer de nosotros?

—¿Te refieres a Cameron? —la martirizó de nuevo.

—Sí.

—Nada.

—¿Nada? ¿Entonces se acuesta contigo y no sabe nada de nuestra situación?

—Nuestra situación, como tú la llamas, no le importa a ninguna mujer con la que me acueste. Ellas no preguntan, simplemente nos damos placer. Y si se les ocurre preguntar, evado las contestaciones y punto. Y si alguna se pone pesada, puerta. ¿Satisfecha? —ella afirmó con la cabeza.

James vio como los ojos se le llenaban de lágrimas, pero se hizo el duro.

Le estaba haciendo daño. Las palabras que soltaba, eran dolorosas, pero eran necesarias.

—¿Quieres saber algo más de mis escarceos sexuales? Estoy dispuesto a contarte todo lo que quieras — tiranizó, sabiendo que ella no haría más preguntas.

Joder, cómo deseaba abrazarla. Besarla. Decirle lo mucho que la amaba, que la anhelaba. Pero no salió nada de eso por su boca. Solo esperó su contestación.

—No, hasta mañana —contestó dulcemente al tiempo que se dirigía a la escalera.

—Que tengas dulces sueños —se despidió irónico y sintiéndose un cabrón.

Sabía que tenía otro hotel en Nueva York y pensó que era allí donde se alojarían. Pero la sorpresa fue, cuando llegaron a un edificio de apartamentos de lujo en la Quinta Avenida. Las tres últimas plantas eran suyas. Dos mil metros cuadrados sin contar las terrazas y la zona de aterrizaje del helicóptero. No se esperaba algo tan lujoso. Las paredes, techos y suelos, recubiertos de maderas nobles, en su mayoría caoba, alfombras persas y árabes, muebles ingleses y otros franceses de estilo Luis XVI, lámparas y arañas de cristal de Murano. Y una colección de arte para escandalizar. Picasso, Dalí, Cézanne, Rembrandt, Velázquez, Monet, Munch, Warhol.

Era impresionante y lo que más le llamaba a ella la atención, era la naturalidad y el fácil acoplamiento que hacía él, al pasar de un mundo a otro. Estar en un rancho de Montana, encima de un caballo o marcando una res, a ponerse un traje de diseño y codearse con lo más suntuoso del mundo. De estar en un bar de un pueblo perdido en las Rocosas, jugando una partida de billar y

apostando veinte dólares, a estar en el club más selecto de Nueva York, haciendo una operación de millones de dólares. No cabía ninguna duda, que le quedaba mucho por conocer de ese hombre que se había convertido en su marido.

Al entrar en el enorme dormitorio, se maravilló del suelo de marquetería en madera maciza, el mayor parte cubierto por alfombras, pero enseguida se fijó en un cuadro de Las Montañas Rocosas, pintado en 1863 por Albert Bierstadt. Ella, sonrió. Ni en Nueva York se olvidaba de sus raíces. Giró la cabeza para otra pared y se encontró con una enorme pintura de barniz sobre lienzo, de Jackson Pollock. Y en otro rincón, dos pinturas más, un Klimt y un Modigliani. Era un tanto abrumador. Solo en obras de arte había una millonada, y el apartamento o triplex, no sabía cómo denominarlo, la intimidaba. Aun así, no dejó que se notara. Tenía tablas y esa elegancia natural que, como James, se adaptaba a todos los ambientes o casi.

Cuando la doncella corrió las cortinas, apareció Central Park en todo su esplendor. Bella se acercó para recrearse con las vistas. Se fijó en la hermosa terraza con muebles de bambú. Era un sitio ideal para desayunar o cenar, o simplemente tumbarse a leer.

El mayordomo no había recibido órdenes de preparar dos alcobas, por lo tanto, mandó a los criados llevar las maletas a la alcoba principal. Bella no dijo nada. No quería que nadie supiera sus problemas y no pidió otra habitación. Después de todo ya había dormido con él, y seguro que no le haría nada que ella no pidiera.

James, que nada más llegar se había encerrado en su despacho, entró en el dormitorio, no sin antes llamar suavemente a la puerta. El despacho tenía un baño, este comunicaba con su vestidor, y este comunicaba con la alcoba. Por lo tanto, sin que ella lo hubiera visto, se había cambiado de ropa. Llevaba un traje italiano con chaleco, gris azulado, que le sentaba como un guante. Ella miró ese cabello negro y esos ojos tan atrayentes, que por un momento le hicieron perder la compostura. Todo en ese hombre era tan magnífico, que ahora sabiendo que no era nada, nada gay, le producía sensaciones mucho más profundas de lo que ella esperaba.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el hombre un tanto preocupado, sin percibir los sentimientos de su mujer.

—Oh, sí, sí. Estoy bien —él la miró fijamente durante lo que a ella le pareció una eternidad.

—Espero que te guste la casa.

—Es preciosa —estaba un poco violenta y agradecía que la doncella se hubiera ido a planchar su vestido—. Realmente, esa palabra se queda corta. Es soberbia —él sonrió ligeramente y produjo una cierta relajación en la joven.

—Nada que ver con el rancho, ¿no?

—Completamente distinto —añadió sonriendo. Él, sin moverse del sitio, no dijo nada. Sus ojos seguían clavados en ella. Bella, nerviosa, no sabía qué hacer con su cuerpo o con sus manos. Al notar el nerviosismo de ella, optó por hablar.

—Tengo que irme. Procura estar preparada para las siete. Iremos a cenar con unos amigos.

—Sí, no te preocupes. Estaré lista. ¿Tengo que vestirme de algún modo especial?

—Cenaremos en Four Seasons, confió en tu buen criterio —diciendo esto salió de la habitación, dejándola nerviosa y confusa.

La doncella volvió con el vestido y se ofreció para deshacer el equipaje. Bella le dijo que no era necesario, que prefería hacerlo ella misma. La doncella, una mujer de casi cuarenta años, la miró sorprendida y pensó que la señora no era nada parecida a la anterior esposa.

—¿Desea ver la casa, señora? —preguntó sabiendo que no había estado en todas las estancias.

—Tengo que estar lista a las siete. Y tengo que ducharme y arreglarme el cabello.

—No se preocupe, señora. Puedo llamar a un servicio de peluquería y maquillaje, que estarán aquí en menos de media hora.

—No, gracias Lisa. Prefiero hacerlo yo misma.

—Pues entonces no se preocupe. Si necesita ayuda, me tiene a mí. Se me da bastante bien arreglar el pelo. Y el suyo es divino.

—Gracias Lisa —le caía bien la mujer—- Pues me enseña la casa y después lo demás.

En quince minutos, recorrió la enorme cocina, la bodega, las diez habitaciones con sus cuartos de baño, el despacho biblioteca, el vestidor del señor, los diversos salones, el gimnasio con jacuzzi y las terrazas. Cuando quiso enseñarle las habitaciones de los criados, ella se negó con una sonrisa,

diciendo que no era necesario.

Más tarde, cuando se había dado una ducha rápida en el magnífico baño de mármol, Lisa le ayudó a liar su hermoso pelo en unos rulos gordos, para dar más rizo a su melena. El vestido que había elegido, era negro, tipo cóctel. Era ajustado, cortado por debajo del pecho y rizado. Escotado y con los tirantes muy finos. Se lo había probado antes de dárselo a Lisa para plancharlo, y pudo comprobar que todavía no se le pegaba demasiado al vientre. Lo podía utilizar. No reparó en la profundidad del escote. No pensó en que podría perturbar al esposo.

Al quedarse sola, con el cabello liado en gruesos rulos, que Lisa muy diestramente, se los había puesto mientras le decía los nombres del personal, su edad, su procedencia y su estado familiar, se pintó las uñas de los pies en un color vino muy oscuro, y las de las manos solo con brillo. Descalza por la estancia y curioseando un poco, mientras se secaba el esmalte, se dirigió al vestidor de su esposo. Abrió la puerta y se halló en una sala rodeada de puertas de caoba.

Fue abriendo y cerrando, mientras veía trajes hechos a medida, otros de firmas italianas e inglesas, camisas blancas, negras, grises, azules, pantalones de vestir, americanas, vaqueros, prendas de punto, tenía de todo. Ordenado por categorías y por colores. Era perfecto. En los cajoncitos, se hallaban pañuelos, calcetines y demás ropa interior, gemelos de plata, de oro, con pequeñas piedras preciosas, sujeta corbata, una colección de relojes, a cual más caro. Pasó un dedo por ellos y le vino a la memoria el que ella le regaló. En el rancho siempre lo llevaba puesto.

Volvió a la alcoba y se dirigió a su joyero. Era pequeño, de viaje, pero suficiente para ella que no era de muchas joyas. Cogió unos pendientes, que pertenecieron a su madre. Eran unos pequeños diamantes, encastrados en platino. Se los pondría. Su alianza, su anillo de compromiso y los pendientes de su madre. Nada más.

Miró la hora, seis y media. Se quitó el reloj y lo dejó en la mesita. Con premura, fue a quitarse los rulos y terminar de vestirse.

A las siete menos cinco, Richard White, amigo íntimo de James, aparte de abogado y consejero, que conoció cuando subió al avión, pasó a recogerla. Ella bajó enseguida y el hombre casi se queda sin respiración. Isabella, un tanto sorprendida de que James no estuviera allí, no reparó en la admiración silenciosa del inglés, ni pidió explicaciones por la ausencia del marido. Él, se las dio de todos modos.

—James nos espera en Four Seasons. Se encontraba algo lejos de aquí y me ha pedido que la recoja.

—Muy bien —el mayordomo le colocó el abrigo de visón sobre los hombros—. ¿Nos vamos? —Richard White, intentó no ser grosero con sus ojos azules, mirando de esa manera a la joven.

—Claro —contestó con una sonrisa. En la limusina, Isabella entabló una conversación con el amigo de su esposo.

—¿Me permite unas preguntas personales?

—Por supuesto —contestó él con una sonrisa, desde su asiento en frente de ella.

—No estuvo usted en nuestra boda y hasta esta mañana no nos hemos conocido. Y siento decir que mi marido no me ha hablado de usted. ¿Se ha escondido todo este tiempo debajo de las piedras? —el hombre rio ligeramente.

Tenía el pelo rubio oscuro y era muy delgado y alto; no tanto como James.

—Pues no. Escondido no, pero sí lejano. Soy inglés y mi madre, hace cosa de un año, enfermó de cáncer. Empezó muy rápido y James me aconsejó que lo dejara todo para estar con ella. Los médicos dijeron que no duraría mucho, pero no acertaron. Estuvo con altibajos hasta poco antes de Navidad. Murió el catorce de diciembre. James vino al entierro y me dijo que me tomara el tiempo que quisiera. Pero ya estoy aquí. Al pie del cañón.

—Siento mucho lo de su madre.

—Gracias, Isabella —contestó sin dejar de observarla. Ella mostró una esplendorosa sonrisa.

—¿Y qué hace un inglés en Nueva York?

—Diga más bien en Helena. Allí es donde tengo mi casa.

—¿En serio?

—Sí. Conocí a su esposo en Londres, hace diez años. Yo había terminado la carrera y trabajaba en un despacho de abogados muy prestigioso. Por azares del destino le resolvimos un asunto, él se fijó en mí, me hizo una propuesta de muchos ceros y desde entonces trabajo para él.

—Todo lo que quiere lo consigue —afirmó como en una ensoñación.

—Su esposo es un hombre muy inteligente. Un genio de los negocios. De los más inteligentes que he conocido en mi vida. Sabe lo que quiere y cómo obtenerlo. Eso sí, de manera legal y franca. Cuando le conocí, yo tenía veinticuatro años y él, veintinueve. Tuve la sensación, el presentimiento, de

que mi relación con él iba a ser larga y fructífera. Y no me he equivocado. A parte de que me he hecho rico gracias a él, puedo decir que tengo un amigo de verdad —ella se quedó en silencio.

Recordó una corta conversación telefónica de James, con alguien llamado Richard, en la suite de Helena. En esos momentos pensó que era un amante.

—Me deja sin palabras. Es muy halagadora la opinión que tiene de James.

—No es halago, no soy amigo de halagos. Aunque en estos momentos, me gustaría hacerle uno.

—Tan pronto, Richard, apenas me conoce —replicó graciosamente.

—He oído hablar mucho de usted. James la menciona constantemente.

—Mentiroso —sonrió, deseosa de oír más.

—No, no miento. Está loco por usted, pero al mismo tiempo, algo le preocupa en su relación. No me lo ha contado. Es muy reservado con sus cosas, pero lo conozco tanto, que intuyo más de lo que oigo. Pero bueno, no era eso lo que iba a decir; era un halago. Como puede suponer, conocí a la anterior esposa de James y sin ánimo de ser grosero con los muertos, tengo que decir, que es usted mucho más hermosa y más encantadora que Martha —Isabella que miraba el denso tráfico de la ciudad, volvió la cabeza y se fijó en él. Los ojos del hombre sonreían y la boca también. Tenía los dientes algo torcidos, pero resultaba simpático. Era atractivo, no tanto como James, era difícil igualar a James, pero debía tener éxito con las mujeres.

—¿Está casado, Richard?

—No; estoy esperando algo parecido a usted —Isabella no pudo evitar reírse. Estaba coqueteando descaradamente con ella. Volvió a mirar por la ventanilla. Cuando llegaron a la entrada del restaurante, Richard todavía tenía en sus oídos el sonido de esa risa atrayente y seductora.



31

Normalmente, cuando eran cenas o comidas de negocios, alquilaba una de las salas privadas, pero si no era así, el comedor que más le gustaba era la Pool Room. Con esa piscina burbujeante de mármol blanco de Carrara, en el centro de la gran sala. Con esos hermosos árboles en cada esquina, que se cambiaban con las estaciones. Sencillamente era uno de los restaurantes más bellos del mundo, en diseño y arquitectura y a James le gustaba especialmente. Le hubiera gustado que la cena fuese solo para su mujer y él, en plan romántico, pero tampoco estaba la cosa para mucho romanticismo.

Desde el sitio donde estaba, la vio llegar acompañada por su amigo Richard. El abrigo de visón que se había quedado en el guardarropa, ya no podía ocultar semejante belleza. Acercándose como una diosa, se fijó en las altas sandalias de tacón, que dejaba al aire esos dedos pintados de oscuro, esas piernas sin medias, ese vestido por la rodilla, entallado al cuerpo con ese escote cuadrado. Dios, daba vértigo verla. La melena más rizada y hueca de lo habitual, destacaba como el oro en contraste con el negro del vestido.

Al llegar hasta ellos, él se levantó y la besó ligeramente en los labios. Ella correspondió. Le presentó a los otros comensales, un matrimonio de Kansas y un caballero y su hija de Texas. Eran dueños de pozos de petróleo y habían hecho negocios con James. Esta cena era una invitación que James les había prometido, cuando todos coincidieran en la Gran Manzana.

Todos se quedaron sorprendidos al conocer a la esposa; de hecho, el millonario texano trato de ennoviar a James con su hija, pero este, muy cortésmente, le dijo que no mezclara los negocios con la vida privada y que respetaba mucho a su hija y al padre de la hija como para estropear una relación de negocios y de amistad. El texano, no se lo tomó mal y admiró la franqueza del joven millonario. Ahora que veía con el tipo de mujer que se había casado, todavía lo admiró más. Era un bombón y tenía una clase especial. Y observando como miraba el esposo a la belleza rubia, debían de saltar chispas en la cama y fuera de ella, pensaron los dos petroleros.

La hija, por su parte, le preguntó si era modelo o actriz; y Bella, con una sonrisa franca y hermosa, y un tanto incrédula de que la gente realmente

pensara eso de ella, dijo que era periodista. De ese modo, las tres mujeres entablaron una conversación entre ellas, dejando que los hombres hablaran de negocios.

James, hablando y escuchando lo que se decía entre ellos, no dejaba de mirar a su mujer, que la tenía enfrente. Ninguna mujer podía anular la belleza de su esposa. Ninguna la podía igualar. Había visto como las cabezas masculinas y también femeninas, se giraban para verla pasar cuando se acercaba a la mesa. Se había sentido orgulloso, pero no solo por esa belleza tan espectacular, si no por ese carácter tan dulce, tan femenino, tan especial que le traía por la calle de la amargura.

Cómo se le había ocurrido ponerse ese vestido. Los ojos de los hombres iban directos a esos pechos generosos. Pero el caso es que no se veía más de lo que enseñaba. El rizo del escote se recogía con un lacito, que bien atado como estaba, salvaguardaba el tesoro. De todos modos, esos tirantes tan finos como alambres, parecía que se iban a romper en mil pedazos, con el peso de esos hermosos pechos.

El tejano volvió a repetirle la pregunta, ante la distracción que mostraba. Richard sonrió, intuyendo los pensamientos de su amigo, y se llevó una mirada desafiante de James, lo que provocó otra sonrisa del inglés.

Las dos mujeres estaban encantadas con la esposa de James. Este comprobó, con qué facilidad se las había metido en el bolsillo. Les estaba contando anécdotas de la editorial y estas se quedaban mirándola como si fuese la reina de la fiesta. También veía como los hombres desviaban la vista hacia ellas, incluido Richard, que estaba encantado con la nueva esposa.

En los postres, no pudo evitar que sus ojos fueran una y otra vez a la boca de Bella. Estaba comiendo un soufflé de chocolate, y mientras reía por un comentario de la joven texana, introducía delicadamente una cucharita del exquisito postre. Sus labios se relamían de una forma tan provocadora, y la punta de la lengua asomaba para terminar de relamer el dulce, que él se puso caliente pensando en cosas que no debía. Esta vez fue Richard el que llamó su atención, recordándole que tenían que ir a una subasta de cuadros. Se le estaba haciendo eterna, la puñetera cena. No recordaba ninguna tan estresante como esta. Y todo por tener enfrente a la mujer más bonita y más adorable y más exquisita, que había conocido en su vida y que encima era su mujer, su esposa. Joder, realmente estaba enamorado hasta las trancas. Tenía la sensación de poder convertirse en un pelele, con solo una palabra de ella. Dios.

En los cafés surgió un poco de animación extra. Una despampanante

mujer negra, acompañada de un actor principiante, se acercó a la mesa, pronunciando el nombre de James. No tenía por qué extrañarse, pensó él, a fin de cuentas, este, era uno de los restaurantes preferidos de Charlotte. Él se levantó al verla dándole un beso en la mejilla. La presentó a todos y por último a Bella.

—Isabella, mi esposa —los ojos ambarinos echaron chispas y su rostro no reflejó la menor simpatía. Richard no perdió detalle.

—Mucho gusto —dijo, fría pero cortés, mientras le daba la mano, sin levantarse. No le apetecía ponerse al mismo nivel que ella. No quería verla cerca de su marido.

—Encantada querida —añadió la modelo, que llevaba un vestido de lamé dorado, con una abertura hasta medio muslo y un escote casi hasta el ombligo—. James me ha hablado mucho de ti. Moría de ganas porque nos presentaran.

—Pues ya me conoce —contestó mostrando una sonrisa falsa y sin tutearla.

—A ver si quedamos un día para comer —continuó la modelo, sabiendo que todas las miradas se centraban en ellas.

—Lo siento, querida, pero estoy muy ocupada —concluyó con otra sonrisa.

Richard sonrió también. Tenía agallas la preciosa rubia de ojos de gacela, pensó el inglés, mientras observaba a su amigo como metía baza para cortar la conversación y que no llegara la sangre al río. A fin de cuentas, todos los presentes sabían quién era la negra, y todos habían visto las fotos en la prensa de ellos dos.

—Charlotte, tu amigo te espera —para la joven, fue una orden no un consejo.

—Oh, claro, pobrecillo. Bueno, James, ya nos veremos —colocó la mano sobre su hombro, obligando a que bajara ligeramente la cabeza. Le estampó un sonoro beso en la mejilla, y la última mirada fue dirigida a la rubia—. Ciao a todos.

—Es la modelo —dijo la hija del texano, cuando Charlotte se alejó—. ¿La conoce mucho? —preguntó inocentemente a James.

—Bueno, nos conocemos desde hace dos o tres años, no recuerdo bien. En realidad, me la presentó Richard —mintió—. Él sí la conoce bien —toda la atención derivó al inglés.

Contestó como pudo y un poco más tarde, se dio por terminada la

velada.

Isabella se despidió cariñosamente de las damas y los caballeros le besaron la mano, admirando por última vez su esplendorosa belleza.

En la limusina, Richard se sentó enfrente de la pareja. Ante el silencio de ellos, decidió montar un poco de gresca.

—Es de armas tomar esa Charlotte, ¿eh? —James lo fulminó con la mirada.

Ella lo miró entrecerrando los ojos y no se mordió la lengua.

—Casi todas las fulanas son de armas tomar —James la miró sin mostrar sorpresa.

—No deberías hablar así —le recriminó.

—¿No? ¿Acaso piensas lo contrario? ¿Es una santa? ¿Una mosquita muerta?

—Lo que sea o deje de ser, no es asunto tuyo.

—Sí es asunto de mi marido, lo es mío.

—Isabella —estaba poniendo a prueba su paciencia y lo único que deseaba, era tener una noche tranquila.

—¿Qué? Oh, Richard, perdóneme, le importaría taparse los oídos, tal vez le molesten mis palabras.

—Estoy acostumbrado —contestó el inglés que estaba disfrutando como nunca—. Tengo flema inglesa, no me inmuta por estas cosas —James no dejaba de lanzarle miradas asesinas.

Qué cabrón. Cuando lo cogiera a solas se iba a enterar.

—Estupendo. Pues así ya sabe que me disgustan todas las amiguitas de mi esposo. Sean del color que sean o de la especie. Cuando una mujer se acuesta con un hombre para conseguir algo, es una puta, cobre en metálico o en mercancía.

—En eso estoy de acuerdo —zanjó Richard—. El amor ante todo y la lealtad lo primero. Y contigo pan y cebolla, eso es lo más bonito —bromeó—, pero claro, cuando una mujer ve la chequera del hombre...

—Aún quedan mujeres que no se dejan deslumbrar por el color de los dólares —contestó picándose con el amigo de James.

El marido sonrió ligeramente al ver el giro que estaba tomando la conversación. El enfado de Isabella hacia él, estaba derivando a Richard.

—¿De veras? Pues debe de presentarme alguna. Yo todavía no las conozco.

—Tal vez sea porque se codea con la gente equivocada.

—No creo.

—Usted sabrá con quién se codea —el tono de la joven, era de auténtico enfado.

—Dígame, Isabella, si no es una indiscreción, ¿cuánto ha gastado de las cuentas de su esposo? —Isabella se estaba enfadando más de lo que ya estaba.

Se echó hacia delante. El abrigo se le abrió y le mostró la mitad de esos hermosos pechos.

—Ni un cochino dólar, listillo —James, sonrió y miró a su amigo que tenía los ojos clavados en el escote de su mujer.

Ella al darse cuenta se cerró el abrigo y volvió a la postura anterior. Richard despertó del encantamiento.

—Pero no me negará que no firmó ningún contrato prenupcial —ella calló durante unos segundos.

—No. James no me lo pidió y yo no reparé en ello.

—Ah, no reparó. Que olvidos más oportunos tienen las mujeres que se casan con multimillonarios.

Isabella se removió en el asiento de cuero. James, sin querer intervenir, clavó la mirada en el inglés, sabiendo por dónde iban los tiros.

—Oiga, en un principio me ha caído usted bien, pero ahora estoy cambiando de opinión. Usted no me conoce, por lo tanto, no me juzgue, ni me coloque en el grupo de esas mujeres que tanto *estima*. Tengo mi propio dinero, mi propio trabajo y mi amor propio. Y jamás me aprovecharía del dinero de mi marido, en mi propio beneficio y en su perjuicio. Y si no me cree, se puede ir al carajo, usted y su maldita flema inglesa —contestó enfadada.

—Basta ya, Isabella —terció James, viendo que la joven se estaba alterando demasiado.

Richard comenzó a aplaudir.

—Bravo, señora Hazzard. James, tengo que decirte, que mantengo la misma opinión. Esta vez has sabido elegir. Una mujer con carácter, además de inteligente, hermosa y seductora. Podría decir más calificativos, pero creo que no procede —ella se desconcertó ligeramente.

—Ya lo sé. Richard —contestó cogiendo la mano de su esposa—. No deberías tomarte tan en serio las opiniones de Richard. Tiene un humor negro,

muy británico.

—¿Me estaba tomando el pelo? —preguntó más calmada, teniendo su mano entre la del esposo.

—No desearía otra cosa en estos momentos, más que tomar entre mis manos ese hermoso cabello —siguió bromeando al tiempo que coqueteaba descaradamente.

—Como sigas por ese camino, te vas a encontrar los dientes en el suelo —amenazó James entre sonrisas.

—Entonces me retiro tan discretamente como aparecí. James emprendió una batalla en la cual, voy a salir perdiendo.

—Eso es tener sentido común —terció James.

Minutos más tarde, el inglés bajaba de la limusina, parada frente al hotel Dover H. de Nueva York.

—¿Queréis tomar una última copa?

—Mejor no. Isabella no debe estar tanto tiempo levantada —Richard cogió la mano de la joven y se la llevó a los labios.

—Encantado de haberte conocido —dijo, tuteándola por primera vez. Tardó bastante en soltar la mano, produciendo cierto desasosiego en su amigo —. Espero que la amistad que tengo con James, se prolongue hasta ti. De ahora en adelante soy tu más fiel servidor, después de tu esposo, claro. Pero no debes olvidar que, si él te falla, yo estaré siempre a tu lado.

—Corta el rollo, Richard, y deja de coquetear con mi mujer —espetó ligeramente celoso.

Isabella los miró, sin saber si era comedia o verdad.

—Isabella, debes producir sentimientos muy fuertes y profundos en este hombre. Con las demás mujeres nunca le importaba si le robaba alguna.

—Lárgate —dijo James, cerrando la puerta de golpe.

Richard los saludó con la mano, mostrando una de sus mejores sonrisas, mientras la limusina se dirigía hasta el hogar de los Hazzard. No se dijeron nada hasta llegar a la habitación matrimonial.

—¿Quieres que me traslade a otra habitación? —preguntó el hombre, temiendo la contestación.

Bella se estaba quitando los pendientes en ese momento. Se volvió despacio, deliberadamente despacio. James tensó los músculos al admirar la

belleza de esos movimientos. Recordaba muy bien todo lo que le dijo en la madrugada del año nuevo. ¿Pero sería capaz de aguantar tanta belleza? ¿Sería capaz de esperar a que ella le suplicara? ¿Sería capaz de serle fiel si ella no le daba nada? Se conformaría con algunas migajas, si fuera necesario. Joder, cómo podía rebajarse tanto.

Ella se acercó hasta él. Qué guapo estaba, qué atractivo era. Tan moreno y con esos ojos como estanques plateados.

—El médico me ha dicho que no puedo hacerlo.

—Lo sé —añadió con su voz ronca de deseo, sin dejar de mirarla. Las lámparas iluminaban la estancia, sutilmente. Pero a Bella le parecía demasiada luz.

—Yo... sufro de pensar que te vas con otras mujeres —se acercó un poco más. Él permanecía impassible, deseando con todas sus fuerzas que ella estuviera al alcance de sus manos.

—Y yo no deseo ir con ninguna mujer, que no seas tú —ella se acercó un poquito más. Si estiraba la mano, la podía tocar.

—Pero sigo teniendo miedo.

—Jamás te haré daño. No podría, aunque quisiera. Estoy enamorado de ti. No existe ninguna mujer más importante que tú.

—Pero yo no sé si estoy enamorada. No sé lo que es eso. Pero lo que siento —cerró los ojos con fuerza, para no ver ese rostro tan atractivo—, es dolor cuando no estás cerca. Te echo tanto de menos; y mi dolor se prolonga cuando pienso que estás con otra mujer. Y sufro por no poder darte lo que ellas te ofrecen, con tantas ganas. ¿No podrías conformarte con lo que teníamos antes, hasta que yo me encuentre más receptiva y el doctor me lo permita? —la pregunta la hizo abriendo los ojos. Sus brazos cruzados debajo de los pechos, ofrecían a James unos montes plenos y deseosos de ser amados.

—Sí, sí podría —contestó, pensando que era capaz de conformarse, con lo que le diera esa hechicera de su alma.

Ella se acercó totalmente y dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo. Él, colocó los dedos sobre los finos tirantes y los bajó suavemente. Luego, sus dedos fueron hasta el lacito del escote y lo desató.

—¿Te importaría apagar las luces? —preguntó tímidamente.

—Sí, mi amor, sí me importa. Quiero que te acostumbres a verme y yo deseo verte a ti. Sin oscuridades, sin miedos, sin engaños. Quiero que confíes en mí y que me dejes llegar hasta dónde tú quieras que llegue. Cuando digas basta, obedeceré como un perro faldero. Jamás le he dicho nada parecido a

mujer alguna; por lo tanto, me tienes en tus manos, a tu disposición.

Ella no supo que contestar, pero su cuerpo lo hizo por ella. Cuando él sacó los pechos del ligero vestido, los pezones se pusieron duros sin tocarlos. James los acarició con tanto deseo anhelado, que los hizo enrojecer. Bajó la boca y tomó un pezón succionándolo. Ella lo retiró con pesar, pero tenía que preguntar o se volvería loca.

—Necesito saber —pidió la joven.

—¿Qué? —preguntó, con la respiración agitada.

—Quiero saber si te gustan mis pechos —susurró.

James torció la boca en una media sonrisa.

—Nena, no soy homo... —ella lo interrumpió.

—No me refiero a eso. Las mujeres con las que —le costaba que las palabras salieran de su boca—, quiero decir, bueno, esas que conozco, tienen... tienen pechos pequeños y yo... bueno, no es que sean gigantes, pero no son precisamente pequeños, y... oh, Dios, me siento tan insegura cuando estoy a tu lado —él la llevó al borde de la cama y se sentaron.

Isabella se subió el escote, guardando sus pechos de la vista del hombre.

—¿Insegura de tu físico? —preguntó, sabiendo la respuesta.

—Sí —él la movió ligeramente, para verse de frente.

—¿Por qué?

—No sé. Tal vez porque eres tan perfecto y tienes tanto poder, tanta fuerza. Puedes conseguir lo que quieres. A cualquier mujer. Y esas mujeres que conozco, por desgracia, son tan distintas a mí. Incluso tu anterior esposa...

—Isabella, mi anterior esposa fue un error y todas las demás mujeres, pasatiempos. ¿Por qué tienes esas dudas conmigo, cuando sabes lo que provocas en los hombres y muchas mujeres?

—Porque antes de conocerte no me preocupaba el tema. Huía de los hombres. Si se fijaban en mi cuerpo o en mi cara, no me importaba. Pero ahora, todo es muy diferente. Es peor ahora, que antes cuando creía que eras gay.

—Continua.

—Cuando pensaba que eras gay, no tenía que competir con mujeres y con los hombres sabía que no podía, por lo tanto, empezaba a acostumbrarme a que tú quisieras darme cierto placer para tenerme contenta y a la vez, yo podía darte algo, aunque no fuera lo que realmente te gustara. Además, me sentía un poco protectora hacia ti, porque gracias a mí, cubrías las apariencias

y todos tan contentos. Pero cuando te descubrí con esa mujer, se me partió el corazón —ella seguía hablando, pero sin atreverse a mirarlo. Tocaba nerviosa sus dedos y movía los anillos de su dedo anular —. Siendo un hombre de verdad, no sé cómo comportarme. Sigo siendo una estúpida en ese sentido. Cada gesto o cada movimiento que haga, voy a pensar que cualquier otra te lo hará mejor, que te dará más placer, que te gustará más que yo. Y para colmo, temo que llegue ese momento en el que pueda huir de ti. Por cobarde. Por tonta. Por estúpida —James había escuchado todas sus palabras. Todas.

—Mírame —le ordenó. Ella levantó el rostro hacia él. Los ojos estaban húmedos. ¿Podría ser que ella se estuviera enamorando y no se diera cuenta?—. Quiero que te comportes como tú eres. Que no pienses en otras mujeres. Que te entregues a mí, hasta dónde puedas o dónde quieras. Te prometo que tendré paciencia, toda la paciencia del mundo. Y con relación a tu cuerpo, a tus pechos —los sacó otra vez fuera del vestido—, son los más hermosos que he tenido en mis manos, en mi boca —sin dejar de hablar, los acariciaba suavemente, torturando un pezón y luego otro—. Solo deseo que no sean de silicona —bromeó mostrando una sonrisa perezosa.

Ella tuvo que reír sin ganas.

—Son míos —replicó con una risa llorosa.

—¿Y míos? —preguntó agachando la cabeza y chupando uno de ellos.

Ella gimió y le agarró el negro cabello.

—Sí tú quieres —contestó con un suspiro.

—Los quiero, los deseo, los amo —la tumbó en la cama y la miró despacio—. Y deseo este pelo, estos ojos, esta boca, y este cuerpo. Eres lo más bonito de mi vida.

—Señor, qué cosas me dices —susurró, dejando que unas lágrimas escapasen de sus ojos.

—Y deseo este niño que llevas en tu vientre, y deseo que algún día seas mía por completo.

—Ya lo he sido —dijo con un susurro.

—Sí, pero no de esa forma. Sin alcohol, sin engaños. Con placer, con deseo, con amor.

—Yo también lo deseo. De verdad que lo deseo —él miró esos ojos tan grandes y se acercó a esa boca tan provocadora.

Se besaron tímidamente, como si fuese la primera vez. Él le recorrió los labios con los suyos, para seguidamente ofrecerle la lengua que ella tomó con ansia. Al encontrarse en esa cavidad tan deseada, la recorrió entera. Se

chuparon ávidamente y se intercambiaron sus jugos. James, gruñó, estaba tan vacío que quería llenarse de ella por completo. La siguió besando de tal manera, que ella pensó que le iba a faltar la respiración. No pudo evitar llorar. Llorar de alegría y de temor. Él dejó la boca y fue borrando las lágrimas con sus besos. Las manos recorrían ese rostro tan bello y siguieron la línea del cuello. Fue dejando caer dulces besos, sobre la piel suave y llegó a los pechos. Con las dos manos, los tomó y metió la cabeza entre ellos.

—Te amo, Isabella. Te amo tanto que me amargo la vida cuando no estás a mi lado —ella le acarició el cabello sin saber qué decir.

Cuando él levantó el rostro, sus ojos grises reflejaban pasión y dolor. Le quitó el vestido y la dejó con unas braguitas negras y las sandalias de tacón. Con el rostro serio y algo congestionado la miró de arriba abajo. Tocó el vientre levemente abultado, acarició las piernas largas y esbeltas, miró las cicatrices, recordatorio evidente del dolor infringido en un cuerpo hermoso y perfecto, admiró otra vez, los pechos llenos y puntiagudos. Volvió a mirar el rostro, y sus miradas se engancharon. El cabello dorado, esparcido alrededor de sus hombros, los brazos doblados, a cada lado del rostro, los ojos de gacela asustada mirándolo con deseo, los pechos subiendo y bajando en respiración acelerada; y en ese momento, dobló las piernas clavando los tacones encima de la cama y abriéndolas para él.

James miró esas piernas abiertas de par en par y la miró a ella. Sin dejar de mirarse, llevó los dedos al triangulo cubierto por el raso negro. La acarició tan ricamente, que ella comenzó a gemir a los pocos segundos. Movié las caderas a un lado y a otro, para que él la tocara debajo de las braguitas. Se besaron y al separarse, él se bajó de la cama. Le quitó las bragas y tiró suavemente de ella, para que su cadera quedara en el borde de la cama. Él se arrodilló sobre la alfombra y comenzó a comérselo ávidamente. Le fue pasando la lengua por todo el sexo. Se lo recorrió entero, dándole lengüetazos y pequeños mordisquitos. Ella no se anduvo por las ramas, se abrió de piernas totalmente y arremetió contra la cara de él, para que se lo comiera entero.

Cuando llevaba jugueteando varios minutos con el clítoris, ella gritó y cerró bruscamente las piernas contra la cabeza de él. A pesar de eso, él siguió lamiendo y ella jadeó de puro placer al sentir varios orgasmos seguidos.

Se retiró y comenzó a desnudarse sin dejar de mirarla. Ella, con los ojos semi cerrados, ronroneaba como una gatita complacida. Al abrirlos lo vio. Esplendido. Desnudo como un dios griego. Toda su plenitud estaba latente en esos músculos de acero, en su estatura. Toda su virilidad surgía de ese pene

hinchado, duro, grande, chocando contra su propio vientre. Ella se movió hacia atrás para evitar que sus piernas colgaran y al mismo tiempo, cerrarlas ante una embestida de ese mazo viril.

—No te voy a hacer mal. Solo quiero tumbarme encima de ti y dejar que mi cuerpo de desahogue. ¿Me lo permites? —preguntó con cierto temor a ser rechazado.

—Sí —contestó. James soltó el aire retenido.

Se colocó encima, controlando su peso con sus potentes brazos y abriéndose de piernas, dejó que las de la esposa quedaran en medio, cerraditas y bien protegidas. Su pene fue recorriendo el vientre femenino, el triángulo prohibido, volviendo otra vez al vientre. Mientras con su boca besaba los pezones y luego la boca de ella. Cuando notó las suaves manos encerrando la ardiente carne masculina, él suspiró. Bella, mojó una mano con saliva y luego la otra y volvió a coger el pene. Tocándolo, mojándolo, jugando, excitándolo, lo llevó hasta colocarlo entre sus pechos. Él gimió. Ella lo estrujó más, entre esos montes de placer, sin dejar de moverlos. James sentía esa presión, que estaba a punto de eyacular. Se fue a retirar, pero ella se lo impidió.

—Voy a correrme, nena —susurró ásperamente.

—Ya lo sé. Hazlo sobre mí, por favor.

—Pero...

—Hazlo —volvió a pedir sin dejar de agitar el pene entre sus pechos.

Obedeció, después de todo no podía aguantar más. Ella le estaba haciendo una masturbación en toda regla, con esas tetas tan divinas. Soltó varias embestidas y el semen se derramó sobre los pechos, el escote, la barbilla de ella y la colcha. Aguantando el peso con sus brazos, respiró dificultosamente, mirando esos ojos que le miraban sin pestañear, sin acobardarse.

Fue bajando hasta dejar la cama. Lentamente y mientras intentaba respirar con normalidad, le ofreció la mano y la levantó.

—Mira cómo te he puesto —le dijo con una sonrisa.

—No me importa —viendo como el semen le resbalaba por los pechos, queriendo bajar por el estómago.

Él se agachó y le desabrochó las sandalias.

—Vamos a la ducha.

—¿Juntos? —preguntó con cierta vergüenza.

—Claro.

Le recogió el pelo para evitar que se mojara y se metieron a la ducha. La lavó entera, frotando con suavidad todas sus partes. Ella enrojeció cuando sus dedos se metieron entre los carrillos del culo y frotaron con suavidad esa cavidad prohibida, siguiendo por su sexo. Con los dedos llenos de gel y haciendo espuma, la reacción de ella no se hizo esperar.

—Lo siento —susurró, apoyando una mano sobre la pared de mármol.

—Ya sé que lo sientes, lo noto —bromeó él.

—Quiero decir que siento estar excitada otra vez, pero tienes tanta experiencia y me tocas de tal manera, que no lo puedo evitar.

—Déjate llevar, mi vida. Disfruta, disfruta —entre los chorros de agua, ella se agarró a su cuello y se mojó entera.

Los dos cuerpos juntos, abrazados, frotándose mutuamente; las manos de él, entre las piernas de ella, una delante y otra detrás, trabajándola con dedos expertos y sabedores de los puntos sensibles. Ella jadeando y aferrada a su cuello, murmurando palabras perdidas bajo el sonido del agua. Hubo un momento en el que creyó perder el conocimiento. Los fuertes brazos de su marido, la agarraron para que no cayera de espaldas. La miró asustado y ella entreabrió los ojos.

—¿Estás bien?

—Oh, sí. Estoy en el paraíso —sonriendo se abrazó a su esposo que siguió masturbándola.

Tuvo otro orgasmo y James aprovechó para ponerla de espaldas a él. Tocándole los pechos con una mano y con la otra el sexo, frotó su miembro contra ese culo duro y prieto y volvió a correrse al mismo tiempo que ella.

La ayudó a secar esa esplendorosa melena, pues a pesar de haberlo recogido, a ella no le importó mojarse entera mientras él la tocaba de esa forma. Le puso un camisón y la metió en la cama como si fuese una muñeca. Se puso un pantalón de pijama y apagó las luces. Se metió en la cama y la abrazó. Esa noche durmió mejor que nunca desde que comenzó el año.



Al acabar la estancia en Nueva York, partieron rumbo a Chicago. Fue al día siguiente de llegar a la ciudad del viento, cuando recibieron una llamada de Cindy. Después de saludarse les comunicó la mala noticia. La tía abuela de Bella había sufrido un derrame cerebral y estaba muy grave. Los médicos pensaban que no duraría mucho.

Esa misma tarde salió para San Francisco. James se empeñó en acompañarla, pero ella se negó. Tenía negocios que atender y ella no quería entorpecer su trabajo. Después de todo no sabían el tiempo que iba a durar la anciana. Él le dijo que si había un empeoramiento se presentaría lo más rápido posible. Ella se lo agradeció y le prometió llamarlo todos los días. El tiempo que duró el viaje, Isabella pensó en las muchas ventajas que tenía ser millonario. El avión privado, los guardaespaldas que James se había empeñado en que la acompañaran; el ser la señora de Hazzard Ellis le abría todas las puertas.

No quería pensar en su tía, no quería pensar en que se moría. Era el único vínculo familiar que le quedaba con su vida anterior. En cuanto desapareciera, solo pertenecería a James. Solo James. Su nombre, su cara, su cuerpo, no se le iba de la mente. Le había dicho que estaba enamorado de ella. Y sabiendo todo lo que sabía de ella. Casi no se lo podía creer. Pero cómo acabaría todo. Ella no estaba segura de sus sentimientos. Sentía algo especial por él, eso estaba claro. ¿Pero era amor? Cómo saberlo si no tenía nada para comparar. Y el deseo sexual era demasiado fuerte, como para dejarlo fuera. Caray, era tan experto con las mujeres, que podía hacer lo que quisiera con ellas. Pero y ella, ¿podría aguantar? ¿Podría estar a su altura? Y una cosa estaba muy clara, si ella le fallaba, por muy enamorado que estuviera, él buscaría otras u otra, que sería peor. Aunque él lo hubiera dicho, no era un perro faldero, en todo caso un pastor alemán. Eso lo había dicho en un momento de pasión, en un calentón, pero ella sabía que podía ser duro, frío y desagradable.

En San Francisco le esperaba una limusina. Los guardaespaldas montaron uno con el chófer y el otro a su lado. Mientras, Isabella seguía con sus

pensamientos. Sería mejor que el ginecólogo no le diera permiso para tener relaciones completas, de ese modo, ella tendría más tiempo para hacerse a la idea. Aunque mirándolo desde otro ángulo, tal vez sería peor. Cuanto más tiempo pasara, sería mucho peor. ¿Cómo se sentiría dentro de tres o cuatro meses más? Más gorda, menos atractiva, más insegura, ¿y entonces qué? Él iría a buscar los encantos de otras mujeres, conocidas por ella o desconocidas, que más daba. Ufff, estaba de psicólogo. Siempre lo había estado. Desde que le ocurrió esa brutal agresión, estaba de tratamiento. No debería haberlo dejado. En el fondo de su alma seguía siendo una chiquilla de quince años, sin madurar y con todo un mundo lleno de inseguridades, aun siendo una experta en disimularlo. ¿Tendría su esposo, la capacidad, la paciencia y las ganas de ayudarla? En eso tampoco estaba segura.

En los días siguientes no se permitió pensar en sus tormentos. Los pasaba en la clínica con su tía, que había entrado en un estado de semi inconsciencia y no la reconocía. Las noches, las pasaba en su apartamento con Cindy. Fue entonces, cuando le puso al corriente de todo. De lo que ella creía que su amiga no sabía.

—Pues me alegro de que James no sea gay, que quieras qué te diga. Aretha es una guarra. Está claro, le tiró los tejos y como la rechazó, pues ale, ahí queda eso. Ensucia que algo queda.

—Sí, eso parece —Bell hizo una pausa. Miró largamente a su amiga y elevó las manos llevándolas a la cara —. Cindy, no sé cómo va a acabar todo esto.

—Bah, no digas gilipolleces. Es mucho mejor tener un marido con un par de pelotas bien puestas, que no un mariquita por marido.

—¿Eso es un proverbio? —preguntó sonriendo.

—Sí. Chino —las dos jóvenes rompieron a reír. Seguidamente, Cindy quiso saber cómo eran sus relaciones sexuales. Ella le contó que el médico le había prohibido hacer el amor.

—¡No jodas! —exclamó la otra.

—Cindy.

—Perdona, pero es una putada. Con un tío como James, es una putada. Joder.

—Hacemos otras cosas.

—Pero no folláis.

—No.

—Sigue siendo una putada —repitió moviendo su melena castaña.

—Para mí no —Cindy abrió los ojos y los oídos y escuchó los temores de su amiga.

—Te comprendo cariño, pero tarde o temprano tendrás que dárselo. Y lo mejor es que te relajés y que te embadurnes enterita con vaselina o mantequilla, como en... *El último tango...* ¿te acuerdas? Es una de mis pelis favoritas.

—Cindy, no cambiaras —se quejó Bella, ante la manera de hablar de su amiga.

—Ni quiero. A ver si te enteras, que no puedes andarte con tantos remilgos. No es aceptable que te abras de piernas y te dejes comer el coño, y luego que vayas con esas estrecheces por meterte la polla —Bella no dijo nada. No se escandalizaba por el vocabulario de su amiga, solo lo aparentaba. Mostró su rostro serio, pero sabía que su amiga tenía razón—. Tarde o temprano, él se cansará. No es ningún chaval para guiarlo por donde quieras y darle lo que quieras. O espabilas y te dejas esos miedos y esas historias, o pierdes a un tío que vale un montón, aparte de estar como un tren y para colmo forrado hasta los dientes. ¿Sabes en cuanto se calcula su fortuna?

—No.

—Ocho mil millones de dólares y subiendo, nena.

—Venga ya. ¿De dónde has sacado esa información?

—Lo ha dicho Sanders.

—Sanders —repitió el nombre de su editor.

—Sí. Todos los ricos conocen a los que son más ricos que ellos. Por lo visto, Sanders conoció a James hace unos años, cuando las empresas Hazzard compraron dos editoriales de aquí.

—¿Qué editoriales?

—Inrecord y Rogerds Company. Entonces estarías en la universidad. Fue hace unos ocho o nueve años. Creo que las vendió y sacó una pasta

—Pensaba que se dedicaba a la construcción, el petróleo y algo más.

—Lo toca todo, nena. Barcos, minas, nuevas tecnologías, todo. Hasta compra caballos árabes y españoles. Por lo visto en Internet hay bastante información sobre sus empresas. Ha construido un imperio de miles de millones de dólares, con la herencia que le dejó su madre. Dicen por ahí que es un genio de las finanzas, que tiene un ojo clínico, como diría un médico,

perfecto. En fin, nena, que tienes un marido que está de bueno que te mueres y encima es listo y está forrado.

—Me siento como una tonta. Me he casado con un hombre y no sé casi nada de él.

—Bueno, míralo desde el aspecto positivo. Tú eres su mujer y tú, solamente tú, puedes conocerlo plenamente. Sí quieres, claro —las dos amigas se miraron. Cindy le cogió la mano y se la acarició—. Sí quieres mi consejo, y aunque no quieras te lo voy a dar, no desaproveches esta oportunidad. Seguramente nadie te querrá como te quiere él.

A la mañana siguiente, saltó el escándalo. Estaba en todas las primeras páginas de los periódicos. La información era escueta pero clara. La esposa del multimillonario Hazzard, era la famosa novelista que se escondía bajo el seudónimo de Sharleen Hynd y que además era lesbiana. Daban algunos detalles más, especialmente biográficos y laborales, y ampliaban la noticia con datos sobre James y su enorme fortuna. Tenía todos los ingredientes que le gustaba al público. Ese tipo de detalles escabrosos y morbosos, que se daban en las series de televisión o las películas.

Cuando regresó a casa después de haber pasado el día con su tía, los periodistas y cámaras de televisión, la rodearon y la bombardearon con preguntas de toda índole. Los guardaespaldas la protegieron con sus cuerpos y la llevaron hasta la puerta. Bella, sin saber qué ocurría, se sintió ofuscada y temerosa. Cuando Cindy le enseñó algunos periódicos, sintió como su estómago se revolvía. No le importaba que hubieran descubierto lo del seudónimo, eso era lo de menos, pero la palabra lesbiana en letras gigantes bombardeó su cerebro. Se encerró en la habitación y no quiso hablar con Cindy. El teléfono, que no había dejado de sonar, volvió a hacerlo otra vez. Esta vez era James.

—Oh, James, menos mal que logro hablar contigo.

—¿Dónde está? —preguntó fríamente.

—En su habitación. Se ha encerrado y no me deja pasar. Tienes que venir, James. Esto está lleno de periodistas y cámaras de televisión.

—Estoy viendo todo el circo —dijo, mientras la limusina paraba cerca del edificio de dos plantas—. Subo ahora mismo. Llevo varios guardaespaldas. No te asustes.

—Vale —Cindy miró por la rendija del visillo y lo vio.

Alto, fuerte, guapo, poderoso. Bajaba del coche, rodeado de cuatro tíos, grandes como él. Los periodistas lo reconocieron al momento. Todas las cámaras volaron hasta él y seguidamente los micrófonos.

—Señor Hazzard, ¿viene a recoger a su esposa?

—¿Sabía usted que su esposa es lesbiana?

—¿Se van a divorciar?

—¿Es cierto que ella espera un hijo suyo?

—¿Ha sido usted engañado? —las preguntas al mismo tiempo se sucedieron hasta que penetró en el portal y dos de los guardaespaldas montaron guardia.

Cindy le abrió la puerta y los hombres quedaron en el pasillo de la escalera.

—¿Dónde? —preguntó mirándola.

El pelo lo llevaba más largo que en el verano, que se lo dejaba a cepillo. El traje negro y el abrigo gris, lucían en su cuerpo como un guante. Cindy, apreció eso y mucho más, en los segundos que lo había visto por la ventana y ahora, frente a frente. Joder qué tío, no se cansaría de mirarlo. Menuda suerte tenía su amiga.

—Allí —dijo señalando la puerta cerrada. James se quitó el abrigo y lo dejó sobre el sofá. Se dirigió hasta la puerta e intentó abrir. Estaba cerrada.

—Abre Isabella.

Ella, acostada en su antigua cama, se sobresaltó. Se quedó inmóvil. Tuvo miedo. James, creyendo que podía haber hecho alguna locura, pegó una patada a la puerta, haciendo saltar el pestillo. Bella se asustó y recordó la vez que él había entrado en la alcoba matrimonial, después de descubrirlo cometiendo adulterio. James la miró detenidamente. Gracias a Dios parecía estar relativamente bien. La muchacha, que se había incorporado en la cama, lo miró con los ojos enrojecidos de tanto llorar. Ahora le tenía miedo a él. ¿Qué haría? Estaba enfadado. Eso se notaba. Su rostro estaba crispado y sus ojos echaban chispas. Su mirada tan penetrante la asustó, pero no pudo evitar que su nombre saliera dulcemente por sus labios.

—James —él se acercó y la abrazó.

—Mi amor, mi nena. Dios, no llores, no quiero que llores.

—Oh James, lo siento, lo siento tanto. No quiero manchar tu nombre, no te merezco —se disculpó, aferrándose a su cuello.

—No digas tonterías. Esto no tiene importancia. No vas a manchar mi

nombre y al que se le ha ocurrido manchar el tuyo, se va a acodar de mí toda su puta vida —se separaron y la miró a los ojos—. Te he llamado al móvil todo el día. ¿Es qué no lo llevas encima? —le preguntó muy serio. Ella se limpió la nariz.

—No tenía batería. No me di cuenta, lo siento —contestó rompiendo a llorar otra vez.

—Venga, venga, no llores mi vida. No pasa nada —le habló, abarcando con sus grandes manos el rostro y limpiándole las lágrimas—. Vamos, vas a refrescar esa carita y te cambias de ropa. Nos vamos a casa.

—Pero, pero...

—No hay peros que valga. Te vas a poner bien guapa. Te colocarás las gafas de sol y bajaremos a la calle para subir al coche. El avión nos está esperando. Te van a bombardear a preguntas y tú, no abrirás esa preciosa boca. ¿De acuerdo?

—Sí.

No la dejó ni un momento. Vio cómo se lavaba la cara y recogía el cabello en un moño italiano. Se quitó el traje de chaqueta azul y cogió otro marrón oscuro, con un cuerpo beis. Se calzó los zapatos de tacón y un chal de lana marrón. Él no perdió ni un solo movimiento. Era la mujer más femenina que había visto o conocido en su vida. Ni en momentos de tensión o nerviosismo como esos, perdía esa bonita feminidad.

—Tendré que hacer la maleta —dijo, mirando esos ojos grises que no la perdían de vista.

—No. Deja las cosas aquí. Vamos.

Las dos amigas se despidieron y James le dio las gracias por todo.

Cindy se quedó mirando el rostro del hombre, con semblante feliz y risueño, pues ahora que él tomaba el mando, todo iría sobre ruedas. Además, era tan placentero contemplarlo, que no se cansaría en mil años.

—Te llamaré todos los días para saber cómo va la tía de mi mujer. También llamaré a la clínica, así que no hace falta que te veas obligada a más cosas de las que haces. De todos modos, me llamas si sucede cualquier cosa.

—Sí, James. No te preocupes.

—Si te molestan los periodistas, llama a este teléfono —le dio una tarjeta—. Te mandaran un par de guardaespaldas —Cindy se guardó el número de teléfono que le había apuntado en una de sus tarjetas.

—Si son como esos que están en la puerta, creo que llamaré enseguida —bromeó Cindy.

James, sonrió ante el descaro de la joven y la abrazó cariñosamente.

—Gracias por cuidar de ella —le susurró al oído.

—Lo que haga falta, James.

Al salir se armó otro alboroto. James protegió con su cuerpo el de su mujer y una vez introducida en el coche, les comunicó con una encantadora sonrisa.

—Chicos, pasado mañana daré una rueda de prensa, en mi hotel de Helena.

Esa noche en el rancho, Bella salió del dormitorio y bajó las escaleras buscando a Barbara. Llevaba un camisón blanco, largo, de escote cuadrado y tirantes anchos. Cuando despertó, eran las doce. Había dormido media hora, cuando notó un pinchazo en el vientre y humedad entre los muslos. Supo que algo malo sucedía. James no estaba con ella. Asustada, pero sin correr e intentando no alterarse, llegó hasta la gran cocina. Allí estaban. Barbara sus hijos y James. Tomaban café y hablaban entre ellos. Se quedó plantada en la puerta y todas las cabezas se volvieron hacia ella. James se levantó bruscamente y tiró la silla al suelo.

—Creo que voy a abortar —susurró.

La mancha de sangre, manchaba la parte delantera y trasera de la prenda. La cogió en brazos y gritó a Noah una orden. Este se movió como un relámpago y efectuó una llamada a Helena.

—Tranquila pequeña. Enseguida estará el médico aquí. No te preocupes. No va a pasar nada.

Ella lloraba aferrada a su cuello, intentando creer en sus palabras. Con ella en brazos, se movió despacio. Subió las escaleras, con Bárbara siguiéndole los pasos. Una vez en el dormitorio, la dejó con suavidad en la cama y le quitó el camisón y las braguitas.

—Trae otro Barbara, por favor.

—Déjame a mí, hijo —viendo el nerviosismo del hombre.

La mujer le puso otras braguitas, una compresa y James le ayudó a ponerle el camisón. Bella era como una muñeca rota. Se dejaba hacer.

Media hora más tarde, un helicóptero descendía en el valle, trayendo al doctor Coyn. James recorrió el pasillo mil veces, sin dejar de fumar, mientras el doctor estuvo en la habitación. Bárbara no intentó calmarlo, porque sabía

que no serviría para nada. Dejó que se moviera como un animal enjaulado y que fumase un cigarrillo tras otro. Cuando el médico salió, no preguntó. Simplemente se paró frente a él y esperó las palabras del hombre. El doctor Coyn era un prestigioso ginecólogo de Helena, que había tratado a la primera esposa. Su pelo canoso y su rostro arrugado, delataba más de los cincuenta y cinco años que tenía.

—No se preocupe, James. El niño está bien, pero su esposa debe guardar un reposo absoluto. Y absoluto quiere decir, total. No debe levantarse ni para ir al baño. Ya se lo he dicho y lo ha comprendido. ¿Lo ha comprendido usted?

—Por supuesto —contestó receloso.

—Bien. Y reposo absoluto quiere decir que nada de relaciones íntimas. Hasta que yo lo diga.

—No soy gilipollas, doctor —contestó James, apretando los dientes.

Barbara escuchaba y sentía la tensión de James.

—Ya sé que no es usted gilipollas. Faltaría más. Pero su esposa ha dejado de manchar, dentro de unos días se encontrará mejor de ánimos y ella es muy bonita y si hicieran algo, por poco que fuera, podría provocar un aborto.

—No pienso ponerle un dedo encima —añadió molesto de que el doctor lo tratara como si fuera un crío.

—Tampoco es eso. Ella necesita mucho cariño. Estas circunstancias son muy delicadas y las hormonas están alteradas de más. Ya me entiende. Muchos mimos, pero nada de sexo —añadió dándole una palmada en la espalda.

James se relajó ligeramente y lo acompañó hasta el helicóptero.

—¿Sabe que es la primera vez que subo en un cacharro de estos? —preguntó sonriente.

—¿Y le ha gustado? —James levantó la voz para hacerse oír entre el ruido de los rotores.

—Pues no sabría decirle y menos de noche.

—Si lo prefiere, le puede acercar uno de mis hombres en coche.

—No, no, ahora que voy más relajado, apreciaré y valoraré el paseo en un bicho de estos.

—Bien. Espero no tener que volver a llamarlo.

—Si vuelve a manchar, será mejor que la suba en un aparato de estos y la lleve al hospital. De todos modos, no creo que ocurra —el doctor se

acomodó en el asiento trasero y el helicóptero ascendió, alejándose del valle.

James lo vio desaparecer y se dirigió a la casa. Barbara le estaba esperando. Le dijo que Bella ya estaba dormida.

—Dormiré en la habitación contigua. ¿Te importa prepararla? — preguntó, cansado y pensativo.

—No, James.



El salón de recepciones estaba repleto. No cabía ni un alfiler. Cámaras de televisión, fotógrafos, periodistas y cronistas de sociedad, se encontraban cómodamente instalados y sentados cada uno en su sitio correspondiente. James no les hizo esperar mucho. Cuando apareció atravesando el salón hasta llegar a la mesa presidencial, todas las cámaras lo enfocaron. Era una gozada hacerlo. El tío embobaba la cámara, la seducía, la atraía como si fuera una mujer.

Su carisma era tan fuerte y su cuerpo irradiaba tal seguridad, tal magnetismo, que más parecía el rodaje de una película, o de un anuncio de algo masculino, que una rueda de prensa. Las periodistas que se encontraban en la sala, sintieron un cosquilleo entre las piernas. Era tan atractivo que cortaba el aliento. Llevaba un traje de diseño, gris oscuro, con camisa negra y sin corbata. No llevaba ninguna joya, a excepción de la alianza de casado y el reloj de acero y oro, regalo de su mujer. El pelo, ligeramente largo, se le ondulaba en la nuca en rizos seductores. Peinado hacia atrás, dejaba que el rostro mostrara toda la fuerza varonil que poseía.

Al sentarse, colocó los brazos sobre la mesa, libre de papeles y les sonrió a todos. Cuando uno de ellos se disponía a preguntar, él levantó la mano.

—Antes de que lancéis vuestras preguntas, hablaré yo —se hizo un silencio absoluto. Él recorrió con la mirada los rostros allí presentes. Luego enfocó la mirada a una cámara de televisión y entrecerró sus ojos gris plata. Volvió a mirar a los periodistas y comenzó su monólogo—. Para empezar, no me gustan los periodistas que se dedican al comadreo, cotilleo y demás sandeces —un murmullo recorrió la sala—; pero comprendo que todos tenéis que trabajar y que de todo tiene que haber en la viña del Señor —otro murmullo que se acalló solo—. Cuando he inaugurado un hotel, cuando he ido a una recepción, cuando he comprado una empresa, cuando he terminado un edificio, siempre he atendido a la prensa. Y la prensa siempre, y digo siempre, me ha tratado bien. Es más, me ha tratado lo justo. Con lo cual, todo ha ido sobre ruedas. Ahora, los motivos son bien distintos. Ahora se ha calumniado

el nombre de mi esposa y eso me ha dolido, y me ha enfadado. Para empezar, mis abogados ya han comenzado el papeleo para demandar a todos los periódicos que han publicado que mi mujer es lesbiana. No pienso retirar la demanda y voy a ir a por cualquier hijo de puta, que se le ocurra volver a manchar su nombre. Creo que hablo bien claro. Ahora podéis preguntar por orden y una sola pregunta cada uno.

Se levantó una bonita pelirroja que dijo su nombre y para el periódico que trabajaba. Él la interrumpió con una seductora sonrisa.

—No es necesario que digáis vuestro nombre ni para quién trabajáis. Soltar la pregunta y listo —ella se quedó un poco cortada, pero enseguida se recuperó.

—Hay informes de que su esposa fue asaltada violentamente cuando era adolescente, y que desde entonces le cogió, digamos, fobia a los hombres. Y por eso se volvió... —no se atrevió a decir la palabra.

—Mire, señorita Lancaster —contestó James, produciendo en la joven un ligero rubor, al ver que se había quedado con su apellido—, como usted ha dicho, mi esposa sufrió una fuerte y violenta agresión cuando era una chiquilla. Eso no se puede negar. Además, está en los informes de la policía de San Francisco. Esa agresión le habría provocado la muerte, si no llegan a pasar unos jóvenes que la salvaron. Mi esposa pasó por un calvario, como cualquier persona, hombre o mujer, que pase por semejantes circunstancias. Primero la agresión, como ya he dicho, después la estancia en el hospital, donde le hicieron varias operaciones, y después, varios años de tratamiento psiquiátrico. Cuando maduró y los hombres comenzaron a asediarse, ella no se sentía psicológicamente preparada para mantener una relación sentimental. El rumor comenzó a correr y ella no lo desmintió. Le vino bien. Así se veía libre de la amenaza, que para ella suponían los hombres.

—Hasta que llegó usted —dijo otra periodista.

Él miró a la mujer que había hecho el comentario. Era más mayor. Alrededor de los cuarenta años. Pero tan embobada como las demás.

—Exactamente —contestó con una sonrisa de superioridad.

—Entonces, ¿era virgen? —preguntó un hombre de cutis picado por el acné.

James, rio mostrando sus blancos dientes.

—Queréis saberlo todo. Pues sí. Era virgen. Yo fui el primero y pienso ser el único —sentenció posesivo.

—Pues usted no tiene pinta de ser un angelito. ¿Cómo sucumbió su

esposa, si le tenía tanto miedo a los hombres? —preguntó un cronista de la prensa rosa, maricón como él solo.

—En la intimidad soy blando como la gelatina —unas risillas se oyeron de fondo.

—No nos haga reír, señor Hazzard, eso no cuela. No es la primera vez que habla alguna mujer con la que usted haya estado. Y todas esas que han hablado en los últimos años, dicen de usted que es una fiera dentro y fuera de la cama —eso lo dijo una reportera de Chicago, que conocía las correrías de cama casi también como él. James no se inmutó.

—Le diré que las mujeres que cuentan sus experiencias sexuales, al igual que los hombres, no me merecen ningún respeto. También le diré, que con todas las mujeres que he mantenido algún tipo de relación, de ninguna me he enamorado. Cuando conocí a mi esposa, supe que no era como las demás, que me iba a costar mucho conseguirla y que tenía que tratarla como la joya más preciada —las expresiones de los presentes, eran dignas de ser grabadas.

Todos deseaban hacer preguntas, todos deseaban oír las contestaciones del arquitecto multimillonario.

—¿Y su anterior esposa? —preguntó otro.

—Mi primera esposa falleció. Dejemos a los muertos en paz.

—¿Y por qué no está Isabella con usted? —a James no le gustó que utilizara el nombre de su mujer.

No quería que los periodistas se tomaran confianzas. La pregunta la había efectuado un periodista de San Francisco, que seguramente conocería personalmente a Isabella.

—Mi esposa está embarazada y ha tenido una amenaza de aborto, supongo que gracias a vosotros —explicó, sin mostrar ningún asomo de simpatía—. Tiene que hacer reposo, pero, aunque su estado fuese el mejor del mundo, en ningún momento, la dejaría que se pusiera delante de vosotros.

Todos permanecieron callados.

James no dejó de mirarlos y ellos a él, tampoco.

—Sentimos mucho lo de su esposa —añadió la pelirroja—. Y esperamos que se recupera pronto —era una manera de hacer las paces con el multimillonario.

—Gracias. En los salones contiguos, tenéis un almuerzo esperando. No quiero que os vayáis con un mal recuerdo de Helena.

—¡Pero tenemos más preguntas! —exclamó otro.

—Pero yo digo que hemos acabado. Que os aproveche —diciendo esto

se levantó y salió por donde había entrado. Enseguida, tres guardaespaldas le rodearon evitando que los periodistas se le echaran encima.

En el rancho, Bella dormía plácidamente mientras su esposo daba la rueda de prensa. En la gran cocina, Barbara y sus nueras miraban embobadas como James hablaba ante las cámaras, como si fuese la cosa más natural del mundo.

—Qué hombre —murmuró la grandota de Jess—. Eso es defender a una mujer y lo demás bobadas.

—Desde luego —intervino Barbara—. Este chico es único —Ruth no dijo nada; pero sus ojos no dejaron de mirar al hombre ni un solo momento.

Bella no pudo asistir al entierro de su tía. Murió un mes después y ella seguía en cama. James se ocupó de todo. Cindy, su novio, Richard, James y las amistades de la anciana, asistieron al sepelio.

Barbara la cuidaba en todo momento. Lo que más le fastidiaba era tener que utilizar la cuña para sus necesidades fisiológicas. Era superior a sus fuerzas. Intentaba convencer a Barbara de que la ayudase a ir al baño, pero era imposible. La mujer le había dejado bien claro que el doctor había dicho, cama, cama y más cama. Y no había más que hablar. Además, ella era como si fuese su madre, decía, no había lugar para timideces ni pamplinas. Y era cierto, cada día se querían más. Isabella que no había tenido el amor verdadero de una madre, pero sí el de unas tías abuelas solteras, veía a Barbara como esa mamá mayor, grandota, fuerte y cariñosa.

Cuando James estaba en el rancho, pasaba con ella muchos ratos. Le contaba cosas de sus viajes, le traía libros, bombones y todas las películas de video que ella le pedía. También le trajo otro regalo de cumpleaños con algo de retraso. En diciembre pasado, para el día de Navidad, él le había dicho que tenía que esperar un poco, ya que el objeto en particular que le quería regalar, no se encontraba todavía a su alcance. A Bella no le importó, no era materialista, pero aun así tuvo de regalo un abrigo de visón. El mismo que llevó con el vestido rojo la noche de la fiesta de fin de año y también en Nueva York. Pero el vestido, era otro cantar. Dicho vestido estaba metido en una caja y olvidado en el vestidor, y no lo rompió en mil pedazos, porque ella no solía hacer esas cosas; pero no deseaba verlo. No deseaba recordar.

Pero esa noche se presentó con un cuadro, tapado con un lienzo de algodón.

—Tu regalo de cumpleaños, preciosa —dijo con una sonrisa.

Ella, lo miró sorprendida. Se había olvidado del tema, es más, pensó que le había tomado el pelo y que el regalo había sido el abrigo. No supo qué decir. Él, la miraba desde la puerta, fascinado con la belleza de ángel que tenía ante sus ojos. Sin una gota de maquillaje, el cabello suelto, los ojos de gacela, la boca sonrosada y esa expresión de dulzura y erotismo que le ponía los músculos en tensión y otras partes de su cuerpo.

—¿Quieres verlo? —preguntó sonriendo.

Ella afirmó con la cabeza. James se acercó hasta la cama y descubrió el lienzo. Era una pintura de Edward Hopper de 1955. Bella abrió su boca sonrosada, saliendo una exclamación silenciosa. Él, no dejó de observar esos labios y sentir una opresión en la entrepierna. Mejor sería moverse. Quitó otro cuadro de la pared y colocó el Hopper.

—Este lo llevaré al despacho. ¿Te gusta? —preguntó deseoso de que el regalo fuese de su entera satisfacción.

—Oh, James, es una maravilla. Cómo sabías...

—¿Qué es tu pintor favorito?—Sí.

—Me lo dijo un pajarito —añadió con una sonrisa.

—Cindy —añadió ella.

—¿Quién si no? No conozco otro pájaro que sepa más de ti.

—Muchas gracias, de verdad.

—Está a tu nombre. Los papeles están en el despacho. Cuando te levantes los puedes guardar donde quieras —dijo con una sonrisa. Se acercó hasta ella y se sentó en la cama.

—No es necesario, James. Puedes guardarlos tú —contestó un tanto nerviosa de la mirada tan penetrante de su marido.

Él desplazaba los ojos por toda su persona. Ahora la boca, ahora los ojos, ahora el pequeño escote del camisón, ahora el cabello, ahora los pechos que subían y bajaban, cubiertos por la seda blanca, ahora otra vez la boca, ahora los pezones que se estaban poniendo duros con esa mirada abrasadora. Ella subió la sábana hasta el cuello y él, volvió a mirar esa boca.

—¿Te ha gustado?

—Sí. Mucho.

—Me alegro. Lo adquiriré en una subasta en Chicago, cuando te fuiste a San Francisco para ver a tu tía. Al verlo, pensé en ti —ella lo miró con el

rostro algo acalorado.

—Me abrumas. Ya me regalaste el abrigo —añadió con timidez.

—El visón era una necesidad —repuso sin dejar de mirarla—. Esto es un regalo.

—Me gusta muchísimo, James. Es el mejor regalo que he recibido —él se quedó callado durante unos segundos.

Ella se puso más nerviosa.

—No importa lo caro o barato que sea un regalo. Lo que importa es con el amor con que se hace. Y es así como lo siento. Cuando pujé por este cuadro solo tenía un pensamiento en mi cabeza, tú. Lo que he pagado por él, me parece poco si te hago feliz —ella no supo que decir.

Sabía que ese cuadro le tenía que haber costado una pequeña fortuna y la había pagado por ella.

Él se levantó y la besó en la frente. Sin más salió de la habitación.

Dormía en la habitación contigua y siempre que estaba en el rancho, se despedía de la misma forma. Un beso en la frente. Hasta que el médico le diera el alta seguirían, así las cosas. La miraba como un lobo hambriento, ella sabía que la deseaba, y ella también deseaba sus caricias, pero siempre se despedía con un beso en la frente. Nunca en la boca. Y eso le preocupaba. ¿Habría vuelto a las andadas? Ella temía lo peor, pero no se atrevía a expresar sus dudas. Barbara, que le había dicho a su nuera Jessica que grabara la rueda de prensa de James, se la había mostrado a la joven, para que viera la demostración de amor.

Porque eso era una declaración en toda regla. Había pregonado el amor que sentía por su mujer a todo el mundo y había hecho saber a todo el que escuchara, que la protegería hasta el final. El honor de su esposa estaba por encima de cualquier cosa. Cuando Bella vio y escuchó, no pudo evitar que las lágrimas saltaran de sus bellos ojos. Quedaba muy claro que su esposo era su protector y su defensor, y que bajo su tutela estaba segura. Bárbara le dejó bien claro, que nunca, nunca, había estado así con una mujer. Nunca.

¿Pero habría vuelto a las andadas?

A los seis meses de embarazo, el doctor Coyn le dijo que podía levantarse un ratito todos los días. Podría ir al baño y poco más. Ella sintió que se abrían los cielos. Se había sentido prisionera en una cama; por fin podría ir al baño y tener intimidad para sus cosas.

Una tarde se duchó y después de secarse, salió a la habitación como vino al mundo. La puerta se abrió de golpe y James se paró en seco. Acababa de llegar de Denver y Barbara le había comunicado la grata noticia. Subió las escaleras como una exhalación y no estaba preparado para lo que vio. El vientre prominente y puntiagudo, los pechos algo más grandes de lo habitual, los pezones más oscuros, el cabello suelto y largo hasta la cintura, la cara sonrosada, los labios llenos y tentadores, los ojos de gacela mirándolo con temor, adoración y pudor.

—Nena —susurró acercándose a ella.

Bella no se movió. Llevaba sin verla desnuda varios meses. Le había tocado el vientre a través del camión y siempre acostada. Había sentido las patadas de su hijo, posando su mano grande y fuerte, sobre el abultado vientre. Pero no estaba preparado para esa imagen. Le resultó excitante y encantadora al mismo tiempo. Le recorrió el rostro con las manos y la besó en la boca.

—Mi amor —ella suspiró ante esas palabras.

Él le apartó el cabello del rostro y lo acarició en toda su largura, hasta que sus dedos tocaron el bonito culo. Llevó las manos a los costados y recorrió toda la barriga. Las cicatrices habían ensanchado un poco, pero no le importaba. Estaba tan hermosa. Acarició los costados de los pechos y la besó otra vez. Ella tembló de placer ante esa boca que conocía tan bien. En esos momentos, James notó como el pequeño daba una patada. Despertó de golpe. La realidad se abrió ante él.

Gruñendo interiormente, se separó de ella y salió de la habitación. La joven se quedó desconcertada. No sabía que le estaba siendo fiel como un corderillo. Sufría por no hacer el amor con ella y dos o tres o cuatro veces a la semana se masturbaba en la ducha o en su solitaria cama.

Richard, sabedor del problema, le había aconsejado que se tirara a alguna puta bien dispuesta. Le serviría para calmar los nervios y aflojar el cuerpo. Cuando le dijo que se lo aflojaba manualmente, el inglés creyó morir de un ataque de risa.

—Como te sigas riendo te voy a machacar los cojones —replicó de mal humor.

—Pero James, qué quieres, jamás lo habría creído de ti. Joder, realmente te tiene bien enganchado.

—No sabes hasta qué punto.

—Me lo imagino, amigo mío, me lo imagino.

Cuando faltaban dos meses para dar a luz, recibió la primera carta. Barbara le subió la correspondencia y ella fue abriendo los sobres. Una carta de la editorial con otro succulento cheque, por los beneficios de su última novela, que gracias al escándalo se vendía como rosquillas, una postal de Cindy que estaba pasando unos días en Las Vegas con su novio. Bella, observó el sobre que no tenía remite y el matasellos de Helena. La dirección estaba escrita a máquina. Lo abrió y sacó unas fotos recortadas de un periódico. Dos. En una, James entraba en un restaurante con una mujer rubia, media melena y muy guapa. En la otra salían de otro restaurante. La misma mujer. Distintos sitios y distintas ropas.

Buscó con dedos temblorosos dentro del sobre, queriendo encontrar una nota, un anónimo, algo. Pero no. Se levantó de la cama y escondió el sobre con las fotos en un cajón, debajo de la ropa interior. Todo su cuerpo temblaba. Alguien quería enseñarle el camino. Alguien quería que supiera, que su marido, le era infiel. Quién sería esa mujer. Dios, qué iba a hacer. Decírselo a él. Para qué. Lo negaría o lo que era peor, no negarlo. No, no diría nada. Se aguantaría las ganas, se mordería la lengua. No estaba en condiciones de pelear. Cuando diera a luz, ya vería. Dos semanas más tarde recibió otra fotografía. Con la misma mujer saliendo de una limusina. Hizo de tripas corazón y la guardó con las otras.

El doctor Coyn, aconsejó que se ingresara a la futura mamá, antes de cumplir para evitar cualquier contratiempo. James anuló todos sus viajes y compromisos y permaneció en el ático del hotel.

Por las mañanas acudía al edificio donde tenía las oficinas de sus empresas y el estudio de arquitectura. Trabajaba unas horas y se iba a la clínica, donde pasaba unas horas y volvía a irse a las oficinas. Una noche, después de haber pasado la tarde con su mujer, se hallaba preparándose un bourbon, cuando sonó su teléfono móvil. Era Cameron. Hacía dos o tres meses que no la veía y mucho más que no follaba con ella, desde la famosa noche vieja. Después de saludarse y contarle que había estado trabajando en Los

Angeles, le invitó a ir a su apartamento.

—Sé que estás en el hotel, tu esposa en la clínica. Debes de sentirte muy solo. No soy rencorosa, James, ya lo sabes. ¿Por qué no vienes? —no contestó al momento.

Necesitaba una mujer, como el desierto agua. Pero por qué iba a claudicar ahora. Cameron era muy buena en la cama. Era cariñosa y acogedora. Y él necesitaba una mujer. Comenzó a sentir una erección. Le dijo que sí. Cogió el coche y en menos de diez minutos se presentó en su apartamento. Al abrirle la puerta, él penetró dentro y cerrando de golpe, la cogió entre sus brazos, la besó con fuerza y ella, de un brinco rodeó las caderas del hombre con sus largas piernas. Pensaba en su mujer, en lo que estaba sufriendo por ella, en lo que la deseaba, en lo que le atormentaba, en la lejanía que llevaba notando desde semanas. Las manos del hombre recorrieron el culo de Cameron sin dejar de besarla. Cuando se disponía a quitarle el tanga, solo quería penetrarla y marcharse, sonó el móvil.

—No lo cojas, James. Déjalo que suene —él despertó de un mal sueño.

El teléfono no dejaba de sonar. Soltó a la mujer, sin percatarse de la mueca de fastidio que hizo ella. Lo sacó del bolsillo interior de la chaqueta y tocó el botón para escuchar. Le bajó la erección de golpe. Era Bárbara, su mujer estaba de parto. Colgó y se dirigió hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó con un hilo de voz, viendo que lo perdía otra vez.

—A la puta calle —exclamó enfadado consigo mismo.

Su esposa estaba dando a luz y él intentando follar con su antigua amante. Joder, había aguantado varios meses y ahora, precisamente ahora, tenía que sacudírsela en un coño caliente. Maldita fuera su estampa. Maldiciendo todavía su comportamiento, se metió en el Corvette y arrancó, acelerando al máximo hasta llegar a la clínica.

Barbara le puso al corriente en cuanto llegó. Llevaba quince minutos en la sala de partos. Le acaban de poner la epidural y parecía que todo se presentaba sin problemas. Antes de entrar en la sala de partos, se puso encima de sus ropas la indumentaria estéril, que una enfermera le proporcionó. Al entrar y ver como su mujer estaba abierta de piernas sobre el potro y el doctor Coyn y la matrona enfrente, le dio un vuelco el estómago. Esperaba aguantar el trago. Fue él, el que pidió asistir al parto a pesar de las protestas de Isabella. Pero James lo tenía muy claro. Quería ver el nacimiento de su hijo y quería estar con ella.

—Ya estoy aquí, cariño —le cogió la mano y se colocó a su cabecera. Ella no contestó. Sonrió y le apretó fuertemente la mano.

Todo fue rápido y fácil. Había sufrido los dolores de las primeras contracciones, cuando él acababa de irse. Bárbara dijo de llamarlo, pero ella se negó. Pensaba que iba a ser largo y no quiso molestarlo. En vista de que los dolores se hicieron más fuertes y en menos tiempo, el doctor la exploró y comprobó que la dilatación era muy satisfactoria. Mando llevarla a la sala de partos y fue entonces cuando Barbara llamó.

En esos momentos no sentía dolor; la anestesia le había dormido de cintura para abajo, y obedecía los consejos del doctor. Hacía fuerza cuando se lo mandaban y notaba unas extrañas sensaciones en su vientre. James, nervioso y con la frente perlada de sudor, no deseaba cambiar de postura. Apretaba la mano de su esposa y tenía una vista panorámica de las piernas abiertas y la pequeña cabecita, que comenzaba a coronar. Un empujón más y el niño, salió resbalando como una anguila. No hizo falta darle un azote, enseguida lloró a pleno pulmón.

—Es un niño —dijo la matrona, sabiendo que no quisieron saber el sexo del bebe hasta el final.

El doctor, cortó el cordón umbilical y colocó al bebé ensangrentado encima de la mamá. El pequeñajo lloraba con todas sus fuerzas, provocando lágrimas y risas en Isabella. James, lleno de orgullo por su pequeña familia, sonreía mostrando sus blancos dientes.

—Es precioso —dijo al tiempo que la besaba en los labios.

—¿Tú crees? Está tan sucio —contestó agradeciendo el beso con la mirada, para posar los ojos en ese niño que había salido de su cuerpo y estaba todo manchadito de sangre.

—Claro que está sucio —exclamó la matrona—. Y ahora vamos a solucionarlo.

—Démelo —ordenó cariñosamente.

—Venga Isabella —dijo el doctor—. Otro empujón. La placenta todavía no ha salido —obedeció y después de varios empujones y varios estrujones sobre su vientre, expulsó todo.

Una hora más tarde, la mamá y el bebé, descansaban en la habitación. El niño pesó tres kilos y seiscientos gramos. Tenía una pelusa rubia por pelo y cara redondita y sonrosada. James, lo miraba embobado. El pequeñajo se agarraba al pecho de su madre, intentando sacar algo más que pobres calostros. Por el momento debería de conformarse con eso, hasta que hubiera

más alimento. Barbara se había ido al rancho con Ben, por orden de James. Esa noche la quería pasar con su mujer y su hijo. La mujer refunfuñó lo suyo, alegando que su presencia allí era necesaria.

—Pareces un abogado —le dijo James sonriendo—. Vete con tu hijo y descansa. Mañana, vuelve cuando quieras.

—Pero tengo que cuidar de Bella y del bebé.

—Yo cuidaré de ellos. ¿De acuerdo?

—Bueno.

El marido seguía mirando a su familia. Su familia, se repitió a sí mismo. Su esposa, a la que quería más que a nada en el mundo y su hijo, que lo quería casi tanto como a ella. Después de todo eran amores diferentes. Complementarios pero diferentes. Qué bonita estaba con el pelo recogido y ese rostro de satisfacción. En ese momento hizo un puchero y se quejó.

—Huy, qué daño. Si tuviera dientes sería tremendo —dijo, sin dejar de mirar como el bebé succionaba con fuerza y abría y cerraba el puñito sobre el pecho materno.

James se levantó del sofá y se dirigió hasta ella. Se acomodó en el borde de la cama, cerca de la cabecera y pasó un brazo por detrás de la joven. Una de las veces que el bebé abrió la manita, le colocó un dedo y el chiquitín apretó sutilmente. El padre sonrió ante el contacto infantil. Miró el pecho de su mujer y continuó subiendo la mirada hasta esos ojos con ese color tan extraordinario. La mirada fue tan penetrante, que ella pestañeo varias veces, no aguantando esos ojos grises devoradores de su persona. Fue acercando la boca despacio y la besó.

Al principio, suavemente, pero al notar como ella correspondía ofreciendo la lengua, su boca se tornó ávida de deseo por ella. Mientras el bebé seguía succionando el pecho, él succionaba su boca, su lengua y todos sus jugos. La deseaba tanto. Nada se podía comparar con la necesidad que tenía de ella. Las demás mujeres solo eran un mal sustitutivo de lo que él necesitaba. Él la necesitaba a ella. No solo sexualmente; necesitaba su presencia, su contacto, sus risas, sus bromas, sus enfados, sus llantos, sus miedos, sus secretos, sus deseos. Todo, todo lo que ella significaba. Todo lo que ella representaba. Todo.

En cuanto el niño lloriqueó y se removi6, ellos se separaron nerviosos y llenos de deseo.

—Este chavalote quiere ser el centro de atención —sonrió sin dejar de mirarla.

—Sí, pero no te va a quitar el puesto —dijo enganchada a su mirada.

—Me alegra oír eso —murmuró. Haciendo una mueca de disgusto, sonrió mirando a su hijo—. Pero ahora, no me importa que sea el centro de atención; creo que se ha hecho algo encima y huele fatal— ella rio y su risa sonó a campanillas en los oídos de James.

—¿Me ayudas a cambiarlo?

—¿Tú crees qué sabré? —preguntó llevándose las manos a la cabeza, nervioso.

—Lo mismo que yo. No he puesto un pañal en mi vida, así que somos novatos los dos —ella colocó al bebé entre sus piernas, después de que James colocara una toalla. Le quitó el pañal sucio y se lo dio a él.

—¿Qué hago con esto? —preguntó, cogiéndolo con dos dedos.

—Déjalo en la papelera del baño, luego se lo llevaran —enseguida le dio unas toallitas para que le lavara el culito. Luego lo secó, le echó polvitos de talco y otro pañal.

—Pues para ser la primera vez, lo haces muy bien —piropeó el marido.

—Tú también.

—Sí, como tu ayudante me defiendo.

—Cuando estemos en casa, alguna vez lo cambiarás tú.

—No sé, no sé...

—Quiero que compartamos las mismas cosas, James —su mirada era suplicante.

—Lo que tú quieras —contestó, manso como un cordero.

—Mira, se está durmiendo, ¿quieres dejarlo en la cuna, por favor? —él se quedó parado. Era tan pequeño.

—Vamos, no te va a comer. Sujeta la cabecita para que no se le vaya hacia atrás y déjalo en la cuna —obedeció, no sin cierto temor.

Con sus fuertes brazos y esas manos tan grandes, lo tomó y controló la pequeña cabeza, como ella le había dicho. Tardó en meterlo en la cuna. Llevándolo en brazos y ya sin miedo, lo miró detenidamente. Era un niño sano y hermoso. Tenía una boquita muy definida y una nariz chata. La frente era despejada y amplia como la suya. Con los ojitos cerrados no podía ver el color, pero le pareció que era un azul muy oscuro, un color no definido todavía. Antes de meterlo en la cuna, la miró.

—Este niño es nuestro. Tuyo y mío. ¿Tú eres mía también? —ella sintió un escalofrío.

El padre de su hijo, su esposo, el hombre que la cuidaba y protegía, quería marcar sus dominios.

—Sí, soy tuya —él respiró profundamente.

Dejó a su hijo en la cuna. Se acercó hasta ella y la volvió a besar, acariciándole los costados de los pechos. La besó en el cuello y murmuró:

—Te amo, mi vida. Estoy loco por ti —ella gimió ante esa declaración y le echó los brazos al cuello.

En esos momentos se abrió la puerta y el doctor Coyn y su enfermera, entraron en la habitación. La pareja se separó bruscamente.

—Será mejor dejar las felicitaciones para otro momento. James, le importaría salir un instante.

—No, en absoluto —obediente, salió y esperó.

Después de reconocerla, se dirigió al padre primerizo.

—Le he puesto un calmante. El efecto de la anestesia está pasando y tendrá algunas molestias. Le aconsejó que la deje dormir y usted debería hacer lo mismo —si James hubiera sido más joven, el médico le habría sacado los colores.

Gruñó por lo bajo y movió la cabeza afirmativamente.

—Mañana por la tarde se la podrá llevar a casa. Los puntos se caerán solos. ¿Tiene alguna pregunta?

—Sí —contestó receloso.

—Dispare.

—¿Cuándo... cuándo podremos —el doctor no le dejó terminar la pregunta que podría tardar un siglo en ser formulada?

—El cuerpo es muy sabio, amigo mío. Deje pasar unos días de tranquilidad y ella misma se lo pedirá. Tenga en cuenta que el tiempo de cuarentena es muy proclive para quedarse otra vez embarazada.

—No tengo pensado dejarla embarazada, por el momento.

—Es lo mejor. Para el cuerpo de ella y para ustedes dos. Lo veo muy necesitado de su esposa.

—No lo sabe usted bien.

—Me lo imagino. Se le nota a leguas.

—¿Eso es una crítica? —preguntó un tanto molesto de que el médico se expresara con tanta ligereza, de su vida privada.

—No, hombre. En absoluto. Con todo este tiempo de abstinencia, con su esposa por lo menos, y teniendo en cuenta que es una de las mujeres más hermosas que he visto en mi larga vida, lo comprendo fácilmente. De todos

modos, le voy a dar un consejo, si me lo permite.

—Claro.

—Una mujer, después de dar a luz, suele sentirse bastante insegura. Por una parte, está el nuevo ser que necesita de toda su atención y por otra está el atractivo físico. El vientre suele estar un poco blando y se quedan algunos kilitos de más; no se sienten demasiado atraídas y eso puede repercutir en la relación marital. A veces puede dar una depresión ligera o no tanto, tenga en cuenta que las hormonas todavía siguen revolucionadas. Por lo tanto, le aconsejo que tenga paciencia y que le diga a menudo lo guapa que está.

—Mi mujer está guapa siempre.

—Eso es, así me gusta —zanjó, dándole una palmada en la espalda—. Ha aprendido bien la lección. Le dejo. Estoy hecho polvo. Hasta mañana — James lo vio desaparecer y pensó que era un hombre muy peculiar.



Al volver las cosas a su cauce o casi, todo pareció girar sobre ruedas. O al menos eso creía él. Había pasado una semana desde el nacimiento y ella, casi no se quejaba. Decidió dejar pasar una semana más y se trasladaría a la habitación conyugal. Disfrutaba viendo como Isabella ejercía de madre. Tenía un don natural. Por las noches, cuando ella terminaba de darle el pecho, se acostaban los tres en la gran cama, contemplando al bebé y riéndose de los pucheros, gestos y quejidos que salían por su boquita. Isabella, gozaba de esa nueva faceta de James. Nunca pensó que estuviera tan anhelante por ser padre y menos demostrarlo. Pero se equivocó.

Él disfrutaba con el niño, dominando el arte de cambiar pañales o durmiéndolo en sus poderosos brazos. En una ocasión que el niño dormía plácidamente y él se estaba terminando de afeitarse en el baño del dormitorio, se despertó bruscamente, rompiendo a llorar. Él, se limpió los restos de espuma de un manotazo y lo cogió. Paseándolo por la habitación y hablándole suavemente lo volvió a dormir. Al entrar Isabella, llevando un paquete de pañales, lo vio. Desnudo de cintura para arriba, con ese pecho poderoso cubierto de vello y esos fuertes brazos, sosteniendo al bebé como si formara parte de sí mismo. Esa imagen le resultó erotizante. Si trataba así a un bebé recién nacido, por qué no dejarse abrazar y amar por ese hombre y ese cuerpo poderoso y fuerte, pero tierno y delicado al mismo tiempo.

James dejó al niño en la cuna. Ella se acercó y pasó una mano por los pectorales del hombre. El respiró fuertemente. Posó la otra y acarició todo el pecho. Alzó una mano y dibujó la boca masculina; él lamió ese dedo. Cuando agachaba la cabeza para besar a su esposa, el niño comenzó a llorar. James maldijo por lo bajo y volvió al baño para terminar de afeitarse.

Exactamente a los quince días, se trasladó al dormitorio. Esa mañana llevó las pocas pertenencias que había sacado de allí. Al mediodía comieron con los hijos de Barbara, y Richard, que acababa de llegar de Chicago. Por la tarde se

encerraron en el despacho, los dos, y estuvieron reunidos durante varias horas. Al terminar de hablar de negocios, vinieron los temas privados y familiares:

—¿Cuándo vas a volver al trabajo?

—Nunca lo he dejado, Richard.

—Ya me entiendes. Es necesario que vayas a Nueva York y a Seattle, tu presencia es obligada.

—Ya lo sé —suspiró, mirando a su amigo y hombre de confianza.

—Comprendo que tu mujer y tu hijo te hagan echar raíces aquí, permanentemente. Pero tienes demasiadas cosas que controlar.

—No me dices nada nuevo. Pero ahora mismo tengo un asunto entre manos y no lo puedo dejar. Mi salud mental y física corre peligro.

—Jamás pensé que intentar acostarse con la mujer de uno, después de haber dado a luz, fuese una tarea tan ardua.

—¿Tanto se me nota?

—Más que eso. Tus ojos la siguen a todas partes de una manera hambrienta y anhelante. No satisfecha. Joder, James, no creo que sea tan difícil, ¿o es que ella está todavía condolida?

—No, ya no.

—¿Entonces?

—Es todo muy complicado, Richard.

—¿Está relacionado con lo que le pasó de niña?

—Sí. Tengo que ganármela poco a poco. Esta noche tendrá que ser o me volveré loco.

—¿Y cómo se quedó embarazada? ¿Por obra del Espíritu Santo? — James lo fulminó con la mirada y Richard hizo esfuerzos para no romper a reír —. Pues yo creo que está muy receptiva —añadió para darle ánimos y con una sonrisa burlona.

—¿Por qué dices eso? —preguntó, analizándolo con la mirada.

—Sus ojos dicen lo mismo que los tuyos. La tienes caliente como una fogata. Cuando tú no la miras, ella te busca con los ojos y cuando tú la devoras con los tuyos, ella se hace la virgen. Sí, no me mires así. Llevo menos tiempo que nadie aquí y he visto lo que todos ven, menos tú. Si hasta tus hombres cuchichean sobre vosotros. Noah le ha dicho a su hermano, que esta noche cae la rubia.

—Joder, solamente faltan apuestas —sentenció de mal humor.

—Todo se andará. Y si la rubia de pelo largo no cae, puede caer la de pelo corto. Cameron lleva llamándome todos los días.

—¿Para qué?

—¿Para qué va a ser? Para verte. No se atreve a llamarte y quiere saber si su amante perdido volverá con ella. Porque has roto con ella, ¿no?

—No tengo nada que romper. Nunca le prometí nada, jamás le dije que estuviese enamorado de ella.

—Pero ella lo está de ti. Si tu matrimonio no funciona, puedes volver con ella y dejarme a tu esposa —Richard le quiso picar el billete para que despertara de una vez por todas.

—No vuelvas a decir eso, ni de broma —su rostro era cualquier cosa, menos agradable.

—No lo digo en broma —James se levantó del sillón giratorio y rodeó la mesa en un suspiro, cogiendo a su amigo por las solapas de la chaqueta hecha a medida. Lo levantó a pulso.

—Te he dicho que no lo digas ni en broma.

—¡Joder! Y yo te he dicho que no es broma. Cualquier tío en su sano juicio, lamería el suelo que pisa tu mujer. Además, si no fuese tu esposa, ya habría intentado seducirla, puedes estar seguro. Pero no soy gilipollas. Esta no es como las otras —James lo soltó de golpe, sentándolo otra vez.

—No. No es como las otras. Y como se te ocurra coquetear con ella, te hago trizas.

—Vamos, James, mis coqueteos son inofensivos y tú lo sabes. Haría cualquier cosa por ella, por su bien o por el tuyo —Richard quería dejar las cosas claras.

Sabía muy bien, que sí su amigo equivocaba los términos, podía acabar en la cama de un hospital.

—Dile a Cameron que se busque otro hombre.

—Se lo diré.

Esa noche volvieron a cenar todos juntos. Después de comer unas costillas picantes, con su buena ración de patatas, Bella fue a coger otra cerveza. James, cariñosamente se la quitó de las manos. Todos se fijaron en el detalle y fue Bárbara la que habló.

—La cerveza es muy buena para la leche —James, sin dejar de mirar a su esposa, añadió:

—Pero no para el sentido.

—Ah, Isabella —intervino Richard—, creo que tu esposo quiere que esta noche estés con los cinco sentidos, bien despiertos y dispuestos.

—Richard —se quejó Bárbara, viendo los colores de la joven mamá.

—¿Qué? Somos todos adultos. Bueno, menos esos chiquitines que rondan por aquí —dijo señalando a los hijos de Ben y Noah que correteaban por la cocina y el bebé de los Hazzard, que dormía en el cochecito.

Isabella se levantó y tomó en brazos al niño.

—Es hora de darle su toma —saliendo de la cocina, le dijo a su marido sin mirarlo—. ¿Vendrás pronto, James? —todos miraron al hombre.

Jess y Ruth envidiaron la tensión erótica que se respiraba en el ambiente. Richard, Noah y Ben sonrieron maliciosamente, viendo como James los fulminaba con la mirada.

—Sí, ahora voy —ella desapareció y él volvió a mirar a los hombres. Movi6 la cabeza procurando tener paciencia. Ya le estaba fastidiando no tener más intimidad.

—Sí quieres te acompaño hasta la puerta de tu habitación —James se levantó y saliendo le dijo a Barbara:

—Deberías lavarle la boca con un poco de lejía.

—Desde luego, hijo —dijo la mujer, mirando a Richard—, para ser inglés no eres nada comedido.

—¿Quién ha dicho que los ingleses seamos comedidos? —contestó, haciendo que los hermanos Korda rompieran a reír a carcajadas.

James se dirigió al estudio y allí se fumó un cigarrillo. Paseó de un lado a otro, mirando los planos que tenía dispuestos sobre la mesa de dibujo, tocando los lomos de los libros de arquitectura, que llenaban las estanterías, sentándose, levantándose al instante, volviendo a pasear y parándose bruscamente. Apagó el cigarrillo y se sirvió un bourbon. Se lo bebió de un trago y mandó a sus piernas, poner rumbo al dormitorio matrimonial.

Abrió la puerta y la vio. Sentada en uno de los sillones, enfrente de la chimenea, seguía dándole el pecho. Hipnotizado por la imagen, se movió despacio y se colocó detrás de ella. Estaba con los pechos al aire; el bebé tomaba el alimento del segundo. Las manos del hombre se posaron en ambos lados del cuello y ella gimió. Masajeó suavemente y fue bajando por los hombros. Se entretuvo un rato, para notar como ella se mostraba receptiva a las caricias. Una mano se quedó donde estaba y la otra bajó hasta el pecho libre. Lo tocó suavemente, acariciando el pezón y notando la humedad de la leche. Ella jadeó y colocó su mano sobre la de él.

—Espera, James. Está acabando y Lucy se lo va a llevar —el hombre retiró la mano con reticencia, deseando que la cuidadora de su hijo llegara pronto.

Se dirigió a la cama, se quitó las botas y se tumbó cuan largo era, cruzando los brazos detrás de la cabeza, sin dejar de mirarla.

Cuando el bebé se sintió satisfecho, la madre lo colocó sobre su hombro y en un periquete, soltó un sonoro eructo que provocó la sonrisa del padre. Bella se dirigió hasta él, y lanzándole una ardiente mirada, le entregó al niño, obligándole a incorporarse. Sin dejar de mirarlo, se cubrió los pechos con la blusa. No llevaba sujetador. Mientras los tapaba, despacio, sin prisas, no dejó de mirar a su esposo. James, tragó saliva. Terminó de abotonar la prenda y cuando fue a coger al niño, acercó la boca a la de James y lo besó lentamente.

—Ahora vengo —dijo roncamente.

La vio salir y no supo qué hacer. Dios, que sexy estaba. Que seductora. La excitación le recorría todo el cuerpo, en especial la entrepierna. Le ardía. Cuando ella volvió, le pareció que había transcurrido una eternidad. Isabella cerró la puerta y se apoyó en ella. Ninguno se movió, pero los dos se devoraron con la mirada. Ella comenzó a desabotonar la blusa. Despacio. Muy lentamente. Sin dejar de mirarlo. James se fijó en los cercos húmedos de la tela que cubría los pezones y se excitó todavía más. Se levantó de la cama, sin prisas y se dirigió hasta ella. Con los botones desabrochados, pero sin quitar la prenda, él colocó sus manos sobre los hinchados pechos. Los masajéo, rozando tela, piel, pezón, tela otra vez, gotitas de leche...

Como era tan alto, la llevó hasta el sillón y la sentó. Se arrodilló ante ella y chupó un pecho, succionado la leche materna. Ella gimió y apoyó la cabeza sobre el respaldo. Era tan experto. Sabía cómo tocarla para que todo su ser vibrara de arriba abajo. Conocía todos los puntos sensibles de una mujer. Los pechos, el cuello, el interior de los brazos, los tobillos, el interior de los muslos. James fue pasando sus poderosas manos, por todos esos puntos, mientras su boca seguía jugando, mamando, chupando esos pechos llenos de leche miel.

Ella se abrió de piernas para dejar que los hábiles dedos tocaran su sexo. James respiró profundamente, al notarla húmeda como una fuente. Llevó la mano libre hasta la nuca de ella y la atrajo para que sus bocas se unieran. El beso fue sediento, ardiente, lleno de lenguas que se enroscaban entre sí y labios que se succionaban. Cuanto más la acariciaba entre los muslos, más

ávida se tornaba la boca de él. Ella, sintió el primer orgasmo y sus muslos se cerraron con brusquedad, aprisionando la mano del hombre. Sin dejar de besarla, sacó la mano y la levantó del sillón, quitándole la blusa. Ella hizo lo mismo con la camisa de él, y con tal lío de brazos y telas y botones, rompieron a reír. Eran risas nerviosas y sedientas de sexo. Isabella lo miró tiernamente:

—¿Me dejas que te desnude?

—Te deajo. Soy todo tuyo —contestó recorriéndola con sus felinos ojos.

Le terminó de desabrochar la camisa y se la quitó despacio, lentamente, dejando al aire esos músculos que ella tanto admiraba. Le acarició el pecho, enredó los dedos en el ensortijado vello y le besó los pectorales. James, permaneció estoico. Bajó las manos a la cintura y soltó el cinturón. No perdió tiempo, pero tampoco se dio prisa. Botón a botón, los fue sacando de su respectivo ojal. Cuando terminó, fue bajando las perneras, al tiempo que acariciaba esas columnas de granito que eran sus piernas. James no se creía lo que estaba pasando. No se acababa de creer que esta mujer que estaba a sus pies, fuese la esposa temerosa con la que se casó casi un año antes.

Ella le hizo salir de los tejanos y le quitó los calcetines. Alzó los brazos y arrastró los calzoncillos hasta el mismo lugar que los pantalones, dejando libre la soberbia erección que mostraba su esposo. Él la tomó por las axilas y la levantó. Se miraron de una forma especial, distinta a otras veces. Ambos sabían, que esta copula iba a significar un profundo cambio en ellos. Pero él, no las tenía todas consigo. Tenía un miedo terrible de que todo fuese un castillo en el aire, de que su mujer sufriera cuando la penetrara, o peor todavía, que no quisiera llegar al final.

La cogió por la nuca y la besó dulcemente.

—Te quiero, mi amor —le dijo con un grave murmullo.

Ella no contestó, pero sus manos recorrieron los costados de él, para terminar, rodeando con sus manos el sexo ardiente de su hombre. James respiró profundamente y vio como ella se separaba. Sin dejar de mirarlo, fue quitándose la blusa, la falda y las braguitas. Se volvió y mostrándole el hermoso culo, llegó hasta la cama y se tumbó. Extendió los brazos, y él, que no se había movido del sitio, dio gracias al cielo por esa invitación.

Se tumbó sobre ella y la besó. Sus manos se volvieron expertas de nuevo, preparándola para recibirlo. Bella se abrió de piernas y con su mano guio ese miembro duro y tieso hasta su vagina. James, apoyaba parte de su peso sobre los brazos, controlando o intentando controlar, las ganas que tenía de penetrarla. Al introducir la punta, notó la humedad. Era tal el placer y el

deseo que tenía de entrar en esa cueva prohibida durante tanto tiempo, que tendría que utilizar todo su control mental, si no quería eyacular a la primera de cambio y quedarse con cara de gilipollas. No quería quedar mal ante ella. Quería dárselo todo.

Sus caderas se movieron poco a poco y su miembro fue penetrando suavemente, sin fricciones, sin obstáculos. Esa vagina era estrecha, suave y al mismo tiempo sentía que lo engullía. Pequeños grititos salieron de la boca de su mujer, cuando dio marcha atrás y volvió a penetrarla hasta el fondo. Eran gritos de placer o eso pensó él, hasta que ella le dijo que parase.

—Espera, espera —pidió ella. Un tanto confuso, vio como Isabella quería llevar las piernas encima de los hombros de él. Dios, no se lo podía creer. Quería ser penetrada hasta lo máximo. Una vez se hubo colocado, añadió con un hilo de voz—. Sigue.

Él, sorprendido y a punto de estallar, murmuró una palabrota. Ya no se anduvo con tantos remilgos. Las embestidas fueron más fuertes y no dejó de mirar a su mujer ni un solo momento. Ella disfrutaba, gemía, suspiraba, jadeaba y pedía más. James se mordía los labios para retardar la eyaculación, esperando que ella llegara antes. En esos momentos ya no estaban haciendo el amor; estaban follando como dos locos de deseo, necesitados uno del otro.

—Dime que te gusta, mi amor, dime que esto es lo que quieres —rogó el hombre, tan excitado como necesitado de oír palabras amorosas saliendo de la boca de su amada—, dime que me desees, que me anheles.

—Sí, sí —contestó, mirándole a los ojos—. Te deseo, te deseo —añadió, agotada—, dame más, dame... —ya no pudo seguir. Sintió como un calambre le recorría el cuerpo, produciendo en todas sus terminaciones nerviosas, un río de placer.

Gritó y él no acalló ese grito con su boca. Disfrutó viendo ese rostro tan bello, como se contraía de placer, de delicia. Pero el mayor deleite fue cuando pronunció su nombre. Gritó su nombre. Entonces él, supo que era suya, completamente suya. Sacó el pene y eyaculó sobre los rizos rubio oscuro del pubis femenino. Después de unos segundos, le bajó las piernas de sus hombros y se miraron tiernamente. Ella se ruborizó y él torció la boca en una sonrisa de satisfacción.

—¿Te ha gustado? —él quería que su mujer le regalase el oído, que le dijera lo mucho que había gozado gracias a él.

Necesitaba que por lo menos si no lo amaba, lo necesitara sexualmente.

—Sí. Siempre me has hecho gozar. Con tus manos, con tu boca —

volvió a ponerse roja, bajó la vista ante esos ojos masculinos que parecían querer tragársela—, y ahora, con tu pene, me has producido tanto placer que tal vez te arrepientas en un futuro no muy lejano —James, que seguía apoyado sobre sus brazos y no dejaba de observar todos los gestos y todos los colores que se producían en ella, rompió a reír.

—¿Por qué, vida mía? ¿Por qué me voy arrepentir?

—Porque ahora me lo tendrás que dar a menudo y tal vez no tengas tantas ganas de complacerme —susurró más colorada todavía.

Él acercó la boca y jugueteó con ella.

—Te daré todo lo que quieras, todo lo que me pidas, aunque eso me cueste la vida —estaba excitándose otra vez.

Bajó de la cama y la tomó de la mano.

Ella se fijó en el miembro erecto.

—Vamos a la ducha —ella obediente, se fue con él.

Una mano enlazada a la de su marido y la otra, acariciando la erección masculina. James sonrió de satisfacción.



A finales de agosto, todo había vuelto a su lógica y natural normalidad. James retomó sus viajes, pero Isabella decidió no acompañarlo hasta que el pequeño tuviera cinco o seis meses y le retirase el pecho. El esposo lo comprendió, y cada vez que subía al avión, deseaba bajar y estar de vuelta. Procuraba que los viajes no durasen más de una semana y los que no necesitaban de su presencia, los dejaba en manos de Richard o de otras personas competentes. Estaba pleno, satisfecho. Pensaba que había merecido la pena todo lo pasado, para descubrir en su mujer una sexualidad palpitante, que había permanecido encerrada durante tanto tiempo. Cada vez que sus cuerpos se juntaban, era para demostrarse el uno al otro todo lo que llevaban guardado, para dárselo mutuamente. Él a ella. Ella a él. Unas veces hacían el amor tiernamente, otras a lo loco, con premura, como si no se fueran a ver más en la vida. Normalmente, estos arrebatos sexuales, solían ser a la despedida y a los encuentros, para luego relajarse, sabiendo que estaban el uno cerca del otro y se podían tener en cualquier momento.

Pero la tranquilidad desapareció para uno de ellos, una semana después del bautizo del pequeño Jamie. James acababa de llegar de los establos y sin quitarse los zahones, se dirigió a la cómoda donde se dejaba el correo, antes de que Barbara se lo llevara al despacho. Lo miró y fue cogiendo sus cartas, dejando las de su esposa a un lado. Había dos sobres con remite de la editorial, James sonrió pensando que a este paso su mujer se iba a hacer más rica que él con la venta de sus novelas; dejó los sobres grandes con catálogos publicitarios, una revista sobre bebés, dos cartas del banco, propiedad de James, donde ella abrió una cuenta nada más llegar a Helena, sin saber que el dueño de ese banco sería su futuro marido, y otro sobre.

Sus largos dedos se entretuvieron demasiado tiempo con el blanco papel. La dirección estaba escrita a máquina. No llevaba remite y el matasellos era de Helena. Algo le hizo guardar el sobre entre su correspondencia y salir despedido al despacho. Una vez allí, dejó sus cartas sobre la mesa y abrió el sobre. Cuando sus ojos leyeron las palabras impresas, le agredieron como puñales en el corazón.

“ *Tesoro, no puedo olvidar nuestro último encuentro. Solo deseo que se vuelva a repetir cuanto antes. Tuya para siempre.* ”

Rabioso y lleno de celos, cogió el sobre y volvió a leer el nombre de la persona a la que iba dirigido: Isabella Hazzard Lewis. ¿Qué cojones significaba esto? *Tuya para siempre.* ¿Es qué su adorada esposa, su ardiente mujercita, se estaba viendo con una puta lesbiana? A la mente le vino la imagen de Karleen. No, no podía ser.

Dios, la cabeza le iba a estallar. Con dedos temblorosos guardó la corta misiva dentro del sobre. Volvió a sacarla y la olfateó como un sabueso. Apestaba a perfume, demasiado perfume, que no lo notó al abrir la carta, tal vez por venir de los establos y llevar otros olores en su olfato. Mucho perfume, pensó otra vez. Era como si hubieran rociado la carta a propósito. La introdujo de nuevo y la guardó en uno de los cajones, cerrando con llave. Maldijo en voz alta y le pegó una patada a uno de los muebles, astillándolo con la punta de la bota. Miró con ojos desorbitados el desperfecto en la hermosa madera de nogal, y se imaginó el cuerpo de su mujer profanado como ese mueble.

—Hola —se movió bruscamente al oír esa dulce voz y la vio apoyada en el quicio de la puerta. Llevaba unos pantalones cortos y una blusa con manga hasta el codo. Las zapatillas de deporte le hacían parecer una niña grande, igual que los zapatos de tacón la sofisticaban hasta la máxima sexualidad—. ¿Te he dicho que te sientan de miedo esos zahones? Cada vez que te veo con ellos, solo tengo ojos para fijarme en tu persona —añadió mirándole la entrepierna.

Un mar de confusiones circuló por la cabeza del hombre. ¿Cómo podía decirle esas cosas y estar con una mujer? Él se encargaría de descubrir qué y quién estaba detrás de esa carta. Y como su mujer le engañara, no sabría si podría controlar sus manos.

—¡Ah, ¿sí?! —James mostró una cínica sonrisa y escondió el dolor que invadía su cuerpo y su mente.

—Sí, señor. Eres el hombre con el mejor cuerpo, en varios kilómetros a la redonda.

—¿Solo varios? —dijo apoyándose sobre el borde de la mesa y cruzando los brazos sobre el pecho, sin dejar de mirarla.

—Bueno, muchos, muchísimos kilómetros a la redonda.

—Ven aquí —ordenó.

Ella se movió despacio, mostrando una sonrisa picarona.

—¿Me vas a hacer el amor? —preguntó al pararse frente a él.

—¿Lo deseas? —preguntó a su vez, sin tocarla.

—Sí, lo deseo —mirándole a los ojos, desvió la vista hasta el sofá—.

No lo hemos hecho en ese sofá.

—¿Quieres hacerlo en todas las habitaciones del rancho?

—Pues sí. Me gustaría —contestó dibujando el borde de los zahones, alrededor de la entrepierna.

—Son las doce del mediodía —le recordó, apretando los músculos de las piernas mientras ella seguía recorriendo con los dedos la forma de esa prenda de piel, gastada y muy usada.

—Lo sé. ¿Vas a poner pegas a la hora? Sí quieres me voy —diciendo esto, dio media vuelta, pero los poderosos brazos del hombre la engancharon y la volvieron a colocar en el mismo sitio.

—Sigue tocándome —ordenó.

—¿Te gusta lo que te hago?

—Sí.

—¿Te gusta en lo que me has convertido?

—¿En qué te he convertido?

—En una viciosa, en una necesitada de ti, adicta a ti.

—¿Solo a mí? —preguntó roncamente.

Ella sin dejar de tocarle, se frotó contra él.

—Solo a ti. No hay nadie más importante para mí, que tú. Tú y nuestro Jamie —James quiso crearla, pero le resultaba tan difícil con esa puta carta en el cajón.

—Si alguna vez me entero de que hay alguien más, soy capaz de matarte —ella lo miró a los ojos y rio con ganas.

Su risa era cristalina y atrayente, como música que hipnotizaba los sentidos. Isabella creyó que bromeaba, debido a la excitación que palpitaba queriendo salir de los tejanos. Él la besó bruscamente.

—No deseo a ningún otro hombre —logró contestar entre jadeos.

—¿Y a ninguna mujer? —ella intentó separarse al oír la humillante pregunta, pero él la tenía bien sujeta de la cintura.

—Pero James, ¿por qué me preguntas eso?

—Sabes de sobre porqué —se miraron y ella le sostuvo la mirada con fiereza.

—No deseo a nadie más que a ti. Solo a ti. Únicamente a ti. Mi cuerpo solo anhela tus manos, tu boca, tus ojos, todo tu cuerpo. Cuando estás fuera,

sueño contigo, pienso en ti cada minuto, me imagino tu pene dentro de mí y me masturbo recordando nuestros encuentros. Y cuando estás de vuelta, deseo que me hagas el amor a todas horas, en todos los sitios. Deseo tu cuerpo y siento celos de todas las mujeres que te rondan noche y día, cuando estás alejado de mí.

—Esas mujeres me importan unos cojones —exclamó quitándole la blusa y mordiendo los pechos por encima del sujetador.

—Me alegro, porque si me engañas, cogeré al niño y me iré.

—De eso ni hablar. Sabes que no te lo permitiré —se hablaban y se besaban y se desnudaban, todo al mismo tiempo.

—Pues entonces, te juro que no volverás a ponerme la mano encima.

—Ten cuidado con los juramentos y ten cuidado con lo que haces. Yo no juro, no amenazo. Actúo.

—Pues actúa ahora y tumbame en el sofá, rompe mis bragas y hazme tuya —no necesitó que se lo repitiera.

De un tirón le rompió las delicadas braguitas blancas de encaje, la tomó en sus brazos y la tumbó en el sofá. Como dos animales en celo, se tomaron el uno al otro. En el momento que eyaculó encima de ella, se estaba hartando de ese método anticonceptivo, la puerta del despacho se abrió y entró Richard.

Al ver el culo al aire de su amigo, echó marcha atrás.

—Lo siento. Pensaba que esto era el despacho —añadió con sorna.

—Maldita sea —exclamó al cerrar la puerta Richard. Se incorporó y cogiendo las braguitas, limpió el vientre de su esposa—. Anda cielo, vístete y sal de aquí ahora mismo —ella, sonriente y feliz, se metió el pantaloncito, ajustándose provocativamente a esas nalgas duras y prietas.

Se abrochó el sujetador y se puso la blusa. James, haciendo lo propio, no dejó de mirarla. Qué hermosa era y qué experta se había hecho en las lides del amor. Se calzó las deportivas y acercándose al marido, se aupó y poniendo la mano en la nuca del hombre para que bajara la cabeza, lo besó en la boca.

—Has estado genial.

—Gracias, señora Hazzard.

—No hay que darselas, caballero —se dirigió a la puerta y desapareció.

Un momento más tarde entró Richard.

—Deberías decirle a tu mujer, que no se ponga esas ropas.

—¿Por qué? —preguntó encendiendo un cigarrillo.

—Porque son una provocación.

—Pues no mires y listo —contestó de mal humor.

—Juraría que hace un momento estabas haciendo el amor con tu mujer, pero en estos momentos, parece que te ha mordido una cascabel —James no contestó. Siguió fumando y mirando a su amigo.

—¿Qué ocurre, James? —se acercó al lado del sofá y agachándose cogió las braguitas del suelo. Estaban húmedas y rotas—. ¿Le has hecho daño? —James se las quitó de un tirón y las guardó en el bolsillo del tejano.

—Hostia, James, ¿qué cojones te pasa? Tienes una mujer bellísima, te la estás tirando a todas horas cuando estás aquí, hasta creo que hacéis el amor por teléfono y parece que te has tragado un paraguas.

James se dirigió al cajón de la mesa y sacó la carta. Necesitaba contárselo a alguien y ese alguien no podía ser cualquiera.

—Lee —Richard miró la dirección del sobre, vio la ausencia de remitente y sacó la corta misiva.

Después de leerla, miró el matasellos.

—Ella no la ha recibido.

—No. Estaba en el correo de hoy. He llegado primero y la he cogido. Me ha dado un mal presentimiento.

—Sinceramente, me cuesta trabajo creer que tu mujer esté retozando con una lesbiana. Y más viendo cómo se comporta contigo.

—No sé qué pensar —añadió dejándose caer en el sillón—. Tendré que avisar a Barbara para que esté alerta con las cartas que lleguen sin remite.

—¿Quieres que haga algo?

—No. Voy a llamar a Los Angeles.

—¿Al detective?

—Sí.

—Oye, ¿no crees que antes deberías hablar con ella? Enséñale la carta, pregúntale qué hay de verdad. Tal vez sea una broma de mal gusto. Ten en cuenta, que a raíz de todo el escándalo que se formó y tu famosa rueda de prensa, todo el mundo sabe sobre su pasado.

—Ya he pensado en ello. El problema es que sí es una broma de mal gusto, tengo que encontrar al hijo o la hija de la gran puta que mandó esta carta. Y sí hay verdad detrás de todo esto, ella lo negará; y sí en un momento de debilidad no lo niega... la mato.

—¡La hostia, James! —exclamó el inglés—. Déjate de tragedias griegas. Con una paliza se arreglaría todo — dijo medio en serio, medio en broma, para quitar hierro al asunto.

—¿Una paliza? No digas chorradas. Sí sé que me está engañando, una paliza no solucionaría nada. No me quitaría los celos que me corroen por dentro. Además, si fuese algún bromista, esta podría no ser la primera carta. ¿Dónde están las otras? Sí las ha recibido, ¿por qué no me ha dicho nada? ¿Por qué no la noto preocupada? Y sí es la primera, tendrán que llegar otras —los dos hombres se miraron.

Fue Richard el que terminó la conclusión.

—Sí llegan otras similares a esta y no te dice nada, es que tiene algo que ocultar.

—Exactamente.

—Según he oído, en la última semana que has estado fuera, ella no ha salido del rancho.

—Eso parece. Pasa la mayor parte del tiempo con el niño. Ha comenzado otra novela y además se dedica a la repostería con Bárbara.

—Pues no veo que le sobre mucho tiempo —James no contestó.

Dos días más tarde llegó otra carta. Esta vez, James no la cogió. La vio, la miró y la volvió a dejar en su sitio, para que Isabella la recogiera. Pero cuando James desapareció, unas manos se encargaron de cogerla de modo que Isabella no la viera.

La observó de una manera especial, deseando ver algún atisbo de intranquilidad o nerviosismo. Pero no fue así. Se mostró como siempre. Encantadora, juguetona y sumamente cariñosa. Él intentó mostrarse del mismo modo y eso le costó un esfuerzo demasiado grande.

Tres días más tarde, volvió a encontrar otra carta. Esta vez, la tentación fue demasiado grande para él. La cogió y se la llevó al despacho con el resto de su correspondencia. Despegó la solapa con sumo cuidado, dando gracias que el sobre no era de apertura rompible.

“Isabella, cariño:

Deseo tanto verte. Me siento dolida, no me haces caso. Ya sé que tú marido está en casa, pero ¿no podrías escaparte un ratito? Te deseo tanto...

Lllámame.

Soy toda tuya. ”

Guardando la cuartilla dentro del sobre y volviendo a pegarlo, blasfemó. Esto tenía que ser una puta broma de mal gusto. Ella no le haría algo así.

Lo que él no sabía, es que esa carta era la misma de tres días antes, con sobre nuevo.

Estaba decidido, ella no se quedaría en el rancho. Dónde fuera él, ella también, con niño o sin niño. Así se lo hizo saber.

—Pero el bebé es muy pequeño, James.

—Me da lo mismo, Isabella. Quiero que estés conmigo. El pequeño estará bien; no le pasará nada por viajar y Lucy vendrá con nosotros. No admito discusión —ella lo miró extrañada. Lo notaba alterado, nervioso, pero no sabía por qué.

—James, ¿sucede algo? —él, sin dejar de mirarla le contestó.

—Sucede que estoy harto de estar solo cuando viajo. Te echo de menos, te extraño y al niño también, ¿tú no?

—Sabes que sí.

—Entonces, ¿tanto te cuesta darme ese gusto?

—En realidad, yo solo pensaba en el bebé.

—Exactamente, solo en el bebé. No quiero comportarme como un cabrón, pero te necesito —ella se acercó hasta su marido y le acarició el rostro.

—Bueno, ¿qué te parece si los viajes cortos de dos o tres días, los haces solo y los de cinco o más, vamos contigo? —él no dejaba de mirar esos ojos ambarinos, buscando algún detalle que le mostrase si ocultaba algo.

—Me tengo que conformar con eso —no preguntó, afirmó sin gustarle demasiado.

—Si no estás conforme, haré lo que tú digas, no quiero que te enfades conmigo —susurró bajando la mirada.

Él la tomó por la barbilla y levantó el bello rostro.

—Está bien, mi amor. Haremos lo que tú quieras. Prepara las cosas. Pasado mañana partimos para Nueva York y estaremos más de dos semanas —de pronto había decidido que no tendría viajes de dos o tres días, todos serían de una semana por lo menos.

A primeros de septiembre, se le retiró la leche. No fue algo espontaneo, en

realidad ya le daba algún que otro biberón, por la falta paulatina de leche y porque el bebé era un tragón y se quedaba con ganas. Cuando por fin todo fueron biberones, James se alegró. Estaba cansado de que ese *pequeñajo* que era su hijo, le quitara tanto tiempo a su mujer. No es que estuviera celoso del niño, no, se decía así mismo, simplemente era que no creía necesario que una madre estuviese a todas horas con la teta al aire y durante meses y meses. Además, su hijo estaba grande y sano, con los biberones seguiría siendo un niño fuerte y hermoso.

Pero la verdad es que la quería para él. Toda para él. Jamás pensó que pudiera estar tan enganchado a una mujer. Era adicción. Era amor. Un amor tan grande y desmesurado, que se convertía en una permanente necesidad de ella. Cualquiera pensaría en el sexo, pero no era solo eso, era placer al contemplarla, al oír su hermosa voz, al verla cocinar, cuidar de su hijo, montar a caballo, secarse el cabello al sol, hasta la manera de hablarle a las personas que trabajaban en la casa, con tanta dulzura y educación.

Todo lo pedía por favor y daba las gracias por cualquier cosa. Nadie diría que trabajaban para ella, que eran empleadas, que cobraban por recibir sus órdenes. Así pasaba, que las tenía metidas en el bolsillo. La señora Isabella era especial. Especial para todos. Especial para él. La contemplaba cuando escribía en el ordenador y él hacía como que trabajaba. Se había hecho un rinconcito en su despacho. Él le dijo que si quería estar en el estudio no importaba, ella dijo que no. Él dijo que sí quería habilitar otra habitación para ella, no había problema, ella dijo que no. Que quería estar en el despacho. Así que se puso otra mesa y otro sillón, había espacio de sobra, y era donde trabajaba.

Escuchaba esa voz dulce y armoniosa cuando hablaba con Barbara sobre recetas de cocina o sobre biberones, la veía cuando escuchaba música a todo volumen con los auriculares para no molestar a nadie, cuando hablaba por teléfono con Cindy y se reía con alegría de las burradas que le decía la otra... Cualquiera cosa que hacía o decía, le producía deseo de más. Pero los celos seguían al acecho. Las cartas no se habían repetido y para colmo, el detective no había averiguado nada, pero antes de despedirse le dijo que el autor o autora de esas cartas podía estar muy cerca. Eso ya lo había pensado él.



36

Se había prometido no volver más al salón de Nancy, pero ahí estaba otra vez. En el mismo sitio, en la misma postura y deseando lo mismo. Que Ruth acabase pronto y marcharse.

—¡Joder, chica!, tienes una suerte de la hostia. Estás mejor que antes —decía Nancy sin dejar de observarla—. Y antes estabas de la hostia. Ahora estás de la rehostia. ¿Te has hecho la cirugía en la barriga? ¿O en los pechos? —Bella la miró sin saber qué contestar. Ruth retorció el morro ante el vocabulario de su amiga—. En serio, estás de muerte. Sí te has hecho algo, yo soy una tumba.

—No Nancy, no me he hecho nada.

—Pues entonces es suerte. Suerte cojonuda —pasaron unos minutos en silencio y por fin Ruth terminó.

Pasaron otros minutos chismorreando un poco mientras las uñas de Isabella se secaban. Ella escuchaba y la peluquera y Ruth hablaban de unos y de otras, sacando los trapos sucios a relucir. De repente, Nancy cerró la boca y se quedó mirando a la calle. Antes de que las otras hicieran lo propio, habló.

—Macho a la vista —las tres miraron al mismo sitio y vieron como Edward Benson entraba en la peluquería.

Mostrando su mejor sonrisa, las saludó, preguntó cómo estaban y las piropeó a las tres por igual.

—¿Has entrado para decirnos lo guapas que somos? —preguntó Nancy.

—Entre otras cosas —añadió con una sonrisa y se dirigió a Isabella—. En realidad, quería hablar contigo.

—¿Pasa algo? —preguntó un tanto sorprendida.

—Sí. Creo que tendrás que dejar el coche en el taller. Tienes una gran mancha de aceite debajo del motor.

—Vaya. Pues tengo que ir a Helena.

—No te preocupes, te acercó al rancho y coges otro coche.

—Puedes coger el mío —intervino Ruth. Edward la miró con dureza.

—Yo la llevaré. Tengo que ver a Kevin. ¿Vamos? —preguntó sin dar lugar a más dilaciones.

Ella, sacó dinero, se lo dio a Nancy y no esperó la vuelta. Se despidió de ellas y traspasó la puerta que le abría el ayudante del sheriff.

Efectivamente, había una gran mancha. Él no dejaba de mirarla, mientras ella se agachaba ligeramente y veía algo de esa mancha debajo del coche. Los ojos del hombre no pestañeaban, observando hasta el más ínfimo detalle. Llevaba un vestido azul marino de corte camisero, con un cinturón dorado, ciñendo la estrecha cintura. Las sandalias eran de tacón, doradas y camel con una cartera a juego. Estaba exquisita. Con clase, con elegancia, con estilo. De hecho, vestida así desentonaba en un pueblo como ese, pensó Edward. Y ese pelo, qué pelo por Cristo, recogido en la nuca, en un moño flojo. Cómo deseaba coger ese pelo entre sus manos.

—Tendré que decírselo a Stephen.

—Ya se lo he dicho. No te preocupes. Vendrán a por él. Vamos, sube al coche —le ordenó abriendo la puerta del todoterreno. Ella obedeció y pegó un respingo cuando las manos de él, la tocaron para subir al vehículo—. Perdona.

—No pasa nada —dijo con una sonrisa—. No llevas el coche patrulla.

—No —contestó cerrando la puerta y rodeando el coche, para subir al asiento del conductor.

Arrancó y lo puso en movimiento. Ella, sintió un mal presentimiento. Qué tontería, se dijo, es policía.

Vio cómo se metía en el sendero de la Casa de Piedra. Lo miró extrañada.

—Voy a parar un momento. Oigo un ruido en la parte de atrás —explicó, parando el coche, pero dejándolo en marcha.

Se bajó, fue hacia la parte trasera, abrió la puerta, cogió algo que ella no vio y cerró. Isabella miraba la cabaña y deseaba estar en el rancho, para coger un coche e irse a Helena con su marido. Tendría que llamar a James para decirle que se retrasaría un poco. Aunque seguro que no lo notaría. Estaría en el estudio de la ciudad, reunido con sus arquitectos y dibujantes, para hablar de la construcción de otro hotel, en Miami. Seguro que ni se daría cuenta de su retraso.

En esos momentos, Edward se acercó y abrió la puerta. Ella extrañada, lo miró durante unos segundos sin comprender qué pasaba.

—Lo siento —oyó que decía, al tiempo que le ponía un pañuelo mojado con cloroformo en la boca.

En unos segundos era una muñeca de trapo, sin posibilidad de defenderse. La cogió en brazos y la introdujo en el asiento trasero, tumbándola

y tapándola con una manta hasta el cuello, como si estuviera dormida. Cerró la puerta y se montó en el coche. Dio media vuelta y volvió a pasar por la gasolinera, saliendo del pueblo en dirección contraria a Helena.

La llamó al móvil, no se lo cogió. Llamó al teléfono del Mercedes; no lo cogió. Llamó al rancho y Barbara le dijo que Isabella había ido al pueblo, sobre las 9.30 de la mañana, en ese coche inglés que tenía.

—Son las dos de la tarde y al hotel no ha llegado. Estás segura de que no ha ido al rancho.

—No James. Ruth se fue en su coche y Bella en el suyo. Bella se iba a hacer la manicura y después se iría a Helena. Y Ruth estará en Lincoln, para ver a sus padres. Dijo que iba a pasar el día con ellos y volverá mañana —la línea se quedó en silencio—. James, ¿qué pasa?

—No lo sé —contestó preocupado.

—Igual está de compras.

—A estas horas tendría que haber llamado.

—Bueno, tampoco es tan tarde. Además, ella me dijo que estarías muy ocupado con la reunión de trabajo. Seguramente no te ha llamado para no molestarte.

—No. No me gusta. Dame el teléfono de la casa de los padres de tu nuera —ella se lo dio.

—¿El niño está bien?

—Claro, James. No te preocupes por él.

—Bien. Estaremos en contacto —al colgar el teléfono, la mirada del hombre se perdió en la lejanía de sus pensamientos.

Algo iba mal. Algo pasaba.

Marcó rápidamente el número y habló con Ruth.

—¿A qué hora salió de la peluquería?

—Oh, pues sobre las diez y media más o menos. Pero se fue a cambiar de coche, igual se ha entretenido algo más.

—¿Cambiar de coche? ¿Por qué? —preguntó un tanto brusco.

Ruth contestó de la forma más natural que supo.

—Es que ese coche que tiene, se estropeó. Perdía aceite o algo así y Edward Benson la acercó al rancho —se produjo un silencio. Ruth se imaginaba el semblante de James. Se imaginaba los pensamientos que estarían

pasando por su cabeza. En vista de que él no decía nada, ella se atrevió a añadir—. Le dije que cogiera mi coche, a fin de cuentas, me iba en el autobús, pero Edward se ofreció y ella aceptó gustosa.

—¿Con el coche patrulla? —preguntó arisco.

—¿Cómo?

—Digo que si llevaba el coche patrulla o iba con su todoterreno.

—Oh, ya. Sí, sí, llevaba el Toyota ese que tiene. Sí.

—Ya. ¿Tienes algo más que decirme? —Ruth se quedó callada durante unos segundos. No le gustaba el cariz que iba tomando la conversación, ni el tono de voz del hombre.

—No, James. No te puedo decir nada más. Benson la montó en su coche y desaparecieron dirección el rancho. Nancy estaba conmigo. Ella vio lo mismo.

—Gracias —añadió James, colgando sin dar lugar a que añadiese más palabras.

A las tres cuarenta y cinco, estaba aterrizando el helicóptero en el valle. Le dijo al piloto que estuviera listo para elevarse en cualquier momento. Antes de coger el Jeep, habló con Barbara y la puso al corriente. Con Noah y Ben en un vehículo y James en el suyo se dirigieron al pueblo. Vieron el Jaguar enfrente de la peluquería y hablaron con Nancy, que les dijo más o menos lo mismo que Ruth. James se fue al taller. Willy estaba en la gasolinera.

—La verdad es que me extrañó un poco. Vi pasar el coche hacia el rancho, y luego, como cinco o diez minutos más tarde, volvió a pasar.

—¿Bella iba en el coche? —preguntó James, que cada vez estaba más preocupado.

—Solo vi los bajos, James. Estaba metido debajo del coche de Morgan. Las dos veces. Ni tan siquiera vi a Edward.

—Ya. ¿Qué hora sería?

—Alrededor de las once o un poco antes. No lo sé con certeza.

—¿Y Benson te dijo algo del coche de mi mujer?

—No —contestó con cara de preocupación al notar en las preguntas de James, que algo no estaba en su sitio.

En esos momentos se acercaba Noah con el sheriff. Ya lo había puesto al corriente.

—¿Qué ocurre, James? —le preguntó con cierto temor.

—Eso me gustaría saber, sheriff. ¿Dónde está tu hijo?

—Pues, me pidió la mañana libre para hacer unas cosas en Helena — contestó, pensando que su hijo siempre había sido un desconocido para él.

—No ha vuelto —afirmó James.

—Pues... creo que no. Su coche no está. Oye James, ¿qué pasa? No pensarás que mi hijo y tu mujer se han fugado juntos —un músculo en la mandíbula de James, se movió involuntariamente.

—No, no lo creo. Lo que creo, es que tu hijo ha secuestrado a mi mujer —el sheriff se quedó sin palabras.

Noah, Ben y Willy, se miraron unos a otros.

—James, creo que te equivocas. Igual tu mujer ha tenido algún percance yendo a la ciudad.

—No, Robert. Mi mujer no ha cogido ningún coche. Montó en el de tu hijo y ya no la han vuelto a ver. Dime algo, Robert, dime dónde puede estar tu hijo.

—No lo sé, James. De verdad. No sé qué puñetas está pasando —Noah se acercó al sheriff y le puso una mano en el hombro.

—Sheriff, tu hijo tenía una cabaña cerca de Avon —Benson lo miró como quien ve a un extraño.

—Sí, sí. Pero eso fue hace tiempo. Cuando trabajó por esa zona. Y no era suya, era alquilada. Hace más de dos años que no va por ahí, o por lo menos que yo sepa.

—Es igual. Dame la localización exacta. Tengo el helicóptero en el rancho —ordenó James.

—Espera Hazzard —alargó el brazo para cogerlo—. Puede ser que la haya llevado a Helena. Puede ser que se hayan entretenido y ahora ella, te esté buscando.

—No Robert. Si ella estuviera libre, se habría puesto en contacto conmigo hace mucho tiempo. Y no te olvides que tenemos un hijo. Y mi hijo está en el rancho —Benson lo soltó.

—Tienes razón. Iré a ver a mi mujer, igual sabe algo —le dio la localización de la cabaña y se dirigió a su casa.

Había puesto en marcha todos sus contactos, federales incluidos. Él estaba

convencido de que no era un secuestro por dinero. Era un secuestro sin vuelta. La búsqueda de la cabaña fue un fracaso. Hacía más de dos años que la dejó. No había vuelto por esa zona, ni de visita. También se acercó a Anaconda, otra de las zonas donde trabajó en sus años de juventud. Nada. Ni lo habían visto en unos sitios y en otros, ni se acordaban de él. Las patrullas de policía estaban avisadas con los datos del Toyota, pero era muy probable que hubiera cambiado de coche.

Jamás había tenido tanto miedo. Nunca. En toda su vida. Hubiera preferido cualquier dolor físico para él, antes que algo semejante le pasara a su mujer. Era lo que más quería en el mundo. La amaba con locura. Sabía que era su amor verdadero; había conocido a tantas mujeres, que tenía la certeza absoluta de que Isabella era su otra parte, su complemento, su razón de ser y de vivir. Quería dárselo todo. Lo material y lo espiritual. Quería que fuera la mujer más feliz del mundo, la más satisfecha, la más colmada. Por Dios, qué podría hacer él, para evitar que pasara por un calvario ya conocido. Cómo podía pasar otra vez. ¿Por qué a ella, dos veces? No era justo. No era justo. Edward, Edward, Edward. Nunca habría pensado en él como un secuestrador. Ciertamente que nunca le gustó, pero no para pensar que él, un defensor de la ley, fuese a hacer algo semejante. No, eso nunca. Intentar acostarse con la mujer ajena, sí, eso sí. Muchos hombres lo hacían, incluso él mismo se había acostado con más de una casada, pero secuestrar...

Los federales le habían preguntado si habían tenido alguna discusión y todas esas chorradas que preguntan. Si ella podía estar enfadada u ofendida por algo. Si él le era infiel y en revancha se podía haber fugado con Edward, etc. etc.

James tuvo que apretar los dientes, antes de contestar con toda la calma del mundo, que eso era imposible. Estaban perfectamente y su mujer no actuaría así en la vida. Bajo ninguna circunstancia. Corroboró esas mismas palabras, Cindy, que habló vía telefónica con James y con los federales al mismo tiempo, con el manos libres, diciendo que Isabella estaba feliz, plena y dichosa. Que la había invitado a ella y a su novio, al rancho, en las fechas que mejor les viniera a ambas parejas. Le preguntaron que, si en alguna de las conversaciones que mantuvieron, salió el nombre de Edward Benson, ella contestó que no. De hecho, casi ni se acordaba del ayudante del sheriff. Mencionó cuando se presentó en la cabaña y recordaba haberlo visto en la boda de James y Bella. Pero nada más. Jamás salió en las conversaciones entre ellas.

Habían hablado con la madre de Edward. Estaba hecha, un manojo de nervios. Creía estar viviendo una pesadilla. El único hijo que tenía. No podía ser, no podía ser. Ella sabía que su hijo era muy introvertido, que no contaba nada o casi nada. De hecho, ella supo de un desengaño amoroso de Edward con una mujer de Anaconda, por una carta que se encontró debajo de su cama, un día haciendo limpieza. La leyó y la dejó en un cajón. Según recordaba, era una corta y breve carta, escrita a mano y firmada por una mujer llamada Annie. Decía algo así como que ya no le quería, que era un fracasado y que había encontrado un hombre con todas las letras, que valía mil veces más que él.

Añadió, que jamás habría pensado que su hijo se interesara por la mujer de James, puesto que sabía que Edward se veía con una mujer.

—¿Con qué mujer? —preguntó el federal.

Ella dudó y se puso colorada.

—¿Quién? —volvió a preguntar bruscamente.

—Es que está casada —contestó la señora Benson, con pudor.

James la miraba sin decir nada.

—Señora Benson, es mejor que diga todo lo que sabe —añadió el agente especial.

—Cariño —le dijo su marido—, di lo que sepas. La señora Hazzard puede estar en peligro —ella lo miró con horror.

—Oh, Dios mío. Pues se veía con Ruth Korda. Alguna vez en casa y otras muchas en la peluquería de Nancy —todos la miraban atentamente. La creían. Era ese tipo de mujer que era incapaz de mentir —. Le comenté en una ocasión que no se metiera en líos, que buscara una buena chica para casarse, que no comprometiera el honor de una mujer casada. Él contestó que no mancillaba ningún honor. Que la que era golfa, era golfa, casada o soltera. Y ahí quedó la cosa. No añadí nada más, ni tampoco me dio opción.

—¿Le notó raro en estos últimos días? ¿Hizo algo especial? ¿Dijo algo que le diera que pensar?

—No, nada especial. Solo, que estaba contento, y eso no era normal en él.

—¿Por qué? ¿Acaso estaba siempre enfadado?

—No, no, es que normalmente su carácter es serio y taciturno. Ni se ríe mucho, en fin, no sé si me entiende.

—Siga.

—Ahora que lo pienso, llevaba como diez o quince días que incluso estaba risueño —el rostro de James se endurecía con cada palabra que soltaba

la buena mujer—. Hace unos días le dije que me hacía mucha ilusión verlo tan contento, pero él no dijo nada, solo sonrió y ya está.

—¿Sabe de algún lugar dónde haya podido ir?

—No señor, no lo sé. Antes de volver aquí, estuvo trabajando en varios sitios del estado. En el condado de Powell y en el de Cascade, también en el condado de Glacier, pero no contaba nada importante de esos sitios. Ya le he dicho que es muy reservado —se limpió una solitaria lágrima con la mano y su marido le dio su pañuelo.

—¿Alguna vez mencionó a la señora Hazzard?

—Pues sí. Cuando James salió por la tele dando esa rueda de prensa, mi hijo dijo que la señora Hazzard no era...

—¿No era qué?

—Que la señora Hazzard no era lesbiana —contestó con rubor. James no pestañeaba.

—¿Lo dijo así? ¿Con esas palabras?

—Bueno, no exactamente. Dijo: Isabella no es lesbiana. Yo le miré un tanto sorprendida y le pregunté porque afirmaba algo así. Y él contestó, que era algo que se notaba y que esa mujer no era una tortillera, fue la palabra que utilizó. Yo añadí, que James se merecía lo mejor y que ella parecía una mujer perfecta para un hombre así. Edward tardó un momento en contestar y no dejó de mirar la tele. Se levantó y antes de irse, dijo sin mirarme: es una mujer perfecta. No me gustó el tono de voz que empleó. Pero horas más tarde ya no le di importancia —el federal, un hombre corpulento, de la estatura de James, la observó durante unos segundos. James seguía quieto como una estatua.

—¿Por qué no le gustó el tono de voz?

—No sé. No me gustó.

—Tal vez, ¿empleó un tono de posesión? —ella lo miró a los ojos y después posó la mirada, en los plateados ojos de James.

—Puede ser —contestó con los ojos llorosos.

Siguieron con más preguntas que no llevaron a ningún sitio, cuando Richard llamó a la puerta del despacho y pidió hablar con James. Este salió y vio a Noah nervioso.

—¿Qué pasa? —preguntó, mirando a Richard y seguidamente a Noah.

—He traído a Shania. Hace un rato me ha llamado por teléfono. Se ha enterado de lo ocurrido y tiene algo que decir.

—¿Dónde está?

—En la cocina.

—Vamos.

Shania, la amante de Noah, era una joven con ojos verdes de gata y pelo oscuro. Tenía un tercio de sangre Cheyenne y era cualquier cosa menos mojigata. No se amilanó ante la poderosa presencia de James, si no que estiró todo lo que pudo su metro sesenta.

—Te escucho —dijo James, con gesto serio.

—Hace un par de meses —comenzó la joven a relatar—, estaba limpiando los aseos de mujeres del motel y oí una conversación, entre Benson hijo y un comercial que viene cada mes, más o menos, y suele pasar una noche en el motel. Benson le preguntaba sobre una cabaña que tiene el comercial por los alrededores de Lincoln, le preguntaba si la seguía teniendo y qué tal estaba. El comercial contestó que sí y que se la ofrecía cuando quisiera, y Benson dijo que sí. Que le gustaría verla y pasar unos días para, a lo mejor, sí le gustaba, alquilar una para pasar algún fin de semana o días libres. Después hablaron de otras cosas y salieron.

—¿Te vieron? —preguntó James.

—No, qué va. Benson no es santo de mi devoción. Esperé un rato para salir. De hecho, cuando entraron en los aseos, dejé de limpiar para no hacer ruido y me dediqué a escuchar. No me daba buena espina.

—¿Por qué?

—Porque nunca me ha gustado. Siempre me mira por encima del hombro y en una ocasión que le salpiqué la camisa de su uniforme al servirle el café, me llamó india estúpida. No había clientes, nadie fue testigo de ese insulto. Estoy segura que, si no hubiéramos estado solos, no habría hecho ese comentario. Quiere aparentar una cosa, pero es otra muy diferente.

—¿Sabes la dirección de ese comercial? —preguntó James con el alma en vilo.

Shania sacó un papel del bolsillo de su vaquero y se lo entregó. Escrito a lápiz, figuraba el nombre del viajante y una dirección de Helena.

—Gracias, Shania —dijo James.

—Espero que la encuentre, señor Hazzard.

—Ojalá —diciendo esto fue a reunirse con los federales.

Los agentes que se encontraban en Helena, se pusieron en marcha. En menos de media hora habían localizado al hombre, que por suerte salía de viaje al

día siguiente. Les contó que le había dado las llaves de su cabaña al ayudante del sheriff, para compensar la multa que no le puso tres meses antes por exceso de velocidad. Les comunicó la ubicación de la cabaña, sin terminarse de creer que los federales estuvieran buscando a Edward Benson.



Cuando fue despertando de su letargo, la cabeza le iba a estallar. Instintivamente se llevó una mano a la frente. Una voz llegó a su cerebro embotado.

—Te duele la cabeza, es normal. No te preocupes. Se te pasara enseguida.

Ella fue recordando. Buscó el origen de la voz y lo encontró. Estaba sentado en un sillón. La miraba y sonreía. Estaban en una habitación, en un salón pequeño. Las paredes eran de troncos, parecía una cabaña, más pequeña que la Casa de Piedra y menos lujosa. Palpó su cuerpo y notó que le faltaba el vestido. Conservaba su ropa interior, sujetador de encaje negro a juego con la braguita. Una manta que olía a naftalina la cubría por completo. Sin moverse del sofá, miró en todas las direcciones posibles, procurando que la cabeza no se saliera de su sitio. El vestido estaba colgado en el respaldo de una silla y al lado las caras sandalias de tacón. La cartera no se veía por ningún sitio. Se tocó las manos por debajo de la manta y notó que le faltaban sus anillos, el diamante amarillo y la alianza de casada. Él notó el movimiento de dedos.

—Eso ya no te hace falta —dijo Edward. Ella lo miró a los ojos y no dijo nada. Sabía que no le había hecho daño sexualmente. Estaba segura. Sí así fuera, lo notaría; entre los muslos o al menos eso creía.

Él se levantó y se acercó. Vestía unos chinos de color caqui y una camisa verde oscuro de manga corta. Le sonrió. Le pasó un dedo por el rostro. Ella tembló.

—No te asustes, no te haré daño. Al contrario, vas a ser la mujer más feliz del mundo —ella siguió sin abrir la boca, pero no dejaba de mirarlo con los ojos abiertos como soles. Edward cogió una silla y la acercó hasta ella—. ¿No quieres hablar? —preguntó dulcemente. Ella no dejaba de observarlo, pero no abrió la boca—. Bueno, está bien. No te preocupes. Estás un poco conmocionada con lo ocurrido, pero es normal. Después de todo, te he salvado de un futuro triste y solitario —él hizo una pausa teatral, para ver el efecto que causaban sus palabras. Pero ella no se inmutó. Seguía mirándolo como si fuese un mal sueño—. Con Hazzard no serías feliz nunca y lo sabes. No te digo nada

nuevo, ya sabes como es. Un hombre que lo tiene todo y no valora las cosas en su justa medida. Ni las cosas, ni a las personas. Tú, por ejemplo, ¿crees qué te quiere? —Hizo otra pausa—. Pues no, no te quiere. Qué hombre quiere a su mujer y le pone los cuernos prácticamente delante de sus narices. Así no se quiere a una mujer. Ni te quiere ni te respeta. Todo el pueblo está al corriente de lo que pasó. Follando con su amante en la fiesta de fin de año y tú en la habitación de al lado, como quién dice; eso no es respetar ni querer, ¿a qué no? —preguntó acercando su cara a la de ella. Isabella pensaba que estaba loco, por eso negó con la cabeza—. Claro que no. Yo jamás te haría algo así. Yo besaría el suelo que tú pisaras. Yo pondría el mundo a tus pies, dentro de mis posibilidades, claro está. Porque estoy convencido de que eres una mujer que te adaptas a las circunstancias, que no necesitas tantas riquezas, ni tantos lujos para ser feliz, ¿me equivoco? —Ella volvió a negar otra vez—. Claro que no. He pensado mucho en lo nuestro y creo que lo mejor será irnos a Canadá. ¿Qué te parece? —ella tragó saliva y se atrevió a contestar.

—No lo sé —su voz, carraspeó—. No conozco Canadá.

—Es un sitio maravilloso. Tranquilo, con poca gente, como Montana, y hermoso. Un buen lugar para formar una familia —a ella se le llenaron los ojos de lágrimas al acordarse de su bebé y de James. *Oh, James, ¿dónde estás? Búscame por favor, búscame no me abandones*, rogó mentalmente—. No llores pequeña. Tendremos más hijos. Es mejor que ese crío se quede con su padre. Es mejor así. Sabes que si no, nos haría la vida imposible. Que se quede con el niño que nosotros tendremos un montón. ¿De acuerdo? —preguntó mirándola con ansia.

—Sí.

—Estupendo. Es mejor que pongamos las cosas claras desde un principio —concluyó con una sonrisa de satisfacción. Realmente las cosas estaban saliendo mejor de lo que pensaba. Era una suerte que ella no fuese una histérica como la mayoría de las mujeres—. Me agrada mucho tu carácter. Eres una mujer con templanza. Sí, me agrada.

—Cuándo... ¿cuándo nos iremos? —se atrevió a preguntar. Piensa, piensa se decía mentalmente. Tiempo, tiempo, necesito tiempo.

—Mañana. He conseguido otro coche. Seguramente habrá controles.

—Con... controles, ¿por qué? —él la miró detenidamente.

—Porque te he secuestrado, ¿no?

—Sí —dijo flojito.

—Exactamente. Y ahí radica uno de nuestros problemas. Quizás el más

importante, porque en eso se basa nuestro futuro. ¿No te parece?

—No sé exactamente qué quieres.

—Sí sabes que quiero. Te quiero a ti. Te deseo a ti. Pero la cuestión es, si tú me deseas a mí. Si tú quieres tener un hombre a tu lado, que te amará y te respetará siempre; que solo mirará por ti-, que no te engañará, que te será fiel hasta la muerte; que se matará a trabajar para que no te falte de nada. ¿Quieres eso o prefieres volver con un tipo que te pone los cuernos a la primera de cambio y que, a la corta o la larga, te hará la mujer más desgraciada del mundo porque no te quiere y no te respeta?

—¿Y si quiero volver con él? —preguntó con un hilo de voz. Un tic nervioso apareció en ojo izquierdo de Edward.

—Bueno, sí ese es tu deseo, te dejaré en la próxima parada de autobús —contestó fríamente. Ella supo que mentía. Supo que no la dejaría marchar. Lo supo con toda la certeza del mundo. Y también supo que, aunque no le pusiera la mano encima, este hombre era tan peligroso o más, que el que le atacó en el pasado.

—Sí.

—Sí, ¿qué? —preguntó sin mover un solo músculo del rostro. Tenía las manos enlazadas sobre su plano estómago. No las había movido desde que se sentó en la silla.

—Que me quedó contigo —susurró. Él la miró detenidamente. Buscaba algo, pero no sabía qué. Soltó el aire retenido poco apoco.

—Bien. Has elegido bien —él cortó la frase al ver que ella quería seguir hablando.

—Pero, necesito tiempo.

—¿Para qué? —preguntó el hombre, aunque sabía por dónde iban los tiros.

—Para acostumbrarme a ti. Yo... no soy... no acostumbro a...

—No te voy a violar, Isabella. No te preocupes. Quiero que seas mía. Mía totalmente. Pero quiero que vengas a mí, voluntariamente. El viaje a Canadá servirá para conocernos. Seremos unos novios a la antigua usanza. ¿No te parece? Cuando nos casemos, podremos culminar nuestra relación.

—¿Casarnos? Pero yo estoy casada —cada momento que pasaba, estaba más convencida de que Benson estaba como una regadera.

—No te preocupes por eso. Cambiaremos nuestros nombres. Comenzaremos una nueva vida —se levantó—. ¿Puedo besarte?

Ella no se atrevió a contestar. Ante el silencio, él posó su boca en la de

ella. La besó despacio, saboreándola. Le dijo que abriese la boca y ella obedeció. Le pasó la lengua por el interior y ella cerró los ojos. Pensó en su marido, en cómo la besaba, en cómo la hacía sentir, en ese placer sublime que le producía pequeños orgasmos. Pero con Edward no sintió lo mismo. Un asco le subió por la garganta y ante el ardor del hombre, se vio obligada a poner las manos sobre los hombros masculinos.

—Por favor, para. Yo, yo, necesito tiempo —él se apartó ligeramente.

El bulto de sus pantalones gritaba a los cuatro vientos, lo mucho que le gustó la boca de Isabella. Sonrió, satisfecho, colmado y contento por haber elegido tan bien.

—Tranquila pequeña, tranquila. Sé que eres una mujer decente, no como la mayoría que se abren de piernas a la primera de cambio. Todo a su tiempo y tiempo tenemos de sobra. Ya verás que bien nos lo vamos a pasar, mi amor —le acarició el rostro—. Qué preciosa eres —la mano se dirigió hasta el cabello. Sonrió—. Pero tendremos que hacer algo con este hermoso pelo.

A las siete de la mañana, el sheriff se presentó en el rancho. Pidió hablar a solas con James, sin la presencia de los federales. Sabía que había patrullas por las carreteras y que no tenían noticias positivas. Y para colmo la cabaña estaba vacía. En esos momentos la estaban registrando sin encontrar rastro. Una hora más tarde, informaron de que habían encontrado el Toyota de Benson, detrás de otra cabaña a un par de kilómetros de la del comercial.

—Parece ser que no la utilizó. Tal vez para despistar. Seguramente sabía que la otra estaba vacía y decidieron pasar la noche allí en vez de usar la del viajante.

—¿Decidieron? —preguntó James, que iba perdiendo la paciencia y lo que era peor, la confianza en el F.B.I.

—Quiero decir, decidió —rectificó el agente especial, que conocía de sobra las expresiones del rostro y los comportamientos de las personas en casos de este tipo.

—¿Qué había en el Toyota? —preguntó secamente.

—Pues, han encontrado una manta, una caja vacía de balas nueve milímetros y una botella pequeña con restos de cloroformo. Nada más.

—Y nada menos —añadió, dando media vuelta.

—James, espere. No puede actuar por su cuenta. Su mujer corre

peligro.

—Por supuesto que corre peligro y no me voy a quedar de brazos cruzados.

—No puede interferir en la labor policial —añadió el agente, siguiéndole.

Él se paró en seco enfrentándose al federal. Los ojos de ambos quedaron a la misma altura.

—No voy a interferir en nada. Ustedes sigan con su trabajo, que yo haré el mío. ¿Queda claro? —el agente le mantuvo la mirada.

Sabía que tenía mucho poder, amistades en las más altas esferas y mucho, mucho dinero.

—Mire James, sé cómo se siente y puede estar tranquilo, porque vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos, para traer a su esposa sana y salva. Se lo prometo —James no había pestañeado ni un momento.

Mostró una sonrisa. La sonrisa más cínica que surgió en su boca. Colocó la mano encima del hombro del agente.

—Me parece muy bien. Haga su trabajo, para eso le pagan —y apretando un poco más el hombro, añadió—. Y no se le ocurra seguirme.

Quince minutos después, subía en el helicóptero con Noah, dos de sus hombres y el piloto.

Lo que el sheriff le contó, le había dado esperanzas y tenía la necesidad de hacer algo, porque sabía que el teléfono no iba a sonar. Benson, había revuelto toda la habitación de su hijo, antes de que llegaran los federales. Había encontrado un número de teléfono al lado de un nombre: Annie. Llamó. Una voz de mujer, le dijo que Annie no vivía allí. Se había casado y trasladado a Great Falls. Esta mujer, quiso saber con quién hablaba y cuando él dijo que era el padre de Edward Benson, se le soltó la lengua.

—¿No me diga? Vaya, yo conocí a Edward, ¿no le habrá pasado algo?

—No, no. Bueno, verá... señorita o señora... —dejó la frase sin terminar.

—Señorita, pero puede llamarme Lucy.

—Lucy. Encantado Lucy.

—Igualmente señor Benson.

—Vera Lucy, en realidad busco información de cuando mi hijo estuvo

allí. Sé que tuvo una relación con esa señorita Annie, ¿no es así?

—Oh, sí, sí. Pero, ¿eso no se lo puede decir Edward?

—Bueno, digamos que Edward... cómo se lo diría, se encuentra en tratamiento médico.

—Oh, no me diga más. Cuánto lo siento, señor Benson, pero sin ánimo de ofender, yo siempre pensé que Edward estaba un poco loco. De hecho, cuando Annie rompió con él, se desquició bastante.

—¿Qué ocurrió?

—Pues él estaba convencido de que se iban a casar y de que se irían a Canadá a comenzar una nueva vida. Pero Annie tenía otras aspiraciones más altas, ya me entiende.

—Sí, la entiendo.

—Bueno, el caso es que lo plantó. Y él tuvo un ataque de ira y rompió todo lo que estaba a su alcance. A ella no la tocó, pero realmente pasó mucho miedo y decidió largarse antes de tiempo. Conoció a otro tipo antes de romper con Edward, aunque no fue con el que se casó. Ese vino más tarde.

—Ya. Y Lucy, ¿todo esto lo sabe porque se lo contó Annie?

—Sí, sí, Annie y otros que fueron testigos de los gritos y desperfectos que causó en la casa que tenían alquilada. Lo que pasa es que Annie no quiso líos y no presentó denuncia. Edward pagó todos los desperfectos y se acabó la historia.

—¿Siguió en Anaconda?

—No, después de eso, se despidió del trabajo y se fue a la reserva india.

—¿A la reserva india? —preguntó extrañado.

—Sí. Eso comentó Joss, un amigo de Edward.

—¿A Flathead?

—Pues supongo que a esa. No lo sé.

—¿Me puede decir algo más? —preguntó con cautela.

—Bueno, señor Benson, yo no sé nada más. Solo puedo añadir algo que dijo Joss.

—¿Qué fue?

—Pues, decía que Edward estaba algo majara, porque no entendía cómo se podía ir a la reserva para evadirse de los problemas y entrar en contacto con la naturaleza. Joss dice que si vives en Montana ya estás en la naturaleza, que no tienes que irte a una puta reserva, fueron sus palabras, y que para evadirse ya estaba el alcohol y las mujeres. Perdónese señor Benson, si le

han molestado mis palabras.

—No por Dios. Ha sido usted muy amable y de gran ayuda. ¿Alguna cosa más que recuerde?

—No, señor Benson —contestó con candor.

—Muchas gracias, Lucy.

—¡Espere señor Benson! —exclamó.

—Sí, dígame.

—Creo recordar... que mencionó los alrededores de Pablo o Pedro.

—Pablo —repitió el hombre.

—Sí. Creo que Annie mencionó Pablo y algo de una caravana, recuerdo como se reía ella ante el deseo de Edward de pasar temporadas en una caravana. Sí, ella le dijo que antes muerta que vivir en una caravana. Lo siento, ya no sé más.

—Me ha sido de gran ayuda, Lucy. Muchísimas gracias.

Todo eso se lo contó a James. Y él se puso en marcha.

John Porter era un indio de la tribu de los Salish. Los primeros europeos que llegaron al río Columbia, los llamaron cabeza plana, *flat head*. Ese nombre hacía referencia a la deformación craneal que se practicaba en los niños, pero haciendo justicia a la verdad, los Salish nunca la practicaron. El sobrenombre le vino dado por comparación con las tribus vecinas que sí ejercían la deformación craneal en sus infantes.

A los diecinueve años abandonó la reserva y trabajó en varios sitios, hasta que diez años más tarde fue a parar a las empresas Hazzard, donde llevaba trabajando desde entonces. Estuvo en el rancho durante dos años, trabajando con los caballos y las reses, pero se cansó y le pidió a James probar en otro sitio. Desde hacía seis años estaba en los pozos de petróleo. Tenía cuarenta y cinco años, pero aparentaba diez más, no por salud, que era fuerte como un roble, sino por lo arrugado que tenía el rostro. Su aspecto era el de un indio de los pies a la cabeza. Pelo negro azabache, por los hombros, ojos oscuros como una noche sin luna y la piel del color del cobre.

James confiaba plenamente en él. Era la persona ideal para moverse por la reserva. Conocía a todos o a casi todos los indios de la zona y podía enterarse de cualquier cosa, que pudiera ser importante. Su padre había sido presidente tribal del gobierno de la reserva y ahora, a sus setenta años seguía

formando parte del Consejo. Vivía en Pablo y teniendo en cuenta que era una población pequeña, no llegaba a los dos mil habitantes, sería más fácil comprobar si Benson estaba por los alrededores. Por supuesto no iba a ser el único blanco, ya que en Pablo el cuarenta y tres por ciento eran blancos, pero un blanco forastero y una mujer llamativa, suponiendo que se dejase ver con ella, se haría notar.

Por lo tanto, el indio John Porter le dijo a James, que haría primero una toma de contacto. Hablaría con su padre, demás amigos y familiares y averiguaría todo lo posible. Mientras James y sus hombres, se quedarían en Elmo, para no llamar la atención con el helicóptero. Porter se trasladaría desde Elmo a Pablo en coche. El indio quiso saber si los federales estaban al corriente, y James le dijo que por el momento era una cuestión a resolver por ellos mismos.

—Ellos están controlando otras zonas y nosotros vamos a seguir esta pista. Algo me da que vamos por buen camino.

—Esperemos que sea Pablo. Hay veintitrés pueblos en la reserva, si nos equivocamos...—replicó el indio—, eso sin contar toda la zona boscosa y los valles.

—Tenemos que comenzar con algo. Y ese algo que tenemos es Pablo y una caravana. Puede ser que lo de la caravana sea un deseo de Benson o la caravana de alguien. Algún amigo quizá. Tendrás que investigar.

—De acuerdo. Sí hay algo, lo encontraré —afirmó con toda seguridad.

—Va armado —añadió James.

—Bueno es saberlo —replicó el indio, que era un experto en la materia. Los dos hombres se miraron a los ojos. El indio no llegaba al metro ochenta y tuvo que levantar la cara.

—Confío en ti —le dijo James al tiempo que le estrechaba la mano.

—La encontraremos. Sí está en la reserva, la encontraremos —añadió Porter antes de subir al helicóptero.

Mandó traer dos helicópteros que no pertenecían a la compañía, para que no llevaran el logotipo de las empresas Hazzard. Porter fue en uno y James, Noah, dos hombres y el piloto, irían en otro unas horas más tarde.

Richard pidió ir con ellos, pero James dijo que no. Él debería estar al mando de todo y hacer ver que no pasaba nada. Especialmente a la prensa,

porque en cuanto supieran algo, la más mínima sospecha, sería la marabunta. Y más tarde o más temprano, alguien se iría de la lengua y se filtraría la noticia. Y esto sí que sería un escándalo. La famosa rueda de prensa se quedaría en mantillas comparado con esto. Un secuestro, que más de un periódico o revista podría calificarlo de una fuga, puesto que no se había pedido rescate.

Los federales le dijeron, que tal vez sería mejor que la prensa supiera lo del secuestro, para obtener la colaboración ciudadana, pero James dijo que no. Pensaba que, si Edward no se sentía acorralado, tal vez actuase con mayor libertad y tal vez con descuido. Después de todo no sabía cómo estaría tratando a su mujer y cómo sería el comportamiento de ella. Dios, la cabeza le estallaría de un momento a otro. No dejaba de pensar en ella y en ese cabrón. No paraba quieto, no dejaba de hablar con unos y con otros, pero no dejaba de pensar en ella.

Mantuvo otra conversación con el sheriff y su mujer, para intentar descubrir algo más. La señora Benson confirmó que su hijo estuvo en la reserva un tiempo y que mencionó una caravana. Pero no pudo recordar nada más, porque en aquella época su hijo estuvo de un sitio para otro y no hablaba demasiado. Ella tampoco le preguntaba, pensando que cuanto menos supiera, menos sufría.

Antes de irse a Elmo, tuvo una conversación con Ruth que había llegado de Lincoln. La hizo pasar al despacho y cerró la puerta. Estaban solos. Le ofreció asiento en los confortables sillones de cuero y él se sentó enfrente.

—Supongo que ya estás enterada.

—Oh, James, no me lo puedo creer. Es horrible —el hombre la miró despacio. Su fría mirada hizo que Ruth temblara ligeramente.

—Doy por hecho que tú no sabes nada.

—No sé qué quieres decir —añadió nerviosa.

—Quiero decir que tú no estabas al corriente de los planes de Edward.

—Dios mío, James, cómo puedes decir algo así; por supuesto que no —él la observó detenidamente.

El pelo pelirrojo recogido en una coleta, los ojos verdes, la nariz chatilla, el cuerpo pequeño y menudo. Era bonita, pensó James, pero nada del otro mundo. Ruth, nerviosa, se revolvió en su asiento. Comenzaba a tener miedo.

—Cuando una mujer se acuesta con un hombre, siempre —hizo una pausa—, y digo siempre, acaba sabiendo algo —terminó con el rostro duro como el pedernal.

—No sé qué quieres decir, James —la voz le tembló muy poquito, pero le tembló.

—Claro que lo sabes, Ruth. Lo sabes muy bien. Y los demás estamos al corriente, incluido Noah.

—Noah me pone los cuernos, pues le devuelvo con la misma moneda —contestó enfadada.

—A mí no me importa vuestros líos personales. Ya sois mayorcitos. Lo que quiero saber, es por qué Edward Benson ha secuestrado a mi mujer. Y tú tienes que saber algo —levantó la mano—. No, no me repliques. Te lo voy a poner muy claro, o me dices todo lo que sepas, o ahora mismo entran aquí los federales y te hacen un interrogatorio en toda regla. O mejor, que te lo hagan en una sala de interrogatorios de la policía de Helena —ella se quedó petrificada. No se atrevió a moverse. Una lágrima le resbaló por la mejilla. En un segundo pensó en sus padres, en sus hijos, en lo que dirían de ella en el pueblo.

—Habla o me levanto —ordenó, sin sentir lástima por ella.

—No me he acostado muchas veces con él —comenzó mirando al suelo —, unas seis o siete veces. No siento nada por él, solo era por revancha. Él tampoco sentía nada por mí, era por pasatiempo.

—Bien. ¿Te habló de mi mujer? —Ruth era consciente de que no mencionaba el nombre de Isabella, siempre mí mujer, mí, mí, mí. Posesión.

—Sí, algunas veces, muchas veces. Al final me enfadé con él porque quería saberlo todo de ella. Al principio comenzó como un cotilleo, o eso creía, pero luego ya resultaba obsesivo.

James esperó. Al final volvió a preguntar:

—¿Qué te preguntaba?

—Quería saber todo lo que yo sabía de ella. De donde procedía, como os llevabais, como se portaba con nosotros, con los otros empleados del rancho, si era simpática, hasta que talla de ropa usaba.

—Y se lo dijiste —afirmó con gravedad. Ella no quería mirarle, tenía un miedo horrible.

—Sí.

—¿Qué más?

—Sintió mucha curiosidad por toda esa historia de lesbianas y por el ataque que sufrió. Y también quiso saber sobre vuestra vida sexual.

—¿Y qué le contaste?

—Solo lo que se rumoreaba, que le habías puesto los cuernos y que

últimamente retozabais a todas horas —James no dejaba de mirarla y ella no dejaba de mirar el suelo.

—Parece que follabais poco y hablabais mucho. Sobre todo, de mi mujer —ella no dijo nada.

—Tú mandaste los anónimos —no fue una pregunta. Ruth se quedó inmóvil y levantó la vista. Trago saliva.

—No sé de qué estás hablando.

—Sí, sabes de sobra de que estoy hablando. ¿Fue cosa tuya o idea de Benson?

—Benson —mintió.

James la miró sin creérselo. Sabía de sobra que ella había estado encaprichada de él, incluso puede que siguiera estándolo. Hasta es posible que se hubiera casado con Noah, para estar cerca de él. Era algo que nunca le importó y lo había obviado por completo. Pero si toda esta situación afectaba a su mujer, eso sería otra historia.

—¿Te habló de la reserva india? —ella pestañeó varias veces por el cambio de la conversación. Se quedó pensativa.

—Una vez comentó algo de que... era uno de los sitios con más paz que había encontrado, pero yo no le pregunté; no me interesaba el tema. A veces se ponía un poco raro.

—Pues a mí sí me interesa el tema. Haz memoria. En qué contexto estaba esa conversación —ordenó levantando la voz. Ella volvió a tragar saliva y pensó durante unos segundos.

—Habíamos hecho el amor y fumábamos un cigarrillo. Yo le dije que me gustaría vivir en una gran ciudad como Nueva York o Chicago y él se rio. Dijo que donde más paz había encontrado, fue en la reserva años atrás. Había roto con una mujer en Anaconda y se fue durante un tiempo. Yo me reí un poco de él y le pregunté si vivió con los indios o como los indios de las películas, y se molestó. Me llamó estúpida y me dijo que no entendía ni entendería el ser y pertenecer a la madre naturaleza, o alguna chorrada parecida. Me enfadé, me vestí y me fui.

—¿Dónde estabais?

—Esa vez en la casa de sus padres. La madre estaba en Drummond y el sheriff en la oficina. Otras veces en la casa de Nancy.

—¿Habló de una caravana?

—Creo que vivió en una. Me parece que mencionó algo así, pero yo no sentí curiosidad.

—Y el lugar, ¿tampoco sentiste curiosidad? —preguntó enfadado.

—Creo, creo que, por el sur de la reserva, pero no estoy segura. No presté mucha atención.

—¿Recuerdas algo más? ¿Algo que pueda importar?

—No, nada —James se levantó y la miró detenidamente.

Ella se puso roja como un tomate ante el escrutinio del hombre y ante lo que le pudiera decir.

—Espero que hayas dicho la verdad y que no seas cómplice de Edward, porque si es así, te juro por lo más sagrado, que es mi mujer, que mi cara va ser lo último que veas en tu puta vida.

Diciendo esto, salió del despacho dando un portazo y dirigiéndose al valle para subir al helicóptero. Ruth, lloró en silencio. Sabía que, a partir de ese momento, su vida iba a cambiar, pero en realidad, cambió cuando puso sus ojos sobre el hombre que no le correspondía: James.



Edward Benson era un hombre atractivo. No tanto como James, pero en un principio gustaba a las mujeres. Con su metro ochenta y ocho y delgado pero fuerte, resultaba varonil. En esos momentos, su cabello castaño oscuro había desaparecido, gracias a la máquina de afeitar. La primera noche que pasaron en la cabaña, se afeitó la cabeza y había teñido el pelo de Isabella, de rojo oscuro. Pensó en cortárselo, pero le dio lastima. Le gustaba ese cabello y no quería prescindir de él. Después de todo, pasar de rubia a pelirroja oscura, ya era bastante y cambiaba mucho el aspecto de una mujer. Pero esta mujer era una maravilla. Estaba guapa de cualquier forma. El pelo rojo le quedaba genial con esos ojos, que parecían más claros todavía. Y aunque se recogiera el pelo en una coleta, sin mayores artificios, seguía siendo una preciosidad.

Le dio una bolsa con las cosas que le había comprado: dos vaqueros, dos blusas, dos jerséis, un pantalón de algodón, un par de camisetas, dos sujetadores, siete bragas, cinco pares de calcetines, unas deportivas y unas botas. Los enseres de aseo y algo que llamó la atención de Bella, una bolsa de compresas y una caja de tampones. Parecía que todo estaba controlado y organizado con tiempo. La ropa era barata y corriente, por supuesto no quería que llamase la atención, y puesto que su belleza se salía de lo habitual, no estaría agrandada con prendas caras, bonitas y sofisticadas como ella solía llevar.

La noche siguiente, dejaron atrás Ovando y la pasaron en el Ford Taurus. Se desvió de su ruta, se introdujo por un sendero hasta el bosque y aparcó. Ella dormitó en el asiento trasero, mientras él la miraba desde el asiento del conductor por el espejo retrovisor. Cerraba los ojos, los volvía a abrir, la contemplaba, volvía a cerrarlos y así durante las horas que estuvieron parados.

Antes del amanecer, se pusieron en marcha hacia Pablo, sin prisas, pero sin pausa. Rezó para que los controles estuvieran en las rutas principales. Lo organizó todo muy bien. O eso creía él. Desde que vio por primera vez a Isabella, parada en el taller de Stephen mientras Willy le echaba gasolina a la vieja camioneta, le gustó. Lo primero que pensó, fue que era la

mujer más bonita que había visto en su vida, y lo segundo, que toda ella era pura feminidad. Y eso le gustaba mucho a Edward, que las mujeres fuesen femeninas, porque para eso habían nacido mujer. Y no solo había que serlo, había que demostrarlo, había que parecerlo, había que sentirlo. Y esa criatura era la más femenina del mundo.

Él estaba en el coche patrulla, no muy lejos, pero no visible. Se fijó en cómo le hablaba a Willy, aunque no oía la conversación, se fijó en cómo se reía, se fijó en los movimientos cuando sacaba el dinero del bolso para pagar, se fijó en cómo se colocaba las gafas de sol, se fijó en cómo se despedía de Willy y cómo entraba en el viejo trasto, con la misma clase como si fuese el coche más lujoso. Y por supuesto se fijó en lo bien que le quedaban los vaqueros, marcando el redondo culo, y en cómo se le ajustaba la camisa a los pechos, y cómo esa cola de caballo que llevaba, se balanceaba mientras hablaba, mientras reía, mientras se movía. Quedó hipnotizado, atontado, embelesado. Cuando la camioneta desapareció, él se dirigió a la gasolinera y le preguntó a Willy. Y el muchacho, siempre amable y bien dispuesto le informó de quién era la señorita Lewis.

Tal vez fue en esos momentos cuando empezó a fraguarse la idea en su cabeza. Quién sabe. Pero lo que sí supo en esos momentos, en ese preciso instante que la observaba y pensaba que era la mujer más bella y más femenina que había visto, es que esa mujer no se iba a fijar en el ayudante del sheriff de un puto pueblo perdido en las Rocosas. Y cuando Willy le dijo que procedía de San Francisco y que era periodista, menos todavía. Y cuando se enteró que estaba liada con Hazzard, le sentó como una patada en los huevos. Si ya odiaba al millonario, dueño del maldito pueblo, en esos momentos lo aborreció a muerte. Había conseguido lo que él deseaba, lo que él quería. ¿Es qué no se podía conformar con esas putas ricas, con las que salía? Se ve que no tenía hartura, que todas las quería para él.

Cuando se enteró por Ruth, de la movida de la noche vieja, se alegró. Era bueno que esa criatura tan linda, se diera cuenta de la clase de marido que tenía. Un follador, un adultero, un hombre infiel por naturaleza. Eso era bueno. Que ella sufriera, que se diera cuenta de la metedura de pata que había cometido, casándose con él. Pero claro, no le interesaba que se divorciara y volviese a San Francisco, eso no. Ella tenía que conocerlo, que tratarlo, sería la única forma de enamorarse. Y qué mejor manera, que forzar un poco las cosas. Ponerlas en situación. Favorecerlas de modo que ella se viese obligada a ello. Estando juntos, sin nadie que molestase, ella podría comprobar que él

era el hombre perfecto. Protector, trabajador, fiel y cuidando de ella en todo momento. Claro que el embarazo fue una putada; pero todo tenía arreglo salvo la muerte. El crío se quedaría con el padre. Él no iba a cargar con un hijo de otro, y menos de Hazzard.

Isabella era su ideal de mujer. Por fuera era perfecta y como persona, la idealizó más todavía. Todo lo que averiguó por medio de Ruth, sirvió para ello. Y no porque la joven pelirroja la pusiera por las nubes, no. Todo lo contrario. La envidia destilaba por sus dientes, como el veneno de una cascabel. Por lo tanto, si Ruth decía que como ama y señora del rancho no era nada del otro mundo, que tampoco es que fuera muy simpática, que no era buena cocinera, que no se llevaba muy bien con su suegra, que no era detallista, lo interpretaba al contrario, y así con todo. Solo hubo una cosa que no le gustó. No estuvo presente y mejor así. Fue cuando le contaron la famosa apuesta de billar. Eso no le gusto. Era celoso por naturaleza, que se le iba a hacer, y ese tipo de exhibiciones no le gustaban nada y menos en una mujer.

Se dijeron muchas barbaridades de esa noche, todos se pusieron cachondos a costa de ella, y eso que ella no hizo nada inmoral, pero todo resultó obsceno. Ese vestido entallado, las posturas que puso para poder darle a la bola, los tacones, esos pechos tan llamativos, el culo respingón, todos los tíos presentes, desde el más viejo al más joven babearon y se la menearon a su costa, estaba seguro por todo lo que escuchó los días siguientes. No. Él no iba a consentir ese comportamiento.

Esos numeritos no iban con él. También es cierto, que Isabella se vio obligada a la apuesta por culpa de la puta de su amiga californiana. Sí, sabía todos los detalles. Si no es por esa golfa, Isabella no se habría visto en esa tesitura. Las amistades en las mujeres no eran buenas. Lo que no se le ocurría a una se le ocurría a otra. No, una mujer decente no solo debía serlo si no parecerlo. Y eso es lo que haría con Isabella, la cuidaría, la protegería, la alimentaría, no le faltaría de nada, pero sin lujos. Los lujos, lo único que traían era perversión y golfería, su mujer no necesitaba nada de eso. Y ya había empezado con los anillos, esa alianza y ese solitario, escandalosamente caros. Aparte de que eran un regalo de Hazzard.

No se había desecho de ellos, tampoco había que ser gilipollas, simplemente los escondió para venderlos cuando pasara el tiempo, y así tendría dinero para el futuro. Nunca sabe uno lo que pueda pasar. Todo se fue formando en su cabeza poco a poco. Tuvo mucho tiempo para pensar y para planificar. Cuando trabajaba, cuando descansaba, cuando comía y su madre le

daba la tabarra preguntándole chorradas, siempre pensaba. Podía estar hablando con alguien y pensaba en ello; hasta cuando follaba con Ruth pensaba en cómo sería hacerlo con ella.

Sus fantasías iban en aumento día tras día y cuando se acababa el verano, supo que era el momento. Los días más cortos, el tiempo más inestable, eran motivos más que suficientes para ponerse las pilas. Siempre le había gustado el otoño. Era la estación ideal para empezar su romance con el amor de su vida. Supo que la cabaña que estaba cerca de la del comercial, estaría vacía a partir de septiembre. Le echó un vistazo y le pareció perfecta para la primera noche. Allí también dejó el Ford Taurus, que le compró a un conocido de Missoula. Este se fue en el mes de febrero a una plataforma petrolífera en el golfo de México, y estaría trabajando durante un año.

Era conveniente dejar las mínimas pistas posibles, pero como policía sabía que eliminarlas por completo era imposible. Pero de lo que más satisfecho se hallaba, era de haber guardado ese carnet. Estaba seguro de que eso era una premonición, era una manera de ver el camino, era una forma del destino, decirle cuál era su senda. Lo había conservado desde que trabajó en el estado de Washington. El dueño del carnet también trabajó allí, antes que él.

Se cayó de un inmenso abeto, cuando lo estaba podando para cortarlo y que se lo llevara el helicóptero. Le falló el arnés o tal vez no se lo puso bien; decían que le tenía mucho cariño a la botella y ese día iba algo pasado de vueltas y nadie impidió que subiera o no se dieron cuenta. El caso es que reventó como una cucaracha, y quienquiera que recogiera sus pertenencias dejó olvidado el carnet de conducir entre el cajón y el fondo de la mesita de noche. Y en esa cama durmió él y esa mesita la utilizó para guardar sus cosas. Fue puta casualidad. Al abrir el segundo cajón, lo enganchó tan fuerte, que se salió de su sitio, cayendo al suelo, blasfemó y al volver a colocarlo, algo llamó su atención. Cogió el plástico y lo miró detenidamente. El primer pensamiento fue dárselo al encargado, pero, joder, cómo se parecía a él, el puto cabrón, si podrían pasar por hermanos gemelos. Charles Harry Carter Douglas de Nueva Orleans. Pelo oscuro, ojos oscuros, rostro anguloso, hasta la nariz era casi idéntica. Se lo guardó. Quién sabe, pensó.

Cuando compró la ropa en el centro comercial, ya estaba convencido de que todo era obra del de arriba. Compró ropa barata y corriente, porque lo mejor es que su futura esposa se acostumbrase a la vida sencilla, desde el principio. Y no la compró toda, el mismo día. Una vez por semana iba a Helena y compraba un par de cosas. La ropa interior y los enseres de aseo y

los artículos para la higiene femenina los compró en Billings. Y de vuelta a casa, en un supermercado de Helena, se abasteció de comida en bolsa y enlatada. Todo lo dejó en el Taurus, el día anterior al secuestro. El cloroformo lo hizo dos días antes. Tenía los compuestos químicos necesarios y no era la primera vez que lo hacía. En sus años de adolescente, había dormido a más de un animal. Sabía que tenía que tener cuidado, no quería que estuviese mucho tiempo inconsciente, pero tampoco que se despertara antes de tiempo. Y el dolor de cabeza o incluso vómitos, no se lo podría evitar.

La ruta estaba trazada en su mente, y a no ser por causas mayores, no se cambiaría. Irían primero a la reserva y se instalarían en la caravana de una india, cerca de los alrededores de Pablo, pero lo suficiente lejos para tener intimidad. Según se presentasen las cosas, pasarían allí dos, tres o cuatro semanas. Y luego para Canadá. Irían hasta Vancouver y ya decidiría el siguiente paso. Conocía bastante bien la reserva, pues había estado varias veces, y en algunas ocasiones, largas temporadas.

De los veintitrés pueblos que tenía, conocía varios, entre ellos el de Pablo en el condado de Lake, y más o menos el cuarenta y tres por ciento de la población era blanca, frente a un cincuenta y uno de americanos nativos, con lo cual, un blanco más o menos, no llamaba la atención, pero sí la llamaría una mujer como Isabella, rubia o pelirroja, con ropas caras o con vaqueros corrientes. Por lo tanto, le dejó muy claras las cosas: no saldría del coche para nada, sin su permiso. Por la noche no tendría ropa ni calzado a mano, y por supuesto no llamaría la atención de ningún modo o manera, porque le volaría la tapa de los sesos. No bromeaba. Todo el engranaje estaba en marcha. O era para él o no era para nadie.

Las armas estaban sin cargar, excepto la pistola que llevaba encima de los riñones. El revólver, el rifle y la escopeta, estaban en el fondo del maletero, detrás de las bolsas de comida y las balas, debajo del asiento del conductor. De todas formas, no se imaginaba a Isabella con un arma en las manos.

El coche no le terminaba de gustar. No era un vehículo apropiado para el viaje que iban a hacer. Pero no sería problema. En las siguientes semanas, gobernaría un todo terreno en buenas condiciones y a buen precio. Estaba seguro. Joder, tenía un subidón de adrenalina a tope. Estaba feliz. Estaba deseando comenzar una nueva vida, pero sobre todo estaba excitado, muy excitado. Excitado sexualmente. Y aunque no tenía pensado violarla sí quería disfrutar de ella. Y disfrutaría.



Estaba yendo todo sobre ruedas, nunca mejor dicho. No habían encontrado ningún control y ya habían pasado St. Ignatius, siguiendo todo recto hasta Ronan y un poco más estarían en Pablo.

Isabella permanecía callada, observando por donde pasaban, quedándose con los nombres de los pueblos y pensando en James y su bebé. ¿Dónde estaría James? ¿La estaría buscando? ¿No pensaría que los había abandonado? Pero si él pensaba eso, en una ocasión dijo que la buscaría hasta debajo de las piedras, pero eso fue entonces. Ahora tenía un hijo, si creía que se había largado, igual no le importaba demasiado. Se quedaba con el niño y tenía todas las mujeres que desease. Pero él le decía que la amaba y si lo hacía la buscaría, ¿o no?

Tenía la certeza absoluta de que Edward estaba loco, paranoico o algo por el estilo. Cómo podía imaginarse que una mujer secuestrada, podía enamorarse de él, vivir felices y contentos en Canadá. Estaba como una regadera. Pero lo que era peor, era peligroso, muy peligroso. Porque, aunque no le hubiera puesto la mano encima, excepto ese beso, sabía por su mirada, que no era noble, que no era bueno. Estaba segura que era un maltratador en potencia, hubiera o no ejercido la violencia con anterioridad. Se lo había dejado claro. Si era obediente, si se portaba bien, él sería lo *mejor*, pero si no...

Antes de llegar a Pablo, se desviaron. Recorrieron seis o siete kilómetros y penetraron en una arboleda, dando paso a una pequeña pradera. Paró el coche cerca de una caravana, y antes de quitar las llaves del contacto, le dijo muy serio y apretándole la rodilla hasta dejar la marca de sus dedos.

—No te muevas. Si lo haces, la primera bala será para ti y la segunda para la persona que está dentro de la caravana —ella hizo una mueca de dolor y él dejó de apretar sin quitar la mano. Volvió otra vez a presionar, obligándola a contestar sin palabras de por medio.

—Sí, sí, haré lo que digas —susurró con miedo.

—Muy bien. Esa es mi chica —le acarició el rostro y salió del coche, cerrando la puerta.

En esos momentos salía de la caravana una india de unos cuarenta y pico de años, con el pelo negro canoso trenzado y vestía vaqueros y una camisola. Era alta y delgada y el rostro mostraba el paso del tiempo con amargura. Edward se acercó a ella. Se saludaron sin tocarse. El sacó un sobre del pantalón y se lo dio. Ella lo abrió, lo contó y sonrió. Entraron dentro de la caravana y a los dos o tres minutos, salieron. La india se despidió y se dirigió a la parte trasera, donde se oyó arrancar un motor y al momento salió conduciendo una camioneta, azul cielo de los años sesenta. Edward la vio alejarse y Bella desde el coche, cerró fuertemente los ojos, pensando si podría aguantar lo que se le venía encima y si tendría alguna oportunidad de escapar.

La primera noche en la caravana, se lavó el pelo. Él dijo que para qué, estaba limpio. Ella lo pidió por favor. Le picaba el cuero cabelludo, seguramente del tinte, tenía necesidad urgente. Él accedió y permaneció fuera, mientras ella se lavaba el resto del cuerpo. Cuando entró estaba acostada en la litera de abajo.

La caravana era pequeña y tenía sus años. Pero estaba bien cuidada. Tenía una cocina pequeña, comedor, dormitorio y aseo. Mesas que se escondían y camas que se plegaban durante el día, para tener más espacio.

Edward comenzó a desnudarse sin dejar de mirarla. Ella cerraba fuertemente los ojos, rezando todo lo que sabía. Una cosa estaba muy clara en su cerebro, si pensaba abusar de ella, pelearía como una leona. No dejaría que le pusiera una mano encima, sin presentar batalla, y si la mataba mejor. No quería volver con James mancillada por otro hombre.

Se quedó en calzoncillos y se acomodó en el único sillón que había. Al lado, una pequeña lámpara permanecía encendida. No daba mucha luz, pero era suficiente para verse con nitidez. Él se fijó que el cabello de la joven no se había secado. Era tan abundante y largo, que tardaría bastante. No se acordó de comprar un secador de pelo; no cayó en la cuenta. Y en la caravana no había ninguno.

—La próxima vez te lavarás el cabello por el día —le ordenó—. Comienza a refrescar y no quiero que enfermes. ¿Está claro?

—Sí —afirmó suavemente.

Esa noche, la temperatura era suave, pero no era lo normal en esas fechas. El otoño comenzaba y el frío también.

—Destápate —le ordenó con voz de mando.

Ella que había cerrado los ojos, los abrió de golpe. Con un hilo de voz, protestó.

—Dijiste que no me harías nada.

—Y no te voy a hacer nada. Solo quiero contemplarte —esperó unos segundos—. He dicho que te destapes —ella obedeció y arrinconó la sabana y la colcha de retales detrás de ella. Llevaba puestas las bragas y el sujetador—. Te dije que tienes que dormir desnuda y dejar las ropas donde yo esté. Quítate las bragas y el sostén —ella temblando, un poco de frío y mucho de miedo, obedeció.

Los ojos del hombre la recorrieron entera. Admiró esos hermosos pechos, entrecerró los ojos observando las cicatrices, abrió ligeramente los labios, mirando el pequeño triangulo de vello rubio y deslizó la mirada por esas largas y torneadas piernas. Su miembro se fue endureciendo sin darse cuenta. Cuando se miró estaba tieso como una estaca. Lo sacó de los calzoncillos y ella cerró los ojos. Sabía lo que venía y dio gracias de que se conformara con eso. Se acarició los testículos y gimió sin dejar de mirarla. Rodeó el pene con una mano y con la otra siguió acariciándose, gimiendo y jadeando. Ella no abrió los ojos ni un solo momento. Se masturbó durante varios minutos, que a ella le parecieron eternos, y mientras él se la meneaba, jadeando con resuello, pensando en el momento en que tocara ese cuerpo a su antojo y la penetrara hasta el fondo, oyendo los gritos de placer que saldrían de esa boca de fresa, se corrió murmurando el nombre de Isabella. Ella, cerró los ojos con más fuerza. Se preguntó cuánto tiempo aguantaría haciéndose pajas, teniéndola tan a mano. Satisfecho y jadeante, se levantó para limpiarse y cambiarse, no sin ante decirle:

—Cúbrete. Hace frío.

Esa noche, ella durmió a ratos. Soñó con su marido, soñó con sus besos, con sus abrazos, con sus palabras de amor, pero también soñó que todo eso se lo hacía y decía a otras mujeres. Cuando se despertaba y veía dónde estaba, lloraba en silencio para que ese loco no la oyera. Y pensaba, pensaba en cómo escapar. Tenía que ser dócil muy dócil, para ganarse su confianza y aprovechar el menor descuido y largarse. Sangre fría era lo que necesitaba. Sangre fría como la que tenía su marido.

Al día siguiente, después de que hubieran desayunado, él le dijo que se iba

durante una hora más o menos. A ella se le aceleró el corazón. No podía creer que tuviera tanta suerte.

Antes de salir de la caravana, se la quedó mirando mientras fregaba las tazas del desayuno.

—Desnúdate —ella se volvió ante la orden.

—¿Por qué? —preguntó tímidamente.

Él sonrió, sabía que tenía miedo. Lo notaba, lo palpaba y eso le gustaba. Le daba sensación de poder, de masculinidad, de fuerza bruta. Y ella era todavía más femenina.

—Porque quiero que te quedes en ropa interior. Quiero que te sientes en esa silla y quiero que obedezcas, ya —y ella, obedeció.

Edward sacó una cuerda de algún sitio y se dispuso a atarla. Isabella, viendo que se le escapaba una oportunidad, suplicó con dulzura.

—No es necesario, Edward. No me voy a escapar. De verdad, te lo prometo —él la miró sonriendo.

Dios que hermosa era y que ingenua si pensaba que él era tan tonto.

—¿Me has tomado por idiota? ¿Crees que soy tan tonto o tan inocente como tú? No te pienso dejar aquí como si tal cosa. No seas ingenua y no insultes mi inteligencia —fue atando los tobillos, las manos a la espalda y al mismo tiempo a la silla.

Ella, de rabia y de impotencia, se le escapó una lágrima. Edward la cogió con el dedo y lo lamió sonriendo.

—Y ahora, abre esa boquita.

—No, por favor.

—Sí, preciosa. Abre —obedeció y le metió un pañuelo dentro de la boca y tapó con cinta americana.

—Muy bien. Estate tranquilita y no te muevas. Porque si te caes y te haces daño, no me gustaría encontrarte patas arriba y con un chichón —sin dejar de sonreír, pasó un dedo por encima del pecho derecho de la joven.

A través de la tela del sujetador, notó el pezón duro. Con la sonrisa en sus labios se lo apretó un poco.

—Esto es mío —salió de la caravana y ella lloró en silencio.

Cuando James recibió la llamada, llevaba dos días en Elmo. Se hospedaban en

un hotel barato, haciendo ver que estaban allí para pescar en el hermoso lago Flathead.

—Se dónde están —a James se le aceleró el corazón.

—¿Has visto a mi mujer?

—Sí. Está bien o al menos eso parece. Deben de llevar dos días aquí. Le ha alquilado una caravana a una viuda india. Por lo visto no es la primera vez. La mujer se ha ido a Polson con su madre, mientras la caravana esté ocupada. Va al pueblo por la mañana, temprano, ha comprado el periódico y algunos alimentos. Lleva la cabeza afeitada, pero casi nunca la muestra. Va con una gorra de los Yankees. Conduce un Ford Taurus de hace diez años, más o menos, azul marino.

—Va solo, supongo —dijo James, como si la conversación que estaban manteniendo fuese de lo más normal y no le afectara en nada.

—Supones bien. No es tan tonto como para arriesgarse yendo con una mujer como la tuya. Él pasa desapercibido, pero con ella se fijarían más en él y sobre todo en ella. Compra el periódico para ver cómo van las cosas y al no salir nada en la prensa, debe de estar bastante tranquilo y confiado.

—¿Cuándo la has visto?

—Esta mañana me acerqué por los alrededores después de que él dejase el pueblo. Fui andando. Están a unos ocho kilómetros de Pablo. Él estaba sentado en una silla al fresco y ella estaba tendiendo ropa.

—¿Tendiendo ropa? —preguntó extrañado y preocupado.

—Sí. Llevaba el pelo recogido en una trenza, pero lo tiene rojo. Debe de habérselo teñido. No se cruzaron palabra. Él no dejó de mirarla mientras tendía la colada. Al terminar, cogió el cesto y se metió dentro. Entonces él volvió la vista al periódico y estuvo otro rato más. Después entró y ya no salió mientras estuve allí. Si me hubieras dado permiso, lo habría tumbado allí mismo.

—O te habría tumbado él. No. Es mejor así. Además, soy yo el que lo va a tumbar. Voy para Pablo. No hagas nada hasta que yo llegue.

Esa tarde, decidieron el plan. Noah preguntó si iban a informar a los federales, James dijo que a los federales se les informaría a su debido tiempo. A la mañana siguiente fueron en coche hasta donde John dijo. Dejaron el vehículo oculto entre los árboles y después de coger las armas, se dispusieron a andar

varios kilómetros hasta la caravana, ocultarse y esperar.

Era el quinto día desde el secuestro. Edward salió a las nueve de la mañana. Miró las nubes negras que se acercaban y se subió la cremallera de la cazadora. Seguramente Isabella pasaría un poco de frío, pero no era para tanto. Además, un poco de frío no hace daño a nadie. Y ella debía endurecerse un poco si quería ser la mujer adecuada para él. Pero solo un poco. Un poquito, pensó sonriendo en la noche pasada. Había que marcar el territorio. Había que enseñarle el camino para que no fuera desobediente. Cerró con llave la caravana y se metió en su coche. Arrancó y enfiló hacia Pablo.

Cuando llegó al pueblo, otro coche salió en dirección contraria. Y uno de los hombres de James, vestido con un polo y un pantalón de estilo militar, lo observaba hacer las tareas de todas las mañanas. Comprar el periódico, tomarse un café mientras lo miraba por encima y hacer algunas compras en las tiendas. En el momento que montara en el coche llamaría a su jefe.

James y John llegaron a la caravana. Con una palanca, James forzó la puerta y entró. El indio se quedó fuera, vigilando.

Bella escuchó el ruido que se produjo al abrir la puerta, y se asustó. Sentada en la silla, atada, amordazada y en ropa interior, abrió los ojos como platos al ver a su marido.

No se lo podía creer. Comenzó a llorar sin consuelo, mientras él la abrazaba e intentaba quitarle la mordaza con sumo cuidado, para no dañarla más de lo que estaba, diciéndole palabras tranquilizadoras.

—Ya está mi amor, ya, ya —ella no dejaba de llorar y cada vez más compulsivamente.

Sus nervios no podían aguantar tanta emoción. Su hombre, su amor, había llegado para salvarla del horror, del abismo, tal vez de la muerte. Era presa de la histeria, porque esa noche pasada había comprobado sus máximos temores.

Él le ordenó que se destapara para mirarla, mientras se masturbaba, pero ella se negó. No supo por qué. Pero se negó. Fue un acto de rebeldía. Estaba perdiendo la paciencia, quería decirle que era un idiota, un hijo de puta, que ella jamás se enamoraría de él, que podía pudrirse en el infierno, que podía matarla, si quería, pero que ella lo odiaría a muerte. Pero no dijo nada de eso. Simplemente, no obedeció. Ni a la primera, ni a la segunda orden de él. Pero Edward no necesitó palabras, interpretó muy bien esos ojos, esa boca que no dijo nada, pero que expresaba odio. Se levantó como un huracán y tiró de la ropa de cama con violencia. Ella se asustó y se encogió. El primer

bofetón le sorprendió y el segundo le dolió. Le dolió mucho. El labio se le partió al chocar contra los dientes. La levantó de un tirón y la zarandeó. Al tocar ese cuerpo desnudo y ver esos pechos bambolearse, se excitó como un animal. Tocó esos redondos y puntiagudos senos, y ella gritó y le pateó. Él volvió a golpearla tirándola sobre la cama:

—O te muestras dócil y obediente o te pego una paliza que la vas a recordar toda tu vida —exclamó con el puño en alto, dispuesto a lanzarlo contra su estómago.

La joven se acurrucó y se quedó quieta. Asustada y con la cara ardiendo, no presentó más batalla.

Él, retrocedió lentamente. Seguía excitado, pero no quería violarla, aunque con ese comportamiento se lo estaba buscando. Sí. Como no se mostrase dócil, se iba a ganar con creces que le abriese los muslos y se la follase como una puta cualquiera. Pero no. Le daría otra oportunidad, después de todo, las guerras no se ganaban en un día. No le gustó pensar en eso. Él no quería tener una guerra, pero ella sí parecía, esa noche por lo menos, presentar batalla.

Se sentó en el sillón y la observó. Se acarició el pene. Seguía duro.

—Estírate, no quiero que te encojas —empleando un tono de voz suave, Bella sintió más miedo que si lo hubiera dicho con dureza.

Obedeció.

—Ábrete de piernas y tócate el coño —ella, temblando, obedeció—. Muy bien preciosa. Sigue tocándote, no pares. Tócate —él se tocaba sus genitales sin dejar de mirarla—. Eso es nena. Ahora métete los dedos en la boca. Chúpalos. Vamos —ella hizo lo que le mandaba. Ensalivó dos dedos que se mancharon de la sangre que manaba del labio y de los dientes y llorando en silencio, los llevó a su vagina—. Vamos nena, tócate, así, no pares, no pares. Ábrete más de piernas que te vea ese coño tan hermoso. ¡Vamos, vamos! ¡Sigue tocándote! —gritó mientras se masturbaba con fuerza sin dejar de mirar esos muslos prietos, ese coño sonrosado, adornado con esos rizos rubios.

Le gustaba como lo llevaba depilado. Ni mucho ni poco. Lo justo. Moviendo la mano sin parar, pensando en lo poco que faltaba para penetrar ese coño, incluso para comérselo, gritó con violencia el nombre de ella y eyaculó con fuertes espasmos.

Ella cerró sus piernas y fue quitando la mano despacio, muy despacio. No se atrevió a taparse, a pesar de que tenía frío, no se atrevió a moverse, por

si acaso le hacía algo, no se atrevió a seguir llorando por si se enfurecía otra vez. Él, dejando el pene flácido fuera de los calzoncillos, se acercó hasta ella.

—Has estado muy bien, Isabella. Ya verás que felices vamos a ser —le dijo sonriendo, al tiempo que la tapaba.

Después de pasar la peor noche de su vida, y había pasado muchas, a la mañana siguiente, la trató como si no hubiese pasado nada. Le miró el labio inflamado y el hematoma que comenzaba a formarse en la mejilla cerca del ojo, y le dijo que no era nada. Eso se curaría enseguida. Ella no quiso desayunar, pero él dijo que debía desayunar. Ella obedeció. La ató como todas las mañanas y procuró poner especial cuidado en la mordaza para que le dañara lo menos posible. Volvía a ser amable.

Cuando James vio ese bello y amado rostro lastimado, sintió una furia terrible. Entre palabras cariñosas le fue quitando con sumo cuidado la mordaza, para descubrir los hermosos labios, partido el inferior e hinchados los dos. Las lágrimas de ella eran como puñales en su corazón.

—Tranquila, vida mía. No quiero hacerte más daño del que tienes. Quieta, mi cielo. Ya está —no dejaba de llorar, no le salían las palabras.

Él terminó de soltarla y cuando se vio libre de las ataduras, le echó los brazos al cuello.

—Ya mi amor, ya. Tranquilízate, estás a salvo —la consolaba sin dejar de abrazarla.

Sentía sus delgados brazos alrededor del cuello como si fueran cuerdas que no quisieran soltarse nunca.

—Vayámonos, vayámonos —dijo ella, separándose un poco, pero sin soltarlo—. Vayámonos antes de que vuelva.

—Chisstt, chisstt —la tomó de los hombros y la observó con calma.

Se fijó en el sujetador y en las bragas de aspecto corriente, que ella no usaba nunca y supo que esas prendas las había comprado él.

Ella sollozó.

—No me mires así, por favor. No me mires así —pero él no obedeció y siguió mirándola.

—¿Te ha violado? —preguntó duramente.

Los ojos de ella eran como pozos sin fondo. Estaban más claros que nunca y brillaban por las lágrimas. Movi6 la cabeza con violencia, antes de

que salieran los sonidos por su boca.

—No, no, no. Por favor, tenemos que irnos antes de que vuelva. Tiene una pistola. La lleva siempre encima. Por favor —susurró con su sistema nervioso a punto de reventar.

Él colocó una mano en la nuca de la joven y la otra en su pequeña cintura.

—Ahora vas a vestirte. Venga nenita —ella obedeció.

James le dio el vaquero, pero ella se negó. Se dirigió a un armario, abrió la puertecilla, cogió su vestido azul marino y su ropa interior. Se quitó las bragas y el sujetador y lo tiró al suelo. Deprisa, se puso sus prendas de encaje, sin notar como su marido no dejaba de mirarla. Se abrochó el vestido y se lo alisó con las manos para estirar las arrugas. Se puso sus sandalias de tacón y de repente, se miró las manos.

Miró a su marido y otra vez se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Tiene mis anillos. Me quitó mis anillos —se lamentó, sin dejarse de mirar las manos.

James se acercó y la abrazó.

—No te preocupes, mi amor. Te compraré otros.

—Pero tiene mis anillos —repitió como si fuera el estribillo de una canción—. Tiene mis anillos.

—No pasa nada. Vamos hay que salir de aquí.

Fuera estaba esperando Noah con un coche y John andaba por los alrededores. James se quitó su cazadora y se la puso a su mujer por encima.

—Vas a ir con Noah. Yo me reuniré con vosotros enseguida —ella le miró como si le hubiera dicho que tenía que ir a la luna.

—No, no, no. Vamos juntos, por favor, por favor, por favor —suplicó como una niña pequeña.

—Silencio. Yo iré enseguida. Van a venir los federales y tengo que estar aquí.

—Ya, ya... lo han cogido —dijo ella, mirándolo con esos ojazos.

—Sí, cariño —mintió para que se tranquilizase. La guio hasta el coche despacio—. Anda mi amor, obedece y sube al coche.

Noah y uno de los guardaespaldas la miraban sin perder detalle. El vestido arrugado, esas sandalias tan sexys y elegantes, ese pelo rojo que le quedaba escandalosamente llamativo, ese rostro magullado. Pobrecilla, pensó Noah, cuánto habría sufrido, qué le habría hecho el cabrón de Edward, aparte de lo evidente.

La subió al asiento trasero del coche con Noah y el otro se puso al volante. James les dio instrucciones y se pusieron en marcha. Ella colocó su mano abierta sobre el cristal y James colocó la suya encima. Arrancaron y desaparecieron de su vista.

Fueron hasta St. Ignatius, donde les esperaba un helicóptero. Noah subió con ella y el guardaespaldas volvió a Pablo con el coche. A los quince minutos de haberse ido, el móvil de James sonó.

—El pájaro vuelve a la jaula.

—De acuerdo —y colgó.

Había dejado la puerta de la mejor manera posible, para que no se diera cuenta hasta el último momento. Al menos eso esperaba. Se situaron detrás, uno separado del otro. John con un rifle, James con un revolver. Al oír el motor del coche, se miraron y se prepararon. Edward paró, quitó las llaves del contacto y salió del coche. Abrió la puerta trasera y cogió las cosas que había comprado. Cerró con una pierna mientras se guardaba las llaves del coche en el bolsillo del pantalón. Se acercó tranquilamente, mientras sacaba la llave de la caravana y levantando la voz dijo:

—Cariño, te he comprado una chuchería.

Cuando llegaba a la puerta, notó algo raro, pero no le dio tiempo a pensar. En esos momentos notó un empujón por detrás, una voz conocida y el cañón de un revolver apuntando su nuca.

—¿No me digas? —preguntó James, como si fuesen amigos de toda la vida—. ¿Te has acordado de que me gustan los cacahuetes con cáscara? ¿Es eso lo que me has comprado, cacho cabrón? —con un suave movimiento, le quitó la pistola de los riñones y la tiró para que la cogiera el indio.

Edward se quedó helado. ¿En qué había fallado? ¿Cómo lo habían encontrado? ¿Dónde estaba la policía, los federales? Y lo que era más importante, ¿dónde estaba su amada? En esos momentos vio con el rabillo del ojo a un indio que cogía su pistola. Llevaba un rifle y en la cintura un revolver Python, calibre .357 Magnum.

—Venga, hijo de puta. Entra —James abrió la puerta de golpe y lo empujó.

El cañón del Winchester del indio lo seguía por la espalda. Le volvió a dar otro fuerte empujón tirándolo al suelo. Edward vio como James le pasaba

el arma al indio. Tuvo tiempo de sobra para ver que era un Smith & Wesson, calibre .44 Magnum, pensó que James siempre tenía lo mejor.

—Levanta, cabrón —lo cogió por la pechera y le propinó un puñetazo en la cara, que se oyó crujir el hueso de la nariz.

Edward se llevó una mano a la cara y se restregó la sangre.

—¿Qué pasa hijo de la gran puta? ¿Solo pegas a las mujeres, no te atreves con los de tu tamaño? —Edward lo miró y sonrió.

—Me he corrido tantas veces dentro de ella, que estoy satisfecho. Si me quieres matar, hazlo. Me importa, unos cojones. Si ya no voy a poder follármela nunca más, mátame —le provocó con una sonrisa.

James apretó la mandíbula, lo volvió a coger de la camisa y le propinó varios golpes en los riñones y el estómago.

—Pégame cabrón. Devuelve los golpes para que te pueda moler a palos, hijo de la gran puta —Edward se retorció de dolor, pero seguía sonriendo o al menos lo intentaba.

—Tiene el coño más sabroso que me he comido... en mi puta vida. Y sus... pezones, son los más dul... dulces —le costaba que las palabras salieran, pero le satisfacía ver que James quería escuchar lo que salía de su boca. Y él le daría ese gusto. Sembraría la duda para toda su vida—... que he chupado y chuparé nunca. Y cómo se abre de piernas, ahh, Dios —exclamó como si fuera de placer en vez de dolor—, sus piernas se enredaron en mi ... cuerpo como unas en, en, enredaderas. Pero lo que... más me gusta... es meter mi polla en su boca. Por eso le pegué anoche... no quería al principio, se hacía la estrecha... pero... luego... me hizo la mejor mamada que me hayan... hecho—James no aguantó más.

Ya estaba hasta los cojones de oírlo. Todo era una puta mentira. Le dio puñetazos en la cara, notando como rompía varios dientes. Cayó espatarrado y medio grogui. James se miró los nudillos ensangrentados. Le dieron ganas de seguir dándole.

—Déjalo ya —le dijo el indio. James lo miró y volvió a mirarse los puños.

Volvió la vista al suelo.

Edward ya no tenía ganas de seguir diciendo mentiras ni verdades.

—No dejes de apuntarlo. Si se mueve, pégale un tiro en los huevos —ordenó, mientras salía de la caravana, cogía el móvil y llamaba a los federales.



Por la tarde llegaba al rancho. El helicóptero descendió en el valle y en cuanto se posó en el suelo, saltó para dirigirse a su casa. Anduvo deprisa, deseando entrar, hablar con Richard y por último ver a su mujer. Pero primero tenía que hablar con Richard. Lo encontró en el despacho hablando por teléfono. Mientras se ponía un bourbon, esperó a que acabara. Richard colgaba el teléfono y vio cómo su amigo se tragaba de golpe el contenido del vaso.

Se fijó en las grandes manos y en esos nudillos ensangrentados.

—Los federales están un poco molestos. Bueno, más bien muy molestos. No les gusta que le quiten protagonismo. Y menos un multimillonario, marido de la víctima de un secuestro, que soluciona el caso por sí solo, dejándolos a ellos como unos incompetentes por no decir idiotas.

—Que los follen —contestó mientras se ponía otro bourbon, para bebérselo con más calma.

Le puso otro a Richard.

—La prensa ya se ha enterado. Los tendremos en las puertas del rancho dentro de nada —James se sentó en uno de los sillones Chester.

Respiró fuerte y se fijó en la mesa de su mujer, situada donde ella había querido. En un rinconcito para no molestarte, le dijo. Miró a su amigo.

—Eso es lo de menos. ¿Cómo está ella?

—Bien, dentro de lo que cabe. Ahora descansa. Barbara no la ha dejado sola ni un solo momento.

—¿Le han hecho las pruebas? —preguntó como si la cosa no fuera con él.

—Sí. Al principio se negó. Dijo que no era necesario. Que no la había violado. Le dije que había que hacerlo. Que era obligatorio. No ha sido forzada, no hay restos de nada, no hay lesiones vaginales, ni anales. Nada — James, miraba un punto muerto, mientras oía a su abogado y amigo—. Le han hecho fotos del rostro y del cuerpo. Se le están formando unos cardenales en los brazos, en la espalda, en el muslo, justo encima de la rodilla izquierda. Quiso que Barbara estuviera presente. Aquí tengo una copia del interrogatorio del F.B.I. —se la dio, pero él no la cogió.

—Estabas presente —afirmó mirándolo a los ojos.

—Por supuesto.

—¿Cómo reaccionó?

—Estaba nerviosa, temblorosa. Preguntaba constantemente por ti. Le hablé a solas, le dije que estuviera tranquila, que tú estabas en camino y que ya se había detenido a Benson. Se tranquilizó un poco y contestó a todas las preguntas del agente.

—Dame una valoración profesional de lo que ha pasado.

—Bueno. Yo no soy psicólogo, pero creo que ha vivido la situación con bastante sangre fría hasta que apareciste tú y se derrumbó. Si vas leyendo las respuestas, ella permanecía a la expectativa. Observando, analizando y sobre todo siguiéndole la corriente a Benson. Para ella, está loco y pensó que, si le seguía la corriente y ganaba su confianza, podría en algún momento escapar si nadie acudía a su rescate. Él le dejó bien claro, que si hacía alguna tontería le volaría la cabeza. Y ella le creyó. Esos golpes que tiene, dice que se los dio la última noche. Ha explicado que le contestó de malos modos, no recuerda a qué, porque perdió los nervios. Él le propino dos o tres golpes, no recuerda con claridad. Personalmente, pienso que miente. Creo que esa noche, él intentó algo, ella se negó y él la golpeó. Lo que después pasara, solo lo saben ella y Benson.

—Ya. ¿Qué más? —James observaba el líquido ambarino, que era como los ojos de su mujer.

—Bueno, si exceptuamos la última noche que la golpea; parece ser que en general, se muestra amable y tal vez caballeroso, porque ella se muestra dócil. Estaba convencido de que, con un poco de tiempo, ella se iba a enamorar de él e iban a vivir contentos y felices, en algún rincón perdido de Canadá. Le dijo que vuestro hijo es mejor que te lo quedaras tú, para evitar problemas; que ellos tendrán montones. Y por supuesto, que besaría el suelo que ella pisase y que no le faltaría de nada, dentro de un orden. Es como si intentara lavarle el cerebro. Yo, aunque te haya secuestrado, te quiero mucho y voy a hacer de ti la mujer más feliz del mundo. No necesitas ni riquezas ni lujos extraordinarios. Necesitas mi amor, mi trabajo y todo lo que yo te dé. Ese es el mensaje.

—Tendría que haber matado a ese cabrón hijo de la gran puta. Lo habría hecho si John no me devuelve a la realidad.

—Pues me alegro de que lo hiciera. Porque el derecho penal no es mi especialidad. Y por mucho dinero que tengas, te habrías visto en un atolladero.

—Sí, seguramente —el teléfono volvió a sonar.

Richard lo cogió y después de hablar unos momentos, se lo pasó.

—Es el gobernador —lo cogió y habló durante seis o siete minutos con la máxima autoridad del Estado.

Durante la hora siguiente, continuó al teléfono. Jueces, fiscal general, altos cargos de la policía, senadores, congresistas, querían hablar con él. Le felicitaban, de que todo hubiera salido bien, y algunos le alababan que le hubiera dado una buena tunda a ese cabrón. El fiscal general le comentó que podían tener problemas, por si el abogado de Benson presentaba algún tipo de demanda por la paliza recibida. Ya se rumoreaba que Benson decía que él no la había secuestrado. Que había sido una fuga de amantes en toda regla. Que ella era maltratada por el marido y quería el divorcio. Pero él no quería oír hablar del asunto. Por eso se fugaron. Claro que la botella con restos de cloroformo, que se encontró en el Toyota, decía otra cosa.

—En fin —continuó el fiscal—, no creo que su versión de los hechos llegue a buen puerto, pero la prensa se va a poner las botas.

—La prensa no me preocupa, Bill. Ahora lo que deseo, es que mi mujer se recupere de esta horrible experiencia y que ese individuo se pudra en la cárcel.

—Puedes estar seguro, James. Ese cabrón las va a pasar putas.

Terminó de recibir llamadas y de hacerlas, respiró cansado.

—Convoca una rueda de prensa para pasado mañana. En el hotel de Helena. A la hora que tú veas.

—De acuerdo. Está hecho.

—No quiero recibir más llamadas. A no ser que sea urgente, muy urgente, no me pases nada.

—Está bien.

—Voy a ver a mi mujer.

Richard no tardó ni un segundo en coger el teléfono y comenzar las llamadas a la prensa.

Eran las siete de la noche, cuando subía las escaleras. Se avecinaba una tormenta y los truenos se oían en la lejanía. Entró sin hacer ruido y vio como Bárbara se levantaba del sillón, donde tejía una prenda para el bebé de James y Bella. Su mujer dormía acurrucada en el centro de la enorme cama.

—El médico le ha dado una pastilla para tranquilizarla. Lleva durmiendo un par de horas.

—Bien. Gracias, Barbara. Por todo.

—Anda y calla. Madre mía —exclamó murmurando al ver las manos del hombre—, cómo tienes los dedos. Deja que te los cure.

—No te preocupes. Ya lo haré más tarde.

—De eso nada. Es mejor que ella no las vea así. Ven, vamos al baño —él la siguió obediente y se dejó hacer, mientras la mujer limpiaba y desinfectaba los nudillos.

Estaba peor la derecha, pero la izquierda también llevaba lo suyo. Quiso ponerle una venda ligera, pero él se negó.

—No es necesario. No es para tanto. Con la venda aun llamará más la atención.

—Bueno, como quieras —respondió la mujer, mientras guardaba los productos sanitarios.

—¿Ha visto al bebé?

—Ya lo creo que sí. Fue lo primero que hizo cuando llegó. Ese agente quería hacerle un montón de preguntas y ella le dijo, que no iba a contestar nada sin ver antes a su hijo. ¡Ay! qué chica más valiente tienes, James. Es una mujer de los pies a la cabeza. Pobrecilla lo que tiene que haber sufrido. Primero le pasa *eso* cuando era una cría y ahora... válgame el Señor. Quién nos iba a decir que Edward haría algo semejante. Con lo buenos que son sus padres y la educación que ha recibido. Todavía me cuesta creerlo. Si lo conozco desde que era un bebé, por Dios —hizo una pausa y observó al hombre que había criado casi como a un hijo. Se le veía cansado.

—Le has dado de lo lindo, ¿eh? —preguntó entrecerrando sus pequeños ojos azules.

—Aún le tendría que haber dado más. Hasta matarlo a golpes.

—No, James. Tú no eres así. Aunque se lo merece por lo que le ha hecho a mi pobre niña, pero tú no eres un asesino.

—Lo he pasado mal, Barbara. Muy mal. Sin saber cómo estaría, qué le estaría haciendo, lo que estaría sufriendo, lo que se le pasaría por la cabeza al ver que nadie acudía a su rescate. Joder, no puedes imaginar que deseos de venganza he tenido todo este tiempo. Y cuando lo he tenido en mis manos, Dios, el único pensamiento que tenía en mi cabeza, era matarlo, matarlo. Pero no ha respondido, Barbara, se ha dejado golpear como si fuese un muñeco, y encima el muy cabrón se reía. Le he roto la nariz, los dientes y no sé qué más,

y el muy cabrón se reía y diciendo obscenidades de lo que le había hecho a mi mujer. Dios, he tenido que emplear toda la fuerza de voluntad que tengo, para no patearle las pelotas, la cabeza, los putos riñones...

—Ya, cariño, ya —le consoló la mujer, acariciando el oscuro cabello.

Él soltó el aire de sus pulmones y se levantó de la banqueta del baño.

—¿Has visto lo que le ha hecho en la cara? Y lo que le puede haber... —se pasó las manos por el pelo, llevando la cabeza hacia atrás y moviéndose de un lado a otro por el lujoso baño.

—James, tranquilízate. Las magulladuras se curarán en unos días. Y ella me ha dicho que no la ha violado. Y yo la creo. Me ha dicho, que quería comportarse como un novio, pero que tarde o temprano, la habría violado o la habría matado. De eso estaba muy segura. Ella piensa que Edward está loco —él, no dejó de mirarla mientras le hablaba y rogó a Dios para que esas palabras fueran ciertas.

Si todo esto significaba otro trauma para ella, tendría que tomar medidas extraordinarias. Tendría que tratarse y sus vidas... joder, no quería ni pensar en ello. De repente se acordó de otra cosa.

—Tengo que decirte algo de tu nuera —la mujer elevó la mirada hasta los ojos plateados de James—. No sé si seguirá con Noah, pero siga o no siga, no la quiero en mi casa, ni tan siquiera en el rancho. Ya se lo he dicho a tu hijo. Estaba acostándose con Edward y además escribió unos anónimos, desde hace unos meses. Ella dice que fue por deseo de Benson, pero no la creo. Fue ella la que le puso al corriente de muchas intimidades de Bella y de lo que pasaba aquí. Ella dice que no sabía lo que iba a hacer. Simplemente, cotilleaban. Sea verdad o no, no le quiero por aquí.

—Siempre se ha sentido atraída por ti; por ti y por lo que significabas: riqueza, lujo, poder. Ella pensaba que nadie se daba cuenta, pero yo soy vieja y la conozco bien. Lo siento por mis nietos, pero lo que tenga que ser será — en esos momentos oyeron la voz susurrante de Isabella. James salió del baño y se acercó hasta la cama.

—James, James —le llamó suplicante.

—Aquí estoy, vida mía —contestó tomándola en sus brazos.

Barbara, salió silenciosamente, dejándolos solos.

—Oh, James, tenía tanto miedo de que te pasara algo malo, tanto miedo de que te matara. Me engañaste, no lo habían cogido, tú lo querías para ti, lo oí. Escuché lo que dijo un agente. Que tú y un indio lo habíais cogido — hablaba deprisa y muy nerviosa.

—Chisst, chisst. Estoy bien, cariño. Debes descansar, dormir. Hasta mañana por lo menos —le dijo entre sonrisas y sin dejar de rodearla con sus brazos.

—No, no. No quiero dormir —sin dejar de abrazarla, encendió la lámpara de la mesita de noche.

La separó un poco de su cuerpo y observó el rostro magullado. El labio partido había vuelto a sangrar levemente. Estaba hinchado, uno más que otro, y el hematoma se iba acusando por momentos. Por lo menos los ojos no presentaban hemorragia. Cogió un pañuelo de papel de la mesita y lo aplicó suavemente sobre el labio.

—No debes excitarte, mi vida. Quieta, no te muevas. Ya está. ¿Te duele mucho?

—Sí, pero si estoy contigo, ni lo notó, ni me importa. Si estoy contigo soy feliz —replicó suspirando.

—Pues ya estoy contigo, mi amor —añadió acariciando su cuello.

Ella vio de refilón las manos y exclamó:

—¡Oh, James! ¡Tus manos! ¡Tus hermosas manos! —él se sorprendió un tanto de que a ella le preocupasen sus manos más que su rostro magullado.

Se las cogió y fue a posar sus maltrechos labios encima de sus heridas. El sintió un nudo en el corazón.

—Dios, nena, no hagas eso. Ese cabrón ha lastimado tu rostro, tu cuerpo, te ha asustado, te ha amenazado y más cosas que desconozco y tú te preocupas por mis manos. Dios Santo, cómo te amo, cómo te he echado de menos, cómo me gustaría poder haber evitado todo lo que has tenido que pasar —ella lo miró a los ojos.

Él devolvió la mirada a esos ojos tan dulces, tan inocentes, tan bellos.

—Sí lo has evitado, James. Me has salvado la vida. Porque estoy segura de que habría muerto si no llegas a venir. No habría podido seguir su juego mucho tiempo. Yo, yo, no habría cedido a sus deseos, a sus peticiones. Y... y, él se cansaría de esperar y al final, y al final —repitió, sin dejar de mirarlo—. Al final me habría matado, James. Me habría matado. Pero, pero, aun así, obedecí en cosas que me pidió, porque tenía miedo, tenía miedo, pero...

—Ya, calma, tranquila. No hables, no digas nada, tienes que descansar.

—No, no quiero descansar. Tengo que contarte todo lo que pasó. Necesito que me escuches, necesito desahogarme. Por favor, por favor —le suplicó.

Él sintió una lástima enorme por su mujer, y se arrepintió de no haber matado a ese mal nacido.

—Está bien. Tranquilízate, no te pongas nerviosa. Cuéntamelo todo. Te escuchó —le colocó bien las almohadas, hizo que se recostase en ellas, que estuviera cómoda y la tomó de las manos.

No dejó de mirar esos ojos y ella comenzó a hablar.

—Cuando me subí a su coche, no se me pasó por la cabeza que me fuese a secuestrar. Jamás pensé que en un pueblo de Montana pudiera pasarme algo parecido, a lo que me ocurrió en San Francisco. Él, siempre se comportó correctamente conmigo. No es que lo viera mucho, pero siempre era atento. Bueno, la verdad es que me ponía algo nerviosa, por la forma de mirarme, pero eso tampoco era nuevo para mí. La mayoría de los hombres me miran así; pero me resultaba más molesto en él, por ser una agente de la ley. En fin, cuando dijo que había una mancha de aceite debajo de mi coche, pensé, mira que atento, y cuando dijo que me acercaba al rancho y que ya había avisado a Willie o a Stephen, pues no me lo pensé. Subí a su coche y listo. Cuando se metió por el sendero de la Casa de Piedra, me preocupé y al mismo tiempo me dije, no seas estúpida. Te está llevando al rancho, es un agente de la ley. Se paró. Dijo que había oído un ruido. Bajó, fue hacia atrás y cuando se acercó a mi lado, no recuerdo si abrió la puerta o no. Sucedió todo muy rápido. Mi último recuerdo fue una mano dirigiéndose a mi cara, y un fuerte olor —se calló durante unos segundos. James no dejaba de mirarla—. Desperté en una cabaña. Me dolía mucho la cabeza, estaba mareada; dijo que era normal, que se pasaría enseguida. Esa noche vi que no estaban mis anillos. Me los quitó, James, me los quitó —él no dijo nada. La dejó continuar—. Dijo que ya no los necesitaba. Esa noche me besó. Fue solo un beso, pero no me gustó. Me dio asco. Y me acordé de tus besos. De ti, de tus manos, en esos momentos me di cuenta de lo que te amo, de la necesidad que tengo de ti, de que sin ti no soy nadie —él siguió callado, mirándola, amándola con sus ojos plateados—. Después intentó convencerme de que lo estaba haciendo por mi bien. Dijo que tú no me querías, que me habías engañado, que eras infiel por naturaleza. Dijo que todo el pueblo sabía lo que ocurrió la noche de fin de año y que él jamás me engañaría. Que me adaptaría a las nuevas circunstancias y que me enamoraría de él. Está loco, James, completamente loco. Me dijo que, si no quería seguir con él, que me dejaría en la próxima parada de autobús. Pero yo no le creí. Sabía que mentía. Sabía que no haría eso. ¿Hice mal, James? ¿Hice mal? —preguntó con angustia. Él, le pasó un dedo por la mejilla.

—No, mi amor. Hiciste lo correcto. Lo sensato. Lo prudente. Él no te habría dejado en ninguna parada de autobús, ni en ningún sitio.

—Entonces le dije que me quedaba con él, pero que necesitaría tiempo para acostumbrarme. Se puso contento y dijo que comprendía perfectamente. Que no iba a hacer nada que yo no quisiera. Que yo no era una puta cualquiera, que se abre de piernas a la primera y que tendríamos un noviazgo a la antigua usanza. Esa noche me tiñó el pelo y me dio todas las cosas que había comprado. Al día siguiente cogimos otro coche y nos fuimos.

Ella se quedó en silencio.

—¿Cumplió su promesa? ¿Te respetó?

—Sí y no. No me violó, pero lo usó de otra forma —hizo una pausa y se dispuso a continuar. No sé fijó en un músculo que comenzó a temblar en la sien derecha de su esposo—. La siguiente noche la pasamos dentro del coche, en el bosque. Yo atrás y él en el asiento del conductor. La tercera ya estábamos en la caravana. Me acosté en la litera y él en el sillón. Me dijo que me destapara, yo le recordé lo que me había prometido. Dijo que solo quería mirarme. Obedecí. Me riñó por llevar la ropa interior. Dijo que me la quitara. Lo hice. Quedé desnuda ante él, en la cama. Se masturbó mirándome, luego se levantó y me tapó —James no dijo nada. Quería saber, quería saber absolutamente todo. Pero le estaba costando Dios y ayuda, no levantarse y empezar a blasfemar y a romper cosas. Y eso no podía hacerlo. La asustaría y seguramente pensaría que le echaba la culpa de lo sucedido—. Esta noche pasada quiso lo mismo, pero me negué. No quise, no quise. Me sentía sucia cada vez que me miraba. Se levantó del sillón como una furia. Me pegó. Me levantó de un tirón y yo me rebelé. Le di patadas y le golpeé con mis puños, pero como sabrás, fue una idiotez, que podía hacerle con mis manos desnudas y mis pies descalzos. Creo que me golpeó otra vez y me tiró sobre la cama. Me dijo que como me portara mal, me iba a dar una paliza que la recordaría toda la vida. Volvió al sillón y por un momento respiré. Estaba segura que esa noche me violaría. El alivió me duró poco. Se ve que la excitación que sintió al pegarme lo puso a tono. Se acomodó en el sillón y me dijo que me tocara mis partes... —comenzó a llorar suavemente—... me dijo que me chupara los dedos y me tocara ahí. Se masturbó mientras decía cosas y yo me tocaba para que no se enfadara más y me volviera a pegar. Lo siento, lo siento, lo siento. Yo no quise hacerlo, te lo juro que no quise. Solo quería que me dejara en paz, que no me castigara, quería estar contigo —hipaba y lloraba sin consuelo.

Él, la abrazó suavemente. Le besó el cabello rojo, la frente, el cuello,

esos labios maltratados con toda la suavidad del mundo.

—Ya lo sé, cariño mío. No pasa nada. Nada. Eso no tiene importancia. Tú no tienes la culpa —la culpa era de él, pensó, por no haber actuado antes. Por haber esperado hasta el día siguiente. Por estar fumando un cigarrillo tras otro en la habitación del hotel, mientras su amada sufría en manos de ese cabrón hijo de puta.

Ella se abrazó a él. Entre esos brazos se sentía segura y protegida. Sabía que ese hombre, su marido, era lo mejor que le había pasado en la vida. Fue tranquilizándose al tiempo que se volvía a dormir.

—Duerme, vida mía. Te quiero, soy el hombre más feliz del mundo por tenerte a mi lado, y al mismo tiempo soy el más desdichado por no haber llegado antes —ella ya dormía.

No escuchó las últimas palabras.

La tumbó y la tapó.

Los truenos estaban encima de ellos. La lluvia caía con fuerza. Bella respiraba fuertemente. Se imaginó a su mujer desnuda en esa litera y Benson... no le gustó, no le gustó nada, pero sabía que podía haber sido peor. Mucho peor.



41

La rueda de prensa estaba convocada para las once de la mañana, pero los acontecimientos que ocurrieron la noche de antes, obligaron a retrasarla hasta la tarde.

Esa mañana, a las siete menos cuarto, mientras se afeitaba y su mujer dormía intranquila, con pesadillas y murmurando palabras que él no llegaba a entender, Barbara entró en el dormitorio y le comunicó que tenía una llamada urgente. Los teléfonos de la habitación de ellos y de las habitaciones colindantes, estaban desconectados para no molestar a la joven.

Se limpió los restos de la espuma y sin ponerse una camisa, salió de la habitación. Bajó al despacho, en un suspiro, y el alcaide de la prisión donde estaba Benson, le comunicó que habían encontrado el cuerpo de este, colgado de los barrotes de la celda. Había muerto alrededor de las dos de la madrugada.

James se quedó frío. No sintió nada.

—¿De dónde sacó la cuerda? —quiso saber.

—No lo sabemos. Pero su padre estuvo por la tarde y según parece no lo registraron.

—¿Según parece? ¿Lo registraron o no lo registraron?

—No. No lo hicieron.

—¿Por qué?

—Bueno. Es sheriff, ya sabe. Nadie pensó que llevase una cuerda.

—Una cuerda para colgarse no la metes en el bolsillo del pantalón.

—No, por supuesto. Los guardias dicen que llevaba una cazadora, que no se quitó en ningún momento. No lo cachearon. Pudo esconderla perfectamente. Desde luego, la soga vino de la calle. Eso está claro.

—¿Lo sabe la prensa?

—Están redactando un comunicado para notificar la muerte, pronto lo sabrán. Hay algo más.

—Le escucho —esperando algo desagradable.

—Ha dejado una carta.

—¿Y?

—La hemos confiscado. Iba dirigida a la prensa en general.

—La ha leído —afirmó James.

—Sí. La tengo delante de mí.

—¿La va a leer o espera que adivine el contenido? —sabía que estaba siendo brusco, pero ni podía, ni quería evitarlo.

—Hay va:

Para la prensa en general, dos puntos. Cuando lean estas líneas estaré muerto. Y si estoy muerto es porque no puedo seguir viviendo lejos de mi amada. Yo no secuestre a Isabella. Nos fugamos. Queríamos comenzar una nueva vida. Su marido la tenía amenazada y le daba mal trato psicológico y físico. Por eso nos fugamos. Él no quería darle el divorcio y la amenazaba constantemente. Si él no nos hubiera encontrado, en estos momentos que ustedes leen estas palabras, estaríamos felices, viviendo en nuestro pequeño paraíso. Los golpes que mi amada tiene en su bello rostro, se los propinó James Hazzard, cuando nos dio caza. Primero me dio una paliza de muerte y después pegó a mi amada, sin yo poder hacer nada para evitarlo. Escribo esto, para que todos ustedes sepan qué clase de hombre es Hazzard y para que protejan a mi amor de ese maltratador en potencia. Y termina así: Isabella, nunca te olvidaré y esté donde esté, te amaré siempre. Adiós, vida mía. Firmado, Edward Benson.

—Hijo de puta hasta después de muerto —murmuró—. Todo eso es mentira. Mande una copia de la carta con el comunicado de su muerte. No quiero que oculten nada a la prensa. No me preocupa.

—Sabe que la podemos destruir y nadie se enterará.

—No.

—¿Está seguro?

—Muy seguro.

—De acuerdo.

—Una cosa, ¿dónde escribió la carta?

—En la sala de la televisión. Ayer por la tarde. Pidió papel y bolígrafo. Le dieron papel y lápiz. Un guardia le vigilaba. Terminó de escribir, devolvió el lápiz, se la guardó en el bolsillo del mono y dijo que no quería enviarla. Así quedó el tema.

—Está bien. Gracias por llamar, alcaide.

—De nada, Hazzard.

A las seis menos cuarto, no cabía ni un alfiler en el salón de conferencias, del hotel de Helena. La prensa se frotaba las manos. No tenían una historia tan jugosa, desde hacía tiempo. Tenía todos los componentes para enganchar a cualquiera: un multimillonario atractivo a más no poder, una esposa bellísima, un secuestrador que era ayudante del sheriff, aparte de su hijo, una historia de lesbianas por parte de la esposa, aparte de ser una escritora famosa de novelas de misterio, una lista de amantes por parte del marido para caerse de espaldas, en fin, había mucho morbo.

Pero lo más llamativo era el rescate por parte del marido. Se decía que los federales tenían un mosqueo de tres pares de cojones y los periodistas estaban deseando saber más detalles. El tema de la carta del muerto, había perdido importancia, primero porque ya sabían que Hazzard había querido que se mandase a la prensa. Y segundo, porque el sheriff Robert Benson había mandado un comunicado, en el cual decía que estaba convencido de que su hijo, había perdido la cabeza y que, en ningún momento, la señora Hazzard había sido *nada* de su hijo Edward. Que todo lo que había escrito, solo era para mancillar el buen nombre de la señora y el señor Hazzard. Y que tanto él como la señora Benson, sentían una pena enorme por todo lo sucedido.

Aun así, los periodistas se frotaban las manos. Era una historia tan jugosa y el multimillonario daba también en cámara y tenía una lengua tan mordaz, que todos esperaban su aparición con impaciencia. No sabían si habría un monólogo, si admitiría preguntas, si pondría pegos a las preguntas, si solo dejaría una pregunta por periodista... pero estaban deseando que apareciera.

Y él gran hombre llegó. Puntual. Respetaba el tiempo de los demás como respetaba el suyo. Hizo su entrada por un lateral y todos los flashes se dispararon y las cámaras de televisión, lo siguieron en todos sus movimientos. Como siempre, iba impecable. Traje de diseño, gris oscuro, camisa blanca sin corbata, gemelos de oro, reloj de acero y oro, zapatos italianos, cinturón de marca. Perfecto. Atractivo. Varonil. Rezumando poder por todos los poros de su piel. Se sentó y puso sus manos sobre la mesa. Entrelazó los dedos, para que se vieran bien sus heridas. Las cámaras se dispararon para fotografiar esas manos fuertes y varoniles, marcadas por una pelea. La alianza de matrimonio, relucía en su mano izquierda.

—Disparen —exclamó—. Contestaré a sus preguntas hasta que me canse.

—¿Le duelen las manos? —se anticipó una periodista de Seattle, que

encontraba muy romántico todo lo sucedido.

—No tanto como me duele ver el rostro maltratado de mi mujer.

—¿Qué fue lo que le hizo? —preguntó uno de San Francisco, que conocía personalmente a Isabella.

—No voy a recrearme contándoles lo que le hizo; pero gracias a Dios, sus heridas curaran pronto.—¿Por qué no pidió rescate? ¿Por qué no se puso en contacto con usted? —preguntó otro.

—Porque él no quería rescate. Él la quería a ella. Parece ser que se obsesionó con mi mujer, y pensó que llevándosela conseguiría que ella se enamorase.

—Pero en la carta que ha dejado dice...

—Se de sobra lo que dice la carta. Solo hay dos explicaciones: una, que estaba como una regadera y se creía sus propias fantasías, o dos, que hasta el último momento ha querido mancillar el nombre de mi esposa.

—Y el suyo —añadió uno de Nueva York.

—El mío no importa. Yo sé de sobra la verdad. Para mí, mi mujer es lo más importante de mi vida, junto con mi hijo. Están por encima de mis riquezas y de mi propia vida. Soy capaz de cualquier cosa por ella y lo que ha escrito un cabrón paranoico, no va a cambiar mi vida ni mis sentimientos.

—Pero dicen que usted le ha sido infiel más de una vez.

—Dicen muchas cosas, pero la realidad es que mi mujer es mi razón de ser y de vivir.

—¿Por qué le pegó una paliza a Benson? ¿Tuvo ganas de matarlo? —preguntó una periodista de Las Vegas.

—Por supuesto que quise matarlo. Saqué toda mi fuerza de voluntad para no hacerlo; pero no pude resistir la tentación de hacerle pagar un poco, por lo que le hizo a mi mujer.

—Comentan que él no se resistió, que no respondió a sus golpes.

—Tenga por seguro que, si hubiese respondido a los golpes, lo habría matado.

El silencio duró unos segundos.

—¿Cómo supo que se encontraba en la reserva? ¿Y por qué el F.B.I. y la policía estatal llegaron después? — James no contestó al momento. Miró a unos, miró a otros y después a las cámaras de televisión.

—Las autoridades seguían unas pistas. El sheriff Benson me comunicó ciertos datos y mis hombres y yo decidimos seguirlos.

—¿Pero por qué no se lo comunicó al F.B.I.? —preguntó una periodista

de Chicago.

—Tengo la suerte de conocer a mucha gente. Y esa suerte llega hasta una persona, que trabaja para las empresas Hazzard desde hace bastantes años. Conoce la reserva Flathead, como la palma de su mano. Ese hombre ha sido mis ojos y mis manos en la búsqueda de mi esposa. Gracias a él, dimos con ella. Con su discreción y buen hacer, facilitó el final de los acontecimientos —dijo James, sin contestar porque no lo comunicó al F.B.I.

—¿Es un indio? —preguntó uno de Luisiana.

—Es un americano nativo. Ya sabe, esas personas que estaban en estas tierras antes de que *todos nosotros* llegásemos —contestó con sorna. Hubo algunas risitas.

—¿Nos puede relatar cómo sucedieron los acontecimientos? —preguntó otro de Los Angeles.

—No. Todo lo sucedido, cómo sucedió, lo hemos contado a las autoridades. No les voy a dar más carnaza que la que ya tienen —una periodista, bajita, de Nueva York, se levantó para que la viera bien.

—¿Y qué pasa con el sheriff Benson? ¿Va a seguir en el puesto? Después de todo el pueblo de Lowma es suyo, y seguramente no querrá que el padre del secuestrador de su mujer siga allí —él la miró detenidamente.

Conocía bien a esa periodista. Siempre acudía a los actos que él presidía o hacía acto de presencia como invitado. Era correcta y no escribía mentiras.

—Señorita Carpenter, Robert Benson, siempre ha sido una persona íntegra y responsable de sus actos. Hará lo que quiera hacer. Si quiere continuar hasta su jubilación, no habrá ningún problema. Él y la señora Benson son respetados y queridos en Lowma y los alrededores y así seguirá siendo.

—Dicen que en Lowma hay una mujer que se acostaba con Benson hijo y que le facilitó datos de su esposa —contó otro de San Francisco—. Dicen que incluso puede trabajar para usted o vivir en el rancho Hazzard.

—Bueno, no haga caso de todo lo que oiga. Además, la investigación sigue abierta.

—¿Y su esposa? ¿Cómo está? ¿Necesitará tratamiento médico? Después de todo, que a una misma persona le pasen dos acontecimientos tan duros y traumáticos, como un asalto con intento de violación cuando tenía quince años y ahora un secuestro, necesitará tratamiento. ¿Edward Benson la violó? —esta pregunta, hecha con rapidez y con muy mala intención, la hizo una periodista sensacionalista de Los Angeles.

Sabía que James Hazzard con toda su elegancia y porte de actor de cine, en el fondo era un vaquero de Montana por muchos millones que tuviera. Rudo y con mucho carácter, ella estaba convencida de que todo era una pose, un escenario. Quería picarle el billete, quería cabrearlo, quería un poco de circo.

Él, la miró durante unos quince segundos sin hablar. Todos permanecían en silencio. Todos esperaban la respuesta del magnate. James, sonrió enseñando sus blancos y perfectos dientes.

—Imagino que a usted, teniendo en cuenta para el periódico que trabaja, le gustaría una contestación violenta o morbosa por mi parte, para sacarle todo el jugo posible y algo más. Pero lo siento, no habrá nada de eso. Mi mujer tiene el rostro magullado y el susto de haber sido arrancada de su hogar, de su hijo y de su marido. Creo que eso, por sí solo, ya es bastante. Y tendré que dar gracias a Dios, ya que soy creyente, porque por algún motivo, el secuestrador estaba convencido de que mi mujer se enamoraría de él y no quiso ensuciar ese comienzo con un hecho tan violento. Pero de una cosa estoy seguro, si hubiéramos tardado más en encontrarlos, fácilmente esa violación que usted menciona se habría producido e incluso la muerte. Y ahora, si me disculpan —añadió levantándose de su asiento—, quiero estar con mi familia, mi mujer y mi hijo. Gracias a todos. Buenas noches.

Salió y los guardaespaldas le rodearon para que los periodistas no le metieran los micrófonos en la cara. Querían más. Ese hombre era una gozada para la vista y se expresaba de tal modo, que la prensa quería más. En más de un círculo de la prensa seria, se decía que, si el multimillonario se dedicase a la política, tendría votos por doquier.

Subió a la azotea del hotel, donde le esperaba el helicóptero que lo llevaría al rancho. Las cámaras de la calle, no dejaron de filmar hasta que el aparato se convirtió en un punto en el cielo.

Los ojos de Barbara y de Stephen, no perdieron detalle de la rueda de prensa. Estaban en la cocina y ella le acababa de poner un trozo enorme de tarta de manzana y un café. Barbara apagó la tele y se dispuso a preparar más café, para cuando llegase James.

Stephen había pasado una semana en Toledo, Ohio, visitando a una de sus hijas. El mismo día del secuestro, a las siete de la mañana, se dirigió al

aeropuerto para pasar sus vacaciones de todos los años con la hija que vivía más alejada, y de pasó estar con sus nietos. Se enfadó enormemente, cuando se enteró de la noticia por la prensa. En un principio no se lo podía creer y que nadie le hubiera dicho nada. Cuando llegó al taller, le echó un buen rapapolvo a Willy por no llamarlo y así haber vuelto, para estar con ellos y ayudar en lo que hiciera falta. Willy le dijo que no tenía ninguna culpa, que recibió órdenes expresas de James.

No se podía decir nada para que la prensa no se enterara y poder actuar con rapidez. También estuvo en la oficina del sheriff y ayudó a su amigo, que estaba con el papeleo para el entierro de Edward. Sintió un dolor enorme por él, y especialmente por su mujer. Era un alma en pena. Se pasaba todo el tiempo llorando y preguntándose qué había hecho mal, en qué había fallado como madre.

Cuando Stephen salió de la casa de Robert, se montó en el coche y se fue hacia el rancho, tenía una gran tristeza. No dejaba de pensar en esa madre sufriendo y en lo que habría sufrido la pobre Isabella. Que a una criatura tan buena y tan linda le hubiera pasado algo semejante, era cruel. Pero estaba seguro que se recuperaría. Era joven, hermosa, tenía dinero, tenía un niño precioso y sobre todo tenía a James. Y James era una roca, podía con todo y mantendría a esa niña a salvo y protegida. Pero la madre de Edward no se recuperaría nunca.

Cuando llegó James, estuvo un rato en la cocina con ellos, tomó café y se fumó un cigarrillo. Stephen ya tenía información de todo lo sucedido. Por Willy, por Robert, por Barbara, con lo cual no atosigó a James con preguntas. Ya tendrían tiempo de sobra para hablar de ello, en los meses siguientes. Se despidieron con un abrazo y Barbara le dio una bolsa con comida para llevársela a casa.

Estuvo una hora en el despacho y agotado mentalmente, se dirigió a su alcoba. Barbara lo esperaba en el vestidor, preparándole ropa cómoda para que se cambiara. Le dijo que Bella dormía con más tranquilidad que la noche anterior. Y también le comunicó que le había venido el periodo. James no dijo nada, pero sintió una gran alegría. Recordaba perfectamente las palabras de Edward. No quería creerlas. Quería creer a su mujer. Pero una cosa estaba clara, si ese cabrón la había violado, él seguiría amando a su mujer. Pero si su mujer hubiese resultado embarazada de una violación, el aborto habría sido necesario. Por muy católico que fuese, no iba a criar un hijo de ese cabrón.

—Ha visto la rueda de prensa —dijo la mujer.

—¿La has dejado?

—Pues no, James. Estaba dormida. Le di una pastilla para el dolor de barriga y se durmió. Yo estaba en la cocina, cuando vino Stephen. Estuvimos hablando y viéndote a ti. Antes de que llegases, subí. Estaba en la misma posición que la dejé y creía que dormía. Cuando iba a salir, me llamó y me dijo que te había visto.

—¿Y cómo se lo ha tomado? —preguntó serio.

—Dijo que se sentía muy orgullosa de ti. Dijo que eres lo mejor que le ha pasado en la vida. Y dijo que te ama con locura. Le dio un ataque de llanto y tuve que consolarla.

—¿Crees que se recuperara? —preguntó preocupado.

—Claro que sí, James. Pero tienes que estar mucho con ella, y cuando se mejore, llevarla contigo.

—Por supuesto. La voy a tener pegada a mis pantalones, hasta que se aburra. De todos modos, mañana, a primera hora me voy a Nueva York. Estaré de vuelta por la noche. ¿La cuidarás por mí?

—Claro cariño. Sabes que siempre lo hago. Ah, otra cosa. Me ha pedido que quemé el vestido que llevaba cuando ocurrió todo, y que quemé las sandalias. Y me ha vuelto a preguntar por los anillos.

—¿Qué le has dicho?

—Nada.

—Los anillos están en la caja fuerte. Pero no se los voy a dar, no quiero que se los vuelva a poner.

—¿Dónde estaban?

—Los escondió en la tapicería del asiento del conductor. En un pequeño agujero, sacaron una pequeña bolsa de plástico y allí estaban. Seguramente los guardó para venderlos más adelante. Todo lo demás está en criminalista. Si te vuelve a preguntar dile que hable conmigo.

—Vale. Oye, ¿el viaje de mañana es muy urgente?

—Sí. Tengo que firmar unos documentos y ver a unas personas. Y aprovechando el viaje voy a comprar otros anillos.



Dos semanas más tarde, Bella jugaba con su hijo que estaba en la cuna y se reía con las cosquillas que su madre le hacía en la barriguita. Los labios ya estaban curados, el rostro no tenía hinchazón y el hematoma casi había desaparecido. El cabello de lavarlos casi todos los días, tenía un color dorado y cada vez se iba pareciendo a su color natural. Se lo había cortado un poco y lo llevaba recogido en un moño flojo. Su cuerpo lozano, resplandecía con un vestido blanco de tirantes y una chaquetita azul marino, no llevaba medias y calzaba unas bailarinas azules.

James, desde el quicio de la puerta, anhelaba cogerla en brazos y llevarla a la cama. Llevaban sin hacer el amor, desde la noche anterior al secuestro. Deseaba hacerla suya, pero temía el rechazo. Aun así, decidió arriesgarse, pues la tentación era tan grande como su excitación.

Se acercó por detrás y rodeó con sus fuertes brazos, le pequeña cintura.

—James —dijo riendo—, me has asustado.

—No era esa mi intención —murmuró con su voz grave, besando el cuello femenino.

Ella gimió de placer. Él sonrió de gusto.

Subió las manos y las colocó con delicadeza sobre los pechos, ella volvió a gemir y le salió un suspiro desde el fondo de su cuerpo. Sin dejar de besar el cuello, magreó esos pechos que tanto le gustaban, que tanto le excitaban. Ella notó en su espalda y en su trasero, la dureza de su marido.

—James —susurró.

—Humm...

—El bebé —añadió ella, sin dejar de gemir.

—¿Dónde está la niñera? Dile que venga y vamos a la habitación. Me muero de deseo por ti. Voy a reventar si no te hago mía. ¿Es que no tienes compasión de un pobre tipejo, que babea detrás de ti a todas horas? —ella rio ante ese comentario, pero sabía que había mucho de cierto en ello.

Desde que empezó a encontrarse mejor y las heridas iban remitiendo, él la miraba con ansía, con hambre. Dormían juntos, abrazados y ella notaba más de una vez como su marido se endurecía, pero ella se hacía la dormida y

él no la molestaba. Pero todo volvía a su cauce. Ella estaba más receptiva y su cuerpo anhelaba lo que ya conocía, lo que le gustaba, con lo que sentía placer; y su marido era tan guapo tan varonil y tan experto...

—Todavía no hemos cenado —dijo dándose la vuelta y poniendo los brazos sobre los anchos hombros.

Él, desplazó las manos por los costados para llevarlas hasta el culo respingón.

—Me gustaría tomarme el postre antes de la cena. Y para eso te necesito a ti.

—¿Y no puedes esperar hasta la noche? Falta muy poquito —añadió ella, remolona, juguetona.

Él se iba calentando por momentos y tenía muy claro que no esperaría hasta la noche. Ahora y si ella le dejaba, otra vez por la noche.

—Vete al dormitorio, yo voy ahora mismo —le dijo con una sonrisa y él la besó en la boca.

Era un beso lujurioso, nada de los besos cariñosos que se habían dado en estos días de atrás. Besos castos, en la mejilla, en la frente, en los labios, pero sin permanecer mucho tiempo sobre ellos, porque él quería más, deseaba más no quería agobiarla, no quería parecer un animal. Un tipo más cachondo y más salido de lo que había estado en su vida. Los primeros días estuvo con la regla y después, seguía sensible y a veces llorosa, con lo que todo eran mimos, caricias y palabras de amor y consuelo. Pero en estos días, ella parecía la misma mujer de antes del secuestro. Volvía a estar alegre y ya no se retiraba tanto a descansar. Pasaba más tiempo con Barbara y con el bebé y estaba preparando sus archivos para seguir escribiendo. Pero no se movió del rancho. Por el momento no quería salir.

Él dejó de besarla. Los dos se miraron. Ella, tembló en sus brazos.

—Vas demasiado fresquita para el tiempo en que estamos, estás temblando.

—No es frío —dijo con un susurro—. Son tus besos. Me dejas sin sentido y te llevas toda mi energía —él sonrió, satisfecho.

—No me digas. Pues ves a buscar a Lucy o te voy a comer entera y entonces no tendrás ni energía ni nada de nada —él se agachó para volver a besarla y ella entre risas se separó, dejándolo con la boca abierta.

—Vete al dormitorio, voy ahora mismo —repitió risueña—. Mi amor —añadió, mandándole un beso con sus dedos. Él se quedó embobado, viendo como desaparecía.

Era la primera vez que le decía *mi amor*. Su corazón palpitó con fuerza. Si su esposa lo quisiera la mitad que él la quería a ella, se conformaría de por vida. Se movió rápido y obedeció a su mujer. Al entrar en el dormitorio, se quitó los zahones y las botas, dejándolos en un rincón.

Sus dedos se quedaron pegados al primer botón de la camisa cuando ella entró. Sin dejar de mirar a su esposo, cerró la puerta con delicadeza y se acercó como una gata hasta él. James seguía con los dedos en el botón, recorriendo el cuerpo y la cara de su mujer con esos ojos hipnóticos. Bella, quitó las manos de los botones y las llevó con suavidad a los costados. Él, se dejó hacer. Desabrochó la camisa, despacio, sin prisas. Se miraban a los ojos. Sin hablar. Pero esos ojos lo decían todo.

Esas miradas eran provocadoras por parte de ella y devoradoras por parte de él. Le quitó la camisa, la arrastró por los hombros y por los brazos, al tiempo que dejaba que sus pechos rozaran el torso del hombre y la dejó caer al suelo. James tragó saliva. Ella pasó un dedo por el pectoral, sin dejar de mirarle a los ojos, acercó la boca, sacó la lengua y jugueteó con el pezón, martirizando al marido. Pasó las manos por los fuertes pectorales y volvió a repetir la misma operación con el opuesto. James, soltó el aire despacio. Ella era la que llevaba el ritmo, la que marcaba la pauta. Y a él le gustaba, le complacía, pero le gustaría que fuese un poco más rápida porque si no reventaría los pantalones.

Bella, leyéndole el pensamiento, dejó de jugar y deslizó las manos por los costados hasta llegar al comienzo de los oblicuos. Pasó los dedos por dentro de la cinturilla y sabedora de que lo estaba haciendo sufrir, desabrochó el cinturón y siguió con los botones. Una vez abierta esa salida, James volvió a resoplar. Ella sonriendo, bajó los pantalones al tiempo que acariciaba esas piernas fuertes, poderosas. Los quitó, quitó los calcetines y los lanzó lejos de ellos. Agachada como estaba miró hacia arriba. El pene tenía vida propia y quería romper el calzoncillo.

James la miraba sin moverse, pero suplicando con sus ojos que siguiera. De un tirón le bajó el slip, él movió los pies y ella lo lanzó con el resto de la ropa. Cogió el pene con sus manos y jugó con él. Se chupó un dedo y lo pasó por la puntita, viendo como él no dejaba de mirar lo que estaba haciendo. Ahora sabía lo que era el poder. Porque así se sentía; poderosa, segura de sí misma y segura de poder hacer lo que quisiera. Metió la punta en la boca y disfrutó viendo cómo se contraía el rostro de su amado.

Cómo podía ser algo así, tan simple. Algo a lo que ella le había tenido

miedo durante tantos años, era el poder de una mujer sobre el hombre. Y aunque ellos tuvieran la fuerza, el genio, la bravura, ellas podían manejarlos con la destreza de sus manos, su boca o su vagina. Y ahí es donde ella quería sentir a su hombre en esos momentos. En su vagina. Hoy no le haría una felación, no, ya habría muchos días por delante. Hoy, esa noche, quería que la penetrara, que la hiciera suya y sentirse mujer. Su mujer.

Sacó el pene de su boca y lo miró.

—Quiero que me hagas el amor, quiero que me hagas tuya —él no dejó de mirar esa boca, mientras decía esas mágicas palabras.

—Es lo que más deseo en este mundo —la desnudó en unos segundos, la tomó en brazos y la dejó sobre la cama. Besó los pechos con avidez, para pasar a chuparlos con ansia al tiempo que la tocaba con sus dedos entre los muslos.

—Estás mojada, mi vida —murmuró con satisfacción.

—Porque te deseo, te anhele —él fue abrir un cajón para coger un condón.

—No, no quiero —protestó ella.

—Pero mi amor, no estás tomando nada, si te quedas embarazada —replicó. A él no le importaba tener dos o catorce hijos con ella, los que fueran y por supuesto, hacerlo sin condón era mucho más placentero.

—No me importa. Me gusta tener hijos. Tus hijos —él, no necesitó más explicaciones.

Se subió encima y la penetró de una estocada. Estaba tan húmeda, que el pene se deslizó con tal suavidad haciendo que él no aguantase ni diez segundos. Se corrió gimiendo y murmurando su nombre. Agotado, en la misma posición y aguantando el peso con sus brazos, le pidió disculpas.

—Lo siento mi amor. No he podido aguantar. Tenía tantas ganas de ti, que no he podido controlarme —ella lo miró con amor.

—Ya controlas demasiadas cosas. No hace falta que controles esto. Es bueno que te dejes llevar, de vez en cuando, ¿no?

—Sí, es bueno, muy bueno —contestó feliz.

Ella sonrió picarona y le pellizcó una tetilla.

—Y tendrás más ocasiones para compensarme —añadió mojándose los labios con la lengua.

Él miró la punta de esa lengua rosada y jugosa y esos labios húmedos por la saliva.

—Si me das unos minutos para recuperarme, te compensaré y te haré

gritar de placer —dijo con voz ronca sin dejar de mirar esa boca.

Ella rio con ganas. Estaba disfrutando de lo lindo. Le estaba cogiendo el gusto al juego amoroso. Al físico y al verbal.

—Bueno, pues tendrás que esperar después de la cena. ¿No estás oyendo a tu hijo? —él se desplazó y cayó rendido en la cama.

Miró cómo se levantaba su mujer y admiró ese cuerpo sinuoso. Tendría que esperar. Lo que tenía que darle y pedirle, debería esperar.

Cenaron en la cocina. Barbara, Ben y su mujer Jess, Richard, Lucy con el bebé y ellos. Cuando iban a comenzar, llegaron Noah y Shania y se unieron al grupo. Las cosas entre Ruth y Noah, se complicaron más de lo que estaban. Noah supo la relación de su mujer con Edward y no quiso saber nada de ella. Habían comenzado los trámites de divorcio y James le aconsejó un abogado matrimonialista para que no saliera mal parado. Ruth se fue a vivir a casa de sus padres y le dejaba los niños los fines de semana. No pensaba poner muchos inconvenientes, ya que no quería líos con James. Sabía que estaba teniendo mucha suerte de que no fuese inculpada por nada. Ni por cómplice de Edward ni por mandar los anónimos. Así que lo más sensato era llegar a un acuerdo, una pensión decente y comenzar una nueva vida.

Más tarde cuando todos se retiraron a sus casas y a sus habitaciones, James le hizo el amor a su mujer. Y esa vez le hizo gritar de placer. Primero con los dedos, después con la boca y por último la montó encima de él.

—Ahora quiero que cabalgues, mi amor. Quiero sentir tu peso encima de mí y quiero ver cómo se agitan esos pechos tan hermosos, encima de mi cara —ella enrojeció un poco, pero hizo lo que su marido deseaba—. Me gusta cuando te ruborizas.

Ella no contestó, pero los ojos de ambos no dejaron de mirarse. Al notar como entraba el miembro dentro de ella, suspiró. Él la agarró de las caderas y la fue guiando poco a poco, para que se soltase y fuese ella la que llevara las riendas. No tardó en hacerlo. Una vez que comenzó a sentir pequeños orgasmos, se agarró a sus hombros, se agachó y le metió los pechos en la boca. Él, devoraba primero uno y luego otro y ella no dejaba de moverse excitada de tal manera, que salió el comienzo de un grito de su garganta, que el hombre sofocó con su boca. Besándose como locos, llegaron al orgasmo al mismo tiempo. Ella, que seguía galopando por el éxtasis, notó como su marido

la frenaba diciéndole palabras amorosas. Se miraron. La cálida mano masculina, acarició el rostro de la mujer. Una lágrima escapó de esos ojos maravillosos. Y por fin se lo dijo.

—Te amo. Te amo más que a mi vida. Soy la mujer más dichosa del mundo —él se llenó de placer. Estaba satisfecho, pleno, feliz.

—No sabes cuánto he deseado que esas palabras salieran de tu boca. Si tú eres la mujer más dichosa, yo soy el hombre con más suerte que existe en la tierra. Ahora, sí que puedo decir que lo tengo todo —la cogió por la cintura y la separó de su cuerpo, dejándola a su lado —. Pero te diré una cosa, aunque no tuviera riquezas, solo con tenerte a ti y a nuestro hijo, seguiría siendo el hombre más feliz de la tierra —la besó en la boca y salió de la cama.

Ella vio cómo se dirigía hasta uno de los muebles y abría un cajón. Cogió algo, se dio la vuelta, lo escondió a su espalda y desnudo como estaba, se dirigió hasta ella con una sonrisa en los labios. Se arrodilló al lado de la cama y mostrando la cajita azul, la abrió.

El diamante relampagueó ante sus ojos, los dos miraron el exquisito anillo de compromiso y luego se miraron ellos. James, carraspeó y con esa voz tan poderosa que poseía, le preguntó:

—¿Quieres casarte conmigo? —ella lo miró sorprendida.

—Pero si ya —él la interrumpió dejando caer un dedo sobre sus labios.

—Ya sé que estamos casados. Pero no quiero que, dentro de veinte años, me digas que te casaste engañada y me lo eches en cara. Quiero, que nuestro matrimonio este basado en el amor y la sinceridad. Yo me case enamorado de ti hasta el fondo de mi alma, pero tú fuiste engañada, engañada por mí y no quiero que eso juegue en nuestra contra. Así que te vuelvo a preguntar: ¿quieres casarte conmigo? —ella, emocionada, rompió a reír y a llorar al mismo tiempo.

—Sí, sí, sí quiero casarme contigo, sí —le echó los brazos al cuello y él la besó con amor.

Se separaron y le puso el anillo en el dedo. Le quedaba perfecto. Los dos pensaron cosas parecidas. Ella, dónde estarían sus anillos, él, en los anillos que descansaban en la caja fuerte.

—Tus otros anillos están en la caja fuerte. Como no quiero que los lleves, te he comprado este y cuando nos casemos, tendrás tu nueva alianza — ella no replicó. Movié afirmativamente la cabeza y lo miró con amor—. Quiero que nos casemos en la catedral de Helena, ¿te parece bien? —era una pregunta retórica, puesto que tenía muy claro que sería así.

—Lo que tú digas —contestó ella, sin dejar de mirar a ese hombre tan sublime que tenía por marido.

—Y quiero invitar a todo el mundo. Quiero que todo el mundo sepa que te amo con locura y que renovamos nuestros votos porque eres lo más importante para mí.

—Y tú lo más importante para mí —contestó ella, acercando la boca a la de su marido—. Y nuestro bebé.

—Y nuestro bebé —repitió él, acariciando esos labios con los suyos, y antes de devorarla, añadió entre susurros—. Y los próximos bebés.

Fin

Agradecimientos

Esta es la primera novela que me publican. La comencé hace bastantes años y la dejé a medio; después, con el paso del tiempo, la retomé y la terminé, y la volví a reescribir.

Cuando la envié a **RED APPLE** y tiempo después me dijeron que les interesaba, que deseaban publicarla, no sabría definir lo que sentí, pues en un principio era algo así, como de no creérmelo. Pero sí, era cierto, y tan cierto.

Y ahora, en estos momentos, tengo que darle las gracias de todo corazón, a mi editora, a mi diseñadora gráfica y a todas las personas que componen el equipo de **RED APPLE**, por haberme dado esta oportunidad y por abrir el camino a otras publicaciones que están por venir.

Gracias. Un millón de gracias.

Sin vosotras, hoy no estaría escribiendo estas palabras.

TANIA SEXTON



Red Apple Ediciones

María Antonia Ramos ©2017

Sigue a Red Apple Ediciones y no te pierdas ninguna de nuestras novedades en:



www.redappleediciones.com